LIBRARY OF PRINCETON
SEP 30 1908
THEOLOGICAL SEMINARY.

Division BV825

Section .B873

ENCICLOPEDIA DE LA EUCARISTÍA

15600

Digitized by the Internet Archive
in 2014

https://archive.org/details/enciclopediadela02burg

ENCICLOPEDIA DE LA EUCARISTÍA

ESTUDIOS, DISCURSOS, MATERIAS PREDICABLES
Y CONSIDERACIONES
SOBRE EL GRAN MISTERIO DE LA FE

DESDE LOS PUNTOS DE VISTA

EXPOSITIVO-EXEGÉTICO-FILOSÓFICO-TEOLÓGICO-CIENTÍFICO
HISTÓRICO-CRÍTICO-ARTÍSTICO
MORAL-JURÍDICO-LITÚRGICO-CEREMONIAL
ORATORIO-ASCÉTICO Y MÍSTICO

EN PARTICULAR CON RELACIÓN AL MOVIMIENTO CATÓLICO INTELECTUAL Y SOCIAL DE NUESTROS DÍAS

MONUMENTO Á JESUCRISTO SACRAMENTADO

NOTABLEMENTE ILUSTRADA EN SU PARTE HISTÓRICA

CON HERMOSOS FOTOGRABADOS DE LOS MÁS IMPORTANTES Y RENOMBRADOS
OBJETOS Y MONUMENTOS ARTÍSTICOS,
ANTIGUOS Y MODERNOS QUE CONSTITUYEN UN

MUSEO ARTÍSTICO EUCARÍSTICO MANUAL

POR EL

RDO. P. FR. AMADO DE CRISTO BURGUERA Y SERRANO

DEL COLEGIO DE MISIONEROS FRANCISCANOS PARA TIERRA SANTA Y MARRUECOS
(CHIPIONA-CÁDIZ)

Notas facite in populis adinventiones ejus.
I PARALIP. XVI, 8.
Haced notorias en los pueblos las invenciones de Dios.
LIB. I DE LOS PARALIPÓMENOS CAP. 16, V. 8.

TOMO SEGUNDO

CON LAS DEBIDAS LICENCIAS

ESTEPA
IMPRENTA DE ANTONIO HERMOSO
1905

ES PROPIEDAD

SECCIÓN III

(CONTINUACIÓN)

LA TRADICIÓN CONFIRMANDO EL DOGMA DE LA EUCARISTÍA

CAPÍTULO I

La Eucaristía y los Doctores de la Iglesia

Semejante la Iglesia Católica á un frondoso árbol plantado en tierra fértil, abonado con los sudores y la sangre del Hombre-Dios y regado con las continuas afluencias del cielo, no pudo por menos de rendir copiosos y exquisitos frutos á su tiempo debido.

Merced á esta sencilla razón, desde que el Salvador lo arraigara hondamente en este mundo, nunca ha cesado de ofrecer excelentes producciones que remedian las humanas indigencias, siendo una de sus principales los varones rectos y sapientísimos que desde S. Bernardo hasta nuestros días produjera, laureados con el sobrenombre de Doctores de la Iglesia.

Los Doctores, en efecto, son una continuación de los santos Padres, terminación de aquella larga cadena cuyos fuertes eslabones de oro se unen con ellos y con nosotros; estrellas rutilantes de segunda magnitud; huestes aguerridas del Señor; antorchas luminosas que brillan sobre el candelero; trompetas sonoras por donde se nos comunican los dogmas y preceptos de nuestra Religión augusta; y arcaduces

limpísimos por donde corren las cristalinas aguas de la doctrina evangélica. ¿Qué alabanzas podré formular en obsequio de estos baluartes de la Iglesia? Muchos de los Doctores, inscriptos en el catálogo de los santos, prestan por este motivo una valiosa prueba de que sus doctrinas poseen autoridad de gran peso, digna de ser bajo todos conceptos respetada y considerada. Varones sumamente diestros como el Maestro de las sentencias, irrefragables en los argumentos como el Alense, de claro y elevado ingenio como el Angélico, de ciencia, virtud y dulzura unidos como el Seráfico, de profundidad inmensa como el Sutil, universal en las ciencias como el Admirable, ilustres en los conocimientos humanos á la par que piadosísimos como Gerson, S. Lorenzo Justiniano y S. Francisco de Sales, teólogos seguros y suavísimos como S. Antonino de Florencia y S. Alfonso de Ligorio, espirituales como Sto. Tomás de Villanueva y Sta. Teresa de Jesús, etc. etc. Dígannos, ahora, los hombres ilusos y de corazón perverso si ha habido ciencia, arte y literatura en el mundo, respecto de las cuales la Iglesia no haya producido algún insigne y virtuoso doctor. Antes por el contrario, si algunas ciencias conocen los que tratan hoy al clero de retrógrado é ignorante, las deben precisamente á los sacerdotes y á los religiosos. Los sabios que no fueron eclesiásticos adquirieron toda su ciencia al amparo de la Iglesia. Empero algunos desdichados por malicia, otros por adulación y muchísimos por seguir la corriente de los que pretenden pasar por eruditos, han hablado y escrito contra las producciones científicas y literarias de la Iglesia. Estas tres clases de personas que no han tenido otro interés que lisonjear á los potentados y á aquéllos de quienes esperaban conseguir algún favor mezquino, y de cubrir asimismo su crasa ignorancia, han declamado contra la utilidad de la Iglesia en la sociedad. No era la convicción la que les impelía á hablar de esa manera, era más bién el interés, la malicia, la ignorancia aun afectada, pues muchos hablaron sin saber lo que decían. Los sabios en efecto, no se forman en los cafés, ni en los teatros, en las casas de perdición y de juego;

la frecuencia de semejantes lugares impide la claridad en el entendimiento, el vigor en la voluntad y el recuerdo en la memoria. Siendo cierto que las alas espaciosas con que vuela toda inteligencia que pretende desarrollarse, son la continencia y mortificación de apetitos desordenados, éstas no se encuentran sino en el seno de la Iglesia, en la que generalmente sus buenos hijos son castos de hecho, y aun más especialmente en los claustros religiosos donde se practican estas bellas virtudes con más celo y donde el silencio, madre de genios reflexivos, se halla sin ningún obstáculo. Pero basta. Si el lector comprende que esto le puede servir de exordio y de aviso al mismo tiempo, acéptelo, y nosotros pasaremos á ver mientras tanto qué es lo que enseñan nuestros doctores acerca de la Eucaristía.

Es sublime, ciertamente, la doctrina de nuestros ilustres Doctores. Su fe demostrada por los concienzudos artículos que escribieron; su devoción manifestada por las dulces frases que profirieron y su amor declarado por las relevantes ideas que demostraron, nos arrebatarán hacia el divino objeto que nos ocupa, como vamos á verlo inmediatamente.

Contestando Lanfranco (1) al argumento que Berengario le opuso para negar la presencia real de Cristo en la Eucaristía, dice: «Cierto; en sí mismo una vez fué inmolado Cristo, porque en la manifestación de su Cuerpo en la cruz, y extensión de sus miembros en la misma, el verdadero Dios y verdadero Hombre, Jesucristo pendió una vez tan sola del leño de la Redención, ofreciéndose á sí mismo á su Padre en hostia viva, pasible, mortal y eficaz para la redención de los vivos y de los muertos, esto es: de aquéllos que la alteza del divino consejo, previó, predestinó y llamó; mas esto no impide que se ofrezca también todos los días al Padre, en el Sacramento que la Iglesia frecuenta en memoria del de la Cruz, en el cual se inmola, se divide y se come todos los días la carne del Señor y se bebe su sangre contenida en el cáliz. Ambas son reales y verdaderas; ambas son tomadas del seno de la Virgen Santísima.

(1) De Euchar, adv. Bereng.

Otra objeción oponía Berengario para destruír la verdad de la presencia real de Cristo en la Eucaristía: «La carne de Cristo es incorruptible, decía, los Sacramentos del Altar si se guardan por mucho tiempo pueden corromperse; pues vemos que entran en putrefacción». Advierta el lector que por las palabras de este hereje se desprende que antiguamente, ó al menos en su tiempo, había costumbre de reservar la sagrada Eucaristía bajo las dos especies, y por eso dice en plural Sacramentos. A semejante objeción, respondió el arzobispo Guitumundo: (1) «¡Oh lengua calumniadora! ¡Oh lengua acostumbrada á las blasfemias; más pronta para sacar violentamente de las escrituras divinas su perdición, que para percibir con los fieles la refección saludable! Creyó á las santas escrituras que afirman que Cristo es incorruptible, y no las creyó, diciendo el mismo Cristo en ella: El pan que yo os daré es mi carne para la salud del mundo, al contrario á esto pone corrupción. Véase, por lo tanto, que á los hombres depravados según su infidelidad, les parece ser el pan divino corruptible y sujeto á la putrefacción; y así como está escrito: será quitado el impío para que no vea la gloria de Dios, sino que siempre sueñe de Dios cosas ignominiosas, siempre medite los escándalos y sea Cristo para él piedra de ofensión y piedra de escándalo (2). Mas para nosotros, aquel pan celestial de Dios, aquella Eucaristía, aquel divino maná que del Inmaculado Cordero es hecha carne impasible, la recibimos nosotros de los sagrados altares, por el cual vivimos y somos sanados de la corrupción; jamás se corrompe, jamás pasa al estado de putrefacción, porque como Él nos renueva de día en día, nunca Él mismo conoce hacerse viejo».

«Ésta es la *hostia pura*, (3) exclama el peritísimo Odón obispo de Cámera, no las de la antigua ley; porque éstas eran de animales irracionales, en las que sus carnes estaban llenas de asco é inmundicia y despedían un hedor pesti-

(1) De veritate Euchar. Lib. II.
(2) S Petr. II.
(3) Expositio sacri Canon.

lente y que por la trituración de sus dientes quedaban reducidos á estiércol y podredumbre. Mas la Hostia del Sacramento Eucarístico es pura, porque, aun cuando sea verdadera carne y sangre, sin embargo es espiritual é incorruptible. Se divide y no puede consumirse; se consume y permanece incorrupta; se desmenuza y se queda ilesa; se parte y resulta siempre íntegra. Esta hostia es carne, y no carnal, sino luz incontaminada, y por lo tanto pura. Es cuerpo y no corporal, sino resplandor y antorcha espiritual, y de consiguiente pura. «Es pura, porque limpia; es pura, porque purifica; es pura, porque es divina. Además: esta hostia es santa. Las hostias de la ley antigua eran ciertamente santas, pero no eran santas por sí mismas; aquéllas eran imperfectas y de consiguiente menos santas; mas ésta es perfecta y plenamente santa; aquéllas remitían el pecado de uno solo, y ésta borra los pecados de todo el mundo; en aquéllas tan solamente había remisión, pero en ésta hay precio pleno y redención perfecta. Asimismo es *inmaculada*, esto es: limpia de todo género de culpa, como concebida y nacida sin pecado, y luego vivió en el mundo sin pecado y por consiguiente inmaculada. Fué concebida sin intervención de obra humana, por sola virtud divina, y por tanto inmaculada. Es obra que sólo hizo Dios y no otro, por lo cual, finalmente, es inmaculada... Por cuya causa amonestamos á que el pan que se ponga en el altar debe ser candidísimo, de tal suerte, que aparezca en la figura lo que se predica de la substancia; que se vea pura é inmaculada la exterior figura, cuya substancia interior es pura é inmaculada».

Disputaba el venerable y diestro Sammone, arzobispo de Gaza, con un sarraceno llamado Achmed al objeto de hacerle ver la realidad de la transubstanciación del pan en el cuerpo de Jesucristo y del vino en su sangre, cuando después de varias explicaciones, al hacerle la comparación de que así como el hombre toma el pan y, comiéndolo, lo convierte en sus carnes, y haciendo otro tanto de la bebida la asimila en parte y que de un modo semejante sucede en la conversión del pan en el Cuerpo de Cristo: accedió á lo que

predica la fe católica. «El sacerdote, decía al arzobispo, toma el pan y el vino, y poniéndolos sobre la mesa, hace una deprecación; por ella baja el Espíritu Santo y sobreviene en lo que está propuesto, y por el fuego de su divinidad convierte el pan y el vino en el Cuerpo y Sangre de Cristo (1)».

«Nuestra fe es segura, añade Esteban, obispo Eduense, (2) y en verdad se ha de creer, que profiriendo el sacerdote estas palabras: «Éste es mi cuerpo», ya no es pan terreno, sino aquel pan que descendió del cielo, Jesucristo, mediador entre Dios y los hombres. Asimismo, por virtud de las siguientes palabras: «Ésta es mi sangre» el vino se convierte en su sangre. Bajo ambas especies y bajo cada partícula de las dos especies está presente Cristo-Jesús; se recibe al que está sentado en el cielo á la diestra de Dios Padre; Él mismo está verdaderamente en este Sacramento; es desmenuzado por los dientes (3) y persevera íntegro. «He aquí por consiguiente una completa confesión de fe. A nadie le parezca imposible el milagro que obra el Divino Salvador al convertir el pan en su cuerpo y el vino en su sangre, porque como dice el erudito Algero: ¿Cómo ha de parecer imposible que la carne del Hijo de Dios, que es mucho más espiritual y más poderosa que nuestra palabra, esté toda é íntegra en la boca de todos los que la reciben, siendo así que nuestra palabra, siendo una, se halla toda é íntegra en las orejas de todos los que la oyen...? Mas, ¿de qué nos admiramos de que Cristo sea comido y permanezca al mismo tiempo íntegro, si la viuda de Sarepta, según atestigua la Escritura, comía no menos, de la harina al paso que ésta no se disminuía? (4)».

No menos confirma la real presencia de Cristo Sacramentado la autoridad del célebre Durando, obispo de Laodicea, quien, escribiendo al católico rey de Francia, Enrique, le dice entre otras, estas palabras: «Oigo que corren por aquí

(1) De sacram. altaris.
(2) De sacram. altaris. cap. XV.
(3) Alude á la disciplina de su tiempo por la que había costumbre de hacer las hostias consagratorias de bastante magnitud y espesor.
(4) De sacram. Lib. I, cap. 15, c.

las doctrinas de Bruno, obispo Andegavense y de Berengario de Tours acerca de la Eucaristía. Sostienen que el Cuerpo del Señor en la Hostia no es tal Cuerpo, sino sombra y figura de su Cuerpo. Exhortamos por lo tanto á V. M. á que mientras no tengamos licencia de la Sede Apostólica para condenar á este obispo y al arcediano, despreciéis la aserción de ellos como impía, sacrílega y despreciable. Si dicen los santos Padres que en la Hostia consagrada está la carne propia y real del Redentor, ¿cómo se atreven á sostener que es sombra ó figura de ella?»

Los quc duden acerca dc este misterio Eucarístico, acójanse á las palabras de Ricardo de S. Víctor el cual bellamente exclama: «Señor, si existe error en este misterio, por ti hemos sido engañados; pero no es así, porque tal Sacramento está confirmado con tantos y tales milagros que nosotros no podemos negarlos, los cuales por nadie han podido ser obrados sino por ti». (1) En semejantes frases hay dos irrefragables argumentos: 1.° el de la veracidad de Dios que no nos puede engañar, y 2.° la prueba de los milagros los cuales nadie puede rechazar, ni poner en duda.

¿Qué diremos de los elogios, de las excelencias, de las prerrogativas que nuestros eminentes doctores predican del Augusto Sacramento?

Hugo de S. Víctor, (2) hablando de los efectos que debe obrar en nosotros, dice: «Comamos, hermanos, alegremente la Pascua; esto es, el Cuerpo del Señor, y no sólo la comamos sino que la hagamos. Pasemos en cuanto podamos de la soberbia á la humildad, de la envidia á la caridad, de la ira á la tranquilidad, de la acedía al gozo, de la avaricia á la largueza, de la ebriedad á la sobriedad, de la lujuria á la castidad. Hagamos la Pascua, hagamos el tránsito, pues esto significa Pascua. Pasemos de las tinieblas á la luz, de la mentira á la verdad, del vicio á la virtud. Pasemos del mal al bien, del mundo á Dios, de tal manera que muramos para el mundo y vivamos para Dios».

(1) Lib. IV de Trinitat. cap. 2.
(2) Serm. 27.

Hugo de S. Caro, sobre las palabras que preceden á la consagración, exclama: (1) «No vendió Jesucristo á sus discípulos el pan que había consagrado, antes bien lo dió á todo corazón gratuítamente», de donde colige que este Sacramento se debe distribuír á los fieles gratis y con el mismo amor que Jesucristo. «Por el bautismo, dice el Maestro de las sentencias, Pedro Lombardo, (2) nos limpiamos, y por la Eucaristía nos consumamos en el bien. Así como el pan sustenta al cuerpo más que los demás alimentos, y el vino alegra y embriaga al hombre, así la carne de Cristo sustenta y engruesa al hombre interior de gracias espirituales más que los demás alimentos del alma». «Este sacramento, añade el irrefragable doctor Alejandro de Alés, fué representado por varias figuras, entre las cuales enumera ocho, ya por razón de su dignidad, ya por razón de la dificultad que hay para creerlo, ya finalmente, por razón de la significación. Fué por razón de lo primero, porque este Sacramento, de entre todos los de la nueva ley, es el más excelente y el don más rico que Dios nos ha dado; por razón de lo segundo, porque se hace más difícil que los demás para ser creído, por lo cual convenía que fuese anticipado por medio de figuras; y por razón de lo tercero, porque ya que en este sacramento se signa y se contiene el mismo Cristo que padeció por nosotros, por el cual se da la vida á los fieles, era muy conforme que antes de padecer fuese denotado por algunos símbolos (3)».

S. Alberto el Grande, doctor escolástico, apellida á (4) este Sacramento Buena Gracia, porque contiene á Cristo que es el lleno de gracia y fuente universal de los carismas. Las razones que aduce este santo las refiere el cardenal Torquemada (5) que podrá ver el lector si le place.

El franciscano Ricardo de Mediavilla, (6) compendiando en

(1) Com. in Math.
(2) Lib. Sent.
(3) Trac. de Euchar.
(4) Tract. de Corpore Christi.
(5) Super can. Nihil in sacrif. de cons.
(6) Tract. de almo Euchar. Disport. X, Quæst. I, Conclus. III.

un verso los efectos de la sagrada Eucaristía, exclama: «Esta Hostia santa:

Inflama, conmemora, sustenta, preserva y enriquece,
Repara, purga, da vida y une.

Confirma en la fe, apaga el fomes del pecado y fortalece». Verso que comentó Henno, doctor de la misma Orden, diciendo: «Inflama la Caridad; conmemora la muerte del Salvador; sustenta la vida del alma contra los pecados sobrevenidos por humana fragilidad; preserva contra las diabólicas tentaciones; enriquece la esperanza; repara comunicando el gozo espiritual; da la vida, esto es: el aumento de la vida del espíritu; une con Cristo al que la come, haciéndole en cierto modo uno con Él; confirma en la fe que se ha recibido; apaga el fomes del pecado, ó los movimientos de la carnal concupiscencia, al menos indirectamente, á saber: en cuanto aumenta la caridad; y finalmente, fortalece contra las tentaciones diabólicas».

Aquella Arca del Testamento, como le llamaba el Papa Gregorio IX, S. Antonio de Padua, (1) daba á la Eucaristía los dulces nombres de «pan vivificante, letificante, fortificante y beatificante; pan celestial, pan angélico y bienaventurado; pan de los elegidos que conduce á la eterna vida». Germano, patriarca de Constantinopla, le apellidaba *arca de luces*. Mateo de Worms, «memorial de la redención, prenda de la eterna vida, preludio amable de la futura alegría, arras de la esposa, ligadura suave de la Iglesia militante con la triunfante y unión fraterna de los de la tierra con los del cielo, porque mientras en éste se goza de la dulzura, sin enigma ni celaje alguno, en aquélla se goza bajo el Sacramento; y si la celestial Jerusalén posee á su Dios con más alegría, la Iglesia militante lo posee con más admiración».

«Éste es el pan sobresubstancial, continúa Pedro de Laodicea, patriarca de Constantinopla, Cristo Jesús que se nos da en el sacramento para que le comamos».

¿Qué tiernos sentimientos no demuestra el doctor Angé-

(1) Serm. de Euchar.

lico? (1) «Oh precioso y admirable convite, exclama, saludable y lleno de toda suavidad. ¿Qué cosa puede haber más preciosa que este convite, en el cual no se nos proponen para comer las carnes de los becerros y machos de cabrío, sino á Cristo, verdadero Dios? ¿Qué habrá más admirable que este Sacramento? pues en él mismo, el pan y el vino se convierten substancialmente en el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo; por lo tanto: debajo de las especies de pan y vino se contiene Cristo, perfecto Dios y Hombre. Es comido por los fieles; pero ninguno de éstos le despedaza: antes bien, dividido el Sacramento, permanece íntegro bajo cualquier partícula de la división. Los accidentes subsisten sin sujeto en el mismo Sacramento para dar lugar á la fe, mientras que por lo visible se toma lo invisible, ocultado bajo ajena especie... Se ofrece este Misterio en la Iglesia por los vivos y por los muertos, con el fin de que á todos aproveche lo que se instituyó por la salud de todos... y se recuerda su memoria, la que Cristo mostró en su Pasión en testimonio de su excelentísima caridad». He aquí en pocas palabras gran parte de la fe del misterio eucarístico.

«Asómbrate, oh cristiano, añade el seráfico doctor San Buenaventura, de aquella cariñosa dignación é indulgente caridad con que se nos dió Cristo á sí mismo y se nos dejó por manjar. Haced esto en memoria de mí, dijo á los apóstoles. Esta es, ciertamente, la memoria que debería abrasar y embriagar el alma agradecida cuando la recibe, ya comiendo, ya meditando con fidelidad, y que debería transformarla totalmente en el mismo Señor por la vehemencia del amor y de la devoción. Pues no podía dejarnos cosa más amable, más dulce y más útil que á sí mismo. El mismo que recibimos en el Sacramento es Aquél mismo que tomó carne maravillosamente, y nació de la Virgen, y por ti sufrió la muerte; y el que resucitando y subiendo gloriosamente á los cielos se sienta á la diestra de Dios. El mismo que creó el cielo y la tierra y todas las cosas y el que las gobierna. De Él es de

(1) Brev. Rom., in fest. Corp. Christi.

quien depende nuestra salud y en cuya voluntad y poder está el darte ó no darte la gloria del Paraíso. Él es quien, en la pequeña hostia, se te ofrece y se te da. Él es en fin, nuestro Señor Jesucristo Hijo de Dios vivo (1)».

¿Qué diremos de la doctrina Eucarística del V. doctor sutil Fr. Juan Dunsio Escoto, príncipe y maestro de la Religión Seráfica? Aunque tan injustamente calumniado por algunos de sus enemigos, la doctrina de Escoto acerca de la Eucaristía está confirmada por el cielo; porque si á Sto. Tomás de Aquino le fué dicho por el mismo Jesucristo: Bien escribiste de Mí, Tomás, esto es: de lo perteneciente á la Eucaristía, añadiendo: «¿Qué quieres por tanto trabajo? la doctrina eucarística del doctor Mariano Escoto, fué corroborada por uno de los príncipes de la gerarquía celestial, del modo siguiente: Deseaba el Bto. Amado Lusitano salir airoso de las muchas dificultades que se le presentaban sobre la Eucaristía y, no sabiendo cuál doctor de los clásicos escoger para vencerlas, el arcángel S. Gabriel que le revelaba los arcanos divinos contenidos en el nuevo Apocalipsis que este beato escribió, llevándole en espiritu á la mansión celeste le hizo ver, cuán del agrado de Dios eran los escritos del doctor sutil, añadiéndole para sacarle de sus dudas: «Siente del Sacramento del Altar conforme escribió de Él un doctor de tu Orden, que está lleno de santidad y que fué el primero que desenvainó la espada por la Inmaculada Concepción de la V. María, Madre de Dios y Señora Nuestra». Ahora bien: el primero que desenvainó esta espada fué Escoto, como nadie ignora, luego sus escritos son seguros y recomendables. Que esta visión fuése verdadera y real, lo declaró el mismo beato en su Apocalipsis: lo dicen todas las crónicas franciscanas y lo defiende muy bien el P. Giménez Samaniego en la vida de Escoto. Corrobóralo además, el ferviente amor del V. Dunsio hacia Jesús Sacramentado, pues todo él no respiraba otra cosa que encendido y puro fuego hacia Dios y en particular hacia el presente Misterio». El P.

(1) Medit. de la vida de Cristo. Medit. 73.

Samaniego (1) dice de este sutil doctor: «Cuando habla de la Eucaristía, reduce la conveniencia de la institución de este Sacramento divino á la reverencia y devoción que se debe tener á Cristo». «Casi toda la devoción de la santa Iglesia, son palabras de Escoto, se ordena á este Sacramento Máximo. Por él, el clero paga con mayor devoción las alabanzas divinas: por él, asiste el pueblo con más devoción á los sacrificios sagrados; por él, los unos y los otros ponen mayor cuidado en la pureza del alma: y por él, finalmente, todos confiesan sacramentalmente sus culpas con más viva y fervorosa diligencia».

S. Teófilo, patriarca de Alejandría, sobre las palabras: Éste es mi cuerpo, se expresa del siguiente modo: «El cuerpo de Cristo que se llama pan por ser éste confeccionado de la unión de muchos granos de trigo, indica la unión que debe tener el pueblo que tomó por adopción; y sobre las palabras; Ésta es mi sangre, añade: Su sagrada sangre, llamada vino, el cual se forma de muchos granos de los racimos de uva, significa la unión íntima de muchos en una congregación ó Iglesia (2)».

El doctor útil Nicolás de Lira (3) dice de este Sacramento, que «así como en la vida corporal, primero es la generación, y después la nutrición del engendrado; así en la vida espiritual precede el bautismo que es la generación espiritual y sigue la Eucaristía que es la espiritual nutrición. Mas en la generación natural, el que engendra no se une con el engendrado según la substancia, pero sí según la virtud, lo cual no sucede de este modo en la nutrición, porque cuando ésta tiene lugar, la comida se une con el que se nutre de ella según la substancia. Asimismo se verifica en la vida espiritual. Cristo, en el sacramento del Bautismo está únicamente según la virtud, pero en el Sacramento de la Eucaristía, que es el alimento espiritual, está según la substancia. En este sacramento se contiene Cristo bajo las especies

(1) Lib. II, cap. 4.º. Vida de Scoto.
(2) Lib. I. Coment. Evang.
(3) Postill. in Epist. I ad Cor. cap. 11.

de pan y vino, para que no fuese horrible á los fieles, lo cual acontecería si comieren la carne y sangre humana en su propia especie; también para que de los infieles no fuese escarnecido; y finalmente, para que se aumente el mérito de los hombres que creen que bajo las especies de pan y vino se contiene el cuerpo y sangre de Cristo».

Este misterio es todo de fe; por eso dice el Bto. Raimundo Lulio (1) que «por razón de la fe, el entendimiento se exalta y sutiliza tanto cuanto puede, para subir y remontar su entender á las verdades de las cosas por razones necesarias, como al entender... el Santísimo Sacramento del Altar... Á este ascenso, ó sublimación no puede llegar el entendimiento si primero no supusiere ser posible el objeto que hemos dicho».

«¡Oh invención singular!, exclama aquel santo, amante de los pobres, Tomás de Villanueva (2), ¡Dios y Hombre en un supuesto, Cristo! ¡O, otra invención semejante aunque ciertamente no igual á ésta! ¡Dios y Hombre, el Cristo en tan exiguo Sacramento! Estas dos invenciones hechas por Dios para utilidad nuestra hemos de alabar con todas nuestras fuerzas y las hemos de rumiar, de día y de noche, con todo nuestro corazón. El mismo Cristo es el supremo de todos los prodigios; mas este Sacramento es el mayor de todos sus milagros. En mi juicio no es un milagro solo, sino admirable compendio de muchos milagros. ¡Buen Dios! ¿quién podrá examinar todos los milagros que en él se contienen?.. ¿qué cosa más dulce, qué más pura, qué más preciosa que esta comida? Ella no procede de la tierra, sino del cielo; no hecha por obra de los hombres, sino formada por virtud del Espíritu Santo en el sagrado vientre de la Virgen; ella contiene todo sabor y toda suavidad; en ella reside la plenitud de todas las virtudes y de todos los carismas. Si alguno tiene hambre, acérquese á Jesús sacramentado y se saciará totalmente; si es pecador, lléguese y hallará indulgencia; si enfermo, medicina; si justo, hallará gracia; si está muerto,

(1) Virtudes en la filosofía moral.
(2) Serm. sobre las palab.: Notas facite in populis adinvent. etc.

recibirá la vida; si triste, la alegría; si necesitado, la abundancia. Todo género de suavidad da esta comida, toda celestial, toda divina, ninguna mezcla tiene de lo terreno».

Habiendo de apartarse Jesús de la vista de sus discípulos, exclama el sabio presbítero Luis Vives (1); ¿qué más le convenía á Él, pues tanto les amaba, que dejarse á sí mismo en la Eucaristía para memoria suya, en la cual podían despertar su amor para amarle? Ella es la medicina de la enfermedad y el preservativo de todos los males». Por eso dice el domínico Fr. Domingo Soto que «una de las razones por que fué conveniente la institución de este Sacramento en la noche de la Cena fué, porque aquellas cosas que se dicen en último lugar, especialmente cuando se aparta uno de los amigos, se recomiendan más á la memoria; con la particularidad de que entonces se inflama más el amor hacia los mismos amigos y también de que aquellas cosas que más impresionan, más profundamente se imprimen; todo lo cual se verificó en la institución de la Eucaristía, porque Cristo en este trance se apartaba de sus discípulos para no tener con ellos ya la compañía mortal; les dejó su Cuerpo y Sangre en el Sacramento, cosa que les impresionó sobremanera; y esta era la última y superior prenda que les dejaba, para que se acordasen perpetuamente. ¿Cuál sería en aquella hora el amor de Jesús hacia sus discípulos?...»

«Fué convenientísima la institución de este Sacramento, añade el franciseano Dupasquier (2), porque por él brillan singularmente las divinas perfecciones. Resplandece en primer lugar la verdad y el amor, pues no podía darnos mayor amor que quedarse perennemente con nosotros por modo de comida; en segundo lugar se destaca la sabiduría, según dice el Espíritu Santo: La sabiduría edificó para sí una casa, mezcló el vino y puso la mesa. La omnipotencia brilla en tercer lugar, según lo del Salmista: Dejó memoria de todas sus maravillas. Y finalmente resalta la gloria de su pasión, porque aquí perpetuamente se recuerda. Por este Sacramen-

(1) De veritate fidei christian. Lib. II.
(2) De Euchar. Disp. I, conc. I.

to se evacuan el valor, el mérito y la celebridad de todos los sacrificios antiguos, y por él se terminan todas las sombras de las antiguas figuras y se cumplen las profecías.» Ciertamente resplandece la bondad de Dios, porque «entre las muchas cosas que este Señor nos dejó en este mundo para testimonio de su benignidad, dice el teólogo Alonso de Castro, la principal es aquel entre todos excelentísimo Sacramento que por la afluencia y exuberancia de gracias que por él se nos confieren se llama Eucaristía. Por lo cual, así como él es el más excelente, así también convino que para celebrarlo se instituyera un culto religioso más eminente, con el fin de que por el culto exterior se levantase el ánimo de todos los presentes á mayor reverencia suya» (1). «Era además conveniente que la Eucaristía fuese instituída en el día de la Cena, añade el cardenal Cayetano, porque ya que Jesucristo se apartaba de sus apóstoles en propia especie, les dejase para su consuelo á Él mismo, pero en especie sacramental; asimismo, porque cesando el sacramento antiguo representativo de su pasión, era conveniente que instituyera uno nuevo, el cual representase su misma pasión y muerte» (2).

«Los ministros de la Eucaristía, prosigue Natal Alejandro, y cualquiera que dignamente quiera comulgar, recuerdan la memoria del beneficio inmenso de la divina largueza y la inefable prenda del divino amor por el cual nos dió Cristo en tan admirable Sacramento su Cuerpo para refección de nuestras almas, con el fin de que hiciésemos un solo cuerpo con él» (3).

Esto mismo viene á expresar el sabio Belarmino, cuando dice: «En este misterio se hace memoria y se agradece á Dios el beneficio precioso de la santísima Pasión del Salvador y juntamente se da el verdadero Cuerpo y Sangre del

---

(1) Lib. X adversus hæres: Missa.
(2) Com. S. Thomæ. Q. 66, art. V.
(3) Com. in Paul. I ad Cor.

Señor, por el cual estamos obligados á dar á Dios gracias perpetuamente (1).

Oigamos al benedictino Agustín Calmet: «Bajo las especies de pan y vino ofrecía Jesús á sus discípulos la verdadera cosa cuyo símbolo era el sacrificio del cordero pascual. Así ratificaba la reciente alianza, y esto era prenda al mismo tiempo y precio de la redención de ellos. Por el cordero que se inmolaba en memoria de la libertad de Egipto, les entregó su Cuerpo, víctima de expiación por los pecados de ellos y prenda de los litigios según la libertad. Por la sangre con la que se rociaban las puertas de los israelitas para ahuyentar el ángel exterminador, les dió su propia sangre, con el fin de que por ella se sustrayesen de la potestad de los demonios» (2). Así es; porque, según el venerable franciscano Angel de Pas, «la sangre de Cristo sacramentado arroja lejos los espíritus infernales y nos granjea la compañía de Dios y de los ángeles; pues al ver aquéllos la sangre del Señor en nosotros, pónense en fuga, acudiendo éstos prontamente á servirnos» (3). Fué ratificada asimismo la reciente alianza; porque «así como antiguamente, dice el jesuíta Jaime Tirino (4), por la sangre y muerte de los animales fué confirmado y como sellado el testamento antiguo, ó última voluntad por aquel tiempo del Dios testador, con la condición de que guardasen los mandatos y ceremonias prescritas entonces por Él mismo; así ahora Cristo, con su sangre derramada; esto es: con el Sacrificio ofrecido, parte incruentamente en la última cena, parte cruentamente poco después en cruz, confirma la nueva alianza, la nueva, por este tiempo, voluntad suya, por la cual nos lega los bienes espirituales y la celestial heredad, con la condición de que observemos sus preceptos y de que usemos sus Sacramentos».

¿Qué es lo que enseñan los Doctores eclesiásticos sobre

---

(1) Declaratio Doctrinæ Christianæ. De Eucharistía, cap. IX.
(2) Com. in Math.
(3) Com. in Marc.
(4) Com. in Math.

la Comunión? Veámoslo. Cornelio Alápide (1) dice que «con la sagrada Comunión el hombre deja de ser lo que era para convertirse en otro Jesucristo. No somos nosotros los que vivimos; es Jesucristo el que vive en nosotros, como dice el Apóstol de las gentes. Esta es una de las más hermosas prerrogativas del sacramento del altar, que recibimos con la Comunión. Los demás manjares que usamos se convierten en nuestra propia substancia; pero éste nos transforma á nosotros; cambio infinitamente ventajoso, porque es infinitamente más preferible vernos convertidos en Dios, que si Dios se hubiese convertido en nosotros mismos. Si Dios se cambiase en nosotros perdería su santidad, porque no somos más que miseria y pecado, y perdería también todas sus perfecciones, porque nada tenemos por nosotros mismos, ni somos nada. Pero hallándonos convertidos en Jesucristo, tanto como es posible que lo estemos, adquirimos todo lo que no teníamos ni podíamos tener más que de Jesucristo y perdemos todo lo miserable y dañino que en nosotros existía. Éramos débiles, y ahora somos fuertes; éramos ciegos, y ahora vemos claro; éramos pecadores, y ahora con la más feliz de las transformaciones hemos llegado á ser santos». Á propósito de esto, dice el gran Bosuet, que «el Hijo de Dios en la Eucaristía, tomando la carne de cada uno de nosotros comunica á nuestro ser las cualidades divinas del suyo, consiguiendo de esta suerte el objeto final de la Religión sobre la tierra».

«Cuando recibes la Eucaristía, añade S. Lorenzo Justiniano (2), sientes á la verdad, los accidentes de pan y vino. Mas te ruego: si esto es la substancia de pan y vino y no el Cuerpo de Cristo; ¿cómo puede ser que, siendo tan pequeña la hostia y en tan corta cantidad el vino, resulte en el alma y cuerpo tanta fortaleza y renovación del hombre interior, tanto fervor de la divina caridad y suavidad espiritual, tanta afluencia de la íntima paz y amor á las cosas eternas, tanto deseo de aprovechar y anhelo de la virtud, tantos actos, en

(1) In Comm. ad Script.
(2) Serm. Eucart.

suma, de gracias?» Comulguemos, pues, con el fin de sentir los ardores de la caridad, porque como decía el canciller Gersón, «el que comulga por no sentir fervor, es como aquél que, teniendo frío, no quiere acercarse al fuego por no sentir calor».

Osio (1) y Toledo (2) dicen que «la unión de Cristo con el alma cuando ésta comulga, no es tan sólo de habitud ó de caridad, antes bien natural, al modo que como se expresan algunos de estos Padres se unen dos gotas de cera líquida». El eximio doctor Francisco Suárez añade que este Sacramento concede además la perseverancia, causando una externa protección y una interna inspiración, mediante la cual se disminuye el fomes del pecado y se templan los apetitos carnales» (3). El suavísimo S. Francisco de Sales dice que cualquiera que frecuenta á menudo y con devoción el Sacramento, fortalece de tal manera la salud y vida de su alma que es casi imposible sea emponzoñado de alguna suerte de dañada afección. No podemos sustentarnos de esta carne de vida y vivir juntamente de afecciones de muerte; y así como los hombres si permanecieran en el paraiso terrestre pudieran no morir según el cuerpo, por la fuerza del fruto vital que Dios en él había puesto, así también pueden no morir espiritualmente por la virtud de este Sacramento» (4). Ciertamente; nuestra fortaleza es Jesús Sacramentado, por lo cual asegura el glorioso S. Antonino de Florencia que, «sabiendo Nuestro Señor la fragilidad de sus discípulos y habiendo de pasar de este mundo al Padre, les proporcionó el Viático de su Cuerpo y Sangre, con el fin de que, robustecidos en este camino del mundo, pudieran llegar fortalecidos á la bienaventuranza» (5).

¡Oh caridad de Cristo, mayor que toda admiración! exclama el cardenal Torquemada; ¡Somos dignos del manjar de los cerdos y hemos sido hechos participantes y compa-

(1) De confessione cathd.
(2) Anotat. 29 sup. cap. 6 Joan.
(3) Disp. 64. sect. 2.
(4) Introduc. á la vida devota. cap. 20.
(5) Serm. Feria V. in Cœna Dom.

ñeros de los ángeles, porque escrito está: Les dió pan del cielo; pan de ángeles comió el hombre. Ni tan sólo nos da el pan que contiene en sí todas las delicias, sino lo que más nos debe llenar de estupor, pues el divino amor constituyó sus delicias en la compañía de los hombres. Alaben los hijos de los hombres las misericordias del Señor y sus maravillas. ¿Qué cosa, oh alma, podía para ti destilarse desde lo alto de los cielos más suave, ó se te podía dar más deleitable, que lo que el Señor de todas las cosas, fuente y plenitud de todo bien ha puesto sus delicias con los hijos de los hombres? ¡Oh corazones duros y endurecidos de los hijos de Adán; absolutamente congelados están los pechos de aquéllos que á tanto incendio de amor no se encienden y derriten!» (1) «No nos dió Jesucristo cualquier género de manjar usado, añaden los Padres del Sínodo Provincial de Petricovia, sino su santísimo Cuerpo y preciosísima Sangre, al ver lo cual tiemblan los ángeles, no pudiéndole mirar sin llenarse de pavor por los fulgores que despide».

«Aquí es donde Cristo Nuestro Señor mostró su omnipotencia y todo su poder, prosigue el Ilmo. P. Jerónimo Lanuza, obispo de Barbastro, á saber: en la institución del Santísimo Sacramento. Para que entendamos esto, quiere tratar primero del poder sumo que sobre todas las cosas le había dado su Eterno Padre, cuando, al tratar de esta soberana institución, dice: Sabiendo que el Padre le había entregado en sus manos todas las cosas. ¡Poder de Dios! ¡Oh poder!... ¡Oh humildad! puso en la sagrada Eucaristía su persona, su cuerpo, su alma, su divinidad, su sangre, su gloria, su omnipotencia, su vida y todas las riquezas que posee, y esto para que estando aquí en este bocado vaciado Él mismo, y todo cuanto Él tiene poniéndolo en nuestro pecho, quedemos ricos con todo eso, y sea nuestro Él y todo el bien que tiene; de suerte que no le quede cosa á Dios que no nos la dé. Este sí es amor. Ahora sí que llegó el amor á lo sumo, porque si obra del amor es dar, ahora llegó Él á dar tan á

(1) Opus. Sacram. Euchar.

lo sumo que no le quedó cosa que no diese, pudiendo exclamar entonces: ¿Qué más pude hacer por mi viña que no hice?» (1) Por eso asegura Melchor Cano (2) que «no podemos ofrecer á Dios otro don mejor que el que se nos da en el Santísimo Sacramento»; por eso es también por lo que asegura el moralista Scavini que «por medio de este Sacramento podemos dar dignamente gracias á Dios por los beneficios recibidos»; diciendo además el abate Bergier (3) que la Eucaristía es el principal medio por el cual podemos dar gracias al Altísimo por el beneficio de la Redención».

¿Será admirable y excelente el Santísimo Sacramento? Los Doctores lo dirán. «Como no haya en la Iglesia, dice el benedictino Edmundo Martene, otro Sacramento mayor que el de la Eucaristía ni más noble, ni más ilustre, por eso en ningún otro Sacramento á excepción de éste, se afanaron tanto los cristianos en su peculiar veneración, con los aparatos de las ceremonias más tiernas y por el frecuente uso. (4) «Tanta es su grandeza, añade el teólogo franciscano Frassén, que, no pudiendo los autores más perspicaces, ni los más elegantes doctores sagrados llegar á la comprensión de sus eximias dotes y celestiales prerrogativas, ni deslindarlas por la palabra, acumularon según mejor pudieron multitud de alabanzas y elogios en honra suya». (5) «La Eucaristía, prosiguen Vicencio Patuzzi y el augustiniano Lorenzo Berti, es el sublime Misterio, eximio signo del divino y fragantísimo amor de Cristo hacia nosotros, prenda de la eterna gloria, cuyas inefables alabanzas, consuela más que con el silencio le veneremos, que le celebremos con delicados y desproporcionados sermones». (6) Juan Dicastillo, repitiendo lo del Concilio de Trento, dice, que «si atendemos á la dignidad de este Sacramento, es entre todos el primero, porque contiene en

---

(1) Sermón del Jueves Santo.
(2) Lib. 12 Lugar teol.
(3) Diction. de Theol v. Eucharist.
(4) Tract. de Euchar.
(5) Disp. 1.ª
(6) Tract. 10 sacra.

sí á la fuente de toda santidad que es Cristo», (1) por la cual añade Anacleto Reinfenstuel, que «este Sacramento jamásse podrá dignamente alabar» (2) y afirma Benjamín Elbel, que «la Iglesia universal le apellida el más digno de los sacramentos por contener en sí el manantial de los raudales divinos». (3) Bonacina le llama inefable y augustísimo. (4) El capuchino Fr. Bernardo de Bononia dice que es el más noble; (5) Sgambati, que es el eminentísimo por esencia; (6) Agustín Lehmkuhl añade, que «Dios hizo á la sacramental comida perenne é inagotable fuente de gracia y de caridad, y por tan suavísimo y eficacísimo medio nos comunicó todos los dones celestiales que mediante su Pasión tan abundantemente había merecido». Así que Juan Bautista Gonet, del orden de Predicadores, afirma que la Eucaristía es el último extremo del esforzado amor de Jesucristo hacia los hombres». (7) «Con sumas alabanzas, por tanto, se debe venerar, tributar honor y celebrar el Santísimo Sacramento, dicen los Salmanticenses, por su sublimidad, excelencia y grandeza». (8) Y Odón de París añade que «suma reverencia y honor se debe á los sagrados altares, mayormente á los que en ellos está reservada la Eucaristía». (9) En una palabra: Tournelli dice que «ni hay ni puede darse un auxilio más poderoso en esta vida para el hombre que la Santísima Eucaristía (10)».

Pero oigamos al erudito Gaume: «¡La Eucaristía! He aquí el Sacramento más augusto; he aquí el manantial mismo de la gracia; he aquí el inefable misterio por el cual se opera entre Dios y cada uno de nosotros la unión más perfecta que aquí abajo podemos alcanzar... Después de la Comunión ya no hay más que el cielo, pues ella es el paraiso en la tierra». (11) «Hay en la Religión católica un misterio, añade el sabio Balmes, que la Iglesia celebra con ceremonias augustas y que el cristiano adora con fe y con amor. Éste es el de la Eucaristía; misterio que es un hecho sobrenatural, incomprensible al débil hombre, inexplicable con

(1) (2) (3) (4) (5) (6) (7) (8) (9) (10) Tract. de Eucharist.
(11) Catecismo de Persever: de la Euchar.

palabras humanas; esto lo confiesan los católicos, esto lo reconoce la Iglesia. No se trata pues de señalar una razón filosófica para aclarar este arcano; ningún fiel será osado de llevar tan lejos su vanidad; se trata únicamente de saber si el misterio es absurdo en sí, porque si tal fuera, el dogma no sería una verdad sino un error: la omnipotencia divina no se extiende á lo absurdo», etc. (1) Después pasa á probar que no envuelve contradicción.

«Todos los Sacramentos dan la gracia, dice Augusto Nicolás, y son derivaciones de aquella divina encarnada en Jesucristo y que por su muerte se derramó sobre toda la humanidad. El sacramento de la Eucaristía va aún más adelante: no sólo da la gracia, sino el Autor mismo de la gracia, no sólo la emanación, sino la plenitud y la fuente; es decir: que lo da todo, agota la liberalidad y el amor del mismo Dios, y es por excelencia y sin reserva el Sacramento del amor. Este pensamiento encadena mi razón vacilante, mis sentidos rebelados, y penetrando hasta mi corazón, lo abre á la fe. La profundidad del misterio no me subleva ya, me encanta, me decide, porque descubro en él la profundidad del amor, que, ocultándomelo, me lo descubre. ¡Tanto amó Dios al mundo! En estas palabras está compendiado todo». (2) «¡Oh Dios mío, Rey mío y Señor mío! exclama el doctor suavísimo S. Alfonso María de Ligorio ¡Quién me diera que todos mis miembros se convirtieran en lenguas para alabar y engrandecer las finezas de vuestra bondad en ese divino Sacramento!... Me atrevo á decir que sois con demasía amante de los hombres, porque les disteis todo lo que podíais darles en este Sacramento con el fin de que ellos os amasen». (3) Bendito seáis Señor por todos los siglos de los siglos.

Recoge, lector querido, las autoridades mencionadas y con ellas puedes contestar prácticamente á los argumentos de los herejes que niegan la real presencia de Cristo en la Eucaristía.

---

(1) Filos. fund. c. 33.
(2) Estud. filos. part. 2.ª, cap. 17.
(3) Visitas día 5.

CAPÍTULO II

La Eucaristía y los Sumos Pontífices

Cierto día el Salvador, estando en Cesárea de Filipos, tuvo á bien preguntar á sus discípulos: (1) ¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre? Juan Bautista, respondieron unos; Elías, añadieron otros; Jeremías ó alguno de los profetas, contestaron por fin los demás. Mas vosotros, añadió el Salvador, ¿quién decís que soy yo? *Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo,* prorrumpió en nombre de todos, Simón Pedro; «Bienaventurado eres, Simón, hijo de Juan, prosiguió el Salvador, porque no te lo reveló esto la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Por lo cual te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Yo te daré las llaves del reino de los cielos para que todo cuanto atares y desatares en la tierra sea atado y desatado del mismo modo en el cielo»; promesa que cumplió el Señor cuando, una vez resucitado, se apareció en el mar de Tiberíades á siete de sus discípulos entre los cuales estaba Pedro, (2) á quien, preguntando por tres veces si le amaba, y contestándole éste afirmativamente, le mandó apacentar sus corderos y ovejas; es decir, los obispos y fieles res-

(1) Math. cap. XVI.
(2) Joan XXI.

pectivamente. Con semejantes solemnidades, Jesucristo constituyó al Príncipe de los apóstoles en Jefe supremo de la Iglesia universal. Su autoridad es la misma de Jesucristo, según estas palabras: «Así como me envió mi Padre así os envío yo á vosotros». Su perpetuidad en la Iglesia se la prometió el Salvador, según estas otras: (1) «Yo estaré con vosotros todos los días hasta la consumación de los siglos.» Su infalibilidad se la concedió el Omnipotente. «Yo rogaré al Padre, para que jamás desfallezca tu fe». Su santidad, aunque nada importa para su autoridad é infalibilidad, se la inculcó no obstante el Redentor cuando, después de constituírle Pastor supremo, le dijo: «Sígueme».

Sin embargo: siendo patente por las divinas Escrituras, por la constante tradición y la práctica uniforme de la Iglesia, el carácter y misión de Pedro y de sus sucesores, no ha dejado de haber secuaces del averno que, poniendo en práctica los fantásticos sofismas que los príncipes de las tinieblas les sugirieran, hayan negado la autoridad de Pedro, como los Wideffitas y Husitas y su infalibilidad como Lutero. Pero bien; semejantes herejes están condenados por quien puede fallar su causa; están separados de los católicos como ramas desgajadas del frondoso y divino Árbol. Todo cuanto puedan alegar los que pretenden tachar á la Iglesia de haber errado en punto de fe, es infundado, es falso; porque aunque Cristo no prometió á Pedro mientras fuese Pontífice la pureza del ángel, no obstante le prometió su asistencia en todos tiempos y á todas horas. (2) «Simón, Simón, le dice, mira que Satanás os ha pedido para zarandearos como trigo: mas yo rogaré para que no desfallezca tu fe». Ahora bien: Ó Jesucristo no puede, ó no quiere rogar por Pedro para que no yerre en la fe, ó en caso contrario, Pedro no yerra, porque Cristo le sostiene. Hemos de creer indefectiblemente lo último, porque decir que Cristo no puede hacer ó cumplir lo que promete, es una heretical blasfemia, y sostener que no quiere rogar por Pedro ó

(1) Math. 27, 20.
(2) Luc. XVII, 31.

concederle las gracias necesarias para que no incurra en la herejía, habiendo ya empeñado de antemano su palabra, no es menor atroz injuria. Por otra parte, el mismo Jesucristo asegura al Príncipe de los apóstoles que las puertas del infierno jamás prevalecerán contra la Iglesia, lo cual no tendría lugar si los Pontífices claudicaran en la fe; ahora bien: sabemos y confesamos que en Dios lo mismo es prometer que cumplir, porque ni puede engañarse á sí mismo, ni engañarnos: luego si afirma á Pedro que las puertas del infierno nunca prevalecerán contra él, es que el edificio del cual el fundamento es Pedro y sus sucesores, está siempre firme é inconmovible: luego firme é inconmovible está siempre su fe: luego los Pontífices jamás han errado en los dogmas católicos.

Entrando ahora de lleno en nuestro peculiar objeto, veamos cómo se expresan los Pontífices sumos con relación á la Santa Eucaristía.

Dejando á un lado las graves autoridades de los Pontífices, considerados como Padres de la Iglesia, y la energía con que se expresaron los que combatieron y condenaron las herejías, referentes á nuestro dogma, y muy particularmente Lucio III, que expidió un decreto para toda la universal Iglesia, proscribiendo las de su tiempo, cuyo contenido puede verse en Baronio: volvamos la vista al pontífice Urbano IV, que en la bula que expidió para solemnizar la festividad del Santísimo Sacramento, profiere estas bellas expresiones: «Habiendo Nuestro Señor Jesucristo de pasar de este mundo al Padre, como instare el tiempo de su Pasión, efectuó la cena en memoria de la misma, instituyendo el sumo y magnífico Sacramento de su Cuerpo y Sangre, dando su Cuerpo en comida y su Sangre en bebida... ¡Ó inmensidad del divino amor, prosigue, sobreabundancia de la divina piedad, afluencia de la divina largueza! Nos dió el Señor todo lo que está debajo de nuestros pies y nos concedió el principado del dominio sobre todas las criaturas de la tierra: nos dió también á los ángeles para que nos sirvieran; y siendo tan copiosa su mag-

nificencia hacia nosotros, y queriendo aún mostrarnos Él mismo su exuberante caridad, se nos dió á sí mismo, mas excediendo toda la plenitud de la largueza y todo modo de amor se puso en comida. ¡Ó singular y admirable liberalidad, en donde el dador viene juntamente con el don, y se da este don absolutamente todo con el dador! ¡Qué larga y pródiga largueza, darse uno á sí mismo! Se nos dió, por tanto, en pasto, para que ya que el hombre se arruinaba por la muerte, se levantase él mismo por esta comida á la vida. Cayó el hombre por el mortífero manjar del árbol prohibido, levantóse por el manjar del árbol vital. De aquél pendía la comida de la muerte, de éste pende el alimento de la vida. El bocado de aquél mereció el castigo, el gusto de éste engendra la salud. El gusto lastimó y el gusto sanó...» Pasa después el mismo Pontífice á inculcar á toda la Iglesia á que celebre un día en honor de tan portentoso Sacramento; y no sólo se lo inculca, sino que se lo manda con autoridad apostólica. «En este día, añade, la muchedumbre de los fieles devotos concurran á la Iglesia para alabar al Santísimo Sacramento, y tanto los clérigos, como el pueblo, se levanten entonando cánticos de alabanza. Entonces, pues, los corazones, los votos, las oraciones y los labios de todos tributen himnos de saludable alegría; entonces, cante salmos la fe, rebose de júbilo la esperanza, gócese la caridad, aplauda la devoción, dance el coro y complázcase la pureza. Entonces, cada uno con festivo y alegre ánimo y con voluntad rendida procure que todas sus fuerzas y toda su ciencia se unan para celebrar debidamente la solemnidad de tanta fiesta».

Eugenio IV, en el decreto que expidió para los Armenios, hablando con bastante difusión de la materia, forma, ministro y efectos de la Eucaristía, expresa lo siguiente: El tercero de los Sacramentos es el de la Eucaristía, cuya materia es pan de trigo y vino de vid, al cual se debe mezclar una poca de agua antes de la consagración. El agua se ha de mezclar con el vino, porque según el testimonio de los SS. Padres y doctores de la Iglesia, mucho tiempo ha

demostrado, se cree que el mismo Señor instituyó este Sacramento usando de vino mezclado con agua. A más de que así conviene para representar la pasión del Señor, pues dice S. Alejandro I papa: En las oblaciones de los Sacramentos que se ofrecen al Señor en las Misas solemnes, no debe ofrecerse en el cáliz del Señor, vino solo, ó agua sola, sino ambos mezclados, porque ambos, esto es: sangre y agua, se lee haber manado del costado de Cristo. Ya también, porque esto conviene para significar el efecto de este Sacramento que consiste en la unión del pueblo cristiano con Cristo. El agua, pues, significa el pueblo, según se lee en el Apocalipsis. Muchas aguas denotan muchos pueblos. Y Julio I dice: El cáliz del Señor debe ofrecerse según el precepto de los cánones, con vino y agua mezclados, porque vemos que por el agua se sobrentiende el pueblo y por el vino se declara la sangre de Cristo. Luego cuando en el cáliz se mezcla vino y agua, el pueblo se une á Cristo, y el pueblo fiel se une ó incorpora al mismo Señor en quien se cree.

Habiéndolo, por lo tanto, guardado de esta manera, y desde un principio, tanto la Santa Romana Iglesia, enseñada por los bienaventurados apóstoles Pedro y Pablo, como las demás Iglesias Latinas y Griegas, en las que brillaron astros de toda santidad y doctrina, es ciertamente un inconveniente que cualquier otra región discrepe de esta universal y racional observancia. Determinamos por tanto, que también los mismos Armenios se conformen con todo el Orbe cristiano, y que sus sacerdotes mezclen en la oblación del cáliz como dicho es, un poco de agua con vino.

La forma de este Sacramento son las palabras del Salvador con las cuales se hace este Sacramento; pues el sacerdote, hablando en persona de Cristo, le confecciona. Porque, por virtud de las mismas palabras, la substancia del pan se convierte en el Cuerpo de Cristo, y la substancia del vino en su sangre; de tal manera que Cristo Nuestro Señor se contiene todo bajo la especie de pan, y todo bajo la de vino, y hecha la separación, Cristo Nuesto Señor se halla to-

do en cualquier parte de la Hostia consagrada, y del vino consagrado». Hasta aquí Eugenio IV.

S. Pío V, después de explicar con solidez de doctrina el dogma eucarístico, al indicar que á la conversión del pan en el Cuerpo de Jesucristo y la del vino en su sangre, se denomina *transubstanciación*, se expresa de esta manera: (1) «La Santa Iglesia Católica llamó muy propia y convenientemente á esta conversión maravillosa, *transubstanciación*, según lo enseñó el santo Concilio de Trento, porque á la manera que la generación natural se llama con toda verdad *transformación*, por cuanto en ella se muda la forma, así también, porque en el Sacramento de la Eucaristía pasa toda la substancia de una cosa á ser toda la substancia de otra, con grande rectitud y ciencia inventaron nuestros ascendientes, para explicar esta acción: *transubstanciación*».

Clemente VIII y Urbano VIII reformaron algunas de las ceremonias del Misal Romano, y al publicar sus respectivos decretos con motivo del propio asunto, se expresa así el primero: «Siendo el Santísimo Sacramento de la Eucaristía, por el cual Cristo Señor Nuestro nos hizo partícipes de su Cuerpo y Sangre y decretó permanecer con nosotros hasta el fin de los siglos, el máximo de todos los Sacramentos, y á él se le confeccione en el Santo Sacrificio de la Misa y en ella sea ofrecido á Dios Padre por los pecados de todo el pueblo; conveniente y equitativo es de todos modos, que todos los que formamos un solo cuerpo, que es la Iglesia, y participamos de un solo Cuerpo, que es el de Cristo, usemos de un solo oficio y de un mismo rito en la celebración de este inefable y tremendo sacrificio...» (2).

El segundo añade estas hermosas frases: «Si algo verdaderamente divino existe en las cosas humanas, y de lo cual, los ciudadanos de la Jerusalén celeste nos tengan envidia santa, si es que en ellos cabe, es ciertamente el sacrosanto Sacrificio de la Misa, con cuyo beneficio se nos hace, que los

(1) Cathechism. Rom. Pars. II, cap. IV, número 42.
(2) Cum. sanctissimum.

hombres, con cierta anticipación posean al cielo en la tierra y tengan delante de sus ojos y palpen con sus manos al mismo Criador de todas las cosas... (1).

Hablando el papa (2) Benedicto XIV de Santa Catalina de Génova, hace este elogio de la Eucaristía: «El uso de este Sacramento es la nota de la dilección y de la suavidad interior de esta alma. De este uso resulta por consiguiente la prueba de la virtud de la religión llevada hasta el heroísmo». Así es, porque, según dice Eugenio IV, (3) «el efecto de este Sacramento que se obra en el alma del que dignamente le recibe es la unión ó agregación del hombre á Cristo. Y como el hombre por la gracia se incorpora con Cristo y se une á sus miembros, es consiguiente que por este Sacramento se aumente la gracia en los que dignamente le reciban y todos los efectos que la comida y bebida material obran en la vida corporal, á saber: sustentándola, aumentándola, reparándola y deleitándola, obra este Sacramento en la vida espiritual, en la cual reconocemos la memoria de nuestro Salvador, nos apartamos del mal, nos confortamos en el bien y adelantamos en el incremento de las virtudes y gracias», últimas palabras que son del Pontífice Urbano. Estos son los efectos de la Eucaristía, sagrado pan, que, como dice el papa Clemente (4) tomando las palabras de la Sabiduría, «tiene toda delicia y toda la suavidad del sabor, el cual no engrasa el cuerpo sino el corazón, no la carne sino el alma, no el vientre, sino el entendimiento». Por eso S. Gregorio VII exhortaba á la condesa Matilde á la frecuencia de la comunión como cosa esencial para caminar por las sendas de la perfección. «Debemos, oh hija, le dice, acercarnos y acogernos á este singular Sacramento, y desearlo como á nuestra particular medicina» (5).

(1) Si quid est in rebus humanis.
(2) De Canonizat. Sanct. cap. 27, lib. 3.º
(3) En el decreto á los Armenios.
(4) Panis habens omne delectamentum et omnis saporis suavitatem, et impinguans non corpus sed cor, non carnem sed animam, non ventrem sed mentem. De reliquiis.
(5) Debemus ó filia ad hoc singulare confugere Sacramentum singulare appetere medicamentum. Apud Baron ann. 1074 núm. 1213.

La ardiente fe que se debe tener en Jesús Sacramentado nos la demuestra el pontífice Pío VI, en las terribles agonías de su muerte. El soberbio Napoleón había prendido á aquel sumo Pastor en la famosa invasión de la Ciudad Eterna por los franceses, y no contento con tenerlo apresado en Italia, lo condujo á Valence de Francia, donde sufrió lo indecible. Harto de oprobios y molestias, llegó la hora en que había de abandonarlos. En este último trance, al presentarle la sagrada Hostia que iba á recibir por Viático, dirigióse hacia Jesús Sacramentado y, pidiendo clemencia por los que le ultrajaban, le dijo estas sentidas palabras: «Señor mío Jesucristo; he aquí á tu Vicario y al Pastor del rebaño católico, desterrado, cautivo y muriendo por sus ovejas. En tal apuro te dirijo dos súplicas, oh Padre clementísimo y Señor mío; la primera para que concedas amplio perdón á mis adversarios y enemigos; la segunda, para que restituyas á Roma la cátedra y el trono de Pedro, á la Europa la paz y la religión á la Francia, que tanto he amado y que tantos méritos tiene contraídos ante la Iglesia cristiana» (1).

El último de los Pontífices que ha declarado y defendido al propio tiempo el dogma de la Eucaristía, es el inmortal León XIII, como efectivamente lo llevó á cabo en 14 de Diciembre de 1887, condenando los errores de Rosmini Servati, y en su preciosa á la par que admirable Encíclica sobre la Santa Eucaristía. De todo lo cual venimos en conocimiento que los soberanos Pontífices son asimismo valiosa prueba que corrobora el dogma Eucarístico.

---

(1) Vida de Pío VI por Nodari.

CAPÍTULO III

La Eucaristía y los Concilios

Hay acontecimientos en el mundo que llaman la atención de una manera particular. Son los Concilios Generales de la Iglesia Católica. Reunidos los Obispos del Orbe y á su cabeza el Papa ó sus legados en lugar designado por aquél y no apeteciendo otra cosa que la paz de la Iglesia y del Estado, la tranquilidad de los fieles, el aumento y propagación de la fe, la destrucción de las herejías y la pureza de costumbres: ponen manos á tan santa obra, usando de los medios que les concedió la Omnipotencia divina. Allí se tratan los asuntos más graves de la Esposa del Cordero, á saber: los de fe, costumbres y disciplina; y estos son sus primordiales objetos: definir los dogmas que han de ser creídos y preceptuar lo que ha de ser practicado.

Pero estas solemnes congregaciones pueden ser generales, y son las que acabamos de mencionar que, si revisten las condiciones de ser convocadas y celebradas legítimamente, y si su éxito es también legítimo, se las apellida ecuménicas. Las hay, asimismo nacionales, provinciales y diocesanas, según tengan parte en ellas los Obispos y demás entidades que prescribe el derecho, de toda una nación, ó de toda una provincia eclesiástica ó diócesis particular.

La primera clase de Concilios que representa á la Iglesia

universal son infalibles en cuestión de fe y costumbres, si son confirmados por el Sumo Pontífice; mas los restantes, convocados y celebrados legítimamente, por más que no gocen de privilegio semejante, empero si media la aprobación del Vicario de Cristo y la recepción y aplauso de los católicos, son también infalibles.

Nada más grandioso que un Concilio General. Al contemplar en la ciudad destinada para el efecto tantos Prelados venerables oriundos de todas las partes del mundo que concurren á la voz del Pastor Supremo, el corazón del cristiano oprimido se dilata y exclama con entusiasmo indecible: La Iglesia de Dios existe y lleva una vida exuberante. Por cierto, la Iglesia de Dios existe y en sus Asambleas Generales vense resaltar sus características notas. Brilla su unidad, porque sus pastores confiesan la unidad de la fe; resplandece su santidad, porque sus miembros todos son venerables, expertos en el trabajo y en la penitencia; resalta su catolicidad porque no son de varias partes los Obispos que allí concurren, sino de todo el globo; y reluce finalmente su apostolicidad, porque sólo los sucesores de los apóstoles son los que, por derecho propio, han de tomar parte en la inmortal obra de los concilios.

Estudiadas con madurez las cuestiones que han de ser discutidas; reinando la verdad, la ciencia y la bondad; siendo asistidos por el Hijo de Dios que les aseguró: «Donde hubiere dos ó tres de vosotros congregados en mi nombre, allí estoy yo»; (1) y gozando el sucesor de Pedro del don de la infalibilidad ¿qué hemos de pensar de las decisiones de los concilios, particularmente de los generales? ¿acaso habrá asambleas, aun miradas humanamente, más graves, de mayor autoridad y de mejor competencia que los Concilios? Si consideradas solamente las tres primeras circunstancias referidas, cualquier hombre de mediana capacidad asentiría á lo que un Concilio definiera y en la forma que lo ejecutara, ¿qué no deberá asentir, sabiendo ciertísima-

(1) Math. 18, 20.

mente que á los Concilios Generales legítimos, va aneja la postrera circunstancia que corrobora indefectiblemente sus decretos? Si el Redentor dijo aún en particular á los apóstoles: «Quien á vosotros oye á mí me oye y quien á vosotros desprecia á mí me desprecia», (1) ¿cuál no sería su intención de confirmarles expresiones semejantes si, habiendo de estar reunidos en su nombre, hablasen en su nombre y nos preceptuasen alguna cosa en nombre suyo? De aquí la obligación que tenemos todos los cristianos de obedecer ciegamente á los sagrados Concilios confirmados por el Sumo Pontífice, porque añade también el mismo Salvador: que el que no oyere á la Iglesia sea tenido como gentil y publicano; esto es: como hereje y excomulgado. Veamos, pues, lo que los Concilios enseñan respecto al dogma de la Eucaristía, para cuyo estudio distribuiré la materia en tres partes: 1.ª Profesión de fe de los Concilios sobre la Eucaristía. 2.ª Condenación de los sacramentarios y de sus herejías por los Concilios. 3.ª Decretos que dieron los Concilios sobre la materia de la Eucaristía.

I. Profesión de fe de los Concilios sobre la Eucaristía

«Entendemos que está puesto en la sagrada Mesa, dice textualmente el Concilio Niceno I, (2) aquel Cordero de Dios que borra los pecados del mundo, inmolado incruentamente por los sacerdotes y, recibiendo su verdadero Cuerpo y Sangre, creemos que éstos son los símbolos de nuestra Redención». Empero nadie crea que por estas palabras *símbolos* entendían los Padres que el Cuerpo y Sangre de Jesucristo en la Hostia y el Cáliz eran imágenes ó figuras del verdadero Cuerpo y Sangre del Señor, porque asegura muy bien el Concilio Niceno II, que (3) «ninguno de los apóstoles ó de los santos Padres había llamado imagen del Cuerpo de Cristo al incruento sacrificio que se celebra en memoria de su pasión».

---

(1) Luc. 10, 16.
(2) Lect. 3 de sacra mensa.
(3) Act. 6.

El Concilio Efesino, celebrado en 431 contra el hereje Nestorio, se expresa de esta manera: «Así como os anunciamos la muerte del Unigénito Hijo de Dios, Jesucristo, su resurrección y ascensión gloriosa á los cielos, del propio modo confesamos y os evangelizamos el incruento sacrificio que celebramos en las Iglesias, teniendo presente que, al acercarnos á las místicas oblaciones, somos santificados por ellas y hechos partícipes del santo cuerpo y preciosa sangre de Cristo, redentor de todos nosotros, confesando al propio tiempo que la carne santísima que recibimos no es una carne común (lejos de nosotros pensar tal cosa) ni tampoco de un varón santificado y unido al Verbo, según la unidad de la dignidad, ó como si poseyera la habitación divina «alude á unos herejes que sostenían semejantes errores» sino la verdadera carne vivificatriz y hecha propia del mismo Verbo». En el canon XI anatematiza á quien sintiere ó afirmare lo contrario.

El Concilio Lateranense IV (1) definió la real presencia de Jesucristo en la Eucaristía por estas palabras: «Una es la universal Iglesia de los fieles, fuera de la cual ninguno de los hombres se salva; en la que el mismo Jesucristo es el sacerdote y el sacrificio, cuyo Cuerpo y Sangre se contiene verazmente en el Sacramento del Altar bajo las especies de pan y vino, transubstanciados por postestad divina, el pan en el cuerpo y el vino en la sangre; de modo que, para perfeccionar el misterio de unidad recibimos al mismo Señor en su naturaleza y que Él recibió de la nuestra en cuanto á la humana. Este sacramento nadie lo puede hacer, sino tan solamente el sacerdote que está legítimamente ordenado según las llaves de la Iglesia, las cuales concedió el mismo Jusucristo á los apóstoles y á sus sucesores».

El Florentino (2) confesó la misma doctrina que el anterior, cuyo hermoso contexto quedó insertado al hablar de la Eucaristía y los Pontífices; haciendo lo propio el de Constanza al ocuparse de que los simples fieles deben solamente

(1) Capít. Firmiter.
(2) Decret. ad Armenos.

comulgar en una sola especie, lo cual trataremos en su lugar respectivo. El Concilio de Viena llegó á asegurar que en la Eucaristía percibimos las delicias del Señor, (1) y el Tridentino, en los admirables cánones que dió sobre los Sacramentos, declaró terminantemente la real presencia de Jesucristo en la Eucaristía por estas frases: «Si alguno negare que en el Santísimo Sacramento de la Eucaristía se contiene verdadera, real y substancialmente, el Cuerpo y la Sangre, juntamente con el alma y divinidad de Nuestro Señor Jesucristo, y por consiguiente todo Cristo, ó dijere que está tan sólo en él como en signo ó figura ó virtud: sea excomulgado (2)».

Finalmente, el Concilio Vaticano formuló su profesión de fe respecto al dogma de que nos ocupamos de la siguiente manera: Profeso, asimismo, que en la Misa se ofrece á Dios, el sacrificio verdadero, propio y propiciatorio por los vivos y por los difuntos; y que en el Santísimo Sacramento de la Eucaristía están verdadera, real y substancialmente el Cuerpo y la Sangre, juntamente con el alma y la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo: y que en ella se verifica la conversión de toda la substancia del pan en el cuerpo y de toda la substancia del vino en la sangre; á la cual conversión llama la Iglesia Católica: Transubstanciación. Confieso también que en cada una de ambas especies se recibe á todo Jesucristo entero y el verdadero Sacramento» (3). He aquí, cuán terminante es la fe de las Asambleas católicas sobre el más augusto de los dogmas.

II.—Condenación de los sacramentarios y de sus herejías por los Concilios.

Empero veamos su actitud respecto á los herejes que blasfemaron de este mismo dogma.

(1) In hoc Sacramento dulcedo Domini degustamus.

(2) Si quis negaverit in Sanctissimo Eucharistiæ Sacramento contineri vere, realiter et substantialiter Corpus et Sanguinem, una cum anima et divinitate Domini nostri Jesu Christi, ac pro inde totum Christum: sed dixerit tantummodo esse in eo, ut in signo, vel figura, aut virtute: anathema sit. De Euchar., can. I.

(3) Sess. II.

Hacía ya ciento cincuenta años que la Iglesia de Dios se hallaba libre de notables herejías, cuando á mediados del undécimo siglo, Berengario, arcediano de S. Mauricio, poco erudito y muy capcioso, según le apellida un autor, (1) en una carta que escribió al bienaventurado Lanfranco se permitió decir que Jesucristo estaba en la Eucaristía de un modo figurado. Á blasfemia semejante opuso el papa León IX un Concilio, convocándolo al efecto en 1050 en Roma, donde fué condenada la herejía que contenía y privado su autor de la Comunión eclesiástica. En el mismo año fueron convocados por el propio motivo los Concilios de Vercelis y de París; al primero asistió Lanfranco, pero no compareció Berengario, por más que fuera citado, sino que envió como delegados suyos á dos clérigos, los cuales, insistiendo en la defensa de los errores de Berengario, fueron condenados tanto éstos como aquéllos. Asimismo, se le citó para el segundo concilio, al que asistió el cristianísimo rey de Francia Enrique I, y en vista de que tampoco comparecía el famoso hereje, se le probaron ser heréticas sus doctrinas, quedando condenadas. En el año 1055 fueron celebrados otros dos Concilios para arreglar este mismo asunto; en el Florentino fué condenado nuevamente Berengario, pero en el de Tours, presidido por el que fué más tarde S. Gregorio VII, abjuró aquel heresiarca sus funestos errores, plausible acción que volvió á repetir el año de 1059 en el Concilio Romano. Delante de 113 obispos, que asistieron á este Concilio, hizo Berengario su profesión de fe católico-eucarística y arrojó al fuego el libro *de Corpore Domini* de Juan Escoto Erigena que sirvió de fundamento á sus execrables errores.

Después de tan saludables ejemplos, Berengario volvió al vómito, merced á lo cual fué convocado en 1063 un Concilio en Rotómagi y, estando presente Willelmo, jefe de los Normandos, fué condenada de nuevo la herejía del famoso arcediano y fulminado anatema contra todos aquéllos que la

(1) Henno.

siguieron. Doce años más tarde, gobernando la Iglesia S. Gregorio VII, fué convocado un Concilio en Poitiers, bajo la presidencia de Gerardo, obispo de Engolis, en el cual condenóse otra vez al heresiarca y quedó confirmada la fe de la Eucaristía; empero, deseando el Vicario de Cristo que aquél se convirtiera sinceramente, reunió otro Concilio en Roma, año de 1078, al cual compareció Berengario, quien, por temor al castigo, emitió simuladamente la profesión de fe católica; había este desgraciado sustituído su herética opinión por la de que el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo se hallaban en la Eucaristía juntamente con las substancias de pan y vino, dando origen con esta idea á la impanación que en el siglo XVI admitiera Lutero y sus secuaces. No obstante el celoso Pontífice, sintiendo en el alma aquella simulación, y anhelando la verdadera conversión de la descarriada oveja, reunió al año siguiente un tercer Concilio, ante el cual mandó comparecer á Berengario, ordenándole al propio tiempo detestase sus errores; éste lo cumplió cual deseaba el Pontífice, pidió perdón de sus escandalosos ejemplos, y en lo sucesivo no molestó más á la Iglesia ni á los fieles, antes bien llevó una vida ejemplarísima.

Si en el siglo décimo sexto, los herejes volvieron á resucitar las ideas berengaristas, la Iglesia, solícita siempre por el bien de sus hijos y muy en particular por la pureza de la fe, convocó el ecuménico Concilio Tridentino, precisamente para poner coto á los novadores que blasfemaban principalmente del Sacramento eucarístico, emitiendo aquellos cánones tan memorables sobre este Sacramento, ante los cuales enmudecieron los alborotadores de alguna buena fe y mordieron el polvo los que en fe mala proseguir quisieron.

III. Decretos que dieron los Concilios sobre la materia de la Eucaristía

No tuvieron aquí su término los trabajos de los venerables Concilios respecto á nuestro dogma. Como la *materia* del Sacramento del Altar es parte integrante de este excelso dogma, puesto que sin ella no puede haber Sacramento, se hace preciso de todo punto declarar en el capítulo presente

los esfuerzos de los Concilios por la pureza de este grave asunto. Así pues:

Entre los cánones de los apóstoles se hallan estas palabras: (1) «Si algún obispo ó presbítero, contra la ordenación del Señor, ofrece en el altar, al tiempo del sacrificio otras cosas de las que están mandadas v. g. miel ó leche, ó sidra, en lugar de vino, ó también animales volátiles, ú otros animales, ó en fin legumbres: se le deponga en el tiempo conveniente». Esto mismo quedó ordenado en el Concilio III de Cartago. «En los sacramentos del Cuerpo y Sangre del Señor, dice, no se ofrezca otra cosa que lo que el mismo Señor ofreció, esto es: el pan y el vino mezclado con agua; y éstos no se han de ofrecer, si no son de uvas y trigo respectivamente». Palabras que vemos repetidas en otro Concilio cartaginés, celebrado en tiempo de Bonifacio I. Después de manifestar lo que hemos insertado en el canon anterior, añade: «Mas las primicias de miel y leche que en un día solemnísimo suelen ofrecerse en el misterio de los niños, por más que se ofrezcan en el altar, tengan, sin embargo, su propia bendición, de modo que se distingan de la del sacramento del Cuerpo y Sangre del Señor». (2) No otra cosa fué ordenada en el Concilio 1.° de Braga, año 561. «No se debe, dice, ofrecer otra cosa en el Sacramento que pan y vino y agua, los cuales se bendicen en figura de Cristo, porque mientras pendiera de la cruz salió de su Cuerpo, sangre y agua (3)».

Confirmaron estos preciosos cánones el Concilio IV de Aurelia, celebrado en tiempo del Papa Pelagio I, diciendo: «Nadie ofrezca en la oblación del santo cáliz, sino lo que se obtiene del fruto de la viña, pero de tal modo que nadie presuma ofrecerlo sin mezclar el vino con el agua, porque se juzga ser sacrilegio ofrecerse otra cosa, y además que

(1) Si quis episcopus aut presbiter, præter ordinationem Domini, alia quædam in sacrificio offerat super altare; id est: aut mel, aut lac, aut pro vino siceram et confecta quœdam, aut volatilia, aut animalia aliqua aut legumina contra constitutionem Domini faciens; congruo tempore deponatur. Cap. III.

(2) Cap. IV.

(3) Ex colect. M. Brachar. Cap. 55.

así lo mandó el divino Salvador». (1) El Concilio de Vorms declara lo siguiente: «Habiendo el Maestro de la verdad encomendado á sus discípulos el verdadero sacrificio de nuestra salud, reconocemos que ofreció en este Sacramento el pan y el cáliz solamente. Por manera que á más del pan y vino mezclado con agua, no se debe ofrecer otra cosa; pues el cáliz del Señor debe ser ofrecido con vino mezclado con agua; porque el agua simboliza al pueblo, mas el vino, la sangre de Cristo. Luego cuando se verifica dicha mezcla, el pueblo se une á Cristo y este pueblo de los creyentes se agrega y se une á Aquél en quien cree... Si alguno ofrece vino tan solamente, la sangre de Cristo comienza á estar sin nosotros, empero si ofrece agua sola, el pueblo comienza á estar sin Cristo. No puede, pues, estar el cáliz del Señor con agua sola ó con vino solo, sino que han de ser ambos mezclados». (2) Todo lo cual confirmó el Concilio de Tríburi, (3) año de 895, usando de palabras semejantes y declarando que se había de poner en el cáliz dos terceras partes de vino y la restante de agua, porque aquél significa la magestad de la sangre de Cristo y ésta la flaqueza humana. De otros Concilios podíamos dar cuenta en este lugar que se ocuparon de la propia materia, mas por no hacer demasiado pesada la lectura terminaré el presente capítulo insertando el canon del Tridentino sobre el particular. «Si alguno dijere (son palabras textuales) que el agua no se ha de mezclar al vino cuando se ofrece en el cáliz porque es contra la institución de Cristo, sea excomulgado» (4).

Y aquí damos por terminado el asunto de la Eucaristía y los Concilios, recordando que por la doctrina de fe que éstos en todas las épocas y en todos los lugares han enseñado; por la intolerancia que han usado siempre con las ideas y frases heréticas; y por la constancia con que han declarado la doctrina respecto á la materia de la Eucaristía, los Concilios son una prueba más de la Tradición que confirma la real presencia de Jesucristo en la Santa Eucaristía.

(1) Cap. IV. (2) Cap. IV. (3) Cap. 19. (4) De sacrif. Missæ.

CAPÍTULO IV

La Eucaristía y los Mártires

Teñido en sangre el nevado manto con que se cubre la Iglesia del Redentor del mundo, no podía menos de darnos por este motivo una idea relevante de su significación sublime: es la radiante aureola del martirio acreditando la divinidad de la Esposa del Cordero. En efecto: los primitivos fieles que no respiraban más que á Jesucristo, y con Él, sus oprobios, sus desprecios y su muerte, veíanse animados por una fuerza superior á padecer los últimos suplicios. Contemplad á una inmensa muchedumbre de cristianos que se presentan al tribunal de un prefecto romano; admirad la serenidad de su frente, sus tranquilos gestos y movimientos; fijad la atención en sus palabras y deduciréis sus heróicos deseos; considerad sus acciones y comprenderéis el sublime espíritu que les anima. Pontífices, obispos, presbíteros y ministros, sacrifican su dignidad por unirse cuanto antes con Jesucristo. Mirad los cónsules convertidos, los soldados que abandonan la idolatría, los médicos y jurisperitos corriendo tras la luz divina, los magnates y poderosos desprendidos de sus cuantiosos haberes; niños y doncellas, adultos y ancianos; personas de todas clases, de toda edad, de todo rango: mirad cómo comparecen ante los crueles emperadores y suben los gloriosos

peldaños del patíbulo; ¿pero de qué patíbulo? No el de la vergüenza, no el de la ignominia, sino del verdadero honor y gloria imperecedera.

Éstos son los discípulos legítimos de Cristo, dignos de poseer en toda su extensión el nombre de cristianos. ¿Qué clase de tormentos podrá idear nuestra ardiente fantasía, que los verdugos del Cristianismo no aplicasen á los santos cuerpos de los mártires? Semejantes los enemigos del Crucificado á indómitas fieras, cuyo furor ni con la vista de las despedazadas carnes se las puede aplacar; remedadores de los sangrientos tigres que sin compasión arrebatan las presas y las devoran; insensibles á todo ruego, á toda lágrima y á los mismos horrores, cometen con los gloriosos confesores las inhumanidades más indescriptibles. Unos son en el circo pasto de las fieras; otros asados en parrillas; quienes atravesados con envenenadas saetas; ora azotan á unos, crucifican á otros, dejan perecer de hambre á los que aprisionaron. ¿Qué más? Díganlo el fuego en que muchos se abrasaban, sirviendo de antorchas en los jardines del impío Nerón mientras éste se paseaba. Testifíquenlo las espadas que segaban las santas cabezas, acredítenlo los estanques helados á los cuales eran arrojados; los potros, las pinzas de hierro candentes, los apaleamientos; en suma: todos los tormentos inventados por el paganismo para hacer desaparecer de la faz del orbe la Religión divina.

Mas ¡qué paciencia en los tormentos! Alentados los mártires por Aquél que les dijo: no temáis á los que matan el cuerpo y no pueden matar el alma; antes bien, temed al que puede arrojar el alma y el cuerpo en el infierno, sufrían con resignación y alegría lo humanamente intolerable. En medio de abrasadoras llamas, prorrumpían en cantos é himnos espirituales, con que ensalzaban á Dios y le daban rendidas gracias. Padeciendo, parecía que no eran torturados, pues desafiaban á los tiranos, escupían á los ídolos y anunciaban la Ley Evangélica.

¿Habrá algún héroe de la patria, de la libertad y de las sectas, que haya sufrido atroces tormentos con más de-

seo, paciencia y alegría que los mártires del Cristianismo? Ábranse las historias profanas, y seguro estoy que no nos patentizarán un martirio más excelente en todas sus circunstancias que el de los cristianos. «No es difícil, (1) dice un erudito autor, hallar algunos hombres que den su vida por un principio, pero sí es difícil hallar quien la dé en medio de los más duros tormentos. No es difícil que algunos hombres arrostren una muerte segura con la esperanza de que muchos los compadecerán y otros admirarán su heroísmo; pero es sumamente difícil que, pudiendo evitarlo, se resignen á morir cargados de la execración y del desprecio público. «Nuestra voluntad, decía Tertuliano, (2) está pronta á padecer, como la de un soldado que se expone á los peligros voluntariamente, y no se alista por fuerza para la guerra, porque en ella hay sustos y peligros; por más que nos déis en rostro con los sarmientos con que nos rodea la crueldad para quemarnos, y el palo á que nos atan al tiempo del martirio, llamándonos por esto *sarmentitos*, esos sarmientos son el ornamento de nuestro triunfo...»

Innumerables fueron los que con su propia sangre regaron el precioso campo de la Iglesia. Los escritores de todos los tiempos, confiesan que son innumerables. Veinte persecuciones generales hubo en el transcurso de los siglos cristianos, además de las parciales, y en ellas se pueden contar los mártires por millones: de lo cual resulta un irrebatible testimonio de la divinidad de la Iglesia y de sus dogmas, porque atendidos el objeto que los mártires se proponían y las circunstancias de los martirios, encontramos un nuevo argumento de la veracidad de nuestros dogmas; (3) «de aquí se infiere, como dice muy bien un autor célebre, que los que han querido comparar los pretendidos mártires de otras religiones con los de la Iglesia Católica, ni siquiera entienden el verdadero estado de la cuestión, ni han consultado á la historia, ni á la buena fe, ni al sentido común». Si, pues, el testimonio de

(1) Perujo, Apolog. catolic. Part. 4, cap. 2. § 1.
(2) Apologético.
(3) Apolog. catolico. loc. cit. Perujo.

nuestros mártires comprueba la veracidad de los dogmas, poseemos sobrada materia en los martirios de muchos santos para estudiar: 1.º que los siervos de Dios, no se atrevían á recibir el martirio sin participar antes del Cuerpo del Señor; 2.º que muchos de estos siervos dieron su vida en medio de los tormentos por confesar y defender el dogma de la Eucaristía.

I. Los siervos de Dios no se atrevían á recibir el martirio sin participar antes del Cuerpo del Señor

Sabemos por S. Cipriano (1) que los mártires en general, antes de verter su sangre por Jesucristo, recibían la Santa Eucaristía para poder rechazar prontamente las tentaciones y demás ardides satánicas; y que con la santa Comunión conseguían una fuerza particularísima para luchar contra todos los obstáculos que pudiera impedirles el logro del martirio.

De S. Luciano, sacerdote de Antioquía, se refiere que, estando preso en el calabozo por causa de la fe de Cristo, y careciendo de altar para celebrar en él la santa Misa, descubrió su ardiente pecho, y sobre él, como en ara preciosa, consagró el Sacramento Santísimo el que distribuyó después á los cristianos asistentes, enviando á los ausentes por conducto de los diáconos las santas Partículas que sobraron.

El acólito S. Tarsicio, (2) llevaba en cierta ocasión la sagrada Eucaristía, á los cristianos, presos por la fe; mas por divina providencia pasó por ante un tropel de fanáticos paganos, quienes al verle tan sumamente recogido, empezaron con importunidad á preguntarle, dónde iba, y qué era lo que llevaba en sus manos. El santo jóven, escondiendo simuladamente en su pecho el Santísimo Sacramento, evadía la respuesta pero los gentiles que veían frustrados sus deseos, quisieron obtener por la fuerza lo que de ningún modo pudieron lograr por los ruegos. Arrojáronse sobre el venera-

(1) Epist. 54. c, 189.
(2) Martirolg. Rom. 15 Agost.

ble acólito, dándole de bofetadas y empellones, pero éste murió al cabo de pocos momentos, víctima del furor de aquéllos bárbaros sin que estos desdichados encontrasen vestigio alguno de las sagradas Formas, pues por milagro del Altísimo, habían desaparecido.

No eran tan sólo los primitivos cristianos quienes se armaban con la fortaleza de la Eucaristía para sufrir victoriosamente el martirio, sí que también lo fueron los fieles de los siglos medios y aun los de nuestros días. En cuanto á los primeros, leemos en las Crónicas Franciscanas (1) que los santos Fr. Daniel, Ángelo, Samuel, Dónulo, León, Hugolino y Nicolás de Saxoferrato, hijos todos del Orden de Nuestro Padre S. Francisco, salieron de Italia para España con el designio de pasar á Marruecos á fin de anunciar en este vasto imperio la fe de Cristo. Antes de penetrar en él pasaron á Ceuta, por cuyas cercanías, ya que no podían entrar en la Ciudad, empezaron á predicar elocuentemente contra el profeta de los muslimes. Deseando, no obstante, lograr la ocasión que les presentaba el Todopoderoso, determinaron entrar en ella. Para esto, á imitación de los primeros mártires de la Iglesia, los que eran sacerdotes celebraron el santo Sacrificio, comulgaron todos los demás, y fortalecidos con el Pan de los fuertes, dieron gracias á Dios porque les había proporcionado tanta abundancia de mies. Luego se abrazaron mutuamente, dándose los parabienes, y, contando con aquel Divino fuego que les abrasaba, penetraron intrépidos en Ceuta. Levantando más y más sus voces, publicaban la doctrina del Crucificado, pero no de cualquier modo, sino que, adiestrados en las sagradas letras, probaban su doctrina con argumentos sólidos é irresistibles á los cuales no podían contestar los mahometanos. Hicieron ver palpablemente á estos infelices la falsedad de su doctrina, y cómo ésta no era más que un tejido de proposiciones supersticiosas, lascivas é inmorales, y que sus profesores estaban en el desgraciado estado de conde-

(1) Cornejo. Part. 2.ª Lib. 3.º, cap. 50.

nación, para lo cual era necesario que se convirtieran á la fe de Jesucristo, única verdadera. Al ver los hijos de la Media luna osadía tanta en unos pobres frailes, creyeron que todo cuanto se les anunciaba eran blasfemias horribles contra su profeta, por lo cual, no pudiendo contener su rabia, les cargaron de improperios y baldones y les condujeron á presencia de su bárbaro rey. Éste, para obtener su apostasía, les prometió pingües rentas, grandes honores y delicias inefables; pero los santos confesores que poseían en sus pechos á Cristo Sacramentado, su mejor ganancia, lo despreciaron todo; por lo cual, viendo que no cedían á los halagos, ordenó contra ellos sentencia de muerte. Entonces los santos religiosos renovaron el fervor y, pidiendo á su Señor Sacramentado ánimo para no sucumbir ante los horrores de la muerte, dieron gustosos y alegres sus cuellos á la cimitarra, que los segó inmediatamente.

A mediados del pasado siglo, padeció gloriosamente en China, el Bto. Gabriel Perboire, sacerdote de la congregación de los Lazaristas. Avisado mientras celebraba la santa Misa de que los ministros del país le buscaban para prenderlo, recogió como pudo los vasos y ornamentos sagrados y escondióse en una cueva que distaba poco del lugar donde había celebrado; mas Dios, que le tenía destinado para mártir de la fe, quiso que los agentes de los ministros le encontrasen. Fué llevado inmediatamente de tribunal en tribunal y de una cárcel á otra en las que padeció horribles tormentos. Un sentimiento no obstante embargaba á nuestro bienaventurado Gabriel: el no poder consolarse con la Comunión sagrada, porque ni podía celebrar el santo Sacrificio, ni hallaba cristiano que le proporcionase la Eucaristía; pero el Señor le consoló alguna que otra vez, enviándole más tarde algún católico, quien ocultamente le llevaba el Pan de los ángeles. Fortalecido con este santo Pan, después de sufrir muchos oprobios y varios géneros de tormentos, obtuvo el martirio que le condujo al cielo.

Percibió también la Santa Eucaristía, antes de recibir el martirio, el V. P. y siervo de Dios Fr. Manuel Ruiz, francis-

cano, quien, juntamente con otros siete religiosos de la misma Orden, obtuvo en Damasco, de manos de los turcos, la palma de la inmortalidad en 9 de Julio de 1860. Era guardián el mencionado V. P. Ruiz, quien, previendo que las santas Hostias iban á ser profanadas por los bárbaros, las consumió todas, y poco después subía al cielo á los golpes de la cimitarra. Los demás religiosos, PP. Carmelo Volta, Engelberto Colland, Nicolás M.ª Alberca, Pedro Nolasco, Nicanor Ascanio y los dos hermanos legos Fr. Juan Santiago y Fr. Francisco Pinazo, antes de morir á fuerza de varios tormentos, corrieron á la Iglesia, y arrodillándose ante Jesús Sacramentado, hicieron ferviente oración para que no los abandonase en ocasión tan recia: oyó el Señor su oración y pasaron á la eterna vida con el mérito de los verdaderos mártires (1).

II. Muchos de los siervos de Dios dieron su vida en medio de los tormentos por defender la Eucaristía

Confesar la fe del Salvador es un deber en las ocasiones que prescribe la moral; v. g.: cuando un cristiano es interrogado acerca de su fe por un juez legítimo. Mucho mérito alcanza quien esto llega á conseguir, pero el defenderla libremente, es la quinta esencia del mérito mismo. Nuestros santos mártires, no solamente atestiguaron con sus brillantes obras la creencia en la sagrada Eucaristía, sí que también la defendieron victoriosamente ante los jueces idólatras.

Siendo llamado S. Víctor de Marsella al tribunal del emperador Maximiniano y, después de haber sido halagado con toda suerte de promesas á las que no accedió jamás, lleno del espíritu de Dios confesó la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo, haciendo ver claramente que los dioses del paganismo sólo eran figuras de los demonios. Después de ser llevado á los tormentos, molido su cuerpo y abofeteado su rostro, fué presentado de nuevo ante el tribunal que le acusó de haber faltado al Emperador. Entonces Víctor contestó: «Si no se tratase aquí más que del interés del César y

(1) Rmo. P. Sáenz de Urturi; Mártires de Damasco.

la República, que se mezclan en la acusación que intentan contra mí, mi defensa sería protestar que yo jamás he ofendido al Emperador ni faltado al respeto que le debo, ni tampoco he dejado de servirle en mi profesión y según mi ministerio». Luego pasó á defender la sagrada Eucaristía y á manifestar que rogaba todos los días por la salud del Emperador. «Todos los días, dice, ofrezco con los demás fieles un precioso Sacrificio por su salud y por la del imperio; yo ofrezco una Hostia, no sangrienta, sino incruenta y celestial, por la conservación de la república». Por medio de algunos de los textos, tanto del antiguo como del nuevo Testamento, procuró el santo hacer ver á los paganos cuán absurdos eran sus dioses, y cuán triste el estado en que se hallaban. En pago, no obstante, de tan buen servicio, pronunciaron contra él la sentencia de cruz. Al punto le condujeron al lugar del suplicio, el cual, una vez ejecutado y estando Víctor ya casi en la agonía, se le apareció Cristo Jesús que le dirigió las siguientes dulces palabras: «Yo soy Jesús, que sostengo por mí mismo en mis santos los males que padecen: sé valeroso y constante; yo vengo á ser tu firme apoyo en el combate, así como debo ser tu gloriosa recompensa después de tu victoria». Desde entonces cesaron los dolores que Víctor padecía y su rostro se transformó admirablemente; por lo cual, viendo los soldados del Emperador frustrados sus planes, le llevaron de nuevo á la cárcel, en la que tuvo el indecible consuelo de conversar con algunos cristianos que habían sido presos por la misma causa. Entonces les animó diciendo: «El que ha dicho, yo estoy con vosotros hasta la consumación de los siglos, no desechará vuestras oraciones». Contóles la aparición del Salvador y se recrearon dulcemente sus corazones. El Emperador, no obstante, viendo la admirable constancia de S. Víctor, mandó le condujesen á un molino, donde quedasen deshechos sus huesos. Así lo ejecutaron en efecto, mas: ¡oh prodigio! las muelas que sirvieron para atormentar al santo quedaron quebrantadas en el mismo momento, mientras que el mártir quedó ileso. No pudiendo ya el Em-

perador contener su despecho, intimó la orden de que le cortasen la cabeza, la cual segaron al instante, oyéndose al mismo tiempo una voz celestial que decía: *Venciste, Víctor, venciste.*

De Santa Felícitas se refiere que, siendo inducida por el prefecto Publio á sacrificar á los ídolos, contestó con firmeza que de ningún modo cometería semejante crimen, y que no le aterraban sus amenazas, ni le halagaban sus promesas. Estas palabras salidas de un corazón que poco antes había recibido á Cristo Sacramentado, se enardecían cada vez más, al considerar la futura mártir que tenía la imponderable dicha de confesar á su verdadero Dios y dar la vida por Jesucristo. No cesó aquí su intrepidez, antes bien, levantando más la voz, decía: «Llevo en mi pecho á ese Dios Todopoderoso; siento que me vivifica, y no permitirá jamás que su sierva sea vencida, pues que no combate sino por su gloria». Con fortaleza semejante consumó el martirio, siguiendo tan heróico ejemplo sus siete hijos. A uno de éstos, llamado Alejandro, dijo el prefecto: «Joven, tu fortuna está en tus manos, ten compasión de ti mismo; yo no dejaré de sentir tu pérdida; obedece á las órdenes del Emperador, da culto á los dioses, y procura merecer por esta complacencia religiosa la protección de los Césares». Entonces Alejandro, adelantándose para responder al magistrado, añadió: «Yo sirvo á un Señor más poderoso que el César; este es Jesucristo: yo le confieso, le llevo en el corazón y le adoro continuamente. Esta edad, aunque os parece tan tierna, y lo es en efecto, tendrá todas las virtudes de la más fuerte, y especialmente la prudencia, si permanezco fiel á mi Dios; mas por lo que toca á vuestros dioses, éstos pueden perecer con los que los adoran». Montado el prefecto en cólera, fulminó contra los santos confesores sentencia de muerte, la cual sufrieron alegres, entregando sus puras almas en manos de aquel Jesús que dentro de sus corazones les animaba y fortalecía. Sucedió el martirio el año 150 de nuestra era, imperando Antonino (1).

(1) Ruinart sacado de Surio y de Ugelo.

En los tiempos primitivos de la Iglesia se daba el nombre de celebración del Domingo *Dominicum* á la celebración del santo Sacrificio de la Misa. Por esta causa fueron martirizados los santos Dativo, Saturnino, Félix y otros.

Necesario fuera leer las actas de estos célebres mártires para enterarse bien del fervor de los primeros cristianos, cosa que no podemos hacer aquí; pero sí diré, que los referidos confesores, siendo preguntados por el juez acerca de si celebraban los domingos, contestaron todos afirmativamente. No quiero sin embargo pasar en silencio la respuesta del mártir Félix al procónsul de África, Annulino. Interrogóle éste si había celebrado el Domingo y aquél contestó que era cristiano. No te pregunto, repuso Annulino, si eres cristiano, sino si por ventura has asistido á la Colecta y celebrado el Domingo. Félix contestó: «Sábete, Satanás, que el cristiano hace al Domingo, así como el Domingo hace al cristiano. Cuando oigas esta palabra *Cristiano*, piensa en la *asamblea de los fieles*». Así defendían estos mártires la santa Eucaristía.

¿Qué diré del famoso S. Teódoto de Ancira? Había sido dado el gobierno de esta Ciudad á Teotegno, quien empleó de tal modo los ardides diabólicos contra los cristianos, que en poco tiempo les derribó todas las Iglesias, y les privó de la celebración de los oficios y sacrificios santos; en una palabra, inventó todos los medios que estaban á su alcance para desterrar la memoria del nombre cristiano. Llegó á tanto su locura, que expidió un decreto, según el cual todos los comestibles que se exponían á pública venta debían de ser ofrecidos á los ídolos antes que nadie los pudiese comprar, con el único fin de que los fieles no pudiesen en manera alguna ofrecer á Dios las oblaciones ordinarias, esto es: el pan y el vino en el santo sacrificio de la Misa.

Á vista de semejante edicto, los cristianos estaban colmados de profunda tristeza porque no podían obtener lo más santo que les dejó el Divino Salvador en la tierra. Entonces, Teódoto, según afirman excelentemente las actas de

su martirio, en su humilde oficio de tabernero, ejercía funciones del todo episcopales.

Él tenía en su propia casa una tienda de comestibles á la cual, como es consiguiente, iban muchos á comprar. Aprovechando Teódoto esta preciosa ocasión, recogía á los cristianos que encontraba, y para que ninguno pereciese, corría alegre por las calles para verse con ellos, les conducía á su casa, les daba lo necesario para su sustento y vestido, y les consolaba y animaba. Iba además á visitar los que estaban enfermos, les proporcionaba medicamentos y les daba consejos saludables; entraba en las cárceles, conversaba santamente con los cristianos presos y les animaba para el martirio; recogía los cadáveres que se encontraba por las calles, ya de los mártires, ya de otros cristianos y les daba honrosa sepultura; pero semejantes paternales acciones no eran nada en comparación de lo que ejecutó en su propia casa. En ella, y al lado de la tienda misma, tenía dispuesto un lugar separado, donde se pudiese celebrar la santa Misa; allí estaba Jesús Sacramentado, allí estaba la Iglesia de Ancira. Teódoto, mientras tal vez vendía los comestibles á sus parroquianos, no ignoraba que tras el delgado tabique estaban los cristianos ofreciendo á Dios la Víctima pura y sin mancilla; mientras los demás comían y bebían, los discípulos de Jesucristo cantaban himnos espirituales, oraban y escuchaban la divina palabra. ¿Cómo se hallaría en estos dulces momentos el corazón de Teódoto? Esto es más para meditarlo. El Señor, empero, que deseaba retribuírle tanto amor, le ofreció de allí á poco tiempo (en 303) la corona del martirio (1).

En 1572, (2) los herejes calvinistas martirizaron horrorosamente á los santos Gorcomienses, de los cuales, once eran franciscanos, á saber: Nicolás Pichío, guardián del convento de Gorcomi, Jerónimo, vicario del mismo, Guilaldo, Nicasio, Teodorico, Antonio, Godofredo, Francisco y otro Antonio, sacerdotes; Pedro y Cornelio, legos; tres párro-

(1) Ruinart. Acta de los mart. Véase la de este santo.
(2) Martirol. Francisc, 9, Julio; Breviar. Rom. Seraph. 9 Jul. Lec. 4, 5, 6.

cos, un sacerdote secular, otro canónigo regular de S. Agustín, un domínico y dos de la religión Premonstratense; todos los cuales dieron libremente sus vidas por defender la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía y la autoridad del Romano Pontífice.

Murieron también por la misma honrosa causa, el Beato Juan Coloniense, domínico, con otros compañeros, según refiere el Martirologio Romano (1).

Estos son los insignes mártires cuyas resplandecientes almas vió S. Juan evangelista debajo del altar; almas, cuyos cuerpos habían sido destrozados por la palabra de Dios y el testimonio del Cordero. Y por cuanto estas palabras del apóstol no sólo se entienden del tiempo presente, esto es: de aquellos mártires que gozan en efecto de la posesión de Dios, sino también del tiempo futuro, es decir: de aquéllos que, derramando su sangre por la fe, habían de poseer á Jesucristo más tarde, por eso, este texto sagrado se puede aplicar como en elogio de todos los santos mártires. Éstos, según S. Juan, (2) «clamaban en alta voz diciendo: ¿Hasta cuando, Señor, (santo y verdadero) no juzgas y no vengas nuestra sangre de los que moran sobre la tierra?» por lo cual, pregunta S. Ambrosio: (3) «Preceptuándonos las Escrituras no devolver mal por mal, sino al contrario: amar á nuestros enemigos, ¿por qué los santos que ya están gozando de Dios en el cielo, piden venganza de sus enemigos?» A lo cual contesta el mismo santo: «Los justos desean el día de la venganza, porque en ese mismo día han de tener recompensa sus méritos, y sus respectivos cuerpos se han de unir á sus almas para gozar juntamente con ellas el premio de sus trabajos; en este día de ira, por voluntad del Altísimo, han de ser castigados los malos según sus obras, y no por otra cosa piden ardientemente que venga el día en el cual Dios juzgue á los malos y vengue la sangre que les hicieron derramar. Según dice Nicolás de

(1) Dom. 9 de Julio.
(2) Apoc. VI, 9.
(3) Comm. in Apoc.

Lira (1) «este clamor, no es otra cosa que la manifestación de la maldad de los tiranos que justamente ha de castigar Dios, y la inocencia de los mártires que también ha de ser premiada». Empero pasemos á estudiar otra nueva prueba eucarística, que se encargarán de prestárnosla los Confesores de Jesucristo.

(1) Com. in Apoc.

CAPÍTULO V

La Eucaristía y los Confesores

SUMARIO

I.—Las frases de los Confesores embellecen la Tradición de la Eucaristía.
II.—El amor que profesaron los Confesores á Cristo Sacramentado prueba la verdad del dogma del Altar.

Semejante al firmamento tachonado de estrellas en una apacible noche de verano, se halla el cielo empíreo lleno de justos que disfrutan el gozo del Ser Eterno. Ni podía menos de ser así. Á la manera que Dios, para dar á conocer á Abraham su innumerable descendencia dijo á éste: «Mira el cielo y cuenta las estrellas si puedes» (1); así la Iglesia de Jesucristo para darnos á conocer el infinito número de santos que pueblan la Jerusalén celeste, nos dice: «Vi una grande muchedumbre que ninguno podía contar, de todas las naciones, tribus, pueblos y lenguas, que estaban en pié ante el trono, y delante del Cordero, cubiertos con vestiduras blancas y palmas en sus manos» (2); muchedumbre que era de toda condición, sexo, dignidad y oficio, porque la virtud es asequible á todos los hombres, y los preceptos de la Religión son suaves para todos cuantos desean obtener el único fin á que vinieron á este mundo. Admirable es Dios en sus santos, y lo es principalmente, porque no excluye de su complacencia á criatura alguna. No sólo los sacerdotes y religiosos, sino los que están unidos con el santo vínculo matrimonial, los potentados y los miserables, los nobles y

(1) Genes. 15, 5. (2) Apoc. V, 9.

los plebeyos, los sabios é iliteratos, los sanos y enfermos; todos pueden ser salvos y en todos puede Dios ser admirable, porque en todos ellos puede derramar sus gracias, hacer resaltar sus obras y manifestar sus prodigios. Á la verdad, no todos pueden tener el valor de los mártires, ni la austeridad de los penitentes, ni el silencio de los anacoretas, ni la paciencia de los religiosos, ni la integridad de las vírgenes, pero todos pueden cumplir los preceptos de la ley de Dios y de la Iglesia, juntamente con sus obligaciones respectivas. No todos pueden poseer el celo de los santos padres, ni la ciencia de los doctores, ni la pluma de los escritores, pero todos pueden poseer el espíritu cristiano que se contenta con amar á Dios de todo corazón, creer en su Unigénito Hijo Jesucristo y conocerle no sólo por la fe, sino por la caridad, en lo cual consiste la vida eterna.

Por esta razón, ninguno de los hombres tendrá excusa ante el Excelso, porque de su misma condición, edad, sexo y dignidad hubo otros hombres que admiraron al mundo con sus ejemplos y el olor de sus virtudes. Reyes, príncipes y nobles hay en el cielo; por eso los monarcas y magnates no podrán alegar que no pudieron ser santos. Pontífices, presbíteros y ministros gozan las delicias celestiales; por eso sus compañeros en el sacerdocio no tendrán qué responder á Dios, si acaso se pierden. Anacoretas, monjes y religiosos cantan los deíficos poemas; por eso sus semejantes en el hábito quedarán mudos si no se salvan. En ese bienaventurado Edén, triunfan gozosos legisladores, superiores, jurisperitos y médicos; por lo tanto no hallarán excusa los que de igual oficio se condenen. Agricultores, pintores, músicos, curtidores...; mozos, adultos, ancianos; ciegos, tullidos, mancos, leprosos, etc. moran en el paraíso; por eso los de idéntico estado ¿podrán acaso negar que pudieron perfeccionarse en la virtud como sus compañeros?

Todos los referidos hermanos nuestros confesaron en esta vida mortal á Cristo y á su Iglesia; amaron mucho á Dios y la Iglesia les dió el título de Confesores. Éstos son los discretos comerciantes que, habiéndoles otorgado Dios

á unos cinco talentos y á otros dos se los devolvieron doblados al fin del negocio, á los cuales respondió el Señor: «Está muy bien, (1) siervos buenos y fieles; mas porque fuisteis fieles en lo poco, yo os constituiré dueños y señores de lo mucho; entrad en el gozo de vuestro Señor». «Éstos son los varones (2) que fueron hallados sin mancha y que no anduvieron tras el oro, ni esperaron en la pecunia y los tesoros»; «son los que (3) obraron la justicia y hablaron la verdad en su corazón; son los que no profirieron la mentira y el dolo; son los que no hicieron daño á su prójimo y no admitieron la afrenta contra sus hermanos; son los que en sus ojos reputaron al malvado como nonada, glorificaron á los que temen al Señor, juraron á su prójimo y no le engañaron; son en suma, los que no dieron á usura su dinero, ni tomaron regalos contra los inocentes: por eso ahora y siempre serán felices en el cielo».

Que los confesores elogiaron al Sacramento Santísimo con sublimes testimonios, será asunto de notar en la primera parte de este capítulo; que le amaron con ardor indecible, será cuestión de exponerlo en la segunda parte.

I.—Las frases de los Confesores embellecen la Tradición de la Eucaristía.

En efecto: S. Bernardino de Sena, al hablar del augusto Sacramento, se expresa de esta manera: «Pues que el amorosísimo Jesús ardía en amor, entre todas las cosas que obró estupendas de su férvida caridad, admirable potestad y larga liberalidad, fué la institución del suavísimo Sacramento; esto es: de su preciosísimo Cuerpo y Sangre. Ésta es la dulce comida que libra del mal y evacua el mal presente, deleitabilísima á la voluntad que la hace aprovechar en el bien; porque por ella se aumenta el mérito de la fe, crece la confiada esperanza y se inflama la caridad». (4).

«¿Quieres conseguir bienes eternos? exclama el V. Palafox: Pídelos á este Señor Sacramentado. ¿Quieres que sal-

(1) Math. XXV, 23. (2) Eccli, 31. (3) Ps. 14. (4) Serm. de Domin. Sacram.

gan de ti las pasiones y que se planten dentro de ti las virtudes? Pídelas á este Señor. ¿Quieres aumentos de gracias y dones altos de espíritu? Pídelos á este Señor. ¿Quieres tener dentro de tu pecho á Dios con toda su corte y hacer á tu pecho cielo? Pues recibe con frecuencia y con pureza á este Señor Criador del cielo y suelo. Recibe con profunda humildad al que es la misma humildad; recibe con admirable pureza al que es la misma pureza; recibe con ardiente caridad al que es la caridad misma. Lo que recibes te da, y lo que buscas, deseas y procuras, hallas en esta Fuente de todos bienes, remedio de nuestros males» (1).

«El medio más eficaz para hacerse santo, exclama S. Leonardo de Porto Mauricio, es el acercarse á menudo á la mesa de los ángeles. La Comunión guarda de los pecados veniales y preserva de los mortales, lo cual, aunque no se vea desde el momento que se comulga gran provecho, no importa. Comulgad, porque al menos sacaréis de bueno el no caer en cosas peores» (2).

«Oigan los hombres, oigan los ángeles, oigan tus orejas, Señor, prorrumpe con fervoroso acento el Beato Maestro Juan de Ávila, la grandeza del amor que Jesucristo, nuestra cabeza, tiene con nosotros, que por acordarse de nosotros no se mira á sí; sino que por ensalzarnos se abaja... hasta el Sacramento del Altar. ¿Queréis que sea Dios todo vuestro? Añade: sed vos todo suyo. ¿No osáis? Tan duro, ciego de vos, que teméis trocaros á vos por Dios. ¿Por qué teméis daros á Él y ofreceros á su voluntad? Señor, yo me doy á vos, llevadme por do quisiereis, yo me ofrezco á vuestra voluntad y me entrego á vos; y si fuere menester que me desnude delante de Escribano, también lo haré. Mas dirá tu flaqueza: Si así todo me ofrezco á Dios, dirá Él: Yo quiero que te venga este trabajo ó esta afrenta, y por eso no osáis? Si por lo que vos le dáis, os da á sí mismo, ¿no os atreveríais? Pues eso es comulgar, y significado y hecho en el comulgar. Toma el sacerdote el Pan en las

(1) Año espiritual. Semana 2 ª n º 3.
(2) Manual Sagrado.

manos y dice las palabras de la consagración: acabadas de decir, ya no hay pan, accidentes sí. ¿Quién entró allí en lugar del pan? Jesucristo. De manera que se transmudó el pan en el cuerpo de Cristo, por la transubstanciación; pues eso que pasa de fuera, se ha de obrar allá de dentro, que los sacramentos así son, pues lo que muestran de fuera obran de dentro... Cuando llegáis á comulgar, haced cuenta que vos sois el pan, que se ha de convertir en Jesucristo» (1).

«Grandes son todas las obras del Señor, exclama el doctísimo y venerable Gabriel Biel de Spira, porque además de afirmarlo las Escrituras lo confirma la experiencia, pues, ¿acaso no es grande la creación del mundo, la variedad de las criaturas y la benigna administración de todas las cosas? Sin embargo la institución de la Eucaristía sobrepuja á todas ellas. Aquel Dios Eterno nos dejó esta memoria de sus maravillas antes de partir del presente mundo; memoria la más digna, la más admirable, la más sublime de cuantas el mismo Criador puede hacernos á nosotros, que siendo polvo y ceniza, jamás lo pudiéramos merecer de ningún modo» (2).

Dice S. Carlos Borromeo, arzobispo de Milán, que «entre todos los misterios de Nuestro Señor que la santa Madre Iglesia celebra, aunque todos ellos sean tan sublimes y tan altos, sin embargo el que celebra en el día del Corpus es tan alto y elevado que supera á la comprensión de toda humana inteligencia. Tanta es la dignación del sumo Dios, y tanta su caridad que resplandece en este Sacramento, que desfallece todo entendimiento; de modo, que no sólo no pueden explicarse sus grandezas con palabras, pero ni siquiera concebirlas. No existe otra divina comida más suave, más deleitable, pues es efecto del insigne amor de Jesucristo. Oid, ó hermanos, el grande amor de nuestro Dios. Creó en primer lugar al hombre de la nada y lo creó á semejanza suya; colocóle en el Paraíso de delicias; puso á sus plantas todas las criaturas para que las presidiera y fueran de su

(1) De la Eucarist.
(2) Serm. II, in festo Corp. Christi

uso; pero no contento con todo esto, á los mismos ángeles, con ser tan nobles criaturas, dispuso que sirvieran á los hombres, que les guardasen y que les asistiesen durante todo el tiempo de su vida; no estaba, empero, aun Dios contento. Viendo que todas estas cosas no demostraban el amor que tenía al hombre, bajó Él mismo del cielo, se hizo hombre, y no se desdeñó de tomar las humanas enfermedades. Finalmente: viviendo en este mundo, se nos dió por compañero; muriendo en la cruz por nosotros, se nos dió por precio, y al apartarse de nuestra compañía, se nos dió en el Santísimo Sacramento sumo amor y última prueba de amor» (1).

Otro tanto añade el glorioso Taumaturgo S. Vicente Ferrer. «Entre todos los sacramentos de la Iglesia, el de la Eucaristía es el que más expresa y propiamente nos respresenta y manifiesta el amor de Cristo Señor Nuestro y su sagrada Pasión y muerte. Este Sacramento considerado como Sacrificio, tiene dos condiciones ó propiedades. La 1.ª que es verdad plena; la 2.ª, que es verdadera figura. Acerca de la 1.ª, Cristo Señor Nuestro está plena y realmente presente en la Hostia consagrada, del mismo modo que está en el cielo, aunque nuestros ojos corporales no le vean. Acerca de la 2.ª, la Pasión de Cristo se nos representa propísimamente en este Sacrificio; porque así como Cristo fué crucificado y elevado entre dos ladrones, así la Hostia consagrada es elevada con las dos manos de los sacerdotes, la diestra y la siniestra que significan los ladrones crucificados al lado de Jesús; y así como el Cuerpo de Cristo quedó blanco por la efusión de la sangre, del mismo modo se eleva la Hostia de color blanco. Finalmente; á la manera que el Salvador ofreció su Sangre al Padre en precio por todos, así el sacerdote ofrece el cáliz» (2).

«No puede permanecer en silencio, dice el V. P. Luis de Granada, aquella gracia de gracias y Sacramento de Sacramentos, por el cual quiso Dios morar en la tierra con los hombres y dárseles cada día en mantenimiento y remedio. Una vez fué ofrecido por nosotros en la Cruz, mas aquí ca-

(1) De Eucharistia. (2) Sermo II de Corp. Christi

da día se ofrece en el altar por nuestros pecados. Cada vez, dice Él, haced esto en memoria de mí. ¡Oh memorial de salud! ¡Ó sacrificio singular! Hostia agradable, pan de vida, mantenimiento suave, manjar de reyes y maná que en sí contiene toda la suavidad. ¿Quién te podrá cumplidamente alabar? ¿Quién dignamente recibir? ¿Quién con debido acatamiento venerar? Desfallece mi alma pensando en ti, no puede mi lengua hablar de ti, ni puede cuanto deseo engrandecer tus maravillas» (1).

Oígamos al V. P. Luis de la Puente. «El Sacramento de la Eucaristía es un memorial de las grandezas maravillosas de la Divinidad y Trinidad que en él están encerradas. Porque aquí está la Persona del Verbo Divino, unida con su sacratísima humanidad, en quien, como dice S. Pablo, mora la plenitud de la divinidad corporalmente, y por consiguiente está en su compañía la Santísima Trinidad; porque no es posible apartarse una Persona de otra, por ser todas un mismo Dios, y todas las obras que en este Sacramento hace el Hijo, también las hace el Padre y el Espíritu Santo, aunque con un modo especial se atribuyen al Hijo, en cuanto sola su Persona sustenta la carne y sangre que se nos dan en manjar. De aquí es que también en este Sacramento están todas las perfecciones y atributos de Dios (2).

El Beato Juan de Ribera, arzobispo de Valencia, en el fervoroso sermón que predicó después que se dió el decreto de expulsión de los moriscos, hablando de los beneficios que reportaría una determinación semejante, exclama... «Si hablamos de los pueblos, ¿qué bien puede ser tan grande que se compare con el que tendrán, estando reservado en la Iglesia de cada pueblo el Santísimo Sacramento? ¡Qué honra, qué autoridad, qué consuelo, qué descanso y alegría! Esto es lo que hace á las aldeas, por muy pequeñas que sean, ciudades ilustrísimas, cortes reales, no de los reyes de la tierra, sino del Rey del cielo, y sólo esto se puede estimar por su grandeza. Y así el profeta David, queriendo

(1) Símbolo de la Fe.
(2) P. 6.ª Medit. 40, Punto 1.º

encarecer la eminencia y magestad que Jerusalén tenía por haber en ella la casa de Dios que era sombra y dibujo de nuestros templos, dice: Muchas cosas juntas y admirables podemos decir de ti, Ciudad de Dios. Estas mismas y otras sin comparación mayores podemos decir de cada lugarito, donde estuviere, no el Arca del Testamento, ni la Urna del maná, sino el verdadero y vivo Cuerpo de Jesucristo Señor Nuestro.

Todos sois testigos de la incomodidad que las personas pías hallaban en irse á sus lugares por faltarles este tan gran consuelo; pues ahora le tendréis todos y gozaréis del mayor tesoro que tiene el Cielo, que es el de la presencia de Cristo Nuestro Señor: se verán esas iglesias, que estaban llenas de dragones y bestias fieras, llenas de ángeles y serafines. En acabándose esta expulsión, pienso dar una vuelta, si Dios me da vida, por los lugares que han sido de moros y besar la tierra de las iglesias, dando gracias á Nuestro Señor de verla libre de tanta inmundicia como la que han tenido, mientras éstos las pisaban. En conformidad de esto os ruego á todos los que tenéis, ó lugares que han sido de moriscos, ó casas en ellos, que hagáis una grande fiesta, la mayor que podáis, el día que se pusiere el Santísimo Sacramento en vuestras iglesias, y que asimismo procuréis adornar el santo altar donde se ha de reservar, cuanto permitiere vuestra posibilidad. Este cuidado será muy propio de las señoras y de las mujeres piadosas, acordándose del regalo que procuraron hacer á Cristo Nuestro Señor aquellas santas hermanas Marta y María, cuando después de venir muy cansado de predicar y fatigado de la infidelidad de los hombres se entró en su casa. Ese mismo Señor es el que tendréis en vuestras iglesias y no mortal y pasible, sino inmortal é impasible: regaladle cuanto pudiereis y enterneceos con pensar la grandísima misericordia que ha usado, queriendo morar en vuestra compañía después de tantas y tan grandes blasfemias y afrentas como se le han hecho en esa misma Casa donde ahora le tendréis. Con esta consideración encenderéis en vuestros corazones la devoción al Santísimo

Sacramento, y alcanzaréis por ella innumerables bienes».

«Dirigiéndose Salomón á Dios, exclama el V. P. Alonso Rodríguez, decíale estas fervorosas palabras: ¿Es posible que more Dios con los hombres en la tierra? (1) Si el cielo y los cielos de los cielos, con toda su anchura no bastan, Señor, para darte lugar, cuánto menos bastará esta pequeña casa que yo he edificado? ¿Con cuánta mayor razón podemos nosotros decir esto, pues no ya la sombra y la figura, sino al mismo Dios tenemos en nuestra compañía? Gran consuelo y favor fué querer quedarse Cristo nuestro Redentor en nuestra compañía, para consuelo y alivio de nuestra peregrinación. Si acá la compañía de un amigo nos es consuelo en nuestros trabajos y aflicciones, qué será tener en nuestra compañía al mismo Jesucristo, y ver que entre Dios por nuestras puertas y se pasee por nuestros barrios y calles, se deje llevar, y sea portátil y que le tengamos de asiento en nuestros templos, que podamos visitar muchas veces y á todas horas; de día y de noche y tratar allí con Él nuestros negocios cara á cara, dándole cuenta de nuestros trabajos, comunicándole nuestras tentaciones, pidiéndole remedio y ayuda para todas nuestras necesidades, confiados que quien nos ama tanto, que quiso estar tan cerca de nosotros, no estará lejos para remediarnos? ¿Qué corazón hay que no se enternezca é inflame, viendo á Dios tan casero? (2)».

Si el amor hace muchas veces prorrumpir en justos delirios, admiremos el Alfabeto Eucarístico del Beato Nicolás Factor, nacido del encendidísimo amor que profesaba á Jesús Sacramentado. Por la letra A, le llamaba Amor mío: por la B, Bien mío; por la C, Criador mío; por la D, Delectación mía; por la E, Esposo mío escogido; por la F, Fortaleza mía; por la G, Gozo mío; por la H, Hermano mío; por la J, Jucundidad mía de incomparable estimación; por la L, Luz de mi alma; por la M, Muerto por mis pecados y por amor en Cruz tan afrentado; por la N, Nobleza mía; por la O,

(1) Lib. III, de los Reyes, cap 8, v. 27.
(2) Ejercicio de perfec. Part. II, Tratado 8, cap I.

Hortelano de mi alma que codicio por ser vuestro huerto; por la P, Padre mío piadosísimo y Señor omnipotente; por la Q, Querido mío sobre todas las cosas; por la R, Redentor mío; por la S, Salvador mío; por la T, Tutor mío y por la V, Vida mía y Jesús mío» (1). Todas estas ardientes expresiones las repetía frecuentemente, y mantenía en su corazón una encendida llama que le abrasaba en el Sacramento santísimo.

II. El amor que profesaron los Confesores á Cristo Sacramentado, prueba la verdad del dogma del Altar

Del extático Nicolás, que acabo de mencionar, se refiere (1) que cuando hablaba del Santísimo Sacramento, tenía la cabeza descubierta y se ponía á elogiarle con toda la veneración posible. Una palabra que oyese de este Misterio, ó del amor de Dios, era bastante para ser levantado del suelo en dulce éxtasis, y esto era en tanto grado, que bien sabido es por sus contemporáneos valencianos que cuando los niños y los mozos querían verle suspenso en el aire, no tenían más que gritarle á las espaldas: P. Nicolás, *Sursum corda*. Durante la procesión del Corpus que celebraba el convento de S. Francisco de Valencia, se arrobó á presencia de todos los concurrentes. En otra ocasión, día de Pascua florida, llegando con un compañero á la catedral de la ciudad valentina y al tiempo que el cabildo eclesiástico solemnizaba la procesión por los claustros con el Santísimo Sacramento, quedó arrobado en el púlpito por espacio de tres horas.

El V. P. Luis de la Puente amaba tanto á Jesús sacramentado que, aun estando enfermo, no dejaba de practicar durante el día cien visitas al Sacramento, lo cual recompensó el Señor, ayudándole Él mismo el Sacrificio de la Misa cierto día en que el V. Padre se encontraba muy fatigado. Su fino amor se descubre en sus tratados sobre la Eucaristía, en los cuales se excedió á sí mismo, como dice su historiador, pues no contento con escribir una sola vez del Sacra-

(1) Vida de este Bto. por el M. R. P. Joaquín Company, franciscano.

mento eucarístico, nos lo presenta varias veces en muchas partes de sus obras, añadiendo materia siempre nueva para que se cebe el alma en las dulzuras de este Misterio.

El V. P. Fr. Luis Soto, franciscano, permanecía en oración delante del Sacramento todo el tiempo de la exposición sacramental. Semejante amor determinaba que no pudiese ni supiese hablar diferentes cosas que las divinas, las cuales, por el fervor con que salían de su boca, se comunicaban á los oyentes. No pudiendo aún con todo esto desahogar su corazón en las iglesias, se retiraba á las cuevas de un montecillo donde exhalaba ardientes suspiros, viéndosele algunas veces arrebatado en el aire con los brazos abiertos (1).

Santa Eduvigis, duquesa de Polonia, comulgaba con tal abrasado amor, que no podía menos de pegarlo á los circunstantes; y su fe era tan viva para con este Misterio, que pedía á los sacerdotes pusiesen las manos sobre su cabeza, experimentando con esto grande provecho (2).

Cuando S. Francisco de S. Jerónimo hablaba de Jesús Sacramentado, salían sus palabras con tanta vehemencia, que se clavaban sin duda en los corazones de los oyentes; pero en lo que más se descubría su ferviente amor era cuando exhortaba á la devoción y respeto del Augusto Sacramento; con bastante frecuencia se le quedaba la voz enronquecida; á veces le salía sangre de la boca y en otras ocasiones se le secaban las fauces y la lengua de tal manera que concluía por no poder articular palabra. Ninguna cosa despertaba tanto su indignación, ni reprendía con mayor severidad, que las irreverencias cometidas en presencia del Santo Sacramento. Corrigió gran número de abusos y no podía tolerar la más mínima falta en la Iglesia, reprendiendo á una señora de alta aristocracia por haber permanecido sentada durante la consagración (3).

La V. hermana Isabel de Jesús tenía sus grandes delicias

(1) Cronic. Seraf. lib. 3.º cap. 35. P. 6.ª
(2) Vida de la santa por Ribadeneira.
(3) Vida del santo por Wisseman.

en visitar los templos, considerando que son moradas de Jesús Sacramentado, y siempre que podía, sin faltar á sus obligaciones, se recogía en la Iglesia para orar al Señor y pedirle mercedes (1).

Cien genuflexiones practicaba S. Francisco de Borja en honor de Cristo Sacramentado, de suerte que pasaba muchas horas al día abstraído en su amado Jesús. Jamás se abstuvo del Sacrificio de la Misa y conocía además por instinto del cielo los lugares en que estaba reservado el augusto Sacramento (2).

S. Juan Nepomuceno, siendo aún jovencito, se dedicaba á ayudar la santa Misa, (3) en cuya piadosa práctica experimentaba indecibles consuelos.

De la Beata Felipa Marerie de Santa Clara, se refiere que cuando oraba ante el Augusto Sacramento, eran tantas las dulces lágrimas que derramaba, que solían ser recogidas en un vaso de madera, sirviendo de eficaz medicina á los enfermos que con fe y devoción las aproximaban á sus males (4).

S. Francisco Javier daba la Sagrada Comunión de rodillas, premiándole el Divino Salvador semejante comportamiento con los dulces raptos que padecía á consecuencia de tal práctica, siendo testigos de ello los circunstantes que admiraban semejante prodigio (5).

Tanto celo por el Santísimo Sacramento abrigaba el Beato Querubino de Spoleto que, á más de erigir muchos templos á su culto y honor, fué el primero que introdujo la santa costumbre de que se tañese la campana cuando saliese por las calles el Augusto Viático, con el fin de que fuese adorado de todos. Asimismo ordenó se cantase todos los primeros Domingos de mes la Misa del Venerable Sacramento (6).

---

(1) Crónica Seráfica, lib. 3.º c. 95.
(2) Breviar. Rom. Lec 6, al 10 de Octubre.
(3) Brev. Rom. Seraf. Lec. 4, al 16 de Mayo.
(4) Breviar. Rom. Lec. 5, al 16 de Febrero.
(5) Vida de este santo por el P. Ribadeneira.
(6) Crónica Seráfica.

El Beato Bernardo Corleón, capuchino, no podía vivir sin Jesús Sacramentado, así que desfallecía si se le privaba de la Comunión, por lo cual, preguntándole los religiosos sus hermanos por qué comulgaba tan á menudo, contestaba que lo hacía porque le parecía no poder vivir sin este sagrado alimento (1).

Para concluír, hablaré de la excelentísima fineza que obró el Omnipotente á favor de S. Ramón Nonnato. Este bienaventurado amaba sobremanera á la Eucaristía; sobrevínole el trance de la muerte y pidió con mucho fervor el adorable Viático; pero el sacerdote tardaba y la espada de la enfermedad cortaba por instantes el hilo de su vida. Entonces, el santo rogó fervorosamente al Señor no le dejase morir sin el consuelo de su Santísimo Cuerpo, y el Altísimo que jamás desoye las justas peticiones de sus siervos, ordenó bajase del cielo una multitud innumerable de ángeles que, vestidos del hábito de la Merced y, llevando antorchas en las manos, marchasen á socorrer al santo. Así se efectuó; pero lo más tierno de la escena fué que el mismo Jesucristo presidía la comitiva angélica, llevando en sus divinas manos el sagrado Viático. Al ver el santo bendito el inmerecido honor que se le tributaba, se arrojó de la cama y postrado ante el Sacerdote Eterno, recibió de su mano la Prenda de la inmortal vida.

¡Lector carísimo! Si alguna cosa pretendiera yo de ti en el presente capítulo, sería el que encendieses en tu pecho una llama de puro amor hacia Jesús Sacramentado. Digo de puro amor, porque de amor mixto estamos hartos muchos de los cristianos. Sólo el amor puro hace amar como se debe á quien lo debemos todo. Sólo el amor puro hace amar con desinterés, con ardor y celo. Sólo el amor puro merece el recíproco amor verdadero. Si el amor de los que nos preciamos de cristianos fuera puro, vengan las contradicciones, diríamos, vengan los quebrantos, vengan las humillaciones, vengan las enfermedades. Si fuera puro, ¿qué

(1) Vida de este santo por el P. Ribadeneira.

tristeza no se convertiría en alegría? Sólo el amor puro lo vence todo, lo sufre todo, se sacrifica por todo.

Dios quiera, hermano carísimo, que nosotros al menos tengamos deseos de poseer el amor sin mezcla que animó á los santos, para que así no nos apartemos del camino prescrito por el legislador Eterno; mas no se nos olvide que las palabras y el afecto de los santos Confesores en pro del santo Sacramento son una prueba más de la veracidad del Misterio eucarístico.

CAPÍTULO VI

La Eucaristía y los Fundadores de las Órdenes Religiosas

SUMARIO

I.—Testimonios de los Fundadores en favor de la Santísima Eucaristía.
II.—Amor de los Fundadores á Cristo Sacramentado.

Afirmó un soberano Pontífice que las Órdenes Religiosas constituyen el brazo derecho de la Iglesia. Mas ¿en qué se fundaba? Veámoslo. Sabido es que el fecundo árbol de la Iglesia, siempre vivo y siempre tierno, no deja de extender sus hermosas ramas á fin de cubrir con su agradable sombra á los hombres que deseen vivir la vida de los hijos de Dios. Estas hermosas ramas son las Órdenes Religiosas que, poseyendo la savia del común tronco divino del cual brotaron, la infiltran en los corazones preparados. De aquí el que las Órdenes Religiosas lleven el verdadero espíritu de la Iglesia, espíritu que en todas partes y en todos tiempos han procurado difundir entre los nobles y los plebeyos, entre los ricos y los pobres, entre los sabios y los ignorantes; espíritu, que lo han hecho resaltar desde la culta Europa hasta la incivilizada Oceanía, desde el Oriente hasta el Poniente, desde el Septentrión hasta el Mediodía; espíritu que lo infundieron en las más feroces razas, amansándolas; en los más empedernidos corazones, ablandándolos; en las más desesperadas conciencias, tranquilizándolas; espíritu que lo propagaron á fuerza de la palabra y del ejemplo, de la en-

señanza y de su propia sangre. Ni les pasmaba el hambre, ni la sed, ni el cansancio, ni las enfermedades, ni la muerte que por doquier debían de experimentar, que por esto se arrojaban confiados en los brazos de la Providencia. Ni les desalentaban los inmensos pueblos, ni los innumerables idólatras, ni los infinitos salvajes que ignoraban la Religión del Crucificado, que por esto se armaban de un ferviente celo que no se detiene ante el ímprobo trabajo; ni les angustiaba, en suma, el poco ó ningún caso que de su predicación y enseñanza había de hacer el mundo insensato, porque se alegraban ante la máxima del Evangelio: (1) «Al cabo, siervos inútiles somos; hicimos lo que debimos haber hecho».

Si de semejantes trabajos resultaron cuantiosos productos, tales como la conversión de innumerables pueblos á la fe, objeto primordial que intentaron conseguir las Órdenes Religiosas: la restauración de las puras costumbres, la paz y la tranquilidad de los pueblos, aun en lo concerniente á lo civil y político, la introducción de la acción civilizadora del Catolicismo y la reparación de infinitas miserias que aquejan á la humanidad, hallaron su dulce consuelo en el claustro. Sólo los genios eminentes que las Órdenes Religiosas dieron á la Iglesia, á la que apoyaron, defendieron, vindicaron, enaltecieron y sublimaron, era sobrada razón para que ésta se hallase reconocida á aquéllas. Si hablamos de los varones que en santidad resplandecieron en los anchurosos desiertos y en los silenciosos claustros, los que por su pureza dieron un mentís al mundo, son en tanto número, que sólo de una esclarecida Orden (2) mendicante, afirmó el Pontífice Calixto III, que si hubiera de canonizar á todos los que en esa religión resplandecieron en milagros, no tenía que hacer otra cosa la Silla Apostólica. En las Órdenes Religiosas los Pontífices hallaron siempre un ejército de esforzados guerreros, quienes á un simple llamamiento suyo hubieran abandonado sus amadas celdas y marchado á buscar al enemigo; en las Órdenes Reli-

(1) Luc. XVII, 10.
(2) La de S. Francisco de Asís.

giosas hallaron siempre fieles súbditos, humildes cristianos, varones ilustres, espíritus desasidos de sí mismos y de lo terreno, almas grandes y corazones magnánimos; y á los miembros preclaros de las Órdenes Religiosas encomendaron los Papas negocios de suma trascendencia, que quizá ninguno otro hubiera podido desempeñar con la prudencia y el acierto que ellos lo ejecutaron, atendidos el tiempo, el lugar y demás circunstancias que les rodeaban.

Si todo esto es así: ¿tuvo motivos el Pontífice aludido para asegurar que las Órdenes Religiosas constituyen el brazo derecho de la Iglesia? Creo haber bosquejado en compendio lo bastante para hacer que la respuesta sea afirmativa. Mas si el honor de los hijos redunda en gloria de los padres, claro está que los honores granjeados por las Órdenes Religiosas, redundan en imperecedera gloria de sus fundadores. Por eso muy justo es que digamos dos palabra acerca de éstos, de cuyo homenaje participan sus hijos.

Un alma pura, fervorosa, discreta, penetrada del verdadero espíritu de Jesucristo: he aquí el carácter de los Fundadores de las Órdenes Religiosas; eran puros por la santidad, celosos por la gloria del Redentor y la salvación de los hombres; discretos, por la prudencia, no de la carne, sino del espíritu, pues poseían la unción del Espíritu Divino que les encomendaba empresas árduas. Imitadores de los apóstoles, recorrían las ciudades, las aldeas, los campos, las playas y los valles; cruzaban los mares, trepaban los montes, se internaban en los desiertos; entraban en los palacios de los magnates, visitaban las chozas de los miserables, los lechos de los dolientes y moribundos, las guardillas de los pobres; á todos consolaban, á todos animaban, á todos ayudaban en sus trabajos; lloraban con los tristes y desgraciados y se alegraban santamente con los alegres; perdonaban á los enemigos y amaban á todos; en una palabra: procuraban atraer á todos, por todos los medios lícitos, al redil de Jesucristo, para que sólo Jesucristo imperase en el universo.

I.—Testimonios de los Fundadores en favor de la Eucaristía

Los santos Fundadores empero legaron bellos recuerdos de nuestro augusto Sacramento; sus elevados sentimientos quedaron impresos, no solamente en sus escritos particulares, sino también en las Reglas que, inspiradas por el Espíritu Santo, dieron á sus religiosos con el fin de que, guiados éstos por las luces de la doctrina en ellas contenida, pudiesen prontamente llegar al término de la perfección cristiana.

Para mayor claridad, son cuatro las Reglas fundamentales que tiene aprobadas la Santa Iglesia Católico-Romana; á saber: la de S. Basilio, S. Benito, S. Agustín y Nuestro Padre S. Francisco de Asís; por más que sobre estas únicas Reglas formaron sus constituciones particulares los Fundadores de las demás Órdenes Religiosas.

El capítulo 69 de la Regla de S. Basilio, la más antigua, habla del dogma de la Eucaristía, y para esto comenta aquellas palabras de Nuestro Señor: «El que come mi Cuerpo y bebe mi Sangre está en mí y yo en él»; concluyendo que por la santa Comunión debemos vivir, no para nosotros, sino para el que murió por todos, Cristo Señor Nuestro. Éste es el efecto, añade, que debemos sacar de la Comunión.

S. Agustín, en el capítulo 7.º de su regla, enseña que en el oratorio donde se reserva á Nuestro Señor, nadie debe hacer otras cosas que aquéllas para las que ha sido deputado; á saber: rezar las horas canónicas, orar, comulgar, etc.

Aunque la divina Regla de Nuestro Padre S. Francisco nada especifique acerca del particular, sin embargo en el precioso Testamento que, en el Bulario de los Papas y en todas nuestras constituciones se inserta siempre á continuación de la santa Regla, hay materia abundante para nuestro objeto, según vamos á verlo. «El Señor, habla el Seráfico Padre, me dió tal fe en sus Iglesias, que así simplemente adorase y dijese: Adorámoste, santísimo Señor Jesucristo, aquí y en todas tus Iglesias que son por el mundo y bendecímoste pues por tu santa Cruz redimiste al mundo. Después me dió el Señor y da tanta fe en los sacerdotes que viven

según la forma de la santa Iglesia Romana, por el Orden que tienen, que si me persiguieren, quiero recurrir á ellos. Y si yo tuviese tanta sabiduría cuanta Salomón tuvo, y hallase los pobrecillos sacerdotes de este mundo en las Iglesias donde moran, no quiero predicar contra su voluntad. Y á ellos, y á todos los otros los quiero temer, amar y honrar, como á mis señores. Y no quiero en ellos considerar pecado, porque el Hijo de Dios miró en ellos y son mis señores. Y por esto lo hago, que no veo alguna cosa corporalmente en este mundo de Aquél Altísimo Hijo de Dios sino su Santísimo Cuerpo y preciosa Sangre, lo cual ellos consagran y reciben, y sólo ellos lo administran á los otros. Y estos santísimos Misterios, sobre todas las cosas quiero honrar y reverenciar y en lugares preciosos colocar». Nótense en estas sublimes expresiones, tres cosas: 1.ª, el Seráfico P. dice que no quiere considerar pecado en los sacerdotes; ¿por qué? Porque mira al Hijo de Dios en ellos, y además porque los sacerdotes consagran, y administran á los demás el Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo. Debieran ser nuestros ojos tan sencillos para con los ministros del Señor que jamás pensásemos de ellos ningún mal. Nuestro Padre S. Francisco miraba á los sacerdotes con unos ojos tan inocentes que, viendo faltas en ellos, no las notaba; ¡tanto era su respeto y veneración á los ministros del Altísimo! La razón de esto la daba el mismo santo, añadiendo que en los sacerdotes consideraba al Hijo de Dios. Ciertamente, el sacerdote, por malo que se le suponga, es otro Jesucristo revestido de su autoridad y poder inmensos, y quien al sacerdote desprecia, desprecia al mismo Jesucristo; además: no consideraba pecado en los ministros de Dios, precisamente porque consagraban el Cuerpo y la Sangre del Salvador y lo distribuían á los fieles. Á la verdad: ¡Cuán limpias, cuán santas, no debemos suponer las manos que tocan á Aquél que sostiene con su voluntad infinita lo existente!

Lo 2.º que deseé anotar es aquella palabra: «No veo alguna cosa *corporalmente* en este mundo de Aquél Altísimo Hijo de Dios, sino su santísimo Cuerpo y preciosa Sangre»

¿Qué significa esta palabra *corporalmente*? En este mundo sólo existe una cosa que sea propiamente la substancia de Cristo N. S. Ésta es su Cuerpo y Sangre en el Sacramento de la Eucaristía. Todas las demás cosas que poseemos, de las cuales podemos decir que fueron suyas, ó porque Él las usó, como sus vestidos, ó porque con Él estuvieron inmediatamente en contacto, como la cruz en que fué clavado, ó porque procedieron de su divina boca, como las palabras contenidas en el Evangelio, no podemos asegurar que son substancia suya, pues en realidad no lo son, mas sí lo podemos afirmar de la Eucaristía, en la que está realmente presente su mismo Cuerpo y Sangre.

Por esto, pues, asegura Nuestro Padre S. Francisco que no ve alguna cosa corporalmente en este mundo, del Salvador, sino sus santísimos Cuerpo y Sangre; pues así como S. Pablo al hablar del mismo Señor dice, que «en Él habita toda la plenitud de la divinidad corporalmente», (1) entendiéndose por la expresión corporalmente, substancial y esencialmente; esto es: que la naturaleza divina está unida substancialmente á la naturaleza humana en la Persona de Jesucristo; así también el Fundador seráfico dice que no hay otra cosa corporalmente de Jesucristo en este mundo más que la Eucaristía.

Pasemos á lo 3.º que deseaba declarar. Enseña el humilde Fundador que «sobre todas las cosas quiere honrar y reverenciar estos sagrados Misterios y colocarlos en preciosos lugares». Siendo Nuestro Padre S. Francisco pobrísimo de afecto y efecto, é inculcando tanto la pobreza á sus hijos, no obstante ordena colocar en preciosos lugares la Sagrada Eucaristía. Es este un asunto digno de notarse, porque sólo lo apreciará quien, sabiendo de antemano lo celoso que S. Francisco era por la pobreza, vea ahora que pretende custodiar la Eucaristía en lugares, no honestos simplemente, sino preciosos. ¡Cuán dignísima debe ser, por consiguiente! Si el santo de Asís, siendo pobrísimo, pues imitó á

(1) Ad Coloss. cap. II, 9.

Aquél que no tenía donde reclinar su cabeza, quería que sus religiosos custodiasen el Smo. Sacramento en lugares ricos, tan ricos cuanto su pobreza permitir pudiera, ¿en qué mal estado no se hallarán aquéllos que, pudiendo y debiendo costearlos, permiten que el adorable Sacramento de los Altares esté en sagrarios carcomidos, indecentes, y con exigua luz que muchas veces y por muchas horas se extingue?

En los opúsculos de N. P. S. Francisco se halla la siguiente admirable doctrina de la Eucaristía:

«Todos los que vieron al Señor Jesús según la Humanidad y no le vieron ni creyeron según la Divinidad, que Él mismo era el Hijo de Dios, fueron condenados. Así tambien: Todos los que ven el Sacramento en forma de pan y vino, que es santificado sobre el altar por las palabras del Señor, mediante el Sacerdote, y no ven, y no creen según el espíritu y divinidad, que es verdaderamente el Cuerpo y Sangre santísimos del Señor Jesucristo, son condenados por el mismo Altísimo que, siendo testigo, dice: «Éste es mi Cuerpo y mi Sangre del nuevo Testamento. Y el que come mi carne y bebe mi sangre posee la vida eterna». De donde se deduce que el Espíritu del Señor que habita en sus fieles, es quien recibe el santísimo Cuerpo y Sangre del Señor. Todos aquéllos que no participan del mismo espíritu, y presumen recibirle, comen y beben su mismo juicio. Por lo cual; Hijos de los hombres: ¿Hasta cuando seréis pesados de corazón, y por qué amáis la vanidad y buscáis la mentira? ¿Por qué no conocéis la verdad del Señor y creéis en el Hijo de Dios? He aquí que cada día se humilla, del mismo modo que cuando bajó del trono del Rey celestial, y se encarnó en el vientre de la Virgen. Cada día viene á nosotros Él mismo, apareciendo humildemente. Todos los días baja del seno del Eterno Padre sobre el altar á las manos del sacerdote, y así como á los santos Apóstoles se apareció en verdadera carne, así se manifiesta á nosotros en el sagrado pan. Y así como ellos creían, viendo la carne del Hijo de Dios, que era Jesucristo; de la misma manera nosotros, viendo el pan, debemos creer que es el sagrado Cuerpo de Cristo.»

Mas veamos lo que nos aseguran los Fundadores sobre la Misa y comunión.

En el capítulo V de la regla de las monjas ermitañas de S. Agustín se dice, que «todas las monjas oigan en uno la Misa conventual, ni quede alguna fuera, salvo si fuera enferma, ó en negocio del Convento ocupada que buenamente no se pueda dejar, ó de licencia expresa de la abadesa. Y las que por ocupación del convento no pudieren estar en la Misa conventual, aunque sean enfermas, de las cuales no se teme que recaerán, vengan á las Horas y oigan misas rezadas, y mucho más las otras, y mientras la Misa mayor, estén todas las monjas atentas á ella, de suerte que por lo que se hace en las misas rezadas no se muevan de sus lugares, salvo cuando vieren el Smo. Sacramento que deben adorar hincadas de rodillas, etc». Acerca de las veces que deben de comulgar cada año, dice así el capítulo nono: «Nuestras Monjas, así Profesas y Conversas como Novicias, comulguen diez y siete veces cada año; á saber: en el primer Domingo de Adviento, los días de Navidad, Epifanía, Purificación, Anunciación, Jueves de la Cena, Resurrección, Ascensión, Pentecostés, Corpus-Christi, S. Juan Bta., Asunción y Natividad de Nuestra Señora, día de Nuestro Padre S. Agustín, de S. Miguel de Septiembre, Todos los Santos y primer domingo de Cuaresma. Y si alguna pidiere licencia para no comulgar día de Navidad ó Jueves de la Cena ó de la Resurrección, sin causa muy razonable, la cual proponga ante todo el Convento, no le sea otorgada; y si la causa fuere tal que no se debe proponer á todo el Convento, á lo menos que sea dicha á la Abadesa, ante dos ó tres de las más ancianas; y cualquiera que así no lo hiciese, asiéntese en tierra cada día ante el Convento, y ayune á pan y agua, Lunes, Miércoles y Viernes de cada semana y siempre tenga silencio y esté en su celda hasta que satisfaga de la dicha culpa, siendo suspensa de cualquier empleo que tenga hasta la satisfacción». De aquí se podrá deducir cual sea la grande obligación que se toman estas religiosas al profesar y la asombrosa rigidez de sus constitucio-

nes. ¡Aun se quejan algunos seglares de la Comunión anual!

La regla de S. Benito se ocupa en el capítulo 60 de los monjes que son sacerdotes. De éstos dice que se han de sujetar en todo á la disciplina de la Regla. «Se les permitirá, añade, sentarse junto al Abad, dar la bendición y celebrar el Santo Sacrificio de la Misa, si el Abad se lo mandare, si no, de ninguna manera se atrevan á hacer cosa alguna, debiendo saber que están sujetos á la disciplina regular, y que deben dar más que los demás ejemplo de humildad. Para sacerdote se ha de elegir al más digno de los Monjes del Convento».

Mas prosigamos el asunto de la doctrina Eucarística de los santos Fundadores. S. Bruno, teólogo parisiense y Fundador de la Cartuja, sobre las palabras del Evangelio: «Partió el pan y lo dió á sus discípulos», dice: «Por estas palabras, por las cuales Cristo dió gracias al Padre, las substancias del pan y del vino puestas en el altar se convierten en la verdadera carne y sangre de Cristo. Parte aquello que, uno é inseparable, dura eternamente; pero lo parte, dándolo todo á todos; insinuándonos por esto que aunque seamos diversos en las personas, nos hagamos unos por la caridad de Dios. «Tomad y comed», añade el Salvador, por lo cual nos indica que no nos basta tan sólo creer que Cristo está real en la Eucaristía, sino que nos es necesario el comerlo, para que sepamos cuán suave es el Señor, á la manera que no nos aprovecharía el comerlo, si no creyéramos en el dogma de la Eucaristía. Y esto que era antes un poco de pan, ahora es mi Cuerpo que se entregará por vosotros á la muerte» (1).

«Ninguna lengua criada, exclama el penitentísimo S. Pedro de Alcántara, fundador de la antigua y más estrecha observancia franciscana, puede declarar la grandeza del amor que Cristo tiene á su Esposa la Iglesia y por consiguiente á cada una de las almas que están en gracia, porque cada una de ellas es también esposa suya. Pues queriendo este Espo-

(1) Coment. in Epist. I, ad Corinth

so dulcísimo partirse de esta vida y ausentarse de su Esposa la Iglesia (porque esta ausencia no la fuese causa de olvido) dejóla por memorial este Santísimo Sacramento, en que se quedaba Él mismo, no queriendo que entre Él y ella hubiese otra prenda que despertase su memoria sino Él. Quería también el Esposo en esta ausencia tan larga, dejar á su esposa compañía, porque no se quedase sola, y dejóla la de este Sacramento, donde se queda Él mismo, que era la mejor compañía que le podía dejar. Quería también entonces ir á padecer muerte por la Esposa y redimirla y enriquecerla con el precio de su sangre. Y porque ella pudiese cuando quisiese gozar de este tesoro, la dejó las llaves de Él en este Sacramento... Deseaba, asimismo, este celestial Esposo ser amado de su Esposa con grande amor; y para esto ordenó este misterioso bocado, con tales palabras consagrado, que quien dignamente le recibe, luego es tocado y herido de este amor. Quería también asegurarla y darle prendas de aquella bienaventurada herencia de la gloria, para que, con la esperanza de este bien, pasase alegremente por todos los otros trabajos y asperezas de esta vida. Pues para que la Esposa tuviese segura y cierta la esperanza de este bien, dejóle acá en prendas este inefable tesoro, que vale tanto como todo lo que allá se espera; para que no desconfiase que se le daría Dios en la gloria, donde vivirá en espíritu; pues no se le negó en este valle de lágrimas, donde vivió en carne» (1).

Teniendo á Jesucristo Sacramentado en nuestro pecho, dice S. Ignacio, fundador de la ínclita Compañía de Jesús, podíamos decirle con todo fervor estas palabras: Recibid, Señor, toda mi libertad, memoria, entendimiento y voluntad; todo lo que tengo ó poseo, Vos, Señor, me lo disteis; todo os lo ofrezco y restituyo (2) y pongo en vuestras manos, para que hagáis de ello lo que os pluguiese. Dadme solamente vuestro amor y gracia y quedaré rico sin tener más que desear».

(1) Medit. para el Lunes.
(2) Lib. excer. spiritual.

«Estaos de buena gana con Jesús Sacramentado, prorrumpe extasiada de amor Santa Teresa de Jesús, fundadora de las Carmelitas descalzas, no perdáis tan buena sazón de negociar como es la hora después de haber comulgado. Mirad que esto es gran provecho para el alma, y en que se sirve mucho el buen Jesús que le tengáis compañía. Tened gran cuenta, Hijas, de no perderla si la obediencia no os mandare otra cosa: procurad dejar el alma con el Señor, que vuestro Maestro es, no os dejará de enseñar aunque no lo entendáis, que si luego lleváis el pensamiento á otra parte y no hacéis cosa ni tenéis cuenta con quien está dentro de vos, no os quejéis sino de vos. Éste, pues, es buen tiempo para que os enseñe nuestro Maestro, para que le oigamos y besemos los pies, porque nos quiso enseñar, y le supliquemos no se vaya de nosotros. Si esto habéis de pedir mirando una imagen de Cristo, bobería me parece dejar en aquel tiempo la misma Persona por mirar el dibujo. ¿No lo sería si tuviésemos un retrato de una persona que quisiésemos mucho, y la misma persona nos viniese á ver, dejar de hablar con ella y tener toda la conversación con el retrato?...» (1).

S. Juan de la Cruz, reformador de la religión Carmelitana, hablando de que en la Comunión no debemos buscar el gusto material, sino el del espíritu, dice: «Hay algunos que en comulgando todo se les va en procurar algún sentimiento de gusto, más que en reverenciar y alabar en sí con humildad á Dios. Y de tal manera se apropian esto, que cuando no han sacado algún gusto ó sentimiento sensible, piensan que no han hecho nada, juzgando muy bajamente de Dios, y no entendiendo que el menor de los provechos que hace este Santísimo Sacramento es el que toca al sentido, y que es mayor el invisible de la gracia que da: pues porque pongan en Él los ojos de la Fe, quita Dios muchas veces esotros gustos y favores sensibles. Y así quieren sentir á Dios y gustarle como si fuere comprehensible y accesible no sólo

(1) Camino de perfec. cap. 34, n.º 8.

en este, mas también en los demás ejercicios espirituales. Todo lo cual es muy grande imperfección y muy contra la condición de Dios, que pide purísima fe».

II.—Amor de los Fundadores á Cristo Sacramentado

Hasta aquí hemos visto cuál sea la terminante doctrina de los santos Fundadores; réstanos ahora considerar el amor de los mismos bienaventurados hacia nuestro adorable Sacramento.

De S. Antonio Abad se refiere, que pedía con mucho fervor é instancia á los obispos y sacerdotes le bendijesen, sólo porque tocaban con sus venerandas manos al Santísimo Sacramento (1). S. Basilio Magno, doctor de la Iglesia y fundador de la Orden que lleva su nombre, tenía tan abrasados deseos de amor de Dios, en especial cuando tenía á Jesucristo presente en la Misa, que, estando una vez en éxtasis, le fué revelado que se le había concedido su petición; efecto de lo cual, y por especial privilegio del Altísimo, después de haber celebrado el Santo Sacrificio, bajó sobre él un grande resplandor, del que se apercibieron los concurrentes (2).

S. Juan de Mata, fundador de la orden de la Santísima Trinidad, fué compelido por sus superiores á recibir el sagrado Orden del presbiterado, pues de ningún modo quería ordenarse, por considerarlo superior á la dignidad de los mismos ángeles (3). Celebró la primer Misa con indecible reverencia y devoción, en la cual tuvo aquella célebre visión de que también participó el pontífice entonces reinante, Inocencio III. Consistió en que al levantar la sagrada Hostia, se le apareció un bellísimo ángel vestido con hábitos blanquísimos, ostentando en su pecho una cruz de dos colores, encarnado y azul, y llevando además á los lados dos cautivos, uno cristiano y sarraceno el otro.

De Nuestro Padre S. Francisco de Asís (4) sabemos ciertamente que jamás quiso ordenarse de sacerdote por el su-

(1) Bolandos, vida del Santo.
(2) P. Ribadeneira.
(3) Breviario rom, 8 Febrer.
(4) Vida del Santo.

mo respeto que tuvo á Jesús Sacramentado, considerándose indigno de tenerle en sus manos y distribuírle á los fieles.

Si alguna vehemente pasión sufría el Seráfico Fundador, era la del amor á Jesús Sacramentado. Jamás se cansaba de contemplarle. Pasaba la mayor parte del día arrodillado ante el altar del Tabernáculo, liquidándose su tierno corazón en las delicias que experimentaba con tan dulce compañía. Encontraba que las horas se deslizaban por instantes. No pudiendo comprender tanto amor y fervor, le preguntó cierta vez un caballero amigo suyo: «Padre, decidme como oráis, y qué hacéis tantas horas al pie del Tabernáculo». «Pues yo á mi vez te pregunto, repuso el santo; ¿qué es lo que hace el pobre á la puerta del rico, el enfermo á la del médico, el sediento junto á un manantial cristalino? Lo que ellos, hago yo delante del Sacramento; ruego, adoro y amo». *Ruego, adoro y amo.* He ahí consignada en tres palabras, la vida de S. Francisco de Asís, añade un erudito hijo suyo (1).

Como el amor no puede estar en reposo, el Seráfico fundador iba por las iglesias y si veía alguna mal compuesta, él mismo la limpiaba y componía. Llevábase consigo hostias para darlas gratuitamente á las iglesias pobres; hostias que él mismo confeccionaba, mediante un artístico molde que pudo alcanzar su industria (2).

Nuestro Padre Sto. Domingo de Guzmán, fundador del excelente Orden de Predicadores, no podía vivir sin la dulce compañía de Jesús Sacramentado. Pasaba las noches casi enteras arrodillado y con la frente pegada al suelo, delante del altar del Sacramento, y si alguna vez le oprimía el sueño, lleno de fortaleza, permanecía apoyado sobre el altar, ó también descansaba un poco reclinado sobre una dura piedra (3). S. Cayetano, fundador de los Clérigos Regulares, tenía su larga oración de rodillas en el coro, por estar presente el Santísimo Sacramento. Ardía en celo por la Eu-

---

(1) P. Cherancé, Capuch.

(2) Conserváronse algunos de esos moldes como reliquias. Antes de la gran revolución aun existían algunos en el convento de Grecio.

(3) Breviar. Rom. Franc. 4 Agost. Lec. V.

caristía y trabajó incesantemente por lograr la frecuencia de este Sacramento, obteniendo copiosos frutos (1).

Es admirable y de todo punto indecible el amor de S. Pedro de Alcántara. Cuantas veces hablaba del divino Sacramento, ora en privado, ora en público, y cuando predicaba, salían sus palabras con tanto ardor, que á manera de chispas arrojadas de un volcán, encendían y abrasaban los corazones de los oyentes, y él mismo, destituído de todos sus sentidos y elevada su mente en el amante Señor que le robaba el corazón, quedaba suspenso en presencia de todos, anegándose entonces su alma en el piélago de las infinitas dulzuras. Tanto era el incendio que materialmente quemaba su pecho que, no pudiendo el santo contenerse por más tiempo dentro de su celda, debido á las angustias que el volcán divino le causaba, salía al campo para que el fresco ambiente refrigerase sus ardores. Allí desahogaba su bello corazón con fervorosos suspiros y tiernas exclamaciones. Sucedió cierto día, que, hallándose en la huerta liquidándose en el amor de Cristo Sacramentado, el Espíritu divino que en él operaba hizo que de repente se trasladase á la iglesia en la que enajenado de sí, satisfizo sus deseos (2).

S. Felipe Neri, fundador de la congregación del Oratorio, acostumbraba estar tres horas en la celebración del santo sacrificio de la Misa, debido á los raptos que padecía en ella. Aconteció cierto día, que, enviándole el Señor innumerables consuelos que no podía contener su corazón, se le rompieron dos costillas, quedando después en tal estado patológico, que le era humanamente imposible el vivir, á no ser por el continuo milagro que Dios obraba (3).

Cuando estaba S. Ignacio de Loyola en presencia del Santísimo Sacramento, se inmutaba corporalmente, efecto de la firme persuasión que tenía en el dogma de la Eucaristía (4).

---

(1) Breviar. Rom. 7 Agosto Lec. 6.
(2) Brev. Rom. 24 Octubre, Lec. 4.
(3) Vida del Santo por el P. Ribadeneira.
(4) Vida del Santo por el P. Ribadeneira.

Cuéntase (1) del Beato Amadeo Lusitano, fundador que fué de la reforma que lleva su nombre, que en ocasión en que hacía fervorosa plegaria en la Iglesia de Bresanorio, pasando por allí al amanecer ciertos rústicos que salían á su trabajo, vieron con admiración que dicho templo ardía en vivas llamas, las cuales, traslucíéndose por las claraboyas y elevándose tan altas que parecía querían encender el cielo, formaban un portentoso contraste. Acompañaba á este prodigio estar el aire lleno de dulces melodías que regalaban el oído y consolaban los corazones. Movidos de novedades tan raras, más con el alborozo que con el susto, dieron aviso á los Religiosos, quienes, habiendo bajado á la Iglesia, quedaron sorprendidos al ver que el origen de las llamas no era otro que el Beato Amadeo, cuyo pecho convertido en hermosísima fragua y transformado en su amante Señor Sacramentado, no quedó capaz de evitar la curiosidad de los que atónitos le contemplaban. Al recibir S. Juan de Dios el Viático de manos del arzobispo de Granada, lo practicó con devoción y ternura tanta que no pudo menos de pegarla á los demás (2). El amor hacia Jesús Sacramentado hacía en S. Camilo de Lelis que todas las noches, después de haber dormido por el breve tiempo de cuatro horas, bajase al oratorio y perseverase en oración delante del Santísimo Sacramento; después solía visitar los enfermos y administrar los Sacramentos (2). Cuando el demonio tentaba horriblemente á Santa Teresa de Jesús, diciéndole que Dios era muy justo y que no le perdonaría sus pecados, ella, al punto se postraba ante Jesús Sacramentado y se quejaba amorosamente, diciéndole que no la desamparase en semejantes tribulaciones. Entonces el amoroso Señor la prodigaba indecibles consuelos, llegando una vez á decirla: «No estés fatigada, no hayas miedo, no te dejaré» (2).

En este divino Señor se engolfaba S. Alfonso M.ª de Ligorio, fundador de la congregación del Redentor, siendo el Sacramento el alivio de sus penas. Su amor ha quedado

(1) Cronic. serafic. part. 7, Lib. 2, cap. 18.
(2) De su respectiva biografía por Ribadeneira.

bien retratado en sus devotas obras, por lo que excuso hablar de él. Sólo diré que no pudiendo celebrar Misa en su ancianidad por motivo de sus graves dolencias, comulgaba sin embargo todos los días (1).

He aquí, pues, á los Santos Fundadores de las Órdenes Religiosas, con sus convincentes palabras apoyadas en la Fe, y con su ferviente amor á Cristo Sacramentado, originado únicamente de una gracia particular divina, ser un argumento solidísimo á favor del dogma Eucarístico.

(1) De su respectiva biografía por Ribadeneira.

CAPÍTULO VII

La Eucaristía, los Reyes y sus hazañas, debidas á este Sacramento

SUMARIO

I.—El respeto de los monarcas á Jesús Sacramentado declara la creencia universal en este dogma.
II.—Las victorias alcanzadas por los reyes que se encomendaron al Sacramento, demuestran la existencia de este Misterio.

Por mí reinan los reyes y los legisladores ordenan lo justo. Por mí mandan los príncipes y los poderosos decretan justicia» (1). He aquí la voz del Omnipotente que compendia en breves palabras la naturaleza del poder real, su objeto, su deber y sus aspiraciones. En efecto; siendo Dios el sumo Rey de lo existente y, habiendo concedido el universo á los hombres, necesario era que les dejara príncipes ó jueces en lo espiritual y temporal para que gobernasen las almas y los cuerpos respectivamente. Estos príncipes debían tomarse del mismo pueblo á fin de que, conociendo á fondo la naturaleza humana, obrasen con sus súbditos lo que desearan para sí y de ningún modo practicaran con ellos lo que para sí no apetecieran, ateniéndose en todos casos á la ley santa del Señor. Cierto es que todo cuerpo vivo ha de llevar firme cabeza; desvaneciéndose con esta sencilla idea los absurdos sistemas que hoy día pretenden introducir en las inteligencias muchos despreocupados, ignorantes ó malvados; por consiguiente, la sociedad, cuerpo vi-

(1) Prov. VIII, 15.

vo moral, debe reconocer á un director suyo, llámese rey, ó presidente que, sea cual fuere la forma de gobierno que admitiere, ha de gobernar según la ley de Dios. Siendo por lo tanto, concluyente que los reyes están puestos por Dios para gobernar á los pueblos en lo temporal, claro está que también deben en un todo ejecutar la voluntad del mismo Señor en las leyes secundarias que ellos formen para el bien de sus súbditos. Las leyes, en efecto, deben ser justas. Si lo son, no se derivan, como dice Santo Tomás, de la razón humana, sino de la Ley eterna, recibiendo de ésta la fuerza de obligar en el fuero de la conciencia. Así concebimos sin dificultad, añade Balmes, lo que es el poder, lo que es la sociedad, lo que es el mando, lo que es la obediencia. No reina sobre los hombres la voluntad de otro hombre, no reina su simple razón, sino la razón emanada de Dios, ó mejor diremos, la misma razón de Dios, la ley eterna, Dios mismo.

Por más que en los tiempos que atravesamos, los gobiernos generalmente dan mucho que desear, sin embargo, en todos tiempos han florecido fervientes y magnánimos príncipes que engastaron una perla más en el florón de las Iglesias militante y triunfante. De ellos, ¿qué alabanzas pronunciaremos que no las hayan merecido? Católicos en extremo, amantes de sus pueblos, amigos de sus súbditos, los monarcas cristianos procuraban en todos instantes la paz, la tranquilidad, la salud y la felicidad de los que les estaban encomendados. Practicaban justicia, premiando á los virtuosos y castigando á los delincuentes; y aunque alguna vez cometieran deslices en el manejo de su respectivo gobierno, les justificaba la recta intención y el cuidado que habían puesto para que los gobernadores subalternos practicasen la justicia como ellos. Llenas de heróicas virtudes están las biografías de los monarcas que descollaron en santidad. Nosotros trataremos aquí del amor y devoción que tuvieron á Jesús Sacramentado, ya que en algunos hay rasgos tan sublimes de caridad que son de admirar. Sus hazañas, especialmente las batallas que ganaron por mediación del Dios Sacramentado, no se deben pasar en olvido.

Peleaban en efecto por la Religión, por la Patria, por el Rey, por sus haciendas, por sus hijos, por sus pueblos, en una palabra; por la justicia. No se defendían con los aceros sino cuando injustamente eran atacados, y no atacaban sino cuando injustamente se violaban sus derechos. Su divisa era siempre la gloria de Dios, la que no posponían á ningún respeto humano; su honor, el debido respeto á Jesucristo en su honor, en sus sacramentos, en sus sacerdotes y en sus vírgenes venerandas; y su gloria, la propagación del Evangelio, la conversión de los infieles y herejes, la magnificencia del culto divino y la catolicidad de sus pueblos. Á esto atendían, esto procuraban y en esto empeñaban su ciencia, su virtud, su valor, sus riquezas, sus soldados, su nación entera.

Para tratar sin confusión este asunto, hablaré en primer lugar de la fina devoción y respeto de los santos reyes á Jesús Sacramentado, dejando para el lugar segundo, las ruidosas batallas que ganaron mediante el Santísimo Sacramento.

I.—El respeto de los monarcas, á Jesús Sacramentado declara la creencia universal en este dogma

La santa Misa era para los devotísimos reyes un motivo de recreación en el Sacramento santísimo. Cuando en los primitivos tiempos de la Iglesia, los fieles ofrecían el pan y el vino para la consagración, la Reina Santa Radegunda, no sólo los presentaba humildemente como los demás fieles, sino que ella misma amasaba el pan que había de ofrecer, y confeccionaba otros muchos para distribuírlos entre las iglesias pobres. De aquí se podrá venir en conocimiento de la reverencia que tendría al santo Sacrificio, pues no se desdeñaba de emplearse en los trabajos manuales, siendo esto mismo causa y efecto á la vez de su ferviente devoción. La reina de Inglaterra María Clementina, no sólo asistía todos los días al santo sacrificio, sino que procuraba oír en un mismo día el mayor número de Misas posible. Estaba con tal devoción en el augusto Sacrificio, que parecía inmóvil y, siendo princesa tan esclarecida, no gastaba almo-

hadillas para arrodillarse. Su ferviente amor á Jesús Sacramentado hacía que le buscase continuamente, por lo que hallándose en Roma, mandaba al cochero hiciese correr los caballos á galope, con objeto de hallarse presente á tres ó cuatro reservas que se celebraban en los templos de la Ciudad Eterna. Esto cuenta S. Leonardo de Porto-Mauricio, quien añade, que él mismo trataba á dicha princesa y que aunque Dios Nuestro Señor no permitía le recibiera muy á menudo sacramentalmente, era para aumentarle aquella hambre que de Él tenía, mas no por esto perdió el mérito, sino que Dios recibió sus deseos por medio de la comunión espiritual que practicaba muchas veces. (1)

Asimismo, refiere el citado santo que conocía fuera de Roma á una gran princesa virtuosísima que además de oír todos los días varias misas, tenía ocupadas en su servicio unas doncellas, que empleaba muchas veces en el servicio de los altares, hasta el extremo de entregar cajones de corporales, purificadores y demás ornamentos que distribuía á los misioneros para que éstos los repartiesen á las iglesias pobres y necesitadas (1). En la devoción á la santa Misa, se esmeraba Santa Eduvigis, duquesa de Polonia, quien asistía á todas las que se celebraban desde la salida del sol hasta medio día (2). En la misma devoción se deleitaba Santa Isabel, reina de Hungría, asistiendo con el mayor anhelo á la misa cuantas veces podía. Mas es de notar su fervor y respeto á Jesús Sacramentado, porque aunque era dignísima reina, sin embargo, considerándose indigna y esclava ante el Dios de toda majestad, deponía su corona, quitábase las sortijas y permanecía envuelta en un velo, acción que fué confirmada por el cielo con prodigios, pues, estando de la manera referida al tiempo de la celebración, se vió rodeada de una luz resplandeciente que deslumbraba los ojos de los demás, pareciendo más ángel que persona humana (3).

---

(1) Tesoro Escondido, cap. 3, § I.
(2) Brev. Rom. 17 Ocbr. Lec. 4.
(3) Tesor. Escond. cap. 3, § II.

Aquel «gran rey entre los santos y gran santo entre los reyes», como llama S. Francisco de Sales á S. Luis rey de Francia, era más que devotísimo de la Eucaristía. Tenía tal fe en la real presencia de Jesucristo Sacramentado, que cierto día, habiéndose aparecido el Niño Jesús en las manos del sacerdote que celebraba misa en la capilla real, corrieron á decirle si gustaba de ver un milagro que todos los circunstantes contemplaban atónitos. Entonces el santo rey contestó muy tranquilo: «Vaya á verlo quien no crea, ó dude en la fe, que yo no necesito ningún milagro para creer firmemente que Cristo está presente en la Eucaristía» (1).

Cuando en Túnez fué tocado de la peste, no cesó de solicitar con mucha instancia el adorable Viático; se le concedió, y después de recibirle con gran fervor, extendió los brazos en cruz, y, clavados los ojos en el cielo, exclamó todo abrasado: «¡Ay Señor, yo entraré en vuestra casa, os adoraré en vuestro santo templo y alabaré vuestro nombre», con lo cual murió aquel cristianísimo monarca (2). No fué menor el admirable ejemplo que dió el ilustre S. Fernando de Castilla. Cuando en su última enfermedad entró el Santísimo Viático en la habitación del monarca, éste, ya moribundo, se arrojó en tierra y, postrado en ella con profundísima humildad, mandó sacar de la sala todas las insignias reales, denotando con esto que ante la Majestad divina quedan obscurecidos los reyes de la tierra, y luego adorando al Señor, le recibió con aquel mismo fervor, ó aun si cabe más que el que tenía cuando le recibía por devoción en la Iglesia (2).

Postrado ante el Tabernáculo de la Iglesia de S. Albano, después de haber recibido á Jesús Sacramentado y los demás sacramentos, y, rogando por sus enemigos, murió S. Canuto IV, rey de Dinamarca, atravesado de una aguda lanza que le clavaron sus enemigos (3).

La devotísima reina de Castilla D.ª Isabel la Católica, era sumamente edificante al recibir la Comunión, la cual fre-

(1) In vita ejus.
(2) Práctica del amor de Dios, lib. 7, cap. 9.
(3) Brev. Rom. Franc. 19 Enero, Lec. 4.

cuentaba muy á menudo. El gran rey Felipe II andaba en las procesiones del Sacramento con la cabeza descubierta. Sucedió que en una de ellas, le suplicaron se la cubriese (de alguna manera) por el excesivo calor del sol, á lo cual respondió: «Este día no hace mal el sol», ejemplo que copió de su católico padre el emperador Carlos V, quien solía decir «que ni el sol del día del Corpus, ni el sereno de la noche de S. Juan (1) ofendían á nadie». Ambos reyes fueron devotísimos de la Eucaristía. Carlos V, desengañado del mundo y de sus vanidades, abdicando el imperio de Alemania á favor de su hermano Fernando y los Paises Bajos y el reino de las Españas en su hijo Felipe, se retiró al monasterio de Yuste para acabar sus días. En esta soledad practicaba vida de monje, asistiendo á los oficios divinos, comulgando y oyendo misa con toda devoción como si fuera un religioso. Felipe, que heredó de su padre con el reino, la devoción y el acendrado catolicismo, no podía hacer menos.

He ahí por que no puedo pasar en silencio un hecho notable que revela el profundo respeto que Felipe II tenía al augusto Sacrificio y á los sacerdotes que lo celebran. Hallábanse en el Escorial, el monarca y su hijo, el príncipe D. Felipe, y entrando ambos en la sacristía encontraron un sacerdote, religioso de S. Jerónimo, que se revestía para celebrar. Al punto mandó el rey á su hijo compusiese el alba al ministro de Dios y le ayudase á vestirse los demás sagrados ornamentos. Obedeció el augusto príncipe; mas como (2) estaba algo distraído, permaneció con la cabeza cubierta. Entonces el rey que lo observaba, llamó la atención de su hijo, diciéndole: «Príncipe, ¿sabéis lo que estáis haciendo? Inmediatamente éste se descubrió, y prosiguió ayudando al religioso. Cuando Felipe II veía á un sacerdote que salía de la sacristía, después de haber celebrado misa, al punto descubría con veneración su real cabeza; y, preguntándole la causa de semejante respeto, extremado á los ojos de los hombres, contestaba sin ningún género de simulación que

(1) Vida ó Juicio verdadero de Felipe II, por Fernández Montaña.
(2) Nieremberg. Obras filosóficas, tom. 3, folio 268.

consideraba «al sacerdote que acababa de decir la misa como á relicario y custodia de Cristo, cuyas Especies sacramentales aun duraban sin corrupción en su pecho, y que por eso le hacía aquella reverencia» (1).

II.- Las victorias alcanzadas por los reyes que se encomendaron al Sacramento, demuestran la existencia de este Misterio.

Hasta aquí hemos observado los rasgos de humildad y amor de los reyes hacia Jesús Sacramentado. Creo por lo tanto haber mencionado lo bastante para dar una idea clara de mis propósitos. Fáltanos ahora indicar lo concerniente á las batallas, en las que los soberanos proclamaron por su mayor defensor al Sacramento Santísimo.

Si se considera la virtud que la Eucaristía confiere contra las tentaciones carnales y diabólicas; si se pondera la energía que prestó á los mártires para arrostrar los tormentos; si se admira la fortaleza que ha concedido á innumerables santos para vencer un sinnúmero de dificultades y peligros, no se extrañará que por virtud de Ella los ejércitos cristianos en general hayan conseguido grandes victorias. Para convencerse de esta hermosa verdad, no hay más que aducir á este lugar la historia, aunque sea en compendio, de algunas tremendas luchas seculares.

En efecto: antes del combate que el cristianísimo Constatino trabara con el terrible Majencio, Constancio, hijo de aquél, exhortó vivamente á sus soldados á que recibiesen la Santa Eucaristía. Así lo ejecutaron, y empezada la lucha que terminó con la batalla decisiva de Puente Milvio, quedó ahogado Majencio y desbaratados por completo sus militares, triunfando la Cruz de los estandartes romanos (2).

La célebre victoria de Clavijo obtenida en 834 por el cristiano Ramiro I, contra los sarracenos, no debe menos su gloria al Santísimo Sacramento. Decidida la horrible lucha primero por los moros, no se acobardó el católico príncipe, quien

(1) Nieremberg. folio 266 de su citada obra.
(2) Teodoro.

lleno de confianza, clamó de todo corazón al Dios de los ejércitos para obtener su auxilio. Apareciose entonces el Apóstol Santiago, ordenando que confesasen y comulgasen todos los soldados, prometiéndoles que un ginete montado en caballo blanco como la nieve precedería las huestes y ahuyentaría los muslimes. Así sucedió en efecto: los cristianos se arrojaron formidables sobre sus enemigos invocando al Omnipotente y al apóstol Santiago y vieron con asombro al valeroso ginete que con aguda y reluciente espada cortaba por doquiera innumerables cabezas de sarracenos. Al día siguiente yacían difuntos en el campo 70.000 moros.

Debiendo librar Otón, rey de Germania, una batalla contra los húngaros, mandó que antes de proceder al combate, confesasen y comulgasen sus soldados. Efectivamente, oró el pueblo para obtener de Dios la victoria; se dijo Misa en el campamento y comulgaron los valientes militares. Armados con tan fuerte escudo, se arrojaron sobre los húngaros y los derrotaron por completo (1). El mismo historiador que narra este hecho, refiere también que, habiendo los sarracenos, venidos del África, atacado á Mesana, se detuvieron algunos días por los alrededores de esta Ciudad, efecto de la natural resistencia de los sitiados. Entonces Catacalo, general de las tropas del emperador Miguel, ordenó se celebrase el santo Sacrificio y que, comulgando todo el ejército, pusiese su entera confianza en el patrocinio del Altísimo. Preparados así los de Mesana, abrieron sus puertas cuando los musulmanes estaban tendidos en tierra, efecto de la crápula, y arremetiendo contra ellos los destrozaron (2).

Célebre fué también la batalla que los cristianos suizos emprendieron contra los austriacos. Confiados aquéllos en el Dios que puede conceder la victoria, cual nuevos israelitas, llevaron consigo al campamento la Custodia del Santísimo. Después de haber orado y recibido los sacramentos, comenzóse la reñida lucha, mientras que un fervoroso sacerdote mantenía en alto la sagrada Eucaristía. Al punto deci-

(1) Baron. ann. 975.
(2) Baron. 1040 an. id. Lo cuenta Corrolopata.

dióse la victoria por los que poseían á Jesús Sacramentado, quienes derrotaron á sus enemigos, llevando el memorable nombre de Laupen, el terrible combate (1).

Si famosas han sido todas estas batallas, celebérrima fué la que los cristianos españoles dieron en las Navas de Tolosa, contra los sectarios del Corán (2). Había «un ejército innumerable, dicen las crónicas musulmanas, como de langostas esparcidas en bandas que cubría montes, campos, llanos y profundos valles, desembarcado en Andalucía en 1210»; ejército poderosísimo que se componía ciertamente de 300.000 soldados y 160.000 voluntarios, mientras que el de los cristianos constaba sólo de 115.000 hombres poco más ó menos. La noche precedente al día de la batalla aguardaban silenciosos nuestros campeones en el monte, cuando á eso de las doce la sonora trompeta hizo señal para que el ejército confesase y se preparase lo mejor posible. Al romper el alba se celebró la santa Misa y comulgaron la mayor parte de los soldados, recibiendo los demás la bendición del arzobispo. Confortados con la santa Comunión y la confianza en Dios, rompió la formidable lucha, que siendo al principio desfavorable á los cristianos, el rey, todo temeroso dijo al arzobispo que iba á su lado: Vaya, arzobispo, aquí moriremos nosotros. —De ninguna manera, ó rey, moriremos, añadió D. Rodrigo, antes al contrario, felizmente venceremos. —Pues vayamos aprisa, repuso el rey, á socorrer á los de la primera haz que están en grande aprieto. —Dios os dará la victoria, contestó el arzobispo, y si otra cosa ordenare, todos moriremos con vos. Desde este punto cambió de aspecto el combate. Avanzaron los cristianos, y se dieron á la fuga los moros, después de haber dejado éstos en el suelo 200.000 hombres entre muertos y heridos.

En otra memorable ocasión dió á entender el ejército cristiano, una vez más, lo que puede contra los fanáticos muslimes con el auxilio del Altísimo. Era el año de 1340, y una nueva invasión de moros africanos compuesta de 400.000 in-

(1) Histor. por César Cantú.
(2) 16 de Julio de 1212.

fantes, y 70.000 caballos ocupó la parte baja de Andalucía. Alfonso XI de Castilla reunió un ejército muy inferior al de aquéllos, pero puesta la confianza en Dios, marchó á encontrarse con el ejército sarraceno, junto al río Salado, sobre Tarifa. El cuadro que presentaban los cristianos era muy semejante al de la anterior batalla. Junto al rey se hallaba el arzobispo de Toledo, y un legado del Pontífice ostentaba enarbolado en sus manos el Lábaro de la Redención; pero se encontraban desposeídos de un fortísimo auxilio. Entonces el arzobispo de Toledo celebró en la tienda real el Santo Sacrificio de la Misa, y dió la Comunión á los reyes de Castilla y Portugal y á una gran parte de las tropas. Dióse después el aviso del combate, y empezó éste con tanto ánimo y valor de parte de los cristianos, que por la noche yacían en el suelo 200.000 muslimes, según nuestras crónicas.

Ejemplos bellísimos nos legaron asimismo los cruzados en la conquista de Tierra Santa. Guiados éstos por la gloria del Redentor, determinaron rescatarla de la perfidia de los mahometanos, con el fin de que en ella, teatro de la predicación, de los tormentos y muerte de Jesús, no hubiese más que adoradores del Salvador. Los cruzados, antes de entrar en la lucha con los enemigos de Cristo, confesaban y recibían la Santa Eucaristía. Ésta era su principal fortaleza, no ignorando que el que pelea por la causa del Señor y no confía en sus fuerzas, sino en las de Dios, pero tampoco le tienta, yendo desprovisto de los medios humanos, consigue la victoria. Entre este género de episodios bélicos merece especial mención el que vamos á referir.

Después que los cruzados ganaron á Antioquía, pensaron conquistar á Jerusalén, pero estaban desprovistos de tropas. Aprovechóse de esta ocasión el califa Fatimita de Egipto que procuraba la benevolencia de los cruzados por temor á que atacasen sus ciudades, y así les ofreció auxilios para la conquista. Al efecto, envió un considerable ejército que tomó á Jerusalén, pero en vez de cumplir lo pactado con los cruzados de que reinarían sobre ella, quiso quedársela él, alegando que los turcos la habían arrebatado á sus

padres, cuarenta años antes, y que á los cristianos les era suficiente el que pudiesen gozar de libertad para visitar los santos Lugares. Exasperados los cristianos con semejante respuesta, determinaron apoderarse de la Ciudad Santa á viva fuerza, contando siempre con el auxilio de lo alto. Desproporcionados eran ambos ejércitos, porque mientras el del califa constaba de 40.000 hombres escogidos, el de los cruzados era de 20.000 soldados de á pie y 1.500 de á caballo; á más de que el musulmán tuvo tiempo suficiente para fortificar la plaza y proveerla de todo lo necesario. Sin embargo, los nuestros confiaron en el Señor de las batallas. Celebróse el Santo Sacrificio de la Misa; comulgaron todos y, armados con tan seguro baluarte, el viernes, 15 de Julio de 1099, asaltaron á Jerusalén. Su victoria era completa; las cabezas de los turcos rodaban por el suelo, y los cristianos, entonando himnos de bendición á Jesucristo, pasearon triunfantes la Ciudad deicida.

Admírense semejantes prodigios de valor, y considérese si se deben más á las industrias humanas ó al auxilio de Jesús Sacramentado. No hay lugar á duda que juzgados estos formidables casos con sana crítica, deben la mayor parte, ó el todo de su logro á la intervención del Divino auxilio. Es cierto, en efecto, que los combatientes desconfiaron de sí propios en las mencionadas guerras y pusieron toda su esperanza en el que puede derrotar millares de ejércitos sin ayuda de las fuerzas humanas. Su especial medio de conseguir completa victoria era la Santa Eucaristía «que, según S. Juan Crisóstomo, es la fuerza de nuestra alma, el nervio del espíritu, el lazo de la confianza, el apoyo, la esperanza, la salvación, la luz y la vida del hombre» (1). Por eso, los príncipes cristianos ordenaban á sus soldados que antes de entrar en acción oyesen Misa, confesasen y recibiesen el Sacramento de nuestros altares. ¿Acaso era esto una mera fórmula? De ningún modo, ya que estaban del todo convencidos que la Sagrada Eucaristía les había de proporcionar

(1) Homil. 24 in I ad. Cor.

fuerzas más que suficientes para obtener la victoria. ¡Oh, si los príncipes cristianos de nuestros tiempos no confiasen tanto en los cañones y fusiles y en el número de soldados cuanto con la limpieza del corazón y la esperanza en Dios! ¡Oh, si tuviesen una poca más de confianza en Dios y desconfianza de sí mismos y, rogando al Altísimo y humillándose ante Él, procurasen portarse en las batallas como buenos cristianos! ¡Cómo andarían mejor las cosas...!

Mas ¿qué consuelo no encontraron algunos reyes en la Eucaristía? Roberto, rey de Francia, creyendo que todo su bien y felicidad provenía de Ella, hacía preparar una excelente carroza en la que colocaba reverentemente el Santísimo Sacramento, y la llevaba en sus expediciones. Con profunda humildad le dirigía frecuentes y fervorosas súplicas para obtener de su Divina Majestad los bienes espirituales y temporales que necesitaba. Cuando vino de Tierra Santa el rey S. Luis, (1) obtuvo especial licencia del legado apostólico para colocar en su nave la Santa Eucaristía, con el fin de administrarla á los enfermos y también para su consuelo. No se puede describir el gozo con que recibió semejante permiso. Erigió un altar, le cubrió con paños de seda y oro y en el centro puso un tabernáculo que contenía al Señor Sacramentado. Delante de Él, todos los días se cantaba dulcemente el oficio divino, y se celebraba la misa; (2) y añade un autor (3) que este mismo rey la llevaba en todas las expediciones de Ultramar, lo cual es muy verosímil atendidas la licencia que poseía y su irreprensible conducta.

Pero basta sobre el presente asunto; admiremos las referidas acciones de los cristianos reyes, pero no dejemos de imitar su conducta en aquello que nos sea conveniente, y tengamos presente que el respeto de los monarcas al Sacramento del Altar y las completas victorias que por Él ganaron, prueba que en este Sacramento se halla Jesucristo que puede causar efectos semejantes.

---

(1) 1.ª Cruzada.
(2) Gaufrido, in vita S. Ludovici, cap. 29, et Baron. anno 1254, n.º 14.
(3) Gaume.

CAPÍTULO VIII

La Eucaristía y los escritores ascéticos.

Semejantes á la intrépida águila que, elevándose por los aires, tiende á remontarse á las regiones más puras del espacio, los escritores ascéticos, con sus inspiradas plumas, propendieron en todos tiempos á engolfarse en la perfección y sublimidad de la Religión santa. Transportados en dulce contemplación de los asuntos divinos, sus palabras, convertidas en agudas saetas, penetraron en lo más íntimo del corazón humano para moverle y convertirle al Señor. No se diga, no, que las frases de los ascetas son bajas, que su estilo es monótono y pesado y que son rigurosos en sus sentencias; porque ninguna de estas tres afirmaciones es cierta si con recta crítica se juzgan sus escritos. Sus frases no son bajas, porque si en nuestros días algunas lo parecen, no lo eran en el tiempo en que sus autores escribieron; y en esta parte no sufren mejor suerte los escritores profanos; por el contrario, poseemos escritores ascéticos que en nuestros tiempos pasan todavía por clásicos. Si se tiene perfecto conocimiento de lo que es la doctrina ascética, cuál es su objeto, qué es lo que pretende, y á qué personas se dirige, no se afirmará que el estilo que adoptaron sus autores es monótono y pesado; porque si la doctrina ascética consiste en el tratado ó tratados que se ocupan de la perfección cristiana, yo creo que para hablar del asunto de más transcendencia que existe en el mundo, cual es el de la santidad del alma,

se deben explicar claramente las verdades; tratar con gravedad las cuestiones, pues el asunto es serio; usar de palabras que entienda la generalidad de los hombres, porque para todos se escribe; y enseñar en pocas palabras, si se quiere, con objeto de que los conceptos queden mejor impresos en el alma.

Atiéndase, por lo tanto, al estilo de los autores ascéticos y se verá que, merced á las circunstancias, les fué preciso escribir de la perfección cristiana, del modo que lo efectuaron. La prueba está, en que si hubo otros autores que escribieron sobre esta misma materia, pero que, apartándose del común de los demás santos y venerables autores, la adornaron con variedad de hermosas flores, acomodándose á la corriente de los escritores profanos de su tiempo, se nota que sus escritos no tienen unción y consiguientemente, no producen en las almas el fruto deseado. Por otra parte, los escritores ascéticos, al escribir sencillamente, no hicieron otra cosa que seguir las seguras huellas del Divino Maestro, quien predicó las verdades evangélicas sencilla y abreviadamente, según podrá observarlo quien quisiere en los Evangelios, y afirma también Nuestro Padre S. Francisco, diciendo, que el Señor hizo palabra abreviada sobre la tierra.

Muchos espíritus ligeros, no obstante, se desdeñan de la lectura de unos libros tan santos, alegando que no poseen estilo bonito y agradable. Se les podía formular un argumento *ad hominem*. Ellos dicen que no quieren leerlos porque carecen de agradable estilo; pues entonces que no lean v. g. las cartas que les envía un deudor suyo y por las que esperan noticia que pronto van á cobrar los intereses, sólo porque carecen de agradable estilo. Ciertamente la doctrina de la perfección cristiana es una cuestión de gravísima transcendencia, y sería necedad imperdonable andar con rodeos vanos para darla á entender á los demás.

Finalmente, otros espíritus revoltosos afirman que los autores ascéticos son rigurosos en sus sentencias, deduciendo consiguientemente, que por su lectura se ponen en tortura las conciencias. Nada más inexacto, porque el objeto que se

proponen dichos autores es dar á conocer las verdades prácticas del Evangelio; por lo tanto, afirmar que los ascetas son ásperos, es afirmar que lo es también el Evangelio, lo cual es una enormidad manifiesta. Si alguna vez los autores ascéticos usan de símiles terribles, no es porque sostengan una doctrina rígida, sino más bien para convencer mejor al entendimiento, y principalmente para dar á conocer que lo que contiene el Evangelio y practica la Iglesia Católica, son verdades en toda la extensión de la palabra; verdades que se cumplirán según sean ó hayan sido anunciadas.

Por último; el fin que se proponen los autores ascéticos es la perfección cristiana en esta vida, para que se obtenga después el premio inmortal en la eterna. Y qué; ¿no sería un error lamentable que en vez de edificar, destruyesen, halagando los apetitos con una doctrina muelle y de manga ancha, como se dice comúnmente? ¿No es verdad que para lograr estimación v. g. es necesario trabajar y mortificarse? Entonces ¿no sería un gran desvarío pretender alcanzar lo que tanto cuesta, afanándose poco por lograrlo? Por esto es por que los escritores ascéticos hablan como padres á sus hijos, enseñándoles sin ficción ni engaño lo bueno que deben buscar y lo malo que deben evitar, los medios conducentes para obtener lo primero y los remedios para rechazar lo segundo. Nadie diga, pues, que no quiere leer los libros ascéticos porque ó son insípidos ó severos. El que tal afirma vive en un triste engaño, y si lo sostuviera, le aseguro que posee una señal inequívoca de que su espíritu está penetrado del aire pestífero del mundo.

Oigamos, pues, á los autores ascéticos sobre el dogma de la Eucaristía, y nos persuadiremos de que ellos son, asimismo, una prueba solidísima de la verdad que con tanto ahinco defendemos.

Comenzando por el enamorado siervo de Dios, Fr. Diego de Estella, oímos que, dirigiéndose á Jesucristo, dice lo siguiente: (1) «Nunca, Señor, te mostraré magnífico en todo

(1) Meditaciones devotísimas del amor de Dios. Medit. 30.

cuanto criaste, hasta que instituíste este Santísimo Sacramento. La obra para ser magnífica, no sólo ha de ser grande, mas aun también se ha de nivelar con el poder del que la hace; y de aquí es, que una obra será magnífica respecto de un Señor, la cual si la hace el Rey no será magnificencia, porque baja de la dignidad real. Criaste, Señor, el sol, luna y estrellas; mar, hombres y ángeles y todas las cosas hiciste de nada, pero en todo esto no te mostraste magnífico, porque aunque estas obras sean grandes en sí, considerando la Omnipotencia, hallaremos que son muy pequeñas, según lo que Tú puedes hacer... Pero en este Santísimo Sacramento del Altar mostraste tu magnificencia, pues lo que das es de valor infinito, y diste al hombre todo lo que puedes dar, é hiciste todo cuanto pudiste hacer. Ésta fué obra verdaderamente magnífica, en la cual echaste todo el resto de tu Omnipotencia y extendiste toda tu largueza y Majestad... (1).

El Santísimo Sacramento, añade el abate Coulín, misionero apostólico, es causa del celo que corre, que vuela al encuentro de los combates y que triunfa del infierno, desata hasta las cosas sensibles para abrasar los corazones con el deseo de los bienes eternos, produce todas las virtudes y en especial la pureza» (2).

«Todo es amor en el misterio divino de la Eucaristía, exclama el anónimo cuanto devoto autor de las *Meditaciones de los misterios del Salvador;* en este misterio el mismo Jesucristo se convierte en pan nuestro, pan vivo, manantial fecundo de la vida que deposita en nuestro corazón y hace circular por nuestras venas. No sucede con este pan sagrado como con el alimento material: éste se incorpora con nosotros y se ennoblece convirtiéndose en substancia nuestra; mas el pan Eucarístico nos incorpora con Jesucristo, nos convierte más y más en miembros suyos, y nos da en Él la vida de un modo tan perfecto, que después de la santa Comunión podemos decir con S. Pablo: «No soy yo el que vive, sino que es Jesucristo quien vive en mí...» ¡Qué

(1) Medit. 31.
(2) Libro de la virtud Angélica.

dichosa certidumbre! Este Sacramento de vida extiende hasta nuestro cuerpo sus preciosos efectos, introduce en nuestra carne un germen de resurrección que se desarrollará en el último día y nos pondrá entonces en posesión de una vida eternamente gloriosa. ¡Qué don tan precioso el don infinito de la Eucaristía! Era necesaria toda la sabiduría de un Dios para inventarlo, toda su caridad, para concederlo á los hombres» (1).

«En la vida natural, prosigue el P. Péndola, necesita el hombre alimento material é intelectual; casi exclusivamente en los primeros años; pero apenas alborea la razón, siente la necesidad de nutrir su entendimiento y su corazón por medio de la ciencia y el amor enderezados al bien. En la vida sobrenatural, Cristo, Sacramento Eucarístico, se da á sí mismo á los fieles y se da como alimento de adultos en la fe, y como alimento que nutre en el amor y en la fe á los elegidos del santo convite. Pero la Eucaristía es el alimento más noble, substancial y duradero del hombre sobrenatural, como la sabiduría y amor rectos, son el alimento más noble substancial y duradero del hombre natural» (2).

Oigamos al erudito y célebre Blosio: «El dulcísimo Jesús no deja de ofrecer cada día en el V. Sacramento del Altar, para remisión de nuestras culpas y para memoria de su pasión y muerte, su sagrado cuerpo, su excelente alma y su preciosa sangre, juntamente con todos los merecimientos de su vida y pasión, dándonos á entender con esto que si fuese necesario estaba todos los días con su voluntad de entregar á la muerte por nuestra salud su venerable Cuerpo y derramar de nuevo su sangre» (3).

Fr. Luis de León, (4) sobre las palabras, «El Señor misericordioso y compasivo dejó memoria de sus maravillas, dando un manjar á los que le temen», dice: «En este manjar, que es propiamente para los que temen, recapituló todas sus grandezas pasadas; que en Él hizo ejemplo clarísimo de

(1) Medit. 92. Efectos de la Comunión.
(2) Guía de la juventud, cap. 6. art. 4.
(3) Explicación de la pasión del Señor.
(4) Lib. de los nombres de Cristo. Lib. 3.°

su infinito poder, ejemplo de su saber infinito, y de su misericordia y de su amor á los hombres, ejemplo jamás oído ni visto. Que no contento, ni de haber nacido hombre por ellos, ni de haber muerto por ponerlos en vida, ni de haber renacido para subirlos á la gloria, ni de estar junto siempre y á la diestra del Padre, para su defensa y amparo; para su regalo y consuelo y para que le tengan no solamente presente, sino que también le puedan abrazar consigo mismo, ponerlo en su pecho, encerrarlo dentro de su corazón y como chuparle sus bienes y atraerlos á sí, se les presenta en manjar, y como si dijésemos les nace en figura de trigo, para que así le coman y traguen y traspasen á sus entrañas, á donde encerrado y ceñido con el calor del espíritu, fructifique y nazca en ellos en otra manera indecible y divina».

«Nada más grande, nada más santo, nada que manifieste más la bondad de Dios hacia los hombres, exclama el anónimo autor de los libros del *Conocimiento de Cristo,* que este pan considerado en sí mismo. Nada más grande, pues este pan no es otra cosa que Jesucristo Dios y Hombre, por quien han sido hechas todas las cosas, el Hijo de Dios vivo, el esplendor de la gloria de su Padre, el carácter de su substancia, en quien están encerrados todos los tesoros de la sabiduría y ciencia de Dios, y quien por su palabra omnipotente muda la substancia de pan material en su propia substancia. Esta es su grandeza. Nada más santo; porque Él es el autor de toda santidad y en quien reside toda plenitud: plenitud de divinidad, de gracia, de verdad, de gloria y de todas las virtudes... Finalmente, nada que nos manifieste más su bondad y su amor, porque Él se da todo á nosotros con todo lo que es, y con todo lo que tiene, para unirnos á Él de tal modo, que no hagamos sino uno con Él» (1).

Tanta es la perfección que un alma obtiene de nuestro augusto Sacramento que, como dice muy á propósito el mercedario V. P. Falconi, el demonio procura por todos los medios posibles impedir que le recibamos Sacramentado.

---

(1) Tomo 4.º Part. II, cap. 21.

Usa este maligno espíritu, de la industria que usó Holofernes para acabar con el pueblo de Dios, teniéndole cercado estrechamente para acabarle, sin otras armas, ni batería; pues lo que hizo para el efecto fué quebrar los arcaduces que conducían el agua á la Ciudad, para que así pereciese la gente, la cual sin duda pereciera ó se entregara, si Dios no la remediara por mano de Judith. Lo mismo pasa acá. Sabiendo el demonio que los arcaduces de la gracia son los sacramentos, especialmente el de la Eucaristía, en que por las fuentes de sus llagas la da Cristo personalmente, toda su industria pone en estorbar la celestial cañería de este divino Sacramento para que las almas perezcan. No sé qué tiene este Sacramento, que con ninguno parece tiene el demonio tanta oposición como con él, y ninguno procura estorbar tanto y por tantos caminos.

Y no es el menor fuerte el que toma, valiéndose de los mismos predicadores, discípulos, confesores y ministros del Evangelio, porque muchos con capa de celo lo estorban. Pues antiguo es que hasta los mismos discípulos se opongan á este Sacramento, pues aun no lo hubo boqueado Cristo, cuando se le opusieron diciendo: Dura es esta doctrina. ¿Y quién la podrá sufrir? Y como dice el texto, muchos de sus discípulos le abandonaron».

«En el Sacramento augusto de nuestros altares, dice el P. Nieremberg, parece que para mostrarse finas con el hombre, andaban en competencia las Personas de la Santísima Trinidad, digámoslo así, para declarar á nuestro modo lo que á ni entenderlo como es en sí bastara el entendimiento de un ángel. Parece no se podía imaginar mayor extremo y fineza que haber dado el Padre Eterno su Hijo y entregádole á la muerte por los hombres. Pues por estos mismos extremos hizo el Hijo otro raro extremo, que es el Santísimo Sacramento... Aquí verdaderamente echó el Hijo de Dios la raya de su amor y parece que consumió los beneficios divinos, pues se dió á sí mismo por beneficio y se entra en nuestro pecho á solicitar su amor. Fingen que Anacreonte, siendo muy fuerte, y resistiendo á todas las saetas que dispa-

ró el ídolo Amor, habiéndosele acabado todas á éste, se tiró él mismo por saeta y, entrándosele dentro del pecho y de las entrañas, le rindió. ¿Qué son los beneficios de Dios Nuestro Señor sino otras tantas saetas de amor á que resistía el hombre? Quien no se rindió con el beneficio de la creación, ni con el de la conservación, ni con el de la Encarnación, ni con el de la pasión, ríndase con éste; pues el mismo Hijo de Dios se entra en el pecho, se da por saeta y se le entra hasta las entrañas para solicitar su amor (1).

Tanto nos ama Jesucristo en el sacramento del amor, que, enumerando el P. Crasset las condiciones que deben revestir los deseos de un verdadero amante, hace ver que el Salvador las reune todas. «Quien ama, dice, desea tres cosas: vivir con su amigo, ser una misma cosa con él y morir por él. Esto es lo que Jesucristo ha hecho en el Santísimo Sacramento. Él vive y come por decirlo así con nosotros y nosotros comemos con Él; se transforma en cierto modo con nosotros y nosotros nos transformamos, ó nos hacemos una misma cosa con Él» (2).

El P. Guillermo Fáber, al comparar la transubstanciación con la glorificación de los justos, hace estas bellas reflexiones. «La transubstanciación posee todas las partes de la glorificación y además las posee en grado más excelente. Asimismo, las posee con circunstancias que realzan grandemente su valor y enaltecen su hermosura como obra de Dios; porque, ¿qué es el alma del más grande santo y la del príncipe de los apóstoles; aun más; la misma de la Inmaculada Madre; comparada con el alma de Jesús, tan peculiarmente presente en el Santísimo Sacramento? De todas las almas gloriosas Él es el Rey y el primogénito. Toda sabiduría, todo poder, toda santidad que se pueda atribuír á una alma, y aun á todas las demás que gozan de Dios, se le debe atribuír á la suya, y esto multiplicado mil veces, y aun después de todo esto, sus más grandes excelencias quedarían por decir. Así que, entre los cuerpos gloriosos de sus siervos,

(1) Diferencia entre lo temporal y eterno. Lib. II, cap 4, § III.
(2) Lib. de consideraciones cristianas. Consid. del Smo. Sacramento.

aquellos pocos que han podido resucitar y que están ya en la gloria, y aquella multitud que resucitará en el último día, no se puede comparar con el suyo, el cual posee, no solamente todos los dones de los cuerpos gloriosos en su más alto grado, sino que además se encuentra adornado con las cinco llagas resplandecientes como cinco soles, que son como otras tantas fuentes de incomparable dulzura y atracción, y está como si dijésemos radiante y trasluciente con la hermosura del Eterno Verbo. ¿Qué digo? Su alma y su cuerpo son los verdaderos modelos conforme á los cuales seremos nosotros glorificados en el día del juicio. Y ese cuerpo y esa alma con todos los esplendores de su plenitud de gloria, están en el Santísimo Sacramento. El objeto del misterio de la gloria, la divinidad, la fuente de toda hermosura, la causa de los goces celestiales, el océano en el cual todos los bienaventurados viven, aman y se regocijan y se regocijarán por siempre; todo esto se halla en el Santísimo Sacramento» (1).

Jesús Sacramentado es lo más sublime que posee la predilecta esposa del Cordero; por eso decía un erudito y valiente escritor: «Si la religión cristiana no fuera grande é hija del cielo; si sólo tuviera el dulce misterio de la Eucaristía y la esperanza de la vida eterna, que nos enseña á perdonar y á sufrir, por ello sólo, merecería ser amada, querida y deseada de todos».

Decía la sierva de Dios Sor Micaela Desmaissieres, que no le movía tanto el acto y beneficio de la Redención, como el haberse quedado el Divino Salvador en la Eucaristía (2). Por eso, como dice muy bien la Beata María Alacoque, necesario es que nos abandonemos de todo en todo al amor de este Señor, y que lo dejemos obrar por nosotros, contentándonos con asociarnos á Él en todo, mediante una humillación profunda de nosotros mismos. Por esta razón, cuando tengamos que sufrir algún trabajo alegrémonos, según nos avisa esta misma bienaventurada, por la semejanza

(1) The Blessed Sacrament. Book I, Sectión VII, pag. 118.
(2) De sus escritos.

que de este modo alcanzamos con Jesús, esto es: por los oprobios é ignominias que sufre en el Santísimo Sacramento (1).

Ciertamente; si sería negra ingratitud no corresponder á un amor verdadero, ¿cuánta será la nuestra no amando fervorosamente á quien tantas finezas nos ha demostrado para amarnos? «Yo, me olvido, dice el P. Teodoro Almeida, de la admirable fineza que obró Jesucristo en el Calvario el día 25 de Marzo, pero en la cena celebrada en la víspera de este día grande, hallo unas circunstancias tan admirables del amor de Jesucristo para con nosotros, que una fineza no me obscurece ni me hace olvidar de la otra. La fineza de Jesucristo en el Calvario es infinitamente pasmosa; es lo más que puede hacerse por título de misericordia y de amor misericordioso; mas la fineza del Cenáculo es lo más que se puede imaginar de amor tierno y cariñoso. La fineza del Calvario fué por obediencia al Padre, fué necesaria para precio de nuestra redención; pero la fineza del Cenáculo no consta que fuese por obediencia ni por necesidad de la redención, fué totalmente por amor» (2).

Para conocer cuál sea el amor de Jesucristo, vengamos á este dulcísimo Sacramento de amor, dice el P. Espinosa; consideremos aquí las obras del amor de Dios, los prodigios de caridad que ha puesto sobre la tierra, los beneficios que hace á nuestras almas. No hay otro libro para aprenderlos que este Sacramento; aquí hallaremos el amor de Jesucristo sin mutación; el cariño de Cristo sin interés... Este amor le inspiraba mil recursos para consolarnos y recompensarnos de su ausencia. Sabiendo que había de dejar presto el mundo, elige con anticipación un medio portentoso para habitar con nosotros; medio que no podíamos pensar; recurso tan extraordinario, tan maravilloso, que no podía ser concebido ni imaginado sino por su amor. Este misterio adorable nos une á su Majestad y le hace presente á nuestros ojos bajo las especies sensibles. Aquí multiplica los mi-

(1) Máximas de sus escritos.
(2) Sermón de la instit. del Smo. Sacram.

lagros para reproducir en cierta manera su presencia en todas las horas, en todos los momentos, en todos los lugares del mundo... ¡Ah! que un Dios se haga presente á expensas de milagros por estar siempre con nosotros..!» (1).

Su Majestad, añade el P. Bourdalue, nos habla afectuosamente en este Sacramento de amor; ¿y pudiera hablarnos de otra manera que por amor y con amor? Decía á sus apóstoles en la última cena: «Ya no os llamaré siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su Señor, sino amigos» y como entre los amigos no hay cosa oculta, «por eso os he declarado, todo lo que he oído de mi Padre». Esto mismo dice á las almas devotas que le vienen á visitar, y así se porta con ellas. Cuando nos habla, acompaña, y, si se puede decir así, sazona sus palabras con toda la unción de su gracia. ¿Quién podrá explicar los maravillosos efectos de esta divina unción? ¿Habrá alguna alma tan fría á quien no inflame, tan dura que no la ablande y enternezca, tan perezosa y dormida que no la mueva y despierte? (2).

Esto mismo y no otra cosa añado yo. Si los devotos escritores han encomiado de una manera tan elevada á Jesús Sacramentado, (aunque han dicho muy poco de lo que debiera decirse,) es por los celestiales efectos que han experimentado en sí mismos y en los demás, los cuales no han dimanado sino de Jesús Sacramentado. Acaso nosotros ¿no podríamos imitarles en el amor que profesaron á la Eucaristía, para imitarles también en lo referente á publicar las glorias de este adorable Sacramento?

En conclusión: los escritores ascéticos forman, por su ciencia y virtud no comunes, nueva y sólida prueba en pro del Misterio eucarístico.

---

(1) Octavario del Smo. Sacram.
(2) Sermón 9, sobre el Smo. Sacramento.

CAPÍTULO IX

La Eucaristía y las Vírgenes.

SUMARIO

I.—Doctrina de las vírgenes sobre la Eucaristía.
II—El amor invencible que profesaban las vírgenes santas al Sacramento, es una prueba de la realidad del dogma Eucarìstico.

Una de las flores más lindas de nuestros jardines es la azucena. Bien conocida de todos por su blancura y el fragante olor que despide, la azucena engalana los vergeles públicos y domésticos, constituyendo á la vez un perfecto emblema de las vírgenes prudentes. A la verdad, las doncellas púdicas del Catolicismo, plantadas en el hermoso vergel de la Iglesia, exhalan el suave y regalado aroma de la pureza santa, y su agraciado rostro, reverberando los hermosos destellos que le irradió el amor de su Esposo Jesucristo, se ofrece ante los ojos de los que le contemplan como un encanto divino inapreciable, pero digno mil veces de respeto y veneración. Son preciosos lirios colocados entre las punzantes espinas del mundo; son blancas palomas que revolotean en derredor del sagrario; son dulces panales que destilan la más sabrosa miel; son gratos pomos llenos de esquisitas esencias; son frondosos huertos cerrados; son cristalinas fuentes selladas; son hondos pozos de aguas vivas que corren con ímpetu del monte del Líbano, que es Jesucristo; son rosadas albas, brillantes lunas, escogidos soles, ordenados

ejércitos de escuadrones. (1) Así las apellida elocuentemente el divino Esposo á quien se consagraron.

¡Las vírgenes! ¿Qué diremos en alabanza suya? Vió el águila de los evangelistas (2) un humilde Cordero en pié sobre el monte Sión y con él ciento cuarenta y cuatro mil bienaventurados, llevando escritos en sus puras frentes los nombres de Jesucristo y de su Padre, que cantaban precioso cántico nuevo, poema que nadie podía repetir, sino estos cuarenta y cuatro mil que fueron rescatados de la tierra. Mas pregunto, ¿quiénes podrán ser esos bienaventurados? «Son, dice el Apocalipsis, los que no se contaminaron con mujeres, porque son vírgenes, los cuales siguen al Cordero donde quiera que vaya; son los que fueron rescatados de entre los hombres por primicias para Dios y para el Cordero».

Pero, qué; ¿no merecerán más loores? De estas prudentes vírgenes, asegura Jesucristo que entraron con Él á las bodas (3) y celebraron aquel delicioso convite que el Esposo Divino les preparó en la mansión Eterna. La virginidad, por cierto, dice S. Gregorio Niceno, (4) es un don de Dios; y por ella la naturaleza humana, como purificada de sus malas inclinaciones, se eleva hasta la contemplación de las cosas celestiales; de suerte que es el lazo de la familiaridad de los hombres con Dios». «La virginidad, exclama S. Ambrosio (4), viene del cielo, y tiene á Dios por autor; es tan sublime que no la puede comprender el entendimiento humano. Una virgen es un don de Dios y la alegría de sus padres; ejercita en su casa el sacerdocio de la castidad, es una víctima que se sacrifica cada día por su misma madre y aplaca la indignación divina con el mérito de su sacrificio». Por eso dice S. Alfonso de Ligorio «que las vírgenes que alcanzan la inestimable dicha de entregarse al amor de Jesucristo consagrándole el cándido lirio de su pureza, se granjean de Dios un amor igual al que profesa á los mismos ángeles. La verdadera fortuna añade, y el estado más feliz

(1) Cant.
(2) Apoc. cap. XIV.
(3) Math. 25.
(4) Lib. de la virginidad.

y sublime es, sin disputa, el de las doncellas que se consagran á Jesucristo y se dedican enteramente á su divino amor» (1). Tan alto le parecía á S. Jerónimo el estado de virginidad que escribía á la virgen Eustoquio: «No quiero, que el estado que has abrazado te inspire orgullo, sino temor. Llevas contigo un precioso tesoro, guárdate de caer en manos de salteadores». Á la verdad: sublime es el mérito de la virginidad, aunque no me atreveré á asegurar que en cuanto virtud sea la mejor y la más perfecta; pero sí digo con el Apóstol, que en cuanto estado es el mejor y el más perfecto, porque el individuo que felizmente lo posee piensa de un modo más elevado en las cosas del Señor para ser santo de cuerpo y alma, (2) haciéndose de este modo hijo predilecto de Jesucristo, como lo fué el discípulo amado.

Si Nuestro Señor ama con especial dilección á las vírgenes, éstas, á su vez, aman con peculiar estimación al objeto de sus tiernas complacencias. Ni tienen en este mundo otra cosa que revolver en su mente; sólo Dios es su bello pensamiento, puesto que fueron elegidas por este dulce Esposo para ser su trono. ¿Cómo dirigirán, pues, su mirada de agrado hacia el mundo y sus placeres? Ni éste por su parte las ama tampoco, porque el mundo desprecia al que le aborrece, y la carne, sellada con la mortificación de las pasiones, y mediante la gracia de Dios, queda sosegada.

Las vírgenes cristianas son, sin duda alguna, el ornato más bello de la Iglesia. Muy diversas de las consagradas á la impura Venus, nuestras vírgenes permanecen intactas en el cuerpo y en el espíritu. ¿Acaso aquéllas se ornaban con las preciosas virtudes de abnegación, humildad y conformidad con la voluntad de Dios, que resplandecen generalmente en las santas vírgenes del Catolicismo? Añado del Catolicismo, porque sólo nuestra Religión Católica posee verdaderas y perfectas vírgenes; las sectas disidentes y las falsas religiones no las poseen, al menos no cuentan vírgenes voluntarias; y aun en el caso de que las hubiere será raro el que sean

(1) La verd. esposa de J. C. cap. I. 1, 9.
(2) I. Cor. cap. VII.

verdaderas vírgenes. La razón está en que no las asiste la gracia eficaz de Dios, que hace conservar semejante difícil virtud.

Sentados estos cortos preámbulos, pasemos á estudiar cuál sea la doctrina y las prácticas de amor de las vírgenes para con Jesús Sacramentado, como nueva confirmación del dogma eucarístico.

I.—Doctrina de las vírgenes sobre la Eucaristía

Santa Teresa de Jesús, acerca de la confianza que debemos tener en el Santísimo Sacramento, decía: «No todos pueden hablar con el rey: lo más que un vasallo puede esperar, es hacerle hablar por tercera persona. Para hablar con vos, oh Rey de la gloria, no se necesitan terceras personas. Vos siempre estáis dispuesto á oirnos á todos en el Sacramento del Altar, todo el que quiere os encuentra siempre allí y os habla mano á mano. Á más de que, si uno logra hablar con el rey ¡qué de tiempo y de paciencia no ha de menester! Los monarcas sólo dan audiencia pocas veces al año; pero Vos, nuestro Redentor, en este Sacramento nos dáis audiencia siempre que lo deseamos». La alegría que experimenta un alma en la presencia de Jesús Sacramentado, lo atestigua la sierva de Dios Micaela Desmaissieres, fundadora de las Adoratrices, cuando decía: (1) «Nunca me encontré más feliz que cuando me hallo delante del Santísimo Sacramento». Delante de Cristo Sacramentado se ama y se aprende á amar, porque, como dice la Beata Margarita de Alacoque, el corazón de Jesús Sacramentado es la escuela en que se aprende la ciencia de los santos, la del puro amor, que hace olvidar todas las ciencias mundanas (2). Refiere S. Alfonso M.ª de Ligorio que la V. Madre M.ª de Jesús, fundadora de un convento de Tolosa, decía: «Por dos cosas principalmente doy gracias á Dios de haberme llamado á la Religión; la 1.ª, porque las religiosas por el voto de

(1) De sus escritos.
(2) Morada en el Cor. de Jesús. Martes.

obediencia son todas de Dios, y la 2.ª porque tienen la dicha de habitar siempre con Jesús Sacramentado».

Eran tantas las vehementes ansias que Santa Catalina de Sena tenía por comulgar, que cuando su confesor le negaba la Comunión, exclamaba: «Padre, dad á mi alma su alimento». Santa M.ª Magdalena de Pazzis afirmaba que no hay tiempo más precioso que el que sigue á la comunión, porque entonces podemos tratar mejor con Dios para arreglar los asuntos de nuestra vida. Además, Nuestro Señor dió á entender el misterio de la Eucaristía á Santa Catalina de Bolonia, lo cual asegura la misma santa por estas palabras: (1) «Visitó Dios mi entendimiento estando en oración una mañana, y hablándome intelectualmente, me manifestó con claridad cómo en la Hostia consagrada está la humanidad y Divinidad de Cristo, y también, cómo era posible que debajo de la corta especie de pan estuviese todo Dios y hombre, y el conocimiento de lo que pertenece á la fe de este Sacramento, aclarando las dudas y cuestiones pasadas, que se ofrecieron al discurso y las que podían ofrecerse, desatándolas y aclarándolas con ejemplos patentes y naturales».

Al tratar la V. M. Ágreda de la institución del Santísimo Sacramento, se expresa en los siguientes términos: «Cobarde (2) llego á tratar de este Misterio de misterios, de la inefable Eucaristía y lo que sucedió en su institución; porque levantando los ojos del alma á recibir la luz divina que me encamina y gobierna en esta obra, con la inteligencia que participo de tantos sacramentos juntos, me recelo de mi pequeñez que en ella se manifiesta». Después llama á la Eucaristía con los santos PP. «extensión de la Encarnación».

II.—El amor invencible que profesaban las vírgenes santas al Sacramento, es una prueba de la realidad del dogma Eucarístico

Son grandemente sublimes las prácticas de fe, devoción y amor que frecuentaban las vírgenes para con Jesús Sacramentado. Santa Clara, primogénita de Nuestro Padre S. Fran-

(1) Lib. 7, cap. 8.
(2) Pasión de N. S. J. cap. 5.

cisco, se esforzaba por demostrar á Cristo Sacramentado el extremado amor que le profesaba (1). Estando postrada en cama, efecto de una greve enfermedad, ordenaba á sus monjas la llevasen blanca tela de la que acostumbraban confeccionar los corporales, á fin de cortarla y prepararla para el mismo objeto. Aunque superiora de su convento, no confiaba á ninguna de sus hijas el cebar las lámparas del Sacramento, sino que por sí misma las disponía todos los días. Tanto infundió en sus espirituales hijas el amor y devoción hacia el Sacramento Santísimo, que aun hoy se distinguen en esta santa práctica. «Una sola primavera, dice el Ilmo. Cornejo, existe en el año, en la que la naturaleza ostenta sus hermosas, variadas y pintadas flores; pero todo el año es primavera en aquellas esposas del Señor, en la que trabajan y arreglan hermosas, admirables y ricas flores, con el único fin de colocarlas en la custodia del Augusto Sacramento, ó cerca del tabernáculo». Semejantes bellas flores, en las que se deja ver la magnificencia, el gusto y el arte, eran diferentes cada año, por lo cual los católicos reyes y la nobleza de Madrid quedaban suspensos al contemplar en el día del Corpus la Custodia de las descalzas reales. Referiré brevemente un rasgo histórico que viene á confirmar esto mismo. Los reyes católicos, por propio impulso, obtuvieron del Sumo Pontífice una bula, por la cual dispensaba el voto de estrecha pobreza en común que profesaba la comunidad mencionada. Veneraron las religiosas el rescripto apostólico, pero no admitieron la dispensa, ratificando de nuevo su primer voto. Entonces consultaron entre sí, qué es lo que harían de semejante bula, y si sería ó no conveniente depositarla en el archivo del convento. Después de maduro examen, se resolvieron por la negativa; mas para que no se dijese que la despreciaban, inventaron un discretísimo medio por el que ni pudiesen usar del privilegio, ni la devoción de los católicos monarcas quedase desairada. Cortaron, en efecto, la bula en menudos trozos y de éstos formaron el fondo de las flores que vistieron

(1) Crónic. Seráfica por Cornejo part. 2, lib. 7, cap. 22.

de sedas de colores varios para adorno de la Custodia. Ésta fué exhibida el día del Corpus, y no es para dicho la admiración y el contento que los reyes y nobleza recibieron ante la vista de un tan bello espectáculo.

Los favores que el Señor dispensó en la comunión á Santa Clara los comprendió Sor Francisca de Colemecho, viendo en una ocasión que la santa sostenía en sus brazos al Niño Jesús en cuyas caricias se liquidaba su corazón amante.

La Beata Josefa M.ª de Santa Inés de Beniganim, (1) al punto que oía la campanilla que anunciaba el paso del Santo Viático, se arrodillaba en el lugar mismo donde se encontraba, y desde allí dirigía á Jesús Sacramentado tiernos afectos. La Beata Eustoquia de Santa Clara se derretía en deseos de comulgar, por lo cual, estando una vez enferma, la envió el Señor un ángel que le administrase la Comunión (2). Nos dicen las lecciones de Santa Gertrudis, de la orden de S. Benito, que tanto era el amor que profesaba á Jesús Sacramentado, que por su causa derramaba muchas veces abundantes lágrimas (3). Este mismo amor movía á la Beata Jacinta de Mariscotis, de la tercera Orden de S. Francisco, á promover el culto del Santísimo Sacramento, y á este fin ordenaba exponerle con frecuencia, por cuya razón complacióse mucho el Señor, declarándolo con repetidos prodigios (4).

Los incendios de amor por Jesús Sacramentado determinaban que la V. Madre María Jesús de Ágreda ardiese en un volcán divino; su corazón contenía más calor material que el que pudiera sobrevenirle de la más ardiente fiebre; ya que la ropa que la llegaba al pecho, materialmente se quemaba, de suerte que debiendo de llevar por necesidad unos paños sobre aquel órgano delicado por habérsele declarado una gran llaga, quedaban de allí á pocas horas abrasados, como pudieran quedar si fueran puestos sobre ascuas. Dormía solamente dos horas diarias, y durante ellas velaba su puro

(1) De su vida.
(2) Crónica Seraf. Vida de la Beata.
(3) 15 Noviembre Lec. 6.
(4) Brev. Franc. 30 Enero, lec. 6.

corazón. En las recreaciones no sabía hablar sino de Dios, y sus fervorosas palabras herían de tal modo el corazón de sus hermanas, aun las más tibias, que éstas mismas, al oirla, se resolvían á llevar una vida más fervorosa. Su rostro estaba materialmente inflamado, y, no pudiendo contenerse su corazón dentro de sus estrechos límites, prorrumpía en admirables cánticos.

Tales esfuerzos por amar á Jesús Sacramentado y tales deseos de recibirle, no podían menos de ser premiados por el Señor. En efecto, refiere el citado P. Jiménez que en medio de tantas penas como el demonio causaba á la mencionada V. Madre, como dolores, enfermedades, desprecios y torpes visiones, el Señor la consolaba al tiempo de la comunión, permitiéndola viese al Augusto Sacramento cercado de hermosos resplandores. Se cuenta de Santa Juliana de Falconeri, que, llegada la hora de su muerte, pidió por última vez la Comunión sagrada, con el fin de armarse contra las tentaciones del enemigo; mas como tenía el estómago completamente desarreglado no podía retener, ni aun recibir alimento ninguno. El sacerdote que se hallaba presente con el Sacramento Santísimo, no podía, como es consiguiente, darle la sagrada Forma. Entonces, Juliana, abrasada en divino fuego, pidió humildemente al sacerdote la mostrase la santa Forma. Accedió éste gustoso á ello, pero ¡cosa sorprendente! en aquel mismo momento desapareció la sagrada Forma y espiró la santa. Atónitos quedaron los concurrentes, no sabiendo explicarse lo que acababan de presenciar; mas después de registrado el pecho de la santa, en el lugar que corresponde al corazón hallaron la carne hendida é impresa la figura de la Hostia; por lo cual dieron gracias á Dios que así favorece á los que desean con vivas ansias recibirle Sacramentado.

No menos premió Dios á otras santas vírgenes. Santa Teresa de Jesús, especialmente al tiempo de comulgar, veía en la Hostia á Jesucristo, resucitado, glorioso y resplandeciente como está en el cielo (1). Santa Catalina de Sena, en el

(1) De su vida cap. 38, n.° 12.

acto de la Comunión, contemplaba en las manos del sacerdote un horno encendido. Santa Clara de Montefalco, Santa Ludovina y la referida Santa Catalina, tuvieron el gran consuelo de recibir la comunión de manos del mismo Jesucristo (1). La bienaventurada María de la Encarnación, carmelita conversa, hizo su primera comunión á la edad de 12 años. Recibió al divino Salvador con tal ferviente caridad, que su amante Huésped derramó en su corazón una alegría, que no hubiera querido, decía más tarde, trocarla por todo el universo; y desde aquel momento todas las cosas de la tierra le parecieron insípidas (2).

Santa Ángela comulgaba todos los días, y sus comuniones eran para ella un manantial abundante de espirituales dulzuras. La afluencia de estos celestiales bienes eran tantos en Santa M.ª Magdalena de Pazzis, que le hacían exclamar: No titubearía, si necesario fuese, entrar en la madriguera de un león y exponerme á toda clase de sufrimientos sólo por recibir la Eucaristía».

De la bienaventurada Ildefonsa Artal de Sueca, se refiere un maravilloso acontecimiento que confirma el galardón que Dios concede á los que de todas veras desean recibirle. Hallándose esta sierva de Dios próxima á morir, y no teniendo medios eficaces para poder llamar á su confesor con objeto de que le administrase los santos sacramentos, derretíase su alma por no poder lograr semejante dicha. Entonces el amorosísimo Jesús á quien Ildefonsa había servido de todo corazón, dispuso que, bajando del cielo innumerables cortesanos angélicos, le ministrasen la Sagrada Comunión. El caso fué notorio en parte á la entonces villa, pero lo fué en todo á dos buenos hombres que, yendo con sus caballerías de paso á otro pueblo, quedaron atónitos al contemplar los brillantes y extraordinarios resplandores que se habían fijado en la habitación de la sierva de Dios. Parándose en el mismo lugar, admiraron extasiados una solemnísima procesión eucarística

(1) S. Leonardo. de Port. Tesoro Escon. cap, II § 4, 11.
(2) De su vida.

que, bajando de las alturas, penetraba en la habitación de Ildefonsa. Al mismo tiempo que esto sucedía, voltearon las campanas de la antigua torre sin que fuerza humana las impulsase. Al día siguiente regresaron aquellos buenos hombres en ocasión que doblaban los sagrados bronces; preguntaron por el fallecido, y les aseguraron que era la bienaventurada Ildefonsa. Entonces, contando la visión que he referido, se llenó la villa de admiración y bendijeron al Excelso que tantas mercedes derrama sobre sus escogidos. Muchos ejemplos podía aducir en confirmación del asunto estudiado, pero son suficientes los referidos; el lector comprenderá que las almas, en las cuales particularmente se complace Dios, son las vírgenes prudentes; añado prudentes, porque sólo éstas son las que, hallándose dispuestas para recibir al divino Esposo, entran con Él á sus bodas; mas no las vírgenes locas, las cuales aunque no dejan de ser vírgenes, sin embargo no poseen el aceite de la gracia de Dios por descuido propio, razón por la cual no pueden entrar en el banquete del divino Rey; y si con temeridad se atrevieren llamar á la puerta, Éste les contestará desde adentro: «No os conozco».

Procuremos por consiguiente poseer la virtud de la santa pureza, ya que el Omnipotente concede al casto las gracias que otorga á las vírgenes, y mientras tanto, deseemos con fervor á Cristo Sacramentado, para que su real presencia nos haga inmaculados de cuerpo y espíritu. Tengamos presente, en último término, que las vírgenes, por sus elogios y por su devoción al Sacramento, son motivo seguro de afianzar nuestra creencia en el dogma de los altares.

SECCIÓN IV

OTRA CLASE DE SÓLIDAS PRUEBAS QUE CORROBORAN EL MISTERIO DE LA EUCARISTÍA

CAPÍTULO X

La Eucaristía y los milagros

SUMARIO

Artículo único.—Asombrosos milagros obrados á propósito para corroborar el dogma de la Eucaristía.

1. S. Gregorio Magno y la devota señora romana.—2. Los dos estilitas.—3. La joven de Turingia.—4. El milagro de Bolsena.—5. El jumento adorando la Hostia consagrada.—6. La fuentecilla de vino.

Si la Religión Católica no tuviera en su apoyo otras pruebas que los milagros, bastaban éstos solos para convencer al más incrédulo de que su misión es divina. Mas para que no parezcan semejantes expresiones un arranque de religioso entusiasmo, hablaré brevemente de los milagros, lo que de introducción puede servir á nuestro asunto. El milagro es un hecho físico que sobrepuja á las fuerzas de toda naturaleza creada; al decir de toda, ya puede comprenderse que ni los ángeles buenos y malos, ni los hombres, ni otra criatura alguna pueden obrar por sí milagros: sólo Dios puede obrar prodigios; por consiguiente, nadie sin su permiso puede dispensarlos. He aquí las conclusiones deducidas de la definición.

Sólo Dios puede obrar milagros. «Quien lo negare, ha dicho el mismo funesto Rousseau, es un necio, es un im-

pío» (1). Á la verdad: si Dios pudo hacer el mundo y le pudo dar libremente sus leyes ¿no las podrá suspender cuando mejor le plazca? Me parece que admitido lo primero, necesariamente se ha de adoptar lo segundo. El milagro, pues, no es otra cosa que la suspensión de una ley, no derogación de la misma, porque para que se efectúe el milagro no hay necesidad de derogarla; por lo tanto, cuando Dios, por ejemplo, quiere que un hombre que se cae de lo alto de una torre se detenga en el aire, no hace más que suspender la ley del centro de gravedad, según la cual, todo cuerpo dejado á su propia inclinación se dirige al centro de la tierra.

Pero objetan algunos: Las leyes que Dios decretó no pueden alterarse; por consiguiente, siempre han de producir su efecto, ó en caso contrario Dios es mudable: luego no son posibles los milagros. ¡Excelente modo de discurrir! Cuando el Autor de la naturaleza dió á ésta sus leyes particulares, previno también los casos excepcionales en los cuales quería hacer resaltar su infinito poder; de consiguiente, al verificarse un milagro, no se alteran las leyes, antes bien, se cumple el caso excepcional de la ley que Dios ya había previsto y querido; de ahí el que las leyes que el Omnipotente dió al mundo produzcan siempre su efecto, porque tanto son leyes y efectos de las mismas el movimiento como el reposo, puesto que todas dependen de la voluntad divina.

No sabemos, argumentan otros, hasta donde llegan las fuerzas de la naturaleza, y profieren una solemne verdad; pero deducen de ella una conclusión falsa. Afirman que los milagros pueden ser efectuados por fuerzas ocultas de la naturaleza, las cuales se ignoran.

También es cierto, les contestamos, que ignoramos hasta qué punto semejantes fuerzas pueden tener virtud para obrar, pero sabemos evidentemente que muchas de ellas no poseen virtud para obrar más allá de lo que obran habiéndoles apurado sus recursos; sabemos, por ejemplo, que un

(1) Cart. de la montaña pag. 94.

pedazo de madera arrojado al fuego, necesariamente ha de ser reducido á cenizas, por más empapado de agua que le supongamos; ahora bien: ignoramos hasta qué punto resistirá al fuego, pero sabemos que al fin ha de ser convertido en pavesas: luego conocemos ciertamente que la madera no tiene virtud para resistir al fuego. Quien dice de este objeto, con mayor razón dirá de un pedazo de carne, la cual, arrojada al fuego, es inmediatamente pasto de las llamas; entonces, si es arrojado un hombre desnudo, tendrá que sufrir las mismas consecuencias; pero admiramos no obstante que este hombre en medio de ellas queda ileso; que ni aun experimenta el calor que despiden; luego, ¿quién se atreverá á afirmar que no sabe hasta donde llega la virtud de la materia del hombre? ¿Nadie?: luego el hecho en suposición es un milagro.

Es verdad que no todos los acontecimientos estupendos son milagrosos; pero no es menos cierto que es una temeridad negar cualquier suceso maravilloso como sobrenatural, sin haber precedido antes un detenido examen. Es asimismo evidente que los espíritus infernales, mediante la permisión divina, pueden obrar algunas cosas maravillosas; pero es también indudable que sus hechos no son verdaderamente milagrosos, porque sabido es que el verdadero milagro es sólo ejecutado por Dios, por sus ángeles, ó por sus siervos en nombre de Él; ahora bien: como el demonio no puede ser medio ó instrumento del verdadero milagro, porque éste ha de efectuarse en todo momento para gloria de Dios, que en caso contrario, Dios permitiría que nos engañásemos: luego el espíritu malo no puede obrar verdaderas maravillas. Pero respondamos brevemente á la objeción anterior. No todos los acontecimientos portentosos son milagros, y desgraciadamente, hoy día son engañadas muchas personas incautas que atribuyen á milagro lo que les parece inexplicable; sin embargo, no hemos de ser tan incrédulos, ni hombres tan sin razón que neguemos cualquier hecho estupendo como sobrenatural, sin haberlo antes examinado como se debe. Este examen consiste: 1.º En asegurarnos del

hecho, si ha sucedido realmente tal cual lo refieren. 2.º Si supera á las fuerzas de la naturaleza, teniendo en cuenta las reglas que hemos dado. 3.º Considerar bien sus circunstancias; á saber: si es obrado por un siervo de Dios, del cual no se teme que tenga pacto con el diablo; si tiende á mejorar las buenas costumbres; y, sobre todo, si resplandece en él la gloria divina. Si concurren todas estas causas y circunstancias, podemos estar ciertos de que el hecho es del orden divino; si por el contrario, aunque el hecho sea cierto y parezca superar las fuerzas de la naturaleza creada, y quien lo hace es algún sujeto de poca ó ninguna probidad de vida; si se corrompen las buenas costumbres, aunque no hagan otra cosa más que causar la hilaridad, y los hombres se apartan más de Dios que se acercan á Él, téngase por cierto que aquel suceso procede del demonio, y que por consiguiente no es milagroso.

Existen además sujetos irreligiosos que no tienen el más mínimo rubor en afirmar: «Hoy ya no se hacen milagros». Efectivamente, aquí deseaba conducirles yo. ¿Con que hoy no se efectúan milagros? En primer lugar les debo responder que aunque en el día no obrase Dios milagros físicos, lo cual es falso, son sin embargo innumerables los morales, como las conversiones, no sólo de los herejes, sino también las de corazones empedernidos; conversiones que no son otra cosa que verdaderos prodigios, los cuales nadie puede obrar, excepto Dios. Además; en nuestros días no son tan necesarios los milagros como en los primeros siglos de la Iglesia, porque ésta se halla perfectamente propagada; sus creencias están bien arraigadas y los que pretenden milagros para confirmarse en la fe de la Iglesia, deben acudir á la Historia Eclesiástica y á la Tradición, las cuales no les engañarán, porque tanto una como otra están admitidas por todos los pueblos y naciones. Si creen mil fábulas que les cuentan los impíos, ¿por qué no han de creer á la Historia y á la Tradición, siendo así que poseen todos los fundamentos que se quiera?

Pero no es esto solo, porque ciertamente en nuestros días

obra Dios muchos, muchísimos milagros. ¿Qué son Lourdes y la Saleta sino una gran oficina de milagros? ¿Qué significa la devoción del pueblo á S. José, á S. Antonio, á S. Francisco de Paula y á otros muchos bienaventurados, sino el eco perfecto de su valiosa intercesión á favor del mismo? Todos los días anuncian los periódicos curaciones milagrosas debidas al patrocinio de los santos; y á la vista de estos grandes sucesos ¿qué responderán los herejes?

Mas no está aquí todo; las sectas heréticas se proponen deslumbrar ya el número, ya también las circunstancias de los prodigios; y no contentas con esto, han procurado remedar los acontecimientos milagrosos, como si la materia se prestara para el efecto. Les recordaremos en este caso lo que dijo con irrisión un famoso hereje, hablando de los suyos: (1) «Los protestantes, dice, por más que lo han intentado, jamás han podido curar ni siquiera la pierna de un caballo». Á la verdad, como no tienen de su parte la voluntad divina, por eso, ni las sectas reformadas, ni otras que estén separadas de la Religión Católica, han podido obrar jamás ningún prodigio real: este privilegio está reservado á la Iglesia Católica, única Religión verdadera.

Puesto que las historias eclesiásticas están llenas de hechos asombrosos, en confirmación de la real presencia de Jesucristo en la Eucaristía, nosotros escogeremos los que nos parezcan más adecuados á nuestro propósito, y los insertaremos ordenadamente.

Artículo único.—Asombrosos milagros obrados á propósito para corroborar el dogma de la Eucaristía

1. Había en Roma cierta noble y devota señora que amasaba con sus propias manos el pan que debía de servir para materia del Cuerpo adorable de Nuestro Señor Jesucristo. Entre los sacerdotes que se servían de las hostias de referencia, se contaba el Jefe de la Iglesia, S. Gregorio Magno. Cierto día que este Pontífice celebraba la santa Misa, y en

(1) Erasmo.

la que debía dar la Comunión á la mencionada señora, al llegar á las palabras: *Corpus Domini nostri Jesu-Christi, etc.*, tiempo inmediato á la recepción de la santa Hostia, rióse desmesuradamente aquélla, tanto, que el Vicario de Cristo quedó sumamente escandalizado. No obstante, con toda la paciencia y tranquilidad de un santo, volvió las espaldas á la indevota y, adelantándose hacia el altar, dejando sobre él la sagrada Forma debajo de un limpio mantel, prosiguió la Misa. Concluída que fué, dirigiéndose de nuevo hacia la irreligiosa señora, preguntóle la causa de aquella risa tan inesperada. Alegaba aquélla algunas frívolas razones, sin contestar directamente á lo que se le preguntaba, pues, notando que era objeto de las atentas miradas del auditorio se avergonzó de confesar la verdad. Viendo S. Gregorio que, por una parte no sacaba partido de la incrédula, y que por otra, el Dios de cielo y tierra era tan públicamente profanado, volvió con nuevas instancias á preguntarla el motivo que la indujo á reir; entonces la infeliz, no pudiendo resistir los mandatos del supremo Pastor, respondió que se extrañaba de que aquello que tenía en sus manos al darla la comunión fuese el verdadero Cuerpo de Cristo, según indicaban las palabras: *Corpus Domini nostri, etc.* siendo así que ella lo había formado y amasado. Frío quedó S. Gregorio al oír semejantes expresiones en una señora á quien él, no sólo tenía por cristiana, sino por muy devota. Mas reanimándose, postróse en tierra, y adorando al Señor, le pidió con todo fervor no dejase aquella escena mal parada, pues le iba nada menos que su gloria; que los asistentes estaban escandalizados y que algunos dudarían tal vez del dogma de la Eucaristía. ¡Prodigio estupendo! En el mismo instante, apartándose el velo de los sentidos, vieron todos con sus propios ojos sobre el altar, en lugar de la Hostia que momentos antes estaba y que nadie la había tocado, un pedazo de carne en el que se traslucía la sangre que por su interior corría. Atónitos ante aquel hermoso prodigio, la incrédula señora confesó la fe, se convirtieron algunos herejes que presentes estaban al Sacrificio, y el pueblo todo,

confirmado en la fe de la Iglesia, dió solemnes gracias al Todopoderoso por haber corroborado el dogma Eucarístico. No paró aquí la bondad del Excelso, sino que, atendiendo segunda vez á las oraciones del Pontífice, quien solicitaba que la sagrada carne desapareciese de los sentidos, y que volviesen éstos á contemplar la sagrada Hostia bajo los accidentes de pan, accedió á su petición, volviendo el Sacramento á su primitivo estado (1).

2. Los herejes severianos, de que hablan los hechos que referiré, usaban por materia del Sacrificio, en cuanto á la especie de vino, agua sola, mas respecto á la otra especie empleaban como los católicos pan de trigo; de modo que si estaban legítimamente ordenados, (aunque es probable no lo estuviesen muchos de ellos) al celebrar el santo Sacrificio, consagraban de hecho la especie de pan, pero no la de vino por usar materia ilegítima.

Esto supuesto, cerca de Egina, ciudad de la Cilicia, existían dos monjes estilitas, el uno católico y severiano el otro, separados el uno de su contrario seis millas. El monje hereje, más antiguo en la profesión, insultaba al católico, asegurándole que la secta de Severo era la verdadera y legítima Iglesia; mas el católico monje, inspirado de Dios, envió á decir á su opositor que le hiciese la caridad de mandarle parte de la hostia con que comulgaba. Gozoso el hereje por creer que tenía engañado al católico, se la envió, y tomándola éste la sumergió en una olla de aceite hirviendo, deshaciéndose inmediatamente. Volvió á tomar otra Hostia consagrada de la Iglesia Católica y repitió la misma operación, mas en vez de deshacerse enfrió el aceite que estaba en ebullición, quedando ilesa y seca. Esta milagrosa Hostia se guardó luego decentemente, pudiéndola examinar más tarde S. Sofronio, según él mismo asegura.

He aquí un imponente milagro, mirado desde el punto de vista que se quiera; porque aun cuando la hostia del severiano estuviese consagrada, lo que no es muy probable,

(1) In vita ejus.

Dios quiso obrar semejante prodigio para convencer al hereje de que su Iglesia no estaba en posesión de la verdad; mas si no estaba consagrada, es mucho más de admirar por la misma razón, y además para dar á conocer cuál era la verdadera Hostia, en la cual se contenía Jesucristo.

3. Si célebre fué el prodigio que acabo de mencionar, no fué menos el que á continuación sigue: Refiere Hermoldo, presbítero de Buzovia, y lo trae Baronio en sus anales, que cierta joven de Turingia cayó gravemente enferma. Como arreciase el peligro y pidiese la Santa Eucaristía por Viático, el sacerdote, después de habérsela ministrado, purificó sus dedos en un decente vaso, cayéndosele en él por descuido un pedacito de Partícula que se había pegado á aquéllos. Ignorante él de esta circunstancia, concluído su ministerio y dejada á la enferma el agua del vaso para que la bebiera, despidióse tranquilo. Cuando las parientas presentaron á la enferma el vaso del agua, dijo ésta: Cubrid este vaso y guardadlo, porque he visto caer en él un pedacito de Hostia consagrada. En el mismo instante se vió que el agua se transformaba en sangre y el pedacito de Hostia en visible carne, por lo cual, aterrorizadas las mujeres, comenzaron á dar grandes voces y profundos supiros, á los cuales acudieron, como es consiguiente, los vecinos. Atónitos los espectadores ante aquella visión, llamaron al sacerdote que había viaticado á la enferma, para que juzgara lo que debía obrarse en tal caso. Confundido y pasmado el ministro del Señor, y con el fin de que su Prelado lo ignorara, procuró ocultar lo que á públicos pregones debió de haber publicado. Sin embargo, como el Omnipotente obró semejante milagro, precisamente para confirmar la real presencia de su Hijo Santísimo en la Hostia consagrada, no permitió en manera alguna permaneciese oculto. Los mismos sacerdotes que se habían reunido para deliberar, como no conviniesen entre sí, acudieron al arcediano, quien lo notificó al arzobispo moguntino. Mientras tanto, colocaron sobre un altar el sagrado vaso cubierto con fino corporal, y todo el pueblo notó con doble admiración que, bajando una hermosísi-

ma paloma se posó en el labio del vaso, ocurriendo al propio tiempo, otro tercer prodigio: pues siendo la forma del vaso estrecho por la parte inferior y muy ancho por la superior, no sabían darse cuenta, cómo con el peso de la paloma no se vertía el sagrado líquido.

Aconteció este insigne milagro cerca de la fiesta de S. Vicente mártir, del año 1192; por lo cual el arzobispo de Maguncia, habiendo de visitar el pueblo en que sucedió el prodigio, mandó á los prelados inferiores y demás clero y pueblo se reuniesen para deliberar lo que debiera hacerse en este caso; á cuyo fin, congregándose en la casa de campo en que estaba el Sacramento, ordenaron una solemnísima procesión, en la que á pie descalzo, iban cantando las letanías. Llegaron á la ciudad Episfordia é hicieron estación en los montes llamados del Beato Ciriaco y del Bienaventurado Pedro donde cantaron solemnes misas en acción de gracias. Después se dirigieron á la Iglesia de la Virgen María, en cuyo templo, habiéndose vestido el arzobispo los hábitos pontificales, y exhortado fervorosamente al pueblo á la oración y dirigiéndose á Dios Nuestro Señor que tenía presente, le dijo: que siendo tan misericordioso para con los hombres, pues se había dignado extirpar el error, haciendo ver claramente á los ojos corporales la real presencia de su verdadera carne y sangre, hiciese volver la visión á su primer estado; esto es: ocultadas bajo las especies de pan y vino.

Nuevo milagro se pedía; confiados no obstante en la Misericordia divina, permanecieron todos en silencio, orando con el corazón al Señor, para que tuviese la bondad de acceder á las súplicas del prelado. El Altísimo, empero, exigía todavía más oración, pues no accedía por entonces á los ruegos de su ministro. Entonces, éste ordenó se escogiesen nuevas y limpias piedras y se construyese otro altar, donde se colocase el Augusto Sacramento. Así se hizo; y, después de muchísimas y fervorosas preces, el Dios de la omnipotencia y misericordia accedió á la oración de aquel inmenso pueblo; la carne y sangre habían desaparecido de la vista corporal para dar lugar á la forma de antes.

No sabía el piadoso arzobispo cómo dar gracias á Dios. Sus ojos eran dos fuentes de ardientes lágrimas; mas á pesar de esto empezó un fervoroso sermón, poniendo por tema aquellas palabras del salmo: «Por el Señor ha sido hecho y es admirable á nuestros ojos». Concluyéndolo con la amonestación á todos los fieles de su jurisdicción para que, prosternados en el suelo, adorasen á Jesús Sacramentado. Cosa rara. Había ordenado el prelado que todos los de su diócesis se prosternasen; y hasta los parvulitos que estaban en sus cunas, levantándose, doblaron su infantil rodilla al Dios de amor; cumpliéndose lo del salmo: «Por boca de niños y de lactantes perfeccionaste la alabanza». El agua del milagro se colocó en la Iglesia de Episfordia, mas el vaso que la contenía se lo llevó consigo el arzobispo moguntino en cuya catedral se conserva hoy día.

4. Célebre fué también el milagro de milagros ocurrido año de 1264 en Bolsena. El Papa Urbano IV, acompañado de su Colegio de Cardenales se hallaba en Orvieto, pequeña ciudad que dista unas 20 millas de Roma. Al mismo tiempo había en Bolsena un sacerdote alemán que, celebrando cierto día el Sacrificio, al llegar á las palabras consagratorias, dudó si se efectuaría la transubstanciación. Pronunciólas, y la santa Hostia vertió pura sangre enrojeciendo el corporal. Dobló y redobló á éste con objeto de que no se pudiese venir en conocimiento de su falta; pero ¿cuál no sería su gran asombro, al ver por sí sólo desplegarse el corporal y que en todos y cada uno de los pliegues había penetrado la sangre, imprimiendo en todos ellos la figura de la Sagrada Hostia? Divulgóse al momento el milagro y en pocas horas llegó á oidos del Pontífice, quien ordenó llevasen el corporal maravilloso á la ciudad de Orvieto para examinarlo. Estudiado con madurez el asunto y, convencidos el Pontífice y Cardenales de la realidad del milagro, bendijeron á Dios y pusieron el mencionado corporal en un precioso relicario, obra maestra de la Edad Media, el cual se conserva todavía en la catedral de aquella Ciudad.

5. Si el Eterno no hubiera obrado otro milagro en con-

firmación del dogma de la Eucaristía, que el que obró mediante S. Antonio de Padua, no tendrían los herejes razón alguna para solicitar con desvergüenza prodigio alguno, para saber vanamente si la Iglesia Católica es la verdadera Iglesia de Dios. Él es tan notorio y tan veraz, que no lo insertara yo en este capítulo, si no creyera que él solo vale por todos. En efecto; algunas provincias de Francia en el siglo XIII estaban enormemente infestadas de la herejía sacramentaria y el Taumaturgo Paduano fué enviado á ellas para anunciar la divina palabra y convertir á los herejes. Con inusitado aplauso predicaba el santo los misterios de nuestra fe en un país extranjero, hablando su idioma con la misma propiedad y elegancia que si fuera el nativo. Pero desencadenáronse las furias del averno, y por medio de sus satélites usaron contra S. Antonio toda suerte de violencias, hasta del veneno y del cuchillo. No obstante, su celo no desmayaba. Desacreditados los herejes, se reunieron en conciliábulo para decidirse á ver quién de ellos se atrevería á disputar públicamente con el humilde franciscano. Al punto se presentó Guialdo, famoso dogmatizante de Tolosa, hombre muy versado en las sagradas escrituras, pero de genio acre y caluroso en las contiendas. No se desdeñó S. Antonio de admitir á semejante monstruo, antes bien, confiando en la protección de lo alto, esperó con humildad el día y hora señalados para la renombrada controversia. Llegó el momento en que el Dios Omnipotente debía triunfar públicamente de la sierpe infernal. Á este fin, colocados S. Antonio de parte de los católicos y Guialdo de los sacramentarios, reunidas para este objeto innumerables personas de ambas doctrinas, empezó el heresiarca á lucir sus vanísimos estudios. Peroró con mucha ostentación de ingenio y afluencia de lugares de la Sagrada Escritura para hacer ver al público que Cristo Señor Nuestro no se halla realmente en la Hostia consagrada. Mientras el hereje hablaba, su humilde competidor, armándose de la invencible confianza en el Padre de las luces, dejó pasar el torrente de paliadas blasfemias que Guialdo profería, y así que éste hubo concluído, levantán-

dose de entre la muchedumbre, cual bello sol que se eleva al amanecer sobre las crestas de los montes, vertió de su celestial boca las puras aguas de doctrina que sólo se encuentran en las límpidas fuentes del Salvador, dejando estupefacto al público. Si el heresiarca revolvió indignamente en su boca multitud de autoridades bíblicas para negar la Eucaristía, Antonio le hizo ver cuán mal aducidas estaban, rechazándole por otros lugares, de tal suerte, que no tuvo otro medio que callarse avergonzado. Hízole ver con tan fuertes razones la verdad del dogma de la Eucaristía, que, viéndose en su entendimiento convencido, pero en su voluntad obstinado por la vergüenza que le causaba el bochorno, apeló á otras pruebas más visibles á los ojos corporales. —Ahora, Padre Antonio, añadió, dejémonos de voces, palabras y disputas y vamos á las obras, y pues tan preciado de católico é hijo de la Iglesia Romana, confías en los milagros que en confirmación de los artículos de la fe, fueron en los primitivos tiempos los motivos más poderosos de la prudente credibilidad, yo me daré por convencido, como á favor de este artículo de la presencia real de Jesucristo en el Sacramento, obre Dios algún milagro. —Está bien; respondió S. Antonio, pues confío en la misericordía de mi Señor Jesucristo, que por ganar tu alma y la de tantos infelices que te siguen, obrará un portentoso milagro. —Pues elijo el milagro, añadió el heresiarca; yo tengo en mi casa un jumento el cual, si después de tres días que no haya comido ni bebido, á presencia de la Hostia consagrada, no apeteciere la comida que le pusiere delante, creeré firmemente que Jesucristo está real y verdaderamente presente en el Sacramento. Aguardó el santo los tres días que faltaban, con oración y ayunos y, llegado el tercero, se preparó para celebrar el tremendo Sacrificio de la Misa.

Todo se hallaba dispuesto; una numerosa concurrencia de personas de todas clases invadían el espacioso lugar para el efecto aparejado. El bruto que prometió el hereje, y que no había comido ni bebido cosa alguna en tres días, se hallaba á vista de todos; la apetecible comida la llevaban los

sectarios de Guialdo; sólo faltaba S. Antonio con la sagrada Hostia, el cual, así que hubo concluído de celebrar, cogióla reverentemente, y adelantándose hacia el bruto, después que á su lado hubieron colocado la cebada, dijo á éste con imperiosa voz: «En virtud y nombre de Jesucristo que tengo en mis indignas manos, te mando criatura irracional, que te llegues á reverenciar y dar adoración á tu Criador, para que convencida la proterva obstinación de los hombres, confiese, aleccionada de un bruto, las verdades de la Fe Católico-Romana y olvide avergonzada la ceguedad de sus errores». No bien el santo hubo acabado de pronunciar estas vitales palabras, cuando el bruto, despreciando la comida, se arrodilló á sus pies, adorando al Sacramento. El milagro estaba consumado. Confundidos estaban los herejes, mas gozosos los católicos. Al verse Guialdo tan notoriamente avergonzado, confesó su culpa y se retractó de todos sus errores, haciendo otro tanto muchos de sus sectarios. No contento con esto el heresiarca convertido, trabajó por convertir igualmente á sus padres y ,habiéndolo conseguido, edificó un templo en honor del Príncipe de los Apóstoles, grabando el milagro en el dintel de la puerta.

6. Hablando S. Leonardo de Porto-Mauricio del Sacrificio de la Misa, y del poder otorgado al Sacerdote para hacer bajar del cielo á Jesucristo, (1) refiere un milagro que Dios obró por intercesión del Beato Juan *el bueno* de Mantua para convencer de esta verdad á un curioso ermitaño. Dice, que este solitario, compañero del Beato, no podía comprender, cómo las palabras que pronunciaba el sacerdote en el acto de la consagración fuesen bastante poderosas para convertir la substancia del pan y del vino, en el Cuerpo y Sangre de Nuestro Señor Jesucristo. Súpolo el mencionado beato, y viendo que el estado de su compañero era miserable, se avistó con él, y le condujo á una hermosa fuentecilla. Sentáronse junto á ésta y, tomando el siervo de Dios una poca de agua, la dió al ermitaño para que la bebiera. No bien éste la hubo apurado cuando, dirigiéndose á su compañero le dijo, que habiendo be-

(1) Tesoro escondido, cap. I, art. I, § 3.

bido agua, había gustado un vino tan exquisito que nunca lo probó mejor. «Pues bien, contestó el beato: ¿véis lo que significa este prodigio? Si Dios por mi mediación, y eso que no soy más que un miserable mortal, ha mudado el agua en vino, sin ver tú los accidentes del vino; ¿con cuánta mayor razón debéis creer que por medio de las palabras del sacerdote, que son palabras del mismo Dios, el pan y el vino se convierten en el Cuerpo y Sangre de Nuestro Señor Jesucristo, aunque se vean los accidentes de aquellas substancias? ¿Quién puede poner límites á la omnipotencia de Dios? Esto sólo bastó para que el triste solitario depusiese su error é hiciese rigurosa penitencia de su incredulidad.

Los milagros referidos son suficientes para materia del presente capítulo. Fuera mi deseo se reanimara la fe al examinar las portentosas maravillas que el Altísimo ha dispensado al mundo para que éste no pereciese en las funestas sombras de la herejía, y además para que los incrédulos se convirtiesen, palpando por sí mismos la realidad, antes oculta á sus ojos, para que los tibios y negligentes se enfervorizasen, considerando el raro cuidado que el Eterno tiene de todos y para que los indiferentes comprendiesen que sólo la Religión Católica Apostólica Romana es la verdadera, la que debemos obedecer únicamente. En efecto, sólo en el seno de esta santa Religión se han obrado los milagros que exceden á todas las fuerzas y comprensión humanas; ni los más descarados impíos se han atrevido á negarlos, porque están autorizados por el unánime consentimiento de pueblos enteros que, aunque sumidos ya bajo la fría losa del sepulcro, han dejado sin embargo sus bellos recuerdos á sus hijos que de generación en generación los han transmitido; milagros que subsisten al través de los siglos, esculpidos con indelebles caracteres en el mármol, en el bronce, en el yeso, en la madera y en el papel; milagros, finalmente, cuyos vestigios se admiran hoy día y que ni los críticos, ni los muy peritos en el reconocimiento de las antigüedades pueden en buena conciencia demostrar lo contrario de lo que publica la fidedigna historia de los mismos.

CAPÍTULO XI

Continúan los milagros de la Eucaristía

SUMARIO

Artículo I.—Milagrosas apariciones de las Hostias consagradas, después de estar por tiempo ignoradas.

1. La Santa Forma de Aniñón.—2. El Sacramento en el pantano.—3. El prodigio de Ponferrada.—4. El sueño de los de Chantada.—5. Robo sacrílego en Onil.

Artículo II.—Las Hostias enteras y frescas que aun subsisten, y la sangre que ha manado de ellas, son testimonio de la veracidad de nuestro dogma.

1. Los corporales de Daroca.—2. El prodigio de Fromista.—3. La Hostia de Aviñón.—4. El milagro de Santa María del Cebrero.—5. Las Hostias de la Catedral de Gorcomia.

Artículo III.—Los desacatos inferidos á la Eucaristía, la han confirmado, y por esto mismo se han convertido sus profanadores.

1. La Hostia de la sinagoga de Gustrov.—2. La duda de un sacerdote.—3. La consagración ilícita.—4. El Pan consagrado dado al perro.

Es tanta la pertinacia de los herejes y el abandono de los indiferentes que muchas veces no se rinden sino á fuerza de testimonios irrefragables, contra los cuales se estrellen las crecientes olas de su orgullo. Por esta razón no estarán de más los hechos prodigiosos que voy á insertar en este capítulo, resultado de lo cual será que si los estudia algún despreocupado, salga de su lectura dudando al menos de si serán ciertas las malditas teorías que acaso le habrán imbuído los impíos contra la doctrina de la Eucaristía. Digo

al menos, porque es casi seguro de que, aun negando la Eucaristía, queden convencidos al leerlos, para cuyo efecto les daremos las más sólidas pruebas.

Artículo I. Milagrosas apariciones de las Hostias consagradas, después de estar por tiempo ignoradas

1. En el año 1300, un horrible incendio invadió la Iglesia parroquial de Santa María del Castillo del pueblo de Aniñón, diócesis de Tarragona, quedando en pocos momentos el altar mayor reducido á pavesas; mas ¡oh maravillas de lo alto! la cajita que custodiaba al Sacramento Santísimo, quedó completamente intacta entre las voraces llamas, notándose que estaban ensangrentadas las cinco Hostias pequeñas que en ella había consagradas y una mayor, intacta.

Pasados 300 años, durante los cuales la memoria del prodigio y de las mencionadas Hostias se conservaba por tradición, deseó el Sr. D. Diego de Yepes, arzobispo de Tarragona, dar publicidad al milagro; para el efecto comisionó á varios eclesiásticos, quienes, personándose en el lugar del suceso, encontraron las santas Hostias referidas, pegadas al corporal en el mismo estado de antes (1).

2. En el año 1345, unos ladrones robaron un copón que contenía sagradas Formas; viendo que era de cobre lo arrojaron juntamente con las Hostias en un pantano, mas en el mismo momento, éste se llenó de un gran fuego. Huyeron los ladrones, y al día siguiente los pasajeros vieron con grande admiración aquel hermoso prodigio que se continuó por algunos días. Ignorando el Obispo del lugar la causa de semejantes llamas, ordenó un ayuno de tres días, al cabo de los cuales, fué en procesión al lugar del pantano para que el Señor se dignase darle á conocer la causa del prodigio. Hecha ferviente oración, hallaron en seguida el copón con las hostias y, alabando á Dios, las condujeron á la Iglesia de donde fueron robadas. De este hecho existen procesos muy auténticos, particularmente el haber hecho construír

(1) Memoria por D. Mariano Martínez, abad de S. Ildefonso.

Casimiro, rey de Polonia, un templo magnífico en memoria de tan estupendo milagro.

3. Famoso como todos los prodigios, es el que Dios obró en Ponferrada, diócesis de Oviedo, en tiempo de los reyes Católicos. Regentaba aquella silla episcopal el señor Sancho Trelles, y habitaba en los extramuros de la referida población un matrimonio, cristiano al parecer, pero hipócrita en realidad. Fingiendo Benavente, que así se llamaba el consorte varón, una devoción sincera al Santísimo Sacramento, se quedaba á velar en la Iglesia de S. Pedro, precisamente porque en ésta se conservaban muchas y preciosas alhajas. Llegó un día en que, no pudiendo ya contener su codicia y, valiéndose del silencio de la noche y de la falta de testigos, se atrevió á robar el Arca santa y el copón del sagrario, que en efecto extrajo del Tabernáculo, y los escondió en el inmediato Arenal del Campo, para poder luego á sus anchas venderlos á los joyeros. Durante las noches siguientes, variedad de hermosas luces adornaban aquella extensa campiña y al amanecer del siguiente día, un inmenso número de blancas palomas revoloteaban en el mismo lugar. Disparáronse contra éstas multitud de flechas y de piedras, pero ó se rompían ó volvían atrás. Nogaledo, valeroso cristiano, que no creía en hechicerías, dispuso su aljaba y corrió al lugar de las palomas, mas rompiéronse todas sus flechas antes de tocar una sola ave. Intentó pasar adelante y apareció bajo las palomas una viva llama. Comenzaron éstas á agitarse trocando en dorado su blanco plumaje, y al fijarse Nogaledo en un lugar de la llama, reconoció el copón de oro que relucía. ¡Milagro! ¡milagro!, gritó. Á estas voces el clero y el pueblo, ordenados en procesión solemne, acudieron al lugar del prodigio y hallaron en el copón las santas Hostias. En agradecimiento á tanto beneficio erigieron en el mismo sitio una capilla á Cristo Sacramentado (1).

4. En la villa de Chantada, obispado de Lugo, tuvo lugar un prodigio de idéntica naturaleza que el anterior.

---

(1) Narración de D. Silvestre Losada, párroco de la Encina.

Hubo un sacrílego famoso que tenía la perversa costumbre de hurtar en todas las Iglesias de aquella comarca, los vasos sagrados, llevándose también las santas Formas. Un día en que tocó esta desgracia á la villa de Chantada, cogiendo el célebre caco un sagrado copón con el Santísimo Sacramento, arrojó á éste en un lugar, no muy lejano de la Iglesia robada. Sucedió que siete días más tarde, cuando el pueblo estaba cansado ya de buscar á su Dios Sacramentado, casi todos los vecinos soñaron que el Sacramento se hallaba en aquel lugar cercano al templo. Efectivamente, contáronse unos á otros el sueño; acudieron al sitio imaginado y encontraron las santas Hostias. Aconteció esta maravilla año de 1616 (1).

5. En 1824 tuvo lugar un sacrílego robo en Onil, diócesis de Valencia que, en resumen, fué de esta manera. Por tentación del demonio, Nicolás Bernabeu, natural y vecino de Tibi, en la mañana del 5 de Noviembre del expresado año, entró en la Iglesia parroquial, y pernoctando en ella, pudo en esas horas solitarias robar el Viril que contenía el Santísimo Sacramento, y algunas otras alhajas. Dos veces dejó el Sacramento en el sagrario, después de haberlo cogido; ¡tanto era el remordimiento de su conciencia! pero determinándose al fin, tomóle de nuevo, se salió de la Iglesia por el campanario, y escondió dicho Viril en un lugar llamado la Pedrera, cerca del pueblo de Tibi. Al apercibirse los vecinos del robo sacrílego, comenzaron las investigaciones; una señora pobre ofreció una misa por las almas del purgatorio si tenía la inefable dicha de hallar al Señor Sacramentado. Entonces Dios dispuso que una refulgentísima estrella apareciese en el horizonte y se dirigiese al lugar de la Pedrera; la señora aludida, no sin inspiración divina, siguiendo el curso de la estrella, inquirió de nuevo en la Pedrera, diligencia que habían practicado ya las autoridades y pueblo, y encontró el Sacramento (2).

(1) Fué referido este milagro en la catedral de Compostela, el día de la octava del Corpus, por el cardenal Hoyo.

(2) Reseña de este prodigio por D. Marcelino Sempere; Maestrescuela de Tortosa.

Artículo II. Las Hostias enteras y frescas que aun permanecen, y la sangre que ha manado de ellas, son testimonio de la veracidad de nuestro dogma

1. En 1238 aconteció el famoso prodigio de los corporales de Daroca, suceso que, unido al de Bolsena y á la petición que la Beata Juliana de Monte Cornillón formuló á Urbano IV, antes de ser pontífice, movió á este Jefe de la Iglesia á instituír la fiesta del Santísimo Sacramento (1).

Mas no puedo dejar de referir el milagro y sus circunstancias, por ser uno de los que mejores caracteres revisten en confirmación de nuestro dogma. Estando en Montpeller el rey conquistador de Valencia, dejó en ésta, por general, á Don Berenguer de Entenza, quien unido á cinco señores de alta alcurnia contenía las violencias de los moros que al rededor de la ciudad del Cid merodeaban. Los cristianos comenzaron á hacer largas correrías por los lugares de los muslimes, ganándoles varios castillos, llegando su heroísmo á talar campos, saquear poblados y arruinar ó rescatar otros á peso de dinero. Ultrajados, al parecer, los sectarios del Corán, determinaron vengarse de los cristianos, á cuyo fin llamaron á los suyos para romper de una vez con los discípulos del Evangelio y arrojarles del reino valenciano, en ausencia del Rey. No desmayaron por esto nuestros esforzados campeones, aunque eran sólo mil en número, mientras que los muslimes llegaban á veinte mil. Es gran temeridad que un tierno niño se oponga á un fornido hombre, pero Dios puede aniquilar los más numerosos ejércitos con sola su voluntad. Por esto no temieron sus hijos y, sin retroceder un paso, intentaron con maduro acuerdo batir un poderoso castillo llamado del Chío, situado entre Luchente y Pinet, á tres horas de Játiva. El general Don Berenguer, entre otras muchas nerviosas arengas que dirigió á sus soldados antes de entrar en acción, dijo las siguientes, dignas de grabarse en el pecho de todo buen general católico: «Ea, pues,

(1) Véase la primera parte del Tomo y libro II.

valerosos cristianos; usad de la acostumbrada grandeza de vuestros ánimos; pelead por vosotros, por Dios y por su ley; y sed ciertos que si no lo desmerecen nuestros pecados, volverá por su causa. Para esto conviene antes limpiar las almas que las armas». Efectivamente, puesto que no quedaba tiempo para que confesaran todos los soldados, los seis capitanes, en nombre del ejército, apresuráronse á limpiar sus conciencias para comulgar. Mientras tanto, mosen Mateo Martínez, rector de S. Cristóbal de la ciudad de Daroca, celebró el santo sacrificio, colocando en la patena seis hostias pequeñas. Llegada la hora, el sacerdote alargó la mano para cojer las hostias sagradas con el fin de ministrarlas á los caudillos; pero de repente vibró la trompeta de ataque y no pudieron comulgar. Quedóse el sacerdote solo y turbado, no sabiendo qué hacer de las hostias. Temiendo un avance de los moros, las escondió entre unos espesos matorrales de lentiscos y palmitos, cubriéndolas con piedras. Púsose inmediatamente en oración, clamando al Señor de las batallas que no quedara confundido y humillado su eterno nombre, mientras que los católicos adalides en nombre de la Virgen Santísima y de S. Jorge, avanzaban, destruían y segaban las cabezas de los enemigos del Crucificado. Después de tres horas de sangrienta lucha, la victoria de parte de los nuestros era completa. El suelo estaba regado de sangre musulmana; el poder de ésta abatido.

Entonces el general cristiano mandó recoger armas, y los soldados caminaron triunfantes hacia el lugar donde se celebró el Santo Sacrificio, para perfeccionar la obra que antes habían comenzado. Vieron al devoto sacerdote lleno de alborozo y júbilo que les mostraba el lugar del santo depósito. Todos estaban esperando que extrajese las santas Hostias; mas ¡oh prodigio de lo alto! Al desplegar el corporal observaron con asombro que las Santas Formas estaban ensangrentadas y se hallaban adheridas á aquél. Entonces todos adoraron á Cristo Sacramentado; pero viendo algunos moros que los cristianos andaban muy ocupados en celebrar el triunfo, volvieron á reanimarse; llamaron á los suyos y tu-

vieron la osadía de presentar de nuevo otra batalla. No se asustaron por esto los cristianos; convencidos de que Dios les favorecía y de que por amor á ellos había obrado tan insigne milagro, rogaron al sacerdote que subiese á la cima del monte y que desde allí ostentase el corporal, á fin de que al verle acometiesen con doble ímpetu contra su enemigo. Así se verificó; el sacerdote subió á lo alto del monte y desplegó el corporal. Al verlo los cristianos se arrojaron cual furiosos leones sobre las hordas musulmanas y las acabaron de derrotar completamente. Apoderáronse del castillo mencionado, tomaron los moros que en él había y, vaciándole de todos sus objetos, le incendiaron, para que no fuese jamás guarida de los enemigos de Jesucristo. Aquí se dió por terminada la famosa batalla, llamada del Chío; pero no finalizó con ésta, la historia de los milagrosos corporales, antes bien, acabada aquélla, comenzaron los prodigios de éstos.

Después que nuestros aguerridos campeones hubieron entonado el triunfal himno al Dios de las victorias; luego que, guardando toda justicia, se hubieron repartido los despojos de la guerra; después, en fin, que los ánimos estuvieron sosegados, trabaron entre sí una religiosa disputa, propia solamente de fervorosos católicos. Cada general quería llevar los corporales á su país; todos alegaban fuertes razones, pero ninguno se conformaba con las de sus competidores. No pudiendo convenirse, adoptaron el medio de las suertes. Fueron hechas, y cayó por tres veces á la ciudad de Daroca, de donde era el Sacerdote. Empero esto no fué suficiente para que se calmase el deseo que tenía cada cual de conducir las prodigiosas Hostias á sus respectivos pueblos; al fin determinaron escoger una mula mansa y de pocos años, que jamás hubiese caminado por tierras de cristianos y que, dejándola del todo libre, anduviese por donde el instinto la gobernase; que allí donde parase sin querer seguir más, fuese el depósito de los mismos. Efectivamente, todo se practicó como se dijo. Iba delante la mula llevando sobre sí una preciosa arquilla que contenía las Sagradas Hostias y los corporales; encima un paño por cubierta, y varios sacerdo-

tes con velas encendidas seguían cantando devotos salmos. Al pasar por Puebla Larga sucedió el primer prodigio. Había aquí un endemoniado que, al vislumbrar las preciosas joyas, exclamó: «Oh Jesucristo, Hijo de Dios vivo: ¿por qué antes del tiempo asignado, viniste á atormentarnos desde ese lienzo colorado y favorecido del ministerio del Sacramento que va en él? ¿No bastaba habernos vencido, cuando derramaste tu sangre en el madero?» Diciendo esto, el demonio dejó libre al poseso. Siguiendo la mula su providencial itinerario, al llegar á Aragón, y en un lugar llamado Jácoba, había unos ladrones que después de haber robado á un caminante, pretendían darle muerte; mas la víctima les pidió que le dejasen confesar. Preguntáronle ellos por el confesor. «Por allá arriba, añadió el mercader, inspirado de Dios, camina un santo clérigo detrás de la Majestad del Altísimo, en compañía de aquella devota gente que le sigue, desde que con tan alto misterio se ha manifestado en la victoria de cabo Luchente. Á él diré mis pecados y daré cuenta de la revelación que en este paso he tenido de aquel acaecimiento milagroso; y si me concedéis esto, yo os juro y prometo por mi Señor Jesucristo en aquellos santos corporales contenido, que por ningún tiempo descubriré á persona alguna el robo é injuria que me habéis hecho». Acabadas estas razones, oyeron los ladrones el ruído de los que acompañaban los corporales milagrosos y huyeron al monte. El ultrajado caminante, al llegar ante la mula, adoró las santas Hostias y confesó con el sacerdote. De allí á un rato bajaron, movidos de Dios, los ladrones y con grandes suspiros pidieron perdón de todos sus pecados, refiriendo al mismo tiempo que, estando en el monte, habían oído celestiales músicas y visto sobre los corporales radiantes luces y que, tocados sus corazones de compunción, se habían determinado bajar, adorar las santas Hostias y mudar de vida. Así lo efectuaron dando sus bienes á los pobres y haciéndose ermitaños.

En el viaje sucedieron cosas de consideración. Cuando era la hora de comer, se paraba el bruto por sí solo y daba tiempo para que los acompañantes satisfacieran su necesi-

dad. En el camino se oyeron muchísimos angelicales conciertos que cantaban á coro el *Gloria in excelsis Deo*. Inspirado del Señor, salía el clero de cada pueblo por donde pasaban los corporales y convidaba la mula á que parase allí, aunque sin poder conseguirlo. Finalmente, al llegar á la ciudad de Daroca, el irracional entró en la Iglesia de S. Marcos, reventando al arrodillarse, y dando á conocer con su muerte, que la voluntad de Dios era se quedasen en esta Ciudad los santos corporales. Efectivamente, allí quedaron custodiados y todos los años, el día de su aniversario, son mostrados al pueblo desde una torrecilla, para satisfacer la devoción de innumerables cristianos que acuden á ver tan rara maravilla.

Muchísimos fueron los portentos que el Señor obró por mediación de estas Sagradas Hostias, las cuales aun en nuestros días permanecen incorruptas, como asegura un testigo ocular.

En cierta ocasión, un vecino de Daroca hurtó una cesta de uvas y, preguntándole los guardas ¿de quién eran? contestó que suyas. Apretáronle más en el interrogatorio y exclamó el ladronzuelo: «Juro por los santos corporales que á esta Iglesia vinieron, que estas uvas son de mi viña; y si fuere lo contrario me convierta en piedra de mármol». ¡Infeliz! En el momento mismo que acabó de pronunciar tales palabras, se convirtió, juntamente con la cesta de uvas, en estatua de mármol, lo cual puede verlo quien quisiere en esta misma iglesia.

Una serie de continuados prodigios se obraron todos los años. Cierto día apareció una cruz que iba de un lado á otro del monte del Puche óCodol (lugar donde se hallaron los corporales). Otras veces, y casi siempre en la fiesta del Santísimo Corpus Christi acompañaban á la procesión que se hacía con los santos corporales, milicias angélicas que con arpados instrumentos loaban á Jesús Sacramentado; sucediendo al mismo tiempo, que todos cuantos iban en la procesión oían deleitablemente los celestiales conciertos, mientras que los que se apartaban de ella no percibían ninguna de las me-

lodías (1). Pasemos empero á estudiar la historia del célebre prodigio de Fromista.

2. Había en esta villa, (Palencia) año de 1453, un ciudadano, llamado Pero Fernández Teresa, que á cierto judío pidió prestados unos pocos maravedises. Terminado el plazo en el cual aquél debía devolver á éste la cantidad prestada y, no teniendo con qué pagársela, el judío, sin temor ninguno, trabajó porque excomulgasen á Fernández. Cayó éste gravemente enfermo, y el párroco, en cumplimiento de su ministerio pastoral, se llegó á darle el santo Viático; mas, al pretender tomar la Hostia de la patena, quedó Aquélla tan fuertemente adherida al sagrado vaso que de ninguna manera pudo el párroco levantarla. Estupefacto éste, creyó que debido á algún pecado del enfermo, habría Dios Nuestro Señor obrado semejante maravilla. Preguntó al viaticando si recordaba algún crimen que hubiese cometido, quien respondió que no le acudía ningún pecado á la memoria del cual no se hubiera confesado. Insistió el párroco en si tenía algún impedimento moral por el cual no quería Dios entrar en su pecho. El interlocutor añadió que estaba excomulgado, pero que había creído estar absuelto por la confesión sacramental. Absolvióle el cura quien, para ministrar al enfermo la sagrada Comunión, tuvo necesidad de regresar al templo y tomar otras santas Partículas, pues aquella sagrada Forma, adherida á la patena no pudo jamás extraerse, conservándose por más de cuatro siglos tan incorrupta y fresca como al principio. En la actualidad quedan aún partículas de aquella Hostia, según han declarado algunos testigos (2).

3. En la Basílica Metropolitana de Valencia se conserva todavía la Sagrada Hostia de Aviñón (Francia) que, envuelta en los corporales, quedó intacta en medio de las cenizas á que se redujo todo cuanto había en este templo. Todo crítico puede visitar la mencionada Basílica y en su sacristía

(1) H.ª general de Valencia. Escolano lib. 9, cap. 32.
(2) Memoria por D. Matías Vielva, Pbro. de Palencia.

se le mostrará este portento que subsiste engastado en un relicario de plata.

4. En una carta del papa Inocencio á los reyes Católicos se refiere el siguiente caso: En la diócesis de Lugo estaba celebrando el santo Sacrificio, un sacerdote quien, al llegar á las palabras de la consagración dudó de si el pan y el vino se convertirían en el verdadero Cuerpo y Sangre del Salvador; mas Dios Nuestro Señor, en el deseo de que su ministro depusiese semejante duda, permitió que la sangre contenida en el cáliz, bajo los accidentes de vino, se hiciese visible á los ojos corporales, pues el cáliz se inclinó y vertió sobre el corporal parte del santo líquido. El sacerdote que observó tal prodigio, pidió perdón al Señor por su enorme culpa. Después de haber transcurrido tantos años, todavía la sangre subsiste congelada en el mismo corporal, y semeja á sangre humana vertida recientemente. Este gran prodigio se muestra en el monasterio de la bienaventurada María del Cebrero de la mencionada Ciudad. Los reyes Católicos pudieron contemplar este ruidoso milagro, ordenando al propio tiempo se construyese en aquel lugar un hospital para los pobres y peregrinos que visitasen el templo y sepulcro del apóstol Santiago (1).

5. He aquí otro singular milagro, (2) acaecido durante la guerra de los Paises Bajos. Penetrando una turba de herejes zwinglianos en la catedral de Gorcomia, ciudad de Holanda, y dispuesta á profanarlo todo, no perdonó su sacrílego furor ni aun la humilde morada de Jesús Sacramentado. Abrieron el sagrario y, apoderándose del copón, arrojaron por el suelo el precioso tesoro que contenía, pisoteándole con bárbaro atrevimiento. En una de las santas Hostias señaló el profanador tres clavos del calzado, de las cuales marcas brotaron gotas de sangre, cuya vista trocó tan de veras el corazón de aquel infeliz, que consagró el resto de sus días á llorar sus extravíos bajo el grosero hábito de la Orden de Nuestro Padre S. Francisco. Cuatro siglos han pasa-

(1) Rainald ad ann. 1487, n.º 23.
(2) Semana Católica 23 Abril 1893.

do desde que tuvo lugar este milagro, y no obstante se conserva hoy día la referida sagrada Hostia tan fresca como si la hubieran acabado de consagrar, conociéndose perfectamente en ella las hendiduras de los clavos enrojecidos por las gotas de sangre.

Artículo III.—Los desacatos á la Eucaristía, la han confirmado, y por esto mismo se han convertido sus profanadores

1. Sabido es que la perversa raza deicida es la más difícil de convertir á la Religión de Jesucristo y sin embargo, á fuerza de milagros que Nuestro Señor ha obrado ante sus ojos, muchos abandonaron el Talmud, por seguir el Evangelio. No sería, pues, muy extraño que otros, menos duros de corazón y de entendimiento que los judíos, se conviertan, al oir la relación de un prodigio ó al contemplar algún hecho portentoso. Insertaré el ocurrido en 1330.

En la sinagoga de la ciudad de Gustrov, encontraron los cristianos una sagrada Hostia, por cuatro lados ensangrentada, lo cual venía á indicar que alguien había cometido con ella horrible atrocidad. Efectivamente, los judíos se valieron de una insensata mujer cristiana para que les proporcionase la santa Partícula, con el fin de cometer con Jesucristo toda suerte de injurias é impiedades. Así que la obtuvieron, cogieron unos afilados puñales y, al hendirlos furiosamente en la santa Hostia, oyeron las voces de un inocente niño que lloraba amargamente. No obstante, de todos aquellos pérfidos israelitas, únicamente se convirtió al Cristianismo una mujer (1).

2. Cierto infeliz sacerdote, luego del acto de la consagración sacramental, dudó de si el Cuerpo y Sangre de Nuestro Señor Jesucristo se pondrían en el altar. En el mismo momento desapareció de sus manos la sagrada Forma. Llegó el segundo día y dudó del mismo modo. Así se repitió por tercera vez, desapareciendo otras tantas veces la sagrada Hostia. Como el sacerdote no podía continuar el San-

(1) Crantcio, lib. 8, Pand., cap. 8,. et Rayner. ad. ann. 1330, n.° 53.

to Sacrificio por faltarle una Especie, propuso de todas veras su enmienda y creyó firmemente en la transubstanciación del pan y del vino en el Cuerpo y Sangre del Salvador. Por lo cual, cuando al cuarto día fué á celebrar y luego de haber consagrado, se le aparecieron repentinamente las tres sagradas Formas que había consagrado, y que el mismo Dios las retiró para que creyera en un dogma tan infalible.

3. Otro no menos desdichado sacerdote apostató de su excelso ministerio y, como es consiguiente, llevaba una vida tristísima. Pasó cierto día por el mercado y tuvo la horrible tentación de consagrar todos los panes que había en cada una de las tiendas. Accediendo locamente á ella, recorrió todos los puestos de pan, y en cada uno de los mismos pronunció las palabras consagratorias. Mas ¡oh bondad del Altísimo! En el mismo instante dejóse ver Nuestro Señor Jesucristo en todos y cada uno de los accidentes de pan, visto lo cual por el infeliz presbítero, movió su corazón á penitencia y, llorando amargamente sus pecados, volvió al fervor de sus primeros días de ministerio. Pero no quedaba remediado todo, ya que aquellos sagrados panes no podían ser vendidos, ni podían comerse de cualquier modo. Entonces pidió á los vendedores se los diesen por amor de Dios, y, llevándolos con respeto y devoción á la Iglesia, los repartió poco á poco entre los fieles que se acercaban á comulgar.

4. Hubo un eclesiástico que, olvidado de su elevado carácter, llevaba una vida escandalosísima. Estaba un día celebrando un convite con sus amigos y, después de haber comido y bebido con abundancia, quiso en tono de burla consagrar un pedazo de pan. Así lo hizo en efecto, y después, con más desprecio aún, lo arrojó al inmundo perro que lamía los huesos. Pero éste, impulsado de lo alto, se puso de rodillas ante el Divino Sacramento y no quiso acercarse al sagrado pan por más que los demás le instigaban. Convirtióse á Dios el sacerdote, siendo en adelante un modelo de eclesiásticos.

5. Cierta insensata mujer, deseando probar si estaba el Salvador en la Sagrada Hostia, tomó una Forma consagra-

da y la arrojó en el salvado que había preparado para sus cerdos; mas éstos, movidos de superior impulso, al ir á comerlo se arrodillaron todos sin tocarle. No contenta la impía con este insigne milagro, tomó de nuevo la santa Partícula y colocándola sobre unas ascuas notó con sobresalto que aquélla vertía fresca sangre, en vista de lo cual se convirtió á nuestra Fe. (1).

---

(1) Alberto, ob. de Brescia.

CAPÍTULO XII

Castigos prodigiosos

SUMARIO

Artículo I.—Horribles castigos que experimentaron los profanadores de la Eucaristía.

1, 2, 3. Prodigios que refiere S. Cipriano.—4. Atentados de los donatistas.—5. Sacrilegios de los catarellos.—6. El púgil de Frisia.—7. La Hostia que vertió sangre.—8. El viclefita blasfemo.—9. El blasfemo ebrio.—10. El sacerdote negligente.—11.—Atentados del ejército de Polonia.—12. La Sagrada Forma de S. Merry.—13. El dinero ó la Hostia consagrada.—14, 15, 16. Los israelitas sacrílegos, condenados.—17. El castigo del moro.—18. La Hostia en la sinagoga.—19. El castigo de un ebrioso.—20. El del luterano blasfemo.—21. El de la impía mujer.

Artículo II.—Castigos formidables contra los que hicieron simplemente irrisión del Santísimo Sacramento.

1. Castigo de un irrisor de la Eucaristía.—2. El rústico que pronunció las palabras de la consagración.—3. Los niños que celebraron el simulacro de la Misa.—4. El alemán blasfemo.

En los sorprendentes milagros que vamos á referir se manifiestan dos atributos esencialísimos de la Divinidad. Primero, la veracidad, por la cual se confirma la real presencia de Jesucristo en la Eucaristía. Segundo, la justicia, efecto de la que son castigados aquéllos que han vilipendiado el Sacramento del Altar. Y en consecuencia, se patentiza la dignidad suma de la Eucaristía y el respeto y veneración que debemos profesarla, pues Dios toma por su cuenta dar, aún en esta vida, el terrible merecido á sus profanadores.

Artículo I. Horribles castigos que experimentaron los profanadores de la Eucaristía

1. Refiere S. Cipriano, (1) que en tiempo de la persecución del emperador Decio, huyendo arrebatadamente un padre y una madre, dejaron su tierna hija en poder de una ama que la criase á sus pechos: ésta la presentó á los magistrados, quienes le dieron pan mojado con vino, pues era tan pequeña que no podía comer las carnes sacrificadas en los altares de los ídolos. Recobró después la madre su hija, quien no pudo dar razón de lo que había practicado, pues no lo había entendido. Como se ignoraba su delito, la madre la llevó al templo, al tiempo que celebrábamos nuestro Santo Sacrificio. La niña, viéndose en la asamblea de los santos no lo podía sufrir, y prorrumpió en amargo llanto y gemidos de tal suerte, que parecía que la atormentaban: aun en aquellos tiernos años, estaba manifestando con señales, como podía, lo que la había acontecido. Acabadas las deprecaciones y ceremonias, la presenta el diácono el cáliz, conforme iba repartiendo la Eucaristía á los fieles, y la niña, sin duda por un divino movimiento, empezó á cerrar los labios y volver la cabeza, repugnando beber de aquel misterioso Cáliz. El diácono insistió y la hizo beber aun contra su voluntad. Al recibir la preciosa sangre de Jesucristo, se siguió inmediatamente un vómito con que arrojó lo que había recibido. El manjar Eucarístico no puede permanecer en un pecho profanado y en una boca manchada. Esto sucedió con aquella que todavía estaba en el estado de la inocencia.

2. Otra de más adelantada edad que estaba en igual estado, vino á nuestro templo á recibir la Eucaristía; pero la Sangre del Señor se le quedó entre las fauces, y después de muchos temblores perdió la vida llena de horror y espanto.

3. Finalmente; cierta mujer se atrevió á tocar con manos sacrílegas el arca en que había sido depositada la Eucaristía, y en el mismo instante vió salir de ella llamas de

(1) De lapsis.

fuego que pretendían devorarla. Hasta aquí S. Cipriano (1).

4. Por los años del Señor 384, los herejes donatistas cometieron horribles atentados contra la sagrada Eucaristía. Arrojaron con sumo desprecio las santas hostias á los perros; pero éstos que vieron aquel horrible desacato, impulsados por Dios, se lanzaron furiosamente sobre sus propios amos y los despedazaron en el mismo instante (2).

Quien no conozca por estos cuatro sucesos la providencia del Eterno que vela por que se reconozca la presencia real de su Santísimo Hijo en la Hostia y Cáliz consagrados, es, no sólo un temerario en el modo de discurrir, sino un irracional.

5. No son menos notables los castigos que siguen. Baronio, al año 1183, dice que, habiendo sido informado Filipo, hijo de Luis VII de Francia, de que en la provincia de Bourges existía una secta llamada catarellos que robaba las alhajas de las iglesias y con ellas el Santísimo Sacramento, al cual, después de arrojarlo en tierra lo pisoteaban, mandó contra ellos parte del ejército, el que en pena de los atroces delitos ejecutados, pasó á cuchillo á más de siete mil sacrílegos (3).

6. Otro memorable prodigio sucedió en 1218 en Frisia (Prusia) ante el que el incrédulo no puede menos de inclinar la cabeza. Había cierto hombre casado, de oficio púgil, (4) á quien gustaban demasiado los licores, efecto de los cuales, todos los días, al llegar ebrio á su casa, maltrataba á su mujer, de palabra y de obra. La infeliz consorte no tenía otro consuelo que alegrarse en los trabajos que le enviaba Jesucristo, de quien era fervorosa discípula. Vínola una enfermedad que sobrellevaba con paciencia y aun con disimulo á fin de que su marido no la injuriase más de lo que acostumbraba. Pero rindióse á ella y hubo de caer postrada en el lecho del dolor. Pidió ocultamente al sacerdote la Santísima Eucaristía, y éste accedió á su petición. Mas he aquí cómo Dios

(1) Serm. de lapsis.
(2) Baron.
(3) N.° 7 y S. Antonio de Florencia tom. II, tit. 17, § 17.
(4) O que combate con otro á puñadas.

Nuestro Señor permite muchas cosas pecaminosas para obtener grandes bienes para todos, pero con notable diferencia de parte de éstos; pues unos por despreciarlos ó por no saber valerse de ellos adquieren su propio juicio, y otros, más discretos que los anteriores, bendicen á Dios por ellos y aprenden la lección que les enseñan. Llegó el sacerdote á casa de la enferma con la Eucaristía escondida, precisamente cuando el marido de la paciente venía de la taberna como de costumbre, llevando en la mano un vaso de cerveza. Brindó al ministro del Señor para que participase de aquella bebida, mas éste se negó como es natural á ello. ¿Por qué, añadió el púgil? Porque llevo la sagrada Eucaristía en mis manos, contestó el sacerdote; y sin aguardar á más el que estaba impregnado de los alcohólicos dió con el vaso de cerveza fuertemente al copón, arrojando al suelo las Sagradas Hostias. Pudiéronse interponer en el acto algunas matronas que asistían á la enferma, las cuales vieron en cada Forma una resplandeciente estrella. Arrepintióse, aunque exteriormente el agresor, y fué remitido al Pontífice, quien le ordenó tres años de ejercicio en la guerra de los cristianos contra el turco, penitencia que cumplieron éste y el sacerdote.

Según revelación de la Santísima Virgen á una devota suya, aquél se condenó por no haber hecho verdadera penitencia de sus pecados, y éste pudo salvarse, satisfaciendo antes en el purgatorio por el espacio de muchos años. Reveló también la Virgen María á esta misma devota, que por haberse profanado tan descaradamente el Santísimo Sacramento, sería inundada aquella Ciudad, pereciendo en ella muchos miles de personas, como así realmente sucedió de allí á poco tiempo. Así castiga Dios á los impíos y profanadores de sus Misterios y juntamente con ellos á muchísimos otros que aunque no tuvieron parte en tal execración, sin embargo lo merecían por sus múltiples pecados (1).

7. Una cosa semejante sucedió en la Francia Oriental,

(1) Rainald. ad. ann. 1218.

por los años de 1298, aunque el castigo lo ejecutó Dios por medio de la justicia humana. Unos infames judíos cogieron una Hostia consagrada, la pusieron dentro de un almirez y la majaron horriblemente; pero ¡oh maravillas divinas! al primer golpe que dieron aquéllos infelices, la santa Forma vertió copiosa sangre. Llegado este horrible caso á oídos del monarca francés y, mezclado con el mandato el abuso, extirparon á sangre y fuego, tanto á los judíos culpados en el delito como á los que no lo eran (1).

8. También ha castigado Dios Nuestro Señor á los que han flasfemado de la Eucaristía, confirmando con repetidos milagros este inefable misterio. En el año 1396, entre los herejes widefitas había uno muy desvergonzado, llamado Baobello el cual dijo en juicio público que prefería una araña á la Eucaristía. ¡Formidable castigo! En el mismo momento, Dios Nuestro Señor, para confundir al hereje y ensalzar el dogma católico, hizo que una horrible y asquerosa araña se metiese en su boca dejándole por un rato con bastante sufrimiento. Los católicos que estaban presentes, esperaban que el Altísimo le enviaría algún castigo con el cual perdiese la vida, mas el Señor misericordioso esperó al hereje á que hiciera penitencia (2).

9. En otra ocasión un sacerdote llevaba por la calle el Santo Viático cuando, al pasar por frente á una taberna, cierto atrevido sujeto que se jactaba de incrédulo y que había probado demasiado la bebida, preguntó: ¿Qué es lo que pasa por la calle? El Santísimo Sacramento, que va á visitar á un enfermo, le respondieron sus amigos. Entonces el ebrioso añadió esta horrible blasfemia: «Pues que venga á mí que también estoy enfermo». ¡Formidable castigo! Cuando el sagrado Viático regresaba, el blasfemo no existía; había entregado su alma al demonio por el doble pecado de incredulidad y de impiedad; pecado que tuvo su merecido de allí á pocos momentos, pues no le dió tiempo el Señor para arrepentirse.

10. Insigne es asimismo el ocurrido en 1408. Celebra-

(1) Abraham. Brovio. tom. I. año 1298.
(2) Rainald. ad. ann. 1396, n.º 17.

ba el adorable sacrificio cierto inconsiderado sacerdote, llamado Enrique Othón, en la Iglesia de S. Jorge de la villa de Durn, diócesis de Wirtceburg. Pero lo ejecutaba con negligencia tanta que, después de haber consagrado, se le cayó el cáliz y derramó la Sangre del Señor en el corporal. De repente se enrojeció éste de tal modo, que parecía fuego encendido; apareció también en medio de él la imagen de Jesucristo crucificado, llevando en la cabeza una punzante corona de espinas. Al ver el tibio sacerdote que por su culpa se acababa de obrar esta rara maravilla, cogió el corporal del modo que estaba y, removiendo una piedra del altar, le escondió, cubriéndolo con tierra para que no se supiera, y pues con el tiempo se pudriría el corporal, no se llegaría á conocer su falta. Mas el Altísimo que obra los milagros precisamente para su gloria, no permitió que un portento semejante permaneciese oculto. De improviso fué atacado el referido presbítero de agonías mortales y, viéndose á las puertas de la muerte, comenzó á dolerse de todo corazón; deseaba morir, para no verse en el compromiso de descubrirlo, mas la muerte tardaba. Entonces refirió el portento y el lugar donde había escondido el santo corporal, é inmediatamente expiró. Al punto fueron los circunstantes al lugar señalado y, habiéndole hallado intacto, divulgaron el milagro; por él obra todavía el Señor muchos prodigios (1).

11. En 1474 el ejército de Polonia, en uno de esos actos de desenfrenada codicia en que todo parece lícito á los soldados, robó el copón del Santísimo Sacramento. Sin embargo, Dios Nuestro Señor, que no quería dejar impune aun en esta vida semejante atentado, envió un incendio que consumió á muchos soldados con quinientos caballos (2). El resto del ejército temió de allí adelante y se confirmó en el dogma de la Eucaristía.

12. Refiramos un notabilísimo prodigio sucedido en 1290, atestiguado por todos los ciudadanos de París. Una pobre

(1) Nicolás Serarius, Mogunt. rerum, lib. 5, in Joan.—Rainald, ad ann. 1408, n.° 61.
(2) Rainald, ad ann. 1474.

mujer, vecina de esta capital, teniendo necesidad de dinero para su ordinario sustento, se llegó á cierto avaro judío habitante en la misma ciudad, y le empeñó su vestido por algunos francos. Llegó el tiempo del cumplimiento Pascual y, hallándose la pobre sin vestido decente para comulgar, rogó al judío se lo devolviese. Con mucho gusto, contestó él, y aun os lo dejaré para toda la vida, con tal que me proporcionéis una Hostia de las que comulgan los cristianos, porque quiero saber si verdaderamente allí está Dios. Convino en ello la miserable mujer, vencida tal vez por la codicia. Fué á comulgar á S. Merry, su parroquia, y reservó secretamente la sagrada Forma para darla al judío. Éste la recibió con demasiada alegría para consumar sus perversos designios, á cuyo efecto, retirándose á su habitación, y poniendo la santa Hostia sobre la mesa, comenzó á darla varios golpes, de los que vertió sangre. Con este gran prodigio el descendiente de la raza deicida podía haberse conmovido y no saciar más su cólera contra Jesucristo, pero no: la ceguedad del entendimiento y la dureza del corazón llevan aún su osadía más adelante. En efecto, tomando un grueso clavo lo hendió en la santa Hostia, la cual arrojó inmediatamente arroyos de sangre; mas llevando adelante su cruel pertinacia, la arrojó en el fuego, saliendo no obstante de este lugar ilesa y quedando en el aire. Finalmente, aquella inteligencia obcecada, persistiendo en su conato de injuriar al Jesús de los cristianos, la arrojó furibundo en un depósito de agua hirviendo la que quedó al momento ensangrentada. Saliendo entera y hermosa de aquí la Hostia, se elevó hasta el techo, apareciendo bajo la forma de un Crucifijo. Mayores y más repetidos milagros no se podían dar en tan poco tiempo. No sabemos lo que se hizo del monstruoso judío. De la Hostia milagrosa sabemos que se guarda cuidadosamente en la Iglesia de S. Juan de Gréve. Cinco años después, un habitante de París, llamado Regnier Flaining, movido de la devoción á Jesús Sacramentado, hizo construír allí un oratorio que llamaron: Capilla del Milagro (1).

(1) Alápide.

13. Otro prodigio muy semejante aconteció año de 1306 en París. Cierta necia mujer había empeñado su basquiña á un perverso judío, aunque deseaba poseerla para salir de gala el día de Pascua, á cuyo fin se la pidió al israelita. Éste no quiso devolvérsela sino á cambio del dinero ó, en su defecto, de una Hostia consagrada. La desgraciada mujer convino en esto último, entregando al hebreo la Prenda deseada. Éste empezó por arrojarla en una caldera de agua hirviendo, pero la santa Hostia se convirtió en un hermoso Niño puesto de pies sobre el agua sin tocarla; el descendiente de los deicidas forcejaba para hundir en el líquido al Divino Niño, cuando he ahí que á los lloros de su mujer é hijos se apercibió del hecho el vecindario, quien dió cuenta al obispo; éste mandó prender al miserable, ordenando le quemasen vivo. El israelita replicó, no obstante, que si poseyese el Talmud en sus manos, sería defendido de las llamas. Al efecto el obispo dió el Talmud al desgraciado, quien caminando hacía la hoguera, ésta se adelantó hacia él y le consumió en un momento (1).

14. Hubo cierto rústico que por codicia de obtener algunos cuartos que le prometían unos villanos judíos si proporcionaba en cambio algunas Hostias consagradas, tuvo la osadía de robarlas y entregarlas á los solicitantes. Éstos las llevaron con algazara al lugar destinado para cebar su odio contra Jesucristo, y, arrojándolas con gran furia al suelo, cogieron unas varas y con ellas reprodujeron la terrible escena que se ejecutó en el atrio de Pilato. Con los azotes iban mezcladas las blasfemias, de suerte que, no dudando de que allí estaba Jesucristo, exclamaban con escarnio: «Este, este Dios que no sabe librarse de los azotes, es el Dios de los cristianos». Mas, ¡paciencia del Omnipotente y amor invencible del Redentor! Cuando ellos daban con mayor energía sobre las Hostias, éstas vertían arroyos de pura sangre. Insensibles aún á este raro milagro, redoblaron más fuertemente las injurias y los azotes hasta rendirse.

---

(1) Fr. Alonso de Espino, franc. Fortalicio de F. De bello Judæorum.

Pero no quedó impune un crimen semejante. Súpolo S. Juan de Capistrano, inquisidor de la herética pravedad en aquellas regiones, y horrorizado ante semejante desacato, mandó poner en prisiones á cuantos tomaron parte. Procedióse luego á formar con ardentísimo calor el sumario, y, tanto el sacrílego rústico que robó y vendió las Hostias como los infames judíos, fueron quemados vivos (1).

15. Igual suerte experimentaron otros israelitas, quienes, habiendo obtenido una Hostia consagrada, la arrojaron por tres veces á las llamas, aunque otras tantas veces salió ilesa, pues aquéllas formaban un hermoso dosel sin tocarla. Á vista de este gran prodigio se convirtió una mujer hebrea, que publicó luego las maravillas de Jesús, por lo cual la mataron los mismos judíos autores de este sacrilegio. Pero otra mujer hebrea, recien convertida al Cristianismo, supo evidentemente esta horrible tragedia y los denunció á S. Juan de Capistrano. Éste ejerció su oficio y les dió el mismo castigo que sufrieron los hebreos del párrafo anterior (1).

16. Idéntica pena llevaron otros israelitas que compraron á cierto sacrílego una Hostia consagrada, por 32 florines. Dios sabe las atrocidades que cometieron los citados deicidas. Uno de éstos, no sabiendo ya qué discurrir para ultrajar al Dios de los cristianos, tomó la santa Hostia y, dividiéndola en tres partes, pronunció esta horrible blasfemia: «Si eres tú el Dios de los cristianos, manifiéstate aquí en nombre de mil demonios» (2).

17. En Seros, obispado de Lérida, año de 1556, un atrevido moro se permitió entrar en una iglesia católica, y habiendo recibido hipócritamente la Comunión, al salir á la calle escupió la sagrada Forma y la pisoteó; mas al momento se le secó el pie, toda la pierna y murió poco después (3).

18. En Secuezeto, Polonia, una mala cristiana servía á un avaro judío quien prometió á aquélla una basquiña de gra-

(1) Crónica de N. P. S. Francisco, por Gonzaga. Vida del Santo cit.
(2) Bocio, lib. 14 de sig. c. 7.
(3) Bleda, milag. 36.

na si le presentaba una Hostia consagrada. Comulgó la infeliz, y guardando la santa Hostia en un pañuelo, la entregó al judío. Éste la llevó á su sinagoga y con mucha algazara la pinchó repetidas veces con un cuchillo. Mas fué tanta la sangre que vertió la Hostia que se convirtieron muchos herejes; mas todos los judíos sacrílegos y la mujer referida fueron quemados vivos (1).

19. Llevábase en cierta ocasión el sagrado Viático á un enfermo. Al pasar frente á una taberna, uno de los ebrios más atrevidos, llevando un huevo á su boca, pronunció esta atroz blasfemia: «Primero pasaré yo este huevo que no la enferma aquella oblea». No quiso el Señor dejar sin ejemplar correctivo semejante descaro. En efecto, el blasfemo probó á comer el huevo, pero éste se interceptó en la garganta, sin poderlo pasar atrás ni adelante, ahogándole. Cuando regresó el sacerdote con el Viático pudo presenciar el formidable castigo. Sucedió este prodigio en Noviomago, ducado de Geldría, año de 1561 (2).

20. Era día del Corpus, y Nuestro Divino Salvador iba conducido en triunfo solemne por las calles. Un luterano que presenciaba el solemne acto profirió esta blasfemia horrible: «Mirad cual va el viejo con su papahigo.» En el momento cayó desmayado al suelo y de allí á pocos días murió rabiando. Tuvo lugar este suceso en Eufordia, año de 1563 (3).

21. Deseaba una mujer ganar la afición de su consorte, y tomando el Sacramento de la Eucaristía, lo guardó en su propia boca para besar con Él á su marido. Lo efectuó así y en aquel mismo instante, la santa Hostia se convirtió en carne, de suerte que, creciendo rápidamente, ahogaba á la mujer sacrílega. En semejante aprieto confesó ésta su pecado y quedó libre (4).

---

(1) Surio y Genebrardo.
(2) Timal Brendembaquio, collationes.
(3) Willelmo, lib. del Sacramento.
(4) Tom. 3 de los Concil. part. II, fol. 1434.

Artículo II.—Castigos formidables contra los que hicieron simplemente irrisión de la Eucaristía

1. Refiere Timal Brendembaquio (1) que en Hardernicko, estaba un católico, día de Ceniza, comiendo en un mesón en compañía de varios herejes. Como presentasen carne y no la quisiese tomar, comenzaron los sectarios á burlarse del católico y decirle: «Según eso también habrás oído Misa para poder mejor comer». Pronunciando estas palabras, se levantó un hereje, tomó un pedazo de pan redondo y, alzando las manos, al modo que lo efectúan los sacerdotes en la elevación de la Hostia, dijo: Eso también lo haré yo. En el mismo momento quedáronsele secos los brazos, muriendo de allí á pocos instantes.

2. Tan santo y terrible es el Misterio eucarístico, que Dios, no solamente ha castigado á los que inmediatamente lo profanaron, sino también á los que lo ejecutaron empleando ilícitamente las palabras consagratorias. Escribe á este propósito Erasmo que en cierto pueblo hubo un rústico, adepto á la doctrina de Lutero, quién, al igual que su maestro, pretendía que cualquier cristiano podía consagrar la Eucaristía y aun conferir los demás sacramentos. Un día que el mencionado rústico había cogido unos cuantos panes con ese fin, pronunció las palabras consagratorias, pero al instante quedó muerto.

3. Asimismo, cuenta S. Sofronio, obispo de Jerusalén, que, remedando unos niños las ceremonias de la Misa, y deseando imitar el acto de la consagración, al llegar á éstas palabras, bajó fuego del cielo y consumió la hostia, el vino y todo cuanto por el altar había, dejando intactos, pero avisados, á los niños.

4. Finalmente, para consignar de una vez los insignes milagros pertenecientes al género de los que hasta aquí he insertado, no tengo más que compendiar el siguiente:

En 1512, reprendido un sacrílego alemán por haber arro-

---

(1) Lib. 7 de collat.

jado la Eucaristía, después de haber robado el copón, contestó con burlona risa á la reprensión: Éste que está aquí (en la Eucaristía) es el Dios de los españoles, mas no el de los alemanes. Acabó de proferir esta blasfemia, pero también acabó su vida en el mismo momento, habiéndosele roto las entrañas.

CAPÍTULO XIII

Todo lo existente, en particular, ha prestado su asentimiento á la veracidad del dogma Eucarístico

SUMARIO

Artículo I.—Jesucristo ha sido visto en la Eucaristía espiritualmente.

1, 2, 3, 4. Sta Coleta, Sta. Ludovina, S. Luis, Sta. María de Oignes, y el Beato Juan de Alverna.

Artículo II.—Los santos y personas devotas han visto corporalmente á Jesucristo en la Eucaristía.

1. Los santos que vieron á Cristo Sacramentado.—2. El dominico tentado de herejía.—3. El franciscano que se comía los niños.—4. El niño de la vecina.—5. El religioso extasiado.

Artículo III—Los pecadores, herejes é infieles han visto corporalmente á Jesucristo en la Encaristía.

1. El hebreo que enterró la santa Hostia.— 2. La israelita hipócrita. —3. El sacerdote burlón, burlado.—4. Los dedos del presbítero.— 5. La visión del clérigo ministrante.—6. La Hostia convertida en espigas de trigo.—7. Visión de Adalberto de Bausech.—8. Visión del wiclefista.

Artículo IV.—Todas las personas que han gustado han visto corporalmente á Jesucristo en la Eucaristía.

1. La aparición de Jesucristo Sacramentado en Douai.—2. Visión del padre de una santa.—3. Aparición del Salvador en Etén.

Cuando en testimonio de la realidad de un Misterio profundo se ha convenido toda la creación, es evidente que semejante Misterio es positivo, es verdadero. En efecto: el hombre, con sus potencias y sentidos; el irracional, con sus especies; el cielo, con sus ángeles; el firmamento, con sus astros; la tierra, con sus vegetales y minerales; los elementos, los difuntos y hasta los infernales espíritus han tes-

tificado repetidas veces de un modo solemne, que el adorable Misterio de nuestros Altares es un dogma según lo enseña la Iglesia Católica. No son ligeras estas clases de pruebas. Pechos empedernidos han sido ablandados; inteligencias extraviadas han reconocido el camino de la verdad; voluntades maliciosas han doblado su dura cerviz ante el Sacramento del Amor, con el auxilio de los argumentos que en este capítulo y siguientes vamos á exponer, argumentos que constituyen cada uno en particular un verdadero prodigio. Mas demos principio á nuestro trabajo.

Artículo I.—Jesucristo ha sido visto en la Eucaristía espiritualmente

1. En un monasterio de religiosas franciscanas estaba un sacerdote celebrando la santa Misa, cuando á la sazón Santa Coleta se hallaba también presente al Sacrificio. Impensadamente, el celebrante puso agua en el cáliz en vez de vino. Llegó la hora de la elevación, y la santa adoró á Cristo Nuestro Señor en la especie de pan, porque estaba verdaderamente consagrada, pero al elevar el cáliz no quiso adorarlo, pues sintió espiritualmente que la Sangre del Salvador no estaba en él (1).

2. Estaba postrada en cama Santa Ludovina y deseaba comulgar; mas el párroco que no sentía bien de su virtud, la llevó una Hostia no consagrada; al presentársela, dijo la virgen: ¿Por qué, padre mío, me hacéis este agravio? Sabed que sé distinguir muy bien entre una Hostia consagrada y la que no lo está. Este mismo prodigio aconteció con un obispo de París.

3. Asimismo se cuenta de S. Luis, rey de Francia, que, cuando pasaba por delante de las iglesias, conocía si en el sagrario estaba ó no el Sacramento, porque no se quitaba el sombrero donde no estaba (2).

4. La presencia real de Jesucristo en la Eucaristía fué conocida por muchos santos. Santa María de Oignes, cerrados los ojos, contemplaba la presencia de Cristo en las Hos-

(1) Surio Cartusiano, tom. 2, vida de Sta. Coleta.
(2) Idem, tom. 7.

tias consagradas. El Beato Juan de Alverna, franciscano, al acabar de pronunciar las palabras de la consagración, sentía la majestad de Cristo presente en la Hostia y en el Cáliz; y la bienaventurada Sibilina de Pavía, siendo ciega de trece años, conocía perfectamente el momento en que había sido consagrado el Cuerpo de Cristo (1).

Artículo II.—Los santos y personas devotas han visto corporalmente á Jesucristo en la Eucaristía

1. ¿Qué testimonio no dan los santos de que Jesucristo se halla realmente presente en la Eucaristía, puesto que lo vieron corporalmente en la Hostia consagrada? Santa Catalina de Sena, después de la consagración, lo veía en las manos del sacerdote como un horno de fuego ardiendo. Santa Teresa de Jesús le contemplaba de varias maneras, todas simpáticas. El Beato Nicolás Factor, al coger con sus manos la Hostia consagrada, tocaba muchas veces un pedazo de carne. S. Nicolás de Tolentino y la mayor parte de todos los santos y beatos, y siervos de Dios, le vieron con sus ojos corporales, según lo atestiguan sus biografías; visiones que por otra parte fueron corroboradas varias veces con estupendos milagros.

2. Refiere Cristóbal Moreno que un religioso dominico, maestro en teología, se hallaba tentado de error acerca de la real presencia de Cristo en la Hostia consagrada. Él mismo rogó al Señor le ausentase tan graves tentaciones, y, estando un día celebrando el Sacrificio, después de haber consagrado, se le apareció Cristo en la Hostia, quien, asiéndole de los carrillos, le dijo dulcemente: «No dudes más en mí, que yo soy». Y en efecto, quedó libre al momento de la tentación.

3. Cuéntase en la crónica de nuestra Orden un maravilloso hecho, que confirma la real presencia del Salvador en el Santísimo Sacramento. Era muy devoto de este venerable Misterio el siervo de Dios Fr. Pedro Brabante, á consecuen-

(1) P. Rivera, Historia del Smo. Sacramt. tom. 2, §. 3.

cia de lo cual, y por la infinita bondad del Señor, cuando celebraba la santa Misa mereció verle varias veces en forma de hermoso Niño. Un día que estaba ocupado en tal ministerio, le ayudaba un tierno pequeñuelo, quién, después de la consagración, vió que dentro de la Hostia había un refulgente y hermoso Niño, cuyos ojos estaban clavados en el sacerdote. Embelesado y absorto estaba el que hacía el oficio de ángel; notaba que el sacerdote, al hacer con la Hostia las cruces sobre el cáliz, meneaba al Niño. Y lo que más le espantó fué, que al llegar á la sunción cogió al Niño y lo comió. Esto que vió el pequeño monacillo, levantóse al momento y, huyendo de la Iglesia, creyendo sin duda que también iba á comerle á él, fué en busca de su padre. Presentóse á éste llorando y le dijo: «Padre, yo ya no quiero ayudar más la Misa del Padre Pedro». ¿Por qué, hijo? «Porque se come los niños». Anda, tontillo, dijo su genitor, mañana volverás á ayudarle la Misa. Al día siguiente se dirigió á la iglesia, algo receloso por si le acontecía lo mismo que el anterior. Ayudó la Misa al religioso y experimentó después de la consagración idénticos efectos que el pasado día. Cauteloso estaba en el momento de la sunción, y al ver que también se comía al Niño, huyó despavorido del templo, confirmándose en su errónea creencia. Al verle su padre, y casi dudando de lo que le afirmaba, fué con su hijo al convento y dijo al celebrante, Padre, mi hijo dice que no quiere ayudarle más á misa.—¿Por qué, querido?, respondió el santo religioso. —Porque se come los niños, añadió su interlocutor. —Vaya, vaya, dijo Fr. Pedro, que su hijo es un tontillo; no me lo comeré, pues no es tan lindo (1).

4. Memorable es el extraordinario caso ocurrido el año 1392 en Moncada, provincia de Valencia. Había en esta villa un devoto párroco al que aquejaban gravemente escrúpulos de si estaría válidamente ordenado, pues lo había sido por un obispo consagrado por el antipapa Clemente VII, y deseaba presentarse á otro obispo que hubiese sido consagrado antes del cisma á fin de recibir de éste las órdenes

(1) Cronic. Seraf., P. 2, lib. 4, cap. 27.

sagradas. Lo que le causaba mayor pena era el no consagrar la Eucaristía, en el supuesto de no estar válidamente ordenado. Debería, empero, saber que el Prelado que le ordenó era verdadero y legítimo Obispo, ya que fué consagrado por Clemente, que aunque antipapa, era no obstante legítimo obispo en cuanto á la potestad de Orden. Pues bien, estando dominado de tales horribles angustias el bueno, aunque imperito sacerdote, quiso el Señor sacarle de su ansiedad á fuerza de milagros. Celebraba en la noche de Navidad el santo sacrificio de la Misa, y estaba presente á él una niña de cuatro años acompañada de su madre. Al elevar el sacerdote la sagrada Hostia vió la niña en sus manos un hermosísimo Niño, y pensó si sería el de la vecina, la cual pocos días antes había dado á luz. La madre intentó regresar á su casa, mas su hija la rogó que de ningún modo lo hiciera, pues veía en las manos del sacerdote el niño de la vecina. Al momento juzgó la madre que su hija deliraba, por lo cual la reprendió allí mismo, diciéndola que guardase silencio, pues el sacerdote no podía tener en sus manos al infante de la vecina. Replicó, no obstante, la tierna niña afirmándose en las palabras anteriores. Viendo la madre que no podía sacar partido de su hija la llevó á casa de su vecina y la mostró el hijo de ésta, diciéndola: ¿Ves cómo á este niño no lo tenía el señor cura? Calló su hija al ver que no era el mismo parvulillo que contempló en las manos del sacerdote, pero no se satisfizo con semejante prueba. Acudieron después ambas á la tercer misa que se celebraba antes del mediodía y, al mostrar el párroco la Hostia sacrosanta, gritó de nuevo la hija que veía en las manos del sacerdote el niño de la vecina. Entonces la madre miró atentamente la Sagrada Hostia y no vió más que la Especie de pan; pero reflexionando un tanto, comprendió que el Altísimo habría hecho algún favor á su hija.

Después que el párroco hubo dado término al Sacrificio, entraron ambas en la sacristía y contó la madre las dos visiones que había tenido su hija. Quedó admirado el sacerdote, mas para confirmarse en el extraordinario suceso, las dijo que en los dos días siguientes acudieran también á la igle-

sia y oyeran su Sacrificio. Así lo ejecutaron, viendo de nuevo la niña al hermosísimo infante que admiró antes. Súpolo el párroco y preguntó á ésta qué forma tenía y qué vestido llevaba. Es pequeño, dijo, pero de extremada belleza y lleva un vestido blanquísimo y muy radiante, tanto, que iluminaba todo el templo. No satisfecho el sacerdote, mandó que la pequeñita estuviese presente al Sacrificio que él celebraría el día de S. Juan Evangelista y declaró la niña que en esta Misa vió tres veces al hermoso parvulillo; la primera, cuando levantó la Hostia para que la adorase el pueblo; la segunda, al pronunciar las palabras: *Per ipsum, et cum ipso, etc.*; y la tercera, al partir la Hostia, tiempo en que la niña contempló dos bellos niños, uno en cada media Partícula y que eran iguales entre sí. Deseó aún el párroco saber con mayor evidencia el suceso, para lo cual, en la misa que había de celebrar el día de los santos Inocentes, cogió tres formas semejantes en todo y consagró dos de ellas. Al levantar una de Éstas para que la adorase el pueblo, contempló la niña la misma visión, mas después de haber terminado el Sacrificio, mandó el párroco que trajesen dos velas y, tomando él, sin saberlo la niña, la hostia consagrada en la mano derecha y la no consagrada en la izquierda, la interrogó, qué era lo que veía. Veo al hermoso niño, añadió ella, en la mano derecha, mas en la izquierda no está. Tomó entonces las hostias á la inversa, y afirmó la niña que el infante había pasado á la mano izquierda. Preguntóle uno de los presentes, si el niño tenía ojos, á lo cual respondió que los tenía muy lindos, con los que miraba muy atentamente á todos los circunstantes. Nuevo experimento hizo el párroco: preguntó á la pequeñita, si quería recibir al niño que en la Hostia veía. Respondió afirmativamente; pero al recibirlo con ilicitud cayó medio muerta en manos de su padre, rogando al párroco con voz trémula y apagada que apartase de su boca el Niño. Así se hizo, y el párroco creyó firmemente que estaba válidamente ordenado y se confirmaron todos en el dogma augusto de la Eucaristía (1).

(1) Rainald, ad ann. 1392, n.° 9.

5. Refiérese en el Prado Espiritual, que, siendo abad del monasterio Sabiense, el V. Padre Serión, aconteció un caso estupendo. Estaba un religioso celebrando el santo Sacrificio, y al tiempo que recitó aquellas palabras: «Humildes te suplicamos, poderoso Dios, que esto se lleve por manos de tu santo ángel á tu sublime altar» etc. vió con gran pasmo que muchos ángeles resplandecientes y alegres, vestidos de hermosísimas albas que indicaban su celestial pureza, estaban al rededor del altar, y que entre ellos había uno más bello, el cual, tomando la sagrada Hostia, la llevó á la presencia de la augusta Trinidad. Los demás cortesanos celestiales se gozaban con la suma felicidad de que disfrutaba su compañero y aun parece que le envidiaban este ministerio. Mientras tanto, se hallaba arrobado el feliz religioso, y volviendo en sí después de largo rato, notó con más admiración que la Hostia estaba colocada en la patena. Prosiguió la Misa y dió luego incesantes gracias al Altísimo (1).

Artículo III.—Los pecadores, herejes é infieles han visto corporalmente á Jesucristo en la Eucaristía

1. Cierto perverso israelita, año de 1153, tuvo la osadía de presentarse en el comulgatorio, y recibiendo la santa Hostia, se dirigió al cementerio, donde la enterró. Pudo ver esta infame acción un sacerdote, quien al momento excavó la tierra y delante del mismo judío apareció un hermosísimo Niño, al cual pretendió coger el sacerdote para ponerlo en el altar, mas insensiblemente se elevó por los aires hasta desaparecer de sus ojos (2).

2. Hubo una hebrea que, habitando en paises católicos, fingió ser cristiana. Llegó la hora de recibir el Santo Viático y declaró su infidelidad; mas debido á las exhortaciones del párroco fué bautizada. Al convalecer de su enfermedad participó al cura que estaba arrepentida de haberse bautizado, porque después de haber recibido este Sacramento veía siempre en las manos del sacerdote un bellísimo Niño, pero

(1) Prado Espiritual, lib. IV, cap. 98.
(2) Juan Trifemio, Cronic. Monast.

que luego de su infame decisión no lo había visto más (1).

3. Un sacerdote se llegó á un endemoniado, fingiendo que llevaba el Santísimo Sacramento, cuya hostia no estaba consagrada; mas el poseso se la arrebató de las manos y la destrozó diciéndole: No obedézco á un poco de pan no consagrado. Después le presentó una Hostia consagrada y el demonio salió del poseso al momento (2).

4. El Padre Rivera, domínico, cuenta de sí mismo haber experimentado que, al conjurar á una endemoniada que partía y destrozaba monedas y medallas, cuando le presentaban los dedos de los sacerdotes con que tocan la santa Eucaristía, abría la boca más de lo ordinario y manifestaba que la abrasaban interiormente (3).

5. Estando un sacerdote celebrando el santo Sacrificio, otro clérigo que se hallaba junto á él, notó con bastante pasmo que, después de la consagración, estaba sobre la patena un hermoso Niño quién había ocupado el lugar de la Santa Hostia. Observó, asimismo, que en el momento de recibirle, el Niño, con las manos y los pies y aun con el rostro, embarazaba tal acción, al modo que lo ejecutan los pequeñuelos cuando reusan practicar lo que se les manda. Al fin pudo recibirle con algún trabajo, y prosiguió la misa. Estando más tarde juntos el sacerdote y el clérigo, contó aquél á éste, que recibía con bastante dificultad la sagrada Hostia, y tomando ocasión el clerigo de indicarle lo que tantos días deseaba manifestar, le dijo:—Yo te aconsejo, hermano, que te enmiendes, porque te hago saber, que al tiempo que celebras misa, he visto esto y esto.—Oyéndolo el sacerdote, y arrepentido de corazón, mudó de vida, proponiendo no más pecar. Después de algún tiempo, notó el clérigo que cuando el sacerdote en cuestión recibía la Santa Hostia, el Niño de siempre, con alegre rostro, y juntando las manos y los pies, se entraba en la boca del celebrante (4).

---

(1) Bleda, Milagro 205.
(2) Discípulo y maestro, Promptuario letra E, ejemplo 29.
(3) Historia de la Eucarist., trat. 2, § 6.
(4) Prado Espiritual. Lib. IV, cap. 100.

6. El tercer hecho notabilísimo que refiere S. Sofronio es el siguiente: Siendo obispo de Seleucia el V. Dionisio, sucedió que había en esta ciudad un rico mercader, hereje severiano, que tenía por criado á un católico muy devoto. Éste, según la loable costumbre de la Iglesia, comulgó el día de Jueves Santo, reservando para el día de Resurrección, parte de la santa Hostia, la que, envolviendo en un decente lienzo, depositó en una cajita. Llegó el aniversario de la resurrección del Salvador y el buen cristiano se olvidó de recibir su amada Prenda. De allí á pocos días, le mandó su amo á Constantinopla, y el católico sirviente, dejándole la llave de la caja, partióse confiado á despachar los negocios. Por voluntad del Altísimo, intentó un día el amo abrir la caja, y en efecto, al lograr su deseo vió un fino lienzo, desplegado el cual, encontró la santa Hostia de los católicos. Turbóse al momento, no sabiendo qué hacer de ella, mas cerrando por entonces la caja esperó á que llegara su fiel criado. Mientras tanto, el infernal espíritu tentó al amo para que profanase la sagrada Partícula, y accediendo á sus instigaciones, abrió de nuevo la caja, mas ¡oh prodigio de Dios! todo el lugar que había ocupado la sagrada Hostia estaba lleno de doradas y grandes espigas de trigo. Confundido el hereje, pidió perdón al Señor de su incredulidad y, cogiendo las hermosas espigas, salió de su casa con toda su familia contando las alabanzas de Dios, y diciendo: «Señor, tened misericordia de nosotros». Fueron testigos del milagro, innumerables personas que, reanimando su fe, cantaban de allí en adelante: «Señor, tened misericordia de nosotros» (1).

7. En un templo de la ínclita Compañía de Jesús, el hereje Adalberto de Bausech vió á Jesucristo en figura de bello Niño. Sucedió el caso de este modo. Estaba orando el mencionado novador delante del Sacramento Santísimo, cuando he ahí que vió al Salvador del modo referido, que parecía solicitar alguna cosa. Entonces, Adalberto le dijo,

(1) Prado Espiritual, lib. I, cap. 4, 5, 6.

si quería algo de él. «Sí, contestó el Salvador; quiero que donde estás, allí estés». Y como estaba en el colegio de la Compañía de Jesús, parece que el Señor pedía de él que entrase en aquella Orden. Así lo conoció el hereje, y después de convertirse, cumplió el deseo del Redentor del mundo (1).

8. Había en Londres un soldado llamado Cornelio Cloune, adepto á las doctrinas de Wiclef, quien, habiéndose llegado en la vigilia de la Santísima Trinidad al convento de los PP. Predicadores, oyó una misa que celebraba un nuevo sacerdote de la misma religión. Al elevar éste la sagrada Hostia, el militar no vió en Ella cosa alguna, por cuya causa (aunque no la había) se confirmó en su error; mas al partirla, notó que el religioso tenía en sus manos un pedazo de cruda carne, y en la tercera fracción que se hace para poner la Hostia dentro del cáliz, admiró que estaba grabado en ella, con caracteres carnosos y sanguinolentos, el nombre de Jesús. El religioso que no ignoraba todo esto, predicó el extraordinario suceso al día siguiente, y el mismo soldado, al fin del sermón, contó detalladamente el milagro, protestando que en adelante no sólo profesaría la Religión Católica, si que también defendería con todas sus fuerzas el Misterio adorable del Cuerpo y Sangre de Jesucristo

Artículo IV.—Todas las personas que han gustado, vieron corporalmente á Cristo en la Eucaristía

1. Existe un sinnúmero de hombres que, osando negar los hechos sobrenaturales comprobados, no tienen en cambio escrúpulo en admitir profanas noticias, destituídas de fundamento sólido. Quisiera yo que estos miopes señores fueran mejores críticos para que pudiesen juzgar como es debido los hechos sobrenaturales, fijándose en todas sus circunstancias y en la autoridad de donde dimanan. Es cierto que todos los hechos que aquí insertamos son verídicos,

(1) Nicolaus Orland. H.ª soc. Jesu. lib. 16.

por haberse tomado de ricas fuentes, pero unos gozan de más autoridad que otros, por ser mayor el número de los autores que los aducen, porque hay más datos que los comprueben, ó finalmente, porque la tradición y los vestigios que de los mismos nos quedan, confirman su veracidad. De estos últimos es el que voy á referir. En la ciudad de Douai (Flandes) existe una iglesia llamada del obispo S. Amado, en la que se verificó (año de 1254) el siguiente milagro. Era día de Pascua; el sacerdote que celebraba el santo Sacrificio dió la comunión á los fieles, y, por cierta imprevisión, se le cayó en tierra una sagrada Forma. Después que el pueblo hubo acabado de comulgar, el celebrante vió con asombro el efecto de su descuido. Arrodillóse en el suelo y pretendió coger la Hostia; mas ¡oh prodigio! ésta se levantó por sí sola, quedando suspendida en el aire, pero adherida al purificador. Clamó el sacerdote á grandes voces, pidiendo se llegasen los canónigos; personados los cuales, observaron sobre el purificador un graciosísimo Niño. Convocaron á todo el pueblo, con el fin de que todos participasen de la vista del prodigio, y así sucedió en efecto. Como es consiguiente, se divulgó por las ciudades circunvecinas y Tomás Cantimprato, (1) que nos refiere este hecho, pudo admirar lo extraordinario del suceso. ¡Quién hubiera podido formar parte de aquella feliz concurrencia! Los fieles que penetraban en la Iglesia de S. Amado, no vieron otra cosa sino portentos que se sucedían el uno al otro. Unos exclamaban: «He aquí; ya le veo».—«Yo contemplo al Salvador», prorrumpían otros. Tomás Cantimprato no lo veía, según él mismo cuenta, pero, levantando sus ojos á donde estaba la bella Hostia, pudo contemplar con indecible gozo el rostro del Salvador, quien asimismo llevaba una corona de punzantes espinas en la cabeza y le caían dos gruesas gotas de fresca sangre por ambas mejillas. Postrándose Tomás en tierra, adoró al Señor; mas al levantarse, no experimentó ya la hermosa visión, sino la figura de un hombre puesto de lado, por lo cual no le pudo ver sino un ojo. «Tenía, dice, la

(1) Lib. 2, cap. 40.

nariz bastante larga y muy recta, las sobrecejas arqueadas, los ojos simplicísimos y modestos, la cabellera larga y desplegada sobre los hombros, sin cortar la barba, risueña la boca, despejada la frente, macilentas las mejillas y largo el cuello, con una poca inflexión el cuello y cabeza». Esta es la descripción que hace Cantimprato del rostro del Salvador. Muchos otros fieles, en esta ocasión, vieron al Señor en la Hostia consagrada, de diverso modo; unos, extendido en la cruz; otros, como si viniera á celebrar el juicio al mundo; y los más lo contemplaron bajo la forma de lindísimo Niño. Todos los años, en la ciudad mencionada, miércoles de Pascua, se celebra una solemne procesión, en memoria del milagro, en la que llevan la decente caja en que se colocó y se conserva aún la Hostia que estuvo suspendida en el aire (1).

2. Jesucristo apareció en la santa Hostia á muchas personas, denotando con esto, que Él mismo se halla realmente presente en las Hostias consagradas. Habiendo enfermado Santa Ludovina, se le apareció el Salvador y conversó con ella. Al tiempo de partir, le rogó ésta que la dejara alguna prenda en señal de su presencia divina. Accedió el Señor, y se dejó ver reluciente en forma de una hostia, colocándose al efecto en un fino lienzo que había en la misma cama. Entró su padre á visitarla como de costumbre, y, por la natural familiaridad que tenía con su hija, iba á sentarse en la cama de ésta, cuando la sierva de Dios se lo impidió por tener allí á Cristo crucificado. Admiróse el padre y, volviendo los ojos, vió en la cama una hermosísima Hostia. Á seguida llama á los vecinos para que participen de su gran dicha, y todos pudieron contemplarla, aunque no todos de un mismo modo. Se hallaba la milagrosa Hostia rodeada de brillantes rayos; en medio se dejaba ver como en relieve la imagen de Cristo crucificado, muy llagado, llevando en el costado una gota de sangre. Con tal vista quedaron todos inundados de indecible gozo, particularmente la santa, que creía iba á ahogarse de tanta alegría (2).

(1) Rainald, ad ann. 1254, n.° 75.
(2) Surio.—Casanueva. Ejemplos, pag. 336.

3. En el archivo del convento Máximo de Jesús de la ciudad de Lima (América) hay insertado un suceso, legalizado con las exigencias del derecho, que confirma nuestro augusto Misterio. Es así: En la ciudad de Quito, año de 1649 fué profanado el Santísimo Sacramento. Habiendo llegado el hecho á oidos del pueblo de Etén, se propuso éste celebrar la próxima festividad del Corpus, 3 de Junio, con mucha preparación, con el fin de desagraviar á la Majestad de Dios que tan ultrajadamente había sido ofendida en el Sacramento del amor. El 2 de Junio, víspera de tan grande festividad, habiéndose cantado solemnemente las vísperas, y descubierto el Santísimo Sacramento, al tiempo que el P. predicador, Fr. Jerónimo de Silva Maurí, religioso de nuestra Orden, subía al altar mayor para colocar la custodia en el sagrario, apareció visiblemente en la Hostia consagrada un hermoso Niño, de medio cuerpo. Llevaba una túnica morada, los cabellos rubios y pendientes hasta los hombros, partidos por la parte media de la cabeza y el rostro lindísimo. Todo el pueblo admiró semejante prodigio. Mas era cosa digna de contemplar aquella inmensa muchedumbre de hombres y mujeres que, con las rodillas pegadas en el suelo, llorando de gozo, voceando de alegría y pidiendo misericordia al Señor, manifestaban su devoción y gratitud hacia el mismo Sacramento. No estaban en suspenso las criaturas insensibles; los músicos con sus alegres chirimías y trompetas; las campanas con sus dulces y sonoras voces, alababan las misericordias del Altísimo; hasta los pueblos más remotos estaban poseídos de rebosante júbilo que dilataba los corazones de sus moradores.

Después de haber hecho constar jurídicamente el extraordinario suceso, como el P. Presidente del convento de Chiclayo, Fr. Marcos López, tuviese que ir al mencionado pueblo de Etén para celebrar la fiesta de la Magdalena, día 22 de Julio del mismo año, deseó certificarse por sí mismo del milagro, á cuyo fin, después de haberse terminado la procesión, llamó á tres padres predicadores de la misma Orden, y llevándolos á la iglesia, que estaba completamente cerra-

da, subieron al altar mayor y entre los cuatro abrieron el sagrario, sacaron el Sacramento y lo colocaron sobre un alto sitial, con las correspondientes velas. Acto continuo apareció el Niño Jesús en la Hostia del mismo modo y figura que en la anterior visión. Dudaron los religiosos de la formación del rostro, porque sólo se veían los cabellos, hasta que advirtieron que tenía el rostro vuelto hacia la parte de la Epístola, mientras que ellos estaban á la del Evangelio. Causóles gran tristeza ver en aquella postura al divino Niño, temiendo fuese castigo de su duda. Sin embargo, bajaron la Custodia al plano del altar y al instante aparecieron en la Hostia tres corazones blancos unidos entre sí. Maravillados de este nuevo prodigio, se convencieron del estupendo suceso que Dios se dignó obrar á favor de los indios, para que radicasen sus corazones en la fe de Jesucristo, particularmente en lo perteneciente á este Misterio, entonces aun tierna en sus corazones. De aquí provino el respeto y veneración especiales que aquellos pueblos tienen al augusto Sacramento del altar. Y porque maravillas tan singulares no quedaran en el olvido, los franciscanos, juntamente con muchos de los testigos presenciales, formaron autenticidad del suceso, prestando veraz juramento. Dieron igualmente parte al rey de España Carlos II, quien, movido de compasión hacia los indios, por haber tenido noticia de que se hallaban pobrísimos, mandó que, para el culto y ornato de las iglesias donde estuviese el Santísimo Sacramento, se diesen de sus cajas particulares 1000 pesos de á 8 reales de plata (1).

---

(1) Revista Francisc. del mes de Abril de 1893.

CAPÍTULO XIV

Prosigue la materia del anterior

SUMARIO

Artículo I.—La asistencia de los ángeles al Sacramento, prueba la veracidad de este Misterio.

1. Testimonios de los santos.—2.—El descuido de un diácono.—3. S. Eutimio.—4. La visión de la V. Oda.

Artículo II.—El olfato, el gusto y el tacto son testimonios de la existencia de Cristo en la Eucaristía.

1. La fragancia de la Eucaristía.—2.—La comunión de un enfermo.—3. Fr. Diego de Venecia.—4. La cristiana mujer.—5 y 6. S. Elceario y Santa María de Oignes.—7. La petición de un celebrante otorgada—8. La comunión del judío.

Artículo III.—El firmamento con sus astros ha dado testimonio de la Eucaristía.

1. La narración del hebreo.—2. S. Coprete apostrofando al sol.—3. La cruz bajada del cielo.—4. El milagro de Santa María de Jesús, extramuros de Valencia.

Artículo IV.—La tierra y el lodo han dado testimonio del dogma Eucarístico.

1. La Hostia sobre el ladrillo.—2. El Sacramento en el lodo.—3. El monje de Filojeme.

Artículo V.—El mar y los peces confirmando el Sacramento del altar.

1, 2. La Hostia que salvó á los tripulantes.—3. La playa de Amalfi.—4. El barranco de Carraixet.

Artículo VI.—El fuego ha corroborado el dogma de la Eucaristía.

1. Las llamas respetando á los comulgantes.—2. El prodigio de Amsterdam.—3. El de Faverney.

Artículo VII.—Los instrumentos músicos apoyando el dogma del Sacramento del Altar.

1. El clarín y las Hostias consagradas.

Contar los beneficios de Dios es alabar su bondad; referir sus obras es ensalzar su sabiduría; y celebrar sus maravillas es glorificar su omnipotencia. Por esto; ¿qué ca-

tólico habrá que no quiera desempeñar con placer semejantes cargos? Si, como dice el Pontífice Inocencio III, es indecible delicia para el alma enumerar los portentos del Altísimo, ¿qué cristiano, qué fervoroso hijo de la Iglesia no publicará las grandezas de su Dios, las magnificencias de su diestra, los prodigios de su terrible á la par que suave mano? Nada más glorioso, nada más santo para el hombre, después de amar á Dios, que hablar de las obras de este mismo Señor, que mostrar con generoso pecho, con ardoroso corazón, con humilde y rendida voluntad, sus eternas perfecciones y sus producciones espléndidas. Por esto, no debe extrañar al lector que sea algo difuso en la narración de los milagros obrados por la eterna Sabiduría en testimonio de la Eucaristía. Prosigamos, pues, su relación.

Artículo I.—La asistencia de los ángeles al Sacramento prueba la veracidad de este Misterio

1. S. Juan Crisóstomo (1) afirma que cuando el sacerdote celebra el santo Sacrificio, muchos ángeles sirven en el altar, y S. Gregorio Magno (2) añade que en la Misa, á la voz del sacerdote, se abren los cielos, y asisten los coros de los ángeles. Efectivamente, muchos cristianos y personas devotas han visto los espíritus celestiales en la Misa. Así, Santa Catalina de Bolonia y Sor Francisca de Santo Domingo contemplaban la presencia de los ángeles, que algunas veces ministraban al sacerdote en el Sacrificio.

2. Refiere Hugo de S. Víctor (3) que un diácono, llevando la Custodia del Sacramento, ya fuese por descuido ó porque tropezara con algún objeto, se le deslizó aquélla de las manos, y fué visto que los ángeles la recibieron antes que llegase al suelo y la depositaron respetuosamente en el altar.

3. Á S. Eutimio, según él mismo contaba á sus amigos espirituales, le servían los ángeles en la Misa.

---

(1) De sacerdotio, lib. 6.
(2) Lib. IV, dialog., cap. 58.
(3) Tom. II, serm. 94.

4. Una venerable religiosa, llamada Oda, vió un día que un santo sacerdote, al tiempo de celebrar, fué cubierto con un ropaje celestial, y que en el acto de la elevación de la Hostia, dos ángeles, colocados á cada lado del altar, sostenían los brazos del sacerdote, le recogían las mangas y hacían genuflexiones con él.

Artículo II. El olfato, el gusto y el tacto son excelentes testimonios de la existencia de Cristo en la Eucaristía

1. Guillermo, (1) obispo de París, refiere de un religioso lego de S. Bernardo, que siempre que estaba delante de la augusta Eucaristía, sentía un suave olor que no percibía en las demás ocasiones. Esta odorífera fragancia le despertaba tal deseo de comer de la misma Custodia, que en una ocasión llegó á ejecutarlo de la madera de un viril viejo en que había sido guardado el Santísimo Sacramento; y debido al referido perfume, sabía distinguir perfectamente los lugares por donde había pasado el Redentor Sacramentado.

2. Un bienaventurado religioso, llamado Fr. Pablo de Sevilla, hallándose en su última enfermedad, desprendía de la boca un hedor tan pestífero que nadie podía entrar en su celda; pero en el momento que Jesús Sacramentado entró en su boca, aquella celda, debido á la rica fragancia que emitía, parecía haberse convertido en vergel odorífero.

3. El Beato Fr. Diego de Venecia, devotísimo de la Eucaristía, sufrió en el pecho una horrible llaga por espacio de cuatro años, la cual debía naturalmente desprender un hedor intolerable. Sucedió empero, todo lo contrario; y después de muerto se advirtió que salía de su cuerpo tan exquisito aroma que podía confortar los desmayos.

4. Cesáreo refiere de una cristiana mujer, que el día que comulgaba no podía gustar de otros sabores materiales, pues las dulzuras de Jesucristo Sacramentado le llenaban y satisfacían el corazón.

5. Cuando comulgaba S. Elceario, parecíale que toma-

---

(1) Retórica divina, cap. 34.

ba un bocado de maná celestial, según refirió á su esposa Santa Delfina (1).

6. Jacobo (2) de Vitriaco cuenta de Santa María de Oignes, que en su última enfermedad únicamente podía tragar el Santísimo Viático, al paso que arrojaba inmediatamente los demás alimentos.

7. No debiera proferir una palabra respecto á que el tacto es una indefectible prueba de la real presencia de Cristo en la Eucaristía, porque este punto quedó demostrado ya en otros ejemplos anteriores; mas para insinuar algo aquí, ya que tratamos de este asunto en particular, referiré que cierto sacerdote deseaba fervorosamente ver á Cristo en la Eucaristía. Un día, después que dijo los Agnus, se arrodilló y pidió á Dios con gran instancia le concediese su petición. Aparecióseles un ángel y le aseguró que vería pronto á Jesucristo. Levantóse el celebrante y contempló con los ojos corporales á un gracioso Niño que estaba sentado sobre la patena. Rogóle el ángel que tomase al Niño y le besara, lo cual ejecutó pronta y alegremente el sacerdote, quedando poco después el Niño transformado en la Hostia de antes.

8. Refiere Santo Tomás de Aquino (3) que, estando S. Basilio celebrando el Sacrificio de la Misa, había entre los cristianos asistentes un judío, el cual, como viera que aquéllos se acercaban al altar para comulgar el Cuerpo de Cristo, y que lo que se les entregaba era un lindo Niño, se atrevió él también á practicar lo mismo. Tomó la santa Hostia pero notó que era verdadera carne. Guardóla; enseñóla á su mujer, y convirtiéndose ambos, recibieron el bautismo.

Artículo III.—El firmamento con sus astros ha dado testimonio de la Eucaristía

1. Siendo arzobispo de Valencia Santo Tomás de Villanueva le fué pasado recado de que fuera á visitar á un ju-

(1) Surio, tom. 5 á 27 Septiembre.
(2) Lib. 2, cap. 12.
(3) Opusc. 58, c. 11.

dío de nación que estaba gravemente enfermo. Estando el santo en casa del israelita, le contó éste la visión siguiente: «Siendo yo todavía joven, y caminando un día con un amigo, conferenciábamos sobre la venida del futuro Mesías y exclamábamos á menudo: Oh ¡cuán contentos estaríamos si tuviéramos la inefable dicha de ver á este Redentor de la humanidad! Esto íbamos diciendo entrada ya la noche, cuando he ahí que apareció un maravilloso resplandor en lo más alto del firmamento, como si el cielo se hubiera abierto. Nosotros nos arrodillamos en el suelo y, de conformidad con las creencias de nuestros mayores, comenzamos á pedir al Dios de Israel nos mostrase el tan suspirado Mesías. De repente vimos aparecer en medio del resplandor un cáliz con una hostia, de la propia manera que los cristianos pintan el Sacramento del Altar, y sentimos interiormente una voz que nos aseguraba que esta Hostia y este Cáliz son el Misterio del Mesías que confiesan los cristianos y que es el Redentor prometido. Confusos y amedrentados, pero convertidos, nos fuimos á nuestras casas y cuando tuvimos ocasión nos hicimos bautizar». Este prodigio es referido por el citado Santo (1).

2. El ermitaño S. Coprete conducía en una ocasión el sagrado Viático á un enfermo, súbdito suyo. Era la hora de ponerse el sol, y como le faltase todavía un trecho largo para llegar á la casa del doliente, puesta la confianza en Dios, y dirigiéndose al astro que preside el día, le dijo estas palabras: «En nombre de mi Señor Jesucristo te mando que te detengas en tu carrera hasta que termine yo el ministerio que estoy desempeñando». ¡Maravillas del Excelso! Quedó la tierra inmóvil, ó hizo Dios que así pareciese á todos los que observaban el prodigio, hasta que el santo religioso volvió á la iglesia de donde había partido. Espantados los vecinos del lugar, al ver al sol tanto tiempo en el mismo sitio, preguntaron al santo la causa, y éste les contestó:—¿No os acordáis de lo que dijo el Señor: «Si tuvie-

(1) Feria 2, de Corp. Christi.

reis fe como un grano de mostaza haréis mayores milagros que éstos»? (1).

3. El cielo ha confirmado con raras maravillas el dogma de la Eucaristía. Se refiere en las crónicas de Nuestro Padre S. Francisco, que un religioso menor, cuyo nombre se ignora, pero se sabe que era morador del convento de franciscanos de Guadalajara, donde se conservan los auténticos documentos, predicó en la mencionada ciudad, con ocasión en que el pueblo por faltarle el agua, salió en pública rogativa á la ermita de Nuestro Padre Santo Domingo. Concluídas por los ministros las ceremonias que se acostumbra practicar en semejantes ocasiones, salió el referido franciscano á la parte exterior de la ermita y pronunció un fervoroso sermón acerca de la real presencia de Nuestro Señor Jesucristo bajo los accidentes de pan y vino, quedando totalmente destruídas estas substancias por virtud de las palabras consagratorias. Predicó sobre este punto, porque la fe en aquellos tiempos estaba bastante decaída en algunos lugares, ya por el cisma de los tres pontífices que aun subsistía, ya por la herejía de los husitas que todo lo invadía, ora finalmente por los judíos tolerados, enemigos acérrimos de Jesucristo. En confirmación, pues, de la doctrina predicada, bajó repentinamente del cielo una cruz rodeada de gloria, que, colocándose sobre la cabeza del religioso, le servía de brillante diadema. Esta hermosa cruz era de proporciones admirables. Su altura era como de medio metro; su color blanquísimo como la nieve y tenía en el árbol como de relieve tres botones rojos, semejantes á los rubíes. Absortos ante una maravilla tan peregrina, que duró largas horas, confirmáronse muchos en la fe del dogma eucarístico; y para que el prodigio quedara notificado, se apresuró el pueblo á sacar copias de la esplendorosa cruz. No se contentó con esto el Padre de las misericordias, si que también quiso que sus humildes hijos obtuviesen lo que habían acabado de pedir. Á cuyo fin, empezó á cubrirse de nubes el cielo que momentos antes estaba sereno, y á poco rato

(1) In vitis Patrum.

llovió tan copiosamente que dejó beneficiada la tierra y contentos los moradores de la ciudad (1).

4. La tradición valentina (España) refiere que ciertos ladrones, rompiendo el tabernáculo del templo de Santa María de Jesús de PP. Franciscanos, extramuros de la mencionada ciudad, extrajeron el copón del Sacramento y lo llevaron consigo. Algunos religiosos que oyeron los golpes salieron inmediatamente á la calle mientras que los astutos cacos, dándose á la fuga, lograron apartarse totalmente de la vista de los religiosos. Como aquéllos no estaban seguros en el lugar que se habían refugiado, determinaron esconder el copón en las entrañas de la tierra, á fin de poder extraerlo de ella cuando no hubiese peligro de ser conocidos. Á pocos días, el dueño de la hermosa huerta en cuyo terreno estaba el copón, notó con admiración grande que las aguas de regadío seguían dirección contraria á la acostumbrada, esto es: hacia el lugar donde estaba el santo Sacramento. Los religiosos y transeuntes notaron, asimismo, por la noche, que muchas refulgentes estrellas descendían al mismo lugar, fenómeno que se repitió todas las noches hasta que fué hallado el copón. Corriendo por la ciudad el rumor de lo que pasaba, fué ésta á cerciorarse de la realidad de la noticia, y convencida del prodigio, ordenóse una solemnísima procesión hacia el lugar de las maravillas, donde, cavando luego, encontraron el vaso sagrado que contenía las santas Hostias. Fueron devueltas á la Iglesia de Santa María de Jesús, y en el sitio que sucedió el prodigio fué construída una pequeña ermita, la cual se conserva aún en nuestros días (2).

Artículo IV.—La tierra y el lodo han dado testimonio del dogma eucarístico

1. En la Iglesia de Santa Columba de París estaba un sacerdote celebrando el santo sacrificio y se le cayó al suelo la santa Hostia. Recibióla el ladrillo con tanta reve-

(1) Cronica Seraf., Tom. V, lib. 3, cap. 13.
(2) Crónica Seráfica.

rencia, que en él quedó dibujada la Hostia, no sólo en su figura, sino hasta en sus más minuciosos detalles.

2. Llevaba un sacerdote el santo Viático á un enfermo, y al pasar por una calle en que había mucho lodo, resbaló y cayó en medio de él, desapareciendo la sagrada Hostia. Triste y lloroso el ministro de Dios, se arrodilló en el suelo, pidiendo al Señor se dignara mostrar su Sacramento; mas, viendo que no conseguía inmediatamente sus deseos, reiteró las súplicas, arrojándose él mismo en el lodo y diciendo á Dios: Oh buen Jesús, perdonadme mi pecado, que yo prometo no levantarme de aquí hasta que os halle. El Señor quiso escuchar la voz de su ministro. Inmediatamente apareció en medio del sucio barro una hermosísima planta, y en uno de sus tallos se destacaba, íntegra y blanquísima, la Hostia Divina. Los circunstantes se confirmaron en la fe y alabaron los beneficios del Altísimo (1).

3. Había en la ciudad de Dade (isla de Chipre) un monasterio llamado Filojeme, en el cual encontró S. Sofronio á un monje, natural de Melitene, que no cesaba de llorar amargamente. El santo y sus compañeros de viaje dijéronle que sosegase, pues Dios le consolaría. No accedió el monje, antes bien con gran sentimiento exclamó: —¿Cómo tengo de descansar pues soy pecador y más que todos los que ha habido en el mundo? Replicáronle los huéspedes que ninguno, excepto Dios, se halla sin pecado, y al fin, si había cometido algún gravísimo delito, no se acobardara, porque si hacía penitencia, el Altísimo se lo perdonaría.—Verdaderamente, hermanos, contestó el afligido monje, no he hallado otro pecador como yo, ni se hallará mayor delito que el que yo cometí. Mas para que conozcáis que digo la verdad, oid mi gran pecado, con objeto de que roguéis á Dios por mí. Cuando vivía yo en el siglo era hereje severiano y me hallaba casado con una consorte que también profesaba mi secta. Al volver yo cierto día á mi casa hallé de falta á mi mujer y, preguntando donde estaba, me dijeron que se había

(1) Bleda.

ido al domicilio de la vecina para comulgar juntamente con ella la Hostia de los católicos. Al punto mandé llamarla, mas no haciendo caso de mis insinuaciones, yo mismo fuí donde estaba, y, viendo que había comulgado, montado en furiosa cólera, le apreté la garganta y le hice arrojar la santa Hostia. Tomé después á Esta, y arrojándola á una y otra parte con indignación, vino á parar finalmente en el suelo. De repente apareció un gran resplandor que cubrió á la Hostia, la cual desapareció con él. Pasaron dos días y se me presentó cierto negro de horrible aspecto que me dijo: Tú y yo estamos condenados á un mismo tormento. É interrogándole yo, ¿quién era? Yo soy aquél, me dijo, que di un bofetón en la mejilla al Criador del mundo, cuando su Pasión. Desde aquel tiempo, añadió el monje, no he dejado jamás de llorar (1).

Artículo V.—El mar y los peces confirmando el Divino Sacramento del Altar.

1. Refiere S. Gregorio Magno que, viniendo de Constantinopla á Roma, le contaron el siguiente prodigio. Á unos amigos de los marineros con quienes el santo iba de viaje, les alcanzó en medio del mar una horrible tempestad de suerte que, llenándose de agua el barco, temían perder por instantes la vidas. Resolvieron confesarse todos y recibir la Divina Eucaristía. Efectivamente en aquellos tiempos de Fe era llevada la Sagrada Forma en las embarcaciones. Llenóse de agua enteramente el casco del navío y así navegaron nueve días sin experimentar ningún percance, al cabo de los cuales llegaron al puerto, y en el mismo momento en que tocaron tierra, se hundió el barco. El mar había respetado al Sacramento Divinísimo.

2. Un hermano de S. Ambrosio, llamado Satiro, fué preservado de un naufragio cierto, por llevar en su cuello la Hostia consagrada (2).

3. Nuestro Padre S. Francisco predicaba cierto día en

(1) S. Sofronio, Prado Espiritual.
(2) Lib. I, de Offic.

el púlpito de la Iglesia de Amalfi sobre la real presencia de Cristro Nuestro Señor en la Eucaristía, y los herejes mostrábanse duros á las razones que les aducía. Impulsado el seráfico fundador por el Espíritu divino, les dijo estas inesperadas palabras: «Puesto que no creéis en este prodigio de la Omnipotencia oculto á vuestros ojos corporales, aun habéis de ver otros prodigios grandes que os convencerán de ello. Venid conmigo, añadió, y quedaréis admirados de lo que váis á ver», y, bajando del púlpito, salió de la Iglesia seguido de un numeroso concurso de herejes. Al llegar á la playa de Amalfi, no muy distante del pueblo, dirigióse al mar y exclamó todo conmovido: «¡Peces del mar Tirreno! puesto que vosotros sois más gratos al Creador que estos herejes, dad testimonio de lo que predico para mayor gloria del Altísimo.» En el mismo momento salieron los peces á la orilla del mar, colocándose en ademán de oirle tan perfectamente, que no se ordenarían mejor por sí solos los que concurren á los espectáculos. En la primera fila inmediata á la playa, estaban los más pequeños, en la segunda se habían colocado los de mayores dimensiones y así sucesivamente se colocaron de menor á mayor, en las demás filas. Levantaban todos sus cabecitas en ademán de escuchar las palabras del santo, y reinaba al propio tiempo en ellos un silencio encantador. Luego que así se colocaron, dirigiéndoles Francisco la palabra del mismo modo que si hablara á los herejes, aunque éstos también le escuchaban, dijo: «¡Oh hermanos peces! cantad y alabad al Señor que os ha dado este anchuroso mar, con el fin de que viváis y os reproduzcáis en su seno. Él os conservó en el diluvio para que vuestra especie no se acabara. Él os da el alimento necesario para vuestro sustento... Alabad y glorificad su santo nombre y predicad sus grandezas». Apenas hubo acabado de hacerles tan celestial oración, los pececitos, para manifestar el agradecimiento que tenían á su Criador, y asimismo, con objeto de confirmar la doctrina del santo, meneaban sus aletas, inclinaban á su modo sus cabecitas y, como si saltasen de alegría, bendecían á Dios. Por fin: des-

pués que S. Francisco conoció que aquellos empedernidos corazones estaban ya movidos por el milagro que acababan de presenciar, dió la bendición á los peces y se entraron éstos en su elemento. Muchos de los herejes pidieron perdón al santo y se unieron al gremio de la Iglesia (1).

4. Una sólida tradición de Alboraya, pueblo cercano á la ciudad de Valencia, recuerda que, pasando un sacerdote por el barranco Pedralvillo, vulgo de Carraixet, en ocasión que llevaba el Santísimo Sacramento por Viático á un enfermo, perdió el equilibrio y cayó al fondo, desapareciendo de sus manos la Eucaristía, aunque logrando él salir ileso. Triste por esta desgracia, fué al pueblo y, confiando en Dios, tomó otro copón y se dirigió de nuevo á la orilla del barranco, donde, ¡oh maravilla del Altísimo! salieron varios peceeitos, ostentando cada uno en su boca una Hostia, y, acercándose el sacerdote, ellos mismos la depositaron en el sagrado vaso. Sucedió este prodigio en Julio de 1348.

Artículo VI.—El fuego ha corroborado el dogma de la Eucaristía

1. Poco después de los principios de la Iglesia sucedieron dos famosísimos milagros en dos niños judíos que, habiendo recibido la Comunión en la Iglesia de los católicos, fueron azotados por sus propios padres y arrojados en un horno de fuego ardiendo, cuyas llamas respetaron á los parvulillos, debido á la Sagrada Eucaristía que habían comulgado.

2. En 1445 sucedió en Amsterdam que un enfermo, á causa de los contínuos vómitos que padecía, arrojó de su boca la sagrada Hostia, la cual, echada al fuego, permaneció ilesa. Después se veía en ella la imagen de Nuestro Señor Jesucristo resucitado, con un pie sobre el sepulcro y el otro dentro de él. Sucedió más tarde, que, declarándose un incendio en la iglesia, se redujo ésta á cenizas, menos la Sagrada Hostia y la arquilla dentro de la cual se contenia (2).

(1) Vida del Santo.
(2) Molanus natal. SS. Belgii, 16 mart.

3. Otro prodigio (1) semejante tuvo lugar el 25 de Mayo de 1608, en la iglesia abacial de Faverney, diócesis de Besançón. Habían concurrido muchísimos fieles al mencionado templo con objeto de lucrar la indulgencia que los Sumos Pontífices concedieron para la fiesta de Pentecostés. Los Benedictinos colocaron dos Hostias en la Custodia de plata para exponerlas á la adoración pública. Obtenido el objeto, se declaró luego un terrible incendio que consumió no sólo el altar, sino también la sabanilla de éste, el tabernáculo, los ornamentos y los tapices, quedando ilesa entre tantos objetos sólo la referida Custodia. Ésta para mayor milagro, quedó suspendida en el aire, subsistiendo así durante 33 horas consecutivas, con admiración grande de unas 10.000 personas que acudieron al santuario para presenciar el prodigio. Como las noticias toman pronto incremento, particularmente si son extraordinarias, aconteció que de la Borgoña y otros lugares se agolparon en Faverney para ver el milagro 200.000 personas, además de las mencionadas. Transcurrieron tres días en los que la sagrada Hostia estuvo suspendida en el aire, al cabo de los cuales, celebrándose Misa en el mismo templo, al llegar el momento de alzar la sagrada Hostia, bajó la milagrosa Custodia y se colocó encima de un misal preparado de antemano sobre un corporal limpísimo. Entonces prorrumpieron á grandes voces todos los concurrentes como si estuviesen en la plaza. El arzobispo de Besançón, habiendo oído á los testigos, y examinado el prodigio, lo declaró por milagroso; y el papa Paulo V expidió con este motivo una bula. Para perpetua memoria de este suceso, todos los años se hace en Faverney especial conmemoración.

Otros cuatro milagros portentosos registran los autores que se ocupan de esta materia; ocurrido el primero en una villa de Francia, cerca del río Matrona; el segundo en Agua Viva, del reino de Aragón; el tercero en Paracuellos de Giloca, obispado de Tarazona y el cuarto en la iglesia parro-

(1) Casanueva, Catecismo de ejemp. Eucarist., pag. 335.—Alápide.

quial Tuitrense. En todos estos milagrosos sucesos quedaron íntegras las Hostias consagradas, y por ellos confirmáronse en la fe los espectadores.

Artículo VII.—Los instrumentos músicos apoyando el dogma del Sacramento del Altar

1. En la villa de Cracovia, provincia de Mecklemburgo (Alemania) unos perversos judíos, para satisfacer su satánico odio contra Jesucristo, robaron un copón con las sagradas Formas. Para conseguir aquel objeto retorcieron algunas hostias, á otras mordieron ó despedazaron con los dientes, acocearon otras y las restantes las desparramaron por el camino, con objeto de que las pisaran los fieles. Notificáronse esta suerte de sacrilegios al cabildo de Gustrow, el cual ordenó, que, ayunando el clero, pidiese con humildad y confianza á Dios el hallazgo del Santísimo Sacramento. Sin embargo, antes de obtener la petición, pudieron averiguar quiénes eran los fautores de tanto crimen. Halláronlos: y, confesando éstos sus propias maldades é, indicando el lugar donde habían arrojado las sagradas Hostias, fueron en busca de las mismas, el clero y el pueblo. Pero, ¿quién las podía encontrar todas? Los que por allí habían transitado, el viento, el polvo del camino, eran más que suficientes para hacerlas desaparecer. No obstante, con la confianza en el Señor y por inspiración suya, cogieron un clarín y al hacer vibrar su hermosa voz aparecían las santas Hostias. Multiplicábanse los prodigios y á su vista crecía la concurrencia que bendijo al Altísimo. Reconocidos á tanta maravilla los ciudadanos de aquel lugar, construyeron una capilla en honor y testimonio de la Eucaristía. Los autores de tanta perfidia murieron en especiales tormentos.

CAPÍTULO XV

Continúa el asunto de los dos capítulos anteriores, juntamente con la inclusión de algunos otros diversos prodigios

SUMARIO

Artículo I.—Los animales irracionales confirmando la Eucaristía.

1. La ovejita de S. Francisco.—2. La custodia de Oliva, encontrada por el labrador.—3. La Hostia sobre el heno.—4. La Eucaristía arrojada al jumento.—5. Los bueyes postrados ante el Sacramento.—6. El pastor indiscreto.

Artículo II.—Las aves y las abejas adorando la Eucaristía.

1. Las abejas en derredor del Sacramento.—2. El Sacramento en la colmena.—3. El colmenero extasiado.—4. El Beato Nicolás Factor y las avecillas.

Artículo III.—Las inmóviles efigies publicando el dogma Eucarístico.

1. La imagen del Niño Jesús, de Alcoy.

Artículo IV.—El viento ha reconocido el Misterio de la Eucaristía.

1. El robo sacrílego de Turín.—2. El Beato Nicolás Factor en la procesión del Corpus, de Chelva.

Artículo V.—Los muertos han testificado ser positivo el dogma del Sacramento del Altar.

1. La confesión del monje Pelagio.—2. Las señoras enterradas.—3. Los difuntos del Convento de la Murta.—4. El aparecido en Alesio.

Artículo VI.—Los mismos espíritus malos han asentido al dogma de la Eucaristía.

1. Los raros jóvenes catalanes.—2. Los demonios en hábito dominicano.—3. La posesa.

Artículo VII.—La salud lograda mediante el Santísimo Sacramento, es prueba evidente de la veracidad de este Misterio.

1. El milagro de la Rochela.—2. Santa Catalina de Génova.—3. Un prodigio durante la procesión del Corpus en Bruselas.

Artículo VIII.—La necesidad que tiene el hombre del alimento corporal, prueba en los que no lo hubieron menester por mucho tiempo la realidad del dogma de la Eucaristía.

1. Los siervos de Dios.

Artículo IX.—El Espíritu Santo ha declarado visiblemente que Jesucristo se halla realmente en el Sacramento del Altar.

1. S. Aimón.—2 y 3. S. Malaquías.

Artículo X.—Otros insignes prodigios confirman la existencia de nuestro dogma Eucarístico.

1. Una carta de Inocencio III.—2. El caballero de Provenza.—3. La santidad de los que comulgan con buenas disposiciones.

Nos haríamos interminables si pretendiésemos referir todos los portentos que el Omnipotente ha obrado en confirmación del dogma eucarístico. Son tantos y tan magníficos, que leer ú oír uno solo, hace que el corazón más empedernido se ablande y que el alma más indiferente se enfervorice en el servicio de un Dios que comprueba su doctrina con hechos en realidad tan asombrosos. Á la verdad, ante un milagro como los que hemos referido y de los que en algunos quedan aún vestigios, ¿qué incrédulo no se desasirá de su error? ¿qué cerviz más arrogante no se humillará? ¿qué católico no se abrasará en el divino amor? Yo por mi parte, confieso, que si para creer los dogmas de fe no me moviera la autoridad infalible de la Iglesia Católica, me movería la relación de uno de los mencionados prodigios, con tal que me probaran que el hecho fué cierto como fueron ciertos los referidos. Por eso tengo especial placer en narrarlos, particularmente, siendo tan notables.

Artículo I.—Los animales irracionales confirmando la Eucaristía

1. Los mismos irracionales han dado culto al Santísimo Sacramento. Anteriormente quedó mencionado el raro prodigio efectuado por intercesión de S. Antonio; ahora vamos á referir uno que se cuenta en la vida de Nuestro Padre S. Francisco. Tenía este bendito santo una ovejita que la llevaba con frecuencia á su lado, tan obediente á lo que se le indicaba que semejaba los primitivos tiempos de la crea-

ción cuando los irracionales estaban sujetos á nuestros primeros padres. Á pesar de la caída del hombre, fué concedida sin embargo esta prerrogativa al seráfico fundador. Cuando éste iba á coro, seguíale la ovejita, y al pasar por delante de una imagen de María Santísima, inclinaba la cabecita, cual lo hacían los religiosos cuando por allí pasaban. Semejante costumbre practicaba también cuando se hacía la señal para oír misa; entonces el manso irracional entraba en la iglesia y estaba quieto y silencioso; pero llegaba la hora de la consagración y al alzar la santa Hostia, como si estuviera dotado de razón, se postraba en tierra y adoraba á Jesucristo Sacramentado. Este prodigio sucedía casi diariamente, y de él debemos aprender todos. Puesto que somos racionales debemos con más justicia postrarnos en el suelo y adorar al Dios Sacramentado. ¡Lección terrible para los malos cristianos, y argumento concluyente contra los herejes! (1).

2. Había sido escondida la Custodia del Santísimo juntamente con la sagrada Hostia, en una de las huertas inmediatas al exconvento de franciscanos de Oliva (Valencia). Nadie sabía, ni podía venir en conocimiento del lugar donde se hallaba el santo depósito. Pero cierto día, el agricultor de aquella huerta, caminando hacia la misma con intención de ararla, notó que al llegar la bestia á cierto sitio se arrodilló bruscamente. Prorrumpió en gritos el buen hombre para que se levantase. Obedeció ella y empezó el surco, pero al llegar al lugar de antes se postró de nuevo. Arremetióla el labrador y así anduvo varias veces, arrodillándose siempre en el mismo lugar. Conociendo su dueño que las postraciones de la bestia indicaban algún suceso maravilloso, cavó la tierra y halló la resplandeciente Custodia del Augusto Sacramento. Bien puede figurarse el lector cuál sería el indecible gozo que el feliz agricultor tendría al ver en sus manos aquella preciosa margarita. Llamó al Sr. Cura y, con solemne procesión, la devolvieron al templo. Después edificaron un monumento en el lugar del prodigio, el cual sir-

(1) In vita S. Francisci.

ve hoy de testimonio del milagro y de recuerdo para la posteridad.

3. Se refiere en el Promptuario que, (1) disputando un hereje con un obispo católico sobre la real presencia de Cristo en la Eucaristía, y no queriendo ceder aquél á las razones de éste, vino por último á prometer el hereje, que puesta una Hostia sobre el heno, si no era tocada de las bestias, creería en este dogma. Accedió el prelado á la propuesta, y en efecto, colocaron la santa Hostia del modo referido; soltaron un caballo, un buey y un jumento para que comieran del heno; mas, ¡oh prodigio! al llegar al pesebre se arrodillaron los tres brutos, reverenciando á la Divina Hostia y haciendo menos caso del heno. Visto lo cual por el hereje, se arrodilló, adoró á Jesucristo y se convirtió á la Religión Católica.

4. Otro perverso hereje, para irrisión de la Santísima Eucaristía, cogió una Hostia consagrada y la arrojó á su jumento, colocándola encima del pienso. Inmediatamente el bruto se arrodilló y adoró el Sacramento (2).

5. Unos diestros ladrones robaron de noche en la villa de Komele, la Custodia con el Santísimo Sacramento. Por miedo á la justicia, la condujeron á un campo que estaba aún por arar. Justamente al día siguiente fué el labrador á arar la tierra con un par de bueyes, los cuales, al llegar al lugar del santo Depósito, se hincaron de rodillas y no quisieron pasar adelante por más que instase el agricultor. Descubrió entonces éste la Custodia y, dando aviso al párroco, la condujeron solemnemente á la parroquia (3).

6. Hubo un pastor muy cristiano, pero al propio tiempo indiscreto, que, no pudiendo asistir los domingos á la santa misa, un día que recibió la sagrada Comunión, tomó parte de la Hostia y la colocó en un hueco del cayado que había labrado á propósito. Llegaban los días festivos y el pastor, con toda la devoción posible, cual si estuviera en la

(1) Discípulo, letra E. ejemplo 31.
(2) Bleda. milagro 108.
(3) Cesario. lib, 9. cap. 7.

Casa de Dios, se hincaba de rodillas ante la sagrada Hostia, rezaba el rosario y otras oraciones y de este modo santificaba el domingo. Como cierto día anduviesen desparrámadas sus reses, deseó coger el cayado para arrojarlo con violencia á una de ellas, mas el cayado no sólo se hizo pesado, antes bien se hundió en la tierra; en el mismo instante acudieron todas las ovejas y se arrodillaron en derredor del cayado. Pasmado el incauto pastor, avisó al párroco, quien participó el suceso al Obispo, y ambos fueron en solemne procesión al lugar del milagro para llevar el Señor á la iglesia.

Artículo II.—Las abejas y las aves adorando la Eucaristía

1. Penetrando ciertos perversos ladrones en un templo, robaron, entre otros objetos, una preciosa Custodia que contenía el Santísimo Sacramento. Huyeron después á un monte cercano con el fin de repartirse las alhajas, mas no sabiendo qué hacer de la sagrada Hostia (pues mientras que unos la querían quemar, otros deseaban reducirla á menudos trozos ó arrojarla en lugar oculto) determinaron lo último, á cuyo efecto la lanzaron con desdén en una cavidad del monte, sitio en que las abejas fabricaban un rico panal de miel. Dios Nuestro Señor no quería que tan alto Sacramento habitase en lugar tan asqueroso, por lo cual obró el prodigio siguiente: Hallábase de noche un pastor guardando su ganado, cuando he ahí que vió arder los alrededores del lugar donde estaban las abejas. Dió poca importancia al caso, mas en la siguiente noche vió repetirse la misma escena. Asombróse, pero, sin atreverse á subir al sitio del incendio, dejó pasar la noche y el día siguiente. En la noche de este día, admiró con bastante extrañeza que ardían sobre manera los mismos lugares, por lo cual, no pudiendo contenerse, se acercó á ellos y vió que las abejas andaban en forma de coro revoloteando al rededor de cierta cosa blanca, que después, por la atención que puso en ella notó ser una Hostia. Las abejas habían levantado á su modo un altar colocando la santa Forma en su parte más alta y producían mucho ruído, cual si cantaran alabanzas á su Criador. El

pastor corrió á la villa para noticiar el prodigio al señor cura, quien, enterado del suceso, ordenó una suntuosa procesión que condujo la santa Hostia á la iglesia.

2. Otros dos prodigios semejantes cuentan S. Antonino y Cesario. Refiere el primero (1) que cierto rústico deseaba hacerse con mucha miel, para lo cual se dejó engañar de un hechicero que le dijo:—Guarda el Sacramento cuando vayas á comulgar y luego lo arrojas en la colmena; verás entonces cómo todas las abejas de los demás colmenares pasarán á la tuya.—El miserable idiota lo efectuó así, mas llegado el tiempo de castrar las colmenas hallólas vacías. Observó además la en que había arrojado la Eucaristía y notó que las abejas estaban al rededor de la Hostia, produciendo consonancias que más bién parecían cantares angélicos. Quiso abrir la colmena para verla mejor, pero al instante salieron con ímpetu las abejas y se arrojaron sobre él, causándole muchísimas heridas. Rindióse el rústico y, exclamando ¡milagro! ¡milagro! notició al cura, el cual condujo al Señor al templo.

3. El prodigio que refiere Cesario es como sigue: (2). Un rústico por idénticos fines que los anteriores cogió la santa Hostia con que había comulgado y fué á arrojarla en una colmena, pero en ocasión tan desgraciada que se le cayó al suelo. Salieron las abejas y comenzaron á cantar y á ponerse en derredor de la Hostia sagrada. Enojado el rústico contra semejantes insectos por cuya codicia había cometido tamaño sacrilegio, arrojó gran cantidad de agua en la colmena y mató las abejas. Revolvió los panales para observar el estado de la Hostia, pero, ¿cuánta no fué su admiración al contemplar un hermosísimo Niño que había ocupado su lugar? Mas, juzgando que estaba muerto, fué á cogerle para enterrarle en el cementerio, y desapareció de sus manos. Este caso lo contó el rústico al cura, quien lo refirió al Obispo, el cual lo participó á Pedro Cluniacense, de cuyos escritos lo hemos tomado (3).

---

(1) Teolog. 3 p., tit. 12, cap. 7, § 2.
(2) Lib. 9, cap. 8.
(3) Lib. I miraculorum, cap. I.

4. Cierto día el Beato Nicolás Factor llevaba el Santísimo Sacramento, y muchas avecillas se pusieron en derredor del Viril, cantando dulces trinos á su Creador.

Artículo III.—Las inmóviles efigies han publicado la realidad del dogma Eucarístico

1. Refiramos un hecho notabilísimo y tierno á la vez, que patentiza la real presencia de Jesucristo en la Eucaristía: En la ciudad de Alcoy, provincia de Valencia, sucedió que cierto sujeto robó de una de las iglesias la Custodia que contenía el Santísimo Sacramento. Escondióla debajo de un paño que llevaba para el efecto, y, caminando en dirección á su casa, notó que todas las personas que pasaban por su lado se arrodillaban. Ciertamente éstas no ejecutaban en realidad tal ceremonia, pero el Señor dispuso que así se le representase á sus ojos corporales. Llegó tembloroso á su casa é inmediatamente escondió la Custodia en un gran montón de leña que poseía en su corral junto al estiércol. Sospechó la justicia que este sacrílego habría perpetrado el hurto y se dirigió á su casa. No pasaron muchos momentos sin que se averiguase que él lo había robado, ni sin que se supiese en qué lugar de la casa lo había depositado; pues una imagen del Niño Jesús, que ahora llaman del milagro y que tenía el dedo de la mano derecha en dirección hacia arriba, al entrar la autoridad en aquella casa lo dirigió hacía el referido montón, al que, volviendo la vista los agentes de la justicia, advirtieron que salía de su parte inferior un gran resplandor. Casi convencidos del hallazgo, se dirigieron á este lugar y, mirando por los resquicios que daban paso á la extraordinaria luz, hallaron la Custodia con el Sacramento.

Artículo IV.—El viento ha reconocido el Misterio de la Eucaristía

1. Refieren las historias eclesiásticas, que en Turín hubo un ladrón que, entrando en una de las iglesias de la ciudad, hurtó del sagrario el copón que contenía el Santísimo Sacramento. Metiólo dentro de un áspero saco y, colocándolo sobre su jumento, comenzó á caminar tranquilo co-

mo si nada hubiese ocurrido. Pero el Altísimo que vela por su honor, quiso valerse de semejante sacrilegio para confirmar por medio de un milagro la real presencia de su Divino Hijo en la Hostia consagrada. En efecto, al pasar por una de las plazas concurridas de Turín, en dirección al lugar donde le guiaba su diestro ginete, paróse el jumento, y desatándose el saco, dió paso á la sagrada Hostia, la que, elevándose á bastante altura, permaneció en tal disposición algunas horas, dando tiempo para que toda la ciudad admirara el prodigio. El Obispo de ella ordenó una solemnísima procesión para conducir la sagrada Hostia á la catedral, á cuyo efecto acudió el clero, la nobleza y el pueblo. Llegados al lugar del portento, el venerable Obispo, que llevaba un copón para que el Señor se dignase depositar en él la Forma consagrada, hizo oración, y, levantando el sagrado vaso, admiraron todos que la Hostia bajó de donde estaba y se colocó dentro de él. Entonces, entonando himnos de alabanza y de regocijo, llevaron á Cristo Sacramentado á la catedral donde, como en su própia casa, le depositaron. En reconocimiento á la bondad del Eterno, la ciudad de Turín levantó una magnífica Iglesia á honor del Cuerpo y Sangre de Jesucristo.

2. Residiendo en Chelva el bienaventurado Nicolás Factor, fué suplicado por el párroco á que llevase el Santísimo Sacramento en la procesión general del día del Corpus. Accedió gustoso el Beato, y, cuando llegó á la mitad de la carrera, se elevó juntamente con la Custodia que llevaba, permaneciendo mucho tiempo en semejante arrobamiento. Todos los asistentes á la procesión fueron testigos oculares del prodigio, quienes asimismo esperaron á que bajase el santo para poder proseguir la procesión augusta. En Chelva quedan aún vestigios de este extraordinario suceso.

Artículo V.—Los muertos han testificado ser positivo el dogma del Sacramento del Altar

1. Aunque el prodigio que ahora voy á insertar pertenezca más al asunto de las comuniones sacrílegas, no obs-

tante quiero incluírlo aquí, para que vean los incrédulos que, aun suponiendo el que Jesucristo no estuviese en la Hostia consagrada, sin embargo, hay en Ella algo más que pan. Hubo un solitario, llamado Pelagio, con gran fama de santidad, que habiendo dado acceso á cierta tentación impura, consintió á ella con la voluntad solamente. Lleno de remordimientos, encontrábase completamente afligido, cuando he ahí que un anciano venerable se le presentó y le dijo:—Pelagio, haz penitencia de tu pecado y te salvarás.—El solitario no se atrevió á confesar su pecado, antes bien se resolvió á entrar en un monasterio de la Orden de S. Benito, en el cual practicaba terribles penitencias. Todos los religiosos le tenían por gran santo. Murió por fin sin confesar su pecado, y los religiosos le enterraron en especial lugar; pero ¡oh juicio de Dios! cuando el hermano sacristán, en la noche siguiente, iba á llamar á coro, vió que el cadáver de Pelagio estaba insepulto. Volvióla á sepultar sin llamar la atención de nadie, pero repitiéndose á la mañana siguiente la escena de la anterior, creyó oportuno avisar al abad, quien, aterrorizado al verle de aquella manera, mandóle en nombre de Dios le dijese lo que deseaba. El cadáver, dando un lastimoso quejido, exclamó:—¡Oh infeliz de mí! que por callar en la confesión un pecado que cometí en mi juventud, estoy para siempre ardiendo en el infierno.—Al oír esto, acercóse el abad al cadáver y vió que estaba como si fuera un ascua de hierro ardiendo, y todo asustado pretendía marcharse, cuando el monstruo le dijo:—No te asustes, Padre, antes bien, mira lo que tengo sobre la lengua.—Apareció entonces en los labios de aquel desgraciado la santa Hostia que poco antes había recibido por Viático. Cogióla el abad, de aquel inmundo lugar y la puso en el tabernáculo. Dios Nuestro Señor no quería habitar en un corazón corrompido por el pecado, disponiendo que, antes de quedar el cuerpo sepultado, extrajesen de él su Santísimo Cuerpo. Terrible lección para los que no se preparan debidamente á recibir la Comunión del Señor y admirable ejemplo que nos enseña la santidad del Augusto Sacramento. Finalmente el desdichado

Pelagio dijo al abad: La voluntad de Dios es que me saquéis de este lugar y me llevéis al de las bestias entre su miseria y corrupción. Así lo ejecutaron los monjes con grande espanto, y, arrojando el triste cadáver á un estercolero, su cuerpo se convirtió en lo que era y su alma es atormentada para siempre en los infiernos.

2. Cuenta S. Gregorio el Grande que dos nobles señoras religiosas murieron en opinión de santidad, por lo cual fueron enterradas en una iglesia de los monjes de S. Benito. Cerca del lugar donde estaban sepultadas se solía ofrecer el santo Sacrificio, en el cual, llegada la hora de la Comunión, el diácono decía en voz alta: «El que no comulgare sálgase fuera de la iglesia». Entonces la señora encargada de las ofrendas veía á las difuntas que, alzándose de sus frías tumbas, salían á la calle y no volvían hasta concluída la Comunión. Llegó este notable suceso á noticia de S. Benito, y éste ordenó que se hiciesen especiales ofrendas á nombre de las difuntas. Ejecutóse de este modo y dejó de repetirse la visión (1).

3. Refiere un célebre autor (2) que la famosa Comunidad de religiosos jerónimos de la *Murta*, (Valencia) tuvo que celebrar la procesión del Corpus; y como no hubiese bastantes religiosos para acompañar al Santísimo, al pasar por la sepultura común vió con gran asombro que, abriéndose ésta de repente, salieron los monjes difuntos y, colocándose en dos filas delante de la Custodia, la acompañaron durante el trayecto que recorriera la procesión, finalizada la cual, se entraron en el sepulcro, cubriéndolos la fría losa.

Nadie extrañe semejante prodigio, pues refiérese en la vida de Fr. Vicente Martín, (3) de oficio sacristán, y amantísimo de la Eucaristía, que, andando una vez muy solícito en encender unas velas para la procesión del Sacramento, que se celebraba por haber cesado la peste en su convento, al entrar en el templo y acercarse á la Custodia,

(1) Lib. Dialog., cap. 23.
(2) Historia de Valencia, por Escolano.
(3) Historia general de Valencia, por Villanueva. lib. 6, cap. 21.

oyó que le decía el Señor: «Fr. Martín, mira todos los religiosos que fallecieron durante la peste». Dirigió aquél su vista hacia la procesión y vió á los religiosos difuntos de la pasada epidemia acompañar á Jesús Sacramentado.

4. Juan Vilano (1) y S. Antonino de Florencia refieren (2) que en 1324, día de la Epifanía del Señor, se apareció á muchos en Alesio, el alma de un hombre llamado Guillermo Corni, el cual pocos días antes había fallecido, y contaba cosas de la otra vida, particularmente de las penas que sufría en el purgatorio. Fué á oidos del P. Prior de domínicos de la misma ciudad, quien, para convencerse de la veracidad del hecho, y para estorbar las malas artes del demonio, que podía figurar muy bien en estos actos, tomó la Custodia con el Sacramento y llegóse al lugar de la aparición. Por el nombre del Dios vivo mandó al aparecido dijese quién era y qué solicitaba; mas el espíritu, conociendo lo que el religioso llevaba en sus manos, dijo en primer lugar: «Tú llevas en tus manos al verdadero Dios y Salvador del mundo». ¡Confesión más clara y solemne del dogma de la Eucaristía, no podía darse!

Artículo VI.—Los mismos espíritus malos han asentido al dogma de la Eucaristía

1. Admirable, pero horrible fué el caso que voy á insertar, sucedido en uno de los pueblos de Cataluña. Cierto sujeto comulgó sacrílegamente en la recepción del santo Viático; y sin penitencia, pasó de este mundo al eterno. Hacía ya algunos días que había sido enterrado, cuando de improviso se presentaron al Sr. Cura del lugar, dos raros jóvenes, que en lo exterior parecían estudiantes, y le rogaron les acompañase al Campo santo pues deseaban saber en qué lugar se hallaba la huesa del difunto N. que pocos días antes había fallecido. El buen sacerdote accedió gustoso á la petición de los extraños viajeros, y, poniéndose los tres en marcha, he ahí que á la mitad del camino observó aquél

(1) Lib. 9, cap. 234.
(2) 3. part., tit. 21, cap. 5, § 8.

que los cuerpos de ambos jóvenes, careciendo de piernas humanas, llevaban unas como sendas patas de pollo. Mudósele el color del rostro, pero pudiendo disimular su espanto, llegó al cementerio donde indicó á los monstruos la sepultura del finado. Á seguida éstos, valiéndose de sus garras, desenterraron al difunto y, abriéndole furiosamente la boca, mostraron al párroco la Sagrada Hostia que permanecía aún incorrupta en medio de tanta podredumbre. Invitando al sacerdote á que la extrajera, cogióla el ministro del Señor, mientras que los horribles seres sostenían al difunto, abierta su boca. Una vez que hubieron cumplido su oficio, los espantables jóvenes desaparecieron al instante.

He aquí á la Eucaristía en toda su realidad. Los falsos estudiantes eran ciertamente dos infernales espíritus vestidos del traje humano, que el Altísimo envió para que por su medio, uno de sus ministros extrajese de la boca del impenitente la santa Hostia. Si la Eucaristía no es nada, ¿por qué en medio de las asquerosas sabandijas se conservó incorrupta? ¿Por qué el caso de venir dos espíritus infernales, mandados por Dios para que la extrajeran de tan inmundo lugar? ¿Por qué eso de llamar á un ministro apto para la dispensación de este Sacramento? Circunstancias son éstas que á cualquier incrédulo, haciéndole entrar en sí mismo, le hacen confesar que el objeto del prodigio, ó sea la sagrada Forma, es algo más que pan.

2. Refiere Fr. Fernando del Castillo, que en 1370 aparecieron en el refectorio de domínicos de Nápoles unos feísimos demonios vestidos con hábitos de la Orden de Santo Domingo, los cuales se sentaron en la mesa, no habiendo medio alguno para poderlos ahuyentar. Entonces el Prior ordenó que sus frailes fuesen á la Iglesia, y él mismo, cogiendo el Santísimo Sacramento, se dirigió con sus religiosos en procesión al refectorio; los espíritus infernales, al paso de la sacramental procesión, se levantaron é inclinaron sus cabezas, respondiendo finalmente á las preguntas que les hizo el prelado en nombre de Aquél que ostentaba en sus manos (1).

(1) Historia general de la Orden de Predicadores, part. II.

3. El mismo ángel caído, valiéndose de una posesa, hizo comprender á un judío que Cristo Señor Nuestro, siendo uno solo, está á un tiempo mismo en todas las hostias consagradas. El hecho fué el siguiente: (1) Estaba un israelita en una plaza pública, juntamente con otras muchas personas devotas, entre las cuales se hallaba la posesa. Pasó por allí un sacerdote llevando el santo Viático y, al momento, todos cuantos estaban en la plaza se arrodillaron para adorar á Jesús Sacramentado, menos el judío que permaneció de pie sin dar la señal más mínima de reverencia. Tan pronto como la endemoniada se apercibió del caso, levantóse, y armada de ira, le dió un terrible bofetón, quitándole con violencia el sombrero.—Desgraciado, le arguye: ¿Por qué no rindes homenaje al verdadero Dios que está presente en este Divino Sacramento? ¿Qué verdadero Dios? replicó el judío; si así fuese, pudiera decirse que hubiese muchos dioses, puesto que, cuando se celebra la Misa, hay uno en cada altar. La endemoniada que oyó tales palabras, se apresuró á coger una criba y, poniéndola frente al sol, dijo al judío que mirase los rayos que pasaban por los agujeros, añadiendo: —Dime, judío, ¿son muchos los soles que atraviesan esta criba, ó no hay más que uno?—El judío contestó que no había más que uno solo, no obstante la multiplicación de los rayos.—¿Por qué te asombras, pues, repuso la posesa, de que un Dios hecho Hombre, aunque uno, indivisible é inmutable, se ponga por un exceso de amor, real y verdaderamente presente bajo los velos del Sacramento y sobre muchos altares á la vez?—Esta reflexión fué suficiente, dice S. Leonardo, para confundir la perfidia del israelita, el cual se vió obligado á confesar la fe.

Artículo VII.—La salud conseguida mediante el Santísimo Sacramento es prueba evidente de la veracidad de este Misterio

1. Los que niegan la real presencia de Nuestro Señor en la Eucaristía vean si pueden desentenderse de estos dos milagros obrados en confirmación de la misma. En la ciudad

(1) Tesoro escondido, lugar cit.

de Rochela, todos los años, el día 13 de Abril, se recuerda un estupendo prodigio obrado á favor de un niño. Este, que en 1461 se hallaba privado enteramente de la palabra, era muy dado á la piedad, y sólo se encontraba bien en la iglesia. Llegó el día de Pascua y, oyendo Misa juntamente con su madre, vió que el sacerdote daba la Comunión al pueblo. Al momento brilló aquel rostro angelical, indicando con vivos ademanes los vehementes deseos que tenía de recibir á Jesús Sacramentado. Viendo la madre que sus ansias eran verdaderas, é inspirada sin duda de Dios, rogó al ministro del Altísimo concediese la Comunión á su hijo, mas aquél no lo juzgó conveniente. Al notar el niño semejante negativa, se postró á los pies del sacerdote, suplicándole se la otorgase, mientras que la madre lloraba de pena á la par que de alegría. Entonces, conociendo el sacerdote que el mismo Señor á quien solicitaba el niño, era quien impulsaba el deseo accedió á la demanda; mas ¡oh milagro! en el instante mismo que la santa Hostia tocó la lengua del pequeñuelo, prorrumpió éste con voz angelical: *Adjutorium nostrum in nomine Domini.* Al niño se le había restituído el habla. Admirada como es de suponer la madre, le preguntó:—¿Eres tú quien hablas, hijo mío?—Sí, contestó su hijo alegremente; sí, madre mía, gracias á Dios.—Sabedor todo el pueblo del prodigio entonó un *Te Deum laudamus*, en reconocimiento de semejante beneficio (1).

2. En la vida de Santa Catalina de Génova (2) se refiere que un día en que esta santa se encontraba gravemente enferma, de suerte que los médicos la habían dado ya por desahuciada; ella, recibiendo luz de lo alto, hizo conocer á su confesor que para recobrar la salud no le faltaban más que tres Comuniones. En efecto, el confesor se las administró y después de la tercera se halló completamente curada.

3. La Eucaristía es la gran farmacia del Omnipotente. Más adelante he de ocuparme con extensión de este pun-

(1) Casanueva, Catec. de ejemplos, part. 7, pag. 339.
(2) Cap. 8.º de los autos de su canonización.

to y lo confirmaré con probados hechos; pero ahora no puedo menos de consignar el siguiente milagro, en corroboración de los que he aducido. En el año 1529, tiempo en que tan desenfrenada circulaba la herejía de Lutero, quiso el Altísimo mostrar que su Hijo Jesucristo se halla real y verdaderamente presente en la Eucaristía. Isabel de Gerven Buscoduci, esposa de Enrique de Gerveren, á causa de un trabajoso parto, se había debilitado y enfermado tan gravemente, que sin la ayuda de dos báculos no podía dar un paso. Con ellos fué con dificultad á Bruselas, á tiempo en que se celebraba la procesión solemne del Santísimo Sacramento, y, siguiéndola detrás, llegó á la iglesia, en la que puesta de rodillas, con gran fe y devoción clamó al Señor Sacramentado para que la aliviase de su pesada fatiga. Habían colocado la Custodia sobre el altar mayor y podía muy bien la paciente fijar sus ojos en ella. Inmediatamente después de formulada la petición, conoció que el Sacramento Divino se la había otorgado; sintióse sana y fuerte y, no pudiendo contener su alegría, animada de la gratitud, cogió ambos báculos, y presentándolos á Sebastián Miguel, receptor de las ofrendas, exclamó al mismo tiempo:—¡Ah, Señor mío! Tomad estos dos báculos, pues yo gracias á Dios estoy buena.—Creyó el sacerdote que su interlocutora deliraba, por lo cual la dijo: —Mujer; dime, te ruego, ¿qué cosas nuevas te han sucedido? —Señor, contestó ella; desde hace seis años no podía andar sino con estos báculos; pero ahora, ya me véis, estoy bien, puedo andar (1).— Efecto de este prodigio, mandó el emperador Carlos V se quemasen los escritos de Lutero, y concedió perdón á los sectarios de éste, si, llegado el día prefijado en su real orden, le condenasen con sus escritos; mas si persistiesen en sus heréticas doctrinas, serían llevados al último suplicio.

Artículo VIII.—La necesidad que tiene el hombre del alimento corporal prueba en los que no lo hubieron menester la realidad del dogma de la Eucaristía

1. Muchos santos pasaron semanas, meses y hasta con-

(1) Teodorico Loer in libro de Euch. mirac. Brux. edit.

tados años sin probar bocado material; sólo con el sustento de la Eucaristía sobrellevaron las cargas de la humana flaqueza. Santa María Ogniacen pudo pasar un mes entero; Santa Catalina de Sena por mucho tiempo no probó manjar alguno corporal; otro tanto se vió en una jovencita schimadense, y Juana Meltes, de Inglaterra, vivió toda su vida con la Eucaristía sola. De algunas otras siervas de Dios se refiere que pasaron con sola la Eucaristía por el espacio de cinco, diez y aún quince años. Me resta aquí preguntar al incrédulo, si alguno puede pasar tantos años ¿qué digo años? una semana con sólo una rodajita de pan, en el supuesto de que la Eucaristía no fuese otra cosa que puro pan? Si, pues, nadie tendrá la osadía de asegurarlo, luego la Eucaristía es algo más que pan, ese algo tiene más poder que lo humano y que lo angélico, puesto que éstos no pueden dar de sí efectos semejantes: luego ese algo ha de ser precisamente lo que enseña la Iglesia Católica.

Artículo IX.—El Espíritu Santo ha declarado visiblemente que Jesucristo se halla presente en el Sacramento del Amor

1. Había S. Ainón consagrado la especie de pan en la Misa, é iba como es natural, á consagrar el cáliz, cuando de repente bajó del cielo un resplandeciente globo de fuego y se entró en el vaso sagrado. No sabiendo si proseguir, fuéle inspirado que continuase la Misa, pues aquel globo era el Espíritu Santo (1).

2. S. Bernardo cuenta de S. Malaquías, que, al celebrar el santo Sacrificio, entraba en la iglesia una bellísima paloma y se colocaba en la cruz del altar (2).

3. De muchos santos refieren sus historias verídicas, que, al tiempo de consagrar, y mientras Jesucristo permanecía Sacramentado sobre los corporales, un hermoso globo de fuego circuía sus cabezas, en atestación de su real presencia en las especies sacramentales.

---

(1) Surio, tom. 6.
(2) Vida de S. Malaquías.

Artículo X. Otros insignes prodigios confirman la existencia de nuestro dogma Eucarístico

I. El siguiente caso se halla íntegro en una carta del Pontífice Inocencio III, (1) dirigida al arzobispo de Sens (Francia) y es objeto de la misma. En el año 1213 cierta mujer cristiana habitaba en casa de su propio padre, judío de profesión, y los sectarios de la religión de éste, pretendían engolfar á la cristiana en sus errores. Lo consiguieron; mas, temiendo la mujer incurrir en la pena si negaba públicamente la fe de Cristo, entró día de Pascua de Resurrección en el templo, y, recibiendo la Eucaristía, pero reteniéndola en la boca, la arrojó, al llegar á casa, en las manos de su mismo padre, diciendo estas palabras:—He aquí á mi Salvador, como aseguran los cristianos.—El protervo judío fué á ponerla dentro de una cajita que tenía vacía, pero en el mismo instante llamaron á la puerta de su casa y, temiendo le cogieran in fraganti, con la prisa de abrir, colocó la Hostia en otra cajita, la cual, ignorándolo él, contenía siete libras parisienses. Abrió la puerta, y sin detenerse, fué de nuevo al negocio anterior, y al buscar la santa Hostia en la cajita vacía, no la pudo encontrar. Buscó en las demás cajas que por allí tenía y, al abrir la que encerraba las siete libras, vió, todo confuso, que estaba llena de hostias. Amedrentado y sin saber lo que le pasaba, llamó á sus amigos, á quienes contó lo extraordinario del caso. Comenzó asimismo, con un papelillo á echar las hostias de la cajita para hallar la que él había puesto, (que estaba humedecida) y ni pudo distinguirla de las demás, ni encontrar las siete libras mencionadas. Entonces él y sus amigos confesaron que aquello era un milagro de la diestra de lo alto, efecto de lo que, se convirtieron al Catolicismo. El hebreo, de quien hemos hecho mención, se presentó al papa Inocencio III, y le hizo relación de lo sucedido. Este Pontífice escribió una carta al arzobispo citado, en la cual recomienda á los nuevos conversos (2).

(1) Epist. 85.
(2) Rainald, ad ann. 1213.

2. Refiere S. Francisco de Sales, que en la Provenza había un caballero cristiano muy fervoroso que tenía grande amor á Dios por la ardentísima devoción que profesaba al Santísimo Sacramento. Sucedió que, habiéndole sobrevenido una grave enfermedad, que le conducía á las puertas de la muerte, suplicó al cura le trajese el sagrado Viático, aunque no podía recibirle á causa de los continuos vómitos. Entonces, en vista de esta desgracia, rogó al ministro del Señor colocase la santa Hostia sobre su pecho y, ¡oh prodigio! al verse el santo caballero con su amado Jesús, fueron tales los ardientes deseos de recibirle, que de la vehemencia del amor divino, se le partió el pecho y Dios Nuestro Señor, repitiendo el milagro que en trance semejante había obrado con S. Buenaventura, se entró dentro de su corazón, y expirando al momento, voló al cielo á recibir el premio del amor que en esta vida tuvo á Jesús Sacramentado (1).

3. De todas las maravillas mencionadas, la mayor y más excelente es la que este Venerable Sacramento causa á diario en las almas. Esa elevada santidad que engendra en los corazones de los fieles; esa profunda humildad, esa invicta paciencia, esa heróica caridad, ese vivo deseo del espiritual aprovechamiento, ese desprecio del mundo, ese anhelo por las cosas celestiales, esa unión con Dios y esa fraternidad con el prójimo; la paz y gozo espiritual, la largueza y bondad, la benignidad y mansedumbre, la modestia y castidad: ¡Ah! es que el deífico Sacramento engendra vírgenes, y de tal manera contiene los apetitos más groseros, que quienes son arrastrados de ellos, si desean entregarse á la frecuente Comunión con las condiciones debidas, yo les prometo la victoria sobre sí mismos, que será más célebre que las que los más esforzados campeones alcanzaron en la serie de los siglos. Por eso, quien no crea que Jesucristo está en la Eucaristía, que indague la vida y costumbres de los cristianos que saben aprovecharse de las Comuniones, y el resultado de semejante examen será la prueba más evidente del dogma Eucarístico.

(1) Práctica del amor de Dios.

He concluído el asunto de los milagros de la Eucaristía, y por ellos hemos visto prácticamente la real presencia de Nuestro Señor bajo las especies de pan y vino. Réstame ahora bendecir al Autor de los milagros, diciéndole con el real Profeta: «Muchas obras maravillosas hiciste, Señor (1)». «¿Quién semejante á Ti que solo haces prodigios? (2)». Tú nos mandas que cantemos y anunciemos tus estupendas obras (3) por todos los pueblos; pues nosotros las narraremos (4) por palabra y por escrito, de noche y de día; nosotros con vuestra gracia haremos ver á los mismos incrédulos que estos extraordinarios milagros confirman perennemente vuestro Misterio adorable.

(1) Ps. 39, v. 6.
(2) Exod. 15, 11.
(3) Ps. 95, 3.
(4) Ps. 74, 2.

CAPÍTULO XVI

La Eucaristía y la Inmaculada

SUMARIO

Razón de este capítulo

Vínculo de la Eucaristía y la Inmaculada

I.—En las profundidades del dogma.

La Encarnación.—Caro Christi caro Mariæ.—El primer tabernáculo de Cristo fué el seno virginal de María.—Analogías dogmáticas.

II.—En la extensión de su historia.

Catacumbas.—Liturgias.—S. Albercio.—Literatura religiosa.—Escoto y los escolásticos.—Los santos.—Los controversistas.—Los devotos de ambos misterios.—Los artistas de ídem.

III.—Y en las bellezas de su culto.

Los primeros cristianos.—El culto de las flores á la Virgen y la Comunión.—Los solitarios.—Los paisanos.—Los monarcas.—Las órdenes militares.—Apariciones de la Virgen.—Pange lingua y Alabado.—Cofradías.—La Inmaculada glorificando á la Eucaristía.—Funciones eucarístico-mariales.—Resumen y conclusión.

Hay en la historia religiosa de la humanidad, entre los mil notables y extraordinarios que ensanchan los horizontes de la inteligencia y extienden los pliegues del corazón, un hecho verídico por lo palpable, hermoso por su idea, dulce por su hechizo, notable por su grandeza, extraordinario por sus efectos, simpático por sus atractivos, inmenso por su objeto, incomparable por su transcendencia, lleno de luz más potente que la del Sol, lleno de vida más exuberante que la de los organismos fecundísimos, cuya luz y vida derrama suave á la par que sin medida sobre el hombre que cree, sobre el hombre que espera, sobre el hombre

que ama. Es un hecho, centro de la vida del alma cristiana, que como el corazón es centro del organismo humano, y de él parte y á él converge la sangre que rocía y vivifica á éste, así, de ese hecho en cuestión arranca, y á él se dirige la fe y la gracia que rocían y vivifican el espíritu. Es un hecho, sólida base del Catolicismo, sobre el que se asienta toda la fábrica lindísima de la Religión divina. Es un hecho, conocido muy poco, porque es muy poco estudiado, porque en él se repara también poco. Es, digámoslo ya, el lazo dogmático, histórico, litúrgico y artístico entre el misterio de la Eucaristía y el misterio de la Inmaculada, lazo tan apretado é íntimo que constituye por su esencia el hecho ponderado, que vamos á examinar en el presente capítulo.

No vengo á tratar este punto para llenar unas cuantas páginas más, ya que esto sería vanidad imperdonable; ni como capricho religioso de imaginación ardiente, cuyo desenvolvimiento de nada serviría; ni como pura relación de un dogma con otro, ya que no podría entrar en el plan de la Obra; ni como asunto predilecto de los españoles, ya que todos los paises, adorando al Dios del sagrario, veneran á su Madre, esmerándose por unir ambas ideas y ambos cultos en la expresión amorosa de una sola fe y de único entusiasmo: sino que vengo á tratarlo, porque el dogma de la Inmaculada en su estrecha y grata armonía con el de la Eucaristía le afianza y robustece, constituyendo una nueva prueba de su gran realidad. La carne de Jesucristo Sacramentado es carne de María Inmaculada; el nexo entre ambos dogmas ni puede ser más verdadero ni más resistente. La Virgen, aunque Madre de Dios, adora y glorifica á su Hijo, al Hombre-Dios Sacramentado; el misterio de la Inmaculada, por este vínculo con el misterio del Sacramento, no puede corroborar mejor la fe de la Eucaristía. Nosotros, venerando á María Inmaculada, adoramos al Dios del sagrario; nuestros cultos latréuticos hacia Jesucristo Sacramentado conducen á tributar el culto de hiperdulía á su Madre. Cuando en pública audiencia se va al trono del Rey, no puede menos de estar á su lado la Reina. ¡Qué lazo tan apretado entre los

dos Misterios! Y, ¡qué ideas tan fecundas no se desprenden de este singular acontecimiento! Al rayo de luz intensísimo que arrojan ambos focos de la fe para corroborarse mutuamente, debemos estudiar el curioso fenómeno teológico-histórico por ellos mismos ofrecido, y con eso la fe de la Eucaristía, ya que resultará más firme, lo será también más racional é ilustre.

Al efecto distribuyo tan bello asunto en tres partes: *Vínculo de la Eucaristía y la Inmaculada:* 1.ª En las profundidades del dogma; 2.ª En la extensión de su historia, 3.ª En las bellezas de su culto.

I

Como la flor sale del tallo y mediante la cooperación de los estambres y pistilos, sus órganos fecundantes, produce el fruto exquisito: así María, linda flor de la raiz de Jesé, surgió del místico tallo purificado de Joaquín y Ana y con la cooperación del Espíritu Divino, que santamente la fecundara, produjo á Jesucristo, inapreciable fruto. Todo el Catolicismo radica en la Encarnación del Verbo de Dios obrada en las castas entrañas de María. Á partir de este momento, María fué constituída por naturaleza Madre de Jesucristo, el Hombre-Dios. La maternidad de María y la filiación de Jesucristo vienen á ser un mismo dogma, puesto que bajo este respecto no podemos separar al Hijo de la Madre. Idea capitalísima que, formando por sí sola un largo curso de teología, debió ser el punto de partida para desarrollar en todos los tiempos los varios puntos del dogma católico y para orientarse en el culto debido á Dios y á su Madre, como debió ser también el eje inconmovible sobre el que ha girado todo el edificio social cristiano. Una Virgen pura, Madre de un Dios santo. Quitemos un solo término á esta grata proposición y todo el cimentado edificio de la fe se viene abajo. El Hombre-Dios no puede ser Hijo de María si ésta no es virgen é inmaculada. Y aquí salta una de las primeras hermosísimas consideraciones de nuestra sólida fe, á saber: que de la Virgen Inmaculada no puede separarse en nada el dog-

ma de Jesucristo Sacramentado; y si no puede separarse en el dogma, menos lo podrá en la historia y en el culto del mismo. Quien crea en Jesucristo, si no es demente ó energúmeno, debe creer en su Madre inmaculada; quien ame á María debe por precisión amar al santo Hijo de sus entrañas.

Debido á esta razón indispensable, los santos Padres y Doctores han encontrado en ambos Misterios unas relaciones tan íntimas como provechosas. S. Agustín había dicho: *Caro Christi caro Mariæ*, y sobre esta verdad fundamental cimentaron sus grandes trabajos S. Bernardino de Sena y el eximio Suárez, llegando el primero á consignar: «Jesucristo recibió su carne de María, la cual nos dió esta misma carne para nuestra salud».

Jesucristo, en efecto, nos otorgó su Cuerpo y Sangre por mediación de su Divina Madre, la que, tanto como Él, se interesó porque nos aprovecháramos del Sacramento eucarístico que su Hijo instituyera. Si el Dios Sacramentado tiene su residencia en los tabernáculos del templo y de las almas, ¿quién, antes que nadie, fué el primer tabernáculo de Jesucristo, sino María su Madre? Acaso, al pensar nosotros que le recibimos en las interioridades de nuestro corazón, podemos olvidar que el seno de María fué su formatriz sagrario, cuna purísima de sus días, del que recibió la sangre de sus venas y con ella la virtud y la vida que á tal Madre correspondió otorgarle?

María Inmaculada es Madre del Dios Sacramentado, pero es también verdadera Madre nuestra. Al dirigir nuestras miradas suplicantes hacia nuestra buena Madre, por precisión hemos de clavarlas en su Divino Hijo, ya que Ella es la Madre común. María, al oírnos á nosotros, ve é intercede por nuestra salud. Ni María puede separarse del Hijo, ni nosotros, en las elevaciones de nuestra alma al cielo, podemos omitir á uno de los dos. Es que María, en frase de S. Pedro Damiano, tiene con Dios cierta identidad de naturaleza; casi confina con la Divinidad, añade sin reparo el Angélico.

En ambos excelsos Misterios hay preciosas analogías dogmáticas que precisa conocer. La Iglesia canta la mayor parte de los días en el divino oficio: *Jesu tibi sit gloria qui natus es de Virgine*. Juntamente con María quiere dar gloria á Jesucristo. *Per te, Maria, fructum vitæ communicavimus*, la dice también con frecuencia. Por tu causa, oh María, hemos participado del Fruto de la vida que es Jesucristo Sacramentado; y así como nos le muestras ahora en la Eucaristía, *muéstranos también el Fruto bendito de tu vientre, después de este destierro*, añade en la Salve. Siempre la Inmaculada junto con la Eucaristía. Fenómeno grandioso que nos revela la sublime corroboración de este arcano por aquel Misterio.

He ahí por que la historia de ambos dogmas ofrece asimismo un enlace apretadísimo. Veámoslo:

II

En el silencioso mundo de las antiguas necrópolis cristianas, donde yacen en paz secular los sagrados restos de nuestros padres en la fe, á la rojiza luz de la tea encendida, se descubren sendos emblemas y preciosas imágenes de Jesucristo junto con su Madre. El arte podía estar entonces en pañales, si se quiere, pero la piedad tocaba el ápice de su perfección. Los artistas, que más que profesores del arte lo eran del Crucificado y de la dulce Virgen, en medio de las líneas sencillas,de los toscos perfiles y de las cortas sombras, sabían imprimir en sus producciones estéticas el sello característico de la unción cristiana. He ahí por que el viajero se conmueve hasta las entrañas al descubrir á la Virgen con el divino Niño sobre sus rodillas, bien lactándole, ora recibiendo con Jesús los presentes de los reyes magos. Siempre Jesucristo al lado de su Madre; y si es cierto que entre los preciosos emblemas del Sacramento eucarístico se cuenta el pez y el canastillo de los blancos panes, también lo es que junto á él se destacan repetidas veces la nívea paloma, el verde olivo y el áncora de la esperanza. Es que estas últimas significativas figuras representan á la Inmaculada, á quien debe-

mos venerar al doblar nuestras rodillas ante la Eucaristía.

Las antiguas liturgias, expresión natural del sentimiento divino apostólico, al reseñar las diversas partes del Sacrificio, y en uno de los momentos más augustos, canta febriles alabanzas á la Inmaculada, sin dejar de proseguir tributando los respetos y adoraciones al Sacramento. La liturgia de S. Marcos, poco antes de la consagración, y la de Santiago, momentos después, no saben separar las ideas de la Eucaristía y la Inmaculada y, arrancando al pecho del sacerdote calurosos aplausos, se expresa en esta última del siguiente modo: «Principalmente sea dada alabanza á la Santísima, *Inmaculada*, sobre todas bendita, gloriosa Señora nuestra, Madre de Dios y siempre Virgen María», á lo cual los cantores, apoyando tan firme creencia, añadían: «Digno es que á ti, en verdad bienaventurada, por todos conceptos *irreprensible* y Madre de nuestro Dios, más digna de honra que los querubines y más gloriosa que los serafines, pues sin corrupción (ó mancha) pariste al Verbo de Dios, á ti, pues, Madre divina, volvemos á engrandecer...»

Los que en punto á devociones quieren ver solamente la mano del hombre, ó la inspiración divina en tiempos cercanos á los nuestros, para formar el concepto de que el culto de la Eucaristía y la Inmaculada es moderno y que, por consiguiente, no está encarnado en la misma naturaleza de la Iglesia, pueden inspirarse perfectamente en el epitafio que S. Albercio, obispo de Hierápolis en Frigia, en tiempos de Marco Aurelio, mandó grabar con destino á su futuro sepulcro, y allí verán en gruesos é inteligibles caracteres el paralelismo de la fe y el culto en el Sacramento y la Inmaculada. «La fe distribuía, (son sus palabras) á cada uno de los fieles cristianos el mismo espiritual alimento, el *Ychthys*, el augusto y divino *Pez* de la fuente sagrada que primeramente fué recibido por la Virgen sin mancilla y que perpetuamente es ofrecido á los amigos de Dios...» (1).

No quisiera pasar adelante sin saborear aún más los teso-

(1) Véase el tomo III, donde se inserta el texto íntegro del epitafio.

ros invaluables exhibidos en los notables documentos de la antigüedad cristiana, que comprueban las anteriores líneas. Son los ministros de Dios los que en las catacumbas y casas particulares celebran el Sacrificio Eucarístico á honor del Omnipotente, pero á la vista y con la idea de venerar á la Inmaculada María; son los confesores de la fe los que antes de sufrir horrorosos tormentos comulgan á Cristo Sacramentado, para ser fuertes en la decisiva batalla que el demonio y el mundo les presenta, sin olvidar de encomendarse á la pura, á la santa Madre de Dios, que les asiste á veces visiblemente en unos trances tan azarosos; son los santos Padres, quiénes, al tomar la pluma para desbaratar los funestos errores antieucarísticos, no la dejan hasta redactar entusiastas loores por la Inmaculada; y desde S. Ignacio mártir, quien escribe que Jesucristo es carne de la carne de María, y Tertuliano que la defiende contra Marción, hasta S. Cirilo de Alejandría que en el Concilio de Éfeso la ensalzó, combatiendo la herejía de Nestorio, y haciendo que doscientos obispos á una voz exclamasen: *Santa María, Madre de Dios...:* todos ellos supieron enlazar el dogma eucarístico con el dogma inmaculado.

Pero es preciso abandonar los siglos primeros para introducirnos en los restantes que nos ofrecerán también valiosas pruebas en confirmación de la tesis que estudiamos. Á medida que subimos los peldaños del tiempo, con el crecido número de los profesores de Cristo, se despierta el afán de propagar la fe católica, valiéndose plausiblemente de los medios estéticos para presentarla más simpática á los pueblos. La literatura religiosa no dejó de cooperar grandemente al arraigo unísono del doble dogma eucarístico é inmaculado. Sedulio, mientras canta los prodigios del Salvador, dice de María que «es la más santa entre las mujeres, semejante á la rosa llena de dulzura que se levanta por entre la zarza enredada entre las espinas las cuales no pueden ofenderla». S. Gregorio obispo de Tours cuenta los milagros de la Inmaculada después de los del Salvador, y el célebre Pascasio Radberto, al propio tiempo que de sus escritos en defensa de

la transubstanciación tuvo suspenso al orbe católico, en su libro *De partu Virginis*, consigna la opinión de que María Santísima *no contrajo la culpa original*. Siempre el Hijo recibiendo los honores á la par que su Madre.

Al hundirse en las tinieblas el siglo XIII para ver la luz el XIV, hubo un corto periódo de tiempo en que el sagrado lazo de la Eucaristía y la Inmaculada fué apretado aun más, debido al fuerte impulso que le comunicara un humilde cuanto sabio franciscano, conocido con el sobrenombre de *Defensor de la Inmaculada*. Era el sutil Escoto. Amaestrado en la palestra de las escuelas, todo el mundo sabe que en la Sorbona, al pronunciar en obsequio de la Virgen el famoso argumento: *Potuit, decuit, ergo fecit;* los grandes doctores del universo inclinaron su laureada frente y, llevados de febril entusiasmo, declararon celebrar anualmente la fiesta de la Concepción inmaculada, juntamente con no admitir al doctorado á todo aquel que antes no emitiese el juramento de defender la entonces opinión de Escoto y su escuela. Pues bien; este mismo religioso era el que con toda la profundidad posible estudió y demostró el Misterio de los altares, de tal modo, que el cielo, así como obró un portentoso milagro inclinando la cabeza de la escultural imagen en corroboración del dogma inmaculado, así también los obró para autorizar la doctrina eucarística de Escoto, según revelación del ángel al Beato Amadeo Lusitano.

Santo Tomás y S. Buenaventura, al propio tiempo que escribían sendos artículos sobre el Sacramento del Altar, se aproximaban en sus declaraciones sobre la Inmaculada á la opinión de los Menores. Eran todos los escolásticos los que, al ocuparse de un Misterio, se sentían con suave violencia arrastrados á ocuparse del otro.

Pero, ¿acaso Nuestro Padre S. Francisco de Asís, al infundir en sus hijos el amor y devoción á Jesucristo Sacramentado, no ordenaba al propio tiempo que todos los sábados se cantase una Misa en obsequio de la Concepción Inmaculada? ¿Acaso Nuestro Padre Santo Domingo no predicaba una doble cruzada contra los herejes de su tiempo, la

cruzada de la palabra para combatir los errores sobre la Eucaritía y la cruzada no menos formidable del *Rosario* para tranquilizar las conciencias y elevarlas á Dios?¿Acaso S. Bernardino de Sena, del prolongado éxtasis ante el augusto Sacramento, no pasaba al dulce arrobamiento en la Inmaculada; y Santa Catalina de Sena que veía en las manos del sacerdote sacrificante, en el momento de alzar, un horno encendido, no conversaba de allí á poco con la Virgen Madre? ¿No fueron los reyes y el ejército los que, á imitación de la Iglesia, vestían de gala lo mismo en el Jueves Santo y día de Corpus que en la Anunciación y Asunción de Nuestra Señora?

El monstruo que no podía sentir bien de la castidad porque él no era casto, no podía humillarse tampoco ante la invicta pureza de la Madre de Dios. Lutero aparentó no creer jamás en la Inmaculada Concepción de María. «Quisiera, decía, que alguno me proporcionase un medio decoroso para abolir las festividades del Corpus y de la Concepción sin mancha y con ello me haría un gran beneficio». Abrigaba en efecto, repulsión extrema hacia dichos hermosos dogmas, porque constituyen los dos quicios sobre que giran admirablemente las formidables puertas del Catolicismo, pero, en vano: los hombres de recto sentir le declararon cruda guerra, y unos, como Juan Eck, le combatían terriblemente, escribiendo con acierto sobre ambos dogmas, y otros en el púlpito, al arengar á los novadores, no dejaban de serles muy familiares los temas del Sacramento y la Inmaculada.

Después del siglo XVI, á causa sin duda del odio protestante contra los Misterios de que nos ocupamos, la Iglesia vió surgir de los claustros, de los seminarios y hasta de los hogares un sinnúmero de fervorosos adalides que se propusieron con todas sus fuerzas consolidar la fe de los pueblos en el Sacramento y la Pureza de María. D.ª Teresa Enríquez, llamada en su siglo: *La loca del Sacramento* por su indecible amor á la Eucaristía, si levanta esbeltas iglesias en honor de este bello Misterio, no deja de erigir otras á honra de la Pureza de la Virgen. Sixto IV había otorgado á la

Misa y oficio de la Inmaculada la misma Indulgencia y remisión de pecados que, en virtud de una constitución de Urbano IV, consiguen los que celebran ú oyen la Misa y oficio del Sacramento Santísimo. Con este obsequio, la Iglesia estimuló el fervor católico para que se derramara en loores de ambos preciosos dogmas. El Apóstol de Andalucía, beato Maestro Ávila, aconsejaba á los sacerdotes la devoción á la Virgen soberana como la mejor preparación para la santa Misa. El beato Juan de Rivera, arzobispo de Valencia, funda un opulento colegio con magnífica iglesia para dar culto esplendoroso al Sacramento Santísimo, y al propio tiempo declara por patrona de los mismos á la Inmaculada. El P. Hernando de Mata, Apóstol de Sevilla, el canónigo Vázquez de Leca, el gaditano Diego Granado, el napolitano Pedro A. Espinel y otros muchos fervorosos católicos, al mismo tiempo que ensalzaban las glorias de Jesucristo Sacramentado, defendían con ardor la Concepción Inmaculada de María.

Los conceptistas, bien que algunos con gusto algo extragado, componían innumerables versos en honor del admirable nexo de ambos misterios. Los romanceros del siglo XVII intentaban felizmente componer loas, chanzonetas y autos, con tal arte enlazadas las ideas del nexo en cuestión, que es curiosísimo leerlas y saborearlas. Los pintores, como Juan de Juanes, que exhibían al público el Divino Salvador mostrando la hostia y el cáliz consagrados, y á continuación la Inmaculada según la describe S. Juan en el Apocalipsis, pintaban de rodillas las imágenes de María después de haber fervorosamente comulgado. La religión, la literatura y el arte se habían aunado para dar á conocer, extender y perfeccionar la idea de ambas devociones extrechamente unidas, y el pueblo, que gustaba de una forma semejante del culto, saboreaba hasta la saciedad las producciones de los sacerdotes y artistas célebres de aquellos tiempos, precisamente porque veía en ellas el eco fiel de los suspiros de su alma.

III

En todo lo expuesto hasta aquí, hemos visto no sólo el

nexo histórico y literario del Sacramento y la Inmaculuda, si que también la consecuencia que de él espontáneamente se deriva, á saber: que un Misterio es apoyado y confirmado por el otro. En efecto, los pueblos quisieron ver siempre al Hijo junto á la Madre, al Redentor de los hombres al lado de la Corredentora de los mismos, al Dios que se sacrifica incruentamente, en las manos de la Virgen, quien por mediación de los sacerdotes lo ofrece tantas cuantas veces es preciso para el bien de la humanidad; y, al dar al Sacramento los obsequios perfumados del oloroso incienso, manifestaban de alguna manera sus incondicionales adhesiones á la Inmaculada.

Para que resalte aún más el vínculo religioso de ambos dogmas, menester es que nos fijemos en los preciosos datos que nos suministra la fe y la piedad de los pueblos en pro del doble Misterio. Esa bella Virgen *que había de parir,* á la que los druídas, desde mucho antes de la era cristiana, ofrecían sacrificios en una gruta, es la misma Virgen á la que los apóstoles y demás discípulos del Señor, puestos en derredor suyo, contemplaban con respeto y lágrimas en los ojos; es la misma Virgen que, aun en carne mortal, se aparece á Santiago en Zaragoza y le ordena construír un templo á su honor, para que sobre el altar dedicado á la Madre se celebren los sacrificios incruentos del Hijo; es la misma Virgen á la que los santos Padres de los primeros siglos atribuyen juntamente con Jesucristo la salvación del género humano; es la misma Virgen á la que los primitivos y sencillos cristianos no dejaban de invocar en el acto más sublime del Catolicismo; en la Comunión y Santa Misa.

Aquí hemos de enlazar la poética forma del culto mariano llamado con razón: *culto de las flores á la Virgen.* Las flores, seres bellísimos y encantadores de la naturaleza, que Dios crió para alfombrar con variedad armoniosa el inmenso campo del universo, para perfumar con ricas esencias el espacio, para recrear al hombre con su graciosa vista y para sanar con su aplicación diversas dolencias; las flores tienen en el reino de los emblemas una significación alta, sublime,

divina. Si las flores son el ornato del universo, María es el ornamento de la Iglesia; si las flores aman instintivamente el aire y el sol, María ama indefectiblemente al Sol de justicia; si las flores nos dan la miel, María nos dió á Jesucristo; si las flores nos proporcionan exquisitos perfumes, María nos facilita preciosas virtudes; si las flores son puras, María es inmaculada. De esta Señora purísima ha consignado el Espíritu Santo: «Es como las *rosas* en la primavera y como los *lirios* cerca de la corriente del arroyo, ó el *árbol* oloroso del incienso. Es como la *oliva* que brota, y como el *ciprés* que crece á mucha altura, ó como el *cedro* del Líbano», (1) y la misma santa Virgen, haciéndose eco de las glorificaciones que de ella hace su divino Esposo, añade: «Me ensalcé como la *palma* en Cades y como un *plantel de rosales* en Jericó; como *oliva* graciosa en los campos y como *plátano* en las plazas junto al agua; como el *cinamomo* y *bálsamo* aromático, di fragancia; como *mirra* escogida, di suavidad de olor... Yo, como *terebinto*, extendí mis ramos y mis ramos son de honor y de gracia; como *vid*, fructifiqué con suave olor y mis *flores* son frutos de honor y honestidad» (2). Es que las flores en el reino de los emblemas denotan á la santa Virgen, la cual con ningún otro ser natural mantiene analogías más exactas y numerosas. Por algo Santo Tomás, días después de haber sido sepultada la Virgen, al desear contemplar el precioso cuerpo de María y abrir el sepulcro que le contenía, sólo halló olorosas flores esparcidas en el fondo. ¡Ah! las flores simbolizan á María, y la Religión Cristiana, que es toda poesía, quiso y supo hablar á sus hijos «respecto á la Virgen» con el sublime lenguaje de las flores. He venido á expresar estas sencillas ideas para consignar que los primitivos cristianos, al tejer con las flores la guirnalda para María, la dieron mayores dimensiones, para ornar también con ella el Sacramento augusto, á cuyos pies lucía, cual hermoso escabel, la Inmaculada.

(1) Eccli. 50-8.
(2) Eccli. 24.

En los tiempos de cruda persecución contra los discípulos del Cordero, la imagen de María se destacaba con frecuencia entre el espeso follaje de los campos; unas cuantas ramas cruzadas, entretejidas de oloroso verde y flores varias, constituían el dosel magnífico del rústico oratorio mariano. También junto á los arroyos ó fuentes eran levantadas en los bosques capillas virginales, formadas de enormes troncos de árboles, cimentados con yerba mezclada de arcilla; siendo el techo de paja con alta espadaña, en cuyo vértice, dos rústicos maderos cruzados, entretejidos con ramas de sauce que descendían hasta cubrir exteriormente la iglesita, constituían el signo de nuestra redención. Eran capillas en que todo era poesía y santidad. El cristiano sencillo entraba en ellas para contemplar un espectáculo imponente: la Virgen en medio del silvestre pabellón sobre modesto altar; á sus pies un sacerdote elevando la Hostia del Sacrificio augusto; afluencia de prosélitos del Crucificado que en derredor del trono de la Virgen meditaban en silencio y con el mayor recogimiento los misterios de la Santa Misa; si los rayos del sol penetraban por entre la espesura de las ramas y follaje de la capilla y herían con sus luces de oro el rostro de la Reina de las flores, no era sino para hacer resaltar aún más la belleza inmensa de María y la hermosura inefable del Sacrificio Santísimo.

Los fervorosos anacoretas llevaron el doble culto eucarístico é inmaculado hasta el fondo de los bosques y desiertos. Allí, en lo interior de horrorosa gruta, al pié de un altarcillo en el que se destacaban un Crucifijo, una Virgen y una calavera, el solitario, con la Biblia en la mano, cantaba los poéticos salmos del vate coronado; después se deslizaba por el bosque umbrío ó por la escarpada falda del monte, en busca de arrayanes y sauces, flores y capullos que encontraba á lo largo de los arroyos, y con ellos formaba arcos de verdor enlazados de rosas, lirios y violetas y los colocaba sobre la tosca efigie de la Reina de la flores. Preparado el altar, celebraba el sacrificio si era sacerdote, ó comulgaba del *santo depósito*, conservado en modesto sagra-

rio al pie de la Virgen, preparándose con la devoción que aquella veneranda imagen le inspiraba.

Jamás encontraremos la devoción á la Inmaculada sin la devoción al Sacramento, como la piedad por éste sin aquélla. Cuando la paz constantiana imperó en el mundo, la imagen de María era llevada en triunfo para ocupar las hornacinas construídas en las esquinas y encrucijadas. Ante el simulacro de la Madre de Dios, los devotos colocaban, junto con los exvotos, una lámpara que encendían periódicamente á sus expensas, pero que ardía de continuo, debido al incalculable número de amantes de la Virgen. Todos los particulares se disputaban el honor de engalanar las hornacinas marianas, y por la tarde, cuando los campesinos regresaban de sus faenas, unos llevaban cargas de enredaderas, otros lirios silvestres y flores del prado, y como si todos hubieran sido movidos por un mismo resorte, ornaban la capillita y las sienes de la Madre de Dios. Los frutos primerizos del campo, como los racimos y las espigas, eran colocados en las manos de la Inmaculada, á fin de que los bendijera y tuviera especial cuidado de que madurasen. Ante esa imagen bendita desfilaban á todas horas hombres y mujeres, niños y ancianos, sobre todo de noche y en las grandes festividades, murmurando oraciones, elevando plegarias, emitiendo cantares y danzando á veces religiosamente, al compás de algún rústico instrumento, llevados del entusiasmo por María. Y aquí viene el nexo del culto inmaculado con el del Sacramento. Esas gentes sencillas que tanto honraban á María de ordinario, querían festejarla todavía más, llevando su efigie en procesión extraordinaria al templo ú oratorio donde, colocándola sobre vistoso y perfumado trono, y participando todos del Cuerpo de Jesucristo, comenzaban á celebrar el adorable Sacrificio de la Misa, como diciendo: Adoramos al Sacramento Santísimo, venerando á la Inmaculada. Nosotros vamos á Jesucristo por María.

Los reyes, en particular los españoles, porque, dígase lo que se quiera, la devoción á María inmaculada es eminentemente española, cifraban la esperanza de la paz de sus pue-

blos y de sus conquistas, en el Sacramento por María. Los militares habían chupado esta bella devoción en los castos pechos de sus madres, y se lanzaban á la lucha con la seguridad de que el doble Misterio iba á conseguirles completa victoria. Pelayo, si hace llevar al campamento la figura de María, es para interesarla á su favor, el cual alcanza, recibiendo con los suyos el Pan de los ángeles á los pies de la Inmaculada. Alfonso VI conquista á Toledo y Madrid por mediación del Sacramento y María, lo cual comprueba, purificando inmediatamente el templo de la Almudena, hecho mezquita por los moros, y estableciendo una comunidad de canónigos para que den culto á los dos Misterios. Los Alfonsos I de Aragón y de Castilla se distinguieron por sus liberalidades con los templos y donativos riquísimos hechos á las milagrosas imágenes de María. D. Jaime el Conquistador, si consigue 30 victorias sobre los hijos del Islam, purifica y levanta mil iglesias para honrar á Cristo Sacramentado, las cuales dedica á la Virgen sin mancha. Fernando III el Santo llevaba en el arzón de su caballo la efigie de María, á presencia de la cual ordenaba se celebrasen misas sin número. Covadonga y Clavijo, Simancas y las Navas, el Salado, Lepanto y S. Quintín, célebres victorias son, debidas sin duda al poder de Jesucristo Sacramentado por intercesión de la Inmaculada, de los cuales nuestros guerreros compatriotas devotos fueron.

¿Acaso las órdenes de caballería religiosa no reconocían por patrona á la Bienaventurada Virgen á la que debían de festejar, no sólo con himnos y armonías, si que principalmente con la sagrada Comunión y la Misa? ¿Acaso Recaredo no fundó el suntuoso monasterio y templo de Riánsares donde mandó venerar la imagen de este título? ¿Acaso Sisenando, Chindasvinto y Wamba, en su especial amor á la Inmaculada, no la honraban con los cultos al Sacramento Santísimo? ¿Acaso los reyes de la casa de Austria no introdujeron devociones marianas que debían de celebrarse juntamente con las solemnidades litúrgicas? Y si Colón denominó á la nave capitana *Santa María* y llevaba en ella la imagen de Maria:

á los pies de ésta celebraban el augusto Sacrificio los venerables sacerdotes que en dicha nave embarcaron.

La misma Virgen dió á conocer milagrosamente el lazo religioso que existe entre Ella y su Hijo Sacramentado. En Toledo regaló á S. Ildefonso una casulla; en Covadonga se apareció á Pelayo; en Valencia á S. Vicente Ferrer, y en la gloriosa batalla de Otumba la vieron radiante de gloria los españoles; visiones que se han repetido innumerables veces, pero no aisladamente, sino con motivo de los honores tributados á Jesucristo Sacramentado.

¡Qué mundo de ideas no se descubren en todos estos portentosos hechos, confirmadores de la proposicion que sustentamos! La Iglesia, regida por el divino Espíritu, sale también al paso en su Oficio litúrgico para corroborarle. En la segunda estrofa del *Pange lingua*, atribuído al Angélico, dice así:

Nobis datus, nobis natus
Ex intacta Virgine.

Para alabar al Hijo Sacramentado necesita hacer mención de su augusta Madre. He ahí por qué en tiempo de Felipe III, un humilde lego franciscano, amante, como todos los profesores de su Religión, del doble Misterio santo, prorrumpiese con tierno acento: *Alabado sea el Santísimo Sacramento del Altar y la Inmaculada Concepción de la siempre Virgen María, Madre de Dios y Señora Nuestra, concebida sin mancha de pecado original;* y á partir de esta fecha, los predicadores usaron la bella salutación al principio de sus sermones, la Iglesia la adoptó para el comienzo y fin de sus ejercicios religiosos, los paisanos la emplearon al entrar en los domicilios, los testadores la fijaron como génesis de sus mandas y legados, los públicos vigilantes la cantaron solemnemente entre las oscuras tinieblas de la noche, y los hombres de letras como Fr. Alonso Hidalgo, (1) el Jesuita

(1) Alabado sea el Santísimo Sacramento y la Inmaculada Concepción de la Virgen nuestra Señora.—Consideraciones amorosas del Santísimo Sacramento.

Arias Armenta, (1) Jusepe Auñón, (2) y Alonso de Bonilla, (3) formaron respecto de la misma elegantes y raros comentarios en prosa y verso.

Las cofradías sacramentales tuvieron especial empeño de glorificar á la Virgen Inmaculada. Al efecto, en sus funciones al Sacramento, se derramaban en especiales consideraciones y cánticos sobre el célico Misterio, correspondiendo á su vez las Hermandades concepcionistas que practicaban otro tanto en honor del Sacramento. Testigo fiel es la Hermandad Sacramental de Sevilla que siempre hizo gala de honrar á la Madre de Dios, por obligación de instituto. En el fondo de la rica sacramental de dicha ciudad se exhibe un bello y grande cuadro al óleo que representa á los Doctores de la Iglesia, adorando al Sacramento y venerando á María, quien á su vez, inclinada la cabeza, adora á su Hijo Sacramentado. ¡Monumento fidedigno del nexo histórico de ambos dogmas en la ciudad hispalense; así como en Cádiz se exhibe otro no menos raro cuadro, representando á la Purísima Concepción, adorando al Sacramento, testigo de la fe gaditana.

Pero ¿por ventura, son Sevilla y Cádiz las únicas que semejantes muestras de afecto ligado á ambos Misterios manifiestan al mundo religioso? No; es toda España, es la Europa, es el mundo entero el que tales exhibiciones nos regala. Es Zaragoza, la que á los pies de su augusto Pilar pone de manifiesto al adorable Sacramento; es Valencia, la que junto al trono de la Virgen de los Desamparados, á pesar de los conatos jacobinos, distribuye diariamente numerosas comuniones á los fieles; es Cataluña, la que en el santuario de la morenita de Monserrat, alterna con las comunidades de religiosos y *escolans* las alabanzas á la Eucaristía y á la Inmaculada; es Madrid, la que en derredor de la Virgen de Atocha enlaza los cultos eucarísticos con los mariales; es

(1) Encomiæ Smæ. Eucharistiæ et Beatissimæ Virginis Mariæ ex sacra Scriptura deprompta, et ordine alphabetico disposita.

(2) Mesa florecida de Romances, Coplas y Villancicos, al Santísimo Sacramento.

(3) Peregrinos pensamientos de Misterios divinos.

Andalucía, la que se agolpa ante el bello simulacro de la Virgen de los Reyes para elevar con las espirales de incienso sus oraciones al Santísimo, y dirigir, juntamente con las notas del órgano mágico, las plegarias á su Virgen; es Francia, la que apiñada en los santuarios de Lourdes y la Saleta, distribuye diariamente el Pan de los fuertes á docenas de católicos; es Italia, la que junto á la Virgen de Loreto percibe con la religiosidad del santuario donde está Cristo sacramentado, las afluencias virginales; es el universo todo, y lo mismo en los desiertos del Asia y en las pampas de la América que en las agrestes sinuosidades de la Oceanía, los misioneros enseñan á sus feligreses el camino de María, al extremo del cual se halla Jesucristo. En todos estos lugares, á la par que entre nosotros, no se celebra una función religiosa en la que no se hable de Jesús y María; y todos los domingos, como en las grandes solemnidades, se honra á la Inmaculada ante el augusto Sacramento expuesto. En nuestros días, por más que en algún lugar sea más el lujo que la devoción el fin por que se expone la santa Eucaristía en las grandes novenas, triduos ó solemnidades de María: empero, en general consuela el alma y arranca á la voluntad un asentimiento profundo de fe, cuando vemos que por estos mismos motivos, junto con el culto solemne de la Inmaculada, se tributa uno muy grave y pomposo al Sacramento.

Estos conceptos generales traen la consideración de que cuando honramos á María no debemos venerarla aisladamente, sino en atención al Hombre-Dios; que María es el recto y seguro camino que conduce á Jesucristo; lo mismo que cuando adoramos al Hijo debemos acordarnos de su divina Madre. En consecuencia, que existe un nexo dogmático entre la Inmaculada y el Sacramento; que este nexo trae necesariamente el histórico, el literario y el artístico, y que nosotros debemos doblar nuestro cuerpo é inclinar nuestra frente, acatando y venerando dichos hermosos vínculos. En una palabra; que el Misterio de la Virgen Inmaculada, por cuanto es reconocido por las generaciones y los pueblos y va unido estrechamente al culto del Misterio eucarístico, es una

valiosa prueba de la veracidad de este último. Por ventura, este sentimiento, ¿no es universal? ¿Será posible que en el estrecho círculo de un capítulo reduzca á número los monumentos lindísimos, los testimonios irreprochables, los autores célebres que han hablado con voz elocuente de las grandezas de María Inmaculada en su relación estrecha con las infinitas bellezas de Cristo Sacramentado? No; que si es labor curiosísima, también lo es innecesaria, siendo suficiente á lo expuesto que el corazón se exteriorice, consignando su devoción por ambos Misterios, y que la lengua, sin dejar de elogiarlos, repita con febril entusiasmo:

Dios para darse en comida
En este Pan celestial,
Tomó la carne escogida
De María, concebida
Sin pecado original (1).

(1) De un autor desconocido, Sevilla A. R. Gamara 1615.

CAPÍTULO XVII

La Eucaristía y las Ciencias

SUMARIO

I. Preámbulo.—Concepto verdadero de la ciencia.—Toda verdad, y por consiguiente, toda ciencia participan de Dios, Verdad primera. —Con esta Verdad primera podemos unirnos á Dios, mediante la Eucaristía.—El dogma del Altar, fundamento del adelantamiento científico.

II. Ciencias divinas: Teología, confirmando la Eucaristía.

III. Ciencias espirituales: Filosofía, ídem.

IV.—Ciencias naturales: Física, Medicina, Botánica, Geología, Fisiografía, Geognosia, Geogonía, ídem.

V.—Ciencias exactas: Aritmética, Álgebra y Geometría;—Astronomía, Filología, Legislación, Economía, Historia, ídem.

VI.—Epílogo: Todas las ciencias se han desarrollado y han adelantado poderosamente con el influjo de la Eucaristía.

I

Fundados temores se apoderan de mí, al intentar mover la pluma para tratar una materia tan vasta como la indicada, circunscribiéndola á un solo capítulo, habiendo sido en parte desarrollada por eminentes teólogos, amantísimos de la Eucaristía, ante cuyos radiantes luminares, mi escaso numen se extingue como la moribunda luz de una humilde mariposa. Pero ya que el cuerpo de la obra exige un título como el apuntado, haré un gran esfuerzo, siquiera resulte en alabanza del Misterio eucarístico y provecho de los lectores. ¿Qué es la ciencia? Es, contesta nuestro diccionario, la sabiduría práctica de las cosas por principios ciertos.

De suerte que, esta sabiduría práctica, este conocimiento positivo ha de ser deducido de principios evidentes: luego la verdad es el objeto de la ciencia, puesto que la verdad sola es objeto del entendimiento. En este concepto, la ciencia, para que se la considere como tal, debe proponerse únicamente verdades, sean del orden que fueren, y jamás podrá descender á opiniones que forjaran, no la realidad, sino la fantasía ó las pasiones.

Ahora bien, siendo el espíritu humano creado por el divino, si alguna verdad que así deba llamarse, puede llegar á conocer, es porque este divino Espíritu ha querido comunicarla, bien inmediatamente, ó por la revelación, bien mediatamente ó por las causas segundas, cuyas íntimas y necesarias relaciones entre sí y sus hermosos efectos constituyen otras tantas verdades, y forman por cierto la ciencia. Y no se vayan á buscar más verdades que éstas, porque ya se sabe que si en realidad se inventan nuevas ciencias, no es porque se hallen verdades que antes no existían, sino porque el entendimiento ignoraría quizá la relación que había entre el efecto ó verdad encontrada y la causa que lo produjera.

Del precedente raciocinio, se originan dos bellísimas consecuencias: primera, que todas estas verdades, así como el propio entendimiento humano, participan de la Verdad primera, pues aquél es como un trasunto de la luz divina; y segunda, que ni aquellas verdades, ni el referido entendimiento pueden estar en oposición directa con la Verdad divina, puesto que, procediendo y participando todas de Ella, deben estar por precisión en mutua correspondencia y en dependencia feliz, como el efecto de su causa. He aquí explicado, y sea dicho de paso, que todas las inteligencias que se separan de la verdad primaria, que es Dios, pretenden violentar, aunque no quieran darse cuenta, aquellas verdades que más relación directa tienen con la Verdad divina.

Si, pues, la verdad es el objeto del entendimiento, allí donde se encuentre aquélla con mayor perfección, se hallará

la mayor perfección de nuestro entendimiento; por eso, siendo Dios la verdad perfecta por esencia, porque sólo Él es el que es; en Dios, por lo tanto, y en su posesión, debe hallar nuestro entendimiento toda la perfección posible.

Pero sabemos que á esta Verdad suma no podemos enlazarnos de un modo cabal, mientras estemos en este mundo, ya que sólo nos unimos á Ella por la fe; empero la bondad de Dios ha llegado á tanto que, por medio de una invención prodigiosa de su amor, en la que, en expresión de Santo Tomás de Villanueva, se termina la creación, podemos estrechar nuestro entendimiento con la Verdad infinita para poder descansar y gozarnos en ella como en su última perfección. El Eterno, en efecto, ha querido con esa prodigiosa invención, llamada Eucaristía, adelantar en este mundo los goces indecibles del paraiso. Cierto es, por consiguiente, que la razón humana, tanto más sabrá distinguir la verdad del error, separar debidamente unas verdades de otras, buscar é indagar nuevos conocimientos, cuanto menos se aparte de la Verdad primaria, cuanto más cerca esté de ella, cuanto más se identifique con la Verdad divina; pues en esto se cifra su última perfección. Por lo tanto, si en la Eucaristía se cifra esta Verdad, claro es también que el deífico Sacramento es la sólida base del progreso intelectual.

Considerada desde este punto de vista, la Eucaristía es no sólo, por esto, fundamento del adelantamiento científico, sino también porque Ella purifica nuestras potencias y les devuelve aquella calma y tranquilidad, aquel sosiego y paz que perdieron por el pecado y que necesitan para poder discurrir con perfección sobre las verdades más abstractas. La Eucaristía da actividad al entendimiento, consolida la memoria y otorga vigor y energía á la voluntad, á fin de que la razón humana pueda ocuparse de las verdades más altas y salir airosa en ellas. ¿Y no es este un escelente medio para poder discurrir desembarazada y serenamente sobre todos los principios, sobre todas las consecuencias, sobre todas las verdades, en una palabra? Yo apelo á la historia, y de hecho consigno, aún cuando lo verificaré después,

que todos los que han renunciado á la Verdad divina, se han visto, sin quererlo, en un atolladero profundo, del cual no han podido salir jamás, á no ser por la luz de la misma Inteligencia divina que, por compasión, les ha enviado un luminoso rayo, á fin de que salieran de sus espesas tinieblas. Es, pues, en suma, la Eucaristía el fundamento del progreso intelectual y la base de la actividad científica.

II

De semejante conclusión se desprende necesariamente que ninguna de las verdaderas ciencias conocidas poseen un solo fundado argumento contra el dogma Eucarístico. Discurramos, en efecto, por las diversas clases de ciencias, y palparemos esta verdad importantísima.

Observemos en primer lugar las ciencias divinas, á cuya categoría pertenece exclusivamente la sagrada *teología*. Esta ciencia, por antonomasia cristiana, ha estudiado á Dios en sí mismo, valiéndose para el efecto de todos los más finos resortes del humano entendimiento; lo ha considerado en sus obras *ad extra*, particularmente en sus relaciones con las criaturas; ha profundizado el ser humano, ha tocado los límites de su inteligencia y ha visto lo que puede y lo que debe al Ser Supremo; y, al ocuparse peculiarmente del Santísimo Misterio de los altares, después de creer humildemente con la Iglesia Católica y, luego de un maduro examen, al que han asentido millones de sabios de todas clases, ha consignado que esta Cifra de los prodigios de Dios, no sólo no se halla en contradicción consigo misma, ni con la razón, sino que está en perfecta armonía con esta última; más aún: que el hombre ha propendido siempre á unirse con Dios mediante un Misterio como el del Altar, y que Dios, desde el principio del mundo, ha manifestado querer conversar y morar con los hombres por medio de la Eucaristía. Es este un hecho tan visible y elocuente que para su convencimiento bastará un estudio somero del mismo.

En efecto; una é inmutable en sí misma, como es la verdad, la tendencia general del hombre hacia Dios, manifestada por

la volubilidad é inconstancia del corazón humano que no halla perfecto descanso hasta unirse con su Causa primera; y una é inmutable también en sí misma la tendencia divina de morar con los hombres, vense retratadas con vivísimos destellos en todas las épocas de la humanidad. En el paraíso, el Eterno se comunica al hombre mediante su palabra de fuego; á Abraham y Moisés se les presenta en peregrina figura humana, y no contento con este ordinario disfraz, en el que ocultaba ingeniosamente su eterno pensamiento de morar con los hombres, suscita los grandes profetas y les envía á su amado pueblo con la feliz nueva de que vendría un tiempo en que Dios habitaría con su pueblo. Semejantes deseos incoaron los meros ensayos, ordenando al primer caudillo de Israel la fabricación de una linda arca, dentro de la cual quería ostentar visiblemente su omnipotencia divina; mas el Eterno no se sosegaba con estos preludios, á nuestro modo de expresarnos, antes bien escoge á David para que, á los melodiosos arpegios de la regia arpa, cantase la futura venida y las ricas bodas del Dios Redentor. Llega el tiempo señalado, y el Verbo toma carne humana; baja á conversar con el hombre, cual si fuera su semejante, y estrecha sus relaciones con él. Empero su tendencia eterna de comunicarse completamente con su racional criatura, le hace olvidar tanta aproximación al corazón humano, y no para, y no cesa, y no descansa hasta que se le da por entero, instituyendo la Augusta Eucaristía, con la cual se efectúa la unión más estrécha é íntima que pueda concebirse. ¿No admiramos aquí la general propensión del Altísimo por comunicarse con la criatura? ¿No observamos que semejante propensión eterna incluye una sólida verdad, á saber: la del dogma eucarístico, dibujado siempre por el dedo de Dios? ¿Qué indica esto sino que el Misterio eucarístico es absolutamente verdadero? Y si es así ¿qué ha de hacer la teología sino inclinar su despejada frente, para adorar tan inefable Sacramento?

III

Mas registremos las ciencias espirituales. Examinemos

si la *filosofía* de todos los siglos ha podido arrojar en rostro del Cristianismo un solo argumento de consideración, contra la realidad del Sacramento del Altar. Ni es preciso, ni conveniente que nos detengamos aquí en observar, si en todos los siglos los filósofos de buena fe han defendido la Eucaristía; ni es necesario, como tampoco útil, aducir á este lugar la confesión de todos los herejes sacramentarios que se rebelaron y blasfemaron contra el Augusto Misterio. Bien sabido es, como lo tenemos demostrado, y se irá probando aún más en lo sucesivo, que ni en los siglos V, IX, XI, XIII y XVI, tiempo en que con más fuerza hirvieron las herejías antieucarísticas, pudieron sus fautores salir airosos de los combates que entablaron con los católicos; pues aun cuando unas veces con falsas argucias, otras con especiosos equívocos, ya con impías blasfemias, ora con grandes violencias y siempre con la mala fe que les caracterizaba, intentaron atacar de frente tan Sagrado Misterio: la confusión cubrió en todas ocasiones sus rostros de vergüenza, quedando su reputación manchada con la denigrante nota de escandalosa. Sin embargo, luz más que mediana emiten los herejes y los falsos filósofos del siglo XVI á esta parte, en favor de la verdad eucarística; sus palabras, sus hechos y sus aspiraciones prueban una vez más que la rabia satánica contra la Religión invadía sus pechos y que sus silogismos estaban llenos de sutilezas, basadas siempre en la incertidumbre y en la falsedad, resultado de lo cual, confesaban algunos, contra su gusto, que la Religión Católica estaba en posesión de la eterna verdad.

Lutero, el más ardiente opugnador del Sacramento del Altar, convencido que la filosofía no podía suministrarle argumento alguno contra el capital dogma de la Iglesia, profirió enfurecido estas palabras: «Quien me dé un medio decoroso para negar la Eucaristía me hará un gran beneficio» (1). Y todos los filosofastros posteriores á él han trabajado por ofrecerle este decoroso medio; mas después de habérseles

(1) Epist. ad Argent. tom. VII.

desvanecido el cerebro, quedaron del todo avergonzados. Del siglo XVI á nuestros tiempos es curioso observar lo que se fatigaron los impíos por alterar, burlar, borrar si pudieran la Religión Católica y particularmente la Eucaristía, pero en vano; extraño es también que á unos hombres que se preciaban de filósofos, y que todos los días estaban blasfemando del Misterio de los altares, se les escapasen de vez en cuando expresiones y afirmaciones tales que forman perfecto elogio de nuestro dogma. Y no sólo esto sino es muy chocante que ellos que deseaban implantar reformas en las inteligencias y en la moral de los pueblos, no hablasen siempre del mismo modo, no sentasen siempre los mismos principios é idénticas verdades. ¿Qué sistemas, pues, eran esos que variaban á cada paso? La verdad es inmutable; si ellos estaban en posesión de la verdad, ¿por qué disentían sin rubor tantas veces?

La servil imitación, por desgracia, ha sido siempre, particularmente en los hombres necios, la que movió á los novadores á oponerse á la verdad y á blasfemar del Catolicismo. Pocos han sido los filosofastros corrompidos que hayan inventado doctrinas heterodoxas, pero infinitos han sido los dementes que les imitaron. El tan decantado filosofastro Rousseau, bebió sus impías doctrinas de Bayle y su *Indiferencia* de Chubb. Voltaire se aprovechó de los sofismas protestantes, y todos los filosofastros modernos no hacen más que repetir las insensatas argucias de aquél. Pues bien, ese mismo Rousseau, tan idolatrado de los indiferentistas, pero tan bien rebatido por Lamennais y por Valsechi, después de blasfemar contra la Religión y contra Jesucristo, luego de convertirse en escéptico y epicúreo, escribe un día familiarmente á un discípulo del impío Diderot: «Tiemblo (dice) y me estremezco al ver contristar y afligir á la Religión con vuestros escritos. Desconfiad, querido Deleyre, de vuestro genio satírico. Sobre todo aprended á respetar la Religión (Católica): la humanidad misma os impone este respeto».— Y, al hablar de la veracidad de esta Religión y tratar del inefable Misterio de la Eucaristía, no sabe sino encomiar al

Catolicismo, diciendo: «Es una religión santa, (1) sublime, verdadera». He ahí cómo Rousseau confiesa el Misterio de la Eucaristía; pero en otro lugar, llevado de su espantosa volubilidad, afirma que el Cristianismo repugna á la razón y que es imposible á todo hombre sensato el admitirlo. ¡Miserable! ¿En qué quedamos? Tú dices que el Catolicismo es verdadero, pero que repugna á la razón.—¿Dónde está tu ciencia? ¿dónde tu sentido común? ¿dónde tu rubor? «Dóciles admiradores de este sofista inconsecuente, añade el sabio Leibnitz (2) ¿con qué cara vituperáis á los cristianos la obediencia de su fe...?»

Voltaire recoge las sucias migajas de los protestantes, y luego de declarar la guerra más satánica á Jesucristo, llamándolo *infame*, (que su nombre, mil veces santo, sea bendito), se estremece, y al ver que sus padres en la impiedad reniegan de la Eucaristía y admiten otros Misterios del Cristianismo, les contesta — La Eucaristía es tan creible como los demás dogmas del Catolicismo.—Recojamos estos preciosos documentos que, aun cuando no los necesitemos, dicen muchísimo contra los protestantes, pues les trata nada menos que de ignorantes; y contra él mismo, pues su doctrina era deducida de los principios de aquéllos.

Cherbury, Spinosa, Hobbes, Blount, Bolingbroche, Tous-Saint, Diderot, D' Alembert y los que trabajaron en la revolución francesa, ¡qué hombres! ¡qué filósofos! Su historia está escrita sobre lámina de inmunda cloaca con caracteres de sangre, grabados con puzón despótico. Siempre violentos, siempre indecisos, siempre soberbios. Su inmundo vientre fué el ídolo á quien en todas ocasiones dieron incienso; mas á pesar de todo, bien en su adolescencia, cuando muchos de ellos fueron católicos, bien en su juventud, en una de las épocas de calma, ora en su vejez ante el espectro de la muerte, dejaron salir de su boca y correr de su pluma expresiones que se volverán siempre contra ellos. Por el contrario, sin contar los SS. Padres y doctores cató-

(1) Contrat. social, pag. 194.
(2) Indiferencia relig., tom. II, cap. 3.

licos; filósofos eminentes, como Lira, Lulio, Bacón, Descartes, el mismo Leibnitz, el Tostado, Luis Vives, Bertand, Rius, Lamennais, Balmes, hombres excepcionales en inteligencia y conducta moral; después de haber investigado los arcanos de la filosofía y tocado todos sus límites, han confesado que el Misterio de la Eucaristía, no sólo no repugna á la razón, sino que se halla en perfecta armonía con ella. Autoridades tenemos de filosofastros impíos que han confesado ser la filosofía absolutamente impotente contra los dogmas del Catolicismo. Y en consecuencia: «Ultrajes, bufonadas, sarcasmos y audacia, como afirma el P. Valsechi, podrán presentarnos, han presentado y presentarán nuestros enemigos, pues son sus mejores armas; pero un argumento sólido, una razón clara que destruya las pruebas de la divina revelación, por más que blasonen que tienen tantas fuentes en donde tomarla, y tantas veces se les ha invitado por los católicos, no la han producido todavía» (1).

IV

Mas demos entrada á las ciencias naturales, con objeto de ver si poseen mejores argumentos contra nuestro dogma. Ocupe el primer lugar la *Física*. Las teorías de esta ciencia, según hemos demostrado al estudiar si la Eucaristía es posible físicamente considerada, no repugnan en modo alguno á la fe del Augusto Misterio. Ni las teorías de la materia ó substancia, ni las de los accidentes, ni las de los cuerpos, átomos y moléculas, ni las de los agentes materiales, ni alguna ley física se oponen á la doctrina teológica de la Eucaristía. Y esto no es extraño, porque, siendo la física el estudio de los fenómenos que presentan los cuerpos, siempre que no experimenten cambio en su composición y, habiendo sido estos cuerpos, juntamente con sus diversos fenómenos, creados y dispuestos por el Autor mismo que ha instituído la Eucaristía, es evidente que Dios no les daría leyes contradictorias.

---

(1) Fuentes de la impiedad, p. II, § 10.

Aparte esto, no pudiendo ningún físico, que así pueda llamarse, mostrar alguna ley que contradiga al Misterio del Altar, ha habido físicos eminentes que no han tenido rubor en dedicar párrafos edificantes, con objeto de confesar y loar la Eucaristía. En esa edad Media, á la que tan poca justicia se ha hecho: ingenios, como el de Alberto Magno, Dunsio Escoto y Raimundo Lulio, sondearon los senos de la física de aquellos tiempos y emitieron intensísima luz á las generaciones venideras. Casi todos los escolásticos fueron sabios físicos. Pues bien; todos estos religiosos eminentes, poseían diariamente en sus manos á Cristo Sacramentado y confesaban elocuentemente la fe de la Iglesia con tratados teológicos tan estupendos, según puede observarse en sus colosales obras.

Los que materializan, empero, todas las cosas, hasta la moral y el dogma, y no pretenden ver en ellas más que una naturaleza ciega, pregunten á sobresalientes físicos modernos, como Pascal que, aunque jansenista, confesó en sus últimos años la fe del Sacramento del Altar; (1) pregunten á Galvani, terciario franciscano; á Torricelli, á Gay-Lussac, á Franklin, á Newton y sobre todo al Padre Secchi, y oirán que de sus puras bocas sale un torrente de elocuencia, con la cual declaran que el Augusto dogma de la Eucaristía no es opuesto á ninguna de las leyes de Física. ¡Cómo se había de oponer, si estos mismos grandes físicos comulgaban con frecuencia! ¿Y se atreverán á enseñar lo contrario los que sólo poseen una simple tintura de esta ciencia utilísima?

Tampoco ha encontrado lógicos silogismos la *Medicina;* por el contrario ha tenido valientes defensores, como el evangelista S. Lucas y los santos hermanos Cosme y Damián, ilustres médicos de espíritu y materia, que derramaron su pura sangre por causa de la fe católica. La tuvo en S. Pantaleón, nobilísimo médico de Nicomedia y mártir de Jesucristo, y la ha tenido en S. Isidoro de Sevilla y en el Beato Raimundo Lulio, tan versados en los principios de medicina.

---

(1) Pensamientos.

Aun cuando por desgracia en estos últimos siglos ha habido medianías médicas escépticas, sin embargo, algunos doctores, como el amigo íntimo de Pascal, aunque jansenista, hablan tan devotamente de la Eucaristía, como pudiera hacerlo un asceta. Me consta de un licenciado en medicina, quien afirmaba que en las operaciones quirúrgicas admiraba siempre los dogmas de la Religión Católica, pues tan en armonía están con los principios médicos.

Hoy la ciencia, y en particular la curativa, se ha divorciado para su desgracia del Catolicismo, que tanto ha contribuído á su desarrollo y perfeccionamiento. Ella no pretende ver en el organismo humano más que pura materia, y los profesores que así discurren, no diría yo que han estudiado filosofía durante el bachillerato, pero que ni la han saludado, ó si hicieron esto, jamás la comprendieron.

No obstante, la medicina en sus diversos sistemas de curación: alopatía, homeopatía é hidroterapia, puede contar sabios profesores de distintas naciones que, amantes de la verdad, han reconocido que la ciencia que profesan en nada se opone á la Religión Católica, antes por el contrario, consignan que ella es parte de la verdad revelada como única verdad, de la cual reciben vida las ciencias legítimas. El Vice-Presidente de la Sociedad Francesa de S. Lucas, cirujano jefe del Hospital de S. José, decía no hace mucho en una representación á Pío X:— Nosotros, médicos, creemos que la verdadera ciencia conduce á la fe y vemos en la creación la potencia divina presente y activa.—Particularmente la hidroterapia, más conforme con los principios naturales de curación, puede asegurar, sin temor de mentir, que la mayor parte de sus profesores son católicos; que cuenta entre éstos muchos sacerdotes, como á Monseñor Sebastián Keipp, párroco de Wörishofen (Ausburgo) autor de varias obras hidroterápicas y á Mons. N. Neuens, párroco de Bivange (Luxemburgo), discípulo de aquél, también autor de varias obras del sistema hidroterápico. En esas obras se ve lo que es y debe ser la ciencia médica, producto de Dios, y por lo tanto hija de la verdad única, de la verdad revelada y en consecuencia sos-

tenedora de todos sus dogmas, particularmente del de la Eucaristía, que proporciona vida á todos ellos. No hace mucho que un concurso numeroso de médicos católicos, ha ido á Roma á prestar sus homenajes al Jefe de la Iglesia y á protestar de su adhesión inquebrantable á la fe católica.

Las demás ciencias naturales, como la *Botánica* ó estudio de los vegetales, que entona diariamente un himno al Creador; la *Geología*, ó conocimiento del estado físico actual de la tierra, con sus diversas sub-ciencias: Fisiografía, Geognosia y Geogonía que, apoyando los sagrados libros, ostenta á cada momento la gloria y omnipotencia del Altísimo: ¿no dan crédito á los dogmas de una Iglesia fundada y sustentada por este mismo Señor?

No importa que cerebros escépticos y ateos se hayan distinguido un tanto en la historia de la naturaleza; éstos forman la escoria de los eminentes naturalistas. Hombres sapientísimos, como S. Isidoro de Sevilla, Bacón y otros escolásticos, Jorge Luis Leclere, conde de Buffón, los cuatro Jussieu, Antonio y Bernardo, hermanos, Lorenzo y Alejo, padre é hijo, el celebérrimo sacerdote Cavanilles, prez de la ciudad del Cid, M. Sturm y Tomás Cuchi que tan bien supieron interpretar el espíritu de la naturaleza, y otros más que omito, los cuales no hallaron obstáculo alguno en dichas ciencias no sólo para creer, antes bien para celebrar las grandezas del Sacramento Santísimo.

V

Pero ¿qué diremos de las ciencias exactas? ¿Hallará la *Aritmética* y el *Álgebra* en las profundidades del Misterio del Altar algún embarazo para desarrollar sus cálculos y operaciones? Un matemático tan eminente como el abate Le-Noir, demostró hasta la evidencia, por medio de estas dos ciencias, la existencia de Dios. No seré yo quien se atreva á decir que el Misterio de la Eucaristía puede ser evidenciado mediante las matemáticas, pero sí diré que estas dos ciencias no contienen ningún principio que se oponga al dogma del inefable Sacramento, y que este Misterio, según

observaremos después, ha dado un impulso grande á la aritmética y álgebra. El Dios de la Eucaristía es el Dios de los números, es el Dios de las reglas y operaciones matemáticas. ¿Cómo, pues, el efecto ha de estar en contradicción, ni aun tener el menor rozamiento con su Causa?

La *Geometría*, no obstante, al parecer de alguno, podría con insensato orgullo presentar inconvenientes respecto de la extensión. Se dirá por ejemplo: trácese una línea recta y divídase en cuantos puntos sea divisible; geométricamente un punto no puede estar sino al lado del otro, de suerte que ambos ocupen lugar distinto; en una palabra, que una línea distribuída en puntos, tiene extensión. Ahora bien, ocupándose la geometría de la extensión y de las medidas, el Cuerpo natural y físico de Jesucristo tiene extensión, luego para existir en la Eucaristía deberá guardar las mismas proporciones. Este argumento que parece nuevo, fué en un todo desvanecido, al ocuparnos de la extensión de los cuerpos, y allí vimos que se ignora cuál es la verdadera esencia de la extensión, pero que no obstante no repugna que dos cuerpos y por lo tanto dos puntos geométricos ocupen naturalmente un mismo lugar; cuanto más que Jesucristo está real y corporalmente presente en la Eucaristía de un modo sobrenatural y á modo de espíritu. El insigne Balmes no ve en el propuesto argumento fuerza alguna, y él mismo tiene demostrado lo que nosotros acabamos de indicar. Pero esta cuestión no es de ayer; matemáticos tan sabios como Galileo y Newton no hallaron en sus ciencias favoritas ningún argumento contra los dogmas católicos: la ciencia está hermanada con las verdades de la fe.

La *Astronomía* no ha encontrado en sus leyes más que motivos para bendecir mil veces al Autor de los dogmas, á Cristo Dios sacramentado. El célebre astrónomo Copérnico se extasiaba ante la contemplación de los puntos luminosos del espacio, y por ellos bendecía las obras de Dios. Hoy, los grandes astrónomos pertenecen á la Iglesia Católica.

Pero, ¿qué más? la *Filología* con sus investigaciones sobre las raices de las palabras, no ha tenido más remedio

que confesar ingénuamente las verdades que nos aseguran los libros santos acerca del origen del hombre y la unidad de idioma en el principio del mundo. Ella, por medio de los sufridos misioneros, ha examinado á fondo todos los idiomas conocidos, y tanto por las palabras y frases de éstos, como por los antiguos libros religiosos y tradiciones populares, nos ha legado la idea verdadera de un solo Sacrificio latréutico y la unidad del dogma sacrosanto de la Eucaristía.

La *Legislación* ¿qué motivos no halla en sus antiguas leyes, animadas todas ellas del espíritu de fe y unción religiosa y de una devoción acendrada hacia el Sacramento Santísimo, cuando se ocupa de la veneración que á Él debe tributarse? En el tercer tratado tocaré esta materia con mayor detención.

La tan ponderada ciencia de la *Economía* debiera sujetarse absolutamente á lo que enseña Cristo Sacramentado, en su Evangelio y en la Eucaristía, y entonces resolvería el problema actual. Pero los que la administran, generalmente han renunciado á la fe y á la moral cristiana, al menos prácticamente, y con esta conducta jamás verán cumplidos sus deseos. La justicia y la caridad son precisamente los dos goznes sobre los que ha de girar esta ciencia, hoy tan necesaria, pero tan mal administrada porque está peor entendida; si estas dos virtudes no se exigen como requisitos esenciales y absolutamente indispensables para resolver la cuestión de la actual economía, la sociedad caerá en un desquiciamiento inevitable. La Eucaristía sale al encuentro para levantarla del suelo y enseñarle el camino que ha de recorrer (1).

Finalmente, la *Historia*, con su parte de *Crítica*, es la ciencia que, después de la teología y la filosofía, compele mejor que ninguna otra á la creencia de nuestro dogma. Ella posee hechos culminantes, presenciados por ineludibles testigos y pueblos enteros; ella ostenta documentos interesantes y monumentos antiquísimos; ella ofrece testimonios de todas las

(1) Veáse el capítulo que se ocupa de la Eucaristía y la Economía.

naciones y de todos los pueblos y de todos los hombres, tanto católicos como heterodoxos, tanto deístas como ateos; ella, en una palabra, es un gran libro abierto é irrecusable que enseña elocuentemente que el Misterio de la Eucaristía es verdadero, es cierto, es positivo; y los hechos culminantes son los milagros que el Omnipotente ha obrado para demostrar la real presencia de Cristo en el Sacramento; y los documentos interesantísimos son las obras, los opúsculos, las cartas, los concilios, los capítulos, los argumentos, las reyertas sobre la Eucaristía; y los monumentos antiquísimos son las inscripciones de las catacumbas, y los templos, y las capillas, y los tabernáculos, y los ostensorios, y los vasos sagrados, y los ornamentos para celebrar el Misterio del Altar; y los testimonios interesantísimos son los de los católicos, herejes, infieles, amigos, enemigos, hombres, mujeres, niños, ángeles buenos y malos, hasta irracionales que han doblado su frente para adorar el Sacramento del amor; y el libro abierto es el universo con todo su contenido, y los siglos con todas sus épocas que nos han transmitido la fe de este excelso dogma. Pregunto ahora, ¿será real el Misterio de la Eucaristía? La historia, ¿será fiel prueba de este dogma? La Eucaristía ¿habrá ennoblecido á la historia? Respuestas afirmativas corresponden á estas preguntas, que procuraremos desenvolver poco á poco en el discurso de la presente obra.

En resumen, «la ciencia, según el M. I. S. Gómez Adanza, lejos de hallar dificultades ante el soberano Misterio de la Eucaristía, al contrario, crece y se aumenta con inmensos tesoros de incalculable riqueza. Diríase que semejante á matrona noble y virtuosa, toma en su mano la antorcha de la fe, la mira, la estudia y al ver que no le abrasa ni le quema, sino que le presta poderoso auxilio en el resplandor de sus rayos, síguelos en todas sus direcciones y penetra con seguridad en el vasto edificio de los conocimientos humanos, sube de punto y abraza hasta lo divino, y al encontrarse con Dios humanado en la Hostia santa ¡ah! entonces se dilata su pupila y ve, cómo huyendo las sombras y las nebulo-

sidades, descúbrese á su vista un panorama sublime, en que aparece la humanidad en toda su verdadera historia y se divisa á la Divinidad misma marchando unida al hombre en el ejercicio constante de una bondad sin fin; las letras y las artes y todo cuanto hay de bello en el mundo, vese dotado de una nueva vida y se manifiesta adornado de majestuosos encantos (1).

VI

Y con efecto, verdad importantísima es la que acaba de emitir el ilustrado escritor, respecto de la cuál deberemos hacer nosotros algunos breves comentarios, ampliándola para dar mayor realce á la influencia que la divina Eucaristía ha ejercido en el desarrollo de las ciencias. Hemos visto que éstas, á medida que han ido progresando y á la manera que sondeadas han estado, tanto menos han podido presentar un argumento contra el dogma de la Eucaristía; y esto es porque el progreso verdadero, el desarrollo de la verdadera sabiduría, son hijos de la verdad, y la verdad es diametralmente opuesta al error, porque la verdad procede de Dios, ya que Dios es verdad y en Él no cabe error de ningún género. Ahora bien, la verdad, á medida que se va estudiando se acerca á su Autor, de quien procede, hasta identificarse con Él mismo. Por eso, las ciencias, cuanto más desarrolladas estén, cuanto más llegado hayan á su perfección, tanto más se verá en ellas al Ser Supremo y tanto mejor conocerán que los dogmas católicos revelados por Él no están en oposición con la verdad.

Más aún. Si la verdad procede de Dios, y fuera de Él, la sabiduría y la ciencia desaparecen, cierto es que, para que la verdad sea conocida, la sabiduría amada y la ciencia progrese, es preciso el influjo de ese mismo Autor de la verdad, es indispensable la luz divina. He aquí por que el influjo de la Sagrada Eucaristía, en la que corporalmente habita Jesucristo, Dios de Dios y luz de luz inextinguible, sea

(1) La Euc. y la Ciencia §. VII.

necesario de todo punto á fin de que la verdad se entronice, la sabiduría se difunda y la ciencia se arraigue.

Y por cierto: ¿qué no ha obrado el Divino Sacramento del Altar en pro del desarrollo de las ciencias? ¿Qué impulso tan benéfico no ha dado á todos los ramos del saber huno? La Teología, con el brillante reflejo de esta Luz divina, ha llegado á una perfección tal que parece tocar su término. ¿Qué teólogos, qué doctores, qué santos Padres no ha formado, depósitos de ciencias y á veces únicos arsenales donde se encerró la sabiduría humana? ¿Qué vírgenes, qué ascetas, qué misioneros, qué monjes y religiosos no brillaron al calor de la Eucaristía? ¿Y qué no hizo esta Prenda del cielo con la teología para mortificar las pasiones, para ahogar los vicios, para sembrar las virtudes, para coartar el despotismo de los príncipes, para arreglar las paces entre soberanos y súbditos, para transformar todo el universo, para hacer cumplir el fin á que ha venido el hombre á la tierra y conducir los hombres á un paraíso eterno? Abrid la historia y veréis en cada una de sus bellas páginas hechos conmovedores que os acreditan esto mismo. Recorred el glorioso campo de la filosofía, estudiada con el solo interés de inquirir la verdad, porque lo demás, dígase lo que se quiera, no es filosofía, y veréis cuántos sabios, amamantados en la Religión Católica y dirigidos por los esplendores del Sacramento inefable, desplegaron el dilatado y bello manto de la filosofía, examinaron sus más recónditos pliegues y la estudiaron por ambas partes. Casi todos los verdaderos filósofos salieron de las escuelas y cátedras y universidades católicas, sostenidas por la Religión; la mayor parte de estos grandes filósofos eran eclesiásticos, seculares ó regulares, y los que no lo eran, habían sido enseñados por éstos. Pero ¿quién impulsaba á dichos filósofos á tener tanta abnegación, amor tanto á la sabiduría? ¿Quién les infundía la ciencia filósofica? Abramos los ojos y confesemos ingénuamente que los eclesiásticos maestros recibían todos los días la luz de un Sacramento al que manejaban y ofrecían, y los legos discípulos comulgaban también. La

luz que la Eucaristía había difundido á los profesores era reverberada en los discípulos. Cuando los mal denominados filósofos, cuando los impíos invadieron las cátedras universitarias, la verdadera filosofía no tenía necesidad de nuevas indagaciones y discusiones; había llegado á su elevado apogeo, á sus límites; lo que han hecho las nuevas teorías y los modernos sistemas es oscurecerla ó al menos presentarla más ininteligible.

Esto mismo que acabamos de insinuar respecto de la filosofía podíamos decir de todas las demás ciencias, porque, para no ser molestos, una regla general asiste á todas ellas, respecto del punto que nos ocupa; y es que, cuando los profesores de una ciencia se han apartado del Catolicismo, y por consiguiente de Cristo Sacramentado, que le anima y vivifica, entonces se han visto sumidos en la más negra confusión; por lo tanto una ciencia prospera más, si se nutre del alimento cristiano; brilla más, si es iluminada con los rayos del sol eucarístico; y por el contrario, infinitas teorías falsas ó infundadas invadirán una ciencia cuanto menos nutrida se halle de los principios cristianos, cuanto más apartada esté del influjo del Sacramento.

Debido á esto, y con la historia en la mano, debemos recorrer el curso de las ciencias y confrontar tiempos con tiempos y profesores con profesores, y notaremos esta verdad elocuente. Cristo Dios, en el bellísimo Sacramento del Altar, mediante su luz divina, ha influído poderosamente para que las ciencias naturales adelantaran con los eclesiásticos y con otros naturalistas cristianos. Otro tanto ha obrado con las ciencias exactas, haciendo surgir Ministros suyos que las cultivasen y perfeccionasen. La Filología se desarrolló rápidamente no por otro motivo que el de las misiones católicas, viéndose obligados los evangélicos misioneros á estudiar, indagar y comparar los idiomas para dejarse escuchar de los infieles. ¿Y quién impulsó á aquéllos sino el Dios del amor sacramentado por cuya gloria arriesgaban empresas semejantes? Este mismo Sacramento de caridad inspiró las plumas de los legisladores

justos, á fin de que dispusiesen los códigos, de conformidad con los principios naturales y divino-positivos. Y ¿cuánto mejor no fueron gobernados los pueblos con dichos códigos? Á Jesús Sacramentado se debe, pues, tanto beneficio, prosperidad tanta. Estos mismos saludables efectos experimentaríamos con la ciencia económica si Cristo-Hostia fuera el modelo de la economía. Justicia, caridad, compasión: éstos son principios de una buena economía; en el Sacramento, pues, se nos invita y hasta se nos estimula á que practiquemos estas virtudes. Mas ¿qué es lo que este Sacramento no ha influído para el desarrollo y para la belleza de la historia?

Sus mejores páginas son las que se ocupan de la Religión Católica, y sus más hermosos acontecimientos los que tratan del Augusto Misterio de los altares. Al modo que este Sacramento se destaca entre todas las bellezas del Cristianismo, así los períodos que versan acerca de Él brillan entre todos los que se ocupan de otras materias. Si es verdad que esta Vida divina fecundiza á la Iglesia, también puede decirse que la mejor y más extensa parte de la Historia Eclesiástica se debe á la Eucaristía; si resplandece cual radiante faro que ilumina á la humanidad errante, es porque Cristo Sacramentado le refleja su luz indeficiente. ¡Cuántos célebres hombres no ilustran la historia! Den, pues, gracias á Jesús Sacramentado que les ha colocado en esfera tan altísima.

Demos fin al presente capítulo bendiciendo infinitas veces al Dios de los altares y consignemos en resumen, para su eterna gloria, que en vano las inteligencias depravadas ó medianas se escudarán en la ciencia para atacar el dogma sacrosanto de la Eucaristía, ya que la ciencia ha confesado siempre que nada tiene que oponerle, antes por el contrario, sostiene mil veces y sostendrá hasta el fin del mundo que viene de Dios, y que si alguna hermosura posee es porque el Sacramento del Altar la ha engalanado con tales atavíos que la han hecho apreciar de los hombres sabios.

CAPÍTULO XVIII

La Eucaristía, las Bellas Artes y las Artes mecánicas.

SUMARIO

Qué son las artes?—Todas las artes se han estimulado por bendecir á la Santa Eucaristía.

I.—Poesía: Poetas de todos los siglos y lugares, que pulsaron la dorada lira de este arte en obsequio y defensa de la Divina Eucaristía.

II.—Elocuencia: ídem de ídem.

III.—Canto y música instrumental y escrita: ídem de ídem.

IV.—Artes ópticas.—Iconografía: Dibujo, Pintura, Litografía y Fotografía; ídem de ídem.

V.—Iconografía: Glíptica, Bajo, Medio y Alto relieve; Escultura, ídem de ídem.

VI.—Arquitectura, ídem de ídem.

VII.—Indumentaria, ídem de ídem.

VIII.—Mueblaje, ídem de ídem.

IX.—Joyería, ídem de ídem.

X.—Mímica, Orquéstrica, ídem de ídem.

XI.—Floricultura, Diplomática, Numismática. ídem.

XII.—Artes mecánicas.—Cerámica, Vidriería; Carpinteria; Broncería, ídem.

XIII.—Conclusión: Las artes deben todo su desarrollo y perfección al Sacramento del Altar, y sus producciones en favor de Él son prueba evidente de su real existencia.

Al producir el Eterno los seres que nos rodean, mirólos con apacible sonrisa, cual perfecto artífice que se complace en las acabadas obras salidas de sus manos. Esta dulce mirada simbolizaba la gloria que su Autor esperaba reportar de tales concepciones, si éstas, no olvidando su deber, procuraban adquirirla. El hombre, á quien se facultó plenamen-

te para administrarlas y lucrar con ellas mayor honor y reputación, debía poner en juego todos los resortes de su agudo y feliz ingenio, para devolver á su Eterno Dueño, doblados, los talentos que Él le otorgara. Las Bellas artes: esas semiespirituales obras que arroban al que detenidamente las contempla, puesto que son girones arrancados de la invaluable púrpura con que se cubre la Divina belleza; hálitos purísimos desprendidos del Ser infinitamente bello; ecos armoniosos que este mismo Ser de vez en cuando hace repercutir en la humana inteligencia; pinceladas fogosas que sobre el numen dispuesto trazara: son las llamadas en todos los siglos á pregonar las grandezas de su Autor, las excelencias de Dios y de su Hijo Jesucristo. Esto han patentizado en todas las épocas, resonando los loores de Cristo, pero de Cristo Sacramentado, de Aquel Señor que por nuestro bien se ha dignado morar con nosotros. Y en efecto: si toda la Creación dirige los refulgentes rayos de sus bellos efectos hacia su Creador, porque no puede menos de enviarlos; si cualquier ser de esta creación hermosa, por microscópico que se le suponga, aúna sus fuerzas con los demás para entonar himnos mil de alabanza hacia la Religión fundada por el Autor de lo criado, porque esa es su necesaria ley; y si toda la Religión, con sus dogmas, con su moral y con su culto, converge hacia el centro de la misma, único en su especie, peculiar en sus efectos, bello cual ninguno, radiante más que el sol; hacia la Divina Eucaristía, centro de la Iglesia y arquicentro del universo, porque tampoco puede dejar de propender á Ella, unirse con Ella y depender de Ella: es evidente que las artes, y con mayor razón las artes nobilísimas, han de encomiar en todos tiempos al Sacramento del Amor.

La *Poesía*, cual ave en la enramada que canta á su enamorada consorte los dulces afectos, mezclados con los alegres y continuados trinos, de su exiguo ser, expresa en sus armoniosas rimas, enlazadas con el sonoro verso, las glorias eucarísticas; la *Elocuencia* predica incansable estas mismas glorias con su variada y feliz expresión y energía de afectos; la *Literatura* concibe mil ideas, combina las palabras

más hermosas, ordena las frases más dulces y presenta un todo admirable del que se deslizan insensiblemente las arrobadoras cláusulas para confirmar tan alto Misterio; el *Canto* envidia las voces querúbicas, pretende llegar más allá de las inefables melodías angélicas, y para satisfacer su deseo de honrar á Cristo Sacramentado, abre su numen, examina sus facultades más inapercibibles, registra el oído, contempla su máximo gusto y, practicando heróico esfuerzo, se expresa con tan dulces consonancias que enternece á los oyentes; la *Música,* ese arte divino capaz de cambiar repentinamente las pasiones, para inspirar algo de las bellezas eucarísticas, y á fin de derramarse en sus alabanzas, pulsa el mágico órgano, tañe la angélica arpa, vibra la sentimental cítara, hiere el alegre tímpano, toca la apacible flauta, percute el magestuoso timbal, golpea los festivos timbres y ejecuta los demás sonoros instrumentos con tal maestría y unción, que sus delicados arpegios, si no extasían las más de las veces, al menos deleitan y enternecen; el *Dibujo,* con sus ligeras líneas y perfectas sombras, ostenta los símbolos y misterios eucarísticos; la *Miniatura,* con sus vivos colores matizados de oro, reproduce en los libros sagrados los actos venerables de nuestro culto; mas la *Pintura,* esa hija del cielo que imprime en el lienzo ó en la pared los sentimientos de la naturaleza, cuando trata de encomiar al adorable Misterio de los Altares, toma sus finos pinceles y, escogiendo los colores más vivos, estampa cuanto hay de bello y sublime en el Sacramento de Amor; la *Fotografía,* reproduciendo fielmente del natural los objetos más notables, y el *Fotograbado,* estampando con perfección las reproducciones fotográfico-eucarísticas, engalanan cada día más la preciosa guirnalda que todas las Artes se esfuerzan en tejer primorosamente al Sacramento; la *Glíptica* busca un duro mármol, ó una piedra preciosa y, cogiendo el afilado cincel, hiende con exquisito cuidado estos materiales, y presenta al gabinete eucarístico un dibujo verdaderamente digno de Jesús Sacramentado; el *Bajo, Medio y Alto relieve* se esmeran en ostentar primorosamente en los altares, pasajes que despiertan

la devoción del cristiano; pero la *Escultura*, con su parte de estatuaria y escultura ornamental, atavía de lindos ángeles los altares y tabernáculos, y se desparrama galana por todos ellos, dejándolos dispuestos para reservar al Dios de la gloria; la *Arquitectura* levanta orgullosa sus flechas hacia las mansiones superiores, y sus soberbias cúpulas y gallardos minaretes parece quieren tocar la aldaba de los cielos y llamar al Eterno para que baje á los sagrarios de sus grandiosas basílicas; la *Indumentaria* escoge los más variados primores en su género, y orna los altares y los ministros del Sacrificio; el *Mueblaje* y la *Joyería* cerca de Jesús Sacramentado, es de lo más esmerado, rico y primoroso que se pueda apetecer; la *Orfebrería* y *Bisutería* han fatigado los más esclarecidos ingenios y colocado en derredor y á servicio de la Eucaristía sus tesoros; la *Mímica*, con sus graves ceremonias y curiosas rúbricas y la *Orquéstrica* con sus religiosas y acompasadas danzas, han tributado también su homenaje al Dios de la Hostia; la *Floricultura*, queriendo imitar al reino vegetal, ha logrado poner en obsequio de la Eucaristía sus artísticas flores y variadas rosas; la *Diplomática*, mostrando sus antiguos códices, con el auxilio de una juiciosa crítica, ha sabido vindicar un dogma tan combatido de los herejes; la *Numismática*, con los seculares medallones y medallas de todos los tamaños y precios, nos recuerda el alto concepto que de la Eucaristía tenían nuestros ascendientes en la fe, y el fervor heroico con que amaban á un Misterio tan Divino.

Pero, ¿qué diremos de las artes mecánicas? ¿qué expresiones formularemos para celebrar los difíciles trabajos de *cerámica*, los delicados de *vidriería*, los entretenidos de *carpintería*, los esbeltos de *broncería*, los consistentes de *herrería* y los importantes á la par que acabados de las demás artes? Todas éstas, sin exceptuar ninguna, se han ocupado en honrar al Sacramento; han presentado finos trabajos eucarísticos y se han hecho acreedoras á su eterna bendición. He ahí cómo la Eucaristía ha influído poderosamente en las artes; pero he ahí también, cómo éstas no han

despreciado la atención que les ha tenido el Salvador, antes bien, sus cultivadores han procurado secundar los designios de Aquél, según vamos á bosquejar.

I

Los encantos de la *Poesía* fueron embellecidos en todos los siglos del Cristianismo por los amantes del Deífico Sacramento, al enviar á Éste los ardientes rayos de una fantasía abrasada en las llamas del entusiasmo. Desde el mezquino pareado hasta la más sorprendente oda, el poeta eucarístico recorrió todos los peldaños de la poesía para mostrar con sus bellezas las hermosuras inefables de un Misterio que cautiva nuestro corazón. S. Ambrosio, S. Agustín, Claudio de Viena, el papa S. Dámaso, S. Paulino de Nola, Aquilino Juvenco, Celio Sedulio, Fortunato y principalmente el distinguido español, Marco Aurelio Prudencio Clemente, sobresalieron con sus notabilísimos himnos eucarísticos; sobre todo los de este último fueron incluídos en los breviarios muzárabes para formar parte del rezo eclesiástico. Posteriormente, S. Gregorio Magno, Conancio, obispo de Palencia. S. Leandro, S. Isidoro, S. Julián, S. Braulio, S. Eulogio, Álvaro de Córdoba, el arcipreste Cipriano y Valfrido Estrabón, ilustraron los breviarios y misales con preciosos himnos de diversos y elegantes metros, los cuales cantaba el clero y la escuela de los cantores durante el Sacrificio de la Misa. El siglo X no dejó de enriquecer también la poesía eclesiástico-eucarística con muchos y preciosos himnos, que compusieron S. Notker, autor del *Victimæ paschali laudes*, el monje Herígero y el español Salvio, abad del monasterio Abeldense, el cual, según testimonio de uno de sus contemporáneos, redactó además varias misas que infundían ternura por su especial suavidad. S. Pedro Damiano y Fulberto Carnotense en el XI y Pedro de Cluni en el siguiente, legaron recuerdos eucarísticos en algunos himnos y otros versos que compusieron. El siglo XIII presenció mayor número y mejores vates que los pasados. Santo Tomás de Aquino, autor de los himnos de la festividad del

Corpus; S. Buenaventura, redactor de otros eucarísticos; el franciscano Jacopone, elegante y tierno poeta italiano; y el español Gonzalo de Berceo, de la Rioja, que compuso un poema narrativo acerca del Sacrificio de la Misa, consistente en 1388 versos, llenan el siglo de los santos y de los sabios. Los que brillaron en el XIV, no fueron menos notables. Alighieri Dante, de Florencia y Francisco Petrarca, de Arezzo consagraron su pluma en ornar el cielo de la Eucaristía; este último se distinguió por sus eminentes canciones eucarísticas, cuyo primer verso de la 33, suena así:

Pues hoy tal muestra de su amor y gloria
El soberano Dios al mundo ha hecho,
Dando en manjar su pecho,
Cantad de amor, oh cielos, la victoria....

Las glorias poético-sacramentales del siglo XV son casi todas españolas. Entre las eminencias que las cultivaron, Fr. Ambrosio de Montesino, franciscano y obispo de Cerdeña es, en expresión del P. Solá, el poeta más notable. Escribió el *Tratado del Santísimo Sacramento*, dedicado á la Duquesa del Infantazgo y el Romance de la santa Custodia. Fr. Iñigo de Mendoza, también franciscano, redactó las «Coplas de *Vita Christi*», en forma de cancionero eucarístico. He aquí una de ellas:

Dios te salve, Pan de vida,
Que del cielo descendiste,
Y por nos muerte sufriste
Muy cruel y dolorida.

Poco después, D. Alonso de la Troya, racionero de la Catedral de Toledo, Francisco de la Torre y Hernando del Castillo compusieron otros Cancioneros espirituales, de entre cuyas hermosas rimas se destacan de un modo bellísimo las que pertenecen á nuestro Augusto Misterio.

Sería por demás interminable si hubiera de citar los vates eucarísticos de todas las cultas naciones, que florecieron en los siglos siguientes, así que me concretaré á mencionar los más notables de los muchos que brillaron en nuestro suelo hispano y algunos del extranjero. Entre los que compusie-

ron sonetos al Augusto Sacramento, merecen lugar el Licenciado López de Úbeda, que también redactó un cancionero; el portugués Fr. Andrés de Cristo; el italiano y renombrado Torcuato Tasso y Don Luis Ribera. En romances resplandecieron: Fr. Pedro de Padilla y los Alonsos de Bonilla y de Ledesma. En villancicos, Diego Cortés, Luis Barahona y Juan Bautista Comes. En poemas, el jesuíta inglés Roberto Satuel. En quintillas, Micer Andrés, Rey de Artieda. En canciones, Fr. Adrián de Prado. En estancias, Fr. Luis de León; y en coplas, el Beato Nicolás Factor y Don Juan de Ribera, arzobispo de Valencia. Otros, como S. Juan de la Cruz, Santa Teresa de Jesús, el francés Racine y la inglesa Luisa de Carvajal, cantaron las glorias sacramentales en diferentes versos; y algunos, como el Doctor Fr. Damián de Vegas, del hábito de S. Juan, las encomiaron en toda clase de versos. Pero los que alcanzaron mayor popularidad por el género de sus raras y estéticas composiciones, fueron los redactores de las farsas y autos sacramentales que se habían de representar en las plazas públicas, de los que haremos larga descripción al tratar de la Historia de la Eucaristía; mas por lo que respecta observar aquí, tanto en este siglo como en el XVII, fueron muchos los artistas aficionados á semejantes trabajos, por las ventajas religiosas que se obtenían en un principio; y así no estará de más que recordemos los nombres del jesuíta P. Alonso de Heredia, del P. M. Juan Alvarez, del portugués Juan Vaz y del canónigo valentino Tárrega, que escribieron á este propósito dramas eucarísticos. Otro portugués, Antonio Pires, compuso ocho autos sacramentales. Al lado de algunas farsas y autos anónimos, varios de ellos en latín, que aparecieron en el siglo del renacimiento, dieron á luz los suyos, Juan Timoneda y los franciscanos Fr. Toribio de Benavente en la América española, Fr. Juan Bautista y Fr. Andrés de Olmos, el domínico Fr. Martín de Acebedo, el jesuíta P. Juan de Cigoronde, y Fernán López de Yanguas. Cierra en fin las glorias poético-eucarísticas del siglo XVI, por más que sobre todos deba contarse, el fénix de los ingenios españoles, el tan justa-

mente celebrado en todo el mundo por príncipe de los poetas y dramaturgo universal, el presbítero D. Frey Lope Félix de Vega Carpio, del hábito de S. Juan. ¿Será posible contar sus preciosas composiciones sacramentales? Hasta ahora no se sabe, empero se han llegado á reunir 400. He aquí una bellísima poesía sacramental de Lope de Vega, momentos en que arrepentido se dirigía á Dios:

Pues eres tan liberal
Que habiendo yo sido tal
Ya me has sentado á tu mesa.
Y qué más notable prueba
De esa piedad que bendigo
Que dejar que tu enemigo
La misma sangre te beba?

Quisiera enumerar todos los poetas notables de nuestro parnaso eucarístico que lucieron en el siglo XVII, pero los límites de nuestro asunto no lo permiten. Puede para esto consultarse el Cancionero Eucarístico del P. Solá y las notas para la formación de un cancionero del Santísimo Sacramento por Guinot; empero dando algún desahogo á nuestra estrechez, recordaré en primero y distinguido lugar á D. Pedro Calderón de la Barca, del orden de Santiago, que, de su trabajo de treinta años contínuos, componiendo autos sacramentales, sólo se han logrado reunir unos 72: es otro ingenio semejante á Lope, si es que no le supera; el maestro José de Valdivielso, insigne lírico y dramático, otro segundo genio español de su siglo, nos legó muchas poesías sacramentales y número considerable de elegantes autos, aunque sólo doce vieron la estampa. Entre los demás escritores de autos sacramentales merecen lugar D. Francisco de Rojas y Zorrilla, D. Juan Bta. Diamante, Luis Vélez de Guevara, Arriaga, Belmonte, y los portugueses Fr. Antonio de Lisboa, Diego Carvalho de Figueredo, Pacheco y Correa. Compusieron romances D. Pedro Fernández del Campo y D. Antonio Hurtado de Mendoza; poemas, el licenciado D. Miguel Casbas y el canónigo D. Bartolomé Carrasco de Figueroa y Sor Juana Inés de la Cruz, de la

América; villancicos, el maestro Ortells; cánticos, el francés Corneille; una plegaria, el italiano Metastasio; un soneto, otro italiano, Francisco Lumene; y el inglés Ricardo Crashaw, Góngora, el inmortal Cervantes, Quevedo, Solís y Miguel Cid redactaron otros géneros de poesías eucarísticas. Pasando al siglo XVIII, notamos gran decadencia en nuestra patria á la que aventajaron las demás naciones; pero no por eso dejaron de ser notables, D. Antonio de Oviedo Herrera, Sor Gregoria de Santa Teresa, con otras religiosas, D. Blas Nasarreno, Reinoso, Nicasio Gallego, Alberto Lista, los franciscanos Manuel de Navarrete y Fr. Antonio Panes, Olavide, Fr. José Morales, Ignacio de Luzán; los franceses, jesuita Lambillote, carmelita Hermann y los italianos Costa, Anquilesis, Marchetti, Pellico y Manzoni. He aquí un fragmento de una preciosa poesía á Jesús Sacramentado, por Lista:

La gloria de Dios vivo
En la morada de los hombres brilla;
Mortales, humillaos; suba el incienso
En ondulante nube
Y el ruego humilde al trono del Inmenso.
. . . . . .
. . . . . .

El pasado siglo ha restaurado de un modo notable el parnaso sagrado de la Eucaristía, produciendo eminencias, como Balmes, Selgas, Raimundo de Miguel, Aparisi y Guijarro, Coll y Vehi, Pastor y Aicart, médico de Benejama, Peralta y Valdivia, Ramón Valle, de Méjico, P. Gascó, Antonia Gili Güel, Muñoz Pabón etc. etc.; en particular estos últimos que son de nuestros días.

II

Si la Poesía, empero, ha sido una de las primeras artes que ha tejido sus estéticas flores en la variada y brillante guirnalda eucarística, la *Elocuencia* que la sigue, no ha sido menos diligente en reunir sus galanos y odoríferos claveles para que también formen parte de aquélla. ¿Qué raudales

divinos de este cautivador arte no brotaron de S. Ignacio de Antioquía, al hablar á sus diocesanos del Sacramento Augusto; del mártir S. Justino al comprobarle; de Orígenes al vindicarle contra Celso; de S. Crisóstomo y S. Agustín, al manifestar desde la cátedra sus grandezas? ¿Qué torrente de doctrina y afluencia no salió de los labios de S. Cirilo de Alejandría, al defender en el Concilio de Éfeso contra Nestorio la verdadera Carne de Cristo Sacramentado; de un Lanfranco contra Berengario, de un S. Gregorio VII, en los concilios que convocó en Roma contra la doctrina antieucarística del mismo heresiarca, y de un S. Antonio de Padua contra los herejes sacramentarios? ¿Qué prodigios no obró la Omnipotencia en el acto mismo en que S. Francisco de Asís, Santo Tomás de Aquino, S. Juan de Capistrano y S. Jácome de la Marca predicaban el dogma venerando de la Eucaristía? ¿Qué trabajos, qué preparación, qué acertados y conmovedores discursos del Sacramento Santísimo, no pronunciaron S. Vicente Ferrer, S. Lorenzo Justiniano, Santo Tomás de Villanueva y el Beato P. Avila? ¿Qué frases tan elocuentes, qué rasgos de amor divino, qué ideas tan felices las proferidas por S. Pedro de Alcántara, Fr. Luis de Granada, S. Carlos Borromeo, Beato Nicolás Factor y el V. Baltasar Alvarez, argentinas lenguas de la Eucaristía? Volviendo la vista á S. Ignacio de Loyola y á S. Felipe Neri, admiramos las continuas y eficaces exhortaciones que dirigían á sus hijos para que nunca cesasen de predicar los efectos de un Sacramento de Amor, y cuánta es la utilidad que nos reporta el recibirle con frecuencia, antes bien ellos mismos practicaban lo que deseaban ver ejecutado por sus súbditos. Si la desviamos de estos dos aguerridos campeones de la fe para fijarla en S. Francisco de Sales, contemplaremos á este varón providencial y admirable por su fecunda elocuencia, convertir mediante su predicación á 70.000 calvinistas que negaban absolutamente nuestro augusto Misterio; y si la concentramos en los PP. Salmerón y Laínez, deputados por el Concilio Tridentino para hablar del dogma Eucarístico contra los errores del impío Lutero, podremos

maravillarnos al ver cómo juegan, por decirlo así, con las Escrituras, con los Santos Padres y Doctores, disipando por su medio los negros fantasmas que aquel heresiarca forjar intentara; dos horas sin interrupción estuvieron los padres de aquel Concilio pendientes de Laínez; tanta era su facundia, tanta su doctrina. Otros dos jesuitas no menos notables S. Francisco de S. Jerónimo y el P. Maldonado, cada uno en su esfera de acción, arrebataban al auditorio, en ocasión de representarles oralmente las finezas de Jesús Sacramentado. Bossuet, Fenelón, Valois, Croisset, M. de Puy, Legand, Bretonneau y Bourdalone en Francia; S. Leonardo, S. Ligorio, Montefranco y Bambillotti, en Italia; Blair, Tillontson y Faber en Inglaterra; Viera y Almeida en Portugal; Lanuza, Buldú, Ráulica, Sanz y Forés, Yagüe, Casanova, con otros muchos en España; Parra en América. ¡Qué oradores! ¡Cómo supieron encomiar el más sagrado de los Misterios! Sus nombres serán en todos los siglos, acreedores á ocupar una brillante é inmortal página de la historia (1).

III

Respecto de los modelos de *Literatura eucarística* será cuestión de tratarlos en la Historia de la Eucaristía, á cuyo lugar remito al lector.

Pero el *Canto* y la *Música* que en este tercer párrafo, por unos momentos van á ocupar nuestra atención, como que ambas liras, vocal é instrumental, hemos de presentar de un solo punto de vista, por guardar entre sí una afinidad casi inseparable para su perfecta ejecución, son otro género de semiespirituales bellezas que hermosean las ya colocadas en la guirnalda eucarística. La Música, dice el sabio Le-Noir, ofrece la imagen más elocuente y más clara de la grande armonía de las creaciones divinas; de la combinación de sus dulces acordes, resulta una palabra dicha al alma; expresa mejor que ninguna otra las sublimidades de Dios y de la naturaleza, palabra que extasía el corazón con las más suaves dulzuras.

(1) Véase la Eucaristía y la Civilización universal; al fin.

¿Qué diré de la Eucaristía respecto de estas artes querúbicas? ¿qué influencia no ha ejercido en la formación, en el desenvolvimiento, en el apogeo y en la completa perfección del canto y de la música? ¿qué deben éstas á la Eucaristía? Puntos no difíciles de resolver son los propuestos, si se recuerda la historia de ambos en lo que respecta á la Iglesia. Podría asegurarse sin faltar á la verdad, que sin la Eucaristía no habría música tal cual hoy la vemos en su mayor grado de esplendor; ya que por la Eucaristía exclusivamente, la Iglesia se esforzó en emplear para su culto dichas armonías; y de la Iglesia salieron los genios que impulsaron estas artes, perfeccionadas con el tiempo por los discípulos de aquéllos. Los graves y sentimentales cantos de las catacumbas en la celebración del Sacrificio y oficio divinos, dieron lugar á los unísonos, pero dulces, á los recitados, pero solemnes y tiernos del tiempo de la paz Constantiana; bien pronto S. Silvestre, á principios del siglo IV, y S. Hilario en el V, fundaron escuelas de cantores, *scholæ cantorum*, que fueron restauradas y perfeccionadas por S. Gregorio Magno á últimos del VI siglo, y él mismo compuso melodías para el Sacrificio. S. Juan Damasceno practicó esto último en el Oriente, inventando un método de canto más fácil, perfeccionado después por el monje y obispo Mauropus. S. Leandro, á principios del siglo VII, compuso varias obras musicales para su Iglesia, y Comancio, obispo de Palencia, S. Eugenio, S. Ildefonso y otros varones notables, no menos por su piedad que por su ciencia y gusto, cultivaron el mencionado arte. Por esta época, extendido y arraigado ya el órgano bizantino, pudieron los compositores de canto dar á éste un giro especial, de conformidad con las notas dulcísonas de aquél, resultando las composiciones para el culto, de una novedad tan extraordinaria, que lo mismo era entrar en un templo católico de alguna categoría, cuando se celebraban funciones, que quedar embelesado en sus armonías. En el siglo XI, Guido de Arezzo, al inventar las notas musicales, dió un nuevo giro al canto y, al lado de la forma monódica ó recitativa, se empleó

la homofónica ó masa de voces, de las cuales unas sirven de acompañamiento á un canto dado. En el XIII comenzó á ponerse en admirable juego la polifonía ó concierto de voces distintas unas de otras, viniendo á desarrollarse en el XIV. En este siglo, Doménico de Nola, Baccusi y Gabrielli compusieron devotas misas con el doble objeto de que los instrumentos pudiesen acompañar á las voces; pues aquéllos eran unas veces admitidos, y repelidos otras de los templos. Aparecen en el XV, Guillermo de Dufai, que perfeccionó el género polifónico y compuso sendas misas, redactadas sobre motivos tomados de canciones populares. Juan Ockeghem, belga, maestro de capilla de Carlos VII de Francia y el organista boloñés Antonio Sguarcialupi, puesto al servicio de Lorenzo el Magnífico en Florencia: todos éstos compusieron elegantes obras para el culto divino.

Nueva y floreciente época para la música se presenta en el siglo XVI; Claudio Londimel, lo mismo que todos sus contemporáneos pretendieron convertirla en perfecto idioma que expresara los vivos sentimientos del corazón; pero es lo cierto que el demasiado celo por tan laudable causa llevó á los reformadores al abuso, introduciendo éstos en las composiciones un aire mundanal y ciertas reminiscencias gentílicas que no decían bien con la gravedad y santidad del objeto á que se destinaban. Estos tristes efectos se propuso desterrar con ahinco el célebre Palestrina, discípulo del anterior, dando á la música eclesiástica aquel carácter grave, tranquilo, dulce y armonioso que debe caracterizarla. Distinguiéronse en este siglo, Després, el músico quizá más famoso de aquellos tiempos, Stradella, Obrecht y Alejandro Agrícola que compusieron misas harto melodiosas; Petavio Petrucci que redactó motetes eucarísticos, siendo las producciones de éste, como las de los otros maestros, propagadas rápidamente por casi todo el Occidente. Por indicación de la Iglesia, con la protección y al amparo de la misma, pues ella fomentaba las escuelas, y retribuía suficientemente á los discípulos aventajados que de las mismas surgían, dándoles la plaza de organista ó de maestro de ca-

pilla, aparecieron una multitud de genios, casi todos con una ú otra de las profesiones mencionadas, que la enriquecieron y la ornaron con sus producciones eucarísticas y otras piezas eclesiásticas. De los españoles florecieron Don Antonio Cabezón, organista de la real capilla; Castillo, gran compositor y organista de la Iglesia de Sevilla; y D. Bernardo Clavijo, universal instrumentista. De los italianos, Angostini, Mazochi, y Festa, todos compositores de misas; Cacini, Peri y Frescobaldi, como profesores de canto, siendo este último tan apreciado, que en cierta ocasión se juntaron en el Vaticano para escucharle 30.000 personas. Brillaron también Scufl y Walther, en Alemania; los belgas Poverraje y Phinot; y Felipe de Mons, de los Países Bajos. Al asomarse el XVII siglo, aparece el inglés Batson, distinguiéndose por el incoado lirismo que se descubre en sus composiciones; el italiano Rossi, y Matheson, de Hamburgo, y los españoles D. Juan Bautista Comes, presbítero, que, entre otras bellas producciones, compuso veinte hermosos villancicos al Sacramento; Correa y Araujo, organista del Salvador de Sevilla, y luego Obispo de Segovia; Cavanillas, Lorente Torres y el franciscano Fr. Pablo Nasarre. En el XVIII, Alemania, sobre todo, brilla en profesores de órgano, marchando Bach á su frente. Igualmente fueron notables el ingeniosísimo Mozart, Haide y Eurico Rolle; en Italia, el franciscano P. Martini que fué, en expresión de nuestro insigne Eslava, (1) el músico más sabio que ha habido en Europa; Rossini, Durante, Sarti, Sachini y Querubini, quien descolló su ingenio en su Misa solemne; José Hadny y Beethoven, cuya misa es celebradísima. España vió brotar de su fecundo suelo, á los Nebras y á los Sessé, á Soler, Vila, Brocarte, Irribarren, Pueyo, Palomar y otros muchos que, á imitación de los extranjeros, pusieron en movimiento sus doradas plumas para cantar las glorias eucarísticas. Algo descuidado, en verdad, el género orgánico por los españoles en el siglo XIX, no lo fué de tal suerte que dejaran de

(1) Reseña histórica del género orgánico, pag. 12

distinguirse muchos de ellos, tanto en el referido género, como en el de composición. El inmortal Eslava, gloria de la Iberia, Andrevi, Ledesma, Gorriti, Iñíguez, Giner, Hernández, Olleta, Calahorra y Beiro, con sus imperecederas misas; Cosme Benito con la suya, compuesta especialmente para la festividad del Corpus; García, con su hermoso *Panis angelicus;* Valero y Pacheco, con sus brillantes villancicos al Sacramento; Santesteban con sus armoniosas misas y devotos motetes; Fr. Ignacio Sáenz con sus delicados *Ave verum* y letanía al Corazón de Jesús; Plasencia, P. Vicente Comas, Prado y otros muchos celebrados ingenios, con sus variadas y estéticas concepciones, forman nuestra más templada y sonora lira. Entre los extranjeros descuellan los italianos Capocci, con su estimable Misa y *Oh salutaris;* Fanna, Donizetti y Mercadante; el franciscano P. Farinelli de Falconara, con su grandiosa Misa de tres coros, en la que entran las tres iglesias, militante, triunfante, y purgante; el celebérrimo maestro Perosi, con sus bellas armonías gregorianas, que tanto se esmera por introducirlas en toda la Iglesia; sobresaliendo de un modo particular el nunca bastante ponderado minorita P. Hartman en su nuevo oratorio *La Cena del Señor*, dedicado á Guillermo II de Alemania, obra magistral y de extraordinario mérito; distinguiéndose también entre los franceses, Lambillotte, con su *Tantum ergo* y Bordesse, con sus devotas y regias misas. He aquí, en resumen, á los discípulos del entusiasta Orfeo puestos en movimiento al calor que les imprimiera la Esposa del Cordero, la cual, en medio de toda su respetuosa gravedad por lo que mira al culto divino, ha procurado en todos tiempos inspirar á los artistas el genio que debe dominarles á fin de que trabajen en provecho de Aquél que es objeto de nuestro culto, de Jesús Sacramentado. Hoy, al incoarse la restauración del melodioso canto gregoriano, debido á las exhortaciones y reiterados mandatos del pontífice reinante, Pío X, se han estimulado los Prelados, los cabildos y comunidades á llevar su grano de arena para la erección de tan costosa obra; en particular, los PP. Benedicti-

nos, aleccionados de su activo maestro y superior Dom Gueranger, de feliz memoria, han conseguido preparar la edición más crítica de canto gregoriano, titulada: *Antifonario gregoriano y Paleografía musical.*

IV

Mas pasemos á las artes ópticas que, siendo las más apreciadas de la Iglesia, legan á la posteridad las creencias, los usos y la disciplina que aquélla creyera y practicara, mientras que las artes anteriores dan á conocer únicamente su hermosura de paso. La *Iconografía* eucarística, en cuanto respecta al dibujo y á la pintura, es una de las bellas artes ejecutada desde los primeros albores del Cristianismo. La misma Iglesia ordenó la práctica de la iconografía cristiana, según expresión del II Concilio Niceno, (1) y hubo Papas, como Clemente, que fueron consumados maestros en este arte. Para encontrar dibujos y pinturas eucarísticas de los primeros siglos precisa internarse en las Catacumbas, particularmente en las de Roma, donde nos sorprenderemos al considerar esos rudimentarios cuadros simbólicos del Misterio adorable del Altar, que por medio de los panes y los peces, del canastillo eucarístico, de la mesa preparada y del banquete celestial, representan al vivo el más augusto de nuestros dogmas (2). En aquellos tiempos de atroz persecución era preciso á los cristianos valerse de emblemas significativos que, denotando por una parte á la Eucaristía, no fuesen por otra comprendidos de los paganos, que los ignoraban. Después de otorgada la paz á la Iglesia, los Obispos mandaron decorar con vistosas imágenes y figuras caprichosas los muros de los templos, por lo cual no es inverosímil que, siguiendo el ejemplo de sus mayores, pintasen alegorías referentes al Misterio Eucarístico. La Edad Media, en especial, tuvo el laudable gusto de perfeccionar la iconografía cristiana en los libros corales, ó ya de uso particular, con viñetas, iniciales y orlas fantásticas. De

(1) Act. VI.
(2) Véase nuestro Tratado III, La Eucaristía en las Catacumbas.

los tiempos medioevales, es una viñeta sacada del *Libro de los Testamentos*, de la Catedral de Oviedo. Representa á un Obispo celebrando el Sacrificio solemne, y á sus dos lados, el diácono sosteniendo el báculo en una mano y el libro en que ha de leer el prelado en la otra, y el subdiácono que le presenta un cáliz cubierto con un velo, y una hostia. Los monjes, y poco después los religiosos que se dedicaban á esta clase de trabajos, ilustraron los libros de sus grandes bibliotecas, y aun los misales, con variedad de hermosas miniaturas. Del siglo XII es uno de éstos, que en la letra inicial de la Misa del Corpus, representa á un Obispo llevando al Santísimo dentro de un tabernáculo transparente, y dos acólitos ostentando velas en la mano derecha. El siglo XIII adelantó muchísimo en la pintura, valiéndose del famoso pintor del Arno, el renombrado Giotto, que pintó en Florencia una *Cena eucarística;* en el XIV, el domínico Fr. Angélico lució también su ingenio en este género de asuntos religiosos, distinguiéndose por la fina expresión que daba á sus figuras. Pero el XV contempla una revolución completa y progresiva en este primoroso arte, debido á la gran protección dispensada por los Médicis, los cuales fundaron en Florencia un museo-escuela donde aprendieron los principales artistas. Empero la Alemania ó los Paises Bajos tuvieron la gloria de preparar la pintura al óleo, que debería ser en lo sucesivo el rico arsenal de los artistas. Van Eyck pintó con este procedimiento un cuadro políptico para una iglesia de Gante, siendo su principal objeto la adoración del Cordero místico; sin embargo, el milanés Leonardo de Vinci aventajó al anterior, despojándose de las imitaciones antiguas y entrando de lleno en el estilo del Renacimiento. Aunque muy raras sus obras, la principal es el *Fresco de la cena*, precioso cuadro mural, pintado al óleo, que se conserva en el convento de domínicos de Nuestra Sra. de las Gracias, de Milán, y que representa á Jesucristo con sus doce apóstoles en el acto de instituír el Santísimo Sacramento. El siglo XVI vió surgir innumerables amigos del pincel, que fueron otros tantos consumados maestros,

inspirados peculiarmente en asuntos religiosos. El insigne Rafael, prez de Urbino, para ornar el museo eucarístico, nos legó el celebrado fresco de *La misa de Bolsena*, que pintó en la segunda estancia del Vaticano. Miguel Ángel, príncipe de pintores eucarísticos, Pablo de Verona, Titio, Pablo de Laroche, Ary Schefer y Eugenio Delacroix, sobresalieron también en esta clase de asuntos, en especial Jacobo Palma el joven, italiano, de la escuela veneciana, que pintó la célebre *Disputa del Sacramento*. En España fué notable la escuela valenciana, cuyo jefe, el inmortal Vicente de Juanes, apellidado vulgarmente Juan de Juanes, que para pintar algún cuadro de Jesús ó de la Virgen se preparaba con la confesión y comunión, legó á la posteridad la famosa *Cena eucarística* y los divinos Salvadores en el momento de la consagración, que por cierto son preferidos á los de Vinci. Igualmente brilló Francisco Ribalta, que pintó otra insigne *Cena*, depositada en el Colegio de Corpus Christi de Valencia. Entre los alemanes se hizo notable Alberto Durero, quien figuró al agua fuerte otra maravillosa *Cena*, aventajando en el dibujo, aunque no en el colorido, á los mismos flamencos. Dejando este siglo y pasando al siguiente, nos sorprendemos al ver á España en su más alto grado de pintura. Empero los artistas de esta época que más hermosearon nuestro Misterio, fueron el español Claudio Coello, autor del célebre cuadro de la *Sagrada Forma*, que se conserva en el Escorial; el Dominiquino, de la escuela boloñesa, del cual es: *La Comunión de S. Jerónimo;* Rubens, grande artista de la escuela flamenca, que pintó otros cuadros de la Eucaristía y entre ellos el de la *Última Comunión de S. Francisco de Asís,* sito en el museo de Amberes; Poussin, Soeur y Champagne, de la francesa, autores de cuadros de la Cena tantas veces referida. Rembrant autor del atrevido cuadro: *Los peregrinos de Emmaús* y otros muchos que florecieron en ese mismo siglo y en el siguiente. Del siglo XIX es Federico Owerbech, alemán, que pintó una hermosísima Cena, con el título de: *Éste es mi Cuerpo*, la cual no puede menos de despertar la devoción en los que

la contemplan. De últimos del pasado siglo y de lo que llevamos del actual son los famosos artistas: Virgilio Mattoni, con su gran cuadro mural: *Las postrimerías de S. Fernando*, en el que se exhibe al rey castellano disponiéndose para recibir el Santo Viático; D. Mateo Silvela y Casado, con su no menos grandioso cuadro: *La Comunión de las Vírgenes en las Catacumbas*, que postradas en el suelo la reciben de manos de un sacerdote; D. Arcadio Mas y Fondevilla, con su curiosa y bien acabada: *Procesión del Corpus Christi*, reproducción al natural de una sacramental procesión en medio de la plaza; D. José Arburu y Morell, con su: *Primera Misa en América*, obra de no menor mérito que las anteriores, por su naturalidad, colorido, luces y distribución de los múltiples personajes que en ella figuran; el famoso valenciano Benlliure, pintor y escultor de universal nota por su justa aceptación; etc. etc. Hay que recordar, no obstante, que quizá en este siglo más que en los pasados se advierte una tendencia á pintar pasajes y alegorías eucarísticas, según lo patentizan los muchos y variados cuadros de las iglesias y las no menos infinitas y diferentes estampas recordatorias y devotas.

Pertenece también á esta clase de bellezas la *Litografía* ó arte de esculpir en piedra; la *Fotografía* ó reproducción idéntica de los objetos en cartulina ó papel, y el *Fotograbado*, reproducción caprichosa, pero exacta, de la fotografía; y acerca de estas artes debemos consignar que también han elogiado al Sacramento del Altar con sus múltiples alegorías y hermosas perspectivas, y aunque artes modernas, empero están llamadas á reproducir los gustos más exquisitos. ¡El Señor quiera que sólo se empleen en obras religiosas, honestas y útiles!

Podremos en resumen asegurar con toda verdad, que la Eucaristía fué la que principalmente dió el mayor impulso al arte iconográfico en cuanto dice relación á la pintura, pues la Iglesia, cuyo primordial objeto en todas sus empresas ha sido siempre la gloria de su Rey y Señor Sacramentado, en la Edad Media, por medio de sus monjes y en la Moderna,

á influjo de sus Pontífices soberanos, inspiró, movió y dotó con todas sus fuerzas á los mejores artistas para que se empeñaran en la gloria de Jesús, como primer motivo, y acrecentaran el progreso de las artes, como razón secundaria.

V

Veamos ahora cómo la Eucaristía ejerció su poderosa influencia en la misma iconografía, en cuanto respecta á la *Glíptica, Bajo, Medio y Alto relieve y Escultura*. Aun cuando es de todo punto evidente que ante la realidad desaparece la imagen que la simboliza, lo cual con mayor razón puede decirse de la Eucaristía, por ser un Misterio tan profundo é incomprensible al humano entendimiento, que no puede ser representado como es en esencia, y de aquí la necesidad de exteriorizarlo mediante adecuadas alegorías: empero los artistas cristianos, que optaban por tener delante de sus ojos algo que les indicara un recuerdo del inefable Sacramento, llevaron sus cuidados en los primeros siglos á grabarle en algún medallón, en algún vaso, ó también en los anillos, siendo sus emblemas los panes, el pez y el cordero; en el siglo II vemos recordado con dulces y amorosas expresiones este admirable Misterio en el epitafio de S. Albercio de Jerusalén. Semejantes inscripciones ó signos convencionales eran de corta dimensión y regularmente estaban exclusivamente cincelados en las lápidas sepulcrales: Écija conserva una memoria eucarística en un sarcófago del siglo IV ó V, consistente en un corderito sostenido por un joven que representa á Jesucristo. Mas, poco adelantó la escultura hasta el siglo VIII, pues aun en esta época eran poco realzados los relieves. Hacia el siglo XII había la costumbre de esculpir en la portada principal de las iglesias pequeñas, la imagen del mencionado Cordero, formando cruz con el signo de la redención, emblema que se adoptó en la edad Moderna con poca diferencia. Ya, al expirar la Edad Media, los florentinos Donatelli y Ghiberti adelantaron mucho el arte de los camafeos, modelando el primero bajo relieves, y medio relieves, el segundo; Miguel

Angel sobresalió entre todos estos artistas, distinguiéndose por el modo de expresar vivamente las imágenes; Felipe de Vigaruy cinceló un hermoso retablo en Granada. En el siglo XVII las esculturas no gozaban de tanto nervio como las del anterior, y las formas eran harto caprichosas; de esta época contamos entre otros á Francisco Moure, de Orense, que construyó el retablo de la Iglesia de la Compañía, de Monforte; y á Andrea Ricio que talló quizá el más hermoso candelabro de bronce que existe, el cual pertenece á la basílica de Padua. Sería interminable si hubiera de referir los autores de obras eucarístico-modernas, verdaderamente estéticas. Las escuelas de Barcelona y Valencia, que tallan esos perfeccionados ángeles en actitud de adorar al Sacramento; esos risueños serafines que circuyen la Santa Hostia; esos alados querubines que parecen saltar de gozo al considerarse junto á la Divinidad; esas esbeltas figuras de David, de Salomón, de los Padres y Doctores de la Iglesia, que, postrados, ostentan su acatamiento al Dios de la Eucaristía; esas adecuadas alegorías del cáliz y la hostia, del racimo y las espigas, del cordero con la cruz, de la mesa eucarística, del templo y del tabernáculo; qué expresan, qué predican, mejor que argentinas lenguas, sino la existencia de un Sacramento de Amor? Qué cristiano, al considerarlas, no despierta en su memoria dos recuerdos á cual más interesante, el del dogma Eucarístico y el de la tibieza y frialdad con que se recibe al Pan de los Angeles? Entre los famosos escultores contemporáneos no debe olvidarse al valenciano D. Venancio Marco, autor de muchas y preciosas obras religiosas, entre ellas las imágenes de Santa Clara llevando la Custodia en la mano, y S. Pascual Bailón adorando al Sacramento; y al Sr. Gérique con su particular escuela de tallistas y escultores, que tan justa nombradía han adquirido con sus bellos trabajos eucarísticos.

Son por cierto hermosas y dignas de contemplación las felices invenciones de los escultores en lo que respecta á los geroglíficos y adornos eucarísticos; no es necesario aducir aquí testimonios y hechos, pues todos los días los estamos

viendo en las iglesias, que á cual mejor se han esmerado en presentar á Jesús Sacramentado una digna habitación y un rico trono en los que nada falte que desear ni á la opulencia, ni á la fantasía.

VI

Si nos trasladamos del museo escultórico al *Arquitectónico*, tendremos ocasión de aplaudir esas colosales obras de catedrales é iglesias rurales, é igualmente á los que tuvieron la gloria de dirigir semejantes empresas. Al registrar atentamente y de una rápida ojeada, los humildes oratorios de las insanas catacumbas, en los que dominaba la modesta construcción romana; al observar las sencillas á la par que suntuosas basílicas del tiempo de la paz, en las que el ánimo se explaya, viendo extenderse á mayor altura las líneas y á más latitud los arcos; al reconocer los pesados é insoportables adornos y figuras de las iglesias del tiempo de la invasión bárbara, en las que los estilos andaban en grosera mezcolanza; al fijar nuestra mirada en el hermoso estilo bizantino, cuyas elegantes ventanas y elevadas cúpulas sorprenden al viajero; al admirar el sublime é incomparable estilo ojival, cuyas perfectas y altísimas agujas se pierden en el espacio, cuyos arcos se enlazan con ósculo de paz, cuyos encrespados torreones dirigen un saludo á las blancas nubes, cuya construcción, en una palabra, es soberbia y enteramente sólida; al considerar el gracioso estilo mudéjar, de cortos límites, pero lindísimo; al examinar el recargado estilo del principio del Renacimiento, con su mal gusto en las figuras de irracionales y menos esbeltez en las columnas, el severo de últimos del siglo XVI más correcto y majestuoso que el anterior; y al escudriñar el reformado y caprichoso del XVII, cuya mezcla de todos los órdenes y de casi todos los estilos domina en su generalidad: podremos formarnos magnífica idea del vasallaje que la arquitectura ha tributado en todos los siglos á Jesús Sacramentado. Ella, desde el marmóreo ó enladrillado pavimento hasta la última corona del cimborrio, tiende á rendir sus más sinceros respetos

al Dios del sagrario. Colocado en el centro de la gótica ó bizantina basílica el suntuoso y regio templete que guarda al Deífico Sacramento, el escabel del embaldosado le sostiene impávido con sus hercúleas fuerzas; las ordenadas hileras de columnas de la central nave, cual aguerridos héroes, ansían cortejarlo; las no menos dispuestas y sólidas de las naves secundarias le sirven de esforzada retaguardia; los arcos principales pretenden cobijarle bajo sus anchurosas alas formadas por las bóvedas, mas la orgullosa cúpula que se sostiene entre los arcos torales, las pechinas, el zócalo y el cuerpo de luces, irguiendo su magestuosa cabeza por entre el pedestal del cimborrio, y abriendo sus brazos y extendiendo su níveo manto por la media naranja, no espera sino cubrir al Señor que oculta el tabernáculo; hermosos y plácidos rayos del iris, que dejan pasar las artísticas ventanas del cuerpo de luces, vienen á herir la pequeña cúpula y las finas agujas del templete eucarístico, las cuales, descomponiéndose luego en otras brillantes líneas, efecto de los prismas de las lámparas, pretenden besar los alados querubines que encuentran á su paso; las mágicas y variadas ventanas de las fachadas y de los muros permiten pasar también al través de sus límpidos y multicoloros cristales, haces de refulgente luz que, atreviéndose á llegar al sagrario, depositan en él sus cándidas presentallas. Aquellos devotos retablos que custodian las inmobles efigies de los santos; aquel sepulcral silencio que domina en todo el sagrado recinto, no parecen sino que con muda voz exclaman: *aquí está el Dios Sacramentado.* Toda la fábrica, en una palabra, todo el arte, todo cuanto allí se halla, aunándose ordenadamente, dicen con mudas, pero elocuentes frases: *bendigamos á Jesús Sacramentado.* Toda la arquitectura, todas sus partes, toda su perfección converge á tributar al Sacramento la gloria que le es debida; y la Iglesia, su predilecta Esposa, que comprendió desde un principio cuánto puede ensalzar á su Divino Esposo el buen uso de este hermoso arte, llamó á sus maestros, les dió instrucciones religiosas, les otorgó cuantiosos dispendios, y el arte prosperó y dió sus efectos nece-

sarios. Arnolfo di Lapo en el siglo XIII, Brunelleschi en el siguiente, Bautista Alberti en el XV, Enrique Egas, Juan de Álava, Gil de Hontañón, Diego de Siloe, los dos Juanes de Herrera y Toledo en el XVI, merced al influjo de la Iglesia, desarrollaron y llevaron á su perfección el estilo del Renacimiento. Crescencio, Churriguera, Tomé, Velasco, Andrade, el lego franciscano Caeiro, el benedictino Camiña y otros muchos posteriores á los primeros, por el valimiento de la misma Iglesia, llevaron á pasos de jigante el reformado. Todos construyeron magníficos templos al Dios del Tabernáculo. Hoy, merece particular mención D. Higinio de Cachavera por su famoso proyecto del Tabernáculo del altar mayor de S. Francisco el Grande, obra bellísima bajo todos conceptos. En conclusión, podemos afirmar, que sin la Iglesia no hubieran sobresalido en arquitectura eminentes artistas; que sin éstos no hubieran existido esos edificios sagrados, colosales monumentos del arte; que sin los templos, verdaderos modelos de arquitectura, no se hubieran construído á su imitación los profanos; y finalmente, que sin la Eucaristía, primordial y exclusiva promovedora, ni la Iglesia se hubiera desvelado por el arte, ni los artistas por consiguiente hubieran llegado á su perfección, ni los templos ni demás monumentos manifestaran la belleza que ostentan.

VII

Pasemos ahora á la *Indumentaria*. De ésta como de todas las demás bellas artes, con relación á la Iglesia, podíamos decir exactamente lo mismo. Empero es nuestro deber dar una simple ojeada á la importante relación que tuvo con ella el Sacramento Eucarístico. ¿Qué materias por ricas que fuesen no se emplearon en todos tiempos para adornar cuanto inmediata ó mediatamente debía de estar en contacto con la sagrada Hostia? Los altares con sus múltiples pertenencias, los ricos vasos sagrados, los hermosos paños del Sacrificio, los bellos ornamentos de los sacrificantes, hasta las variadas telas con que se han adornado los muros de las iglesias, testigos son de lo que este arte, fuera ya de

sí mismo, ha colocado á los pies de Jesús Sacramentado. Él, desde las más sencillas formas, hasta las combinaciones geométricas más difíciles; desde el inmenso campo de una pura fantasía, hasta el haberse de ceñir precisamente á la manifestación de un hecho histórico-religioso; desde el común algodón hasta los más preciosos oro y seda; desde la piedra más humilde, hasta la margarita más costosa: todo lo ha empleado, todo lo ha dispuesto, todo lo ha armonizado con excelente gusto para satisfacer al Dios del Sacramento, al Señor de todo lo criado. Si es verdad que la Iglesia de las necrópolis cristianas usaba, por no tener otros medios, paños y vestidos humildes y de poco precio, no lo es sin embargo que la del tiempo de la paz, mayormente cuando hubo entrado en la Edad Media, prosiguiese empleando los mismos que los de la anterior época. Por el contrario, la riqueza y el gusto, de unánime consentimiento, colocan su regio solio en todos los enseres eclesiásticos. Así los corporales, palia y purificadores, al paso que en su mayor parte eran de lino, los había generalmente de seda ó lino de color, y algunas veces recamados de oro, plata y sedas; antes del siglo XV, los frontales estaban adornados de oro, plata, cobre, madera y piedra, pero al llegar esa época, comenzaron á ser construídos de telas preciosas; los velos con que se cubría el altar durante el canon, eran de seda y bordados; el dosel del siglo XIII estaba ricamente bordado ó tejido. Si pasamos á registrar los ornamentos de la Edad Media, observamos, que el amito solía estar muy bordado con preciosas franjas; que el alba tenía retales de tela, regularmente cuadrados y recamados de oro y seda, los cuales se adaptaban á los extremos inferiores, á las mangas y al antepecho del alba; que el cíngulo era una especie de cinturón bordado, y aun con chapas de plata y oro y de engarces de piedras preciosas; que los extremos de la estola solían tener sonoras campanillas y lindos dijes de oro y plata; que tanto el manípulo como las dalmáticas, casulla y capa, estaban ricamente bordadas, distinguéndose en estas dos últimas, pasajes de la vida de Nuestro Señor y de la Virgen

Santísima. La ornamentación era caprichosa é historiada y los adornos geométricos, de formas curvilíneas y rectilíneas. Las telas que se solían emplear para tales ornamentos, consistían en preciosos tejidos de seda, ricos tisús de Oriente, y en el siglo XIV, el fino damasco de Siria. Aun los paños con que se cubrían los muros, venían á ser unos verdaderos tapices de lienzo, bordados de lana; y á este propósito merece mencionarse la famosa tapicería de Bayeux, obra del siglo XI. Las alfombras consistían en preciosos tejidos arábigos de los siglos IX y X. Mas al aparecer el Renacimiento, es cuando la indumentaria eucarística, merced al desarrollo de las demás bellas artes, toma nuevo incremento; entonces el recamado y las piedras preciosas llenan los ornamentos del Sacrificio; entonces parece que el oro traído de América se había arrojado sin medida, y que aquellas invaluables margaritas, cual si fueran mezquinos granos de arena, las habían incrustado á montones. Los cardenales Cisneros y Gil de Albornoz legaron riquísimos ternos á la catedral de Toledo, y el devotísimo monarca Felipe II creó en el Escorial un taller de bordados y tapices, en el que llegaron á trabajar 40 obreros. Pásmase el curioso al descubrir tanta riqueza y valor en los ornamentos de los siglos pasados y aun en los del presente; testigo de ello son las riquísimas casullas, capas, paños de hombros, doseles, etc. que se exhibieron en el primer Congreso Eucarístico Nacional de España, casi todos ellos recamados, y algunos cuajados de pedrería; en ellos se ve palpablemente lo que es y había sido el arte, la generosidad de ahora y de entonces, cuánta es y había sido la fe de nuestros hermanos, los católicos; cuánto amor y devoción, en suma, abrigan y han abrigado para con un Sacramento de caridad y de esperanza. Quisiera no molestar al lector, pero no puedo menos de recordar que algunas piezas indumentales que allí se ostentaron, son por cierto de incomparable mérito. La casulla de Calixto III que posee el cabildo de Valencia, la de terciopelo encarnado con medallones de oro y seda, en los que se representa al Salvador y los apóstoles, propiedad de Torrente; la capa

pluvial encarnada, hecha del manto de Francisco I de Francia, de la parroquia de Santos Juanes; un alba de nipis; unos corporales bordados con lentejuelas; los ternos recamados de oro y sedas, figurando santos diversos; doseles bordados en oro, sedas y pedrería, y muchos otros ornamentos que apenas podremos apreciar por su riqueza y mérito artístico.

Poco menos se distinguió en mérito y riqueza la exposición eucarística del segundo Congreso Nacional, celebrado en Lugo. Respecto á la indumentaria, merece distinguido lugar el alba de S. Rosendo, pertenencia de la Iglesia de Capela, que es de finísimo lino, conservando restos de adornos rojos; la casulla de raso rojo con medallones floreados y faja de follaje sobrepuesto, que se cree haberla usado S. Pío V.; otra de Celanova de terciopelo rojo con medallones historiados; una dalmática de terciopelo sanguíneo con follajes de gusto ojival; un palio de Ferreira de Gomella con pelícano en el centro; el frontal ornado de corales y granates de los franciscanos de Santiago, etc.

VIII

Á la verdad, ¿qué objeto sagrado no posee la Iglesia en el que no se descubra patentemente la devoción que siempre han profesado sus hijos al Sacramento del amor? Si volvemos por unos momentos la vista al mueblaje eucarístico, ¿cuánto no predican en favor de la Eucaristía esos altares, con sus cruces y candeleros, con sus sacras, atriles y misales, con sus vinajeras y campanilla; esos retablos, cimborrios y tabernáculos, esos sagrarios y credencias, esos órganos, púlpitos y lámparas, hasta esas rejas y demás objetos litúrgicos? Á los arsenales antes citados apelo, á los salones de la exposición de ambos Congresos eucarísticos valentino y lucense acudo, y en ellos, aun cuando sólo se exhibieron objetos de dos diócesis en general y de algunas otras Iglesias en particular, encontraremos utensilios riquísimos que especificaremos con placer cuando en particular nos ocupemos de estos mencionados Congresos en el Tratado III de esta Obra.

IX

Arrojando ahora una simple ojeada sobre la *Joyería*, ese arte tan delicado y en el que entran á figurar las materias más ricas, como el oro, la plata y las piedras preciosas, podremos ir completando el eminente concepto que hemos formado de lo que las artes han debido á la Eucaristía y su respectivo comportamiento acerca de la misma. Ese cáliz de oro y piedras preciosas, propiedad del marqués de Comillas, que se exhibió en Valencia; esos ostensorios de oro y plata, cuyo círculo exterior se halla cuajado de esmeraldas y finas perlas; esas custodias y copones de oro, plata y piedras; esas águilas de plata, rodeadas de margaritas, en cuyo pecho se destaca la santa Hostia, confirman lo que acabamos de asegurar. El rubí y el topacio, el diamante y la turquesa, el zafiro y el jacinto, el berilo y la amastista, el agua marina y el cristal de roca, el coral y las antes citadas margaritas y otras muchas más joyas, son las que, incrustadas en los eucarísticos objetos, dan realce y majestad al arte, y honor á Aquél á quien son dedicadas. Pero prosigamos: dos palabras sobre la *Orfebrería* eucarística. ¡Cualquiera podrá encomiar este arte como se merece y la parte que tuvo en la Iglesia, debido solamente al culto que pedía la Eucaristía! Si pasamos en silencio los siglos de persecución, aun cuando la Iglesia poseyó también en esa época buenos y excelentes vasos sagrados, y atendemos á la historia de la vajilla, á datar del tiempo de la paz, observaremos que las casas de los orífices son edificadas cerca de las iglesias, lo que prueba el casi total objeto á que estaban consagradas. Los vasos de oro y plata eran amontonados en los sagrarios; para trabajarlos, empleaban las operaciones antiguas llamadas de fundición y repujado; mas desde principios de la Edad Media hasta el siglo XII estuvo en boga la filigrana, y en el XIII se empleó el estampado. No se contentaban empero nuestros ascendientes en la fe con poseer ricos y artísticos vasos de oro y plata; estimaban que debían tener mayor brillo; á este fin emplearon los vidrios de color, que

estuvieron muy en uso desde el siglo V hasta el VIII, lo mismo que el niel y el damasquinado; el esmalte de diversa especie y color, también estuvo muy en boga durante la Edad Media, á excepción del esmalte pintado que data de la segunda mitad del siglo XV. Respecto de las piedras preciosas, á más de las arriba mencionadas, estuvieron de moda las opacas, como el onix, el jaspe, la calcedonia, la lazulita, el granate, el ámbar y la melanita. Pero la vajilla eucarística más notable es la de los modernos tiempos. Al Congreso valentino, dos veces referido, se llevaron obras histórico-artísticas que merecen miles de aplausos. Entre ellas son dignas de mención, el cáliz de plata dorado que encontró Don Jaime I de Aragón; dos regalos de Calixto III, consistentes en dos cálices semejantes en la materia al anterior, un viril de plata, cuyo ostensorio afecta la forma de un corazón; un cáliz gótico del cabildo eclesiástico de Valencia; un porta-viáticos de plata repujada; la custodia dorada de Cullera; varios cálices de estilo bizantino, gótico, plateresco y del renacimiento. Incompleto, en fin, quedaría el cuadro si no dedicásemos especial lugar á los eminentes orfebristas Alonso Becerril, Enrique de Arfe y Juan de Castelnau, que construyeron muchas de las custodias de primera clase de España, y cuyas iglesias, que tienen la dicha de poseerlas, deben á sus orífices un recuerdo inmortal en la historia. En nuestros días merecen especial mención los insignes joyeros: Marabini, por sus elegantes custodias; Vives, por sus delicados trabajos eucarísticos; y la casa Meneses, por sus universales, ricas, artísticas y económicas labores del culto divino.

Qué hemos de afirmar de la *Bisutería?* Aunque nada debiéramos decir, pues bien patentes se hallan sus producciones; empero, porque de justicia se lo merece, recordaremos los hermosos y diferentes candelabros de mérito artístico; las elegantes arañas, cuya variada perspectiva encanta; las caprichosas lámparas, cuya mirada impresiona; los mágicos faroles; los fantásticos incensarios y navetas, como la de caracol de nácar que posee la Basílica de Valencia; las obras confeccionadas en marfil, como una arquilla que se exhibió

en el primer Congreso eucarístico; bandejas, atriles y otros mil objetos de este género, que la imaginación inquieta y siempre fecunda preparó para el culto de Jesús Sacramentado.

X

Tampoco podemos por menos de traer á la memoria el arte por excelencia expresivo, denominado *Mímica*, ó medio por el cual nos damos á entender, sin necesidad de la palabra hablada, ni escrita, haciendo uso tan sólo de ciertos gestos y ademanes convencionales. Que este lindo arte haya tributado al más Augusto de los Sacramentos el debido homenaje, no hay para qué ponerlo en duda; él se manifiesta palpablemente desde el momento mismo en que fué instituído tan soberano Misterio. Los primeros que tuvieron el inefable consuelo de recibirlo, no pudieron por menos de bajar su frente en señal de reverencia; y los primitivos fieles, que fueron sus perfectos secundadores, no sólo inclinaban su cabeza al Sacramento, si que también se postraban humildemente ante El, llegando el débil sexo á sustentarle con un velo blanco en la mano. Más tarde, la adoración de latría, no ya interior, sino exterior, que le tributaba el pueblo cristiano, las peculiares adoraciones é inclinaciones que le rendían los sacerdotes durante el sacrificio, y todo el aparato necesario que para esto se empleaba, testigos irreprochables son por cierto, de que la mímica ofreció al Señor del Sacramento sus ingeniosas habilidades. Siempre la Iglesia consideró á este arte, no sólo útil y conveniente, sino hasta necesario por los infinitos bienes que de él se derivan; por lo que el Concilio Tridentino, haciéndose eco de la universal tradición de quince siglos de precedencia, afirma que las ceremonias, de las cuales es parte esencial la mímica, elevan el alma á la contemplación de las cosas divinas. Y en efecto, ellas ayudan á la devoción de los fieles, promueven el entusiasmo religioso, nutren la fe y arraigan la esperanza. Mas no está aquí todo; es evidente que la mímica, en cuanto respecta á la rúbrica de adoración de la Eucaristía, es no sólo útil y ne-

cesaria, así como las demás ceremonias, sino necesarísima, por cuanto absolutamente y de justicia debemos la adoración exterior de latría á Cristo Sacramentado. Este acto es el más glorioso timbre de la mímica eucarística y la mayor aureola que la rodea, en el cual cifra con felicidad su santo orgullo.

Pero, ¿y la *Orquéstrica?* ¿Qué dotes divinas posee que tanto arrebata? ¿Qué mágica belleza envuelve que tanto encanta? Si la frágil naturaleza no se hallara expuesta á debilidades, podríamos conservar aún aquellas renombradas históricas danzas sacramentales, por medio de las que se honraba devota y alegremente á Jesús Sacramentado. Ecos casi imperceptibles quedan todavía en la mayor parte de los pueblos en que estaban en práctica; pero huellas indelebles existen aún en ciudades como Sevilla, Oñate y algunas pocas más. El corazón, á la verdad, en esos piadosos bailes se exteriorizaba de tal suerte que estimaba verse y ser visto; rebosaba de amor, y este fuego, explicándose en abrasadoras llamas, pretendía envolver en ellas á los circunstantes; estaba anegado en gozo, y se esforzaba por motivarlo á sus semejantes. Al efecto, revístese de gala, toma unos instrumentos, colócase delante del Sacramento, é inspirándose en su propio fervor, lo mismo da una carrera que una vuelta, lo mismo salta que se postra de hinojos, lo mismo tañe y canta que espera largo rato en silencio, ponderando las glorias de aquel Señor que tiene presente en la Hostia. ¡Oh días memorables que á los de ahora envidia causan! ¡Quién pudiera gozar de vuestra felicidad! Mas es lo cierto que, si hasta no hace mucho se procuraba fomentar el entusiasmo religioso-eucarístico mediante la orquéstrica, ahora este bello arte por lo general se ha convertido en poderoso medio del fomento sensual y anticristiano.

XI

No dejemos, sin embargo, cortado el hilo de nuestra materia. La *Floricultura* ha prestado también sus estéticas galas al Misterio eucarístico. Y esto, ¿quién lo duda? Olvide-

mos las artísticas guirnaldas de flores naturales que se han depositado en los retablos y altares; no digamos una palabra de las hermosas coronas, de las cruces artísticas y otros adornos, tomados de las rústicas bellezas campestres, que la piedad de los devotos de la Eucaristía ha presentado en testimonio de su fe en el terrible Misterio; antes bien, dirijamos nuestra vista por un instante á esas propias y legítimas imitaciones de la flor que produce la naturaleza y nos admiraremos al descubrir en ellas un encanto inspirado por el arte. Con qué gracia no se ornan los altares, las velas y las andas eucarísticas; con qué profusión de pintados y olorosos claveles, pensamientos y amarantos, enlazados con magnífica destreza y mejor gusto, no se forman cien guirnaldas y otros mil adornos con los que se atavían los templos? Santa Clara y sus monjas eran maestras en el arte de la floricultura; el cual, estando hoy muy en boga, alcanzará en lo sucesivo tanto mayor desarrollo, cuanto más sólida sea la devoción al Sacramento del Altar.

De la *Diplomática y Numismática*, qué hemos de decir? Respecto de la primera, podíamos redactar extenso tratado, por cuanto confirma á todas luces nuestro adorable Misterio; mas ciñéndonos al pequeño círculo de nuestro objeto, afirmaré tan sólo que desde la edad antigua, tanto los reyes y príncipes, como los soberanos Pontífices y obispos, publicaron diplomas referentes al honor de la Sagrada Eucaristía, y de ellos subsisten muchos que hablan altamente de la dignidad de este Sacramento y de la reverencia que debemos tributarle.

La *Numismática*, parte de la arqueología, que se ocupa del conocimiento é interpretación de las monedas y medallas antiguas, presta también un fuerte apoyo al dogma eucarístico. Las medallas cristianas, en especial las que se acuñaron directa y exclusivamente para corroboración ó enseña del venerando Misterio, sirven de gran prueba eucarística. De éstas, hicieron un uso particular las Cofradías sacramentales, por cuanto sus inscriptos las llevaban en los actos oficiales como honorífica enseña de pertenencia á

una congregación que tenía por alto objeto la veneración y culto solemne á Cristo Sacramentado; unas llevan en el anverso el Cáliz y la Hostia; otras, la custodia con ángeles á los lados, en actitud de adorarla; algunas más con propias y diferentes alegorías del Sacramento del altar, y todas, ó casi todas ellas, con una inscripción que alude á la cofradía ó archicofradía á que pertenece. En nuestros días se fabrican de todos los metales y con dibujos artísticos y caprichosos, referentes al Misterio Santísimo.

XII

Aunque no tan excelentes las *Artes mecánicas* como las anteriores, sin embargo; ¿á qué encomios no son acreedoras, principalmente las que con mayor constancia se ofrecen con todas sus plausibles ingeniosidades al Deífico Sacramento? Ellas, al intentar engrandecer este Misterio, apuran toda su habilidad y no descansan hasta dejar completa la obra que empezaran. Obras bellas produce la *Cerámica*, al delinear sobre el fino y preparado barro un glorioso emblema del Sacramento; para este fin se sirve de todas las demás artes, de la pintura, del dibujo y hasta de la poesía y literatura; tan difícil como es la operación de combinar los colores en la cerámica, empero llega á disponerlos hasta la satisfacción. No son menos cumplidos los de *Vidriería*. Esas delicadas y elegantes vinajeras, esos bonitos candeleros, esas caprichosas arañas y otros centenares de objetos que elabora para el culto eucarístico, son una feliz prueba de lo que este arte se esmera por Jesús Sacramentado. Mil loores debíamos proferir en pro de la *Carpintería* eucarística. Qué objetos tan acabados! Qué líneas tan geométricas! Qué solidez en la construcción! Retablos, altares, plataformas, candelabros, varas de palio, andas y carros eucarísticos, etc; he aquí las producciones de este utilísimo arte, del cual podemos decir que presenta al Dios de la Hostia sus conocimientos prácticos más que ningún otro de los mecánicos. Respecto de la *Broncería* y *Herrería*, inútiles son las apologías que pudiéramos escribir de las mismas, por cuanto

las dulces campanas y muchos de los objetos eucarísticos antes mencionados, expresan más y mejor que cuanto nosotros pudiéramos alegar.

XIII

Una corta y sencilla observación, que servirá al propio tiempo de mirada retrospectiva á la presente materia, finalizará este capítulo. Hemos visto lo que las artes, universalmente consideradas, han obrado en favor de la Eucaristía; también hemos consignado que no ha habido ninguna de ellas que no le haya rendido pleito homenaje, mediante sus mejores producciones. Esto indica de un modo solemne el primero y bellísimo ideal que todas las artes concibieron cuando en el más alto grado de su apogeo estaban. Pero es cierto también que jamás pudieron llegar á semejante cúmulo de gloria si no hubiera sido á impulsos de la Eucaristía, y motivadas por las excelencias de este gran Sacramento; porque las artes, á la verdad, se hallaban postradas antes que la benéfica mano de un Dios Sacramentado las levantara de su antiguo letargo; y á partir de esta época, y contando con el decisivo influjo de un Misterio tan adorable, se pusieron de pie, dieron un paso, se apresuraron, corrieron, volaron y llegaron muchas de ellas al término de su carrera; y entonces, inspiradas en el más bello de los Misterios, y comprendiendo una vez más lo mucho que á Él debían, se esforzaron en ofrecerle primores, así como hasta entonces sólo le habían dado rudimentarias producciones, ó más ó menos lindos trabajos según la época más ó menos ilustrada por que atravesaran. Desengañémonos: la Eucaristía ha dado vida á las artes, porque primero la dió al artista, disponiendo que frecuentase la Comunión y que se inspirase al calor del Sacramento bellísimo. Si la Iglesia dió fortísimo impulso á los artistas y á sus respectivas profesiones; si las artes del Catolicismo son más bellas, si se elevan hacia lo sublime, si se multiplican sus primores más que los de los pueblos paganos ó herejes; es porque las religiones de estos individuos ni tienen vida ni poseen por consiguente el dul-

ce atractivo del Sacramento, que al Catolicismo otorga privilegios tantos. Unas hermosas frases que sobre el propio asunto redactó el elocuente Sr. Yagüe darán cima á este capítulo. «La Eucaristía, dice este P., ha dado á las artes un matiz y una especie de barniz religioso. Antes de la institución de la Eucaristía las artes estaban como oprimidas y ligadas á un centro demasiado pequeño y á una esfera muy limitada de acción, porque para pintar una Venus ó un Marte poca inspiración se necesita... Por eso puede decirse de la Eucaristía que fué una especie de bautismo para las artes, siendo la madre de los artistas, pues si el Sacramento de la regeneración limpia nuestras almas, el Sacramento del altar elevó y perfeccionó las artes.

Los restos dispersos del antiguo progreso pagano, su civilización tan decantada hubo de refugiarse al pie de la custodia del Augusto Sacramento, por eso Roma subsistió... como por el contrario los pueblos áticos perecieron con sus artes y oficios al apartarse de la verdad Eucarística. Y es que así como la Eucaristía es la apoteosis del Cristianismo, su gran figura y su primer milagro, todo lo sublime, todo lo grande se condensa en Ella» (1).

---

(1) Tom. VI.

CAPÍTULO XIX

La Eucaristía, la Agricultura, la Industria y el Comercio

SUMARIO

I.—Influencia de la Eucaristía en la agricultura.
II.—Idem en la industria.
III·—Idem en el comercio.

Quizá me tache alguno de inoportuno al leer el título sobre que ha de versar el presente capítulo. Quien esta idea formara, no diría yo que conoce á fondo la Religión y cuanto con ella se relaciona; no afirmaría que sabe formar juicio exacto de las cosas, sino que se dejó arrastrar de ese vicio de ligereza que á tantos inficiona. Porque, ¿habrá cosa más natural que el autor de un ser se relacione de tal manera con él, que tenga todas sus delicias en ocuparse de su existencia? Habrá suceso tan ordinario como que el dueño de un objeto tenga cuidado de su conservación? Pues más natural y ordinario es que el Hombre-Dios se ocupe de la agricultura, medio de que se vale su eterna Providencia para conservar al hombre, y ponga delicada atención sobre la industria, con la que su criatura cubre sus perentorias necesidades, y no tenga en olvido al comercio lícito, ya que á su existencia se deba el que comuniquen los hombres sus productos é intereses.

I

En efecto; la escasez y la abundancia como la vida y la muerte del hombre; la prosperidad de las familias así como

la suerte de las naciones, están en las manos de Dios. Nada puede resistirse á la voluntad divina: esto es un hecho innegable. Por otra parte, ¿quién ignora que el Eterno, á más de sabio Creador de las cosas, es justamente próvido en la necesidad y conveniencia de todos los seres? El que ha creado al hombre para sí, y los irracionales y los campos para el hombre ¿permitirá que no produzcan aquéllos para que por su medio viva y prospere éste? Ahora bien: el Hombre-Dios, por quien todas las cosas fueron obradas, lleva una vida real aunque oculta en el Sacramento del Altar, y desde Él extiende su mano benéfica sobre los hombres y demás seres. Y si en frase de un santo, Jesucristo en el Sacramento oye mejor que en ninguna parte nuestras ardientes súplicas, ¿qué extraño es que los campos del agricultor que acude á Jesucristo Sacramentado florezcan y prosperen debidamente? ¿Acaso la Divina Eucaristía no obrará más directamente en los que la buscan y la adoran?

Muchos, empero, de los labradores apenas se acuerdan de ese Dios que concede la salud para ocuparse en el campo, como asimismo las tierras, el tiempo y los frutos en abundancia; inobservan sus mandamientos, trabajando en días festivos sin necesidad y licencia; blasfeman horriblemente en lugar de alabarle con alegría; y no es esto lo peor: atribuyen á la tierra, á su trabajo y á la casualidad, que no existe respecto de Dios, lo que sólo es puro efecto de la misericordia del Altísimo. ¿Se quieren así abundantes cosechas? ¿Se pretende de este modo que se arreglen las familias? ¿Se espera con estos medios que aumenten los pueblos y ciudades?... Enséñese á esa generación joven, sencilla é inocente, que toma por vez primera el azadón y el escardillo, á temer á Dios y, á ser posible, que visite diariamente el templo para oír una Misa, ó en su defecto, para orar á Jesús Sacramentado, dueño de la vida y de los campos: y, ciertamente, del santuario saldrán con nuevos bríos para trabajar, con un consuelo indecible en el alma, y con la firme esperanza de recojer cumplidamente un día el fruto de sus faenas agrícolas. Los que así lo han practicado, saben

contar á sus compañeros de profesión los beneficios que reportan, y saben también perfectamente dar gracias al Sacramento del Altar por tanta merced como les ha otorgado. Testimonios de esta grandilocuente verdad, se encarga la historia de presentarlos. Pero á nosotros nos bastan los ejemplos actuales. Ved si no á esos cristianos sencillos, amantes de Dios y del prójimo, incapaces de dañar á éste en lo más mínimo, vedles, aun cuando sus haciendas sean cortas, personarse todas las mañanas en el templo para oír la santa Misa; vedles cómo después de pedir al Dios del Sacramento gracia y salud y prosperidad, salen de la iglesia, y dirigiéndose alegres á sus casas, toman el sustento, dan el ósculo de amor á sus niños, y disponiéndose convenientemente, con el semblante risueño y con una esperanza en Dios que no tiene precio, se dirigen al campo, é, invocando el nombre del Señor, ponen manos al trabajo. Contempladles cómo durante el día bendicen á la Eterna providencia; ¡y qué tranquilidad! ¡qué alegría! ¡qué amor al trabajo no experimentan semejantes cristianos durante sus rudas labores! Acompañadles hasta sus casas y les veréis siempre amables; los domingos, consagran el día á su Señor Sacramentado, recibiéndole corporalmente, oyendo la santa Misa y el sermón, y para todo tienen tiempo, hasta para solazarse cristianamente.

Fijad ahora vuestra mirada en esa generación incrédula, ó que no observa el Cristianismo. La veréis que se levanta de su lecho poco menos que como los irracionales; jamás se acuerda de Dios; pónese á blasfemar muy de mañana y á recorrer las tabernas y cafés; la veréis marchar impaciente al campo, donde, si el dueño no la observa, jamás cumple debidamente; la contemplaréis indignada con sus domésticos; efecto de lo cual sus casas parecen anticipados infiernos, y después de no observar las fiestas, y de haber empleado quizá más trabajo material en igualdad de circunstancias, que los buenos cristianos, está siempre quejumbrosa y triste. Aquéllos por visitar á Jesús Sacramentado y observar sus preceptos, alcanzan; ésta por no acordarse de Él é in-

fringuir sus leyes, nada ó poco consigue; aquéllos por implorar el auxilio del Sacramento, adquieren buenas cosechas; ésta si no las pierde, le aprovechan muy poco para una vida sosegada. ¿Se quieren efectos más visibles de la influencia de la Eucaristía en la agricultura?

Nuestras antiguas ciudades agrícolas prosperaban al calor del Sacramento. Apenas había labrador que de ordinario no dejase el trabajo corporal en las fiestas y domingos para emplearle en la Comunión y asistir vestido, digamos de gala, juntamente con su buena familia, á la Misa solemne en la que el Párroco predicaba sobre el Evangelio; después de la función se entretenían los mozos en el juego de pelota y dé la barra, y los entrados en años conversaban larga y familiarmente, tomando el sol con sus fieles amigos. Por la tarde, era la asistencia á las vísperas, al rosario ó al Manifiesto, terminándola con otro rato de paseo ó diversión honesta y santa.

Las resoluciones cívicas y agrícolas se inspiraban en la fraternidad, hija del amor, é hijo éste á su vez del que lo derrama á manos llenas desde el Sagrario. Á Éste visitaban con frecuencia, arrodillándose, ó descubriendo la cabeza al menos, al pasar por ante su vista. Cuando la sequía y la tormenta azotaba los campos, ó cuando el hambre afligía á los individuos, solicitaban éstos de su párroco las rogativas públicas ante Jesucristo Sacramentado y, efecto de estas sabias medidas, los espectros formidables del azote y la aflicción se ahuyentaban, la calma renacía, el gozo innundaba los corazones y la confianza en el Dios del Tabernáculo se consolidaba. El pueblo joven respetaba al viejo, ya que en éste veía los ejemplos saludables del temor de Dios y del amor á la familia y á la Patria. En una palabra, debido al Sacramento, era todo paz, alegría y prosperidad en los agricultores. ¡Qué tiempos aquéllos tan envidiables y de los que poquísimos pueblos conservan aún algún que otro bello vestigio!

II

«La *Industria*, dice acertadamente el Sr. D. Mariano Ya-

güe, es el resultado práctico de los conocimientos adquiridos y aplicados á ciertos y determinados objetos; la santa Eucaristía, añade, es la Verdad, pero no una Verdad cualquiera, sino la Verdad absoluta; es así que la industria es la aplicación de las verdades obtenidas por la ciencia, luego ese Sacramento puede dar la vida y fomento á la industria, si educa y moraliza á los industriales (1).» Ninguna explicación necesita este feliz argumento para quien lo comprenda; él es de sí bastante claro, empero no todos se contentarán con los puros términos del expresado silogismo, así que haremos de él un breve comentario. Abarca dos partes: 1.ª La Eucaristía puede dar vida y fomento á la industria. Y ¿cómo no, si hemos visto que la da á las ciencias, á las artes y á la agricultura, fundamentos de la industria y bases sin las cuales no puede darse género alguno de industrial trabajo? Siendo Dios la verdad por esencia, de esta Verdad absoluta participan las demás verdades que sirven de principio y de fundamento á la industria, y como Dios es de condición difusivo, es por consiguiente certísimo que obre porque la Verdad legítima se difunda, se exteriorice y se lleve á la práctica en las ciencias, en las artes, en la agricultura y sobre todo en la industria, y he aquí probada una vez más la proposición que sentamos anteriormente, á saber: que Dios es el fundamento y la base del progreso intelectual; pero respecto del asunto que nos ocupa, estas mismas clases de sólidas pruebas vienen á demostrar, por el hecho de ser Dios fecundo en sus obras, que nuestro Señor Sacramentado es también el fundamento del industrial progreso, y por el hecho mismo de ser Dios próvido, se demuestra que no sólo puede dar, sino que realmente da vida y fomento á la industria. De otra parte; habiéndose quedado Jesús en la Eucaristía para dar vida al alma, no sólo esa vida puramente moral sino también cuanto pueda abarcar la vida espiritual, dicho está que Jesús en el Sacramento del amor quiere dar fecundidad á ese nobilísimo espíritu; y como

(1) Cátedra sagrada, tom. VI, pag. 101.

la industria en su fundamento es parto del ingenio, parto del alma, resulta que la Divina Eucaristía desea dar vida y fomento á la industria; y efectivamente se la da considerada en sí misma, según acabamos de probar, y se la otorga también mediante sus profesores, que es la segunda parte del argumento propuesto.

En efecto, siendo la Eucaristía norma de nuestra conducta, de Ella deberían aprender los industriales para negociar sus trabajos. Ella enseña la inflexible justicia á la que se han de amoldar los dueños de las fábricas y los operarios de las mismas; por lo tanto, la Eucaristía predica muy alto que se pague religiosamente al jornalero el precio de sus sudores, é inculca poderosamente al obrero que sufra resignado las penas anejas al trabajo y que no se deje llevar de la envidia. La Eucaristía aconseja á los amos que no impongan los rigores de una insuperable carga sobre los hombros de los sufridos operarios, y manda á éstos que no exijan un jornal desmedido. ¿Se quiere más influencia de la Eucaristía en la industria...? «Sacad, dice el autor citado, sacad á la industria fuera del amor al Sacramento de nuestros altares, colocadla separadamente del radio luminoso de la Eucaristía y habréis minado por su base el mundo industrial». Vedlo si no en esos tiernos niños, que sin poseer noticias de la Religión, sin haber quizá confesado y comulgado nunca, sin tener concepto alguno de la felicidad del alma y de su dignidad humana, son arrojados por sus padres á un inmundo taller, donde no escuchan más que asquerosas blasfemias y atrevidos sarcasmos contra la Religión, donde no perciben más que una atmósfera materialista, cuyo Dios es el pan y el placer, donde en consecuencia no se lleva vida sino de irracionales. Y esos niños crecen; y como si se unieran instintivamente á una bestia, toman más tarde estado, sin saber cuál es el fin santo del matrimonio y sus obligaciones; y llegan á tener hijos, que se crían como sus padres, y así se va formando, como en efecto se ha formado, esa generación que vive cual pura máquina que funciona hasta que pronto se destruye. Y qué es lo que ha de resultar de

todo esto? Preguntádselo á la sociedad presente y os responderá que éste es el terrible enemigo que más le intimida, pues unos hombres sin conciencia, estropeados por el trabajo, y con ardiente sed de descanso y de dinero, á la ocasión más propicia se arrojarán, según lo estamos viendo, sobre aquellos mismos que les dieron el pan y que se engordaron á costa de sus trabajos. ¡Qué lástima! ¡Á dónde hemos llegado! Bien seguro es que, cuando los hombres se apartan de la Religión Católica y por consiguiente de la Eucaristía, que la fecunda, todo se hunde, todo desaparece. Devolved, si queréis hacer la prueba, devolved á esa misma generación de torva mirada los religiosos sentimientos que animaron á nuestros ascendientes; conducidla al Tabernáculo; aseguradla que allí está el Ser Supremo que nos ha formado y á cuyas manos hemos de ir á parar; enseñadla que en el nombre del Señor del Sacramento se bendicen los campos, las playas, los buques, las locomotoras, la electricidad y el telégrafo; insinuadla que este Señor se halla preso por nuestro amor y que nos convida con su cuerpo y sangre; haced que pruebe, de antemano preparada, la suave Comida de la Eucaristía, y avisadla que si quiere serle agradecida que vuelva otra vez, pero con indispensable condición de que guarde sus mandamientos, y veréis entonces el práctico resultado; notaréis que esa generación ha cambiado; que el mundo no teme peligro alguno y que la industria prospera consiguientemente.

III

La Santa Eucaristía no influye de una manera menos directa en el comercio.

Aquí podemos consignar como inconmovible base que cuando la Eucaristía ha sido el norte de la especulación lícita, los hombres han sido sencillos y se han tratado como á hermanos; empero desde el momento en que se abandonó á Nuestro Señor, las intrigas, los fraudes, la mala fe y sobre todo una vida imposible de llevar, han invadido el mundo. Que lo digan si no esas excesivas usuras, personifi-

cadas en montes mal llamados de piedad, en casas de préstamos y en domicilios de particulares, que en lugar de favorecer al pobre, pudiendo tomar un módico interés (aun cuando más perfecto fuera no tomarlo) trafican con la sangre de sus prójimos. ¿Y qué les da á los usureros poner en venta la sangre de sus hermanos, que es la sangre de Jesucristo, si tienen entregada el alma á las furias infernales? Díganlo si no esos odiosos monopolios, esos terribles engaños que se observan en los objetos vendibles, esas quiebras fraudulentas, esa mentira que domina en la boca y en los hechos de la generalidad de los comerciantes; dígalo, esa continua queja de los pobres que apenas pueden comprar objeto alguno y los repetidos gritos de los ricos, de que no se puede ir al comercio. Todo obedece á un mismo principio, á la falta de caridad en los comerciantes. Y esta falta de caridad redunda en falta de justicia. No se quiere comerciar con las industrias, como si el comercio fuera una industria cualquiera, antes bien se pretende lucrar, y lucrar mucho, y lucrar cuanto se pueda, aun cuando sea á fuerza de engaños y se pisoteen los preceptos divinos y se ahoguen los desgarradores gritos de infinitos desgraciados. Y no solamente en el comercio considerado en sí mismo acontecen semejantes miserias, sino también en los centros oficiales y en los de enseñanza, aun cuando sea gratuíta y en las oficinas. Resultando de aquí que media humanidad atisba á la otra media para devorarla. Caridad, repito, es lo que hace falta, pero esta caridad procede de Dios, reside en el Sacramento como en su brillante solio, y de Él debe partir si es que el mundo quiere en esta parte ser dichoso. Jesús Sacramentado influye mucho, muchísimo, en el comercio por esta razón: porque puede y quiere difundir la caridad, particularmente en los que más la necesitan, y entre los que más se siente esta carencia es en los comerciantes. Los que se entregan á esta especial industria usando de justicia, aunque pocos, experimentan el amor santo, y saben que procede del manantial inagotable de la Eucaristía; y porque la reciben como buenos cristianos, y porque

la invocan, por eso negocian lícitamente. Si los que son dados á semejante profesión fueran de esta suerte, mejor estaría el mundo. He ahí por que el Divinísimo Sacramento del Altar influye y aun podría influir más todavía en el comercio, si los malos comerciantes no le coartaran este deseo. Demos gracias á nuestro buen Jesús Sacramentado, pues en Él, la agricultura, la industria y el comercio encuentran sólido apoyo y fuerte estímulo.

CAPÍTULO XX

La Eucaristía y la Economía social

SUMARIO

Objeto de este capítulo.

I. Definición de la Economía social.—El objeto de la Economía social no son las riquezas.—Ni sus medios la franca libertad para adquirirlas.—Lamentable estado de la sociedad por haberse aplicado los principios precedentes.

II. Si los principios liberales y socialistas no resuelven el conflicto económico-político, debemos buscar la solución del mismo en el Catolicismo, donde estaba antes.—Jesucristo, Maestro, Dueño y Legislador del orden moral, y por lo tanto de la Economía política, resuelve el problema actual económico.—Palabras de León XIII.

III. Toda la legislación económica se sintetiza en la Eucaristía.—Cuanto dispuso Jesucristo antes y después de la institución de la Eucaristía, venía á parar al remedio de esta *cuestión*.—De la Eucaristía parten rayos de luz para el conocimiento de lo que deberá hacerse en favor de este problema.—Las obras caritativo-sociales de todos los tiempos, fundadas por la Iglesia, reconocen por base y estímulo al Santísimo Sacramento del Altar.—Luego la Santa Eucaristía puede remediar el actual conflicto económico.

Nada de extraño tiene que dedique un largo capítulo al asunto de referencia, teniendo en cuenta la grata armonía existente entre ambos términos del mismo. Los que pretenden ver divorciado de la Iglesia el orden moral, creyendo erróneamente que sólo de pan vive el hombre, moverán la cabeza en señal de desprecio al leer el título objeto del presente capítulo. Pero no hay que pasarse de ligero; el orden material con el moral, y éste con el sobrenatural, están de tal manera combinados, hay en ellos unas relaciones tan estrechas é íntimas, que sólo el audaz ó el ignorante ne-

garlas pueden. La Eucaristía, bello sol del universo moral, preside las acciones de los hombres, las anima con su luz y calor divinos, las fecunda con su gracia peculiar, y nada hay que de su soberana influencia se sustraiga, como nada en el mundo físico puede sustraerse de la poderosa influencia del hermoso rey de los astros.

Hoy que tanto incremento alcanzan los problemas físicos; hoy en que justamente se preocupa el hombre por las cuestiones económicas; hoy en que se prodigan los sistemas y los medios de vivir holgadamente, con poco trabajo y con menos dinero, torciéndolos por desgracia, apartándolos de su verdadero origen y no encauzándolos hacia su legítimo destino: conveniente será que ensayemos si el sistema económico que nos proporciona la adorable Eucaristía responde satisfactoriamente á las exigencias de un entendimiento sensato y de un corazón sano; esto es: si la influencia que ejerce la Santa Eucaristía en la social Economía, es suficiente con ventaja para resolver el conflicto social, originado por la falta de acierto en la ciencia económica.

I

Comencemos definiendo la Economía, que, según el Diccionario de la lengua, consiste en la buena administración de los bienes temporales. Ampliando esta definición diremos, que el objeto de la ciencia económica estriba en ordenar y distribuír estos bienes temporales ó materiales de conformidad con la justicia y en vista del bien común; y como enuncia un docto escritor (1), es la Economía «la ciencia que tiene por objeto la organización del trabajo conforme á la ley moral y la más perfecta conservación y prosperidad de la sociedad y del individuo». En efecto; el trabajo del hombre viene á ser como el productor de los bienes materiales; para su perfecto logro precisa ser aquél regularizado de conformidad con el Decálogo, pues un hombre, por más que se le suponga destituído del carácter de cristiano, está em-

(1) P. Vincent. Socialismo y Anarquismo P. 1.ª, cap. 1.º

pero atado fuertemente á la ley de Dios, que es su Autor, y su regularización ú organización debe reconocer también como fin primario la perfecta conservación y prosperidad del individuo y de la sociedad, fin que puede cumplirse con sujetarse en un todo á la ley divina.

Yerran, por consiguiente, los economistas liberales al proclamar que el objeto de la Economía política son las riquezas, (1) y sus legítimos medios la consecución libre de las mismas, separando de este modo la ciencia económica de la ciencia moral, de la cual forma parte, y convirtiéndola en racionalista y enemiga de Dios. Efectivamente, el objeto de la economía social no son las riquezas tomadas por separado, porque no son las riquezas objeto primario del hombre, sino su medio honesto de vida; si las riquezas fueron criadas para el hombre, lo son en cuanto que éste necesita de ellas para satisfacer sus naturales exigencias y aspiraciones legítimas. He ahí por que el individuo no fué criado para las riquezas, sino para su Autor; de las riquezas únicamente puede usar en cuanto que estos bienes le sirvan de seguro puente para trasladarse á su Dios y á los altos fines que Nuestro Señor ha puesto sobre el hombre. Por consiguiente, si éste no quiere errar en materia tan escabrosa, debe producir, administrar y usar las riquezas según las leyes morales impuestas por el Criador á la criatura.

Que los naturales medios para conseguir las riquezas son la franca y absoluta libertad de producirlas, según enseñan los economistas liberales, es una monstruosidad horrible, puesto que el término de esta libertad sería, como lo vemos actualmente, la acaparación, el monopolio y la absorción de las riquezas en unas cuantas manos, mientras que la inmensa mayoría de los individuos, aun á fuerza de esmerarse en el trabajo asiduo, tendrían que relegarse á la condición de infelices obreros.

Y no podía por menos de suceder así; con la apostasía de las naciones oficiales ocurrió la destrucción de la unión en-

(1) Rossi.

tre los ricos y los pobres, entre los patronos y los obreros, unión que sólo informaba la caridad cristiana; el hombre se hizo egoista ó individualista, y el individualismo nos acarreó funestamente la desaparición de los antiguos y necesarios gremios, según los cuales, obreros de cada arte y oficio se agrupaban en torno de su bandera sagrada para organizar cristianamente su trabajo y sus derechos, derechos y trabajo que defendían varonilmente, y con éxito, ante las autoridades, y cuyos asociados, subiendo el modesto escalafón que su arte señalaba, podían prometerse para sí y su familia tranquila existencia, su dignidad y su honor asegurados. Dado, empero, el terrible golpe de muerte á los memorables gremios, quedaron los obreros solos é indefensos á merced de la inhumanidad de sus amos y á la desenfrenada codicia de sus competidores. Los que se enriquecieron con los bienes de la Iglesia y de los propios, y los que, aun cuando no lleven grabado en su frente el estigma vil de este enriquecimiento, pertenecen por su profesión á la infame raza judaica, ¿á qué no podían atreverse frente á los pobres obreros? Eran los únicos que podían contar con fuertes sumas de dinero para fundar grandes establecimientos, para llevar á cabo empresas asombrosas, para acaparar las diversas industrias, y ser dueños del comercio; con la libre especulación, y escudados con la competencia también libre, pudieron llegar á monopolizarlo casi todo; las pequeñas industrias cayeron por fueza en sus manos atrevidas, y los pequeños industriales y los propietarios que las servían tuvieron que reputarse por tristes obreros, quienes, para satisfacer sus más apremiantes necesidades les es indispensable caer en las garras de propietarios duros ó de crueles usureros.

No es extraño, pues, que en vista de estos modernos y liberales procedimientos sea arrastrada la sociedad á dividirse en dos formidables bandos: el de los que lo poseen todo y el de los que nada poseen; el de los que gozan y el de los que sufren, división á la que se agrega una circunstancia tristísima y es, que disipado el Catolicismo en la ge-

neralidad de los afiliados á estos horribles partidos, los que todo lo poseen han perdido no solamente la caridad, hija de Dios, si que también, cegados por el inmoderado afán de enriquecerse más, ninguna justicia ejercen en el trato con sus hermanos; y los que nada poseen, llevados de un delirio desesperante causado por el trato de los que gozan, no esperan sufrir más y se sublevan contra aquéllos pidiéndoles un asiento en el festín de la gloria terrena... ¡Ah, y qué situación tan crítica la actual...!

Luego las teorías liberales que fundan la Economía en las riquezas, y como medio de poseerlas, su consecución libre, á más de incapaces para el objeto, precipitan á la humanidad en la desolación y en el más espantoso caos. Ni vengan los socialistas á querer dirimir la terrible cuestión social, porque sus teorías, á más de injustas, perjudican altamente á todos los engranajes sociales. La propiedad, en efecto, lícitamente adquirida, es sagrada, y el Estado no tiene para qué entrometerse en la precisa manutención, ocupación y dirección de los particulares.

II

Siendo cierto, por lo tanto, que ni las teorías liberales, ni el socialismo ó colectivismo pueden resolver la magna cuestión económica, ventilada en nuestros días, necesitamos ir á otra parte en busca de soluciones prácticas, exactas, satisfactorias y consoladoras. Si nos remontamos, en efecto, al origen de los desastrosos hechos que actualmente suceden á causa de la espantosa tirantez de las clases sociales, observaremos que tanto las unas como las otras se hallan en tan lamentable estado porque se alejaron de la Religión Católica. Siempre hubo pobres, miserias y desgracias, pero nunca como ahora hubo lo que llamamos *pavorosa cuestión social*. Siempre hubo pobres, y pobres conformes y hasta contentos con su suerte y modesto porvenir; pero nunca como ahora hubo artesanos irritados, obreros desesperados y proletarios de aviesa mirada. Siempre hubo grandes miserias y horripilantes desgracias; pero nunca co-

mo ahora la miseria se avecindó en nuestros pueblos y ciudades, ni la desgracia se vió imperante en tantos infelices que, digámoslo así, ruedan por los suelos, hambrientos de pan y faltos del consuelo religioso. Mas, ¿á qué serán debidos tantos males? Á que hasta hace poco el Catolicismo era el tesoro de nuestros antepasados y en consecuencia, había en los ricos generosa caridad, é invicta paciencia en los menesterosos. Luego la cuestión social de nuestros días reconoce únicamente por causa la falta de Catolicismo en la sociedad. Ingiérase aquél en ésta y habrá desaparecido semejante cuestión. ¿Qué no?

Si la verdadera Economía, según declaré antes, está enlazada fuertemente con el orden moral; si el hombre debe producir, conservar y distribuír las riquezas moralmente, esto es: ordenadamente, nadie es maestro y dueño de este orden sino el Hombre-Dios, Legislador supremo: luego la verdadera ciencia económica debe reconocer por precisión el orden establecido por Dios. ¿Cuál es este bello orden? Oigamos al mismo Jesucristo: «Se me ha dado (dice) toda potestad en el cielo y en la tierra» (1): mas los hechos del Salvador, universalmente reconocidos, acreditan que en la mano del Hombre-Dios se encerraba asimismo el poderío universal; luego Jesucristo es el Dueño del orden moral. Este hermoso orden va á ser conocido del mundo. Jesucristo, en efecto, se ofrece á enseñarlo, y dice que Él no vino á dar por terminada la Ley mosáica y los Profetas, esto es: los preceptos divino-positivos, sino á cumplirla (2); luego el Decálogo quedó confirmado. Ahora bien: la Ley divina sobre el trabajo enseña lo siguiente: *Acuérdate de santificar el día del sábado. Seis días trabajarás, y harás todas tus haciendas. Mas el séptimo día, sábado es del Señor tu Dios: no harás obra ninguna en él, ni tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu sierva, ni tu bestia, ni el extranjero que está dentro de tus puertas* (3). He aquí la principal

(1) Math. XXVIII.
(2) Math. V, 17.
(3) Exod. XX; 8, 9, 10.

base de la regularización del trabajo; luego el trabajo no es libre en cuanto á su extensión.

Sigamos indicando uno por uno los grandes principios de Economía social cristiana revelados por el Hombre-Dios. Á fin de que el individuo no se entregue demasiado á los cuidados de este siglo; con objeto de que no sea mordido por el gusano de la codicia y de que no haga á sus compañeros una competencia ruinosa; en una palabra: para demostrar que en Economía social es ilícito sustentar el principio liberal de la libre competencia, añade el Salvador: *¿De qué le sirve al hombre ganar todo el mundo si al fin pierde su alma? ¿Ó con qué cambio podrá el hombre rescatarla, una vez perdida?* (1). *Entended que una sola cosa es necesaria, que es la salvación eterna* (2). *En razón de esto os digo: no os acongojéis por el cuidado de hallar que comer para sustentar vuestra vida, ó de dónde sacaréis vestidos para cubrir vuestro cuerpo. ¿Acaso no vale más el alma que el alimento, y el cuerpo que el vestido?* (3).

Después de estas solemnes palabras que señalan la moderación equitativa en la producción de los bienes; después de las ya referidas anteriormente, que ordenan á todos la obligación asidua al trabajo: todavía hay otro principio cristiano de social economía que viene á dar la última mano á la obra divina que nos hemos propuesto bosquejar. Helo aquí: Jesucristo, una vez que ha prescrito que nuestros entretenimientos sean el trabajo para ganarnos el pan del cuerpo, dirigiéndose á los ricos, á los capitalistas y á los patronos, añade: *Lo que os sobra, dadlo de limosna*» (4). Lo que os sobra, luego de haber sufragado los gastos de manutención, vestido y decoro del propio estado, que es como lo entiende la Iglesia Católica, dadlo de limosna á vuestros hermanos necesitados. ¡Principio altísimo cuya sabiduría se revela por sí misma! Con su práctica se destruiría por su propia base el socialismo, se eclipsarían las teorías liberales

(1) Math. XVI, 26.
(2) Luc. X, 42.
(3) Math. VI.
(4) Luc. XI, 41.

respecto á social economía; al hambre sustituiría la hartura, á la necesidad la abundancia, á la miseria la satisfacción, á la tristeza el gozo, y el mundo cristiano, sin distinción de clases, nadaría en una felicidad relativa. Ciertamente que este principio económico se opone diametralmente á las humanas codicias, que por esto mismo es divino; ciertamente que el corazón humano, apegado á las vanas riquezas, tiene que resistirlo con todas sus fuerzas; pero también es muy cierto que los patronos, si no por motivos cristianos, al menos por motivos políticos, individuales y sociales, debieran ir aumentando el jornal al obrero, hasta que resultase un salario equitativo, y sobre este justo salario debido al obrero, convendría se extendiese aún el campo de acción de la limosna, á fin de que aquél satisfaciese con alguna holgura sus perentorias necesidades; pero es el caso ¡triste es consignarlo! que el salario contemporáneo, considerado en general, dado al trabajador, no es equitativo, no es justo porque no es suficiente. No basta, no, como asegura el inmortal León XIII, (1) que el obrero se convenga con su amo respecto del precio de su trabajo para que éste sea lícito, pues puede muy bien suceder que el obrero caiga en las manos de un propietario sin humanidad; es indispensable se tenga en cuenta que el trabajo humano es á más de *personal, necesario;* personal, porque la actividad del trabajo es inherente á la persona y propia de ella; necesario, porque con él y sólo por medio de él alcanza el obrero lo preciso para cubrir sus propias indigencias y las de su consorte é hijos, si los tuviere. Ahora bien, si el trabajo se considera como *personal,* es libre en el obrero pactar con el patrono más ó menos salario; pero si se considera, cual no puede menos de considerarse, como *necesario,* ni el amo puede dar al criado menos de lo que le es indispensable en un día dado para cubrir las necesidades suyas y de su familia, ni el obrero puede obligarse á recibir menos del gasto preciso para el mismo fin.

¡Ah! si el salario fuera hoy suficiente al obrero, no cal-

(1) De Conditione opificum.

dearía éste su cerebro al fuego devorador de las teorías socialistas, ni pensaría jamás en armarse y rebelarse contra sus patronos; el incendio social no subsistiría y los estragos que causa y que todavía por desgracia se esperan, desaparecerían, al menos en su mayor parte. Pero, mientras tanto el Estado ó las sociedades particulares no dispongan lo más acertado para que el obrero reciba un suficiente salario, todavía podría remediarse mucho, muchísimo, con que los pudientes dieran limosna en grande escala. Hoy, ciertamente, si no se aumentan los jornales al obrero, se multiplicarán las dificultades de vida al patrono; si disminuye la limosna, aumentarán el odio y la dinamita. Es la limosna agua saludable capaz de apagar las llamas que en el corazón del obrero encendieron la necesidad y las máximas demoledoras del socialismo.

III

Al llegar á este sitio hemos andado sin pensarlo la mitad del camino que pensábamos recorrer. Mas volviendo hacia atrás nuestros ojos, observaremos: 1.º que los economistas liberales están en un pernicioso error; 2.º que Jesucristo es el Dueño y el Legislador de la única y verdadera ciencia económica. Fáltanos ahora considerar que la legislación purísima de esta ciencia se sintetiza de una manera la más admirable en Jesucristo Sacramentado.

Para convencernos de esta sublime verdad bastará que nos remontemos con la consideración á la época de la institución de la Santa Eucaristía. Antes que Jesucristo proceda á llevar á cabo una Obra de transcendencia tanta, un prodigio tan admirable, intenta acercar hacia sí los corazones de sus discípulos. Sin hablarles una palabra se desnuda de sus vestiduras sagradas y, tomando, como dice la Escritura, la forma de vil siervo, lava los inmundos pies de sus amigos. Luego se dirige á éstos y les dice: «Acabo de daros ejemplo: de la misma manera que yo he hecho con vosotros debéis vosotros practicar los unos con los otros (1)».

(1) Joan. XIII, 15.

Empero tan raro ejemplo de caridad, cuya base era la humildad profundísima, no significaba otra cosa sino la preparación que los apóstoles deberían usar para recibir el más augusto de los Sacramentos, que á continuación su divino Maestro iba á instituír. Todavía, antes de realizar sus acertados proyectos, con acento cariñoso añade á sus fieles discípulos: «Os doy un nuevo mandato y es que os améis los unos á los otros de la misma manera con que yo os he amado. En esto conocerán, además, que sóis mis amigos, en si os amáis recíprocamente como os he mandado» (1). He aquí el fundamento sólido de la ciencia cristiano-económica, de toda verdadera y legítima economía social. El amor mutuo, la caridad divina; y es no solamente la firme base de este edificio tan difícil de levantar en nuestros días, sino también sus medios, su complemento y toda, absolutamente toda su verdadera y única solución. La caridad, empero, de que habla Jesucristo y que constituye la base de la social Economía, debe ser tan grande, tan extensa y universal que se extienda hasta querer dar la vida por los amigos á imitación del Salvador, que dió la suya por todos. Si así fuera la caridad de los hombres contemporáneos, no habría para qué hablar de cuestión económica, porque, ciertamente, todo lo resuelve la caridad cristiana. Mas no perdamos de vista el objeto que nos hemos propuesto considerar. El soberano sermón que el Hombre-Dios pronunció la noche de la Cena, antes de instituír la Divina Eucaristía, y que, según acabamos de notar, versaba sobre la Caridad divina, se refería á la Obra bellísima que después iba á poner en ejecución. Era la Santa Eucaristía, y Jesucristo, una vez la hubo manifestado á sus discípulos, declaró que esa bellísima Obra la reputaba por divino sello que imprimía al tierno sermón anterior. Así, este excelso Sacramento venía á confirmar la doctrina precedente; y si ésta instruía y exhortaba á los apóstoles, la Divina Eucaristía les animaba y fortalecía para llevarla al terreno de la práctica. La Eucaristía, considerada

(1) Joan. XIII, 34 y 35.

desde este punto de vista, es el apretado lazo que une al Maestro con sus discípulos, y á la teoría de la bella doctrina evangélica con la práctica sublime de la caridad recíproca. Ahora, pues, es cuando la soberana Eucaristía se destaca esplendorosamente en el campo económico-social, dando vida á la caridad cristiana, fundamento y medio para resolver satisfactoriamente esa cuestión importante de actualidad. Los que todavía no quieran ver en este hermoso cuadro las vistosas imágenes matizadas admirablemente por los brillante rayos del Sacramento augusto, que oigan la oración ferviente que Jesucristo, á continuación de haber instituído el más grande de los Misterios, dirige á su Eterno Padre: «Oh Padre santo, guarda en tu nombre á todos éstos que Tú me has dado, á fin de que sean una misma cosa *por la caridad*, como nosotros lo somos *en la naturaleza*. Ruego que todos sean una misma cosa y que como Tú, ¡oh Padre! estás en mí y Yo en tí *por identidad de naturaleza,* así sean ellos una misma cosa *por unión de amor,* para que crea el mundo que Tú me has enviado... (1)» Jesucristo, en efecto, desea esta perfecta unión; y se interesa por ella á fin de que sea la base de todas las operaciones económico-cristianas; mas la desea y exige por medio de la Santa Eucaristía que acaba de instituír, fomento y estímulo al propio tiempo de la caridad necesaria para llevar á feliz efecto tales operaciones.

Todavía hay más. Al dar Jesucristo á los apóstoles su Cuerpo y Sangre, y decirles: «Haréis esto en memoria de mí», no sólo pretende exhortarles, sino también prescribirles que celebren indefinidamente los Sagrados Misterios del Altar en memoria de Él, ya que instituía esa Divina Obra, movido únicamente de caridad hacia los suyos; intenta recuerden sus beneficios, su Pasión, su Muerte, obrados por amor al hombre, y en especial exige hagan memoria de la Sagrada Eucaristía, producto misterioso, por decirlo así, de su infinito amor. Luego, ¿no será cierto que Jesucristo, al

(1) Joan. XVII, 11.

mandarnos recordar detenidamente su inmenso beneficio eucarístico, quiso que hiciésemos memoria de su indefectible amor que nos proponía como saludable ejemplo del que nos debíamos profesar los unos á los otros en nuestras relaciones particulares?

Luego de la bella Eucaristía parten hermosos rayos de luz divina para el conocimiento perfecto de lo que deberá hacerse en pro de esta magna cuestión social. Jesucristo Sacramentado es, en efecto, el Evangelio viviente, es el Evangelio en dulce acción. Desde la Hostia inmaculada manifiesta Jesús todas las virtudes, y muy en particular el amor que nos patentizó en su vida pública. Para la armonía hoy necesaria en las clases sociales en punto á economía política ¿buscamos abnegación? ¿quién más abnegado que Jesús en la Eucaristía, donde permanece aprisionado á todas horas por nuestro amor? ¿buscamos paciencia? ¿quién más sufrido que Jesús en el Sacramento, pues arrostra nuestros múltiples desvíos, nuestros bajos desprecios é infames ingratitudes? ¿buscamos caridad? ¿quién más amante que Jesucristo Sacramentado el cual se declara como un gran incendio de amor? ¿buscamos sacrificio? quién más ardiente que Jesús eucarístico, quien ha salvado todos los obstáculos para proporcionarnos una felicidad eterna? Sí; Jesucristo Sacramentado es el Evangelio en acción. ¿Y qué es lo que nos enseña en esta parte de Economía social el Evangelio, que Jesucristo Sacramentado no nos lo repita? *Siempre habrá pobres*, (1) dice. Luego los menesterosos, mientras no puedan lícitamente otra cosa, deben resignarse á vivir pobremente. *No atesoréis en este mundo...* (2) *Lo que os sobre dadlo de limosna* (3). Luego los ricos ó los pudientes deben considerarse como puros administradores de sus haciendas, y en lugar de amontonar dinero les convendrá socorrer de lo que les sobre las justas necesidades de los indigentes. *Buscad ante todas cosas el reino de Dios y su jus-*

(1) Math. XXVI, 11.
(2) Math. VI, 19.
(3) Luc. XI, 41.

ticia, y todo lo demás se os dará por añadidura (1). Luego el corazón de la racional criatura debe despegarse de los bienes efímeros de la tierra. *No os afanéis por la comida y el vestido... Sabe vuestro Padre celestial que necesitáis de estas cosas* (2). Luego nuestros cuidados deberán estar colgados de la Providencia divina que todo lo gobierna sabia, santa y equitativamente. He aquí las voces que Jesucristo emite desde la Sagrada Eucaristía para remediar el conflicto social-económico.

Mas Jesucristo Sacramentado, por medio de su Esposa la Iglesia, facilita asimismo con su predicación y sus obras católico-económicas la armonía de las clases sociales. Evangeliza á los ricos la caridad y la largueza, así como enseña á los pobres la humildad y la paciencia. Crea Círculos Católicos de Obreros para que éstos, juntamente con la cooperación del rico, atiendan á su instrucción religiosa y social, su bienestar moral y material y á la recreación honesta de sí propios. Instituye Cajas de Socorros Mutuos donde el pobre obrero encuentra el alivio de su indigencia. Funda Cajas, con el mismo objeto, para inválidos, ancianos, viudas y huérfanos y para los tiempos de cesación de trabajo. Erige Cajas de Ahorros donde el honrado obrero, mediante el sacrificio mensual de algunos reales, encuentra al término de varios años, un caudalito suficiente para dotar á una hija, redimir de quintas á un hijo ó comprar alguna pequeña finca de provecho. Aprueba y fomenta, en una palabra, toda clase de obras que redunden en beneficio del obrero y que tengan por fundamento el amor de Jesucristo.

¡Ah!, sí; lo mismo ahora que en todo tiempo la Iglesia de Jesús, conociendo las enfermedades de sus hijos, ha empleado particulares medicinas para sanarlos. Las instituciones económicas de los apóstoles, quienes crearon siete diáconos para el socorro y mantenimiento de los pobres, en particular las viudas y huérfanos, han existido bajo una ú otra forma durante veinte siglos. Á mediados del siglo III,

(1) Math. VI, 33.
(2) Math. VI, 31 y 32.

había sólo en Roma mil quinientas viudas y muchísimos pobres mantenidos por la Iglesia. Sabido es que el invicto mártir S. Lorenzo pudo presentar al prefecto, como tesoros eclesiásticos, innumerables pobres y desgraciados. El Concilio Iliberitano, año 300, mandó respetar á los esclavos (1). Después que se relegó á la historia la hermosa comunidad de bienes y de sentimientos ejercida por los primitivos fieles, Jesucristo hizo surgir á los monjes, quienes, á la par que los venerables obispos, remediaban la indigencia de los pueblos donde se encontraban instalados, endulzando toda suerte de amarguras. Cada monasterio era un sagrario para la piedad, una academia para la ciencia, un asilo para la pobreza, un taller para el arte, un maternal regazo donde se mitigaban las penas. Las sillas episcopales disfrutaban de cuantiosas fincas que se encargaban los pobres de explotarlas en beneficio propio. Pasados los tiempos que dieron en llamar bárbaros, aparecieron las Órdenes Religioso-militares y las Mendicantes, y aquéllas con sus hospederías y hospitales, y continuando éstas la grandiosa obra de los monjes, facilitaban toda clase de subsidios al pobre, atajaban los progresos del error, fomentaban la virtud y abrían nuevos y anchurosos horizontes á la ciencia, á la agricultura, á la industria y al arte. Mientras hubo conventos (tómese nota de esta especie) no hubo hambre; mientras existieron hombres como Tomás de Villanueva, que sustentaba diariamente en su palacio á 400 pobres y mantenía á 50 expósitos y dotaba anualmente á 25 doncellas y agotaba las arcas episcopales en beneficio de la desgracia: mientras hubo reyes como las Isabelas de Portugal y de Hungría, cuya mayor gloria consistía en remediar necesidades ajenas: mientras hubo un prodigio de caridad como Juan el Limosnero, que lo daba todo al indigente: ni existía magna cuestión económica ni formidable cuestión social. Éstas constituían el horrible séquito del Liberalismo, entronizado hoy en el mundo para su destrucción, quien ha hecho desaparecer los conventos, y

(1) Can. V.

con ellos el pan intelectual y material de los pobres; quien ha secularizado los hospitales y casas de caridad, convirtiéndolos en tristes y avaras mansiones; quien arrebató los bienes de la Iglesia con los cuales eran socorridos millares de indigentes. He ahí por que el revolucionario Liberalismo ha creado el ejército de los menesterosos que se levanta hoy terrible con las manos crispadas contra los pudientes, muchos de éstos enriquecidos con aquellos bienes destinados al socorro del pobre; el ejército del proletariado que espanta por su ignorancia religiosa y por sus atrevimientos inmorales; el ejército de los infelices que sufren la grave enfermedad y el dolor agudo y apenas encuentran, como no sea en el seno de la Religión católica, quien les diga una palabra de consuelo. El pobre, el desgraciado con los ojos tristes, con las manos tendidas y con los pies vacilantes, llama á las puertas del rico, pero ¡ay! el rico liberal que contra sí mismo se ha aplicado esta palabra, le responde que su dinero está empleado en el negocio y en el placer; llama á las puertas del Estado, y el Estado masónico, ó masonizante, le contesta con dureza que acuda á las Casas oficiales de Socorro; mas ya sabemos la suerte que en estos lugares está deparada al indigente; llama, en fin á las puertas de la Iglesia, y la Iglesia Católica, despojada de sus bienes, si por un lado le toma en sus brazos, le enjuga sus lágrimas, le limpia sus sudores, le consuela y le fortifica con sus auxilios religiosos, apenas puede por otro lado remediar físicamente todos sus males. Sin embargo, aun en medio de su pobreza material y del abandono, cuando no el desprecio, por parte de los gobiernos, el Catolicismo ha obrado, en estos últimos tiempos, verdaderos prodigios de amor al prójimo, fundando la Congregación de los Hermanos de S. Juan Bautista de la Salle que se dedica á la instrucción primaria sana y gratuíta de los niños; la de los Salesianos y Maristas que en el reparto del pan intelectual catolizan las ciencias, las artes y los oficios; la de S. Vicente de Paúl, cuyas Hijas se dedican á la asistencia del enfermo en los hospitales y á la enseñanza católico-social de las niñas en los colegios; la de las

Hermanitas de los Pobres Desamparados que vierte el bálsamo del consuelo en el desolado corazón del pobre anciano y le sustenta con las limosnas que con su propia mano recoge de la caridad de los fieles; y otras innumerables que sería prolijo aducir. Pero ahora pregunto: ¿No es verdad que todas estas obras caritativo-sociales resuelven en su círculo de acción el gran problema económico, y que si se propagaran según las exigencias actuales desapareceería dicha *Cuestión?* Pues atribúyase todo esto, como á su necesaria causa, á la Sagrada Eucaristía fuente de todos los bienes, manantial purísimo de ferviente caridad que la destila en el pecho de los que la ejercitan.

¡Oh! todos, absolutamente todos los siglos reconocieron en el Sacramento del amor, la solución de los grandes problemas sociales, pero en especial el que, como el presente, se refiere á la vida económica. Los santos como los sabios, los papas como los reyes, los negociantes como los guerreros, los pudientes como los necesitados, acudieron siempre á la fuente de la vida y de la felicidad, á Jesucristo Sacramentado, en demanda respectivamente de virtud y sabiduría, de acierto y justicia, de buen éxito y valor, de generosidad y consuelo, y ciertamente salían de las plantas del Salvador esperanzados de obtener en la Iglesia y en sus múltiples y fecundas creaciones económicas la más completa satisfacción de sus deseos. Para que todos estos efectos resulten en nuestros aciagos días, no hay más que armarse de la coraza de la fe, y abrigar los mismos sentimientos que nuestros ascendientes.

La Santa Eucaristía, por consiguiente, es la única que puede remediar el conflicto originado de esta magna cuestión económica, que es lo que pretendía demostrar.

CAPÍTULO XXI

La Eucaristía y la Civilización universal

SUMARIO

Preámbulo.

I.—Jesucristo Sacramentado causa directa del progreso universal.—Jesucristo Sacramentado impulsando á su Iglesia para conseguir la civilización en todos los sentidos.

II.—Jesucristo en el Sacramento, luz, camino, verdad y vida de la Iglesia.—El mundo, regenerado y civilizado por los apóstoles y sus discípulos.

III.—Idem por los monjes, quienes, como aquéllos, á impulsos de la Hostia santa emprendieron la civilización intelectual, moral y material.

IV.—Idem por los religiosos mendicantes.—Los frailes, empeñándose por obsequiar al Sacramento.—Idem por el Clero secular.

V.—El mundo moderno, de espaldas á la Iglesia Católica.—La acción del Sacramento del Altar en nuestros días.

VI.—Los frailes, llevando la civilización á todas partes.—Sabios religiosos de nuestra época.

VII.—Trabajos del Clero secular y de los seglares católicos.—Resultado y consecuencias.

Llave de oro que abre suavemente las formidables puertas de un nuevo mundo, el mundo del progreso, el mundo de la universal civilización, es la Sagrada Eucaristía. Al pretender ocuparme de la civilización verdadera, esto es: el paso de la tosca rudeza á la cristiana cultura; ó también, el desarrollo y adelantamiento intelectual, moral y material de los pueblos de conformidad con la recta razón, armoni-

zada con la ley divina, no del progreso material aislado, sin respecto á más altos fines, ni del progreso moral en el sentido vago de esta palabra, ni del progreso intelectual sin relación á una sabiduría práctica; porque el primero metaliza, el segundo no perfecciona é hincha el último: es mi deber únicamente, hacer observar que la verdadera civilización reconoce por causa directa á la Santa Eucaristía. Que la Iglesia Católica haya ejercido suma influencia en la civilización de las naciones; más aún: que esta misma Iglesia haya sido y sea la causa del notable adelantamiento verdad del individuo y de la sociedad en general, es un hecho tan culminante y notorio que nadie que conozca la historia lo ignora. Mi objeto va todavía más adelante: sin dejar de reconocer esta importante verdad, debo consignar un hecho grande, extraordinario, sublime, no reconocido por todos los hombres civilizados, ni, lo que es más de sentir, por muchos católicos; á saber: que la Iglesia Católica, en tanto ha civilizado sabiamente al mundo, en cuanto ha recibido la sabiduría, la energía y la acción práctica, directa é inmediatamente de Jesucristo en el más bello de sus Misterios. Por lo que hemos de concluír verazmente que Jesucristo Sacramentado es causa directa de la Civilización universal. Entremos en el fondo del asunto, é incrustando nueva margarita en el artístico florón que tejemos á la Santa Eucaristía, notaremos al propio tiempo, que el notable hecho que vamos á estudiar constituye una prueba más de la realidad pasmosa del Misterio eucarístico.

I

En efecto; por lo mismo que es extraordinario el hecho de la civilización de las naciones por la Iglesia Católica, civilización pasmosa y arrobadora que ninguna otra sociedad ni imperio ajenos á ella pudieron llevar á cabo, debe llamarnos poderosamente la atención el por qué esa grande Iglesia, y no otra ninguna, pudo causar la honda revolución progresiva en el mundo. No debemos fijarnos en su constitución sorprendente, ni en sus medios especiales de acción,

ni en sus miembros numerosos, ni en su táctica maravillosa, ni en el apoyo que pudo tener en los poderosos; porque sociedades hubo también que contaron con sabias constituciones, peculiares medios de acción, innumerables servidores, prudente manejo, fuerte apoyo en los grandes, poderosa fuerza de las armas, sin haber experimentado las horribles y seculares persecuciones de que fué objeto la Iglesia Católica; y sin embargo, jamás ofrecieron al mundo el hermoso espectáculo de conseguir su civilización juntamente con su conversión á la fe. Debemos fijarnos en otra causa extraordinaria, sobrenatural, divina que, valiéndose de la Iglesia Católica, ejecutase como quien juega, el famoso acontecimiento del progreso de los pueblos. Y esa causa es Jesucristo, su Fundador, quien había vaticinado que sin su apoyo nada puede llevarse al fecundo terreno de la práctica.

Mas á Jesucristo no debemos considerarlo únicamente como divino sembrador de la civilización de los pueblos, dejando á la Iglesia que recogiera con ímprobos afanes el fruto esperado. Nada es ni puede la Iglesia sin Jesucristo; he ahí por que el Salvador la ilustra, la impulsa al trabajo, la acompaña en su acción, la sustenta, la protege, la defiende de arteros enemigos y la conserva incólume, grande y llena de esplendores indefinidamente. En este concepto, único verdadero, podemos considerar á Jesucristo como principal factor de la civilización. Mas Jesucristo no ilustra, ni impulsa, ni acompaña, ni sustenta, ni protege, ni defiende, ni conserva á la Iglesia, sino por medio del adorable Sacramento de la Eucaristía, en el cual, Él mismo real y viviente, bajo humildes formas nutritivas, ha deseado aprisionarse perpétuamente para dar la *vida*, no solamente la vida de la gracia aislada, ni la vida de la gloria exclusivamente considerada, sino la vida de la gracia divina para que se obtenga por ella la vida social en toda su perfección, á fin de que por su medio, esto es, con el ejercicio evangélico de esta vida social se alcance la vida de la gloria: que Jesucristo no nos ha otorgado el Sacramento eucarístico para fines meramente

espirituales é internos sino, en general, para fines socialmente cristianos.

Si, pués, Jesucristo Sacramentado concede plenamente la *vida* á la Iglesia, Él mismo, en efecto, desde la Hostia santa la ilustra, iluminando su entendimiento, fortaleciendo su memoria y vigorizando su voluntad; con la Hostia santa la impulsa á obrar el bien en toda la extensión de la palabra; con los efectos de la Hostia santa la acompaña en su divina, incesante y universal labor de la conquista de los hombres y los pueblos; por medio de la Hostia santa la sustenta abundantemente, pues Ella es el Pan legítimo del cielo; con la Hostia santa la protege, haciéndola caminar siempre hacia adelante sin retroceder jamás; por medio de la Hostia santa la defiende de los hombres perversos que intentan vanamente proscribirla; por medio de la Hostia santa, finalmente, es conservada la Iglesia en la santidad, en la ciencia y en el bien.

Que Jesucristo hubiera podido ejercer una influencia semejante, sin el Sacramento eucarístico, es una fácil cuestión que se resuelve en sentido afirmativo; pero que no quiso desempeñarla de ninguna manera, sino por el divino medio del Sacramento es también un hecho clarísimo y de fe católica. He ahí por que con toda verdad podemos y debemos concluír que Jesucristo Sacramentado es la causa de la civilización universal.

Al entrar en algunos pormenores no es por repetir lo que quizá otros autores hayan consignado, sino por robustecer esta verdad importantísima desechada por los impíos é ignorada de muchos cristianos. Aquéllos, para su gobierno, no debieron apartar jamás los ojos de ese grandioso y universal fenómeno la civilización cristiana; debieran ser más justos y agradecidos para con la Iglesia Católica y su Cristo que les ha hecho contemplar los portentos de un mundo civilizado; éstos, para su bien convendría estudiasen y admirasen de cerca ese mismo fenómeno que ventajas tantas les ha reportado y sigue reportando en todos los órdenes de la vida.

II

«Yo soy la luz, Yo soy el camino, Yo soy la verdad, Yo soy la vida,» había dicho Jesucristo; *luz* verdadera de la inteligencia, luz inextinguible que alumbra las sombras más negras del alma, luz necesaria para esclarecer el camino de la eternidad, y Jesucristo es el *camino*; el verdadero camino del progreso que lleva al Padre de las lumbres, el camino único donde no hay precipicios de errores y donde se halla sembrada la verdad, pues Jesucristo es la *verdad*; la verdad inmutable y única por esencia que otorga la vida á los individuos, á las familias y á la sociedad, pues que también Jesucristo es la *vida*; la vida sana, la vida robusta, la vida santa de los pueblos. Jesucristo había proferido esos grandes principios de regeneración social, de civilización verdadera, y mandó á sus discípulos que, predicándolos por todo el mundo, los llevasen al escabroso terreno de la práctica. Entonces es cuando Jesucristo Sacramentado marcha de hecho al frente de sus discípulos para inculcar al mundo esas regeneradoras máximas. Son los apóstoles, son los monjes, son los misioneros, quienes las repiten sin descanso, sin temores y obteniendo pingüe fruto; porque Jesucristo, á quien poseen todos los días en sus manos y corazón, les da potentes energías y obra en su favor sorprendentes milagros.

El mundo pagano, al advenimiento del Salvador, conservaba todavía cinco géneros de lepras sociales, imposibles de curar por nadie que no fuese el Hijo de Dios. La lepra de la esclavitud, la lepra de la degradación de la mujer, la lepra del cruel instinto y por consiguiente de la inútil efusión de sangre humana, la lepra del sibaritismo y de la extremada corrupción de costumbres y como natural consecuencia, la lepra de la fría inercia en las ciencias, en las artes é industrias humanas.

Yo no voy á detenerme ahora en la comprobación de semejantes repugnantes hechos, pues son del dominio de la universal historia, pero los he mentado para consignar que Jesucristo con su preciosa doctrina los alejó y aun desterró

poco á poco de la sociedad. El mundo creyó, porque no pudo menos de creer, que Jesucristo es la Verdad por esencia; y al hacer constar Éste que el hombre es libre ante Dios, los pueblos le siguieron, las relaciones sociales se suavizaron, comenzaron los señores á buscar á sus siervos y éstos á acercarse á sus señores, y, como quien borra completamente una gran mancha de negra tinta sobre blanco lienzo, quedó borrada de los pueblos cristianos la ignominiosa esclavitud. Al publicar que todos los hombres somos iguales ante Dios, la mujer comenzó á ser mirada con atención, con respeto, con cariño; la mujer dejó de ser *cosa* para ser *persona* igual al varón. Al predicar la caridad y mansedumbre, las gentes mortificaron sus fieros instintos, y con haber instituído el Sacrificio pacífico de la Eucaristía, extinguió en absoluto los atroces sacrificios de humanas víctimas. Al ensalzar la monogamia, proscribir su contrario y reprochar duramente la impureza, despejóse la densa atmósfera enturbiada por los vicios, las costumbres se purificaron, y el hombre, antes víctima de sus bajas pasiones, cobrando nuevas energías, se elevó sobre sí propio y adquirió otra vida más exuberante. Al añadir que debemos ocupar el tiempo honestamente, pero sin el afán de acumular riquezas, abrió el horizonte á las ciencias, á las artes y á toda clase de conocimientos humanos, poniendo empero fuerte cortapisa á los desmedidos afanes del hombre por amontonar inútil oro, á fin de que pensase mejor en los eternos bienes.

Esta bella regeneración obrada por el Salvador de los hombres, y que había sido incoada con el total cambio de las ideas, fué proseguida suavemente con el difícil cambio de las costumbres, á los cuales cambios siguió necesariamente el movimiento por el desarrollo y perfección de los talentos humanos. Su doctrina salvadora, sus ejemplos saludables y el producto de ambos poderosos agentes, levantaron á la sociedad de su ignominia y la colocaron en el camino del progreso.

Mas no creáis á la vista de esas hermosas orientaciones, que era el paganismo quien corrió por las vías del pro-

greso para civilizar al mundo, pues al advenimiento, y poco después de la predicación del Mesías, «sofocados los gérmenes del saber esparcidos por los presentables filósofos antiguos, los sueños habían ocupado el lugar de los pensamientos altos y fecundos, el prurito de disputar reemplazaba al amor de la sabiduría, y los sofismas y las cavilaciones se habían sustituído á la madurez del juicio y á la severidad del raciocinio» (1). Muchos de los conocimientos del Oriente ni aun habían podido arraigar en el Imperio, y los paganos, ciertamente, no podían emprender el costoso viaje del progreso. No creáis que eran los seglares católicos los que se levantaron para oponer al mundo viejo una cultura sana y científica, pues á éstos bastábales aprender y ayudar á sus fervorosos maestros. Eran, sí, los discípulos de los apóstoles, el cuerpo docente de la Iglesia, los que en todo tiempo, á la par que luchaban con los herejes y sofocaban sus nauseabundos gérmenes, preparaban las vías de la civilización, lanzándose á todas partes y á todas las regiones para sembrar la semilla civilizadora de Jesucristo, labrarla y coger sus abundantes frutos. Eran los sacerdotes y sus ministros los que no sólo administraban á las gentes el pan del entendimiento, si que también el pan del cuerpo, y en apartados paises, ellos exclusivamente eran, como lo son ahora, los que enseñaban á los pueblos ignorantes á proporcionarse éste último. He consignado este relevante hecho para repetir que la civilización se debe á la Iglesia Católica, y dentro de esta Iglesia al Clero, impulsado por Jesucristo Sacramentado, su vida lozana, ya que también es su luz y su alimento.

III

Mas es preciso profundizar el asunto aún más. Después de los trabajos civilizadores de los apóstoles y sus discípulos, después que pasó la gloriosa época de los mártires, cuando la paz constantiana dulcificara un tanto la vida de los primeros cristianos: el evangelio, por más que había sido

(1) Balmes, El Protestantismo, tom. I, cap. 14.

pregonado en casi todas las regiones conocidas, empero, debido á la escasez de Clero y á la misma falta de persecuciones, que siempre pulieron las conciencias abandonadas, comenzó á ser un tanto inobservado. Hacía falta entonces un ejército de fervientes misioneros que, repartiéndose por el mundo, estimulasen en unas regiones á las prácticas cristianas y anunciasen en otras la Doctrina evangélica. Este valiente ejército fué formado por los monjes. Y aquí debemos hacer constar que, á partir de esta época, los monjes, casi exclusivamente, fueron los que con sus numerosas y dilatadas misiones civilizaron el mundo. Fueron los continuadores de los discípulos apostólicos y de los grandes obispos. Los monjes y los frailes, sus sucesores y compañeros, tan odiados de la moderna sociedad, precisamente porque arrojan en cara su perversión espantosa é insensato orgullo; los monjes, hombres desprendidos del mundo que se contentaban con el preciso alimento y vestido, santos como sabios, diligentes como emprendedores, archivos de la civilización cristiana que los abrían de par en par á los estudiosos, formadores de las villas y aldeas, convertidas luego en grandes ciudades, fuentes del saber que á no ser por ellos quizá viviéramos en espantosa barbarie, rechazados, odiados, escupidos... ¡Paso á los monjes! ¡Es una ingratitud manifiesta no descubrirse ante su memoria!

Jesucristo Sacramentado, á quien esos insignes religiosos conservaban en sus monasterios para el sustento de sus almas, á quien consagraban y recibían diariamente, iba con los monjes á todas las conquistas de la civilización. Preparados en sus espaciosos monasterios con la oración, el silencio, el ayuno y la incesante labor de manos, los monjes salían del claustro para el ímprobo trabajo de la conversión de los pueblos. Inglaterra, Escocia, Irlanda, Suecia, Noruega, Islandia, Groenlandia y el norte de Europa fueron convertidas á la fe por los monjes. Los bárbaros extendidos por la Europa, como los que no habían escapado aún de sus rudos hogares, trocaron su bestial ferocidad por la cristiana mansedumbre inculcada por los monjes. Una misma fe

y un mismo Cristo alimentaba á los conquistadores y conquistados, á los monjes y á los bárbaros; de aquí el que no fuese difícil la preparación del terreno para un progreso indefinido. Los que afirman que después de la irrupción bárbara, no sólo se estacionaron las ciencias y las artes, sino que se perdieron por completo, ó no han saludado la imparcial historia, ó proceden de mala fe. ¿Qué hubiera sido de la sociedad conquistada por el salvajismo, si los monjes no hubiesen predicado la fe á los bárbaros conquistadores y no les hubiesen dado los sanos ejemplos de virtudes altísimas? Los monjes exponían sus capitales, sus comodidades y sus vidas por rescatar á los cautivos; conducían los vencedores hasta los mismos hogares de los vencidos, sembraban la paz y recogían el amor mutuo. ¿Qué hubiera sido de los múltiples conocimientos humanos, si los monjes no los hubiesen depositado, cual inmensos tesoros, en el fondo de sus monasterios, conservándolos en sendos pergaminos y en sus ilustradas inteligencias, para poderlos exhibir después poco á poco según las exigencias y permisión de las circunstancias? Mas, es de notar que no toda clase de conocimientos antiguos, conocidos antes de la irrupción bárbara, fueron conservados en las inmensas bibliotecas monacales, porque, aun con pesar de los monjes, no todos pudieron ser recogidos, ¡tanto fué el irreparable daño causado por las gentes incultas!; por eso es por que muchos de los posteriores descubrimientos fueron verdaderos inventos debidos á los monjes y á los frailes, publicados á fuerza de largos estudios y costosos desvelos.

Los relojes de agua ó arena al estilo antiguo, el globo celeste de Milán, las plumas de ave para escribir en sustitución de las cañas, varios principios de medicina práctica, la semilla de los gusanos de seda, traída de la China dentro de los báculos de los misioneros, los acentos ortográficos, el cristal, los molinos de viento, los órganos y las escuelas de latín, griego, astronomía, música y poesía: son aplicaciones y descubrimientos de los monjes en los siglos VI y VII. En el siguiente nos legaron la escritura rápida, algunos ma-

pas geográficos y varios conocimientos prácticos de aritmética, álgebra y física. En en IX figuraron los relojes de ruedas dentadas, algunas obras de matemáticas y una Biblia iluminada. En el X fueron explotadas en grande escala las minas argentíferas de Hartz, y se usaron el telescopio de caña y las cifras numéricas. En el XI se aplicaron los molinos de agua para la manufactura del papel, produciendo el pergamino de paño, y se introdujo la caña de azúcar. En el XII adquirieron gran desarrollo las matemáticas, la geografía, la astronomía, la física, la medicina, la navegación, etc. etc. Empero todo esto no es más que algo de lo mucho que podíamos aducir en corroboración de la civilización intelectual y material llevada á cabo por los monjes, quienes, sin abandonar la civilización moral y religiosa de las conciencias, principal atención suya, buscaban en todas sus empresas la conquista de las almas para Jesucristo.

IV

Los monjes, en efecto, habían desempeñado en el mundo su elevada misión de civilizadores. Jesucristo había triunfado con ellos del salvajismo y, arraigando y fecundando el progreso moral de los pueblos, había sentado las bases de una intelectual, moral y material civilización que se encargarían de llevarla á cabo en todo su desarrollo y perfección sus posteriores discípulos. En efecto, sucesores y compañeros de los monjes en la obra de la triple regeneración social, fueron los religiosos mendicantes. Á la manera que por medio de aquéllos, Jesucristo prosiguió también por medio de éstos su labor redentora de las almas y progresiva de la cultura social, comunicándoles con el Pan de ángeles la luz, el acierto, la vida y la energía indispensables para desempeñar fiel y victoriosamente una misión tan delicada.

Por su parte, el religioso como el monje daban bien á conocer que todos sus medios eficaces de acción católico-social les llegaban directamente de la Hostia santa, á la cual, para tenerla siempre favorable, y en justo tributo del alma cristiana, no sólo comulgaban diariamente con especiales mues-

tras de afecto y devoción, sino que pasaban largas horas de rodillas ó en pie ante el Sagrario, obsequiando al Sacramento según sus Constituciones respectivas lo ordenaban. Los monjes se esmeraban de un modo solemne en preparar reverentemente la materia del Sacrificio; el ornato de los altares y las dulces melodías del canto y música gregorianos ocupaban sendas horas su atención. Los religiosos, en general, no obsequiaban menos al Sacramento Santísimo; el coro, la oración, la administración y recepción de los santos Sacramentos, la predicación y enseñanza eran sus medios ordinarios de reverenciar al Dios del Sagrario; pero hay Órdenes Religiosas que de un modo particular le obsequiaron. Los PP. Predicadores, desbaratando las argucias antieucarísticas de los valdenses, albigenses, luteranos y similares; los Menores, esforzándose por la gravedad y suntuosidad del culto eucarístico, extendiendo la santa práctica del *Bendito y Alabado*, atrayendo las almas hacia el Dios de los amores y fundando sacramentales cofradías y unas de las Cuarenta Horas existentes; las Órdenes redentoras, arrancando las víctimas cristianas á la Medialuna para proporcionar á sus fuerzas debilitadas y á sus cuerpos enflaquecidos por el hambre y la angustia el restaurador banquete de la Eucaristía; los PP. jesuitas, propagando felizmente el bello culto al Corazón Sagrado, que es el culto del Sacramento Santísimo, combatiendo los errores antieucarísticos en todos los terrenos, y erigiendo otra especie de sacramental Jubileo; las Congregaciones religiosas, cuya especial misión consiste en dar culto hermosísimo á Jesucristo Sacramentado; aunque respecto á éstas nada debo indicar por ahora.... Repito que el religioso, con semejantes demostraciones, ha dado á conocer bien á las claras que todos sus medios de acción católico-social le han llegado directamente del Sacramento Eucarístico. Los frailes, ciertamente, tuvieron también que regenerar el mundo, prosiguiendo la obra civilizadora de los pueblos. Jesucristo estaba con ellos, obraba en ellos y resolvía todas sus grandes dificultades, por lo que no fué difícil, ni extraño es, que acometiesen con

denuedo y obtuviesen éxito feliz las grandes empresas sociales que resgistra la historia.

Para probar esta verdad importantísima no me detendré en exponer largas consideraciones que, aunque no condujesen al fastidio, empero pertenecen más particularmente á otro lugar. No obstante algo debo consignar, aunque sea por vía de resumen, en obsequio de la causa que defiendo. Sostengo como anteriormente, que la civilización de la humanidad se debe en primer lugar á las misiones católicas, y estas sagradas misiones, desarrolladas en general por los monjes, fueron sostenidas, continuadas y aumentadas por los mendicantes. Nuevos atletas de la Religión divina, armados como los Confesores de los primitivos tiempos con el Pan de los fuertes, volaban con las alas de la fe y del amor á todas partes para comunicar á los justos, á los pecadores, á los infieles y á los salvajes su heróico amor y su robusta fe, á fin de poder decir á unos y á otros, señalando al Cordero Sacramentado, como en otro tiempo el Bautista: *Ecce Agnus Dei, ecce qui tollit peccata mundi.*

El misionero entre los fieles ora, predica, instruye, comparte las penas de sus hermanos, administra los sacramentos, regala al mundo sus producciones científicas, vive en la tierra, pero también sobre ella; mas entre infieles comienza por hacerse amable, aprende el idioma y tradiciones regionales, se atrae las atenciones, y cuando, como otro Cristo, subyuga á los hombres con los lazos del amor, no sólo ejerce con los salvajes los ministerios anteriores, antes bien se propone endulzar su vida, cultivar sus inteligencias y proporcionarles gratuitamente toda clase de comodidades y adelantos de los paises civilizados. En este concepto el misionero es el gran hombre, es el héroe, es el civilizador por antonomasia.

Tropas auxiliares del ejército divino, según apellidaba sabiamente á sus frailes el Patriarca de Asís, los religiosos, sin más capital que el breviario, sin más ajuar que el hábito, sin más aspiraciones que la conquista de los individuos para Cristo, sin más esperanzas en este mundo que la negra

ingratitud de los mismos á quienes favorecieran, lanzados á donde la Providencia les encamine: allí, con paciencia invicta se arraigan *para hacer el bien.*

Les veréis en todas partes, en todos los climas, en todo el mundo. Son la luz; son más que la luz. El astro solar no hace penetrar tanto sus potentes rayos como el amor abrasado de los misioneros penetra hasta en las cavernas más inhabitables para llevar allí el progreso cristiano. Los frailes *redentores*, al paso que libertaban los cautivos, se aprisionaban muchas veces ellos mismos por redimir á los esclavos, y en el frío calabozo, abrían una cátedra de civilización santa. Los dominicos, excelentemente predicadores, y los Menores, eminentemente misioneros, se esparcieron en poco tiempo, como los apóstoles, por todo el mundo. Parecían gozar del dote de ubicuidad.

En 1258, 49 años después de la fundación de la Orden franciscana, el pontífice Alejandro IV escribía: «Á nuestros muy queridos hijos de la Orden de S. Francisco en las tierras de los sarracenos, paganos, griegos, búlgaros, cumanos, etíopes, siros, íberos, alanos, gazaros, godos, ziques, rutenos, georgianos, nubios, nestorianos, jacobitas, armenios, indios, mostelitas, tártaros, húngaros de la gran Hungría, turcos y demás naciones infieles del Oriente, ó en cualquier otro territorio». Todo esto, aparte su presencia en los países católicos en los que no dejaban de misionar con celo digno de la causa de Cristo.

Los religiosos mendicantes, en efecto, renovaron completamente la faz de la tierra. Los minoritas, á quienes Dios, de un modo particular infundió la unción de los apóstoles, convirtieron gran parte de los hombres y los pueblos. Si las muchedumbres se olvidaban de atender á sus corporales necesidades por seguir á Jesucristo, el Patriarca de Asís arrastraba dulcemente en pos de sí pueblos enteros, y sus hijos gozaron en todos tiempos el hermoso privilegio de cautivar las miradas humanas. La misma conquista y civilización de las Américas se debe de un modo particular á los religiosos. Colón no hubiera arribado á aquellas inmensas islas á

no ser por Fr. Pérez de Marchena y Fr. Hernando de Talavera. El descubrimiento de América tuvo sus principios en un convento, y de los conventos salieron los que la conquistaron á la Fe, á la Patria y al Progreso. Cuanto se diga en contrario es flotar en la inmensidad de la inexactitud y de la calumnia.

Y ¿no era Jesucristo Sacramentado quien formaba por sí mismo las valientes huestes que, abandonando el suelo patrio, surcaban dilatados mares, para civilizar el viejo y nuevo mundo? Y ¿no era Jesucristo Sacramentado quien los animaba y fortalecía contra los nuevos perseguidores, en cuyos dominios no encontraban las más de las veces sino los insultos, los tormentos y en ocasiones la misma muerte?

Los misioneros formaban el número de los sabios, y Jesucristo con los sabios ha hecho todas las conquistas de la ciencia. Los religiosos que en el convento quedaban destinados al estudio, se esforzaban por hallar en los antiguos libros noticias de la civilización pasada, á fin de levantar una punta del velo á la naturaleza y arrancarle sus más hondos secretos. Los escolásticos explicaban á millares de discípulos toda clase de materias conocidas; eran en verdad sabios profundos y catedráticos universales. Alejandro de Alés y Alberto Magno, Santo Tomás y S. Buenaventura, Escoto y Hugo de S. Caro, Raimundo Lulio y Rogerio Bacón. ¡Qué figuras! Sobre todo éste último, ¿quién superarle pudo en ciencias exactas, físicas y naturales? ¿No fué él quien, siglos antes de las aplicaciones científicas, dió noticias del vapor, de la grua, del puente colgante, de la escafandra del buzo, de los areostatos, de la linterna mágica y del planisferio semoviente? ¿No fué él quien dió á conocer un tratado completo de óptica, los fenómenos del arco iris, los halos, la polarización de la luz por el prisma, el magnetismo, varias combinaciones químicas y la receta de la polvora? ¿No fué él quien formuló un completo sistema para alargar la existencia humana, y como lingüista, escripturario y sobre todo metodista apenas se encontrará quien le iguale? Pero no era sólo Rogerio Bacón el que marchaba

como general de las tropas civilizadoras; un franciscano colocó los primeros relojes en las torres, y otro minorita, el Beato Bernardino de Felfrio, estableció el primer Monte de Piedad; Fr. Francisco Pacioli de Borgo compuso el primer tratado de Álgebra; los jesuítas PP. Grassi, Scheiner, Schal y Secchi, descubridores fueron de muchas importancias astronómicas; el P. Main publicó el más completo catálogo de estrellas que se conoce; el P. Bertelli inventó el péndulo protográfico; el agustino Engranelle fué el autor de la fenotecnia; el P. Noel dió á conocer la señal de alarma; el jesuíta Hahn y los trapenses Descuret y Debreine fueron insignes fisiólogos. De filosofía, teología, derecho, geografía, historia y lingüística, no digamos una palabra, porque los frailes, más que ninguna otra respetable clase, las cultivaron de una manera sobresaliente.

No en tanta escala como éstos, aunque también en considerable número, los eclesiásticos seculares sabían manejar lo mismo el breviario y el misal como las aplicaciones de la ciencia. En el siglo XII, Pedro de Blois combatió los errores de la astrología; en el XIII, Teodorico, obispo de Bitonto, sustituyó las vendas á los terribles aparatos en la fractura de los huesos: Juan de Saint-Amán dió reglas para todas las diagnosis; Virgilio, obispo de Salzburgo, señaló la existencia de los antípodas y, antes que el gran Newton, definió la fuerza centrípeta de la tierra; Nicolás de Cusa fué cardenal; Galileo, novicio de un convento; Copérnico, canónigo; Caselli inventó el pantelégrafo y Hautefeuille descubrió el resorte espiral aplicado á los relojes.

Pero de todo esto es preciso deducir consecuencias importantísimas. En efecto; excepción hecha de algunos legos sobresalientes en las ciencias, en general católicos, casi todos los grandes sabios de la Edad Media y gran parte de la Moderna fueron *sacerdotes*. Las escuelas del saber eran suyas. Yo pretendo descubrir en este raro suceso, á más de que la religión no está reñida con la ciencia, por el contrario muy unida: á más de que el progreso de los pueblos partió de la Iglesia, y por la Iglesia fué propagado: algo que

debe llamarnos poderosamente la atención; anteriormente lo he insinuado ya. Esa particularidad de ser sacerdotes de ambos cleros, y católicos no relajados los maestros del saber, despierta la feliz idea de que diariamente, ó con gran frecuencia, esos hombres eminentes estudiaban á la luz del Sagrario, y estaban en comunicación íntima con el Misterio Santísimo que allí se oculta, el cual consagraban y percibían, y del que sin duda alguna debieron recibir las especiales luces científicas, traducidas en grandes obras literarias y descubrimientos admirables. Era Jesucristo Sacramentado quien les infundía la doctrina, les impulsaba al trabajo, y con ellos obraba la civilización universal.

V

Es indispensable de todo punto inculcar y robustecer aún más esta preciosa idea. El mundo civilizado, á la verdad, ha dado en nuestra presente época cambios radicalísimos. Ama lo que antes aborrecía; sirve al que antes despreciaba; llama luz á las tinieblas y tinieblas á la luz, y se empeña por que los hombres, no sólo sencillos, si que también prudentes y sabios, sigan descaminadas orientaciones. Para conseguir sus inicuos fines ha arrebatado la enseñanza de manos de la Iglesia y le niega, no sólo su derecho á enseñar, si que también á que ejerza de hecho tan necesaria misión: misión, digámoslo claro y alto, propia y exclusivamente católica. Se vale del insulto, de la calumnia, del ridículo, de la opresión, de la violencia y hasta de la persecución y tormento para que, dejando de ingerirse en los grandes negocios de la sociedad, que son los negocios de Dios, se encierre en la oscura esfera de la impotencia á fin de llegar á denunciarla ante el mundo, y exclamar luego con carcajada de idiota:—Ahí tenéis á la Iglesia Católica: ¿quién es? Es opresora y retrógrada; no tiene nada; no sirve para nada. Las conquistas de la ciencia y del progreso, son conquistas de la libertad que nosotros con nuestros grandes esfuerzos hemos implantado en el mundo; su tiempo pasó, y no da ya fruto ninguno; es menester arrancar el árbol. ¡Abajo, pues,

la Iglesia! ¡Viva el laicismo y la sociedad independiente!

Mas¡ qué ingratitud tan enorme! Si el mundo civilizado, por cierto, ha dado cambios radicalísimos, la Iglesia en manera alguna no ha cambiado, porque el Hijo de Dios, su Fundador, es eterno. Á esos ingratos les sucede lo que al infeliz perro, que viendo de noche en el azulado firmamento al satélite de la tierra, hermoso y brillante, le da furiosos y continuados ladridos; pero la luna, despreciando al impotente can, sigue impávida y majestuosa su carrera, cumpliendo su destino, el destino que su Autor ha formado sobre ella.

Y el destino que el Altísimo ha formado sobre la Iglesia es que siga, como la luna, el curso de siempre, sin hacer el menor caso de los nublados, de las tormentas, de los huracanes y aun de los parciales eclipses; amando á las almas, desvelándose por su felicidad eterna y temporal y marchando á la cabeza de la universal civilización, pues Jesucristo la anima y sostiene.

He ahí por que la Iglesia no pasó; no puede pasar; ni pasar podrá su decisiva influencia en todos los organismos sociales, mal que pese á los jacobinos, pues Ella tiene trazada su inmensa órbita dentro de la cual se desenvuelve, y también su largo camino, por el cual marcha sin detenerse hasta llegar á Dios.

Mientras el sol de nuestro planetario sistema no se oculte para siempre, lo cual no sucederá mientras el mundo exista, enviará sobre los seres su luz y calor respectivos; las plantas brotarán, los árboles darán su fruto, el hombre vivirá y sentirá sobre sí el vigor que fortalece sus miembros y el gozo que embarga su ánimo; la sociedad marchará iluminada y robustecida: del mismo modo, mientras el Sol del Tabernáculo no se ponga para siempre, que no se pondrá mientras los siglos puedan contarse, enviará sobre los individuos, las familias y sociedades su luz y calor divinos; las almas brotarán en la virtud, los organismos sociales darán sus frutos cristianos, el hombre católico vivirá y experimentará sobre sí el vigor y gozo producidos por la influencia eucarística; la sociedad cristiana marchará progresando en todos los sentidos.

Y como la hermosa luna, que recibe su luz del sol y la proyecta sobre la tierra: así la Iglesia Católica, que recibe su ciencia del Sol eucarístico, la proyectará sobre la sociedad; y como la luna y la tierra á la vez, cada una dentro de su respectiva órbita, giran tranquila y admirablemente en derredor del sol: así la Iglesia y la sociedad, á la vez, en lo que respecta á la civilización, aunque cada una dentro de su correspondiente órbita, giran y girarán en derredor del Sol eucarístico, de quien todo lo reciben.

He ahí por qué la Iglesia ha de ir por necesidad al frente del progreso humano; y he ahí también por qué las sociedades, aunque lo resistan, tienen que recibir la bella influencia del progreso católico, y cortejar al Dios del Tabernáculo.

VI

¿Qué nó? Veámoslo, sin ser molestos. Por más que, según insinué arriba, los gobiernos y sociedades radicales se propongan desde hace algún tiempo atajar el paso civilizador de la Iglesia, ésta no ha podido ser detenida en su camino. Precisamente desde que la ponen barreras y obstáculos, al parecer insuperables, es cuando Ella se desenvuelve con más rapidez y eficacia si cabe, dando lugar de este modo á que se vislumbre mejor en ella la acción sobrenatural. Se han hecho esfuerzos inauditos por ahogar la voz del fraile, por borrar su influencia, por confinarle y hasta por exterminarle, porque no ignoran que el fraile es el brazo derecho de la Iglesia; pero el fraile, aunque llamado *pájaro* por sus enemigos, es un pájaro de los que vuelven; el fraile no muere, y bien pueden morder el polvo los enemigos de las Ordenes Religiosas, que el fraile lleva la vida de la Iglesia. ¿No lo véis? Son arrojados de Francia, y se introducen con su civilización en otras naciones latinas, y en las Américas; son expulsados de España, y arraigan en los demás paises, y esto que sucedió respectivamente en la época del Terror y en el 35 del pasado siglo, se ha repetido en parte en nuestros días. La decrépita Francia jacobina y el exiguo Portu-

gal, los han arrojado de su seno, y los frailes se han marchado con sus haberes, civilización é influencia á las protestantes Alemania é Inglaterra, á la mixta Suiza y á las católicas España, Bélgica y Américas que les han abierto los brazos. Es una ley uniforme é inflexible que durará mientras los siglos, y que no deben olvidar los hombres de gobierno. El fraile sale de un lugar para domiciliarse en otro; si disminuye ó cesa el clero regular en una nación, no es sino para aumentar las misiones católicas, ó el progreso intelectual, moral y material de otros paises. Según esto, los frailes con la Iglesia han de ir siempre, sea donde fuere, al frente del movimiento civilizador.

Hoy lo estamos palpando; los trabajos religiosos del fraile, sus escuelas, sus cátedras, sus hospitales, sus orfanotrofios, sus montes de piedad, sus recursos, su dirección y su influencia, están haciendo su efecto progresivo en los lugares donde han arraigado. Lo que hacían en Francia, Portugal y Filipinas, no lo dudéis, lo practicarán en otra parte, aun con más celo si cabe, y en consecuencia con más ventajas. El daño incalculable que se hace á sí propia una nación con proscribir los frailes, es un doblado bien que sin esfuerzo esta nación regala á las demás. Así, el fraile es siempre civilizador.

Verdad hermosísima que se descubre en primer lugar en las misiones actuales. Según un trabajo estadístico reciente, las misiones católicas del universo son formadas por: 13.300 misioneros sacerdotes, 4.000 hermanos conversos, 12.000 religiosas y 1.000 indígenas. Solamente los Franciscanos tenemos repartidos por las *misiones* de todo el mundo más de 4.000 misioneros activos (1). Las demás Ordenes Religiosas, en particular los PP. Jesuítas, á proporción del número de sus religiosos trabajan incansablemente en sus res-

(1) Nuestras misiones residen en los paises siguientes: Bosnia, Herzegovina, Polonia superior é inferior, Lithuania, Rusia, Inglaterra, Irlanda, Holanda, Epiro, Macedonia, Servia, Montenegro, Pulati in Albania, Castrati, Tracia, Palestina, Galilea, Fenicia, Siria, Armenia, Chipre, Siete Vicariatos Apostólicos en China, Marruecos, Trípoli, Alto y Bajo Egipto, Assab, Antillas, Brasil, Argentina, Chile, Bolivia, Perú, Ecuador, Colombia, Centro América, Méjico, Estados Unidos, Filipinas y Australia.

pectivas y dilatadas misiones, pudiendo entre todos los religiosos, con santo orgullo, hacer hincar ante la Hostia santa más de 22.000.000 de católicos misionados. Ahora mismo, ¿no se registran en los Estados Unidos más de 10.000, y en Inglaterra más de 8.000 conversiones anuales?

El fraile es un árbol que produce frutos en toda tierra; su obra es una obra eminentemente regeneradora en todo buen sentido. Él no reporta temporalmente para sí más que desprecios, trabajos, sufrimientos y quizá la muerte, pero es el Angel del Hombre-Dios quien lo envía á países distantes para continuar su Obra progresiva.

Obra grande que se descubre también en los trabajos puramente científicos. Se ha dado en la manía de no querer ver en los religiosos modernos ningún mérito científico.—Quizá antiguamente, dicen los enemigos de los frailes, descollasen éstos en las ciencias, pero hoy no tienen ningún alumno sobresaliente... Repito que la obra civilizadora de Jesucristo es perpetua, y si los frailes sirvieron antiguamente para desarrollar el progreso científico, también sirven al presente. Siglos pasados, su fama era mayor por dos poderosas razones: 1.ª por ser los religiosos en mayor número, 2.ª por estar apoyados de los gobiernos, y bendecidos del pueblo en general. Mas aunque todo esto en gran parte no suceda hoy por desgracia, ¿podrán cerrarse los ojos ante los fulgores que despiden los claustros? ¿Qué significa ese afán de las familias y de los pueblos, aunque contrarios sean éstos á las Órdenes Religiosas, por que se funden escuelas y colegios regulares á fin de educar é ilustrar á sus hijos? ¿Qué significan dichos colegios y escuelas ya establecidos? ¿Qué significan los observatorios montados por religiosos? ¿Qué significan los PP. Faura, Viñes, Algué, Rodríguez y Cirera, meteorólogos; los PP. Blanco, Mercado, Fernández y Naves, autores de la gran Flora de Filipinas; los PP. Francisco M.ª de París, descubridor del fotómetro, Rheyt, inventor de los gemelos, Martínez, autor de la máquina electrostática, Fr. Félix, inventor de la telegrafía fonográfica y la célebre física de Valladares? Qué significan el P. Emilio de Carbo-

guano, autor del telesirmófono ó teléfono sin hilos, utilísimo aparato de la ciencia telefónica á la cual simplifica y economiza en gran manera; Monseñor Cerebotani, inventor de notables aparatos físicos, entre los que descuellan, por llamar poderosamente hoy la atención del mundo científico, dos: el teletopómetro, cuyo objeto es medir las distancias sin necesidad de cálculos pesados y para levantar toda clase de planos topográficos; y el teleautógrafo, que transmite telegráficamente no sólo escritos sino dibujos, retratos etc. y el franciscano P. León Longo, reputado médico parisién, que con motivo del Congreso de Médicos Católicos, pronunció una Conferencia médica aplaudida de todos los concurrentes? Qué significan el arqueólogo P. Fita, los literatos PP. Coloma, Valle, Mir, Castellanos, Casanova y Van Trich; los historiadores Tirso López, Ricardo Cappa, Minguella, Civvezza y Aguillo; los filólogos Cejador, Lazcano y Lerchundi; el diplomático citado P. Lerchundi; los filósofos González, Urráburu, Mendive, Cuevas, Álvarez, Gutiérrez y Casanova; los geólogos Cámara, Vigil, Martínez, Arinteco y Lino Murillo; los fenómenos en oratoria PP. Bernardino de Montefeltro y Antonio Medina; el P. O'Grady peritísimo en ciencias y política coloniales, etc. etc.?

Las nuevas congregaciones religioso-instructivas y altamente educadoras; muchas de las mismas religiosas de clausura ¿no instruyen, no moralizan en sus conventos? ¿no llevan adelante el progreso científico y moral? Si la civilización, pues, de la Edad Media y gran parte de la Moderna se debe á los Regulares, mal hizo Víctor Hugo con afirmar que la civilización condena á los frailes. No, mil veces no: la verdadera civilización los debe reconocer por directores y salvadores suyos. Nosotros, al paso de un fraile, debemos descubrirnos.

VII

Al hablar del progreso científico y moral nunca he intentado omitir al benemérito cuanto sufrido Clero secular ni á los eminentes seglares católicos, muchos de éstos fervorosísimos; de aquél podemos afirmar que es uno de los princi-

pales factores de la civilización cristiana y que frecuentemente leemos en las efemérides imparciales el perfeccionamiento ó descubrimiento de algún adelanto llevado á cabo por célebres miembros suyos; el sacerdote Anastasio Merino, inventor de la economía monetaria, el célebre Kneip, jefe de la escuela médico-hidroterápica y el historiador abate Sicard: son tres sobresalientes ejemplares que no conviene olvidar. En los trabajos de enseñanza y sociología se cuentan por centenares. De los eminentes legos católicos, ¿quién desconoce en el mundo de la ciencia, á Roentgen, autor de los rayos X; á Branly, iniciador de la telegrafía sin hilos; al químico Cherrent, al naturalista Saint-Hilaire, al fisiólogo Bernard, á los médicos Pasteur y Dr. Cirera Salsé, al cirujano Creux, al matemático Cauchí, al ingeniero Eiffel, al areonauta Santos Dumont, al canalizador Lesseps, al poeta Aicart y á los músicos Bornowasser, Cohen, Engelhart, Horn y Vust? La cátedra, el foro, el comercio, el arte y la industria, ¿no cuentan entre sus notables profesores á eminencias católico-seglares?

Pero aun hay más. ¿Qué significan las obras católico-sociales iniciadas, desarrolladas, apoyadas y continuadas por exclusivos hijos de la Iglesia Católica? ¿Qué significan las doctrinas, las juventudes y ligas católicas y los círculos de obreros con sus bibliotecas, veladas y conferencias periódicas? ¿Qué significan los sindicatos agrícolas, las cooperativas, las cajas de ahorro, las bolsas del trabajo, los jurados mixtos, las cajas de crédito popular y los patronatos rurale? ¿Qué significan el pan de S. Antonio, las cocinas económicas, los hospitales, manicomios, orfelinatos, asilos, inclusas, escuelas, cárceles, sanatorios, sociedades antiesclavistas y la obra de libertación, etc. etc.? ¿Acaso todas estas santas y populares obras no se han creado exclusivamente por la Iglesia para ilustración, moralización, mantenimiento, apoyo, consuelo, libertad y prosperidad de la sociedad en general y del obrero en particular? Jamás las sectas, ni aun los gobiernos podrán presentarnos obras de igual clase sostenidas con los sudores, las fatigas y las lágrimas que le

cuesta á la Iglesia y con la economía, la paz y el gozo que adquiere el pobre obrero. Luego la Iglesia Católica es la única civilizadora.

Mas hagamos ahora deducciones. Ante la consideración del ejército docente y cooperadores seglares de la Iglesia Católica, ejército compacto, robusto, numerosísimo y diseminado por todos los organismos del mundo conocido, ante el cual ninguna sociedad, ni secta, ni país competir pueden; ¿no se asoma á nuestra mente la doble y fecunda idea, á saber: que este privilegiado ejército sólo puede ser mandado y dirigido por un ser inteligente, activo, cariñoso y omnipotente, de cuyos afectos y remuneraciones, así como de sus terminantes órdenes participen todos sus miembros? y que con los trabajos de un ejército semejante seguirá civilizándose el mundo, pues nada hay que pueda sustraerse de su mágica influencia?

Y quién, pregunto, es ese ser inteligente, activo, cariñoso y omnipotente, *obrando en la tierra con y para el hombre*, sino el valiente Capitán cuyos famosos reales están en el Sagrario, desde donde dirige con gran acierto las operaciones militares de sus hijos, sean sacerdotes, religiosos ó seglares, en beneficio de la regeneración del mundo? Si he contado en resumen los adelantos recientes y sus profesores, ha sido para consignar que los segundos son del gremio de la Iglesia Católica, en la cual, por virtud de Jesucristo Sacramentado, se ilustraron, y embellecieron la inteligencia humana con sus producciones científicas.

He ahí por consiguiente al Sacramento eucarístico marchando al frente de la civilización actual. He dicho que nadie ni nada puede sustraerse de su decisiva influencia, porque ciertamente, aunque las sociedades ó los individuos quieran sustraerse de la civilización cristiana, empero, sin quererlo, obran dentro de la misma. Sus progresos no pueden olvidarse; se apetecen por sus bellos efectos, por más que se desprecien por su elevado origen; ahora que los desprecios, cuando llegan á ser generales, dan lugar á que el Altísimo retire su acción progresiva de sobre el país ingrato,

abandonándole á sí propio que, aun en medio de todo, conservar podrá gran parte de esa civilización cristiana profanada. ¡Tanto es su influjo! ¡Tanto su poder!

Así es como puede explicarse la apostasía de las naciones católicas. Conservan y aun aumentan el progreso científico y material, pero es porque Jesucristo y su Iglesia les dejó plantado y desarrollado el fecundo árbol del progreso católico. No obstante, puede que feroces bestias asalten el campo social donde ese árbol precioso está arraigado, y arrojen sus frutos, corten sus hojas, destrocen sus ramas y arranquen el tronco hasta las raíces. La orgullosa sociedad romana, devastada por los hunos y los godos, y la vanidosa África, destruída por los vándalos, confirman tristemente estas ideas. *Et nunc reges et nationes, intelligite.*

Á vista de semejantes lógicos razonamientos debemos concluír que Jesucristo en el Sacramento es el que por medio de su Iglesia Católica ha obrado la civilización universal, y que sólo este mismo Jesucristo que da luz y vida á sus hijos podrá sostenerla. Nosotros, íntimamente persuadidos de esta verdad altísima, le seremos eternamente agradecidos.

CAPÍTULO XXII

La Eucaristía y el Progreso

Pasmosa ventaja temporal conseguida á causa de la Santa Eucaristía.

SUMARIO

Preliminares.—Paralelo entre el estado degradante de los pueblos paganos y su reformación mediante los bienes que les proporcionó el Cristianismo.

I. El Sacrificio de la Santa Misa ha hecho cesar los sacrificios de víctimas humanas.

Planes de Lucifer.—Pueblos que sacrificaban á los hombres por honrar á los demonios.—Y por aplacarles.—Y por tenerles propicios.—Inmolación de párvulos á los demonios.—Otras atrocidades cometidas con los niños por el mismo fin.—La ley de los esclavos.—Degradación de la mujer.—Hombres que herían sus carnes con el propio objeto.—La castración con idéntico fin.—Doncellas que consagraban perpetuamente su virginidad á la impúdica diosa.—Homicidios y suicidios intentados por el diablo para que sus perpetradores le ofreciesen con ellos sacrificios.—Todos estos sacrificios de humanas víctimas se han extinguido merced al influjo del Sacrificio de la Santa Eucaristía.

II. El Sacrificio de la Santa Misa ha hecho cesar los sacrificios de víctimas irracionales.

Dios exigía del pueblo hebreo víctimas irracionales.—También el demonio las exigía de los idólatras.—Estos sacrificios desaparecieron con la institución del Santo Sacrificio de la Eucaristía.—Reflexiones.—Á medida que el Sacrificio de la Eucaristía es olvidado y despreciado, aumentan los sacrificios de víctimas humanas.—El Sacrificio del Altar es materialmente muy poco costoso con relación á los sacrificios antiguos.—Por el hecho de ser estable el Sacrificio de nuestros altares, se prueba su grande utilidad.—.Las espigas de trigo.—Resumen y conclusión.

Con aire atrevido y como quien está completamente seguro de la victoria, un impío muy famoso, desde las columnas de sus escandalosos escritos, ha lanzado á los cató-

licos formidable reto al parecer.—Mostradme, nos dice, lo que se puede añadir por la Revelación para la gloria de Dios, para el bien de la sociedad y para mi propia utilidad, y qué virtud puede nacer de un nuevo culto que no sea una consecuencia del nuestro (1). No es mi ánimo rebatir una por una las proposiciones enunciadas en ese triste arranque de desesperación, porque pueden muy bien refundirse en la siguiente: ¿Qué ventajas ha obtenido la Sociedad de la Revelación?

Los deístas, despojados de los ojos más hermosos del hombre, de las luces espirituales, como que lo observan todo al través del oscuro prisma de la materia, no pretenden ver en las instituciones, aun las divinas, más que ventajas puramente temporales; lo espiritual es para ellos asunto que corresponde únicamente á seres débiles y apocados, lo celestial y lo eterno, á visionarios ó gente ridícula. Pero bien; aparte estas afirmaciones racionalistas que no merecen la pena de ser combatidas; aparte que está probado cuál ha sido la gloria que á Dios ha reportado la Revelación, y el inmenso bien espiritual que por medio de sus dogmas santísimos ha conseguido el individuo y la sociedad entera: es mi deber pasar rápidamente la vista sobre las más principales ventajas temporales que nuestra augusta Religión ha logrado al mundo, ya que detenernos en cada una de ellas es imposible en estos momentos, y que esto sirva como de introducción á la tesis que nos ocupa.

En el principio del Tratado tercero de esta Obra expondré cuál fué la vida y virtudes de los primeros cristianos; probando allí que reconocen por causa á la augusta Eucaristía, y esto mismo consignaré en este lugar como última consecuencia, haciendo ver que el Misterio del Altar ha atraído á los hombres en derredor suyo, trocando sus funestos hábitos en costumbres las más puras.

En efecto: quien hubiera visto á los paganos y demás pueblos bárbaros, y tocara de cerca las prácticas de los

(1) Rousseau, Emil., tom. 3, pag. 122.

verdaderos cristianos, no diría sino que el Autor de la naturaleza creó dos razas humanas enteramente distintas y diametralmente contrarias, á quienes entregó el imperio del mundo para que se lo disputaran entre sí. Esa bajeza de ideas, ese conocimiento vago é incierto de la Divinidad, á la que se creía dividida en tantas porciones como pasiones anidan en el hombre; esa ignorancia absoluta de la vida sobreterrenal y eterna, por lo que no se reconocían otras bellezas que las actualmente visibles, y jamás se esperaba en otra felicidad imperecedera é inmensamente dichosa; esas infinitas opiniones vagas é inciertas de la verdad, del origen del hombre, de sus aspiraciones legítimas, de sus relaciones propias, de su verdadero fin, de lo que constituye en una palabra la sana filosofía, formaba toda la ciencia del paganismo: para él estaba velada la verdadera ciencia; y no obstante, la Revelación, mágico resorte, descorrió el velo de la ignorancia, nos hizo conocer al único Dios, nos permitió comprender del hombre su origen y su fin, y nos enseñó una filosofía llena de verdad.

Como consecuencia de aquellos primarios errores, los paganos, libres de todo precepto, ni respeto tenían á Dios ni al hombre; abusaban del Criador y de la criatura, ya que al primero dejaban de tributarle el homenaje debido y convertían al segundo en vil instrumento con el que saciaban sus bajas pasiones. El hombre, su semejante, era su triste esclavo; sobre él tenían absoluto poder, y el miserable, á quien correspondía la desgracia de ser uno de tantos, arrastraba una vida llena de amargura. La mujer era más infeliz todavía; instrumento sólo de placer, cuando las arrugas habían surcado su rostro, ó cuando á los ojos del galán parecía menos grata, era mirada como insoportable carga; se la repudiaba injustamente, y con ojos enjutos se la veía inmolar. El Cristianismo, sin embargo, abolió la esclavitud, y el siervo es mirado como hermano; el Cristianismo propagó el santo Matrimonio, y la mujer adquirió derechos respetables.

Mas el pagano abusaba también de sí propio, entregándose á los deseos del corazón relajado. Los teatros, los ba-

ños, las plazas, y hasta los caminos públicos, llenos estaban de esculturas asquerosamente lúbricas, y daban á conocer, bien á las claras, cuál era la sociedad para la que no había lucido todavía la antorcha de la Revelación cristiana. Sólo ésta pudo poner en olvido tantas fealdades, por las que tantos crímenes se perpetraban, tantas enfermedades se adquirían, tan prematuras muertes se alcanzaban.

Era la virtud desconocida de los pueblos bárbaros en tanto grado, que el vicio ocupaba su lugar. La soberbia, el fausto, el orgullo, la venganza, la codicia, la gula y la ebriedad divinizadas estaban; y sus adoradores, el pueblo en general, practicaba á mansalva lo que estas mentidas deidades representaban. Los mismos filósofos, hombres que por conservar el juicio sano se abstenían de muchos vicios, ni conocían la base y la meta de la virtud, ni podían formarse un concepto aproximado de la misma. Pero llega el Cristianismo, y penetrando como dardo de fuego en las conciencias de los hombres, consume sus escorias, la gracia divina se enseñorea del corazón humano, y al deseo insaciable de placeres siguen la continencia y la mortificación, y al fausto y la molicie reemplazan la moderación y la abstinencia, y al orgullo sucede la humildad. El desprecio de los bienes terrenos ocupa el lugar de la codicia, la fraternidad, el de la venganza, y la paz del corazón, el de la intranquilidad más amarga. Con la Revelación provino la elevación de ideas, la aspiración al cielo, y con éste á todo lo grande, lo bello, lo inmenso, lo infinito. Con el Decálogo creció el amor al trabajo, y las ciencias adelantaron, y las artes se elevaron á su más alto grado de perfección.

Aquí tiene el impío Rousseau y sus prosélitos ligeramente indicado si la Revelación ha podido añadir algo para la gloria de Dios, para el bien de la sociedad y para su propia utilidad. Podíamos asegurar á aquella triste gloria del racionalismo, que él mismo no hubiera alcanzado tantos conocimientos, ni encontrádose en una sociedad adelantada como la en que se halló á no ser por la Religión Católica.

Pero si bien es cierto que dicha Religión, mediante la Di-

vina Eucaristía, como centro á donde converge toda Ella, tantas ventajas temporales ha logrado al mundo, no es menos cierto que sobre las mismas nos ha conseguido una estupenda, á saber: Que ha hecho cesar la cruel matanza de seres racionales é irracionales que tenía lugar en los sacrificios que ofrecían los pueblos antiguos. Cuestión social importante que precisa estudiar en el presente capítulo.

I

El santo Sacrificio de la Misa ha hecho cesar los sacrificios de víctimas humanas

Es innegable que desde el momento en que el ángel prevaricador fué precipitado eternamente en el infierno, cobró un odio tan implacable á las criaturas, en particular al hombre, precisamente porque era capaz todavía de adquirir imperecedera gloria que, siempre que el Eterno se lo ha permitido, ha cebado en él su rabia satánica. Y no se crea que su grande conato ha consistido únicamente en dañarle en los bienes del alma, sino que los bienes de honor y fama, los de salud y hacienda, los de interés personal y público han sido objeto de su saña cruelísima. Pero, qué más? Los inocentes seres irracionales, víctimas han sido reiteradas veces de la voracidad del lobo que habita las infernales mansiones. Ejemplo sin igual es la divina historia del paciente Job que, por envidias y sañas de Luzbel, sufrió horriblemente en todos sus bienes á excepción del de su vida. Enemigo eterno del hombre, sus planes consisten en destruírle y aniquilarle si pudiera, aunque ha prometido falazmente no dañarle, con la condición única de hacerse su amigo y de que le adore como á Dios. He aquí la tendencia secular del mal espíritu para que los hombres le rindan homenaje, y nótese asimismo el execrable medio de que se vale para perderle y para que experimente al cabo de sus infelices días un fin tan funesto como el suyo propio.

Ahora se comprenderá igualmente, por qué esta venenosa serpiente haya exigido á sus adoradores víctimas huma-

nas, haciéndoles creer que son la mejor ofrenda que podían presentarle; pero adviértase también de paso que, siendo su codicia insaciable, haya asegurado á sus sectarios que el número de víctimas no está calculado, que cuantas más le ofrezcan en sacrificio tanto más propicio les será, tantos más bienes les dispensará, de tantos mayores peligros les librará; que en consecuencia, los que no pretendan adorarle de esta manera son sus mayores enemigos y que de éstos deben escogerse las víctimas; que si lograran sacrificarlos todos no habría calamidades porque dejarían de existir los seres que las merecieran; constituyendo todo esto la razón final de esos sacrificios sangrientos de seres humanos, ¡plaga de las sociedades! ¡borrón de la historia!

Y ¡quién lo creyera! Sin exageración, quizá en el transcurso de cuatro mil años, el culto del infernal espíritu ha sacrificado á sí propio más víctimas humanas que seres racionales cuenta actualmente el globo que habitamos. Con esto se comprenderá de una vez el beneficio incalculable que está reportando el Sacrificio de la S. Eucaristía, pues ha borrado casi enteramente de la superficie de la tierra ofrendas semejantes. Basémonos en hechos. Una autoridad infalible reseña la inclemencia de ciertos padres que, sin misericordia alguna, mataban á sus propios hijos, comiendo luego sin horror sus entrañas; (1) y en uno de los libros de los Reyes se nos asegura que el rey de Moab sacrificó á su hijo primogénito (2). Los cananeos tenían por muy familiares esta clase de abominaciones, puesto que ofrecían sus hijos á los demonios, arrojándolos inhumanamente á las hogueras litúrgicas (3). Los ídolos de oro, en representación de los diablos, se bañaban en sangre humana; ¡tanta era la que se derramaba á sus pies! Moloch tenía una casa en la que eran sacrificados los inocentes niños (4). Diodoro habla de un ídolo de Saturno, junto al cual era practicado este horrendo sa-

(1) Sapient., cap. XII v. 5.
(2) IV. Reg., cap. 3, v. 27.
(3) Deut., XII, 31.
(4) Kuircher., in œdipo.

crificio (1). Lactancio pudo asegurar al emperador Constantino que hasta su tiempo, Júpiter había sido honrado con víctimas humanas, y añade que el emperador Adriano mandó abolir los nefandos crímenes humanos que Tencro había establecido en Salamina de Chipre (2). Sábese que toda Italia perpetraba estos detestables crímenes en honor de Júpiter y Saturno (3), y hasta tal grado de crueldad habían llegado algunas naciones respecto á esto mismo, que no pudiendo Dios tolerarlas en su presencia, las borró del número de los pueblos; así aconteció á los cananeos y á los cartagineses, cuyos habitantes, descendientes de aquéllos, habían imitado sus crímenes.

Las mujeres indias inmolaban á sus hijos para honrar á su dios y, cuando llegaban á fallecer sus maridos, se arrojaban ellas mismas al fuego. Los fenicios ofrecían á Moloch víctimas humanas en medio de largas ceremonias (4). Pero no es esto lo más admirable; lo que pasma mucho más es que unos pueblos que se apellidaban ilustrados y civilizados, y que la generación moderna ha dado en ponerles al frente del progreso humano, hubiesen llevado hasta el desenfreno esta repugnante práctica. Así dice Lactancio que de los bárbaros nada se admira, porque su religión debía ser enteramente semejante á sus costumbres; pero los nuestros, añade, que se adquirieron la gloria de la humanidad y de la mansedumbre, ¿no son todavía más inhumanos en estas sacrílegas solemnidades? (5) Cuando lograban alguna victoria sobre el enemigo, sacrificaban á Júpiter los más de los prisioneros de guerra. Diodoro asegura que sobre las entrañas rotas de un niño se juró la conspiración de Catilina, y que después comieron de ellas los príncipes conjurados (6). Los griegos, que fantaseaban marchar también á la cabeza de la civilización, incurrieron asimismo en estas escenas

(1) Apud Euseb., Preparat. Evang., lib. 4, cap. 7.
(2) Instit. lib. I, de falsa relig., cap. 21.
(3) Lactanc., ibid.
(4) Menandro de Éfeso y Diod. de Fenicia.
(5) Inst., lib. de falsa relig., cap. 21.
(6) Lib. 37, pag. 84.

bárbaras; en medio de sus augustas solemnidades solían regar las cenizas de sus difuntos con sangre de enemigos; y Homero cuenta que hicieron quemar á doce troyanos con el cuerpo de Patroclo.

Mas ¿para qué proseguir, si casi todo el mundo estaba infestado de esta clase de repugnantes acciones, llevadas á cabo únicamente por complacer y dar culto á los demonios? Marte era honrado con víctimas humanas que le ofrecían los lacedemonios; Saturno con las de los rodanos; Júpiter con las que presentaban los cretenses; los de Lesbos ofrecían sacrificios á Baco, los focenses á Diana y los de Chío á Dionisio (1).

Para aplacar la Divinidad, cuando se mostraba justamente irritada contra sus ofensores, ¿se cree que aquellos bárbaros daban señales de penitencia? ¿se cree que prometían la enmienda de sus extravíos y que subsanarían su falta ofreciendo al Todopoderoso un sacrificio digno de la Majestad infinita? Nada menos que eso. Los paganos debían comprender muy bien que los humanos seres inmolados de aquella manera, eran sus semejantes, con los mismos derechos que ellos, y que no les era lícito tratarles en esa forma, cuando ni el Omnipotente aceptar podía tales sacrificios, ni ellos mismos recibir utilidad ninguna. No obstante, el espíritu malo obcecaba aquellas rudas inteligencias y les hacía ver que para aplacar á los mentidos dioses preciso era ofrecer ante sus altares las entrañas de sus propios hijos, la sangre humeante de los párvulos y las cenizas de mujeres desgraciadas. Los cartagineses inmolaron de una vez doscientos jóvenes sacados al azar (2), en ocasión que se vieron sitiados y vencidos por Agatocles; y dícese que Amilcar, mientras duró la batalla que dió en Sicilia, hizo mantener una hoguera con toda clase de víctimas por aplacar á Saturno. Á tal extremo de cruel fanatismo habían llegado estas terribles escenas, que el mismo Tiberio mandó ahorcar á muchos sacerdotes de los ídolos porque las fomentaban.

(1) Zeballos. Falsa filosofía, tom. 3, lib. I, P. II, Disert. 3.
(2) Lactancio, ibid.

El historiador Eusebio (1) afirma con imparcialidad, que este género de barbarie era usado en la mayor parte de los pueblos idólatras antiguos, como latinos, griegos, egipcios, árabes, españoles, escitas, alemanes, franceses é ingleses; ¿qué más? hasta los pueblos idólatras modernos, como los americanos y varios de la Oceanía, han inmolado hasta hace poco esta clase de víctimas para aplacar el furor de sus dioses, según ellos decían. El caballero Lorenzo Boturini asegura (1) que hubo sacrificio extraordinario que costó la sangre á cincuenta mil prisioneros de guerra, y los embajadores de Motezuma, emperador de Méjico, certificaron á Hernán Cortés que aquel impío monarca necesitaba anualmente cincuenta mil hombres para degollarlos ante los altares de los ídolos.

¿Qué eran, entre los romanos, los tristes espectáculos de los gladiadores sino una prueba muy palpable de este género de sacrificios, paliados con la diversión que de los mismos obtener podían aquellos espectadores sin entrañas? El anfiteatro se llenaba de infelices gladiadores que se disponían á luchar cuerpo á cuerpo con las fieras, y confundidos con ellos bajaban á la arena todos los que parecían irreconciliables enemigos de los demonios, tocando buena suerte á los cristianos que habían confesado la fe de Jesucristo. Los tigres y leones salían de sus férreas jaulas y en un momento sembraban de huesos humanos el pavimento del circo.

Pero todavía hay más; no sólo eran sacrificadas víctimas humanas por aplacar los furores diabólicos, si que también por tener propicio al diablo, de quien esperaban conseguir algún favor. Se había declarado la guerra, y los sacerdotes paganos se armaban con la tea encendida en una mano y en la otra el afilado cuchillo, para romper con éste el costado humano, sacar el corazón y encender con aquélla la hoguera preparada para sacrificar esa parte nobilísima del organismo. Las víctimas se componían de los delincuentes, esclavos y prisioneros capturados en anteriores guerras. La

(1) Idea de la histor. general de América, pag. 2.ª

muerte con todos sus negros horrores se había erigido en divinidad excelsa, sobre las aras de aquellos idólatras, y no había cosa tan sencilla, ni que menos llamara la atención, que inmolar de esta manera un ser humano. En los grandes apuros, dice Plinio, (1) solían ofrecer á sus divinidades una *primavera sagrada* que se solemnizaba sacrificando todos los seres racionales é irracionales que veían la luz en los meses de Marzo y Abril, lo cual practicaban, no sólo los cananeos, los fenicios y los cartagineses, sino los mismos romanos. Italia y Grecia pagaban á Júpiter y Apolo la décima de cuantos hombres nacían en sus respectivos territorios. Dinamarca ofrecía anualmente por el mes de Enero noventa y nueve hombres, costumbre que en el siglo X fué abolida por el Cristianismo. Ana Xinga (2), reina de Angola, en África, no emprendía guerra alguna sin que primero degollase en honor de sus ídolos un número considerable de varones; ella misma ¡horror! cortaba las cabezas humanas de un solo golpe de hacha, bebiendo después un vaso de sangre humeante de las víctimas. En Méjico, (3) para ofrecer á los ídolos una ofrenda digna del gusto satánico, confeccionaban una pasta compuesta de todas las semillas y legumbres que en la comida usaban, amasándola después con sangre extraída de humanos corazones. Aquí se resiste la pluma á proseguir la narración de tantos hechos criminales, por cuya razón basta lo referido para comprender á qué grado de superstición y barbarie habían llegado los infelices mejicanos antes que vieran resplandecer en sus dominios la antorcha evangélica. Lo que acabo de indicar puede aplicarse igualmente á todas las repúblicas vecinas de aquella nación, porque, como dice con aplomo Montagne, (4) en todas partes se alimentaban los ídolos de sangre humana.

Aun en tiempo de los albores cristianos, los romanos césares, ¿no escogían á los discípulos de la cruz para que, juntamente con los esclavos, expiasen sus vidas en honor de los

(1) Lib. 28, cap. 1.
(2) Dictionar. de Thomás Cornel., art. Angol.
(3) Cartas de D. Francisco Lorenzana.
(4) Lib. J, cap. 29.

ídolos? ¿qué significan si no, estas más que estudiadas interrogaciones: «ó inmoláis á los ídolos ó de lo contrario se os inmolará á los demonios», sino que el imperio de Satanás estaba tan extendido en el mundo que quien no era amigo suyo era sacrificado? Al efecto, los prefectos de las provincias, convertidos en satélites infernales, no dándose punto de reposo por complacer á sus mentidos dioses, indagaban las moradas de los cristianos, buscaban á éstos, les prendían, les insultaban, les violentaban y les martirizaban finalmente; y esos dieciocho millones de confesores de Cristo que en medio de atroces tormentos y ante las inmundas aras de los ídolos ofrecieron sus inapreciables vidas; ese número de discípulos del Crucificado que no temieron ni la espada, ni la hoguera, ni el hambre, ni las fieras, y que prefirieron morir á manchar su bautismal estola; toda esa considerable cifra, repito, aunque gloria de la Iglesia Católica, fueron, de parte de los idólatras y en pocos centenares de años, regalados, digámoslo así, á los demonios, quienes, cebando en ellos su cruel saña, nada hicieron en favor de la república.

Las bárbaras leyes paganas no se contentaban con sacrificar los adultos á Lucifer, sino lo que es más horrible todavía: escogían á los niños, flores tiernas del jardín humano, para perfumar con sus ricas esencias los altares idolátricos. Al pretender formar de su desgracia capítulo aparte, la pluma se resiste, y un impulso de indignación á mis sentidos se asoma, viendo que el fanatismo demoniaco ni aun la inocencia perdonaba. ¡Cuánta sed de humana sangre sentía el mal espíritu! Se estaba en la persuasión que el niño antes de nacer, no pertenecía á la especie humana, y he aquí con esto sancionado el aborto, el infanticidio y la exposición pública de criaturas tantas. (1) Augusto, por el simple hecho de mandar que el infante que había alumbrado su hija Julia fuese ahogado, autorizó una costumbre perversísima que muchas madres y parteras imitaron. Las que no se atrevían á poner en ejecución tamaño crimen exponían la criatura,

(1) Suetonio, Vida de Augusto.

ó se las obligaba á ello en determinados casos. Entonces veríase á los *lanistas* correr al lugar de la exposición y tomar unos párvulos que mantenían para gladiadores; veríase á los *mágicos* recoger á muchos infantes para confeccionar brevajes con su sangre; veríase con horror á los *mendigos* que los mutilaban bárbaramente para inspirar en el público sentimientos de filantropía; veríase, finalmente, á los *dueños de los lupanares* que, recogiendo ó robando las niñas, destinábanlas más tarde para focos de corrupción y agentes corruptores.

¡Pobre niño! Y ¡cuánta avidez mostraba el diablo para hacer estéril su concepción y su nacimiento! Mas no terminaban aquí los azares de la infancia: era preciso que ésta sufriese mucho y que fuese inmolada cuanto antes en honor de la gran Bestia. Una ley de las Doce Tablas autorizaba á los padres para que pudiesen vender sus hijos, rescatarlos, volverlos á vender y hasta matarlos. Todos los años había sacrificios infantiles. Los cananeos, cartagineses, galos y egipcios los llevaban á cabo sin horror. En Méjico como en otros puntos del Nuevo continente se contaban por miles los destinados anualmente al sacrificio. Todavía en Darfur (África), lugar donde no ha penetrado aún la luz de Jesucristo, se sacrifican todos los años dos niños, á fin de obtener días prósperos y óptimas cosechas. Y no se crea que inmolaciones tales eran ejecutadas en medio del silencio y del pavor; no se crea que sus perpetradores se llenaban de natural compasión al contemplar escenas tan horripilantes; no se crea que el público dejaba de asistir á unas escenas tan salvajes; no: en medio del bullicio, del baile y algazara, en medio del frenesí más inconcebible, y acompañados del canto y de la música, los sacerdotes paganos degollaban y quemaban un sinnúmero de criaturas, presentándolas en holocausto al rey de los demonios.

¡Qué horror! Se creería sin duda que aquellos bárbaros sin entrañas no serían capaces de practicar mayores tormentos en los niños. Pero no; era necesario atormentar á la humanidad infantil con suplicios nuevos, y que Luzbel saciara

su codicia de dañar al género humano. En efecto, los *mágicos* de que he hablado, reproducían una de esas escenas en que no se sabe qué admirar más, si la ferocidad del tigre ó la necedad del gorila: enterraban vivo hasta el cuello á un párvulo de ocho ó diez años, y le dejaban perecer de rabiosa hambre, mientras que cerca de su boca ponían manjares y bebidas, con objeto de hacer un poderoso filtro amatorio; que en el arte de engañar es maestro el diablo. Era cosa horrorosa, decía en una de sus cartas el franciscano P. Juan de Zumárraga (1), lo que pasaba entre los mejicanos antes que el adorable Sacrificio de la Eucaristía borrara los sacrificios paganos; sólo en la gran ciudad de Temistlán ofrecían anualmente en holocausto á los ídolos más de veinte mil corazones de niños de ambos sexos. En una provincia de Madrás, añade el célebre Gaume, los arrendadores y labradores tienen la pésima costumbre de engordar varios niños y matarlos después; mientras los engordan hacen incisiones en sus delicadas carnes y llevan los pedazos cortados y parte de la sangre á sus feraces campos, los entierran y creen con esto que los dioses deben favorecerles con abundantes cosechas. En los lugares donde la Revelación cristiana no ha penetrado todavía, se contemplan con horror escenas tan repugnantes como las indicadas. Pueblos idólatras, situados en los apiñados bosques de Filipinas, celebran anualmente su principal fiesta, llevando ante la multitud un parvulillo, al que cortada la cabeza, ostentan á ésta en la punta de una pica en señal de gran triunfo, creyendo con semejante proceder haber ofrecido al demonio un sacrificio heróico.

La ciencia de Luzbel no ha tocado aún sus límites. Un nuevo género de sacrificios á su honor inventa el mal espíritu, y su eco repercute por toda la tierra. ¿Qué era la ley antigua de los esclavos sino un nuevo holocausto humano ofrecido á los demonios? Saliendo el hombre libre de las manos del Creador, ¿quién trabajó para que cundiera la fa-

(1) Primer arzobispo de Méjico.

tal idea de que el mundo había de ser clasificado en libre y esclavo? Acaso no fué el diablo? El esclavo ciertamente no era reputado por un ser racional, sino por mera cosa; era conceptuado inferior á la bestia, pues á ésta se le guardaba mayores consideraciones. La ley definía el valor del esclavo diciendo que era *menos vil que nulo*; por el oro y aun por menos que el oro, por un capricho se adquirían uno y muchos esclavos; sus enfermedades físicas y morales eran manifestadas en pública plaza, después de lo cual eran vendidos por sus poseedores al mejor postor. Esto no era lo pésimo entre lo malo, porque si al vendido se le hubiera tratado con alguna dignidad, hubiera tenido la ley de la esclavitud algo de soportable; pero considerada la racional criatura como una cosa cualquiera, (que esto es llegar al estado de aberración mental más grande) se creía tener sobre la misma, potestad de vida y muerte; por manera que la menor falta, el romper un plato, v. g., era suficiente para que el amo déspota y criminal mandara apalear ó arrojar al río á su desgraciado esclavo, siguiendo generalmente su infeliz suerte la mujer é hijos si los tenía. ¡Triste familia! ¿Á qué se había reducido el amor, la satisfacción y los goces del hogar doméstico, teniendo el esclavo por patrimonio la bestial sujeción, el dolor y el sufrimiento?

Sin embargo, éste era el resultado del reinado de Lucifer; éste era el nuevo género de sacrificios que á toda costa exigía de aquél que fué creado por rey del universo. Porque en efecto: no era sacrificio costosísimo, al diablo ofrecido, que el hombre perdiese su hermosa libertad merced á una ley fatal que aquél impusiera? no era sacrificio costosísimo, al diablo ofrecido, que el hombre quedase despojado de su dignidad y se pusiese muy por bajo de los irracionales? no era sacrificio costosísimo, al diablo ofrecido, que el ser más bello de la creación fuese la befa de hombres y mujeres sin freno, pudiese ser violado á la fuerza, se le arrebatasen inhumanamente su consorte é hijos, fuese al fin maltratado sin compasión y quedase sin vida en la flor de sus años? no era, finalmente, sacrificio

costosísimo, al diablo ofrecido, que la inteligencia, el ingenio y la conciencia de esos desgraciados seres, que tantos inventos hallar pudieran, y tantos beneficios á la sociedad reportar, quedasen anulados por el imperio de la ley de la esclavitud? ¡Ah! y quién fué la causa de tanta desgracia? Lo he dicho; el encono del espíritu del mal, y gracias no obstante al Omnipotente que, mostrándonos otro sacrificio incruento, pudo con su inmensa fuerza derrocar los altares de Lucifer y hacer desaparecer los males de que las sociedades idolátricas infestadas estaban.

Existe un ser, digno por todos conceptos de las atenciones humanas, que había sido regalado al varón para que con él compartiera los goces y las amarguras, las alegrías y las tristezas, el descanso y el trabajo de la vida presente. Es la mujer. Antes del Cristianismo, antes de haber sido purificada con la sangre del eucarístico Sacrificio, había torcido en general sus caminos, había perdido el concepto de lo que era y valía, de sus obligaciones y derechos, y estaba reducida á un puro instrumento de placer, y no siempre. Éste fué otro género de sacrificios que el espíritu del mal pudo recabar de la humanidad extraviada. No me detendré en largas consideraciones para probar mi aserto, porque tendría que salirme de los límites de mi proposición; pero sí añadiré que en todo lo que á este asunto pertenece, se descubren palpablemente los ideales de Luzbel que, como he manifestado antes, son la destrucción de la humanidad. Ciertamente la mujer, ese ser débil que necesita del apoyo del hombre, no encontraba en éste el cariño debido á su ternura, la protección debida á su fragilidad, el báculo debido á su vejez; el marido repartía el amor entre varias mujeres, y los celos, los odios y las intrigas se multiplicaban en los hogares. Consecuencia inmediata de la poligamia era el repudio y el divorcio; por la más leve falta tenía lugar, y la mujer debía ir á llorar su desgracia á las incultas soledades, ó entregarse á la vida inmoral, ó á la desesperación. El pudor, que en la mujer debe ser la joya más preciada, se había extinguido por completo. En algunas partes el dote femíneo

era el precio del deshonor, en otras era obligatoria la prostitución y en todas una ola de inmundo y pesado cieno invadía el templo de la pureza. Hasta el dulce y compasivo carácter del frágil sexo había desaparecido. Era preciso cometer algún homicidio ó algún otro crimen semejante para que la mujer pagana fuese considerada, y no podía menos de ser así; porque, acostumbrada ésta á los espectáculos de los gladiadores, su afán consistía en derramar ó ver derramada la sangre de sus semejantes.

De todo este ligero bosquejo deduzco en consecuencia, que las enfermedades causadas por el abandono, el hambre, y el desorden, se apoderaban de los humanos seres en la flor de sus años; los jóvenes y las doncellas con su faz abotagada, desmazalada, su mirada torva, su talle flaco y cabeza decalvada, daban á entender claramente que la muerte se acercaba inexorable con su terrible parca, para recoger tan prematuros frutos; deduzco finalmente que estas muertes eran las que aquella sociedad corrompida ofrecía al diablo en sacrificio, ya que tan gustosamente oía el canto y seguía los consejos de las sirenas infernales.

Los idólatras, no obstante, parecían estar ciegos; obcecados en sus bárbaras prácticas, cuando para complacer á los ídolos no bastaban las víctimas humanas, ellos mismos, simulando compunción de corazón y penitencia de sus excesos, colocados ante los simulacros de los dioses, se maltrataban, golpeándose, arrojándose al suelo, é hiriéndose con afilados instrumentos. Las sagradas Letras testifican que los falsos profetas de Baal, cuando éste parecía mostrarse sordo á los clamores del pueblo idólatra, herían sus cuerpos con lancetas hasta derramar sangre en abundancia (1). Práctica semejante fué secundada en todos tiempos por numerosos pueblos que rendían culto al demonio, y aun en nuestros días los muslimes que, por más que adoren al verdadero Dios, empero no creen en su Divino Hijo, y por lo tanto no se hallan en el camino de la verdad, son instrumentos y

(1) 3. Reg., cap. 18, v. 28.

víctimas del diablo, pues en las fiestas más solemnes, los que han peregrinado á la Meca, colocados en desordenada procesión, hieren sus cabezas con afilados machetes y se glorían en derramar su sangre, que á algunos cuesta la vida.

Fuera de duda está que semejantes salvajadas hanse introducido por iniciativa de Luzbel, merced á la confusión de ideas sobre el verdadero sacrificio; por cuya razón, aprovechándose aquél de esta poderosa circunstancia, logró persuadir á los hombres que, para agradar á Dios, era indispensable mucha sangre humana; y ved aquí á los idólatras demostrar en sus prácticas esta perniciosa idea que todavía hoy, por desgracia, cunde en los pueblos que se hallan fuera del Cristianismo.

Y en efecto, el mundo, antes del Sacrificio de la Eucaristía, era un verdadero lago que contenía la sangre de humanas víctimas ofrecidas en holocausto á los diablos. Esta práctica no era solamente bárbara costumbre, sino inflexible ley respetada por todas las naciones y por toda clase de personas, si exceptuamos el pueblo hebreo. Mas, ¿se cree por ventura que Satanás quedaba satisfecho con las criminales prácticas hasta aquí descriptas? No por cierto. La salvaje costumbre de la cual pretendo hacer mención ahora, á más de repugnante, envuelve un género tal de malicia, capaz de forjarse únicamente en la depravada voluntad del infernal espíritu. Es la castración varonil. No hubiera tomado la pluma para hacer mención de ella á no ser para ilustrar mis ideas y para hacer ver con todos sus ribetes la malicia del ángel caído y la ventaja inmensa que adquirió la sociedad cristiana con la institución de la Santísima Eucaristía, que desterró para siempre de sus pueblos semejante insulto al humano género. ¡Oh! inhumanidad semejante sólo podría ocurrírsele al diablo para acabar, no sólo con el hombre, sino hasta con la especie humana. Ahora se podrá comprender una vez más el implacable odio que Lucifer profesa al hombre y su deseo eterno de total exterminio. Los desgraciados que, sin reflexión ninguna, ó por rebajamiento de ideas, llevaron á cabo tal crueldad, quizá por conveniencia pro-

pia ó agena, pero siempre con el fin de honrar á la astuta serpiente del mal á costa de una perpetua impotencia, fueron innumerables. Los sacerdotes de Cibeles, sólo con este objeto, se mutilaban á sí propios; y para que á la barbarie se añadiera la superstición, debían ejecutar tal acción con un casco de barro traído de la isla de Samos (1). Los romanos mutilaban á los adúlteros; los persas á cualquier violador; los asiáticos á fin de calmar sus bárbaros celos, y los egipcios y los moros, en general, por confiar á las víctimas la fiel custodia de sus inmundos serrallos. Durante el año 1657 se hicieron veintidos mil eunucos en el reino de Golconda, y añade el P. Fernando Zeballos, que fueron innumerables los que se castraron cada año en los pueblos de Etiopía, Georgia, Circasia, en Asán y Aracán, en Malabar, Pegú y Bengala.

Mientras que el maligno espíritu procuraba obtener de los varones una práctica que les deformaba y extinguía las vitales energías; mientras que trabajaba por que no pudiesen luchar contra las pasiones más violentas, á fin de que no pudiesen jamás alcanzar heróicas virtudes: esperaba conseguir de las doncellas que perdiesen toda esperanza de casamiento, disponiendo que varias de las mismas consagrasen á él, representado en Vesta, su más hermosa virtud: la virginidad. No vengo yo á combatir ni mucho menos á censurar el que el hombre quiera permanecer perpetuamente virgen; lejos de mí semejante idea que contrastaría enormemente con mi santa profesión y estado. Lo que sí censuro es que una sociedad corrompida, como la pagana, particularmente la de Roma, en la que en un momento dado apenas se encontrarían una docena de jóvenes vírgenes, no ya de espíritu, sino de cuerpo, exigiese de algunas doncellas que dedicasen á la mentida diosa su virginidad temporalmente; lo que sí censuro es que, no garantizando á estas doncellas la guarda de su promesa, antes al contrario, rodeándolas de peligros inminentes, en los que pu-

(1) Luciano. De dea siria.

diera fracasar su voto, se atreviese á exigirlas un sacrificio mil veces más duro que la misma muerte; en este sentido hablo, porque si malo fué consagrar la virginidad al diablo, santo es y de relevante mérito consagrarla al verdadero Dios y por fines altísimos, porque cierto es en este caso que el mismo Dios se encarga de ayudar al cristiano que ofrece su cuerpo en aras de la castidad virginal.

Se habrá notado que por esta exigencia del salvajismo pagano, el espíritu del mal frustraba los designios de Dios sobre el hombre, respecto á la propagación humana. Era un sacrificio de lujo el que se permitía. Mas ahora precisa, asimismo, notar que la mayor parte de los homicidios y suicidios, y los nefandos crímenes, intentados han sido por esa serpiente de siete cabezas para que sus perpetradores le ofreciesen con ellos una especie de holocausto. En efecto; cuando la hidra infernal no pudo arraigar en el mundo los sacrificios mencionados, se ha valido de las pasiones humanas á fin de que sirviesen al hombre de instrumento para llevar á cabo nuevos géneros de sacrificios. La idea de Luzbel siempre es la misma; ella no varía ni con la sucesión de los tiempos ni con la condición de las personas; el mundo viviente siempre habrá de ser su víctima; para conseguirlo bástanle las pasiones del hombre; él las hará aparecer antes de tiempo, él se encargará de atizarlas, él ayudará á consumarlas, y los infelices que, prestando oídos á la infernal sirena, despreciaron los mandatos divinos, cayeron inevitablemente en esos horrendos crímenes que debemos callar, y que se cifran en los vicios capitales, pero que sus perpetradores no hicieron más que levantar en su corazón ó en la vía pública un altar á Lucifer para rendirle en él la inmolación de sus vidas, haciendas y honras, ó las honras, haciendas y vidas de sus prójimos.

Mas, si es cierto por desgracia que todos estos últimos sacrificios no han desaparecido del todo con la institución del Sacrificio de los altares, también lo es que por él y exclusivamente por él han disminuído en extremo. Si se recuerda que una hecatombe universal anegó la tierra con to-

dos sus moradores, en castigo de la corrupción de la carne; si se tiene presente que las cuatro hermosas ciudades de Pentápolis fueron reducidas á pavesas en pena de sus crímenes nefandos; si se recuerdan al menos algunos de esos formidables ejemplos que registran las Escrituras, castigos no menos ejemplares mandados por el Eterno al pueblo hebreo y á otras naciones idólatras: se habrá podido obtener en consecuencia, que todas estas notables enseñanzas fueron enviadas por Dios á ciudades y pueblos entregados á la abominación; pero entonces, y este es mi argumento, el Sacrificio de los altares no existía, por lo cual no es de extrañar que se ofreciesen inmolaciones tantas á los demonios, como tampoco es raro el que Dios castigase con mano fuerte á todas esas naciones prevaricadoras; pero llega el feliz tiempo en que es instituída la Santa Eucaristía, y se notará cómo merced á este divino Sacrificio, pierde el diablo sobre los hombres su fuerza, y sobre la sociedad su influencia; las costumbres se purifican, los escándalos disminuyen; y he ahí por qué una historia consecutiva de veinte siglos no nos ofrece ejemplos de castigos tan formidables como los verificados en tiempo del paganismo y judaísmo.

La misma historia acredita que los homicidios y suicidios perpetrados, no han sido ni con mucho, tan frecuentes desde que existe la Religión de Jesucristo. En efecto, templadas las pasiones irascibles con la mansedumbre y caridad cristianas, el hombre se amansó á sí propio, miró á su prójimo como á otro yo, y las relaciones de paz y concordia entre los hombres se estrecharon, las rivalidades disminuyeron y el reino social de la paz Cristiana se hizo sentir en los lugares que la Ley de Cristo fué anunciada. Pero si todo esto se lee en la historia, diríjase también la vista más arriba y se notará que la preciosa Víctima que se inmola en el altar católico es la que ha producido esa admirable transformación, origen de la felicidad del universo.

¡Filósofos! Despreocupados! Calumniadores! Á la verídica historia apelo, y, llevándoos de la mano, os señalaré esas

páginas sangrientas que acabamos de ojear. Ellas os dirán que el imperio de Satanás tan extendido en el mundo estaba, que los hombres sus víctimas eran; que un verdadero furor existía por evocar de su negro y horroroso trono á la muerte y que los hombres sucumbían, si no gustosos, al menos desesperados ante el ara de los ídolos. Y al destruírse á sí propia la especie humana por la falsa idea de adorar á Beelcebú y de ofrecerse furiosa en sus altares, observaréis con horror que ni los individuos se multiplican en la proporción debida, ni los pueblos se agrandan, ni las ciencias se cultivan, ni las artes florecen, ni la agricultura adelanta, ni la industria ni el comercio prosperan; notaréis que una parálisis universal ha sobrecogido á la humanidad, pero que Dios vino á levantarla, ministrándola el eficaz medicamento de su propia sangre, que se derramaría continuamente en los gólgotas eucarísticos; y entonces ¡ah! entonces, disminuyeron, casi extinguiéronse los sacrificios humanos y se extinguirán por completo á medida que todo el universo reciba de lleno la luz de Jesucristo y vea inmolar sobre otras aras más puras al Cordero inmaculado que, borrando los pecados del mundo, hace que éste entre en las vías de la prosperidad y de una felicidad relativa. ¡Filosofastros soñadores! no es éste un hecho positivo? ¿no es éste el gran hecho? ¿no es verdad que las historias eclesiásticas y profanas no registran tan sólo un holocausto de víctimas humanas ofrecido en sacrificio á los diablos en aquellos lugares en que se recibió la luz de Jesucristo? ¿no es verdad que ahora mismo la sociedad civilizada no sólo no ejecuta semejantes inmolaciones sino que las repugna por completo? Pero decidme: los que no queréis ver en la Iglesia Católica y en su Sacrificio eucarístico nada de notable, nada de provechoso, nada de influyente: los que os pasáis la vida despreciándola y conquistando almas para el error, decidme: las naciones civilizadas ¿no han recibido su cultura de la Iglesia Católica? ¿Me lo negaréis? ¡Ah! creo que no desmentiréis la Historia... Concluyamos, pues; si la sociedad ha sido civilizada por el Catolicismo, el Catolicismo reconoce al Sa-

crificio eucarístico como causa y fuente de todo su poder é influencia. Luego el Sacrificio del Altar es el que con toda propiedad ha extinguido la horrible matanza de hombres que tenía lugar en los sacrificios que ofrecían los pueblos antiguos. *Homines salvabis, Domine.*

II

Pero también es indudable que este mismo Sacrificio ha hecho desaparecer las inmolaciones de víctimas irracionales.

Siendo una verdad contundente que los sacrificios sangrientos son necesarios, porque el pecado incluye gravedad tanta que únicamente por medio de sacrificios costosísimos se ha de expiar, puede comprenderse que desde el principio del mundo abundasen los hombres en esta idea. Apenas Noé sale del Arca escoge los mejores animales de todas las especies y, erigiendo rústico altar, los ofrece en holocausto al Eterno. El mismo Dios ordenó á Abraham le ofreciese el sacrificio de una vaca, una cabra, un carnero de tres años, una tórtola y una paloma; y después que, por medio del caudillo de Israel, hubo sacado á su amado pueblo de la esclavitud egipcia, tenía derecho perfectísimo á que se le hubiera inmolado toda clase de primogénitos. Pero Él, que gusta de la felicidad de sus hijos, y que si ha ordenado alguna vez la muerte de seres humanos, ha sido precisamente en castigo de pecados gravísimos á que se hicieron acreedores, ¿pretendería quizá humanas víctimas con el único fin de complacerse en su holocausto? No hagamos á Dios tirano. El que impidió se realizace el sacrificio de Isaac, contentándose con el de un carnero; el que aunque permitió á Jepté sacrificase á su única hija, detestó sin embargo el crimen y declaró no ser de su agrado, ¿había de ordenar las inmolaciones de humanas víctimas? De ninguna manera. He aquí por qué, teniendo el hombre necesidad de expiar sus pecados y por consiguiente de ofrecer sacrificios, le ordenase el Altísimo que éstos sacrificios fuesen de seres, pero nunca de seres racionales.

Con efecto; preceptuó á Moisés dispusiese que todos los días del año ofreciese el sacerdote un becerro por la expiación del pecado, y además dos corderos de un año (1). Los particulares deberían ofrecer un macho inmaculado cuando gustasen presentar la oblación por sus pecados (2). Por el pecado del sacerdote era preciso inmolar un becerro, y otro tanto exigía cuando pecaba el pueblo. En una palabra, por cada género de pecado eran ofrecidos uno ó dos animales, según prescribía el Levítico.

Ahora se comprenderá por qué razón eran sacrificadas tantas reses, pues atendidos la fe y el fervor de los príncipes y de los sacerdotes, á este tenor eran inmolados un número más ó menos considerable de animales irracionales. En la dedicación del templo salomónico ordenó matar el rey veintidós mil toros y ciento veinte mil carneros (3).

El Altísimo ordenaba las antedichas disposiciones á su pueblo predilecto, las cuales, aunque muy justas, no deberían dejar de ser costosas á una nación que no era de las más extensas; al fin, Dios, como dueño de todas las cosas podía exigirlo: pero que el infernal espíritu, llamado con toda propiedad *mona de Dios*, pretendiese conseguir de todas las naciones politeístas semejantes honores, esto era inaguantable y daba á conocer la soberbia inmensa de que está revestido el ángel caído. Pero así sucedió, aunque con mucha diferencia entre el Dios de la verdad y el espíritu de las tinieblas respecto al número de irracionales sacrificados y en cuanto al fin. El Dios de la verdad se contentaba con tres sacrificios diarios en cada uno de los cuales se ofrecía una sola res, á excepción de cuando los individuos pecaban, en cuyo caso eran inmoladas unas pocas más; pero el diablo exigía de sus adoradores, víctimas sin cuento, y jamás saciaba su codicia de sangre de animales. El Dios de la verdad ordenaba los mencionados sacrificios para fines altísimos como era la redención del hombre; pero el espíritu de la mentira los

(1) Exod. XXIX, 36.
(2) Levit. I, 3.
(3) Paralip. II, cap. 7.

deseaba con el fin de disminuír el número de bestias útiles al hombre y de ser reconocido como señor de las criaturas. Lo cierto es que antes del Cristianismo, el diablo tenía esclavizados, bajo su ignominiosa férula á casi todos los pueblos del globo para que le honrasen con inmolaciones semejantes.

En efecto; había entre los paganos cuatro casas consagradas á cuatro planetas que simbolizaban otras tantas divinidades; en una se sacrificaban las tórtolas, en otra las ovejas, en la tercera los bueyes y los cabríos en la última (1). Italia, Grecia y otras muchas naciones bárbaras, solían ofrecer á sus falsas deidades una Primavera santa en la que inmolaban todas las bestias que nacían en los meses de Marzo y Abril. Italia sola pagaba anualmente á Júpiter y Apolo la décima de cuantos animales brutos existían en sus dominios. Los dinamarqueses conservaban la pésima costumbre de inmolar á sus dioses por el mes de Enero noventa y nueve caballos y otros tantos gallos y perros.

Ved á que estado había sido reducido el mundo por el espíritu del mal. Cansado estaba Nuestro Señor de los sacrificios de los hebreos, pues en frase del Sagrado Texto le provocaban á náusea, pero mucho más estaba irritado de la conducta observada por las naciones paganas que destruían sin provecho una obra criada por el Eterno para utilidad material del hombre. Los irracionales para el hombre son, como el hombre es para Dios; por esta razón muy sencilla, entre otras poderosísimas, pensó el Divino Señor instituír el Sacrificio de la Eucaristía que contendría infinitamente más virtud que el que poseían las inmolaciones hebráicas y por el que todas éstas fueran disipándose como se disipan las nubes al brillar potente el sol del firmamento.

Todo esto sucedió en efecto. ¿Se ha visto que la historia refiera un solo hecho de sacrificios de irracionales en los pueblos que abrazaron la fe católica? Si no lo encontramos, demos gracias al Señor omnipotente que se dignó benefi-

(1) Kuircher in œdipo.

ciarnos con un sacrificio tan poderoso y de tanto valor que no sólo sustituye y con ventajas á los mosáicos, si que también ha hecho olvidarles y desaparecer del mundo católico.

Con este procedimiento tan sencillo como misterioso se salvaron los irracionales seres; éstos, si capaces de razón fueran, entonarían un cántico de gracias á la Majestad Suprema, á la Divina Eucaristía por haberles alcanzado beneficio tan inmenso, y exclamarían llenos de júbilo: *Jumenta salvabis, Domine.*

Hemos llegado, empero, á unos tiempos de tanto indiferentismo religioso, que por lo mismo es preciso llamar la atención sobre un punto relacionado íntimamente con la doctrina que vengo sustentando. He probado que á medida que la fe católica ha ido arraigándose en los pueblos y en consecuencia, el Sacrificio de la Eucaristía ha sido adorado y proclamado por sus moradores, á ese mismo tenor han ido desapareciendo los sacrificios demoniacos; mas en estos tiempos modernos, corrientes enteramente contrarias, brotadas de los antros infernales, han venido sucediéndose sin interrupción, causando en la grey de Jesucristo daños incalculables. Las ideas contemporáneas, funesta mezcolanza de los errores antiguos, despreciando como sistema rancio á la verdad católica, y mofándose de ésta por cuantos medios lograr pudieron, han conseguido infiltrarse en no pocos cerebros ligeros y orgullosos ó llenos de prevención, logrando extraviarlos. Por esta causa, no puede extrañar que el demonio comience de nuevo á ejercer poderoso imperio sobre la sociedad actual, ya que ésta ha pretendido remover del trono á su Dios; no puede extrañar que en nuestros días se repitan escandalosamente los sucesos acaecidos en los pueblos bárbaros; no puede extrañar finalmente que se vierta mucha sangre en honor de los demonios. Éste es el suceso contemporáneo; sin embargo, me gusta probar mis aserciones con argumentos sólidos. Todos sabemos en qué consistió el pavoroso acontecimiento de la Revolución francesa. Las ideas antirreligiosas, seguidas de espantosa desmoralización, habían cundido en no

pocos infelices de la vecina República. Se pretendió envenenar todos los cerebros y corromper todas las conciencias de la Francia, y el espíritu del mal no pudo encontrar revolucionarios más á propósito que Robespierre, Danton, Marat, Felipe Igualdad y sus cómplices, afiliados á la secta demoniaca, para llevar á cabo un trastorno tan hondo y de consecuencias tan funestas. Lucifer quiso erigirse en soberano absoluto de la sociedad; sus ministros le ayudaron en su empresa, y á la señal convenida veríais rodar por el suelo las cabezas de hombres y mujeres, los más nobles, los más sabios, los más virtuosos; hasta las testas coronadas se inclinaron bajo la segur de la revolución. El demonio había triunfado; simbolizado en la diosa Razón, fué proclamado por Rey y Señor de la sociedad francesa y ocupó el lugar de Jesucristo; ante sus aras inmorales y rociadas de sangre humana eran sacrificadas nuevas víctimas. Era una época de satánico furor por resucitar los tiempos del paganismo; no se querían altares, iglesias y sacerdotes; aquéllos eran profanados, saqueados y destruídos; éstos guillotinados ó hundidos en el Sena y en el Océano; se erigieron no obstante altares á los dioses mitológicos, y hasta se acuñaron monedas con las efigies de Bruto, Catón y Hércules. Cuando la guillotina perdió el filo cansada de separar cabezas del tronco, (1) se apeló á la ametralladora, produciendo su efecto en grupos de centenares á la vez. Y cuando este procedimiento les pareció lento echóse mano de barcos con falso fondo, que llenaban de ciudadanos y los sumergían en medio del mar. Y finalmente, cuando todo este infernal aparato no produjo todo el efecto deseado, se escogió otro medio que era el colmo de la barbarie moderna: se arrasaron é hicieron desaparecer del número de los pueblos á León, Marsella y Tolón. Ved, cuán certísimo es que á medida que se ha despreciado el Catolicismo y con él el sacrificio de la Eucaristía, se han aumentado los sacrificios de humanas víctimas en honor de los demonios.

(1) En el espacio de cuatro meses subieron al cadalso más de doce mil mujeres.

Esto que, con vergüenza de los pueblos cultos, pasó en la Francia, se ha hecho sentir más ó menos acentuado en otras naciones que, abandonadas á sus deseos depravados, y odiando al Crucificado, prepararon esos acontecimientos salvajes, propios de pueblos incivilizados. Por esta razón y no por otra, como las naciones en general han lanzado oficialmente á Jesucristo de su solio, y en su Sacrificio eucarístico no distinguen más que un formulismo litúrgico, he ahí por qué aumentan de día en día las víctimas humanas; y una revolución sucede á otra, y el orgullo y la independencia, el libertinaje y la barbarie se nos arrojan encima, hasta que venga con sus manos crispadas la anarquía, que acabe con todo lo existente, y entonces se cumpla totalmente á la letra aquella profecía: Que cuando desaparezca la Hostia de los altares tendrá fin la humanidad.

Todavía debemos reconocer en el Sacrificio de nuestros altares una grandiosa ventaja sobre los antiguos sacrificios. Consiste en que respecto á su materia es infinitamente menos costoso que el que ofrecían los pueblos mosáico-gentílicos. No necesitaría probar mi aserto porque salta á la vista su verdad, pero es preciso no olvidar que, considerado el valor de la vida humana y la injuria y daño gravísimos que comete quien la destruye (si exceptuamos al Ser supremo del cual es la vida y la muerte) podemos inferir cuánto no costaba materialmente un sacrificio de humanas víctimas, comparado con el eucarístico que con un poco de pan y vino se dispone la materia apta para su celebración. El paralelo entre uno y otro sacrificio no debería hacerse, pero lo he puesto de manifiesto para realzar más las ventajas de nuestro Sacrificio.

Si á esto añadimos lo que costaban las inmolaciones hebráicas, y aun paganas, llevadas á cabo con víctimas irracionales, excusa decir que apenas existirían reses para el consumo del hombre. ¡Ah! cuán bondadoso es Nuestro Señor que nos ha regalado un Sacrificio saludable, eficaz y de valor infinito á la par que económico!

He ahí por qué este divino Sacrificio goza de la dote de continuidad, circunstancia que encarece todavía más la utili-

dad de los beneficios anteriormente señalados. Este bello Sacrificio es ciertamente estable; la historia no lo desmentirá jamás, antes bien apoyará esta afirmación con testimonios y documentos irreprochables. Pasaron los heresiarcas; se desvanecieron como el humo sus errores; nada quedó de sus escuelas, de sus fundaciones, de su doctrina; si acaso queda algo es una triste mezcolanza y confusión de ideas que espanta; al fin nada íntegro resta de los pretendidos reformadores de la Iglesia y de la sociedad; sin embargo, la Religión de Jesucristo, y con ella su augusto Sacrificio, permanecen á través de los siglos, tan puros hoy como en los principios de su institución, tan brillantes actualmente como cuando brotaron de los labios del Hombre-Dios; y eso no obstante las terribles persecuciones de que han sido objeto, su pobreza y su independencia constantes, que prueban de una manera muy palpable la estabilidad de la santa Eucaristía. Y como una de las notas más salientes de la verdad es su duración, resulta (y sea probado de paso) que nuestro augusto Sacrificio, por el mero hecho de ser continuo, es verdadero, el único verdadero, por cuanto no puede haber más de un sacrificio agradable al Eterno.

Existe un hecho, por cierto muy curioso, que viene á demostrar la estabilidad de la Divina Eucaristía. Sabemos que su materia remota son los granos de trigo y los de vid, y que con estos productos tan ordinarios y generales debe celebrarse el único verdadero Sacrificio. Pues bien; para que se trasluzca en el universo una prueba más de la estabilidad de la Santa Eucaristía debo hacer presente que mientras el hombre exista, por la misma razón que necesita alimentarse, será de todo punto imposible que deje de existir materia para la celebración del Sacrificio eucarístico. El artículo de primera necesidad para el organismo humano es el pan; el vino lo es de necesaria simpatía. La mano del Altísimo ha velado y velará siempre para que estos artículos, al menos el primero, se reproduzcan en todos tiempos y en todos los lugares; y es curiosísimo observar cómo en los montes más encumbrados, donde apenas se distingue la huella humana, se arraigue in-

cultamente la semilla de trigo entre las grietas casi imperceptibles de las duras rocas, y allí crezca, se desarrolle y produzca su fruto natural, tan hermoso como el cultivado en las fértiles vegas de regadío; esto prueba que si por un imposible la semilla de trigo desapareciera en los paises donde es cultivada, existiría, empero, incultamente producida en los montes, á los cuales la Providencia divina, por medio de inconscientes avecillas ó mediante el tempestuoso viento, transportaría la suficiente con objeto de que, convenientemente dispuesta, fuera apta para la celebración del Sacrificio de los altares. ¡Qué misterios tan bellos y elevados existen en la Creación, para que nuestro espíritu, llevado en alas del agradecimiento hacia Dios, medite en las bondades divinas!

Resumiendo las ideas precedentes, y deseando ver de un solo golpe de vista la doctrina que de exponer acabo, recordaré que el adorable Sacrificio del Altar ha hecho cesar y hasta olvidar los homicidios y suicidios, que se perpetraban con motivo de las inmolaciones ofrecidas á los demonios; que en cambio nos dispone un Sacrificio purísimo, ventajosísimo, de precio infinito, poco costoso y permanente; que hasta los seres irracionales han experimentado estas inmensas ventajas, viéndose libres de ser inmolados neciamente en honor de los espíritus malos, por parte de los idólatras y en honor del verdadero Dios, por parte del pueblo israelita; que este Sacrificio santo nos salvará, beneficio que no podían conseguirnos los antiguos sacrificios y que, por último, tantos bienes por Él derramados y sobre todo su estabilidad prueban una vez más la verdad del dogma eucarístico, y por consiguiente la Religión Católico-Romana.

¡Hombres que todo lo dudáis, que todo lo criticáis, que lo negáis todo! ¿os habéis fijado en las páginas precedentes? Yo os convido á un rato de lectura y de meditación, y luego que hayáis reflexionado despacio, creo no seréis tan osados que neguéis la verdad de nuestros dogmas y que os moféis de nuestros Sacramentos; si esta conclusión no obtuvierais, creería con fundamento que vuestro cerebro se os había desvanecido por completo.

CAPÍTULO XXIII

La Eucaristía y las Iglesias Orientales heterodoxas

El Oriente; secular teatro de las maravillas divinas en el que se desarrollaron las escenas todas de la Ley antigua, donde repercutió cien veces la palabra del Excelso, y fijaron sus bucólicas tiendas los patriarcas, y vaticinaron los santos profetas. El Oriente; augusta cuna de la Religión única, testigo sin segundo de los prodigios del Hombre-Dios, de las predicaciones de los apóstoles, de la sangre de los mártires, de la pureza de las vírgenes y del heroísmo de los penitentes. El Oriente; arca hermosa de la santidad evangélica, centro del saber cristiano, valiente defensor de los fueros católicos y maestro sabio de todas las Iglesias del Orbe: fué también el primero que vió con intenso dolor rasgada la túnica inconsútil de su fe, practicada violenta escisión en su unidad con la santa Cabeza de la universal Iglesia y reducido su estado eminente de virtud, de saber y de honor á un grado de envilecimiento que entristece pensarlo. Dejemos á un lado indicar la causa de semejantes desgraciados fenómenos, ya que no importa á nuestro estudio. El título de este capítulo, necesario á toda Obra universal eucarística, viene á llamarnos poderosamente la atención sobre las Iglesias Orientales heterodoxas, á fin de que examinemos si éstas, aun llevadas del largo paroxismo de su cisma, han claudicado en la fe de la Eucaristía. Si de nuestro estudio logramos persuadirnos que los cismáticos orientales, después de nueve siglos de pocas veces

interrumpida separación de la Iglesia Romana, conservan en toda su pureza la creencia católica del dogma en cuestión, habremos dado un nuevo mentís á los enemigos de Jesucristo, y añadido otro poderosísimo argumento á favor del Misterio de los altares.

Por cristianos orientales se sobreentienden: 1.º los *nestorianos* de la Persia y de las Indias, que con pocas alteraciones profesan las doctrinas de Nestorio, desde el Concilio de Éfeso (431); 2.º *los jacobitas ó monofisitas* sirios, egipcios ó coptos, y los etíopes que practican con pocas variantes las enseñanzas de Jacobo Zangalo y rechazan el Concilio de Calcedonia (451); 3.º *los armenianos* que siguen también el monofisismo desde el año 527 y 4.º *los griegos cismáticos* que aunque en el año 863, rompieron con la Iglesia Católica, empero vueltos prontamente á la santa unidad, no fué definitivo su horrible cisma hasta que en 1054, Miguel Cerulario consumó la inicua ruptura.

Mas no hay que confundir en manera alguna á todos los precedentes malogrados cristianos, separados de nosotros por la herejía y el cisma, con los orientales ortodoxos que, aprobándolo el Vicario de Jesucristo, siguen diversos ritos, cuyas liturgias en su mayor parte y con muy pocas variantes son enteramente idénticas á las de los orientales heterodoxos. Entre aquéllos se comprenden: 1.º el rito *armenio* establecido en Europa, África y Turquía Asiática; 2.º el rito *copto* que se divide en copto egipcio y copto etiópico ó abisinio; 3.º el rito *griego* que comprende los griegos rumanos, establecidos en Austria-Hungría, los griegos rutenos, residentes en Austria-Hungría y Rusia, los griegos búlgaros, sitos en Constantinopla, Tracia y Macedonia, y los griegos melquitas de Antioquía; 4.º el rito *siriaco* que abarca los sirios propiamente dichos, residentes en Mardín y Mesopotamia, los caldeos de Mossul, los maronitas y los sirios de Malabar.

Acerca de las liturgias de todos estos ritos ortodoxos como las de los heterodoxos, hablaré detenidamente al ocuparme de la Historia universal de la Santa Eucaristía

(Edad Media) á cuyo lugar remito al lector, quien perdonará esta pequeña digresión hecha á propósito para ilustrar nuestro asunto.

Los protestantes, en su afán ridículo de patentizar al mundo los *engaños y farsas de la Iglesia Católica*, respecto á sus sacramentos, ritos y ceremonias, se han empeñado en demostrar que todas estas cosas sagradas no se remontan más allá del V siglo de la Iglesia, en el cual (dicen) la barbarie y la superstición las inventaron. Afirman todavía más; enseñan que el dogma de la Eucaristía, y por consiguiente la presencia real, la transubstanciación, el Sacrificio de la Misa y la adoración al Sacramento Santísimo, no están en uso entre las Iglesias Orientales como lo están entre las Occidentales ó latinas. Ficción grosera que trata de desbaratar por completo el testimonio de los propios orientales, aun los heterodoxos, y en cuyas difusas y variadas liturgias se admira precisamente lo contrario de cuanto aseguran los novadores. Si en el siglo V hubiesen tenido principio los ritos, ceremonias y sacramentos, según la Iglesia Católica nos los propone, con seguridad, ni estarían terminantemente expresos en dichas liturgias, algunas de las cuales son con mucho anteriores á aquella fecha, ni los Orientales heterodoxos, aficionados á arrojar en rostro de la Iglesia latina todo cuanto suponen de ilógico, hubieran dejado de levantar el grito contra semejantes ceremonias, ritos y sacramentos. Vemos por el contrario que jamás lo han practicado: luego no es cierto el argumento protestante.

Á continuación admirará el lector la fe secular en la Eucaristía que profesaron las Iglesias Orientales, trabajo que procuraré insertar con orden y método, á fin de que resulte una especie de síntesis histórica de la fe grande que esos tristes pueblos abrigaron y aun abrigan para con tan alto Sacramento.

I

En primera línea se destaca con vivos coloridos la liturgia de la Iglesia de Jerusalén, llamada comunmente del

Apóstol Santiago, á quien con fundamento se atribuye, pudiendo considerarse además como el prototipo de las liturgias de Oriente, razón por la cual es una de las más usuales. De ella entresacamos estos bellos pasajes que expresan claramente la presencia real de Jesucristo. Dice así: «Los lectores comienzan el himno de los querubines. Que toda carne humana y mortal permanezca en silencio, que se mantenga en temblor y temor, y destierre todo pensamiento terreno. El Rey de los reyes y el Señor de los señores, Cristo Dios Nuestro avanza para ser inmolado y darse en alimento á los fieles. Los coros de los ángeles le preceden». La fórmula de invocación del Espíritu Santo era la siguiente: «Padre Omnipotente; enviad vuestro Espíritu Santo para que al venir haga de este pan el Cuerpo vivificante, el Cuerpo de Nuestro Señor Dios y Salvador Jesucristo que da á los que le reciben la remisión de los pecados y la vida eterna.» El pueblo responde. Amen, y el sacerdote continúa: «Que haga de la bebida que hay en este Cáliz la sangre del Nuevo Testamento, la Sangre del Señor Nuestro Dios y Salvador Jesucristo».

Recitadas las palabras consagratorias, añade el sacerdote: «Creemos, nos acercamos, signamos y rompemos esta Eucaristía, el Pan celestial, el Cuerpo del Verbo del Dios vivo. Que vuestro santo Cuerpo y vuestra Sangre sean la vía que nos conduzca á vuestro reino».

Llegado el momento de la Comunión se expresa el diácono en estos breves términos. «Inclinad la cabeza ante el Dios de misericordia y el Cuerpo y la Sangre de Nuestro Salvador».

Al tomar la Partícula con la cucharilla dice: «Yo te tengo en mis manos á Tí que llenas la tierra; yo te llevo á Tí que eres el Señor de los abismos. ¡oh Dios! yo te pongo en mis labios».

Las liturgias de S. Basilio y de S. Juan Crisóstomo, que ofrecen en general grandes analogías, no son menos expresivas. Poco antes de la Comunión, el celebrante divide la Hostia en cuatro partes y dice: «El Cordero de Dios, el Hi-

jo del Padre es dividido y repartido; es dividido y permanece todo entero; es siempre comido y nunca consumido, pero Él hace santos á los que le reciben». Ya en el momento de la Comunión, el diácono dice al celebrante: «Dadme, Señor, el precioso y santo Cuerpo de Nuestro Señor Dios y Señor Jesucristo», y el sacerdote, alargándole una de las partes de la Hostia, añade: Yo os doy el precioso, santo y purísimo Cuerpo de Nuestro Señor Dios y Salvador Jesucristo para la remisión de los pecados y para la vida eterna».

La liturgia de los Armenios, atribuída á S. Atanasio, á S. Basilio y á S. Juan Crisóstomo, presenta muchas semejanzas con las anteriores. El sacerdote, para unirse al *Sanctus* que cantan los clérigos, dice en secreto, con los brazos extendidos: «Santo, Santo, Santo; Vos existís en la realidad y lleno de santidad. ¿Quién presumiría poder expresar con palabras la profusión de vuestra inmensa ternura para con nosotros? Vos que desde el principio, lleno de solicitud por el hombre caído lo habéis socorrido de tantas maneras por los profetas, por las promulgaciones de la ley y por un sacerdocio que os ofrecía figurativamente becerros! Después, al fin de los tiempos prefijados, queriendo anular el anatema lanzado contra nuestros crímenes, nos habeis dado á vuestro único Hijo, para pagar nuestras deudas y hacerse nuestro rescate, para ser la Hostia y el Sacrificador, el Cordero y el Pan celestial, el Soberano Sacerdote y el Sacrificio. En efecto, es el distribuidor, y viene Él mismo para ser distribuído en medio de nosotros sin consumirse...

Tomando en seguida el pan en sus manos santas, divinas, inmortales, inmaculadas y creadoras, lo bendijo, dió gracias, lo partió, lo dió á sus discípulos escogidos, santos y comensales suyos, diciendo: Tomad, comed: éste es mi Cuerpo que por vosotros y por muchos se distribuye para la expiación y remisión de los pecados.—Los clerigos: Amén.

El sacerdote en voz baja: Igualmente, tomando el cáliz lo bendijo †, dió gracias, bebió de él, lo dió á sus escogidos y santos discípulos, sus comensales, diciendo: Bebed

todos de él—ésta es mi sangre de la Nueva Alianza, que por vosotros y por muchos es derramada para la expiación y la remisión de los pecados.—Los clérigos: Amén.

Mientras el celebrante rompe la santa Hostia en tres partes, cantan los clérigos: «Cristo sacrificado se distribuye á nosotros. Aleluya. Su Cuerpo se da en alimento y su Sangre sagrada se derrama entre nosotros; aleluya. Acercaos al Señor y llenaos de su luz; aleluya. Gustad y ved cuán suave es el Señor; aleluya. Pan de vida y de inmortalidad, alimento santo é inefable, venerable Sacramento que habéis bajado del cielo para reanimar á los hombres, vida viviente y vivificante, dadnos á nosotros, famélicos mortales, el alimento de vuestra suavidad».

He aquí algunas preces de la liturgia de los nestorianos, atribuída al heresiarca Nestorio. «En el momento en que el sacerdote sube al santuario, los ejércitos de los espíritus bienaventurados están sobre él y miran al sacerdote que parte y divide el Cuerpo de Jesucristo para la remisión de los pecados... Nosotros, fieles todos, confesamos con gozo espiritual, sin duda ninguna, que vemos en el santo altar al Cordero de Dios que todos los días es sacrificado sacramentalmente, aunque viva en la eternidad, y que es distribuído á todo el mundo, y ni se consume ni se disminuye... Nosotros todos los que nos acercamos para gozar de las delicias de esos gloriosos y divinos misterios, confesemos y adoremos juntos al Señor de todas las cosas, y recibamos con piedad y fe el Cuerpo del Hijo que ha sido inmolado para nuestra vida... y ved que ha sido traído al altar, de la diestra del Padre que lo ha enviado. Y aunque sea uno é incapaz de ninguna división, sin embargo, es sacrificado todos los días en la Iglesia, sin que padezca, por nuestros crímenes. Venid, acerquémonos con respeto al Sacrificio de este Cuerpo que santifica todas las cosas y gritemos todos juntos y digámosle: *Gloria tibi*».

La fórmula de la consagración en la liturgia del Malabar, que los portugueses hallaron en uso entre aquellos cristianos, presos de los errores nestorianos, es la que sigue:—

Hoc est in veritate corpus meum. Hic est in veritate calix sanguinis mei qui pro vobis et pro multis effundetur in debitorum propitiationem et in peccatorum remissionem, et hoc erit vobis pignus in sæcula sæculorum.—No está de más advertir que la adición de esas pocas palabras al texto evangélico, aunque ilícitamente proferidas, únicamente servían para reforzar la fe de los pueblos en el Misterio eucarístico. Por lo demás, cuando el sacerdote toma el cáliz consagrado para comulgar, dice: «Que la Sangre de Nuestro Señor Jesucristo que reconcilía el mundo nutra mi Cuerpo y mi alma en este siglo y en el otro»; y volviéndose hacia el pueblo añade: «Hermanos míos; recibid el Cuerpo del mismo Hijo de Dios; os lo dice la Iglesia, y bebed su Cáliz».

No es menos explícita la liturgia maronita, cuando á continuación de la Comunión añade: «¡Oh Cristo! pan verdadero que ha bajado del cielo y que ha sido para nosotros un manjar imperecedero; librad nuestros cuerpos y almas del infierno que no se extingue».

Asimismo, la liturgia de los sirios jacobitas aduce, después de efectuada la consagración, la oración siguiente: «Aquél á quien Moisés vió en la zarza y Ezequiel en su carroza, ese mismo es el que está en el altar y los pueblos lo reciben y viven. ¡Oh Dios que en vuestra misericordia habéis recibido con agrado el sacrificio de los antiguos justos! recibid también del mismo modo en vuestra misericordia nuestro sacrificio». Después de la fracción de la Hostia, añade: «¡Oh Dios! El Verbo ha padecido verdaderamente en la carne y ha sido inmolado y quebrantado en la crucifixión. Lo creemos y lo confesamos, y de igual modo proclamamos que aquí está el Cuerpo de esa Sangre y la Sangre de ese Cuerpo».

La liturgia de S. Gregorio, que usan los egipcios, dice terminantemente por boca del celebrante: «Señor, por vuestra sola palabra cambiad los dones que os han sido presentados. Enviad sobre nosotros la gracia de vuestro santo Espíritu para que sean santificadas y cambiadas estas oblaciones que están en vuestra presencia en el Cuerpo y en la San-

gre á quien debemos nuestra salud. Haced de este pan ¡oh Señor Dios! vuestro Cuerpo Sagrado que ha sido dado para la remisión de los pecados y para la vida eterna de los que lo reciben. Haced también de este Cáliz ¡oh Señor Nuestro Dios y Señor Jesucristo! la Sangre preciosa de vuestro Nuevo Testamento que ha sido dada para la remisión de los pecados y para la vida eterna de los que de ella participan». Unas palabras semejantes se leen en la liturgia egipcia atribuída á S. Cirilo.

La hermosa liturgia etiópica que reconoce por autor á S. Frumencio, según algunos, y á los monjes egipcios del siglo V, según otros, es una de las obras más expresivas y devotas. Una vez que el sacerdote ha pronunciado sobre el pan las palabras de la consagración, el pueblo responde: «Amén, amén, amén. Creemos y estamos ciertos. Os alabamos, Señor; éste es verdaderamente vuestro Cuerpo y nosotros lo creemos»; y después de la consagración del cáliz añaden los fieles: «Ésta es verdaderamente vuestra Sangre. Lo creemos».

Según esto podemos deducir que todas, absolutamente todas las liturgias orientales ortodoxas y heterodoxas, que estuvieron en uso desde el principio de la Iglesia hasta mucho antes del cisma del sacrílego Focio, no pueden expresar de mejor manera que lo expresan, lo que pensaban los Orientales acerca del Misterio de los altares, cuyo Sacrificio celebraban sirviéndose de las liturgias referidas. No hay lugar á duda de que todavía hoy se sirven de las mismas para idénticos fines, con lo cual excusa añadir que la creencia de los mencionados Orientales en la soberana Eucaristía es absolutamente la misma que la que profesaron en los siglos primitivos.

II

Pero podrá objetarse: Cierto y fuera de toda duda es la argumentación anterior; mas no deja de ser también problable que, una vez rota la unidad de la Iglesia en el siglo IX, merced á los escándalos de Focio, los pueblos que arrastra-

dos fueron por las seducciones del impío heresiarca cayesen en el error antieucarístico, ya que indudablemente incurrieron en otros errores gravísimos. Respondamos.

La historia eclesiástica revela que Focio rompió con la Iglesia, no porque sintiera mal de sus dogmas y mucho menos del dogma eucarístico, sino porque el Papa S. Nicolás, obrando como Juez inflexible, no quiso reconocerle como Patriarca de Constantinopla en cuya silla, Focio, intrusamente se había sentado. Por más que este sacrílego hizo menos caso de la intimación hecha por el Vicario de Jesucristo; por más que tuvo la osadía y el descoco de seguir llamándose Patriarca de Constantinopla, al que añadía el título de *ecuménico*, no obstante la excomunión fulminada por el Pontífice Soberano: empero ni él ni su ficticio patriarcado dejaron de creer en la augusta Eucaristía, según el tenor de la Iglesia Católica. Esto se prueba patentemente por la Circular que el mismo Focio redactó, en la cual amontonó todas las acusaciones (destituídas de fundamento por supuesto) contra los latinos, y entre ellas, que fueron cuatro, nada hablaba sobre la fe del Sacramento Santísimo.

Que su patriarcado continuase en lo sucesivo creyendo de la propia manera lo vamos á estudiar, valiéndonos del testimonio de dos escritores orientales heterodoxos de aquellos tiempos.

Á mediados del siglo X aparece en la escena de la iglesia cismática, Severo, obispo de Aschmonin en la Tebaida, famoso doctor y escritor entre los jacobitas quien, en sus sabias *Cuestiones y Respuestas teológicas*, dice lo siguiente: «Alguien, interrogándonos sobre la Eucaristía, nos preguntará por qué y cómo creen los cristianos que el pan y el vino se han convertido en el Cuerpo y Sangre de Jesucristo. Es preciso responder que los cristianos tienen de ello seguridad por las palabras con que ha declarado Jesucristo que aquello era su Cuerpo y su Sangre; y reciben estas palabras con tanta razón como las demás con que ha enseñado, ordenado ó prohibido algo... Su fe es confirmada por lo que el Padre dice de su Hijo desde lo alto del cielo. *Escuchadle.*

Aquél, pues, cuyas palabras son verdaderas, de suerte que no es lícito dudar de ellas, la noche que fué entregado á los judíos, tomó pan, lo partió, lo bendijo y lo dió á sus discípulos diciendo: Éste es mi Cuerpo que se ha dado por vosotros etc. Finalmente, nos ha asegurado muchas veces que este pan y este vino eran su Cuerpo y su Sangre. No digáis que esto es una parábola, una historia ó una metáfora... No debemos juzgar de los misterios de la Religión según nuestras luces, porque nuestro entendimiento no los puede comprender y menos hallar palabras para explicarlos, que esas son cosas misteriosas y espirituales que Jesucristo, soberanamente sabio, nos ha traído y que no se las puede entender con razonamientos filosóficos.»

Hacia 1050 encontramos en Constantinopla un monje del monasterio de Stude tan aplicado á los estudios como el anterior prelado (circunstancia muy digna de notar en unos tiempos á los que la monomanía de algunos historiadores ha querido calificar de *tiempos de barro ó de hierro).* Se llamaba Nicetas Pectoratus, quien tuvo larga y acalorada discusión, acerca de la Eucaristía, con el cardenal Humberto, legado de León IX, en aquella capital, con objeto de arreglar las diferencias existentes entre griegos y latinos. Nicetas explicó claramente la fe de la Iglesia griega acerca de la transubstanciación, por lo que decía: «El santo y vivificante Espíritu permanece en la carne de Jesucristo vivificada, y nosotros comemos esta carne en el pan que es cambiado por su Espíritu (1) y hecho el Cuerqo de Jesucristo. Nosotros vivimos en Él como que comemos su carne viva y deificada.»

Abraham Echelense cita, asimismo, pasajes de religiosos egipcios cuya declaración de fe eucarística es tan sana y hermosísima como la pudiera dar un Doctor de la Iglesia Católica.

Ahondemos todavía más en el asunto; así como los móviles que impulsaron á Focio para declararse contra el Papa

(1) Alude á la invocación del Espíritu Santo que se practica antes de la consagración.

fueron la vanidad y la ambición, los que, en 1043, arrastraron á Miguel Cerulario, legítimo patriarca de Constantinopla, al profundo abismo del cisma, fueron á más de la vanidad el orgullo insensato. Sobre la cátedra patriarcal aspiraba á fundar una sede pontificia; soñó, como su predecesor, en llamarse ecuménico, y como para dar alguna realidad á sus tristes sueños le era indispensable pretextar algo que tuviera apariencias de verdad, he ahí por que presumiera condenar á los occidentales por ayunar en sábado, no cantar Aleluya en Cuaresma, consagrar con pan ácimo y usar la palabra *Filioque* en el símbolo. No está ahora mi deber en manifestar que todas estas infundadas acusaciones fueron valientemente refutadas, hasta dejar al travieso patriarca reducido al silencio, y que á pesar de estas indispensables medidas todavía éste persistió en su luciferina actitud; pero sí es mi obligación insistir en que, así como Focio, Miguel Cerulario jamás fundó sus pretextos de cisma en la verdad del dogma eucarístico, dogma que nunca llegó á poner en duda. De lo que deducimos que la Iglesia cismática oriental prosiguió en lo sucesivo adorando á Jesucristo Sacramentado, según podremos examinar en las declaraciones de los escritores orientales cismáticos posteriores á estos tiempos.

Echmini, jacobita egipcio que vivió en los tiempos de referencia, en el capítulo 14 de la Colección de sus cánones, después de confesar con la Iglesia latina la fe de la Eucaristía, propone una cuestión acerca de las partículas consagradas, preguntando si hay alguna diferencia entre las grandes y las pequeñas. Y responde de esta manera: «Es cierto, y todos los cristianos están de ello firmemente persuadidos, que la Eucaristía, siendo consagrada por el ministerio de un sacerdote ortodoxo, es el Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, conforme á la verdad de aquellas palabras dichas por Él: Éste es mi Cuerpo; ésta es mi Sangre. No hay, pues, á este respecto diferencia alguna entre las partículas grandes y pequeñas, porque una partícula de este Cuerpo Santo por pequeña que se la suponga, y aunque sea imperceptible á la simple vista, es de tan gran dignidad y tan preciosa como

las más grandes, porque Jesucristo está unido á ella por una unión tan íntima como lo está á las demás».

Eutimio Zigabenus, religioso griego de principios del siglo XII, se expresa de esta manera: «Así como el Antiguo Testamento poseyó hostias y sangre, otro tanto posee el Nuevo, que son el Cuerpo y la Sangre del Señor. No ha dicho Jesucristo: esas cosas son signos de mi Cuerpo y de mi Sangre, sino que ha dicho: Esas cosas son mi Cuerpo y mi Sangre. No hay, pues, que considerar la naturaleza de las cosas que se ponen sobre el altar, sino su virtud. Porque de la misma manera que el Verbo deifica (si es lícito usar esta palabra) la carne á la cual se ha unido de un modo sobrenatural: así también cambia por medio de una operación inefable el pan y el vino en su propio Cuerpo y Sangre».

Elías, prelado nestoriano de Jerusalén, primero, y patriarca católico de Babilonia en 1100, en una exposición compendiada de la Religión Cristiana, según la creencia de los nestorianos, dice lo siguiente: «El segundo precepto que ha sido propuesto á los cristianos es la Eucaristía, que es un ministerio sagrado de Religión, en el cual, por medio de las cosas corporales, los más pequeños se acercan al Máximo, y los flacos al que es poderoso, con la esperanza de obtener el perdón de sus pecados y todo lo que piden. Los antiguos ofrecían en sus sacrificios animales y la sangre de las víctimas. Pero el evangelista nos enseña que entre los cristianos, habiéndose manifestado el Verbo divino por la humanidad que tomó de su Madre, estableció su Cuerpo para que fuese el sacrificio que debía ser ofrecido á su Padre para la vida del mundo... Mas como era imposible reiterar este divino sacrificio en la manera y forma que se había ofrecido en la cruz por la salvación de todo el mundo; Dios, por una gran bondad hacia el género humano, les concedió que en sustitución de la Ley de los sacrificios por la inmolación de animales se estableciese otro mucho más excelente. Por esta razón, la noche que había resuelto entregarse para la redención y salvación de todo el mundo, á fin de confirmar la certidumbre de la resurrección y la verdad de las promesas de

la beatitud eterna, conforme á lo que dice el Evangelio, tomó pan en sus manos puras y santas, lo bendijo, lo partió y lo dió á sus discípulos, diciéndoles: Éste es mi Cuerpo que ha sido destrozado por la vida del mundo y para la remisión de los pecados. Inmediatamente, habiendo mezclado vino y agua en el cáliz, dió gracias encima y dijo: Ésta es mi Sangre del Nuevo Testamento que ha sido derramada por muchos etc.; tomadlos, pues, todos; comed de este pan y bebed de este cáliz y haced lo mismo cuando os reunáis para celebrar mi memoria. Estas palabras santas son el firme apoyo de la fe de los que las reciben, que purifican su conciencia y procuran su salvación. Nosotros celebramos este Misterio por el auxilio del poder del Espíritu Santo que nos acompaña y (los dones) son cambiados de su primera naturaleza y son convertidos el pan en el Cuerpo Santo de Jesucristo y el vino en su Sangre preciosa que nos procuran la remisión de nuestros pecados, la pureza y la santidad, la luz y la firmeza de la esperanza de la resurrección, la herencia del Reino de los cielos, la vida eterna y las delicias verdaderas».

Nicolás, obispo de Methona en Magnesia, hacia 1130, gran adversario de los latinos, preguntaba. «¿De dónde pensáis que trae su origen este Sacramento místico é incruento en el cual creemos que el pan y el cáliz, una vez consagrados, se cambian en el Cuerpo y en la Sangre de Jesucristo?» y se contesta: «¿No es de nuestro Dios y de Nuestro Señor Jesucristo como nos lo enseñan los santos evangelios?... Lo que se obra en este Misterio es el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo. ¿Quién será asaz insolente y temerario para adelantar novedades contra esta santa tradición para acusar el Misterio de falsedad y para destruír así al que es su Autor é Institutor?...»

No está menos elocuente Zonaro, monje griego del siglo XII, quien, escribiendo á un hermano suyo sobre la viva disputa que en su tiempo se trataba acerca de la incorruptibilidad ó corruptibilidad de la Eucaristía, manifestaba su opinión en esta forma: «Unos dicen que es incorruptible por-

que comunica la vida eterna, y otros añaden que es corruptible porque se la come y se la rompe con los dientes; pero ambas proposiciones pueden sostenerse en sentido católico; porque siendo el pan que se ofrece en los Misterios la misma Carne de Jesucristo, y pudiendo decirse ésta corruptible en el sentido de que fué destrozada por los judíos, sucumbiendo por fin á la muerte: así puede decirse otro tanto de la Eucaristía en cuanto que es dividida con los dientes y baja al sepulcro del estómago; mas siendo la Carne de Cristo incorruptible por cuanto que el Santo no experimentó corrupción, saliendo ileso del sepulcro: otro tanto sucede á la Eucaristía, la cual vuelve al estado de incorruptibilidad. Por eso los que salen de esta vida, después de haber participado con la conciencia pura de los Santos Misterios de Cristo, son, como enseña S. Juan Crisóstomo, arrebatados por los ángeles á causa de la Eucaristía que han recibido».

Floreció en este mismo siglo Dionisio Barsalibi, obispo jacobita de Constancia, (Mesopotamia) el cual, sobre el capítulo 6.º de S. Juan dice lo siguiente: «Los Sagrados Misterios se llaman el Cuerpo y la Sangue de Jesucristo, porque no son lo que parecen, esto es: pan y vino, sino que así como Jesucristo exteriormente sólo parecía hombre y sin embargo era Dios: así también los Misterios sólo parecen á nuestros ojos pan y vino y son sin embargo el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo».

Finalmente, Juan Abuzacharía, autor jacobita, en una exhortación propia para los comulgantes dice (1): «Puesto que Jesucristo nos ha mandado comer su Cuerpo y beber su Sangre, y puesto que por este medio podemos llegar á la vida eterna, ¿en qué pensamos cuando por negligencia nos abstenemos de comer su Cuerpo y de beber su Sangre, lo que haría que permaneciésemos en Él y Él en nosotros, según su promesa y que viviésemos por Él? Sabed pues, hijos de la Iglesia Cristiana, establecidos sobre la piedra de la fe ortodoxa que en Él tenéis, que cualquiera que come

(1) Tratado de la Ciencia eclesiástica, cap. 84.

de este pan que ha sido hecho Carne por mi ministerio, miserable como soy, y que bebe de este cáliz que ha sido hecho Sangre por el descendimiento del Espíritu Santo sobre Él y por el cambio que lo ha transferido de la naturaleza del vino á la substancia de la Sangre y que los recibe dignamente, permanece en Jesucristo y Jesucristo permanece en Él.

III

Según los notables documentos que anteceden, podemos asegurar que hasta el siglo XII inclusive, la Iglesia Oriental cismática creyó católicamente el adorable Misterio del Altar; mas: ¿siguió esta misma laudable conducta en los siglos posteriores? Veámoslo:

Tenemos á la mano una prueba magnífica ofrecida por la Historia Eclesiástica que consiste en el Concilio Ecuménico de Lión, celebrado en 1274. Á esta universal asamblea acudieron los embajadores y obispos orientales, quienes, vencidas previamente muchas dificultades, venían, según dijeron, á prestar libremente obediencia á la Iglesia Romana y profesar una misma fe con Ella. En efecto, el día de S. Pedro asistieron dichas entidades á la Misa del Papa, circunstancia digna de notarse en lo que á nuestro propósito respecta, porque si alguna diferencia en la fe de la Eucaristía hubiera habido, ó no hubieran asistido al Sacrificio ó debieron levantar terrible marejada, lo cual no sucedió. He ahí por que la tan suspirada Unión pudo verificarse, confesando públicamente los orientales, la fe sobre la verdadera filiación del Espíritu Santo, asunto principal de su vergonzoso cisma.

Rota de nuevo la Unidad católica por nuestros hermanos del Oriente, se trabajó de nuevo con inusitado entusiasmo para conseguir su armonía con la Iglesia Romana, y satisfactoriamente: en 10 de Enero de 1439, fecha en que tuvo lugar la décima sesión del general Concilio de Florencia, llegóse á perfecto acuerdo, á cuyo tiempo dieron á entender los orientales que la fe de la Santa Eucaristía jamás había constituído la causa de su separación.

Por desgracia, la ventajosa Unión duró poco tiempo. A todo este cúmulo de males se agregó á los cismáticos otro mal temporal inmenso que no dejó de ser altamente providencial. En 1453, Constantinopla cayó en poder de los turcos, y por más que á aquéllos se les dejó en completa libertad para ejercer las funciones del divino culto, empero aquí comenzaron, podemos asegurar, las horribles tentaciones contra su fe eucarística.

Los protestantes que á viva fuerza pretendieron imponer á las muchedumbres sus perversas reformas, no contentos con los inmensos é irreparables daños que en Alemania é Inglaterra habían causado á la hermosa grey del Salvador, intentaron sorprender la tranquilidad de los orientales cismáticos arrancándoles una profesión de fe eucarística igual ó parecida á la suya. Primero quisieron lograr sus malvados fines por medio de una humildad fingida. Á este fin, en 1574, los teólogos de Wutemberg remitieron un ejemplar de la Confesión de Ausburgo á Jeremías, patriarca de Constantinopla, suplicándole les mandase decir su parecer sobre la misma, y este cismático prelado, convencido de su fe católica, no titubeó responder de la siguiente manera: «El artículo 10 de la Confesión de Ausburgo trata de la Cena del Señor, pero con mucho laconismo y, para decir la verdad, con alguna obscuridad; porque á este propósito se nos dicen muchas cosas de vosotros que desaprobamos. La Iglesia Católica (esto es griega) enseña que después de la Consagración el pan se cambia por el Espíritu Santo, en el Cuerpo mismo y en la misma Sangre del Señor; pero es preciso que esto se haga con pan fermentado y no con pan ácimo, porque aquél es el verdadero pan. Porque el Señor, la noche en que fué entregado, tomando pan fermentado y habiendo dado gracias, lo partió y dijo: Tomad y comed». No les dijo: «Esto es un ácimo» ó «ésta es la figura de mi Cuerpo», sino que les dijo: «Éste es mi Cuerpo; ésta es mi Sangre». No que la Carne de que estaba revestido el Señor les hubiese sido dada entonces á los apóstoles para que la comieran, ó su Sangre para que la bebieran... sino que en-

tonces, en la Cena del Señor y ahora, en nuestro Sacrificio, por la gracia y por la operación del Espíritu Todopoderoso, por las preces sagradas y por las palabras del Señor, el pan se cambia y convierte en el Cuerpo mismo de Jesucristo y el vino en su propia Sangre».

La confesión católica del cismático Jeremías no podía ser más franca, ni menos contraria al perverso conato de los sacramentarios. Empero, lo que en este prelado no pudieron conseguir los halagos, lo obtuvieron los donativos (que siempre las dádivas quebrantaron peñas) de un embajador de Inglaterra ó de Holanda, ofrecidos á Cirilo Lucar sucesor de aquel patriarca. Aquí padeció total eclipse la fe, llamémosla oficial, de los cismáticos; y la denomino oficial porque todo el Oriente detestó clamorosamente, según después veremos, la conducta infame del pastor constantinopolitano. Este lobo rapaz se atrevió á publicar una profesión de fe sobre la presencia real conforme á la de los protestantes. El gran delito, en efecto, respecto á la fe eucarística estaba consumado; mas no tardó mucho tiempo, porque era imposible que tardase, en que semejantes declaraciones fuesen unánimemente proscriptas en un Sínodo que, en 1638, reunió en Constantinopla Cirilo de Bereé, sucesor de Cirilo Lucar. Como es consiguiente en toda clase de acaloradas disputas sobre cuestiones dogmáticas, alguna levadura sacramentaria debió quedar en el Oriente, por cuanto que en 1642 se celebró otro Sínodo bajo la presidencia de Partenio, sucesor de Bereé, en el cual fueron nuevamente condenados los errores antieucarísticos de Cirilo Lucar. Mas no quedó con esto satisfecho el celo de los cismáticos por el Sacramento Santísimo, porque tanto en 1668, que reunieron un Concilio en Jerusalén, como en 1672 que lo congregaron en Belén para consolidar la fe eucarística, reprobaron otras tantas veces los errores protestantes y cantaron acordes un precioso himno á Jesucristo Sacramentado (1).

No hay para qué repetir que la unidad de creencias entre

(1) Las actas de ambos Concilios se conservan todavía en la biblioteca de S. Germán de Pres.

los latinos y los griegos, entre nuestros hermanos de occidente y los de oriente se patentiza á todas luces. Á pesar de los rompimientos de la iglesia cismática rusa con el Oriente, erigiendo aquélla en S. Petersburgo un patriarcado; no obstante que los obispos de Grecia se constituyeron independientes de Constantinopla con la creación, en 1833, del Sínodo de Atenas; y al través de tantas amargas vicisitudes por que tiene que atravesar el Oriente cismático, su fe eucarística es firme como las rocas del mar. No importa, no, que la ignorancia muslímica pretenda mañosamente atraerlos á su falso profeta; no importa, no, que el dolo protestante ensaye repetidas veces abatir su constante ánimo para que, abandonando las creencias católicas, se aliste en las sacramentarias; no importan, no, los escándalos continuos producidos por los mismos cismáticos que á no ser por milagro hubieran acabado con la fe del Oriente: el hecho es y esto no puede negarse, que á pesar de todo esto y por encima de todo esto la fe oriental en la Eucaristía brilla como siempre en la celebración del Sacrificio de los altares, en la adoración de la Hostia consagrada y en los sagrarios que la custodian, como se patentiza asimismo en los misales, rituales, obras teológicas, cartas pastorales, controversias etc. etc. de sus prelados. Pero aún hay más. Hoy, se advierte entre los cismáticos un movimiento de progresión hacia la Iglesia Católico-Romana. En 1888 escribía un ruso en una obra dirigida á sus correligionarios: «La necesidad de un retorno á la unidad cristiana se deja sentir»; muchos de los del pueblo oriental cismático aspiran por eso mismo. Sus jefes eclesiásticos son los que no acaban de resolverse por la Unión, ya que les entristece la idea de la supremacía papal, de la que abrigan un convencimiento absolutamente erróneo. Dicen que nosotros, los católicos, tenemos y adoramos al Papa como á Dios, cuando lo que hacemos y debemos hacer es tenerle y venerarle como á Vicario de Jesucristo, el Hombre-Dios. Y ya que este santísimo Vicario de Cristo nos anima en sus magistrales documentos á rogar por la unión de los cismáticos, y ya que en éstos se notan

algunas buenas disposiciones en pro de la misma causa, roguemos por el Oriente heterodoxo; y que sea la Eucaristía, en la cual creen profundamente y á la que adoran con temor, su esperanza salvadora, el faro luminoso que luzca en sus inteligencias, el impulso divino que les mueva á unirse con nosotros y el divino lazo de una perfecta caridad que trabe fuerte y constantemente á ellos y á nosotros con ellos, para que acaben de evidenciar ante el mundo que su fe es nuestra fe, que sus obras son las nuestras y que los protestantes nada tienen que esperar de los cismáticos orientales más que el desdén ante el mundo y la compasión ante Dios.

CAPÍTULO XXIV

La Eucaristía y las Religiones apócrifas.

SUMARIO

I. Todas las falsas religiones se basan en la revelada.

II. En consecuencia contienen los principales de los Misterios de la Fe Católica, particularmente el de la Eucaristía.

III. Qué siente el Mazdeísmo del Misterio del Altar?

IV. ¿Y el Brahamanismo?

V. ¿Y el Confucionismo?

VI. ¿Y el Budhismo?

VII. Los misterios de Mithra confirmando la Eucaristía.

VIII. Las prácticas religiosas de los antiguos romanos, de los griegos, celtas, mejicanos, peruanos, etc. acerca del sacrificio, emiten altísima idea del Sacrificio eucarístico.

IX. Los muslimes, corroborando el dogma del Altar.

X. Este Misterio resplandece en el culto del judaísmo moderno.

XI Los protestantes, sin quererlo, han apoyado la Eucaristía.

XII. Otro tanto practican los francmasones.

XIII. Conclusión: Las religiones apócrifas sirven de gloriosos trofeos al Sacramento de la Eucaristía.

Si bien es cierto que las religiones falsas, consideradas en su esencia, no pueden servir de prueba contundente en pro de los dogmas revelados, no es menos indudable que expresan muchísimo en su favor; que son un testimonio relativo, aunque confuso, pero magnífico, de muchas de nuestras verdades sacrosantas, y que si las inteligencias superficiales y acostumbradas á negar ó á dudarlo todo se hubiesen tomado el módico trabajo de estudiar este asunto, tendrían sin duda alguna por ciertos los dogmas del Catolicismo. Más aún: si muchos católicos, á quienes compete el

estudio de las ciencias eclesiásticas, se hubiesen fijado con mayor detención en la presente materia, hubieran hallado bellezas que decoran el Cristianismo y le ensalzan sobremanera.

I

Una ligera ojeada sobre el origen de nuestra Augusta Religión Católica y el de las apócrifas religiones, si exceptuamos el islamismo, pondrá de relieve que á todas ellas animó el mismo principio, los mismos dogmas é idéntica moral. Formó el Creador al primer hombre del cieno de la tierra; esculpió en su inteligencia con deífico cincel los dogmas de la unidad de Dios, de la Trinidad, de los premios y castigos, de la creación, sumisión y culto que debía tributarle; grabó, asimismo, en su corazón como en blanda cera, el amor que debía profesar á Él, á sí propio y á sus prójimos, y he ahí que después de su infausta caída, al oscurecerse su mente, depravarse su voluntad y debilitarse su memoria, pasan estas desgracias juntamente con las verdades tradicionales á sus descendientes. Entre éstos, Noé y su justa familia, que fueron librados del universal cataclismo, conservaron los referidos conocimientos que transmitieron á sus hijos. El orgullo humano, empero, que repetidas veces premeditara alzarse contra el Omnipotente, á fin de no ser anegado en otro espantoso diluvio, levanta la famosa torre de Babel; pero Dios, contra quien el hombre nada puede, confunde las lenguas de sus atrevidos operarios y los dispersa humillados por todas las regiones habitables del globo. La misma confusión de lenguas, el conocimiento más ó menos claro de la tradición única heredada, la indolencia, el carácter particular de cada uno y la voluntad inclinada siempre hacia el mal, de las familias dispersas, particularmente de sus jefes, originaron el oscurecimiento de los dogmas y, con el progreso del tiempo, el olvido de algunos de los mismos, especialmente de los menos conformes al humano corazón corrompido. El culto sufrió la misma suerte; pero la moral, con los halagos de unos apetitos sin freno, se envile-

ció en unos pueblos más que en otros, al modo que los dogmas, efecto de las mencionadas causas. Prueba evidentísima de que las religiones aludidas al principio de este capítulo, tuvieron un mismo principio con la tradición única, que luego heredó Abraham y Moisés, es que todas ellas, unas con mayor propiedad y extensión que otras, pero siempre con el más completo embrollo, conservan en el día recuerdos tradicionales de la unidad de Dios remunerador, de la creación, de la caída del primer hombre, del diluvio universal, de la confusión de lenguas, del Redentor prometido, y muy en especial de la necesidad absoluta de aplacar al Dios ofendido, por medio de sacrificios sangrientos. Algunas de estas apócrifas religiones, como el Brahmanismo y Mazdeísmo, acercándose con mejor deseo á la Religión revelada, conservan en sus libros sagrados, vestigios adulterados, pero expresivos del Misterio Augustísimo de la Trinidad y de la Encarnación del Hijo de Dios; el Magismo envuelve ideas del Nacimiento del Salvador prometido; y Melchor, Gaspar y Baltasar, reyes y sacerdotes del Oriente, que profesaban esta espiritual religión, conciben la idea del lugar de la aparición de Cristo Señor Nuestro en la tierra. Qué más? El adorable Misterio de la Eucaristía es objeto dignísimo de las religiones falsas. Cómo puede ser esto? Lo vamos á examinar. Quisiera que el objeto que me he propuesto desenvolver en el presente capítulo, pudiera abarcar algunos textos de los libros sagrados de las supuestas religiones que confirmaran los dogmas arriba mencionados, aunque puede el lector consultarlos en otra parte (1); pero sí insisto en que las religiones apócrifas no son más que corrupción de la revelada. En aquéllas, cuando el dogma se ha oscurecido, cuanto más ha sido embrollado ó ignorado el conocimiento del verdadero Dios y de los dogmas sobrenaturales, tanto más la moral de las mismas se ha corrompido y el culto materializado. Prueba evidente es, que las religiones monoteístas poseen una moral no tan relaja-

(1) Véase el dicc. teolog. de Bergier, aumentado por Le-Noir.

da, ni un culto tan bajo y rastrero como las politeístas: y entre las primeras, aquéllas son más puras y nobles, que conservan mejores y más perfectos conocimientos de la Divinidad y de sus relaciones con las criaturas. Los gentiles que no habían perdido aún toda noción de la Divinidad, pero que no obstante la creían monstruosamente identificada en las criaturas ó ídolos que ellos mismos forjaban; ¿á qué crímenes de todo género no se entregaban, cual si fueran placeres lícitos á la naturaleza? Y no podía menos de ser así; porque, habiéndose borrado de sus inteligencias los verdaderos dogmas, y considerando ruinmente que la divinidad gozaba de cualidades poco más elevadas que las de la criatura racional, atribuían á aquélla los mismos deseos ilícitos que brotan de ésta, los cuales enaltecían y glorificaban, proponiéndolos como modelos de acciones practicables. No así ha sucedido á las religiones monoteístas apócrifas. Una simple ojeada sobre la moral de los persas, patentizará que sus prescripciones son místicas, y que toda ella, aunque mezclada con necias supersticiones, presenta el carácter de espiritual y nobilísima. Los Brahmanes poseen una moral semejante á la del Cristianismo, no sólo en lo que respecta á los preceptos, si que también á muchos consejos evangélicos; y esto, porque sus dogmas son más conformes con la Religión primitiva revelada.

Mas no salgamos de nuestro objeto. Hemos visto que las religiones apócrifas, consideradas en su primaria idea, no procedieron del discurso humano, aunque con la sucesión de los tiempos aparecieran impostores que modificaron algunas de las mismas, sino que se derivan de la Religión primitiva, dada por el Eterno á los hombres, con la cual formaban una sola religión en el principio, y que por las causas mencionadas quedó oscurecida.

Esto se ve todavía más palpable por los trabajos filológicos de la ciencia contemporánea, los cuales, según afirma un autor, (1) «reuniendo todas las lenguas conocidas en

(1) Véase el Dicc. de la enciclopedia moderna, publicado por Mellado, tom. 31, art. Religión.

un pequeño número de ramas ó familias, y haciendo notar entre ellas semejanzas muy visibles y diferencias no menos esenciales, nos llevan á la necesaria conclusión de que ha habido en un principio unidad de lenguaje, y que esta unidad, en lugar de alterarse por modificaciones graduales, ha debido romperse por una separación brusca é instantánea».

II

Hice notar además, que las religiones inciertas contienen confusamente varios dogmas de la Religión revelada y que entre ellos brilla, no sin extrañeza nuestra, un bosquejo de la Eucaristía. Esto se hace más de maravillar cuanto que el referido dogma no se reveló hasta la venida del Redentor prometido. Por lo tanto; ¿cómo pudieron vislumbrarlo las antiguas religiones supuestas? Detengámonos en el asunto.

Dice con toda propiedad el sabio Le-Noir (1) que existen dogmas en el Catolicismo, y entre ellos señala el de la Eucaristía, que son inherentes á la naturaleza humana, y que por esta razón poderosa, aunque no la demuestra, le contienen las religiones falsas; pero dejando nosotros este raciocinio, investiguemos otra clase de pruebas que, en mi humilde sentir, gozan de probabilidad suficiente.

Los libros sagrados de las mencionadas religiones, si exceptuamos el Alcorán y el Talmud, gozan de diferentes épocas muy remotas á la venida del Divino Salvador al mundo, pero no de tal suerte que, ora sus introductores, ya también sus redactores no tomasen algunas ideas, dogmas, preceptos y culto de la tradición revelada. Con efecto. El Magismo se supone ser el más antiguo entre estas religiones; algunos autores hacen á Abraham y á Melquisedec, que existieron veinte siglos antes de nuestra era y al profeta Balaam, que vivió más tarde, profesores del magismo, aunque se ha de suponer que este conjunto de creencias y prácticas era entonces la misma religión primitiva sin mezcla de superstición alguna. Ahora bien, concediendo esto, que es todo

(1) Dictionn. de Bergier et Le-Noir, art. Brahamanisme.

cuanto en materia de orígenes puede concederse, ¿no tenían á la vista, los primeros magos, al árbol del paraíso y á Noé como símbolos adecuados de la Eucaristía? (1). El mismo Melquisedec, ofreciendo á Abraham el pan y el vino (1), ¿no es un emblema acabado del Sacrificio incruento? He aquí, por lo tanto, cómo los magistas pudieron anunciar en confuso el Misterio eucarístico. Pero no está aquí el mejor argumento. Se sabe ciertamente que el magismo, llamado también Parsismo y Guebrismo, por hallarse extendido en la Persia é India, es, tal cual hoy le conocemos en el Zend-Avesta, obra de Zoroastro, que floreció en el siglo VI antes del Redentor. Los documentos ó libros sagrados anteriores á este poco menos que endiosado personaje, que contenían la doctrina espiritual del magismo, se perdieron en la noche de los tiempos, por cuya razón no sabemos ciertamente si la idea vaga del Sacramento Santísimo era contenida en los mismos; empero debía remontarse por lo menos á algunos, si no á muchos siglos antes de la aparición de Zoroastro, ya que éste no hizo otra cosa que reformar el antiguo magismo, el cual, al tiempo de aquel innovador, se hallaba mezclado con el sabeísmo (2). Además, el autor del culto de los espíritus, ó la religión de Confucio, no se encumbra más allá del siglo VI ó VII, tiempo en que existió semejante personaje. Buda, que reformó el Brahmanismo, no es de un tiempo anterior á Confucio y Zoroastro, según unas opiniones, porque según otras le hacen remontar al siglo X antes de nuestra era. La religión de los mejicanos tendrá su origen en estos mismos tiempos y aun concedemos algunos siglos más. Finalmente, el Brahmanismo, que le suponen antiquísimo, no se le hace subir más que XV siglos antes del Catolicismo.

Ahora bien; en el supuesto de que este último se eleve hasta el siglo XV antes de nuestra era, fácil es comprender que en esta fecha estaba redactado ya el Pentateuco por

---

(1) Veáse La Eucaristía y sus Símbolos.
(2) Adoración de los astros.

Moisés, quien lo efectuó á últimos del citado siglo. En estos libros sagrados, por consiguiente, se hallan expresadas varias figuras de la Eucaristía, tales como el cordero pascual, el maná, el tabernáculo, el arca de la alianza, y muchas divinas autoridades que lo bosquejan perfectamente, v. g.: «Pondré mi tabernáculo en medio de vosotros y no os desechará mi alma; andaré entre vosotros y seré vuestro Dios y vosotros seréis mi pueblo (1)». Reconocido esto, ¿no pudieron los Brahmanes tomar semejantes ideas y creencias del pueblo Hebreo que conservaba semejantes libros, ya que ni ellos las inventaron, ni es probable las tomasen de otras gentes? En cuanto á Buda, concediéndole toda la antigüedad que se le pueda conceder, ¿no debió tomar del referido pueblo, por idéntica razón, las mencionadas ideas ó creencias? En su tiempo se hallaban escritos los sagrados libros I y II de los Reyes, el Salterio, los Proverbios, el Eclesiastés y el Cantar de los Cantares, de los cuales se obtienen abundantes conceptos á favor del dogma eucarístico. El Mazdeísmo puro y la religión de Confucio, al tiempo de su aparición, hallaron mayor número de luces en los libros de los profetas y en algunos otros del Antiguo Testamento; por manera que el plan eucarístico, por decirlo así, debieron tomarle las religiones falsas de los libros sagrados del pueblo hebreo.

III

Veamos ahora, qué noción tenían del Sacramento y Sacrificio eucarísticos las religiones apócrifas. Empecemos por el Mazdeísmo. En medio de los complicados laberintos que se observa en sus dogmáticas doctrinas, resulta que, á más de Ormuzd ó el Dios por excelencia bueno, forman la Trinidad mazdeística Zervane y Honnover, quienes son en efecto una especie de Dios encarnado, y al que los sacerdotes persas pretenden reproducir en sus manos mediante una especie de consagración sacramental. Para el efecto recogen

(1) Levit. 26. Véase lo que dijimos en «la Eucaristía y los Libros del Antiguo Testamento.»

el zumo de cierto árbol, llamado Hom, al que atribuyen una virtud enteramente sobrenatural y divina; este zumo sirve como de materia para su confuso sacramento y sacrificio, y creen que al ser consagrado el Hom, Dios encarnado, vienen á resultar una misma cosa éste y el referido zumo del árbol.

Semejante al sacrificio de los mejicanos, pero más místico que él, para llevar á efecto esta especie de cena eucarística, el sacerdote persa toma una copa ó cáliz, introduce en ella el referido zumo y pronuncia sobre él las palabras, que diríamos nosotros consagratorias, pues ellos las dan la misma virtud. Luego, dirigiéndose á este zumo, ya ficticiamente transubstanciado, ruega por todos los fieles del magismo, lo cual viene á ser como una especie de mementos. He aquí las palabras del sacerdote: «Todo aquél que bebiere de este zumo no morirá... pues él concede la vida... es la persona divina que es comida por el hombre... por este cáliz que yo te presento, añade el sacerdote, fijando los ojos en el zumo, dadme tres, cuatro, seis, nueve, diez por uno; recompensadme de este modo ¡oh puro Cerahoin! ¡otorgad la pureza á mi cuerpo! ¡vela sobre mí, oh Hom, producción excelente! ¡ven tú mismo, hombre purísimo!; dadme Hom santo; tú, que alejas la muerte, las dulzuras celestiales de los santos, ¡oh espíritu de luz y de felicidad...» (1).

Diríamos que esta plegaria es la oración de un ferviente católico dirigida á Cristo Sacramentado. Todas y cada una de las ideas y aun de las mismas expresiones convienen en un todo con la doctrina de la divina Eucaristía. No parece sino que los infelices persas hayan tomado esta doctrina de los católicos y la hayan querido aplicar á su pretendido y elogiado Hom. Si se tiene en cuenta esto, y no se ignora que un tal Vendidad-Sadé (1) representa á este Hom como apareciendo á Zoroastro bajo la figura de un cuerpo humano glorioso é inmortal, apellidándose Hom el santo, que tiene la potestad de alejar la muerte, de curar las enfermedades, de abatir los tiranos de la tierra, de otorgar todas las virtu-

(1) Le-Noir, ouvre dit.

des y todos los bienes á los que le invocan, en particular para dar al alma la celestial vida si aquélla la recibe en la comida presentada en el sacrificio, tendremos la extraña satisfacción de contemplar los efectos que produce la Eucaristía en los que la reciben sacramentalmente.

He aquí, por consiguiente, el dogma eucarístico, embrollado en unas tradiciones confusas y groseras, pero que ciertamente hablan muy en favor del Catolicismo, al presentar á los ojos del investigador un dogma todo divino, si es que sabe separar lo verdadero de lo falso y ridículo.

IV

No es menos rara la idea eucarística que ostenta el Brahmanismo en sus Vedas ó libros sagrados. Los indios, cultivadores de esta religión tan espiritual en su fondo, ya que poseen también sus respectivos monjes que viven apartados del mundo, quisieron denominarse aryas ó venerables y puros, para diferenciarse de los dasyous ú hombres impuros y bárbaros. Su dios principal y dominador es Brahma que equivale al Dios verdadero, pero en sus confusas ideas acerca de este Dios y de la creación, imaginaron emanaciones divinas procedentes de Brahma. Los monumentos más antiguos de los indios son los Vedas, que se suponen revelados por Brahma y conservados por tradición oral hasta que Vyasa ó Veda-Giaasa, sabio del Indostán, y que existió tres siglos antes de nuestra era, los redujo á una especie de código, cuyo nombre hemos mencionado. Existen cuatro clases de Vedas, el Rig-Veda, más antiguo que los demás; el Yadjourd-Veda; el Sama-Veda y el Atharvana-Veda que es muy posterior á los otros, pues Manú, divinidad supuesta, y que lo hacen remontar al siglo XII antes del Redentor, no lo nombra en su Manava-Dharma-Sastra, ó leyes de Manú; empero lo más probable es que sea del cuarto ó quinto siglo antes de nuestra era.

Esto sentado, en el cuarto libro Atharvana-Veda, se hallan confusamente bosquejados los misterios de la Augusta Trinidad, Encarnación, Redención y Eucaristía; este último como

sacramento y sacrificio. Brahma, Vichnou, Siva; he aquí la Trinidad de los indios. Vichnou que corresponde á la segunda persona de nuestra adorable Trinidad, sufrió nueve encarnaciones, de las cuales las ocho primeras no fueron otra cosa que apariciones de la Divinidad bajo ciertas formas, para renovar la promesa de la Redención, mas la última, ó nona, es la de Krichna, hijo de la virgen Devanagny. Admiremos las frases del Atharvana-Veda. Al referir la venida del Redentor al mundo, dice: «Él vendrá, y los cielos y los mundos se llenarán de alegría..., y la tierra será demasiado pequeña para contenerle..., porque él es el poder por excelencia, la sabiduría y la bondad... Él vendrá, y los espíritus infernales, Rakchasas, se precipitarán en el averno. Él vendrá, y los Pisathas impuros cesarán de roer los cadáveres de los difuntos... Él vendrá, y la vida desafiará á la muerte y el período de disolución quedará suspendido; él rejuvenecerá la sangre de todos los seres, él regenerará todos los cuerpos y él purificará todas las almas. Él vendrá más dulce que la miel, más puro que el blanco corderillo y que los labios de una virgen, y todos los corazones serán transportados de amor». En estas últimas cláusulas brilla una feliz idea del Sacramento Eucarístico.

Pero veamos el embrollado concepto que tenían de este santo Misterio los aryas-indos. Para el efecto no tenemos más que describir su propio sacrificio, y en él encontraremos lo que anhelamos. Éste consiste en una doble ofrenda: la primera, que es de cosas sólidas, se compone de leche, arroz y animales domésticos. La segunda, de cosas líquidas y más principalmente del admirable Soma, que es cierto licor alcohólico, obtenido de la fermentación de tallos, de la baya (fruto del laurel y de otros árboles), mezclados con cebada convenientemente humedecidos; que deben ser consumidas por el fuego del altar.

«El sacrificio védico, dice M. Pillón (1) nutre á los Devas (2) y sostiene la vida...; él es esencial á la conservación

(1) Véase á Le-Noir, art. Brahamanisme.
(2) Genios brillantes semejantes á los dioses.

del mundo y al bienestar perpetuo de los hombres; él es la comunión de la tierra con el cielo. El mundo inmenso, dice un himno védico, ha sido hecho en vista del sacrificio.— Bajo la influencia de concepción semejante, la intervención de los rishis (1) ha venido naturalmente á formar la apoteosis del Soma; más aún, ha venido á colocar al Licor-Dios como principio animador y generador del mundo. Libado el Soma en las llamas, comunica la fuerza al Fuego (2), y elevándose hasta el fuego mismo, se identifica con Indra, Vayón y Mithra». (Trinidad védica). Á fin de que se note mejor que el sacrificio védico no es sino una idea monstruosa del nuestro, pero que le indica claramente, débese advertir que los libros sagrados de los aryas-indos testifican que en su sacrificio, Brahma es el sacrificador y la víctima á la vez; más aún: que Brahma es víctima con su hijo Krichna, el cual vino á la tierra para salvar á todos los hombres, y que llenó perfectamente el sacrificio solemne.

Todas los mañanas el sacerdote indo celebra este género de sacrificio; mejor dicho: así se celebraba antiguamente, porque hoy, aunque en la esencia sea el mismo, empero ha sufrido alguna modificación; tal es la siguiente: el mencionado sacerdote forma un panecillo ó torta de harina de arroz, rociada con manteca de vaca ú oveja, y después lo come en medio de las oraciones y ceremonias litúrgicas. Tienen en tanto aprecio esta última clase de rúbricas, que afirman no poderse celebrar el sacrificio referido sin la oración rítmica, el canto y el himno. Por lo cual añade M. Pillón: «Si el sacrificio es necesario á la conservación del mundo, el himno es esencial al sacrificio, pues asegura su eficacia. Si el sacrificio es el principio de la vida y de la fuerza para los Devas y también para los hombres, el himno es el alma del sacrificio, y he ahí que, tanto el himno como el Soma, vienen á ser un dios. El himno no alaba solamente, no invoca tan solo, sino que llama y granjea: él ejerce sobre los Devas una acción mágica y una especie de encantación»...

(1) Sabios divinizados por los indios.
(2) Dios del fuego.

V

Respecto al Confucionismo, cuyas doctrinas están contenidas en los Kings ó libros por excelencia, dispuestos unos, y compuestos otros por Confucio, no debo pasar en silencio un hermoso texto que dice mucho en pro de la Eucaristía. Al hablar aquel seductor en su pura mitología de los hijos de Dios, asegura que existe uno, llamado Tien-Hoang. «Éste es el hijo por excelencia, éste es la inteligencia del Cielo que nutre y embellece todas las cosas».

El sacrificio de los chinos en honor de Confucio, quizá metodizado luego de la muerte de este embaucador presta igualmente relevante idea del Sacrificio incruento de nuestros altares. Después que han enterrado la sangre de la víctima, el ministro celebrante ofrece á Confucio un vaso lleno de vino y lo derrama sobre un hombre de paja. Acto continuo le dirige la siguiente oración: «Vuestras virtudes, oh Confucio, son excelentes y admirables. Vuestra doctrina enseña á los reyes á gobernar sus súbditos. Las ofrendas que os presentamos están limpias de toda mancha. Que vuestro espíritu descienda sobre nosotros: que nos ilumine con su presencia».

Inmediatamente se arrodillan todos los asistentes, y se dejan oír los instrumentos músicos; el sacerdote se postra también después de haberse lavado las manos. Recibe de uno de los ministros una fuente con una pieza de seda que presenta á Confucio, elevando sus dos manos. La misma ceremonia ejecuta con un vaso lleno de vino. Mientras que la pieza de seda se reduce á cenizas en un brasero destinado para el efecto, el sacrificador recita unas preces semejantes á las anteriores. Un sinnúmero de reverencias subsiguen á este acto; luego toma de nuevo entre sus manos aquel vaso de vino y, ordenando que todos los circunstantes se postren en el suelo, les invita á que beban este licor de supuesta vida, diciéndoles: «Bebed el vino de la dicha y de la felicidad». Todos creen participar de un festín divino; mientras que el oficiante, dando ejemplo á los demás, bebe primero el vino que se le presenta en el vaso. Á continuación, ofrece á Con-

fucio las carnes de las víctimas y hace que se distribuyan á los concurrentes, quienes con su participación creen tener derecho á los futuros bienes que el *divino* Confucio repartirá á sus creyentes. ¿Se pretende, por ventura, un símbolo más adecuado del Sacrificio eucarístico?; aquí hay materia, ofrenda, forma, ministro, plegarias, comunión, fe en lo que se recibe y, aunque muy materialmente, todo semejante á nuestro verdadero Sacrificio. ¿Qué significa esto? Es que la idea de la real víctima que se había de inmolar en la plenitud de los tiempos, y que había de ser sacrificada perennemente en los altares, era una idea enteramente arraigada en todos los pueblos, por creencias más ó menos imperfectas, tomadas de la antigua y verdadera tradición que la contenía y expresaba claramente, aunque no la comprendía, ni la elogiaba, porque aun no había llegado la hora.

VI

No existen ideas menos expresivas en el Budismo. Y no podía por menos de ser así; pues siendo éste una reforma religiosa del Brahmanismo, algo, ó mucho, tenía que conservar de su genitor. Al declarar Buda que todos los hombres son iguales ó hermanos, con lo que vino á destruír las castas brahmánicas, bien pronto arrastró en pos de sí muchos prosélitos, y sus doctrinas contenidas en los Soutras y demás libros sagrados que ya hemos mencionado, se extendieron rápidamente por la China, Japón, islas de la Oceanía y algunos otros lugares. En cuanto á nuestro objeto, podemos decir del Budismo, como también del Confucionismo lo que M. Humboldt, sabio filólogo alemán, de principios de este siglo, se expresaba sobre la propia materia: «La idea de Dios que no sólo se encarna y sufre, sino que se inmola en sacrificio para regenerar al hombre, es, dice, una idea sublime que se encuentra en todos los libros sagrados de la antigüedad».

VII

El mismo espíritu de las tinieblas, imitador de las prácti-

cas más augustas de la Religión Católica, intentó en la antigüedad remedar la celebración del Misterio Eucarístico, mediante los famosos sacramentos de Mithra, que acabaron por extenderse en una gran parte del imperio romano. Sus sacerdotes tomaban un pan y un vaso de agua, y, pronunciando sobre ellos ciertas palabras misteriosas, lo presentaban al iniciado en sus doctrinas y le invitaban á que participase de aquel divino convite. Así lo enseñan Tertuliano y S. Justino, siendo éstas las palabras del primero: «El diablo, cuyas funciones consisten en alterar la verdad, imita en los misterios de los ídolos los ritos de los Sacramentos... Mithra hace una señal misteriosa sobre la frente de sus soldados y celebra la oblación del pan... (1)».

Más expresivo es aún S. Justino: «Los demonios, dice, han enseñado, en los misterios y en las iniciaciones de Mithra, una práctica imitando al Sacramento de la Eucaristía. Consiste en preparar un pan y un vaso lleno de agua, profiriendo sobre ellos ciertas palabras: vosotros, dice á los paganos, no ignoráis esta costumbre... (2)».

VIII

Todos los demás pueblos del globo que no tuvieron la felicidad de abrazar la Religión del Crucificado, alcanzaron en sus repetidos sacrificios una idea aunque imperfectísima de la Eucaristía. Los romanos, á más de sustentarse con la carne de las víctimas, empleaban tortas de harina y miel. Los griegos confeccionaban una pasta de harina y sal, juntamente con las libaciones de vino que eran distribuídas á todos los asistentes. Los celtas ofrecían un pan, un vaso de agua y una mano de marfil, que representaba la justicia; á continuación, el sacerdote quemaba un poco de pan, vertía

(1) Diabolo, scilicet, cujus sunt partes intervertendi veritatem, qui ipsas quoque res sacramentorum divinorum idolorum mysteriis æmulatur.... Mithra signat illic in frontibus milites suos, celebrat et panis oblationem.... De Præscript. hæreticor., XI.

(2) .... Quod quidem etiam in mysteriis atque initiis Mithræ fieri docuerunt per imitationem pravi dæmones. Quod namque panis et poculum aquæ, in sacrificiis sive in re divina ejus qui initiatur, ponatur, verbis quibusdam additis, aut certe scitis.... Apolog. II.

algunas gotas de vino sobre el altar, lo ofrecía en sacrificio y lo distribuía entre los concurrentes. Los mejicanos formaban una estatua con pasta de maíz cocida, y luego de llevarla en procesión por las calles, el sacerdote sumo la rompía y distribuía en pedazos al pueblo, el cual, con su participación, se creía santificado.

Los peruanos, con el mismo pan de maíz y con cierto vinoso licor, celebraban otro tanto en honor del sol. En una palabra, todos los demás infieles, cada cual con sus informes creencias é insulsas prácticas, vienen á predicar la alta idea del Sacrificio Eucarístico que posee la Iglesia Católica, del cual, como tantas veces hemos dicho, son sus vaticinadores y pregoneros.

IX

Pero vengamos á aquellas religiones que odian de muerte á la Doctrina revelada. Digamos dos palabras sobre el Alcorán, y sobre las doctrinas de los modernos judíos, protestantes y francmasones. Aun con todo el impío conato de borrar, si pudieran, los dogmas del Catolicismo, y desprestigiar y blasfemar, particularmente del Sacramento de los altares, han predicado sin quererlo que el verdadero sacrificio es el de la Eucaristía; más aún: que la idea de sus sacrificios la han tomado del único sacrificio incruento nuestro.

Entremos á hablar del Islamismo. Por los años del Señor 569 ó 570, apareció en la Meca el tan renombrado como infeliz Mahomed, quien, llegado á los 40 años de edad, intentó llevar la fama de su nombre por los confines del orbe, inventando una nueva doctrina, mediante los auxilios que le prestaran los conocimientos semisuficientes que tenía del Cristianismo y judaísmo. Su regla de fe y de costumbres, tejido insufrible de los dogmas, culto y moral Evangélico-judáicas, y que, según él mismo hizo creer á sus prosélitos, era revelada por partes y de tiempo en tiempo por el arcángel S. Gabriel, fué compilada poco más tarde, en un libro que denominó Korán ó Alcorán, distribuído en 114, ó, según otras ediciones, en 124 Suras ó surates (capítulos). No existe en

efecto invención doctrinal más descabellada y risible, que la del Islam. Para el Corán, Abraham, Moisés, Mahomed y Jesucristo son muslimes (1), bien que el último aventajó á los tres primeros en gloria y grandeza. Mahomed no hizo otra cosa que continuar la excelente obra para la que trajo al mundo á los tres profetas restantes. Mas dejando estas y un sinnúmero más de necedades y fútiles mezcolanzas, (que al menos estuvieran dispuestas con habilidad) y entre las cuales brillan testimonios inmejorables de Jesucristo y de la Virgen Santísima, entremos en el solo punto de nuestro objeto que, según anunciamos, consiste en observar lo que el libro sagrado del profeta mecano nos enseña acerca del más augusto de nuestros Misterios.

El pueblo judío se distinguió siempre por su inteligencia rastrera y villanos pensamientos; y Mahomed, descendiente natural de aquél, y lo que peor es, digno corifeo de las creencias rabínicas, no pudo menos de mostrarse egregio sucesor de su padre. En efecto: al narrar cómo Jesucristo Nuestro Señor instituyó el adorable Sacramento de nuestros altares; al contar á su escogida grey el objeto, las circunstancias y el fin de tan augusto Misterio, pervierte el orden mágico de la naturaleza, entendiendo del manjar celestial, una comida terrena; del alimento espiritual, una vianda del cuerpo, confundiendo, en suma, en oscuro laberinto un dogma que, en su imperfecta inteligencia, es lo más admirable que puede imaginarse.

Mas veamos á qué se reduce la descripción eucarística del visionario del Islam. Refiere, que en cierta ocasión los socios ó discípulos de Jesús se encontraban hambrientos y tenían mayores deseos de viandas corporales que de alimentos nutritivos para el espíritu; por cuyo motivo rogaron á su Maestro Jesús que impetrara de Allah una opípara mesa cubierta de exquisitos manjares (2). Condescendió éste

---

(1) Escogidos de Dios.

(2) Esto hace alusión sin duda alguna al cap. 6.° vers. 25 y sig. de S. Juan. Lo demás es una mezcolanza de la Creación, y milagros de la vida de Jesús.

con sus discípulos; por lo que cierto día habló Allah á Jesús en los siguientes términos: «¡Oh Jesús, hijo de Mariem! acuérdate de mi beneficencia y misericordia para contigo y para con tu madre y no te olvides de cuando te corroboré con el espíritu de la santidad para que hablaras á los hombres, siendo niño y en la vejez, y de cuando te enseñé la escritura, la sabiduría, el Pentateuco y el Evangelio; y de aquellas veces que con mi beneplácito formabas de barro figurillas de ave y después soplabas en ellas y resultaban aves reales y verdaderas por mi voluntad; y de cuando sanabas los ciegos á nativitate y curabas los leprosos por mi deseo; y de aquellas ocasiones que resucitabas los muertos, ó los sacabas de sus sepulcros con mi autorización; y de cuando contuve á los hijos de Israel para que no te despojasen de la vida en las veces que te presentabas á ellos con las demostraciones de los milagros; y los que eran incrédulos dijeron: Estas cosas son una magia manifiesta. Y cuando inspiré á los apóstoles diciendo: Creed en mí y en mi Legado Jesús y respondieron ellos: Creemos y testificamos que nosotros somos muslimes. Recuerda cuando exclamaron los apóstoles: ¡Oh Jesús hijo de Mariem! ¿acaso podrá tu Señor enviarnos una mesa del cielo? (1) y respondió Jesús: Temed á Allah, si es que sois fieles.—Replicaron los apóstoles: Deseamos comer de la Mesa, á fin de que nuestros corazones estén tranquilos ó no tengan dudas, y cerciorarnos de que nos has hablado cosas verdaderas; optamos asistir de testisgos á la Mesa. Entonces, dijo Jesús hijo de Mariem: ¡Oh Allah, Señor nuestro! haz bajar una Mesa del cielo sobre nosotros, para que sirva de alegre banquete desde el primero al último de nosotros, y á la vez nos sirva de señal ó milagro. Susténtanos, oh Señor, porque tú eres el mejor de los alimentos. Á esto respondió Allah. Por cierto que haré descender la Mesa sobre vosotros; pero el que entre vosotros fuere incrédulo después de haber visto el prodigio, lo

---

(1) Hace alusión al cap. 6.º v. 41, 42 y 61, de S. Juan.

castigaré (1) con una pena excepcional que no aplicaré á ninguna de las otras criaturas» (2). Pero Jesús, añade un glosista de este Sura, dijo también á los apóstoles: En verdad que bajará la Mesa (3) y perseverará hasta el fin del mundo (4) con tal que no hurtéis ni escondáis nada de ella; y si no cumplís esto, Allah os castigará. Empero algunos de ellos ocultaron viandas de la Mesa, temerosos de que no bajara siempre y por este pecado castigóles Allah, convirtiéndolos en monos y en puercos (5).

Según acabamos de ver, no hay cosa más ridícula y estrafalaria que comentar ó referir de semejante modo el texto evangélico de S. Juan y la mencionada epístola de S. Pablo. Era necesario que el vate mecano gozase de una ignorancia afectada acerca del dogma eucarístico, dejándose llevar de su loca imaginación, ó reventase de malicia para poder conciliar en imperfecta amalgama algunos textos evangélicos con tradiciones hebreas y fábulas romancescas que él se había forjado en sus visiones extáticas. Pero sea cual fuere el fin que se propuso este hijo de la raza maldita, vino por cierto á anunciar un dogma que sin duda él rechazara y á confirmarle mediante las ficciones que redactara en su Alcorán, ya que en mano de un buen crítico son una prueba, más que suficiente, para fallar que, si un muslim que tanto odia á Jesús, no como tal personaje, «pues le encomia», sino por ser autor de una Religión que él tanto aborrece; y sin embargo, inserta en su libro sagrado y en estilo mitológico, indudables razones y hechos divinos que atribuye á Jesús, claro está que el Corán, sin quererlo, comprueba las obras del Salvador y por consiguiente su Religión Católica; y que, por un corolario de la proposición anterior, si los hijos del desierto se adhieren á lo que haya de verdad en la narración de la referida Mesa, de la

(1) Pretende interponer lo que enseña S. Pablo en la I carta á los Cor. cap. XI.
(2) Sura V.
(3) Alude al cap. VI de S. Juan, v. 52.
(4) Id » » XXVIII de S. Mateo, v. 20.
(5) Parece querer indicar los efectos terribles de la Eucaristía en los que la recibían en pecado mortal, según refiere S. Cipriano.

vianda y sus efectos eucarísticos, es de todo punto indudable que un justo crítico, apartando las imaginativas patrañas de la Sura V del Corán, y colocando en su debido lugar y estado la relación de las verdades evangélicas que contiene acerca del dogma Eucarístico, sabrá afirmar que la biblia muslímica confirma en esta parte el más augusto de nuestros Misterios.

Mas prosigamos. Al comentar los exégetas sagrados del Islam algunas circustancias de la doctrina en cuestión, se dividen en multitud de opiniones tan absurdas como su pertinaz intento.

Unos opinan que los apóstoles profesaban el oficio de bataneros, otros el de pescadores, aquéllos el de nautas, y éstos el de escribas y consejeros de Jesús. Respecto á la celestial Mesa, si bajó ó no, también varían sus pareceres; unos, como Mogiahed están por la parte negativa, y dan la razón de que Jesús, hijo de Mariem, hablaba por medio de parábolas (1); otros asienten á esta misma opinión, pero añaden que la Mesa no bajó, porque los apóstoles, al oír la dura condición que se les imponía de ser castigados si eran incrédulos, la rechazaron; finalmente, la sentencia más seguida es, que la Mesa bajó efectivamente, según lo testifica el texto coránico; y alguno, como Kaab, afirma que descendió en Domingo, y que por este motivo los cristianos celebran como santo dicho día; otro asegura que semejante doctrina viene tradicionalmente desde Mahomed que la enseñó á sus discípulos. Por último la contienda entre los doctores islámicos acerca de cuáles serían las viandas que bajaron con la Mesa, se dirime por la opinión común de haber sido pan y carne. He aquí reseñadas muchas extravagancias muslímicas, en medio de las cuales resalta siempre el hecho de la cuestión que estamos indagando.

Pero solicito del lector una poca más de paciencia y oirá el fárrago de embrollos evangélico-eucarísticos, que los glosistas del Corán enseñaron á sus gentes. Cuentan algunos

(1) Alude al improvisado festín del mar de Tiberíades. Joan. XXI, 9.

de estos doctores que Jesús, de inmortal memoria, hijo de Mariem, prescribió á los israelitas un ayuno de treinta días, pasado el cual, les prometía que Allah otorgaría en retribución cuanto sus corazones desearan. Practicáronlo así, y solicitaron en recompensa una Mesa del cielo que, en efecto, fué ministrada por los ángeles. Otros comentaristas añaden que Jesús, para satisfacer los deseos de los apóstoles, se cubrió de un vestido áspero, lloró, y, levantando los ojos al cielo, (1) exclamó: Oh Allah, Señor nuestro, envíanos de lo alto una Mesa con manjares, porque tú eres el mejor de los provisores. Al verse obligado Allah, hizo que bajase una Mesa verde y encarnada la cual conducían muchos espíritus angélicos, quienes entre blancas nubes y al compás de pausadas armonías, alababan y daban gracias á Allah. Jesús no pudo contenerse y, hecho un mar de lágrimas, exclamó: Oh Allah, Señor nuestro, haz que nos mostremos siempre agradecidos á tus beneficios; haz con tu omnipotencia que esta Mesa nos sirva para misericordia y no para condenación. Los judíos, al contemplar semejantes prodigios, quedaron estupefactos; mas Jesús, interrumpiendo el silencio que embargaba todos los ánimos, dijo á los apóstoles: Que se levante el más digno y caracterizado de entre vosotros y descubra la Mesa, invocando el nombre de Allah...; empero Simón, que era el decano de los apóstoles, rehusó humildemente, respondiendo á su Maestro que procediera él á descubrirla, pues era el más digno de todos ellos. Vencido Jesús por las reiteradas súplicas de Simón, y después de haber practicado las abluciones litúrgicas, (2) oró largo rato, derramó abundantes lágrimas, dió repetidas gracias á Allah, y luego, usando de ciertas fórmulas, descubrió la Mesa, diciendo al propio tiempo: En el nombre de Allah que es el mejor de todos los nutrientes. Apareció en seguida sobre la Mesa un pez asado (3) sin escamas ni espinas; al lado de su cabeza había sal, junto á su cola aceite y en todo su alrededor, varie-

(1) Alude á las rúbricas que practicó el Salvador para consagrar su Smo. Cuerpo y Sangre. Math. XXVI.
(2) El lavatorio de los pies que describe S. Juan.
(3) Alude de nuevo al festín del mar de Tiberíades.

dad de especias y hortalizas. Preguntó Simón al hijo de Mariem: ¿Acaso este alimento es de este mundo ó del otro?; mas Jesús contestó: No digáis si es de aquí ó de allí, sino que Allah lo ha preparado con su omnipotencia. Pretendieron aún los apóstoles otro milagro, y fué que reviviera el pez; mandóselo Jesús y al punto volvió á su primer estado. Satisfecho el deseo de los discípulos, el hijo de Mariem impuso de nuevo al pez que tornara á la forma de antes; así se realizó en efecto, por lo cual, los apóstoles dijeron á Jesús: Oh espíritu de Allah, come tú primero del pez y luego satisfaremos nosotros nuestra hambre; pero Jesús manifestó que le estaba terminantemente prohibido; en vista de lo cual rehusaron comerlo también los apóstoles. No se desanimó el hijo de Mariem al ver la negativa, antes bien, llevado de su ardiente celo, llamó á los enfermos, mutilados, débiles y demás pobres necesitados y les dijo: Comed en el nombre de Allah, (1) pues á vosotros os servirá este manjar de provecho y á los demás de ruina. Después que hubieron comido y se hubieron saciado trescientas personas entre hombres y mujeres, Jesús volvió la vista al pez y lo halló tan entero como si jamás lo hubiesen tocado (2). En el mismo instante la célebre Mesa fué arrebatada á los cielos por misteriosa mano, lo cual contemplaron millares de personas... Cuantos saborearon la celestial comida sintieron maravillosos efectos, pues los enfermos sanaron, los ancianos rejuvenecieron, los pobres enriquecieron, los afligidos se aliviaron y los viciosos mudaron de vida, permaneciendo en tales prerrogativas hasta el postrer suspiro... Hasta aquí los doctores del Islam.

Pero ¿puede verse mayor confusión de hechos evangélicos, mayor algarabía en el modo de la descripción y mayor insulsez y hasta menos lógica en la manera de contarlos? Hasta aquí llega, pues, toda la ciencia de los muslimes; empero en medio de todo, según he advertido ya, el Misterio sacrosanto de la Eucaristía, con sus símbolos, con su mate-

(1) Alude al cap. XIV de S. Lucas.
(2) Véase el cap. VI de S. Juan, al que sin duda se refiere.

ria, con su institución, con sus efectos temporales y eternos y en su modo de ser, brilla de un modo no común, de una manera no ordinaria para la inteligencia de un competente apreciador de las cosas.

X

Sin embargo; todavía resplandece más este Misterio eucarístico en el culto del judaísmo moderno. No mentemos una palabra siquiera acerca del sacrificio de los israelitas antiguos, porque, según hemos observado, procediendo este sacrificio de un mandato expreso de Dios, claro es que había de simbolizar el Sacrificio de Jesucristo; ni describamos tampoco el orden con que habían de ofrecer dicho sacrificio al Señor, porque seríamos prolijos; pero sí anotaré la diferencia que se observa entre el culto de los judíos antiguos y el de los modernos, y que Maimónides (siglo XII) en su odio contra la Religión y culto católico, pretendió borrar el simbolismo eucarístico destacado brillantemente en el libro del Levítico. Mas no valió á Maimónides conato semejante; porque después de arreglar su plan dogmático y disponer su método de sacrificio, vino á hacer constar que el sacrificio que él proponía á los judíos, si no era enteramente idéntico al antiguo, le servía al menos de confirmación palpable. Y con efecto. Las únicas reses que el Levítico permitía para celebrar los holocaustos eran becerros, machos cabríos, cabras y corderos sin defecto, y en cuanto á los volátiles únicamente eran permitidas las tórtolas y pichones: pero Maimónides, imitando las costumbres de los paganos y muy especialmente de los pitagóricos, ordenó que se sacrificase al Señor un gallo y un pollo, y de todos éstos prefería los blancos. El israelita al querer practicar el sacrificio de expiación, toma el gallo con la mano derecha y dice: «Alma por alma». Á continuación ejecuta breves ceremonias y pronuncia algunas oraciones, por las que pretende indicar que la sangre que derrama el gallo ó pollo sirve de expiación de sus propios pecados. Con todo este fárrago de ceremonias, los hebreos no hacen más que acreditar que existe un ver-

dadero sacrificio que puede borrar los pecados; pero nadie puede borrar los crímenes sino Jesucristo, y nosotros confesamos que Él instituyó un Sacrificio incruento que continúa la acción total del Sacrificio de la cruz: luego los modernos israelitas, aun con toda su cruel saña contra nuestra Religión y culto, no han hecho más que confirmar el Sacrificio eucarístico del cual han sido imperfectos imitadores, ya que tomaron de él y del sacrificio levítico toda la idea de expiación y sacrificio.

Mas dejemos á estos desdichados para dirigir nuestra mirada á los protestantes.

XI

Quien no ignore las violencias de Lutero y de los innovadores tocante á las sagradas escrituras y particularmente respecto al culto de la Eucaristía, sabrá también que, á pesar de las reformas hechas sobre el Sacrificio, han venido á dar solemne testimonio del dogma católico-eucarístico. Empezando por aquel heresiarca, que sustrajo de la Misa cuanto convino á su orgullo personal, añadiendo en su lugar cánticos arbitrarios, podremos asegurar que, aun cuando proscribió el canon, dejando únicamente la consagración al modo que lo usa la Iglesia Católica y prohibió la elevación, no hizo otra cosa que confirmar la verdadera tradición eclesiástica, pues él fué el que innovó y no la Iglesia Católica que poseía el dogma tan puro como salió de la boca del Redentor. Los demás reformadores, cada cual según su capricho ó espíritu ambicioso, aumentaron, disminuyeron, quitaron, añadieron, negaron ó afirmaron, según las circunstancias les favorecían, como si el asunto fuera un juego de niños, pero todos disertaron en pro ó en contra del Sacramento y Sacrificio del Altar, tomando por base el dogma católico-eucarístico que bebieron en las fuentes del Bautismo. De aquí la encarnizada guerra sacramentaria, ya que todo discípulo se erigía en maestro y contradecía al que le había enseñado; de aquí las multiplicadas creencias y artículos que todos intentaban suplantar á la antigua profesión de fe,

concluyendo por no entenderse ninguno, pues á la verdad, ninguno había procedido con sinceridad. De lo cual resultó que, aun en medio de esa misma agitación de ideas, de múltiples doctrinas y argumentos arteros, se veía descollar la pureza del dogma católico, la verdadera creencia sobre el Sacramento de los altares, ya que toda aquella lucha sacramentaria, observada imparcialmente, no fué más que una seria contienda en la que todos deseaban coger la presa, mas ésta se había deslizado de sus manos para refugiarse en las de su dueño legítimo, la Iglesia Católica.

XII

Con mayores voces cantan los francmasones la pureza del dogma Eucarístico. En efecto; los francmasones, nietos de los protestantes é hijos de los liberales, niegan absolutamente el augusto Misterio de nuestros altares. Pero no se contentan con esta brutal negación; van más adelante, siendo cogidos en el mismo lazo que procuran lanzar al mar del mundo para envolver á los miserables. Á cada paso tienen en sus prácticas representaciones y alusiones al Deífico Sacramento. Los hermanos .·. de los tres primeros grados del rito escocés contemplan un cuadro en que se dibuja un Cristo-Sol, según ellos lo apellidan, el cual tiene á sus lados una cepa y una espiga de trigo, símbolos de la Eucaristía. Usan de solo pan y vino en ciertas cenas masónicas, lo cual llama mucho la atención, ya que estamos en unos tiempos en que reina el sibaritismo. En la agapa ó banquete que celebran la noche del Jueves al Viernes Santo, á más de pan y vino es un cordero el que se sirve á los iniciados. En sus banquetes reparten ese pan y ese vino masónicos, profiriendo por medio de los venerabes .·. de sus inmundas logias las mismas palabras que usó Nuestro Señor Jesucristo en la noche de la cena. Manifiestan en sus libros el odio satánico que profesan al Deífico Sacramento; y por medio de individuos á quienes ofrecen dinero, quebrantan los sagrarios católicos, roban sacrílegamente las sagradas Hostias, las conducen á sus infernales antros, blasfeman de ellas, las escupen, pisotean y

profanan de tal manera que la pluma se resiste á consignarlo. Ahora bien; si los francmasones no creen en la Divina Eucaristía, como no creen nada del orden sobrenatural, ¿qué necesidad tienen de profanar tan descaradamente las santas Hostias y los emblemas que á ella respectan?; si para nada gustan de un Misterio tan sagrado, ni siquiera debían mentarlo, ni recordarlo á sus iniciados, porque por este mismo hecho se condenan. Alguna cosa poderosa vislumbran en este Misterio contra el que tan rabiosamente se desatan en improperios y baldones; alguna rémora experimentan en el Sacramento del amor, cuando á todas horas blasfeman de Él: luego por esto mismo manifiestan que existe algo en el Sacramento, y que á causa de ello no pueden vivir con sosiego; sienten una espinilla en lo más hondo del alma, y es el Sacramento del Altar al cual no pueden remover ni de las inteligencias católicas, ni menos del siglo, ni mucho menos de su memoria. Si el Sacramento divinísimo es nada, si es tan despreciable, lo mejor sería que guardasen profundo silencio á fin de que fuera olvidado de todos; pero no pueden callar porque ven *algo* en el Misterio de amor, y este *algo* no es otra cosa que la existencia de la Eucaristía, confesada por todo el mundo católico; luego el francmasón y su secta, á pesar de rechazar á Cristo Sacramentado, le predica, le canta, le alaba con el mismo trabajo que emplea para negarle y denostarle.

XIII

En conclusión: las religiones apócrifas, aun en medio de todas sus necias supercherías, sirven unas de veloces mensajeras que llevan á la humanidad el glorioso vaticinio del dogma eucarístico, y otras de lindas cortesanas que acompañan á este mismo Sacramento cuando es ostentado en toda su grandeza, y le siguen siendo testigos de las huellas que dejara á su indeleble paso. El Magismo le anuncia en lontananza con preciosos emblemas, que aunque raros, suficientes, empero, para el conocimiento de los patriarcas; el Brahmanismo, adivinando los amorosos cantares del mo-

narca Salomón, le profetiza, como saltando montes, atravesando collados y acechando por las celosías seculares de los tiempos; el Mazdeísmo, adelantándose á los profetas, predice el augusto sacrificio de nuestros altares y los efectos de un Sacramento de amor; el Confucionismo y el Budismo, en sus cortos conocimientos eucarísticos, pretenden dar ósculo de paz á la misma verdad, declarada y confirmada en los fastos evangélicos; el rabinismo muslímico manifiesta á las generaciones venideras que el Misterio adorable del Altar pasó por entre las espesas nieblas de las supuestas religiones y de las arteras herejías, y más aún por entre ella misma, dejándolas burladas en el asqueroso fango de sus fábulas; el judaísmo, respetando los sagrados Libros del Antiguo Testamento, apoya y confirma las bellas figuras eucarísticas; la mal llamada Reforma, en todas sus fases, le alza sólida columna de doctrina católico-eucarística, al conservar el sacrificio del altar; el negro masonismo grita despechado desde lejos que ha visto pasar al Sacramento santísimo, pero que reniega de Él para siempre, y con esto le declara elocuentemente; todas las religiones y sectas, en fin, predican desde elevadas cimas las prerrogativas de un Sacramento que sólo el Hijo de Dios quiso revelar á su amada Esposa, la Iglesia Católica.

CAPÍTULO XXV

La Eucaristía y los errores que respecto de ella han germinado en los siglos que cuenta la Iglesia de existencia

Vindicación del dogma eucarístico

SUMARIO

Siglo I.—Simoniacos y Basilidianos; Menandritas, Ebionitas y Cerintianos.

Siglo II.—I. Cataristas, ó Gnósticos.—II. Tacianos y Severianos.—III. Montanistas.—IV. Arconticos.—V. Pepucianos.—VI. Ofitas.—VII. Artotiritas.

Siglo III.—I. Samosatenos.—II. Acuarios.—III. Vinarios.

Siglo IV.—I. Aerianos.—II. Egipcianos.—III. Donatistas.—IV. Coliridianos.

Siglo V.—I. Nestorianos.—II. Eutiquianos.—III. Otro error en España.

Fuentes copiosas de donde brota la inmunda herejía son la soberbia, la ignorancia, la incontinencia y la rebelión á la autoridad legítima. Para convencerse de esta deplorable verdad no hay más que recurrir á la historia y ojear en ella las páginas que se ocupan de los hombres que á la Iglesia como á la sociedad en general funestos fueron. Todos ó casi todos estos repugnantes seres se alzaron contra la justicia y el poder, porque de alguno ó de todos los mencionados vicios dominados estaban. No era el deseo del bien común, ni del orden, ni de la ciencia verdadera el móvil que les impulsaba á prorrumpir en horribles blasfemias, en risibles dislates ó en furiosas acometidas; eran, sí, las fuertes pasiones que les arrastraban á manifestarse en trágicos su-

cesos. He ahí por que la sincera descripción de las costumbres privadas y sociales de los hombres funestos á la Religión y á la Patria, es la más selecta *apología* de sus errores. Valentino, ilustrado sacerdote, en medio de su aparente religiosidad, abrigaba en su corazón las aspiraciones por un alto obispado; pero habiéndole sido preferido otro presbítero más humilde que él, comenzó á impugnar los misterios de la fe cristiana, queriendo mezclar las fábulas gentílicas con la pura doctrina católica: Valentino se hizo terrible heresiarca por no haber ahogado cuando debió, sus criminales sentimientos de soberbia. Mahoma, insensato visionario, dió en la manía de establecer un nuevo orden de cosas, ordenando redactar para el efecto el triste Korán, que no escribió él por ignorar este arte, y determinando esa infausta era mahometana que tantas lágrimas y sangre ha hecho derramar en la sucesión de los siglos: Mahoma fué un impostor imbécil por no conocer la ignorancia crasísima de que estaba poseído. Marción, atrevido presbítero, fué arrojado de la Iglesia por su propio padre, su obispo, no por otro motivo que por haber cometido un pecado gravísimo de impureza; desde entonces prometió á los fieles dividir eternamente á la Iglesia de Jesucristo, sembrando en efecto las arteras herejías que daños tantos causaron en la humanidad: Marción se hizo formidable hereje, por no saber refrenar á tiempo los bajos apetitos. Focio, corrompido lego, llevado de sus ambiciones sacrílegas, jamás quiso oír la voz benigna del Supremo Pastor de los fieles que le ordenaba la espontánea dimisión de su cargo, y, en su consecuencia, introdujo en mal hora el desgraciado cisma de los griegos: Focio se hizo hereje por la maldita rebelión á la autoridad legítima. Lutero, fraile sin vocación, á la par que de claro talento, para su desgracia, es el modelo de los heresiarcas que reunieron todas las exaltadas pasiones humanas desatadas, y que pusieron en conmoción al orbe entero: por eso Lutero causó en la sociedad, más que ningún antecesor suyo, daños inmensos é irreparables.

Vistas las fuentes de donde mana toda herejía, y conside-

rando que la escena que se desarrolla en todos los tiempos respecto al error es siempre la misma, tenemos adelantado muchísimo para pesar con exactitud el valor de las opiniones, teorías y sistemas de los hombres á quienes no impulsa á obrar la verdad, la justicia y el bien, y ésta, que es una regla general, debemos tenerla muy presente al ocuparnos en este capítulo y siguientes de las herejías antieucarísticas, para poder mejor desbaratarlas y levantar sobre sus informes y asquerosos restos, la monumental fábrica de la verdad eucarística, á fin de que este luminoso faro envíe sus potentes rayos que hieran las inteligencias necesitadas y las conciencias dormidas.

SIGLO I

Abrió la puerta á los herejes de todos los siglos el impío Simón Mago, quien, para engañar mejor á las muchedumbres, intentó comprar á los apóstoles el don de obrar milagros. Repelido, empero, enérgicamente por el Jefe de la Iglesia, comenzó á dogmatizar que el Verbo no había tomado carne real, sino ficticia, y de consiguiente negaba que en la Eucaristía estuviese verdaderamente presente la Carne y Sangre del Salvador. Discípulos de éste en la escuela y doctrina fueron Basílides y Menandro, que también lograron por desgracia reunir prosélitos. El soberbio Ebión de Pella y Cerinto llegaron á blasfemar que Jesús era hijo natural de José y María, á quien por sus excelentes virtudes se había unido Cristo, bajando del cielo en forma de paloma. Negaron por consiguiente la verdadera esencia del adorable Sacramento, puesto que suponían en Él, como Nestorio, dos personas distintas.

Para rebatir á semejantes embaucadores no hay más que presentar los testimonios del Testamento Nuevo y de los testigos oculares de Jesucristo. Á los primeros sin duda se refiere S. Ignacio Mr. cuando dice (1): «No admiten la Eucaristía ni las oblaciones, porque no confiesan que la Euca-

(1) Ep. ad Smirn.

ristía es la carne de Nuestro Señor Jesucristo que padeció por nuestros pecados, y la que el Padre resucitó por su benignidad».

SIGLO II

I. Entrando en el siglo II tropezamos con los *Cataristas, Purificadores ó Gnósticos*, denominados así porque intentaban purificar la materia de la consagración del Cuerpo adorable del Redentor. Consideraban al pan como creado por el principio malo, deduciendo que para usarlo en la Misa, era necesario purificarlo antes. Quien considere que todas las cosas han sido creadas por Dios, comprenderá que esto es un solemne dislate, digno de olvido sempiterno. Mas estos herejes, al propio tiempo que extremados impíos, se valían para la pretendida purificación del pan, de medios asquerosos é indecentes, los cuales mezclados con la harina de la que se había de amasar aquél, lo dejaban de este modo apto para la consagración. No es necesario descender á atacar semejante herejía, ya que, como dice á propósito un sabio autor (1), no hacían el Sacramento de Cristo, sino más bien el de Satanás, ó para mejor decir: el excremento.

II. *Taciano*, sirio de origen y discípulo del filósofo y mártir S. Justino, al morir este santo, regresó á su patria donde comenzó á sentir perversamente de la fe recibida, abrazando los errores de los valentinianos, gnósticos y marcionistas, quienes sustentaban la doctrina de los dos principios, el uno bueno y malo el otro. Añadían que entre las cosas que el principio malo había creado, unas eran el matrimonio, la carne y el vino á las cuales condenaban como ilícitas. De ahí que los sectarios de semejante doctrina presumiesen celebrar la santa Misa con agua sola, juzgando que el vino no podía usarse para la consagración del cáliz, que decían ser el demonio. Mas esta grosera doctrina contiene tres grandes absurdos y una espantosa necedad que precisa conocer.

---

(1) Annato. De hæreses. Catharist.

Absurdo 1.º—Admitir dos principios como causa de las cosas. Todo lo existente, en efecto, ha sido producido por un solo principio; el Principio divino; y suponer que existe otro principio que tenga las mismas atribuciones que el primero es un enorme dislate; en primer lugar, porque las sagradas Escrituras nos lo acreditan. «Ved, dice el Señor en el Deuteronomio, que Yo soy solo y no hay otro Dios sino Yo: Yo quitaré la vida y Yo haré vivir: heriré y Yo curaré y no hay quien pueda librar de mi mano». Lo mismo repite por Isaías: «Yo soy el Señor y no hay otro». En segundo lugar es la sana razón la que enseña esta hermosa doctrina; á la verdad, es de todo punto indispensable que exista un Ser necesario, que haya creado los demás seres, por la sencilla razón de que ningún ser contingente puede darse la vida á sí mismo. Y llámese á este Ser necesario H ó X, lo cierto es que ha de haber por precisión un ser que sea de su condición necesario. Ahora bien: como este Ser necesario es eterno por naturaleza, de ahí que no pueda haber otro ser igualmente necesario é igualmente eterno: luego es imposible absolutamente que haya dos principios creadores de las cosas.

Absurdo 2.º—Si admitimos la doctrina de los dos principios, resulta que al necesario y eterno Principio le suponemos limitación de poder, ya que el supuesto principio contrario habría de gozar de un poder semejante. Ahora bien; siendo el Ser necesario y eterno de su naturaleza omnipotente, el contrincante, no puede gozar de la misma omnipotencia: la razón está en que si los dos seres en cuestión gozasen de igual poder, ambos podrían mútuamente repelerse, y las obras que creara uno podría destruír su opositor, y al contrario; de lo cual resultaría que ninguno de los dos sería omnipotente: luego es preciso que no haya más de un omnipotente que pueda crear y conservar lo creado.

Absurdo 3.º—Como este sistema admite un principio bueno y otro malo, ambos eternos y necesarios, dedúcese también que hay mal por esencia y que este mal es eterno y necesario. Nada más falso, porque no hay ninguna substancia que sea esencial y absolutamente mala, pues el mal no es

cosa positiva sino privación de bien. El demonio es una substancia esencial y absolutamente buena, muy buena; pero se hizo perversa en su voluntad, lo cual no impide que él sea esencialmente bueno, porque si, por un imposible, el demonio obtuviese de Dios el perdón, quedaría tan bueno como antes; además, aun cuando el demonio sea malo, é induzca á los hombres á la maldad, no por eso puede sostenerse que sea eterno y necesariamente malo, ya que fué creado por el Ser supremo y de Él depende.

De este sistema no sólo se siguen tres detestables absurdos, sino muchísimos más, pues todo él no es sino un tejido de grandes aberraciones. Finalmente: la risible necedad que contiene el sistema de los *Tacianos*, consiste en que celebraban el santo Sacrificio con agua sola, porque, según ellos, el vino, como producido por el principio malo, es ilícito. Y como si quisieran ocultar sus diabólicas mañas, alegaban que el uso del vino es ilícito porque ha sido creado por el infernal espíritu. Si hubieran ojeado mejor el Evangelio de S. Juan, capítulo I, el cual asegura que todo fué obrado por el Verbo, y que nada fué hecho sin Él, no hubieran proferido necedad semejante. De este pernicioso error participaban hasta la locura los discípulos de Severo que llegaron á ser fatalmente en considerable número.

III. Discípulos del que por su soberbia se apellidaba «el Paracleto prometido» eran los *Montanistas*, quienes observaban la perversa costumbre de amasar la materia de las hostias eucarísticas con sangre de niño de un año (1). Como puede comprender el lector algo instruído, semejantes desgraciados no podían consagrar realmente, porque la sangre alteraba esencialmente la materia del sacrificio. Los Papas S. Ceferino y Aniceto les condenaron.

IV. Una rama de los valentinianos fueron los *Arcónticos*, quienes, entre otras cosas, afirmaban que la creación del mundo no era obra de Dios, sino de ciertas potencias que apellidaban *Arcontas*. Despreciaban los sacramentos y entre

(1) S. Epifanio, herejía 28.

ellos, negaban el de la Eucaristía. Mas ¿para qué combatir á semejantes infelices si desconocían la filosofía natural?

V. Sectarios de Montano fueron los *Pepucianos*, quienes sustituían al Sacramento eucarístico un misterio de iniquidad, del cual hablan S. Agustín y S. Epifanio. Refieren que dichos herejes tomaban á un niño de un año, le punzaban el cuerpo con agudas saetas, y mezclando la sangre que manaba de las crueles heridas con harina, confeccionaban una especie de pan y lo ofrecían á Dios, mejor dicho, al demonio, á lo cual denominaban: eucaristía. ¡Ignorantes!

VI. No lo fueron menos unos discípulos de los gnósticos, llamados *Ofitas*, que practicaban otra clase de misterios no tan inhumanos como los anteriores, pero más ridículos. Afirmaban, en efecto, que Nuestro Señor Jesucristo, ¡bendito sea su nombre! se había convertido en serpiente, á consecuencia de lo cual, sustentaban reverentemente una culebra, y luego con hechizos y encantamientos la hacían salir del lugar donde la criaran. Cuando deseaban celebrar su falso misterio eucarístico, disponían una mesa, colocaban en ella cierto número de panes, y sacando la inmunda serpiente, la hacían andar á su alrededor, asegurando que por su contacto quedaba preparada la eucaristía. La serpiente era besada por estos infernales corifeos, quienes á continuación comían de los panes y comulgaban á sus prosélitos.

Cuán miserables fueran estos mal llamados iluminados señores, se puede deducir del anterior contexto. De las dos clases de herejes, los primeros pretendían convertir un sacrificio de diablos en ofrenda eucarística; los segundos, más necios que los anteriores y sin duda alguna más ignorantes, pero al cabo peseídos todos de las furias del averno, ó trastornado enormemente su cerebro, intentaban con su sacrificio infame, hacer del más santo y magnífico de los seres el ente más despreciable que puede concebirse. ¡Hasta dónde llega el conato del padre de la mentira, y hasta qué límites más estrechos no puede llegar la humana inteligencia!

Hubo un célebre heresiarca, llamado Marcos, que pretendía consagrar la Sangre del Señor, mediante unas palabras

misteriosas que no eran las legítimamente consagratorias. Al efecto, tomaba un cáliz de transparente cristal, en el que vertiendo vino blanco y pronunciando las referidas palabras, hacía ver por este mágico arte, que tomaba un color rojizo, asegurando que la Sangre de Nuestro Señor Jesucristo era vertida en aquel momento en su cáliz.

VII. Finalmente, confundidos con los Pepucianos, los *Artotiritas* ofrecían para materia de la consagración pan y queso, fundándose en que los hombres primitivos ofrecían sus oblaciones de los frutos de la tierra y de las ovejas. ¡Oh locura humana!

SIGLO III

I. Pasando al siglo III, se presentan en el cuadro de la historia los *Samosatenos*, discípulos de Pablo de Samosata, obispo de Antioquía, los cuales no rechazaban, como los montanistas, el dogma de la Eucaristía, pero aseguraban que la Sangre de Cristo vertida en el cáliz era corruptible, al modo de los demás licores. Ciertamente, si hablaban de la sangre, como especie eucarística, no iban errados; mas parece que atribuían la corrupción á la Sangre de Cristo, considerada como tal, y, en este caso, era una solemne heretical blasfemia, ya que Jesucristo, una vez resucitado, no puede padecer corrupción, y ni aun antes de resucitar quedó corrompido en parte alguna, porque, según afirma el Salmista, Dios no permitió que su Santo viese la corrupción (1).

II. Los *Acuarios*, llamados asímismo *Encratitas é Hidroparastas*, consagraban con agua sola. Se ignora ciertamente en qué época tendría origen semejante herejía, pero se sabe, según S. Cipriano, (2) que la tomarían de la detestable costumbre de algunos cristianos que en los primeros siglos de la Iglesia consagraban dos veces al día, usando por la mañana en la consagración del cáliz agua sola, y por la noche después de haber cenado, vino solo. Mas no dejaba de tener tal práctica su particular artificio, porque

(1) Ps. XV, v. 10.
(2) Epist. 73 ad Cecilium.

con el fin de que los perseguidores del Cristianismo ignoraran su profesión de cristianos—la cual se advertía por el olor á vino que despedían los que habían comulgado—se abstenían de él y celebraban con agua, logrando por este medio no ser conocidos de sus enemigos; por la noche, empero, no existía semejante peligro, porque cenaban antes de celebrar la Misa, y en la cena bebían vino como es costumbre. Semejantes herejes á más de no consagrar válidamente por la mañana pretendían que prevaleciese su grosero error. Jesucristo, en efecto, dió una misma materia para la consagración del cáliz, tanto para la mañana como para la tarde, y ésta es vino de vid, según lo declaró el mismo Señor después de haberlo consagrado. «Dígoos en verdad, que desde hoy más no beberé de este fruto de vid, hasta aquel día cuando le beba nuevo con vosotros en el reino de mi Padre (1)». Luego la manera de proceder de tales cristianos era una formal herejía, indicando además por el modo de celebrar el sacrificio el poco amor que profesaban á Nuestro Señor, ya que tenían á menos y aun evitaban el parecer cristianos.

III. Á últimos de este siglo aparecieron los *Vinarios*, los cuales enseñaban que no debía mezclarse una poca de agua con el vino que se ofrece en nuestros altares. Este error que Guido lo pone como el undécimo de los griegos, y del que participaron también los armenios, aunque parece de poca importancia no lo es en realidad, ya que ordenado está por los concilios y Pontífices que se mezclen unas gotas de agua en el sacrificio.

Para repeler este falso concepto remitimos al lector á los capítulos que se ocupan de la Eucaristía y los Concilios, y allí verá los correspondientes decretos. Además, siempre fué costumbre en la Iglesia usar de una práctica semejante, ya para denotar la unión de Cristo con el pueblo fiel, ya también para designar y conmemorar la sangre y agua que á un mismo tiempo brotaron del costado del Salvador.

---

(1) Math. XXVI, 29.

SIGLO IV

I. En el siglo IV perturbaron al orden eclesiástico y social los *Aerianos*, secta de novadores que, con su jefe Aerio, afirmaban ser inútil ofrecer el Sacrificio de la Misa por los difuntos. De semejantes herejes tomaron base más tarde los principales heresiarcas para negar el dogma de la transubstanciación y el Sacrificio de la Misa. Pero á más de remitir al lector al tratado III, donde nos ocuparemos con más detención de este grave asunto, digo que no es inútil el sacrificio por los difuntos, antes al contrario, muy agradable á Dios y provechoso á las almas del purgatorio. Es muy agradable á Dios, porque Jesucristo se ofrece por ellas á su mismo Padre, quien no puede rechazar el holocausto de su Hijo Santísimo, como no rechazó el de la cruz: y por otra parte, es de fe que nosotros podemos ayudar á los difuntos con nuestras oraciones, limosnas, indulgencias, y particularmente con el sacrificio de la Misa.

II. Los *Egipcianos* consagraban con leche en lugar de vino; á los cuales contestamos lo mismo que á los acuarios. Mas detengámonos en el error de los *donatistas*, trascendental en extremo por sus graves consecuencias.

III. En efecto, la causa que movió al autor de esta herejía á separarse de la Iglesia es bien ridícula. Mientras arreciaba la persecución de Diocleciano, algunos obispos africanos entregaron á los gentiles las Escrituras sagradas. Consideróse este acto como cierta apostasía hija de la debilidad, por lo cual, siendo sospechoso de ella Mensurio, obispo de Cartago, Donato, obispo de Casas Negras, se separó de su comunión, sin haberse enterado antes de si era cierto el hecho que se imputaba á aquél. Desde este momento, Donato apareció como hereje y cismático. Sus prosélitos afirmaban entre otras cosas, que los sacramentos conferidos por sacerdotes indignos eran nulos. De lo que deducían que aun los que no se pueden reiterar debían volverse á conferir por ministros buenos, si es que lo habían sido primero por ministros malos. Aunque hayamos respondido á este

error en el presente tratado, sin embargo, vuelvo á repetir que nada tiene que ver la validez del Sacramento con el estado de gracia ó de pecado del ministro, porque éste, al conferir los sacramentos, no obra en virtud de sí mismo, sino en virtud de Aquél por el cual se da la gracia de los sacramentos. Por lo cual, S. Agustín, respondiendo á la doctrina de los herejes de que nos ocupamos, dice: «Dió el bautismo Judas, y no fué bautizado de nuevo el sujeto bautizado por este apóstol; diólo Juan Bautista, y fué rebautizado el sujeto bautizado por el Bautista; porque el bautismo dado por Judas es de Cristo, mientras que el conferido por S. Juan era del Bautista... Si, pues, el que bautizó era ebrioso, homicida, adúltero, si el bautismo era de Cristo, Cristo bautizó. No temo al adúltero, no al ebrioso, no al homicida, sino que atiendo á la paloma, por la que se me ha dicho: Éste es el que bautiza (1)», á saber: El Espíritu Santo; las cuales son palabras del mismo Espíritu Divino, dichas á S. Juan Bautista, cuando, enviándole á bautizar con agua, le dijo: «Sobre aquél que tú vieres descender el Espíritu y reposar sobre él, éste es el que bautiza en Espíritu Santo (2)». Sucede en esta materia, lo que acontece en las cortes de los reyes. Suelen éstos delegar en sus ministros parte de su autoridad soberana para que dispongan de ella según prudentemente les pareciere, prescribiéndoles al mismo tiempo, ciertas condiciones que se han de cumplir por su parte y aun por las del sujeto, si es que también las impuso á éste. Ahora bien: llégase un súbdito del rey á palacio y pide una gracia particular. Al momento los encargados le notifican que tenga la bondad de llegarse á tal ó cual ministro, quien tiene potestad para concedérsela. Éste pone de su parte los requisitos que le prescribió su soberano, y le concede la gracia solicitada. Aquí se preguntan dos cosas: ¿Fué válida la concesión? Se me responderá que sí. ¿Por qué? Porque el ministro hizo lo que se le man-

(1) Contra Donat.
(2) Super quem videris Spiritum descendentem, et manentem super eum, hic est, qui baptizat in Spiritu Sancto. Joan. cap. I, v. 33.

dó y del modo que se le indicó. ¿Pero si el ministro era un necio, un ebrioso, etc. etc?—No importa, se añadirá, porque estas circunstancias no entraron como condiciones indispensables para que no pudiera válidamente conceder lo que se le pedía... Pues esto es lo que respondemos á los donatistas y á los que sigan su error.

IV. Los *Coliridianos* veneraban con grande exceso á la Virgen Santísima, efecto de lo cual, la tributaban honores divinos, y, queriendo parodiar para con Nuestra Señora el misterio de la Eucaristía, que se celebra únicamente á honor de la Santísima Trinidad, la ofrecían idolátricamente unas tortas fritas con aceite, por ministerio de unas sacerdotisas encargadas al efecto de tales funciones.

SIGLO V

I. Con el nombre de *Nestorianos* aparecieron después de la muerte de S. Agustín dos horribles clases de herejes, que, aunque no negaban la transubstanciación claramente, empero no confesaban con la Iglesia, que la carne del Hijo del Hombre por excelencia, fuera la de Jesucristo Hijo Unigénito de Dios, el mismo que nació de María Santísima. Sobre este falso fundamento edificaba cada uno de ellos dos edificios distintos, afirmando los unos que el Hijo del Hombre de que habla el Evangelio, es un puro hombre cualquiera, sea justo ó pecador, en cuya carne se convierten las substancias terrenas de pan y vino, para la remisión de los pecados; los otros, yendo más adelante, y concediendo á este fantástico Hijo de Hombre una perfección sublime, dogmatizaban que era, no cualquiera hombre, sino un varón justo, santificado y segregado de la vida común, un templo de Dios que poseía realmente en sí la habitación divina (1). Mas estos ignorantes ¿habían leído á S. Juan, cuando describe la promesa de la Eucaristía? Cristo es el que habla y dice: «Yo soy el pan vivo que bajé del cielo; este pan que Yo daré es mi carne por la vida del mundo; si no comiereis

(1) Lanfranco. De Eucharistiæ Sacram. lib.

de esta carne no tendréis vida en vosotros . Palabras que ni son anfibológicas, ni admiten duda alguna; los mismos cafarnaitas entendieron que la carne que les quería dar Jesús, no era la de cualquiera hombre, ni la de un santificado, sino la del mismo Cristo.

Jesucristo ciertamente se llama hijo de hombre, porque es hijo legítimo de María, que es pura criatura; *Et peperit filium suum unigenitum* (1); y además porque era reputado por hijo de S. José... *ut putabatur filius Joseph* (2) y aun particularmente, porque, descendiendo de David, era apellidado hijo de él, *hossanna filio David;* (3) pero este Hijo de hombre, es Hijo de Dios, según lo pregonan la Sagrada Eucaristía, los milagros que obró, los sucesos que predijo y se realizaron y el testimonio de los mismos demonios que en su presencia lo aclamaban por Hijo de Dios. ¿Á qué vienen, por tanto los nestorianos, á negar que en la Eucaristía está realmente y en verdad la propia carne de Jesucristo? Por otra parte, y valiéndome del argumento del sabio Lanfranco (4); ¿puede acaso la carne de cualquier hombre santificar, por más que se le suponga santificado? Para el efecto sería necesario, ó que fuera la misma santidad, que no existe fuera de Dios, ó que Dios hubiese concedido á alguno el privilegio de santificar y salvar á los pueblos. Y ¿á quién de los hombres le ha otorgado el Omnipotente potestad de santificar y salvar los pueblos? Á Jesucristo únicamente. Sólo Jesucristo es, en efecto, el que santifica (5), y sólo por su gracia hemos sido salvos (6), dice terminantemente S. Pablo. He ahí por que los dichos herejes fueron condenados en el Concilio Efesino, celebrado en 431.

II. *Eutiques,* abad de un monasterio de Constantinopla, por huír del error de Nestorio, quien admitía dos personas en Cristo, cayó en el opuesto, admitiendo una sola natura-

(1) Luc. II, 7.
(2) Luc. III, 23, y IV, 22.
(3) Math. XXI, 9.
(4) Loc. cit.
(5) Ad Heb. II, 11.
(6) Ad Ephes. II, 5.

leza divina. Según él y sus secuaces, á quienes siguió Dióscoro, patriarca de Alejandría, en el Sacramento Santísimo no hay verdadera carne, porque la que tomó el Verbo eterno fué transformada en su Divinidad, de suerte que una misma era la carne y la substancia de la Divinidad. Á más de que semejantes herejías condenadas fueron por el Concilio Calcedonense, quien considere que la materia y el espíritu son diametralmente opuestos en su substancia, comprenderá el sofisma de estos infelices.

III. En algunos lugares de España, según Alcuino, hubo la detestable costumbre de ofrecer pan con sal para materia del sacrificio. No sé qué fundamento pudo tener el diácono de la Iglesia de Yorck para atribuír semejante irregularidad á nuestros ascendientes.

CAPÍTULO XXVI

Se vindica el dogma eucarístico contra los errores que respecto á él germinaron desde el siglo VI hasta el XV inclusive.

SUMARIO

Siglos VI y VII.—I. Acimitas.—II. Fermentadores.

Siglo VIII.—I. Albanenses.—II. Iconoclastas.

Siglo IX.—I. Erigenistas.

Siglo XI.—I. Berengaristas.

Siglo XII.—I. Petrobrusianos y Enriquianos.—II. Stadingos.—III. Arnalditas.

Siglos XII y XIII.—I. Waldenses.—II. Albigenses.—III. Varios errores de los griegos y armenios.

Siglo XIV.—I. Widefitas.—II. Encapirotados.—III. Lollardos.

Siglo XV.—I. Husitas.

SIGLOS VI Y VII

I. La última herejía del precedente capítulo continuó en estos dos siglos, asintiendo á ella muchos armenios, quienes añadieron otro notable error sobre la materia del Sacrificio; á saber: que no podía consagrarse la Eucaristía con pan ácimo, y los latinos que lo verificaban de este modo, eran llamados por aquéllos *acimitas*.

II. En efecto: á tanto llega la audacia de los griegos cismáticos, llamados por este respecto *fermentadores*, que jamás dejan celebrar en sus propios altares á los latinos; si alguna vez, ignorándolo ellos, ó contra su voluntad, se atreven éstos á celebrar, purifican los lugares del sacrificio. Pe-

ro es lo cierto que Nuestro Señor Jesucristo instituyó el augusto Sacramento con pan ácimo y no con fermentado. Con su demostración vindicaremos á la Iglesia Romana, nuestra santa Madre, y detestaremos no el uso del pan fermentado, pues los griegos tienen permiso y hasta mandato de la Sede Apostólica de usarlo, sino la aserción de que no puede haber Sacramento, consagrado con pan ácimo.

Jesucristo celebró, en efecto, con pan ácimo. Era fiesta de los ácimos el día 14 de la luna de Marzo, en la cual los judíos no podían absolutamente comer pan fermentado. Ahora bien, el Divino Redentor instituyó la Eucaristía en el mismo día: luego la instituyó con pan ácimo. Probemos las dos premisas y obtendremos su conclusión lógica.

Primera.— Era fiesta de los ácimos el día 14 de la luna de Marzo, en la cual los judíos no podían comer de ninguna manera pan fermentado. Efectivamente: «En el mes primero, dice el Levítico, el día 14 del mes por la tarde, Pascua es del Señor. Siete días comeréis ácimos. El primer día será muy solemne y santo para vosotros: no haréis en él ninguna obra servil» (1). Este mes, era el de Marzo, y el día 14 de este mes por la tarde era Pascua del Señor. Mas ¿cuál es esta tarde del día 14? ¿Es la natural ó la legal? Sabido es que los judíos contaban las fiestas desde la tarde precedente á la fiesta, hasta la tarde del mismo día de la fiesta, según lo expresa el Levítico: «De tarde á tarde, celebraréis vuestros sábados (2)». Luego la tarde legal del día 14 era la natural del 13; ahora bien: el día solemne de los ácimos era el 15, pues en ella empezaba la fiesta del día 15, que ocurría en sábado; luego su tarde legal era la natural del día 14; pero esta tarde no debía decirse: tarde del día 14, sino del 15, ya que en ella empezaba la fiesta del día 15; así también la del día 14 no debía llamarse del 13, ya

(1) Mense primo, quarta decima die mensis ad vesperum, Phase Domini est: Et quinta decima die mensis hujus, solemnitas azymorum Domini est. Septem diebus azyma comedetis: Dies primus erit vobis celeberrimus, sanctusque: omne opus servile non facietis in eo. Levit. cap. 23, vv. 5, 6, 7.

(2) Levit 23, v. 32.

que en ella empezaba la fiesta del 14. He hecho mención de esta circunstancia porque los griegos pretenden que Jesucristo Nuestro Señor instituyó la Sagrada Eucarístía el día 13, en cuyo día era permitido comer pan con levadura; pero nosotros afirmamos que ciertamente la instituyó dentro del día 13 natural, pero que la hora en que dió principio á su institución fué al anochecer del mismo día, según aquello: «El día 14 del mes primero por la tarde, es Pascua del Señor» y según lo del Exodo: «Todos los hijos de Israel inmolarán el cordero por la tarde» (1). Y esta tarde se computaba por la del día 14, porque en este día empezaba la fiesta de los ácimos; luego el día 14 era el primero de los ácimos. Además; en este día los hebreos no podían comer pan con levadura, según lo mandó Dios Nuestro Señor. «El día 14 del mes por la tarde comeréis los ácimos» y no sólo no podían comerlo, sino que les estaba prohibido guardar levadura en sus casas: «Por espacio de siete días (á contar de éste inclusive) no se hallará levadura en vuestras casas». Luego hemos probado que el día 14 de la luna de Marzo era fiesta de los ácimos, en el que los israelitas no podían comer pan fermentado.

Veamos ahora si Jesucristo instituyó la Eucaristía en el mismo día. (2) «El primer día de los ácimos, dice S. Mateo, se llegaron los discípulos á Jesús y le dijeron: ¿En dónde quieres que dispongamos para que comamos la Pascua? Á lo que respondió Jesús: Id á la ciudad á casa de cierta persona y decidle: el Maestro dice: Mi tiempo está cerca: en tu casa hago la Pascua con mis discípulos». Éstos lo ejecutaron como Jesús lo había mandado y dispusieron la Pascua. Cuando llegó la tarde el Redentor se sentó á la mesa con sus doce discípulos, «y después de haber cenado, les dió á comer su Cuerpo y beber su Sangre. Esto dice S. Mateo, lo cual confirman los otros evangelistas; S. Marcos así se expresa: «El primer día de los ácimos cuando inmolaban la Pascua, dijeron á Jesús sus discípulos» (3) etc. y S. Lucas

(1) Exod. 12, v. 6. (2) Cap. 26, vv. 17, 18, 19, 20. (3) Cap. 14, v. 12.

añade: «Vino, pues, el día de los ácimos en que era menester matar la Pascua» (1), y añade S. Juan: «Antes del día de la fiesta de la Pascua» (2) etc. Por lo tanto, se ve claramente que Jesús instituyó la Eucaristía el primer día de los ácimos y no adelantó un día la Pascua como quieren los griegos. Ahora bien: desde el primer día de los ácimos inclusive, hasta seis días después consecutivos, no podían los hebreos comer el pan con levadura: luego nuestro Divino Salvador no usó de este pan para la consagración de su Cuerpo. Que lo hiciese así, se prueba en primer lugar, porque siendo Jesucristo Nuestro Señor observantísimo de la ley, (3) no podía por menos de celebrar la Pascua según estaba ordenado, y ordenado estaba que se celebrase sin levadura. En segundo lugar, porque en estos días estaba prohibido á los judíos guardar en sus casas panes con levadura. ¿Cómo, pues, siendo observador de la ley el hebreo en cuya casa celebró el Salvador la cena, podía tener guardado pan con levadura contra la prescripción de esa misma ley? Y aun cuando concediésemos que lo tuviera, ¿no es cierto que no lo hubiera prestado á Cristo y sus discípulos por no escandalizarlos? Mas suponiendo que lo prestara, ¿cómo es de creer que los apóstoles, verdaderos israelitas, y el mismo Jesucristo quisiesen oponerse al mandato del Padre eterno? Los griegos, que por una parte se han visto obligados á inclinar la cabeza ante los argumentos propuestos, se han atrevido por otra á blasfemar, como asegura Alonso de Castro, (4) de las Sagradas Escrituras, diciendo que excepto S. Juan, erraron los demás evangelistas. ¡Alabado sea Dios! ¡Hasta donde llega la soberbia! Por no querer confesar con los latinos que Jesús consagró con pan ácimo, según enseñan S. Mateo, S. Marcos y S. Lucas, han calumniado á estos sagrados Evangelistas, diciendo que erraron y que después les corrigió S. Juan, fundándose no sé en qué de este evangelista, pues es cierto que S. Juan se conforma con sus compañeros.

(1) Cap. 22, v. 7. (2) Cap. 13, v. 1. (3) Cap. V. (4) Adversus hæreses, lib. VI. hær. II.

Pero responderán los griegos: Es que el evangelista en el que nos apoyamos, afirma además (1) que Jesús fué presentado á Pilato el día de Pascua. Luego si Pascua era el día 14 en que murió Jesús, la institución de la Eucaristía fué el día 13. Pero, no; el evangelista asegura que los enemigos de Jesús dejaron de entrar en el pretorio por no contaminarse y poder comer la Pascua; mas de esto no se deduce que ese día fuese el gran día de Pascua, ya que Pascua era el Viernes, 14, con la víspera del 13, ó sea, día primero de los ácimos, y en este día fué muerto Jesús. Que muriese, no el día de la gran fiesta ó sábado, sino la víspera, lo especifica S. Juan cuando dice que (2) «los judíos, porque era la Parasceve, para que no quedasen en la cruz el sábado, (porque aquél era el grande día de sábado) etc». Luego Jesucristo murió el 14 ó día de Parasceve; y como en la tarde del 13 natural, que se computaba por el día 14 legal, instituyó la Eucaristía, la celebró, no en el 13 sino en el 14, día en que no se podía comer pan fermentado. La Pascua de que habla S. Juan en el lugar mencionado no es la del cordero Pascual, sino las víctimas que los particulares ofrecían durante la solemnidad de la Pascua, cuya carne comían, la cual suele decirse Pascua en la sagrada Escritura.

Callen por lo tanto los griegos, les diré con (3) Alonso de Castro, pongan la mano en su boca y dejen de blasfemar de Dios, afirmando que S. Mateo, S. Marcos y S. Lucas erraron en la narración del tiempo de la institución de la Eucaristía y que después les corrigió S. Juan. ¿Acaso no piensan que si esto fuese posible toda la sagrada Escritura venía abajo? Porque, admitido que un evangelista errase, ¿cómo quedaría la autoridad de las Escrituras? Mas argüirán: convenimos en que estos tres evangelistas no errasen absolutamente, sino tan sólo en la narración del tiempo en que

(1) Adducunt ergo Jesum á Caipha in prætorium. Erat autem mane. et ipsi non introierunt in prætorium ut non contaminarentur, sed ut manducarent Pascha. Joan. 18, v. 28.

(2) Judæi ergo, (quoniam Parasceve erat) ut non remanerent in cruce corpora sabbato, (erat enim magnus dies ille sabbati). Joan. 19, v 31.

(3) Adv. hæres. lib. 6, hær.

se instituyó el Santísimo Sacramento. Empero todo católico les responde, que ni aun en esto erraron, porque en la Escritura ni una jota ni una tilde faltan, ni sobran, porque toda ella fué inspirada por el Espíritu Santo, que no puede equivocarse ni engañarnos.

SIGLO VIII

Por los años de 796, los *Albanenses*, profesores de la antigua doctrina de los dos principios, reprobaban el Antiguo Testamento, el cual fué hecho, según decían, por el principio malo y, admitiendo el Nuevo, proscribían, no obstante, la santa Eucaristía. Precisamente es el Nuevo Testamento el que en cinco distintos lugares se ocupa claramente del Sacramento del Altar. Si admiten por consiguiente el Nuevo Testamento ¿por qué rechazan una de sus principales partes? ¿Dónde está la lógica?

SIGLOS IX Y XI

Los *Erigenistas*, discípulos del tristemente famoso Juan Escoto Erigena, al que se le atribuye un pésimo libro *De Corpore Domini*, negaban, como su maestro, la real presencia de Jesucristo en la Eucaristía; pero tanto á estos perversos herejes como á los *berengaristas* que secundaron sus fatales miras, hemos contestado lo suficiente en el discurso de esta Obra.

SIGLO XII

I. En 1120 aparecieron los *Petrobrusianos*, llevando por jefe á Pedro de Bruis, simple lego que comenzó á difundir sus errores por el Delfinado y la Provenza. Viendo los obispos y señores de estos países las blasfemias hereticales que contra la Iglesia de Dios profería, le arrojaron de sus dominios con gran confusión; mas él, pasando á Languedoc y á otros lugares comarcanos, se entretenía saqueando iglesias y derribando altares. Concluyó la carrera de esta vida siendo quemado vivo.

Los *Enriquianos*, que reconocían por jefe á cierto monje

de Tolosa, llamado Enrique, propagaron en 1128 sus funestos errores por las mismas provincias que los petrobrusianos. El desdichado monje era un sujeto que, cansado del claustro, corrió á sumirse de nuevo en los deleites mundanos. Sus parientes le despreciaron, y viéndose solo, logró reunir unos pocos mentecatos como él, y empezaron á esparcir las herejías de Pedro de Bruis.

Tanto los unos como los otros enseñaban que «el sacrificio de la Misa es nada». Si quisiéramos atacarles usando de la sátira, les diríamos: ¿Con que el sacrificio de la misa es nada? Nosotros creíamos hasta ahora que la nada no existe, mas es cierto que la Misa es algo; por lo tanto, os equivocáis diciendo que es nada. La Misa, además, no es una fantástica quimera que la imaginación se ha forjado, sino un *quid* real y positivo, una Obra que tiene fundamento solidísimo. Mas observemos bien el sentido de vuestra expresión. Decís que es «nada». Con esto habréis intentado afirmar que la Misa es un mito, que para nada sirve, en fin: que no obra ningún efecto. Está bien; yo de mi parte apelo á su institución divina que vosotros no podéis negar y resulta que no es ningún mito; recurro á quien la estableció, de cuya divina autoridad no dudáis vosotros, y encontramos que remedia las desgracias, las miserias y las calamidades, luego para algo sirve; acudo á las almas que se santificaron y á los que hallaron por ella bienes temporales, y descubro que sus efectos son inmensos y admirables.

II. En la Germania inferior creció la herética semilla, llamada de los *Stadingos*, la cual se multiplicó en tanto grado, que fué preciso que el Papa Gregorio IX mandara una cruzada contra semejantes herejes. Guardaban la abominable práctica de llegarse á la Comunión de los católicos, y después de recibir la sagrada Forma, la extraían de la boca, arrojándola con desprecio á una letrina.

III. En este mismo siglo tomaron gran incremento los *Arnaldistas*, quienes, recibiendo el Sacramento eucarístico á la par que los católicos, lo profanaban como los herejes anteriores. Preguntados por los ortodoxos si consagraban el Cuer-

po del Señor, respondían afirmativamente, entendiendo por cuerpo del Señor, su propio cuerpo, que de alguna manera aumentaban comiendo. S. Bernardo trabó una fuerte lucha contra semejantes corifeos, de los cuales dice entre otras palabras: «No ignoro que se glorían de ser solos ellos el cuerpo de Cristo; pero esto pueden persuadírselo ellos, estando en la creencia de que tienen poder de consagrar cada día en sus mesas el cuerpo y la sangre de Cristo, ó de alimentarse como miembros y cuerpo de Cristo».

SIGLOS XII y XIII

I. En en siglo XII, una horrible turba de gente sembró la impiedad por la Europa, siendo necesaria la predicación de una insigne Orden y el azote de las cruzadas para poder disiparla por completo. Se llamaba de los *Albigenses*. Entre los delirios que soñaba fué uno despreciar la sagrada Eucaristía, y afirmar que el Cuerpo de Jesucristo está del mismo modo en el pan que lo está en las demás cosas; mas semejante absurdo quedó ya rebatido.

II. Los *Waldenses*, sectarios de Pedro de Waldo, rico mercader de Lyon, afectaban persuadirse que la pobreza evangélica es necesaria para conseguir la salvación. Como la ignorancia es muy atrevida, Pedro y sus correligionarios tuvieron la osadía de predicar que los sacerdotes que no practicasen la pobreza como ellos, y que estuviesen además en pecado mortal, no eran verdaderos ministros de Jesucristo y por consiguiente, no podían absolver, consagrar, etc.

Contra semejantes impíos responderemos en primer lugar, que la pobreza no está mandada, sino aconsejada en el Evangelio, porque aunque S. Marcos diga: «Y les mandó que no llevasen nada para el camino, ni alforja, ni pan, ni dinero en la bolsa, sino solamente un bordón; que calzasen sandalias y que no vistiesen dos túnicas» (1); sin embargo, estas palabras, no incluyen sino un precepto temporal para

(1) Et præcepit, eis, ne quid tollerent in via, nisi virgam tantúm, non peram, non pànem neque in zona æs. Sed calceatos sandaliis, et ne induerentur duabus tunicis. Marc. VI, vv, 8 y 9.

los apóstoles, cuando fueron á predicar por la Judea, según afirman los Santos Crisóstomo (1) y Anselmo; pero después, el mismo Jesucristo en la noche de la cena mandó á sus discípulos que cada cual tomase lo que tuviese á la mano; quien la bolsa, quien la espada, quien la alforja. Luego supuso que estaban ya libres del precepto. Además: cuando el joven de que habla el Evangelio, interrogó al Divino Salvador: ¿Qué es lo que haría para conseguir la vida eterna? Éste contestó: «Guarda los mandamientos» (2). Ahora bien: si la pobreza evangélica fuera necesaria para obtener la salvación, ¿no se la hubiera prescrito el Señor, siendo así que no le faltaba sabiduría para contestar plenamente á lo que se le preguntaba? Finalmente; si la pobreza evangélica fuese necesaria para adquirir la vida eterna, como querían los waldenses, la Iglesia de Jesucristo estaría en un lamentable error, y la mayor parte de sus sagrados ministros se condenarían eternamente por poseer bienes particulares. Lo único que hay aquí, es que los obispos y sacerdotes católicos no deben tener apego demasiado á los mencionados bienes, porque su herencia es Jesucristo.

Probado que la pobreza evangélica no es de precepto, se desvanece al instante el error de los waldenses. Mas no paraban éstos aquí. Sostenían también, que toda potestad, fuera eclesiástica ó civil, desaparece en el mero hecho de estar en pecado mortal el que la disfruta, afirmando en especial de la Eucaristía, que el cuerpo de Nuestro Señor no se pone en la Hostia del que la consagra indignamente, mientras que si esta misma Hostia, la recibe cualquiera que esté en gracia de Dios, queda consagrada en su misma boca. Contra semejantes desvaríos, á más de remitir al lector á lo que sobre este punto dejamos ya dicho, respondemos que sólo el sacramento del Orden es el que da potestad para conferir los sacramentos, independientemente de la bondad ó malicia del que los administra y recibe.

Añadían semejantes novadores: «Que la Eucaristía puede

(1) Hom. 9 in Epist. ad Philippen.
(2) Math. cap. 19, v, 17.

ser consagrada con la oración del Pater noster». Pero ¿acaso ignoraban que las formas de los sacramentos que Cristo Nuestro Señor especificó, nadie, por autorizado que sea en este mundo, puede cambiarlas, disminuírlas ó aumentarlas?; ahora bien: la forma que Nuestro Divino Salvador usó para la especie de pan fué: «Éste es mi cuerpo» y para la de vino: «Esta es mi sangre»: luego con estas solas palabras se puede consagrar válidamente la Eucaristía. ¿Qué fundamento tiene, para el caso, la oración del Pater noster?

III. Existe además otro error fundado en la ignorancia y el capricho, del cual, como afirma Guido, fueron autores los cismáticos griegos. Consiste en que el Sacramento augustísimo tiene mayor virtud y eficacia si es consagrado el día de la conmemoración de la Cena ó feria quinta de la Semana Santa, que en otro día del año. Pero, ¿acaso el Hombre-Dios no posee en todos los días del año y en todas sus horas la misma virtud, las mismas perfecciones? ¿Por ventura, las palabras: «Esto haced en memoria de mí» se restringieron á un determinado día ú hora? Si pues el Salvador goza en todos los instantes de las prerrogativas que constituyen su ser, y por otra parte no restringió el poder concedido á los sacerdotes de celebrar Misa á un determinado día, ¿á qué vienen los griegos con el dislate mencionado? El Apóstol enseña que cuantas veces comamos del pan divino y bebamos del celestial vino, anunciamos la muerte del Señor. Notemos pues, la palabra: «Cuantas veces». ¿Restringe el número de veces que han de consagrar los sacerdotes y ha de comulgar el pueblo?

Los armenios y mesalianos añadieron otro no menos funesto error tan ridículo como el expresado de los griegos, consistente en que la Santa Eucaristía ni aprovecha ni daña, y que en caso de aprovechar lo es sólo para el cuerpo.

Desgraciadamente, con semejantes aserciones nos persuaden de la ignorancia crasa en que abundan; porque los efectos de la Eucaristía son tan claros en el Evangelio, que sólo un ciego pasa por ellos sin verlos.

Dice el Señor: «El que come mi carne y bebe mi sangre

tiene la vida eterna». Luego uno de los efectos de la Eucaristía, en aquéllos que la reciben dignamente, es darles la eterna vida. Además: «Éste el es pan que baja del cielo, añade el Salvador, para que el que comiere de él, no muera». Mas, ¿cuál es esta muerte? La del alma y la del cuerpo. La del alma, porque, como dice el Concilio Tridentino, este sacramento «preserva de los pecados mortales», por cuyo medio, el alma se sostiene en la gracia de Dios. La del cuerpo, porque la Eucaristía es germen de incorrupción, aun material, y por cuyo medio, los cuerpos resucitarán el último día para no volver á morir más, y así dice el Señor: «Yo le resucitaré en el último día»; luego el Santísimo Sacramento aprovecha para el alma y para el cuerpo. Asegura asimismo, Nuestro Señor, que el que coma su carne y beba su sangre morará en Él, y Él en quien le reciba; ahora bien: Jesús no puede morar en un corazón sujeto al pecado: luego el que le recibe dignamente, posee la misma fuente de las gracias celestiales. Y todos estos, ¿no son grandiosos y sublimes efectos?

Pero no está aquí todo. «Como me envió el Padre viviente, añade Jesucristo, y Yo vivo por el Padre: así también el que me come, él mismo vivirá por mí (1)». Palabras que indican claramente, que el que recibe al Salvador lleva en sí propio la vida de Jesucristo.

SIGLO XIV

I. En 1319, nació en Wiclif, provincia de York en Inglaterra, Juan de Wiclif, (que después se le quedó Wicleff,) el cual más tarde, para su ruina, escandalizó al mundo con sus errores. Para que se vea cómo la envidia, ayudada del despecho, es uno de los principales móviles que impulsan á los heresiarcas para oponerse á la Iglesia y blasfemar contra ella, el arzobispo de Cantorbery, en 1361, hizo una fundación para el estudio de la dialéctica y jurisprudencia, en la que debían intervenir un guardián y once estudiantes, tres

(1) Joan, cap. 6, vv. 50, 52, 57, 58 y 59.

regulares y ocho seculares. Wicleff poseía la plaza de guardián, mas por su mal comportamiento en el cargo y por haber defendido ciertas opiniones erróneas se la quitó el fundador y la dió á un religioso. Murió poco después el fundador y le sucedió en la silla Leugham, quien devolvió á los regulares algunas plazas que habían perdido. Indignado Wicleff apeló al Pontífice, el cual confirmó la expulsión del apelante, y todo cuanto había ordenado Leugham. Desde entonces Wicleff apareció como feroz disidente. Empezó á esparcir doctrinas contra el dogma, particularmente contra el Romano Pontífice, los obispos y frailes, hasta llegar á decir «que las religiones han sido introducidas por el diablo» (1); «que desde el Papa hasta el último religioso todos son herejes» (2); y «que el que da limosna para que éstos se sustenten está excomulgado» (3). Semejantes horribles blasfemias, con otras del mismo ó peor estilo, indican el grado á que había descendido la corrupción de Wicleff. Mas lo que nos importa insertar aquí son las especies que vertiera referentes á la Eucaristía. Suenan así: «La substancia del pan y del vino permanecen en la Eucaristía después de la consagración (4).—Los accidentes de pan y de vino no están allí consiguientemente sin sujeto (5).— Cristo no está realmente en este Sacramento y en la propia presencia corporal (6). —El obispo ó sacerdote que está en pecado mortal, ni ordena, ni consagra, ni bautiza (7)». Debemos sin embargo advertir que semejantes proposiciones heréticas quedaron rebatidas, la primera al tratar de los consubstanciadores; la segunda, al hablar de los accidentes; la tercera, en su lugar correspondiente y la cuarta, en el último punto del capítulo pasado; por lo cual excusa el que hablemos de nuevo. No obstante, debo aducir y combatir al mismo tiempo la que Wicleff trae sobre el Sacrificio de la Misa. Dice el hereje en cuestión que «no está fundado en el Evangelio el que Cristo ordenase la Misa (8)». Á lo cual respondo que si Wicleff hubiese ojeado detenidamente el Evangelio, ni diría

(1) Art. 45. (2) 44. (3) 34. (4) 1. (5) 2. (6) 3. (7) 4. (8) 5.

tal dislate, ni deduciría, por consiguiente, una conclusión tan escandalosa y herética.

Alonso de Castro, en sus libros contra las herejías (1) dice que si Wicleff hubiera tomado el vocablo de Misa por las partes accidentales de ésta, como es el Introito, los Kiries, el Gloria, etc., no juzgara él que en este caso fuese su proposición herética, porque las partes accidentales del sacrificio son de institución eclesiástica; sin embargo, tomándose por lo que se debe tomar, esto es, por lo que constituye la esencia de la Misa, ó sea la consagración del pan y del vino por la que el cuerpo y la sangre de Jesucristo real y verdaderamente se ponen en la Eucaristía, no deja de ser su proposición herética, porque la esencia de la Misa es de institución divina. Siendo, pues, herética, y como tal condenada por la Iglesia en el Concilio de Constanza, juntamente con todos los demás errores pertenecientes á este heresiarca, no dejaremos de rebatirla.

La esencia de la Misa, según acabamos de advertir, no está en el conjunto de preces y ceremonias que la Iglesia, por tradición apostólica, usa antes y después de la consagración, pues es cierto que en esta última consiste principalmente su esencia. Así, pues, decir que la Misa no está fundada en el Evangelio, es decir que en él no se halla que Cristo instituyese la Misa ó la consagración de su Cuerpo y Sangre, bajo las especies de pan y vino. No sería necesario que lo repitiésemos tantas veces: «Tomando Jesús el pan, dió gracias y lo partió y se lo dió, diciendo: Éste es mi cuerpo, que es dado por vosotros... Y asimismo el cáliz, después de haber cenado, diciendo: Este cáliz es el Nuevo Testamento en mi sangre que será derramada por vosotros». He aquí la institución de la Eucaristía como sacramento y sacrificio. La instituye el mismo Salvador; luego la proposición de Wicleff es falsa. Además; este adorable sacrificio que todos los días ofrecemos los sacerdotes, del cual dice Wicleff que lo inventó la Iglesia, está preceptuado en el Evangelio á

(1) Lib. X Missæ, hær. I.

los ministros de Dios para que lo ofrezcan del mismo modo, al menos en cuanto á su esencia: «Esto haced en memoria de mí». Nos lo dice el Evangelio y nos lo asegura S. Pablo. Todos los SS. Padres y doctores católicos, sin exceptuar siquiera uno, están contestes en esta verdad que acabamos de defender y que veremos más difusamente al ocuparnos del Sacrificio de la Misa en el Tratado III.

II. Los *Encapirotados* eran ciertos herejes, partidarios de Wicleff, que por los años de 1387 predicaron osadamente en Inglaterra sus doctrinas antisacramentales, consistiendo una de éstas en no quitarse el capirote, de que entonces usaba el pueblo, delante de la majestad del Santísimo Sacramento. Como negaban la real presencia de Cristo Sacramentado en la Eucaristía, no era extraño que cometiesen semejante acto de impiedad. ¡Qué desgraciados eran!

III. Á principios de este siglo la Alemania, el Austria y la Bohemia fueron inficionadas con los errores de *Lollard Walter*, quien además de negar el Sacramento de la Eucaristía, absolutamente, llamaba á la Hostia consagrada un Dios ficticio. ¡Pero cuán infelices son aquéllos á quienes Dios abandona á sus caprichos!

SIGLO XV

I. Discípulos de Juan Huss, famoso hereje originario de Bohemia, fueron los atrevidos *husitas*. Amaestrado aquél en los errores de Wicleff, venía á sentir como él respecto á los dogmas de la Iglesia. Apoyó más tarde la herejía que vamos á combatir, consistente en que la comunión bajo ambas especies, era de necesidad absoluta para la salvación. Tanto era el ardor con que publicaban el que los fieles están obligados, bajo penas eternas, al uso de la Eucaristía en la especie de vino que, en sus templos y domicilios particulares, pintaban y grababan el cáliz del sacrificio, por lo cual se les denominó *Calicularios*. Contra semejantes desdichados notaremos, que la sunción de la Eucaristía bajo la especie de vino no es necesaria para la salvación, por necesidad de precepto divino, á todos los que no sacrifican.

En efecto. La única razón que podría haber en pro de lo contrario, sería el que la Sangre del Salvador no se contiene en la especie de pan; ahora bien: es cierto que se contiene; porque dice el Señor: «El que me come, vivirá por mí»; luego el que come á Cristo bajo la especie de pan, le come á Él por entero; y como el cuerpo vivo del Salvador posee naturalmente la sangre, luego en la especie de pan donde está el cuerpo se halla también la sangre. Además; todos los efectos que puede producir la Eucaristía los concede tanto por la sola especie de pan, cuanto por la sola especie de vino, como asimismo por la sunción de ambas, pues dice el Salvador: «El que comiere de este pan, vivirá eternamente». Atiéndase que dará la vida eterna al que le recibiere bajo la especie de pan solamente. De donde se infiere que, tomando ya una especie, ya otra, ya ambas, se recibe en cada una de ellas á Jesucristo por entero. Por lo tanto, cumplen con el precepto divino, recibiendo á la Eucaristía bajo la especie de pan solamente, aquéllos que no celebran el santo sacrificio.

Pero se me argüirá: Cristo Nuestro Señor ordenó que se recibiese la Eucaristía bajo ambas especies. Éstas son sus palabras: «Si no comiereis la carne del Hijo del Hombre y bebiereis su sangre, no tendréis vida en vosotros». Luego hay precepto divino. Á lo cual respondo. Es cierto que existe el precepto divino de recibir el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo, esto es, todo Jesucristo; pero no es cierto que se le haya de recibir bajo ambas especies; porque lo que contiene la de vino se contiene en la de pan; de suerte que, recibiendo la Hostia consagrada, se recibe el Cuerpo y la Sangre del Salvador. Ahora bien: cumpliendo con el precepto divino el que recibe á Cristo bajo la especie de pan, ¿quién osará sostener que no lo cumple si no toma también la de vino?

En los primeros siglos de la Iglesia, los fieles, fuera del Sacrificio, recibían generalmente la Eucaristía bajo la especie de pan solamente. Los anacoretas la llevaban al desierto en sola la especie de pan. Asimismo, los encarcelados, los

enfermos y los impedidos, comulgaban únicamente con esta especie: luego siempre se creyó en la Iglesia que tanto en una especie como en otra, se contiene el Cuerpo y Sangre del Redentor.

Finalmente; el santo Concilio de Constanza condenó la herejía que combatimos; y el Tridentino añadió las siguientes palabras: «Si alguno dijere que por precepto de Dios, ó de necesidad de salvación, todos y cada uno de los fieles, deben recibir el Santísimo Sacramento de la Eucaristía bajo ambas especies, sea excomulgado».

CAPÍTULO XXVII

Vindicación de la Eucaristía contra los errores de estos cuatro últimos siglos

SUMARIO

Siglo XVI.—I. Luteranos.—II. Calvinistas.—III. Sacramentarios.
Siglo XVII.—I. Jansenistas.
Siglos XVIII y XIX.—I. Indiferentistas.—II. Racionalistas y liberales.
III. Masones ó francmasones.

SIGLO XVI

I. Inmensos combustibles se estaban preparando desde el siglo XV, cuando á principios del siguiente, un hombre de diabólico espíritu, habiéndolos dispuesto en elevada pira, y aplicado á ellos la chispa voraz de sus atrevimientos, determinó un incendio nunca visto, en el que ardieron las conciencias de muchos incautos. Este hombre era Lutero. Nacido en 1483, y educado en la lectura de los libros gentílicos, por más que era cristiano y religioso, su espíritu estaba compenetrado del paganismo. Su vocación al estado monástico se debió á la muerte de un amigo suyo, causada por un formidable rayo cuando ambos iban juntos. Entró en la religión de S. Agustín, mas la religión no entró en él, así que, poseído de satánico orgullo, no esperaba sino una ocasión para dar á conocer sus perniciosas ideas. Nadie ignora cómo se aprovechó de la comisión dada al domínico Tzel para la predicación de las Indulgencias, comisión que Lute-

ro esperaba lograr para su Orden; por lo cual, viendo fallidas sus esperanzas, tomó pie, aunque sin fundamento, para manifestar su injusta cólera, la que convirtió para sostener proposiciones contrarias á la doctrina de las Indulgencias. Desde entonces, Lutero, con más ó menos vehemencia y con celajes ó sin ellos, predicaba contra el Pontífice, usando expresiones como éstas, cuando escribía á Spalatino, secretario del Elector de Sajonia: «No me atrevo á decidir si el Papa es el Antecristo, ó un Apóstol del Antecristo». Con semejantes blasfemias y otras que añadía contra el Salvador y su Divina Madre, Lutero escandalizaba los pueblos, sembrando en sus moradores gérmenes que tardaron bien poco en desarrollarse y dar su maléfico fruto. Todo esto unido á los excesos de su incontinencia y de su furor, que no puede describir la pluma sin extremecerse, dan á conocer quién era Lutero, y qué tal debía ser su doctrina, dimanada de un corazón soberbio, furioso y lascivo.

Los errores que propagó sobre la Eucaristía como Sacramento, y uso de esta palabra *propagar*, porque lo que hizo Lutero, no fué inventar, sino propagar las herejías de los Petrobrusianos, Sacramentarios y Widefitas, los dejamos mencionados al tratar de *La Eucaristía y los Evangelistas*, á donde remito al lector; mas los que difundió contra este mismo Misterio, considerado como Sacrificio, es asunto de este lugar, por más que nos contentaremos con resolver los argumentos de Lutero, sobre la Misa.

Vamos en primer lugar á citar las palabras del padre de la mal llamada Reforma, que escribió en el libro *De abroganda Missa*, con doble objeto; 1.º para que el lector vea la malicia de este impío y en 2.º lugar, para combatir mejor sus fútiles argumentos. «Las Misas, dice, que se llaman sacrificios, son una suma de idolatría, de impiedad y de perversidad, antes bien: es negar á Cristo el uso de las Misas que tienen el título de sacrificios». Luego la legítima conclusión de estas expresiones es que su autor no reconoce en la Misa un verdadero Sacrificio. Para probarlo, sienta Lutero cinco argumentos que no tienen fundamento alguno.

1.º «La Misa, dice, es cierta conmemoración de la cena del Señor, en la cual, Cristo juntamente con sus apóstoles, cenó estando próximo á la muerte; ahora bien: en esta ocasión, Cristo no sacrificó, ni ofreció su cuerpo y su sangre, sino después, á saber: cuando murió en la cruz: luego el sacerdote en la Misa, ni sacrifica, ni ofrece á Dios el cuerpo y sangre de Cristo». Lutero acaba de formular un argumento, pero un argumento falso, porque su primera parte carece de una condición principal de que debiera estar revestida; y la segunda, no solamente es una solemne mentira, sino una atroz calumnia inferida al Salvador; luego la consecuencia es falsa. Lo probaremos todo. Lutero asegura que la Misa es cierta conmemoración de la cena del Señor; y á la verdad: si entiende por esta cena aquélla en la cual el Redentor de los hombres dió á los apóstoles su cuerpo y sangre, la misa es su conmemoración; pero si entiende la cena legal ó la común que tuvieron lugar antes de aquélla, afirmo que la verdad no está en su boca, ni en su pluma; además: aun cuando la Misa sea cierta conmemoración de la cena del Señor, (cena que hemos tomado en la primera acepción) sin embargo, es más principalmente conmemoración de la Pasión de Cristo, según lo advierte S. Pablo. «Cada vez que comiereis de este pan y bebiereis de este vino, anunciaréis la muerte del Señor» y esta es la condición principal de que debiera estar revestida la primera parte del argumento de Lutero, para ser lógico. Su segunda parte es falsísima y en ella mintió el padre de la triste Reforma, y digo que mintió, porque Lutero sentía en su corazón, según poco antes confesaba con su boca, que Cristo Nuestro Señor, en la última cena, sacrificó y ofreció su cuerpo y sangre á su Eterno Padre.

Á la verdad, Jesucristo Nuestro Señor sacrificó en la última cena y ofreció además su cuerpo y sangre como sacrificio. «Éste es mi cuerpo; ésta es mi sangre»; mas ¿lo ofreció á Dios? Jesús, levantando los ojos al cielo, dió gracias á su eterno Padre, y, humillándose, se entregó á Él como espiritualmente muerto, al modo que realmente lo habían de eje-

cutar de allí á pocas horas los judíos, con su sagrada Persona. Éste es el espíritu de la Iglesia, eco fiel de la verdad, que se puede observar en el canon de la Misa. De manera que el Sacrificio del altar no se diferencia del de la cruz, sino accidentalmente, á saber: en cuanto al modo de ofrecerse; por lo cual es verdadero sacrificio. La santa Iglesia Católica anatematiza á todo aquél que diga lo contrario, y afirmare que lo que se ofrece en la Misa no es el mismo Cristo que se da á nosotros en comida (1). Por lo tanto la conclusión que obtiene Lutero de su argumento, á saber: que el sacerdote en la Misa, ni sacrifica, ni ofrece á Dios el cuerpo y sangre de Cristo, es enteramente falsa.

En vez de probar el impío Lutero la segunda parte de su argumento, que aunque quisiera, jamás podría, pretende demostrar la consecuencia, aduciendo para ello aquel texto de S. Juan. «Ejemplo os he dado á vosotros, para que de la manera que yo lo hice, lo practiquéis también vosotros». Yo no sé, qué es lo que puede probar con esta divina autoridad; porque no se refiere al acto de la cena, sino á la acción de haber lavado Cristo los pies á sus discípulos. El Salvador pretendió por estas frases indicar á sus discípulos que practicasen la humildad unos con otros, no precisamente mediante aquel acto, sino en otros semejantes. Además, estas palabras las pronunció el Salvador antes de la cena, luego, ¿cómo pueden referirse á la Institución eucarística, ni menos probar por ellas lo que desea Lutero? Aun concediéndole que se refiriesen á la cena; si Cristo Nuestro Señor sacrificó en ella y ofreció su cuerpo y su sangre al Padre; *Pro me laboras;* porque entonces se desprende de las mismas que manda á sus discípulos y sucesores que sacrifiquen y ofrezcan lo que Él sacrificó; mas si Cristo no sacrificó, como falsamente pretende este hereje, entonces podré argüirle con Alonso de Castro: «Si por las palabras de San Juan citadas, quiere Lutero que todas las cosas de la Misa se han de practicar á imitación de Cristo»; ¿por qué él per-

(1) Trid. sess. 22, can. I.

mite á los suyos que celebren la Misa delante de mucha ó de poca gente, siendo así que Cristo consagró la mística cena delante de solos doce apóstoles? ¿Por qué, celebrada una Misa, permite que se celebre otra al día siguiente, siendo así que Cristo celebró una cena tan sólo? ¿Por qué después de celebrar la Misa Lutero, no se dispone para ser azotado y morir en una cruz como lo hizo el Salvador? (1) En estas inesperadas consecuencias incurre, quien es inconsecuente consigo mismo.

2.º—Mas veamos si en el segundo argumento es más feliz. Dice, «que si los católicos afirmamos que la Misa es sacrificio, despojamos á Jesucristo Nuestro Señor del grande honor de sacerdote eterno.» Y da la razón Calvino (2), sosteniendo que Jesucristo, siendo constituído sacerdote eterno, según el orden de Melquisedec, y estando sentado á la diestra de Dios Padre como tal sacerdote, todo presbítero ú obispo que sacrifique en la Misa, pretende robarle de su solio y le arranca su dignidad; á más de que por este medio se hacen ellos sustitutos de Cristo, despojándole de la misma, como es consiguiente.—Pero precisamente acontece todo lo contrario; pues Jesucristo es sacerdote eterno según el orden de Melquisedec, por cuanto que, ofreciendo éste pan y vino, también lo ofreció Jesús en la última cena, y sigue ofreciéndolo El mismo todos los días; Él es el que consagra y se sacrifica á su Padre mediante sus ministros; por lo cual éstos no le despojan de la dignidad, sino que en cierto modo se la conservan. Á Lutero respondemos, que á él toca probar primero su infundado argumento, que nosotros le contestaremos después que él lo haya demostrado. Mientras tanto le respondemos lo mismo que á Calvino.

3.º—El tercer argumento de Lutero es el siguiente: «La Eucaristía es testamento, luego no es sacrificio ofrecido por los sacerdotes». Para el efecto, se detiene en probar en qué consiste el testamento, á fin de obtener la conclusión

(1) Adv. hæres. lib. X, Missa.
(2) Cap. 18 instit. Christianæ, § 50.

mencionada; pero lo hace tan insulsamente y sin provecho alguno, que causa fastidio. La fuerza principal de sus pruebas está en las palabras del Señor: «Este cáliz es el Nuevo Testamento en mi sangre, que será derramada por vosotros». Mas examinemos sus primeros raciocinios. «El testamento, dice, es la promesa del testador, mas el sacrificio se ofrece en el altar; pugna entre sí el prometer y el ofrecer». Á lo cual respondo que no tengo necesidad de contestar, si el testamento es promesa del testador, y á todo lo demás que va relatando y que no quiero insertar por no causar molestia, porque todo el edificio que va fundado sobre la palabra testamento viene al suelo por no entenderla como se debe. Por lo tanto, arrancando el cimiento, viene abajo toda la fábrica. Dice Jesucristo: «Este cáliz es el nuevo Testamento en mi sangre...» Por estas palabras, se significa que así como el Antiguo Testamento fué confirmado con sangre de toros y machos cabríos, así el Nuevo fué confirmado con la sangre de Jesucristo, contenida en el cáliz, que había de ser derramada cruentamente en la cruz, Nuevo Testamento ó alianza de Dios con los hombres. Así todos los expositores, siendo este el sentido genuíno de las palabras de S. Lucas, que con tanta violencia pretende corromper Lutero. Además, aun cuando los sagrados exégetas no comentaran el texto de S. Lucas, como por otra parte este evangelista no difiere en nada, en cuanto á la substancia, de S. Mateo y S. Marcos, lo que encontremos obscuro en aquél, debemos aclararlo por éstos. S. Mateo y S. Marcos, en efecto, dicen terminantemente: «Ésta es mi sangre del Nuevo Testamento que será derramada... etc...» Luego Lutero no puede cogerse á la palabra *testamento* para enseñar su doctrina contraria al dogma católico, porque por estas palabras, la sangre que se contiene en el cáliz, denota que es del Nuevo Testamento, ó nueva alianza que Dios, por medio de su Hijo, hace con los hombres. Desvanecida la interpretación que el padre de la Reforma daba á la palabra Testamento, se desvanece por consiguiente todo cuanto dijo apoyado sobre la misma.

4.º No menos infundado anda en el cuarto argumento. La Eucaristía, añade, es don de Dios, pues Cristo dijo: Tomad y comed de él todos. Luego no puede ser nuestra oblación porque luchan entre sí, don y oblación; á más de que uno no puede ofrecer rectamente á otro lo propio que recibe del mismo. Que la Eucaristía sea don de Dios, nadie lo puede negar; y lo es tanto, que no hay otro don más excelente de todos cuantos el Eterno dispensó al hombre; pero de que la Eucaristía sea don, se haya de seguir precisamente que no pueda ser á un tiempo oblación, de ningún modo puede concederse á Lutero; no obstante, porfía é intenta dar su prueba. «Luchan entre sí, dice, don y oblación». Á lo cual respondo, que gramaticalmente lo concedo, pero no formalmente, porque en este caso, ninguna cosa de las que posee el hombre, podría ofrecer á Dios en testimonio del supremo gobierno que el Señor ejerce sobre todo lo existente. Es cierto, además, que todo cuanto poseemos, nos viene de Dios, lo cual no es otra cosa que don gratuíto. Sin embargo, estamos obligados á ofrecerle homenajes convenientes, particularmente sacrificios; ahora bien: ¿y qué es lo que hemos de ofrecerle sino parte de estos mismos dones, ya que el hombre no posee otra cosa? Los israelitas ofrecían bueyes y corderos, y Dios se daba por complacido. Luego si la Eucaristía es también don, no será extraño que pueda ser ofrecida á Dios, y que el sacerdote la ofrezca, mayormente habiéndoselo preceptuado el Redentor de los hombres. He ahí por que no luchan entre sí el don y la oblación, como tampoco es cierto que no puede uno ofrecer rectamente á otro lo que del mismo recibe, ya que David, dirigiéndose á Dios, le dice: «Oh Señor, tuyas son todas las cosas, y te damos las que hemos recibido de tu mano» (1); y la santa Iglesia, en el ofrecimiento que hace á Dios en la Misa, después de haber consagrado, le dice... «Ofrecemos á tu preclara majestad de tus dones dados, la hostia pura, la hostia

(1) Tua sunt Domine omnia, et quæ de manu tua accepimus, dedimus tibi. I. Paralip. 29.

santa, la hostia inmaculada, el pan santo de vida eterna y el cáliz de salud perpetua».

5.º No se contenta el padre de la triste Reforma con aducir cuatro leves dificultades para probar que la Eucaristía no es sacrificio; sino que prosigue de esta manera: «Uno mismo no puede al propio tiempo ofrecerse y recibirse; luego el sacerdote no puede decir que ofrece la Eucaristía, recibiéndola toda él mismo. Es naturaleza del sacrificio que se ofrezca todo á Dios, y nada se deje para los hombres. ¿Por qué, pues, los sacerdotes comen todo el pan y beben todo el vino, sin dejar nada para Dios? Esto, más es quitar á Dios y darlo á nosotros, que ofrecerlo á Dios; hay, pues, repugnancia entre la Misa y el sacrificio, porque el sacrificio se ofrece y la Misa se recibe». Hasta aquí el impío. Cualquiera que ignore en qué consiste la esencia del Sacrificio y el fin para que fué instituído, tal vez se dejara llevar de la corriente de semejantes falacias, ya que todo el mencionado argumento no es más que un tejido de ellas. Dice en primer lugar: «Uno mismo no puede al mismo tiempo ofrecerse y recibirse». Ciertamente no pueden los puros hombres, pero sí Jesucristo, quien ofrece su cuerpo y sangre á su Padre, pero no se recibe Él mismo, sino que es el sacerdote quien le recibe como simple fiel.

«Es naturaleza del sacrificio, que se ofrezca todo á Dios y nada se deje para los hombres», añade Lutero. Á lo cual respondo: que si éste habla de la ofrenda, en cuanto que de nuestra voluntad se ha de ofrecer toda á Dios, concedo; pero si es en cuanto que Dios la ha de recibir toda como si se la comiera, lo niego rotundamente. Esto queda confirmado por los sacrificios del pueblo israelítico, que, siendo de una parte verdaderos, de otra eran ofrecidos al Eterno y comidos luego por los sacerdotes oferentes. Por lo cual dice Alonso de Castro, ¿acaso comía Dios todo cuanto le ofrecían? Luego no es extraño que los sacerdotes de la Ley nueva ofrezcan á Dios la ofrenda de su Hijo, y coman después á Éste para completar el sacrificio.

Tengamos paciencia con Lutero, porque aun no ha con-

cluído. Forceja en que la Misa no puede ser ofrecida por los pecados, ni que puede aprovechar á los vivos y difuntos, sino sólo al sacerdote; pero en tan pocas palabras se hallan reunidas tres herejías. En efecto: 1.º La Eucaristía se instituyó para remisión de los pecados, del modo que dejamos ya indicado. «Ésta es mi sangre, dice Jesucristo Nuestro Señor, que por muchos se derramará para remisión de sus pecados». Luego miente Lutero. 2.º «Todo Pontífice tomado de entre los hombres, es puesto á favor de los hombres en aquellas cosas que son de Dios, para que ofrezca dones y sacrificios por los pecados (1). Luego Lutero no está en la verdad. 3.º «Si alguno dijere, añade el Tridentino, que el sacrificio de la Misa, sólo aprovecha al que lo recibe y no por los pecados, penas, satisfacciones y otras necesidades, sea excomulgado (2). Luego la proposición de Lutero está condenada como absurda y herética. La segunda y tercera herejía del autor del protestantismo suenan así: «El Sacrificio de la Misa no puede aprovechar á los vivos y difuntos». Mas esto es falso, porque siendo este sacrificio un bien común para toda la Iglesia, todos participan de él, como miembros que son de ella: luego debe de aprovechar al menos por los vivos, sean justos ó pecadores. Que aproveche por los difuntos que están en gracia de Dios, ó sean las almas del purgatorio, por modo de sufragio satisfactorio, es indudable, ya que así lo aseguran los SS. Padres con la Iglesia, la cual anatematiza al que se atreviere á afirmar lo contrario. «Si alguno dijere, que el sacrificio de la Misa no aprovecha por los vivos y difuntos, sea excomulgado (2).

Acerca de la preparación de los que han de comulgar, lanzó el impío Lutero un funesto error. Enseña que no es necesario el examen de conciencia, ni menos la confesión de los pecados mortales, sino que basta la fe, con la cual crean los recipientes que recibirán en efecto la gracia del Sacramento. No es extraño que el padre de la *¿graciosa?*

(1) Ad Hebr. V, 1.
(2) Trid. sess 22, can. 3.

Reforma propalase un error semejante, pues lo que realmente quería con esto era paliar sus enormes pecados, no dejar las ocasiones de los mismos, y hacer creer al mundo que él y sus discípulos eran devotos, y que por consiguiente su doctrina era pura. Para rebatirles, no tenemos más que presentarles dos preciosas autoridades, que no las podrán recusar. Dicen así: «Pruébese el hombre á sí mismo, y así coma de aquel pan y beba del cáliz». ¿Qué es esto de probarse el hombre á sí mismo? No otra cosa que examinar escrupulosamente su propia conciencia, con objeto de ver si existen en ella méritos ó deméritos, virtudes ó pecados: y si se hallaren éstos últimos, deben deponerse antes por medio de la sacramental confesión, teniendo contrición ó al menos atrición de ellos. Y la palabra probar no tiene otra significación, formalmente hablando, pues cuando decimos: á fulano le han probado, intentamos decir, que le han reconocido, examinado, palabras que significan una misma cosa; y por este reconocimiento y examen le han hallado capaz de obtener lo que se pretendía. Por lo tanto: esto mismo debe hacer necesariamente cada uno. Porque según añade el mismo Apóstol: «Quien come y bebe indignamente la Eucaristía, come y bebe su propio juicio». ¿En qué consiste esta indignidad? Nosotros llamamos indigno al que carece de méritos, ó no tiene disposición para adquirir algún favor. Si esto es así, el que está en pecado mortal es indigno de recibir al Señor, porque el pecado grave, apartándole de Dios, le hace su enemigo. He aquí cómo por San Pablo, tiene demostrado Lutero que es necesario el examen y la confesión de los pecados para poder recibir con fruto al Señor. Además, como el Sacramento de la Eucaristía se instituyó por modo de comida para el alma, resulta: que si un cuerpo muerto no puede tomar alimentos materiales, tampoco el alma estando muerta por la culpa, puede recibir el alimento por excelencia espiritual. Pero si replica Lutero que basta la fe para que el cristiano obtenga los efectos de la Eucaristía: le respondo además de lo dicho, que la fe no justifica por sí sola, antes bien, ha de ir acompañada de la

caridad, que es la que justifica; porque sólo el que permanece en la caridad, en Dios subsiste y Dios en él. Mas dejemos á Lutero para oír las tremendas aberraciones de Calvino.

II. Nacido Calvino en 1509, en Noyón de Francia, pudo obtener una capellanía á la edad de doce años; mas, abandonando la carrera eclesiástica, marchó á Orleans y Bourges para estudiar la carrera de jurisprudencia, teniendo la desgracia de tropezar con un maestro sectario de Lutero el cual trabajaba lo indecible por imbuír sus torpes creencias en sus discípulos. Calvino, ciertamente, fué víctima de ellas, y empezando á propagarlas con entusiasmo, y después de varias revueltas, desprecios y hasta persecuciones de los mismos soberanos, concibió el satánico proyecto de constituírse jefe de una reforma, no tardando mucho en causar los más graves trastornos, persiguiendo y acuchillando á todos los que impedían sus infames propósitos. La conducta privada de Calvino fué tan monstruosa, que en vez de ser quemado vivo, por cierto pecado abominable que perpetrara, fué conmutada aquella horrible pena con dejarse marcar las espaldas con un hierro candente.

He sentado estos precedentes con objeto de que se forme idea de cuáles serán las doctrinas propuestas por el Lutero de segundo calibre.

Acerca del dogma eucarístico enseña que si los católicos afirmamos que la Misa es sacrificio, disminuímos por esto mismo la virtud de la Pasión y Muerte de Jesucristo, porque juzgamos que el sacrificio de la muerte del Salvador no es suficiente para la remisión de los pecados.

Contra lo cual, necesario será que probemos que la Misa, por el hecho de ser sacrificio, no disminuye absolutamente en nada la virtud de la Pasión y Muerte de Jesús Nuestro Señor. Á la verdad; este divino Redentor de los hombres efectuó dos oblaciones: 1.ª, la noche de la cena, en la cual, consagrando el pan y el vino y convirtiéndolos en su real cuerpo y sangre, se puso bajo aquellas especies sacramentales como muerto, de suerte que, reconociendo el supremo dominio que su Eterno Padre ejerce sobre todo lo existente,

se anonadó de tal modo que se ofreció á sí mismo como víctima por los pecados de los hombres. Según esto, Jesucristo Nuestro Señor no se sacrificó una sola vez, sino dos; en la cena y en la cruz. En ambos sacrificios, una es la misma Hostia, uno es el sacerdote, y á uno mismo se dirige la oblación: luego el sacrificio es el mismo; pero siendo en el modo diverso, es consecuente que sean también diversos los méritos de cada uno de ellos; porque por el de la cena no fué redimido el género humano; por lo cual era necesario el de la cruz, en el que fué redimido. Mas como por una parte, Cristo, una vez muerto, no vuelve á morir (1) que por eso el sacrificio de la cruz no puede repetirse; y por otra, como dice Eusebio Emiseno, aunque Cristo se ofreció una sola vez por precio, era no obstante perpetua la oblación de la redención (2), he ahí que el sacrificio de la cena conviene se repita todos los días por diferentes sacerdotes, con el fin de que, según enseña Alonso de Castro, «por la Eucaristía, así como por los demás sacramentos, se aplique la virtud y el mérito de la pasión de Cristo al sacerdote celebrante, y á aquéllos por quienes se celebra. El Cuerpo y Sangre de Cristo se ofrece en la Misa en oblación incruenta al Padre, para satisfacción de nuestros pecados, por lo cual, convino que tal oblación se efectuase en la Misa, de tal suerte que pudiera repetirse, para que por medio de ella, pudiésemos cada día expiar los pecados que cada día cometemos y volvemos á cometer diariamente» (3). He aquí por qué los católicos, con llamar á la Misa Sacrificio no disminuímos la virtud y los méritos de la Pasión de Cristo. Lo repetiré; los sacerdotes no celebran el sacrificio del mismo modo que se celebró en la cruz, sino como tuvo lugar en la cena; y así como el de ésta no arrancó á aquél mérito alguno, de la propia manera el sacrificio que celebran los sacerdotes tampoco quita ningún mérito al del Calvario, antes bien los aplica admirablemente.

---

(1) Rom. 6.
(2) Serm. V de Pasbhat.
(3) Adver. hær. lib. X.

Añade Calvino, con su acostumbrada temeridad, que el sacrificio de la Misa no llega á ser ni aun obra buena (1). Obsérvese hasta donde puede llegar una inteligencia obcecada por la malicia. ¡Afirmar que la santa Misa no es obra buena! Esto estremece. Para escribir semejante inmundicia, menester era que el diabólico espíritu impulsase la pluma de Calvino. Mas ¡oh miserable! ¿en tan poco aprecio tienes las obras de Aquél que te redimió con su propia sangre? Para combatir tu orgullo diré que blasfemaste. Pero dime: ¿Por ventura podrás negar que las oraciones que se rezan en la Misa son obras buenas? ¿Acaso lo que constituye su esencia, la consagración de ambas especies, es obra mala? ¿No la instituyó Jesucristo? ¿No mandó Él mismo que la practicaran sus sacerdotes? Si no te atreves á negarlo; ¿por qué insultas de ese modo al mismo Dios autor de la Misa? Tú mismo te condenas y pones en ridículo tu doctrina...

Creo haber dicho lo suficiente para que el lector pueda formarse cabal idea de los delirios que los mencionados heresiarcas fingieron, por lo cual pasemos á combatir á los sacramentarios.

III. Según hemos hecho mención varias veces, los novadores del siglo XVI tomaron casi todos sus funestos errores de los que cundieron en la Edad Media. La negación de la presencia del cuerpo real de Jesucristo en la Eucaristía, tan combatida por el famoso Berengario, de quien tuvimos ocasión de hablar en el capítulo intitulado *La Eucaristía y los Concilios*, fué resucitada por los mencionados herejes; pero éstos á su vez se dividieron en tantas sectas, como cabezas las gobernaban, resultando que, siendo hijos de un mismo padre, cada cual discurría según le convenía, poniéndose á sí propio en ridículo. Esto mismo da á entender, como hemos advertido otras veces, que sus conclusiones son infundadas y falsas.

I. Colocaremos en primer lugar á los *Tropistas*, quienes sostenían, con Ecolampadio á la cabeza, que en la Eucaristía no estaba el Cuerpo de Cristo, sino su figura.

(1) Art. 8.

II. Vienen en segundo lugar los *Enérgicos*, discípulos de Calvino y Melanchton, afirmando que los que recibían la Eucaristía no tomaban sino la energía ó virtud del cuerpo de Jesucristo. Los *Arrabonarios*, discípulos de Stancaro de Polonia, admitían que por la Eucaristía sólo se daban las arras ó prendas del Redentor.

III. Los *Adesenarios* se subdividían en cuatro clases; unos defendían que Jesucristo estaba presente en el pan; otros, con el pan; quienes al rededor del pan; quienes, finalmente, debajo del pan. Los *Pastilarios* admitían como estos últimos que residía debajo del pan, mas de tal suerte, que se hallaba al modo de la harina en el panecillo.

IV. Sueneseldio, autor de los *Metamorfitas*, sostenía que, al subir Jesucristo al cielo, se transformó en Dios, de suerte que en la Eucaristía no está el Salvador como Hombre, sino como Dios. Los *Neutrales* negaban rotundamente que la Comunión fuera necesaria, ya bajo una, ya también bajo ambas especies.

V. En la última serie de sacramentarios cabe mencionar primero á los *Adiaforitas*, los cuales sostenían que todos los sacramentos son indiferentes para la salvación. Fueron denominados así, porque en griego, adiaforita significa *indiferente*. Es indudable que el peor de todos los errores consiste en ser indiferente, por la sencilla razón de que quien esto practica niega toda religión. Á semejantes necios preguntaría yo si también les son indiferentes el comer ó el pasar hambre, el domir ó velar, el gozar ó el sufrir, el abundar ó carecer de todo.

Los *Bisacramentales*, *Trisacramentales* y *Cuadrisacramentales* son los que respectivamente admiten dos, tres y cuatro sacramentos; todos ellos aceptan la Eucaristía entendida á su manera, pero lo que hacen con esto es negarla más pronto. Los primeros admiten con la Eucaristía el Bautismo solamente; los segundos confiesan que solos estos dos sacramentos y la absolución de los pecados son verdaderos sacramentos; los terceros defienden que existen únicamente cuatro sacramentos, á saber; los tres mencionados y el Orden.

¿Qué parecerá al lector tanta divergencia en unos mismos novadores y en puntos tan esenciales? Mas ¿qué le ha de parecer? Que estaban dementes, y que con sus mal llamadas creencias movieron á la más estrepitosa risa. Contra semejantes desdichados redactó la Iglesia un hermoso canon que subsistirá incólume en medio de todas las hereticales borrascas, y cuyo contenido es el siguiente: «Si alguno dijere que los sacramentos de la Nueva Ley no fueron todos instituídos por Nuestro Señor Jesucristo, ó son más ó menos de siete; á saber: Bautismo, Confirmación, Eucaristía, Penitencia, Extrema Unción, Orden y Matrimonio, ó también que alguno de estos siete no es verdadero y propiamente Sacramento; sea excomulgado (1).

SIGLO XVII

I. Los *Jansenistas* eran cristianos en extremo hipócritas que enseñaban, sobre nuestro dogma, ser de muy poca utilidad para los fieles. Con objeto de lograr sus funestos planes interponían los medios que estaban á su alcance para impedir toda comunicación del alma con Jesucristo. Véanse más detalles en la Parte II de esta Obra: Edad Moderna.

SIGLOS XVIII Y XIX

I. Son tantos, tan enormes y generales los extravíos de la humana inteligencia en estos dos pasados siglos, tristes legatarios de su maléfica semilla en el nuestro, que es casi imposible reducirlos á guarismo. Sin embargo, podemos fijar su número en tres capitalísimos, correspondiendo el primer lugar á los *Indiferentistas* en religión. Nadie ignora que la Reforma protestante sembró la negra duda en las inteligencias dispuestas á girar á todo viento, y el triste excepticismo engendró la no menos fatal indiferencia en las ideas religiosas. Según ellas, el indiferente se halla respecto de la Religión como un despreciable memo ante la sociedad civilizada. Todo es verdad y todo es error,

(1) Trid. sess. 7, can. 1.

todo es bueno y todo es malo para el indiferente, cuando se trata del dogma y de la moral; y, por cierto, no hay estado tan lamentable como el del indiferente ante Dios, ante los hombres sensatos, y ante la propia conciencia. Para que uno de estos dormidos, pero universales herejes, se despierte á la conversión de su alma, precisa un fortísimo y certero golpe de la gracia divina. Fueron condenados por Pío IX en 10 de Junio de 1851.

II. Tras estos desdichados herejes vinieron los *racionalistas ó liberales* de diversos matices, quienes, unos más radicalmente que otros, divinizan de tal manera á la razón humana que la colocan muy por encima de la Razón divina, atreviéndose á constituír á aquélla como juez de ésta. Para ellos la razón humana no depende de la divina, y aplicando esta absurda y funesta teoría á todos los órdenes de la vida, comienzan por negar cuanto se les antoja, y acaban por entronizar el desquiciamiento social. Á la verdad, no existen hombres, mejor dicho, herejes más imbéciles, más antipáticos y más funestos que los racionalistas ó liberales; por algo nos amonestaba el inmortal León XIII que trabajásemos por hacer astillas el maldito árbol del liberalismo.

III. Descendientes en primer grado de unos seres tan repulsivos, como los precedentes, son los *masones* ó *francmasones*, á quienes podíamos denominar demonios humanos ó vicarios plenipotenciarios del infierno, los cuales no se proponen otra cosa *¡angelitos!* que acabar con la Religión y el Estado cristiano. El masón no cree más que en su bien temporal particular, y en derredor de este fatal centro describe la circunferencia de su vida, tendiendo á prolongar de cada vez más el radio de la misma, ya que en beneficio propio, en perjuicio también de sus semejantes. Si aparenta creer en un bien general y en su consecuencia trabaja y se desvela, con celo digno de mejor causa, por la prosperidad de las logias, no es más que para que la confederación masónica apoye, ayude y defienda su bien particular, sin importarle un grano de polvo por la verdad y la justicia. En otro lugar hemos descrito ya el odio implacable y el furor desmedido que

muestran contra el santo Misterio de los altares, por lo cual no es preciso añadir nuevas pruebas en su confirmación. Y no es extraño, ¿qué ha de ser? como el masón es las tinieblas y Cristo la luz, como el masón es la mentira personificada y Cristo es la verdad por esencia, como el masón es la injusticia en acción y Cristo es la equidad constante, como el masón es la inmoralidad espantosa y Cristo es la santidad purísima: de ahí que el masón consiguientemente odie y persiga á Cristo en su nombre, en su acción y en su Sacramento. Pero, *Domine ut videant*, Señor: que vean.

CONCLUSIÓN

He terminado el presente Tratado con la ayuda de nuestro buen Dios Sacramentado á quien me he propuesto por objeto de estos estudios. Muchos han sido mis buenos deseos de probar el bello dogma de la Eucaristía por todos los medios y con todos los argumentos y pruebas posibles, mas no quedo completamente satisfecho, por haberme persuadido que resulta imperfecto mi trabajo. Ruego al caro lector, juez de mis escritos, perdone las faltas que en él hallare, y obtenga de su lectura algún provecho práctico, cual es todo mi anhelo, mientras que me encomiendo á sus fervientes oraciones.

TRATADO II

EL CANTAR DE LOS CANTARES APOYANDO EL DOGMA DE LA EUCARISTÍA

CONTINUACIÓN DE LA PARTE EXPOSITIVO-EXEGÉTICA DE LA EUCARISTÍA

INTRODUCCIÓN

Deus ad homines venit, et quod proprius est, venit in homines.
SÉNECA. Epist. 73.

Dios viene á los hombres, y lo que es más natural. entra en los hombres.
SÉNECA. Carta 73.

Hay un libro en las Divinas letras, todo poético, todo dulce, todo sublime, al cual no cupo mejor epíteto que el de *Cántico de los Cánticos*. Procediendo del Espíritu Santo, su autor verdadero, y siendo redactado por el monarca Sabio, á quien fué dulcemente inspirado por Aquél, rebosa en todo su contexto, de ideas las más felices, de pensamientos los más ingeniosos y de fines los más sagrados y altísimos que la mente humana inventar pudiera. Corresponde al lugar santísimo de la Sinagoga, así como el Ecle-

siastés pertenece al lugar santo y los Proverbios al atrio de la misma. De aquí podemos deducir cuán sagrado sea el *Cantar de los Cantares*, ya que los doctores le comparan al lugar santísimo; porque si en este lugar el Eterno se comunicaba al pueblo mediante sus sacerdotes, del propio modo pretende comunicarse á nosotros con la más perfecta unión mediante el auxilio de este precioso Libro. Por eso no hay que extrañar que en él se contengan expresiones suaves y amorosas hasta el extremo, como de dos esposos enamorados, y que las ideas sean las más de las veces entrecortadas y los símiles raros, y extraños al modo de expresarnos; porque en primer lugar, al hablar entre sí dos cónyujes que se aman tiernamente, se ha de suponer sin remedio, que por el cariño indecible que se profesan, han de proferir palabras que respondan á la pasión amorosa que necesariamente les domina, y como el que ama quisiera manifestar al amado todo su afecto de golpe, de ahí es que descubra varias ideas en una sola cláusula, y otras muy diferentes de aquéllas en otras, contentándose con declarar más al corazón que al oído, porque cree, con justa razón, que sus afectuosos sentimientos los comprende el amado; de aquí se originan las ideas entrecortadas, fáciles de unir por aquél que entiende el áureo hilo de la pasión, y se originan también los gratos símiles desusados, propios del grado de amor y de ilustración de los amantes; por lo tanto, si en el sagrado Libro de los Cantares sucede todo esto, sabemos ya á qué atribuírlo, tanto más, cuanto que los pueblos antiguos tenían diferente modo de proceder en sus comparaciones que los nuestros, á la manera que en nuestros días se diferencian en lo propio unas gentes de otras.

Los expositores afirman comúnmente, que los esposos á que alude este sagrado Cántico, son Salomón y la hija del rey Faraón; y las hijas de Jerusalén, así como otros interlocutores que admiramos en el divino Poema, son respectivamente las vírgenes de la esposa y los varones del esposo, que les acompañaban en los siete primeros días de las bodas; pero esto se entiende en el sentido gramatical; sentido

que no es el que se propuso el Espíritu Santo dar inmediatamente á dichos Cantares, sino otro más sublime y espiritual que se nos revelara por el gramatical, y que en verdad es el literal propio, esto es: el que se desprende, no del que se significa por las palabras del contexto, sino el que se origina primeramente de las cosas significadas por dichas palabras. Así afirma felizmente Nicolás de Lira (1), que «están en un error los que aseguran, que el Cántico de los Cánticos se refiere literalmente á Salomón y á su esposa, porque aun cuando el amor entre estos dos esposos era lícito, por la razón de estar contenido dentro de los límites del matrimonio, sin embargo, fué carnal, y como tal, lleva frecuentemente adherido algo de deshonesto y terreno; por cuya causa, la descripción de semejante amor no conviene pertenecer á los libros canónicos de la Sagrada Escritura, principalmente porque este libro, como todos los demás de la Escritura, ha sido escrito *afflante Spiritu Sancto*, dictado ó inspirado por el Divino Espíritu. Luego ciertamente el mismo Salomón lo escribió con referencia á otro amor».

Y en efecto. Todos los SS. Padres y doctores católicos afirman que el Eterno, mediante la corteza de las palabras de los Cantares, ha querido manifestar á los mortales justos el inmenso amor que les profesa, y como el fino amor se manifiesta más palpablemente entre dos esposos sensatos, por eso el Señor, descendiendo á nuestro modo de entender las cosas, se constituye como Esposo de la Sinagoga ó de las almas justas que son sus esposas.

Mas como todo el Testamento antiguo se refiere al Nuevo, de ahí que Jesucristo es el Esposo designado en los Cantares, y la esposa la Iglesia instituída por El. Pero acerca de ésta, unos expositores entienden de la Iglesia en general, otros de las almas que están en gracia del Señor, y los restantes, de la Inmaculada Virgen Madre de Dios. Todos estos particulares sentidos son propios del Divino

(1) Postilla in Cant. Canticorum. cap. I.

Epitalamio, aunque en expresión de Cornelio Alápide (1), el primero es total y adecuado; el segundo, literal parcial; y principal el último.

Á mi modo de ver, el segundo sentido puede ser expuesto con mayor utilidad nuestra, porque en él admiraremos el indecible amor que Cristo nos profesa, muy especialmente á las almas que han llegado al cúmulo de la perfección, que son á las que primordialmente se dirige en este precioso Cántico, sin excluír á las principiantes y proficientes en el camino de la virtud. De paso advierto, que por los amigos del esposo se significan los santos ángeles, y por las doncellas de la esposa, las almas flacas ó imperfectas, que no por eso dejan de tener cariño á los referidos esposos.

Aparte todo esto, el punto en que más insisto en esta Introducción consiste en manifestar que Jesucristo Sacramentado es el verdadero y legítimo esposo de nuestro sagrado Cántico. No ignoramos que el Divino Epitalamio es una declaración del amor que el Salvador profesa á sus almas queridas; ahora bien: en ningún Misterio, ni en ninguna acción de la vida de Nuestro Señor se revela tanto su amor como en el de la Eucaristía; más aún; por ningún medio se nos concede mejor Dios mismo que en este Sacramento altísimo; porque aun cuando existan otros divinos medios por los cuales se nos comunica el amor de Jesús, ó su gracia santificante, en ninguno de ellos se descubre de un modo personificado este mismo amor como en el Santísimo Sacramento; de consiguiente, cuando una alma está en la presencia de este Señor, puede, mejor que en ninguna otra ocasión, dirigirle los dulces requiebros de que se hace mención en los Cantares, y asimismo, cuando le recibe Sacramentado, puede exclamar mejor que nunca: «Me introdujo en la cámara del vino»; allí es cuando el cristiano le besa realmente con el beso de su boca, y le estrecha contra sí para jamás abandonarle. Si, pues, el alma cristiana y justa puede

(1) Coment. in Cant., cap. I.

con toda verdad hablar personalmente al mismo Jesús en el Sacramento, cual lo haría Salomón con la Sulamitis; ¿quién negará, por ventura, que el esposo de que se trata en el divino Epitalamio es Jesús Sacramentado?

Convencidos de esta verdad, y añadiendo de paso que por las razones indicadas, los Cantares corroboran altamente el dogma inefable de los altares eucarísticos, réstanos indicar que los expositores, para mejor interpretación de este sagrado Cántico, le distribuyeron de diferentes modos, pero que á nuestro propósito, el mejor es seguir el rumbo del mismo Epitalamio, porque todo él es un vehemente deseo de poseer á Jesucristo, de gozarle y de no abandonarle jamás. Exhorto además al lector que no se entregue á su lectura sin llevar un espíritu rectísimo y una conciencia limpia; no sea que en lugar de obtener el fruto espiritual que se desea, caiga en el lazo de Satanás, y pierda para su ignominia lo que otros han conseguido, llevados de inmaculadas miras.

CAPÍTULO I

SUMARIO

El alma justa solicita el amor de Jesucristo Sacramentado; pone algunos medios para hallar al mismo Señor, el cual le contesta que siga las huellas de las almas santas: ambos esposos se excitan con dulces coloquios á la más perfecta caridad.

Es en tal manera inefable lo que el alma perfecta desea unirse con su Divino Esposo Jesucristo, que todos sus pensamientos, todas sus expresiones y todas sus obras no tienden á otro fin que á buscar los medios que conducen á dicha unión, y es indudablemente cierto que, cuanto más se aleja el objeto amado, tanto más se desea hallarle. Por eso la esposa de los Cantares, desfallecida de caridad ternísima, al modo que el Real profeta (1) desfallecía por el amor de su Salvador futuro, dirigiéndose á las demás almas menos perfectas que ella, exclama toda embriagada en suave deliquio: (2) *Béseme él con el beso de su boca.* Mas, ¡oh alma privilegiada! por perfecta que te halles, dime; ¿has pensado bien lo que solicitas de tu Dios? ¿Que te otorgue ese ósculo de paz que se imprime en el fondo del corazón y que significa nada menos que la grata amistad que Dios

(1) Defecit in salutare tuum anima mea. Ps. 118, v. 81.
(2) Osculetur me osculo oris sui: quia meliora sunt ubera tua vino. Cant. I 1.

ha de tener contigo? Sí; béseme Jesucristo con el beso de su boca; y este beso le desea el alma que solicita recibir á Cristo Sacramentado, porque al entrarle en su corazón le besa por fuerza, le abraza y se estrecha con Él. Así lo entienden varios Padres con Teodoreto. Entre ellos S. Ambrosio llega á decir: (1) «El alma, al ver los sacramentos admirables, exclama: Béseme con los besos de su boca; esto es: déme á mí un beso Jesucristo». Parece que con el dulce ósculo que se imprimen dos rectos esposos haya entonces una entera y perfecta comunicación de sentimientos y de afectos, y no otra cosa pretende la esposa al desear que la bese Jesucristo, porque, como dice S. Cirilo, (2) por la Eucaristía nos hacemos unos con Jesucristo, así como por este Señor nos unimos con Dios. Este género de regaladas manifestaciones en dos castos esposos origina suavidad y delicia espiritual, mezclada con la sensual; pero entre Jesucristo y un alma santa, se originan indecibles consolaciones purísimas, principalmente en ésta, que por el influjo de Jesucristo empieza á sentir los gustos espirituales, y despreciar las terrenas delicias, pudiendo decir entonces con el profeta: Señor (3) ¿qué hay en el cielo fuera de Ti, y qué cosa sino á Ti puedo pretender en la tierra? Dios de mi corazón, Tú eres mi porción por toda la eternidad».

Mas, ¿por qué intenta la esposa semejante divino ósculo? *Porque mejores son tus pechos que el vino.* Antes estaba hablando con las almas imperfectas, pero la fuerza del amor á su esposo Jesús permite que, dejando á ellas, y dirigiéndose á su Señor, le diga: *Porque tus pechos son mejores que el vino.* Estos delicados órganos, como afirma Alápide (4), son la Divina Eucaristía con la cual nos alimentamos, ya que con la Carne de Jesucristo nos nutrimos y con su Sangre, cual divina leche que posee todas las delicias, nos embriagamos. Por lo cual exclama S. Juan Crisóstomo: (5) «¿Qüé pastor

(1) Lib. de sacrament. cap. II.
(2) Lib. XI in Joan.
(3) Ps. 72, v. 25 y 26.
(4) Exposit. in Cant. cap. I.
(5) Hom. 60 ad popul. et 83 in Math.

alimentó jamás á sus ovejas con sus propios miembros»? Y un poco más adelante añade: «¿No véis á los niños, con cuánta alegría de ánimo cogen la deseada teta de su madre, y con mucho mayor contento aplican á ella sus labios? Pues con no menos gozo debemos nosotros acercarnos á la sagrada Mesa, y á la teta espiritual del santo Cáliz; antes bien con mucho mayor deseo, cual niños pequeñitos en la virtud, que nos alimentamos de la gracia del Espíritu Santo, uno solo sea nuestro dolor y una sola nuestra tristeza, si somos privados de este espiritual Alimento».

Al afirmar la Escritura que Nuestro Señor no carece de aquellos tiernos órganos es para denotar que su Divino Corazón se halla tan lleno de dones y de abundancia de alimentos celestiales, que, cual tierna madre, los presenta á sus hijos para que se alimenten; por eso Jesucristo está lleno de su gracia que nos fortalece y que principalmente se nos derrama con abundancia en la Santa Eucaristía, en la que con maternal solicitud nos descubre su amor, y parece como que dice á todos los cristianos: Ea, venid, bebed hasta hartaros, porque mi gracia se derrama sin medida. Y cuando las almas oyen la voz de Jesús Sacramentado, y con grande humildad y mayor devoción se acercan á Él, y logran hartarse de su divina gracia, ¡oh qué consuelos! ¡qué delicias! ¡qué satisfacción! Entonces reputan al mundo por miseria y vanidad grandes y quisieran no apartarse para siempre de su Esposo; ¿por qué? *porque sus pechos son mejores que el vino.* Este licor terreno es entre las bebidas confortativas, el más apreciado, y sin embargo, el precioso licor que derrama el cáliz eucarístico vale indecible é infinitamente más sin comparación que los mejores vinos terrenos. Por eso el alma que ha llegado á posesionarse de esta verdad, mediante la experiencia, todo cuanto huele á mundo le fastidia, le sirve de estorbo para llegarse á Jesús, el cual es sólo su vida y su delicia; y por esta misma razón suele exclamar con el Apóstol: «Todas las cosas de este mundo las reputo por estiércol, por ganar á Cristo» (1).

(1) Philipp., III, 8.

Mas el Corazón del Divino Esposo, no solamente es mejor que el vino, *sino fragante como los mejores ungüentos* (1), lo cual es como un corolario de lo que dijo antes. Porque por suavísimo que sea un ungüento, al cabo es cosa terrenal que jamás satisface al alma perfecta; empero la compara á la fragancia que despide el Corazón del Esposo Jesucristo, que son todas sus virtudes. He aquí por qué nosotros, al recibir el Corazón de Cristo en la Eucaristía, recibimos sus virtudes y perfecciones, y en cierto modo, por esta causa, nos transformamos en otros cristos. Entonces, como asegura el Apóstol (2), somos para Dios buen olor de Cristo, porque habiendo tomado de Él la vida íntima que llevamos y aún la modestia de nuestros semblantes, las esparcimos por doquiera que anunciamos el Evangelio ó predicamos el amor que Cristo profesa á sus almas predilectas.

Continúa la esposa manifestando las prerrogativas del Salvador: *Tu nombre es óleo derramado* (3). El nombre de Jesucristo es no solamente óleo delicado, sino derramado, esto es: que continuamente está esparciendo el aroma de la virtud y de la santidad; es delicado, porque es dulce al que lo pronuncia, suave al corazón del cristiano, alegre al triste, confortativo al pusilánime y poderoso al tentado; y es derramado, porque en su nombre nos hacemos cristianos, nos santificamos, nos salvamos y nos unimos eternamente con Cristo; es derramado, porque continuamente hace sentir sus divinos efectos en todos los hombres, y particularmente en los que se han consagrado á su amor. Cornelio Alápide (4) atribuye siete cualidades al óleo, que luego aplica al nombre de Jesús. Dice que la primera cualidad es ser símbolo de paz y de tranquilidad; y el nombre de Cristo tranquiliza á los airados y apaga todas las pasiones. La segunda consiste en ser emblema de la gracia y de la misericordia; y el nombre de Cristo las concede y aun las infunde. La tercera es ser figura de riqueza y de calor; y el nombre

(1) Fragantia unguentis optimis. Cant. I, 2.
(2) Quia Christi bonus odor sumus Deo. II Cor. cap. II, 15.
(3) Oleum effusum nomen tuum. Can. I, 2.
(4) Com. in Cant. I.

del Señor concede al alma cuantos bienes celestiales existan y la enardece en la más pura caridad. La cuarta es simbolizar la fragancia del buen ejemplo, del nombre y de la fama; y no otra cosa destila el nombre de Jesús. La quinta es ser signo y causa de la alegría; y el nombre de Cristo regocija á los tristes. Por la sexta, el óleo conforta el cuerpo y le robustece; y el nombre de Cristo conforta á los futuros mártires y les da el auxilio necesario para no sucumbir en la pelea. Finalmente; el óleo sirve para curar las heridas del cuerpo, mas el nombre de Jesús cura y sana todas las del alma. ¡«Oh nombre bendito! exclama S. Bernardo (1). ¡Oh óleo por todas partes derramado! ¿Por cuáles? Vino del cielo á la Judea, y he aquí que por todo el mundo se ha difundido, de suerte que todo el orbe clama con la Iglesia: Óleo derramado es tu nombre. Derramado en verdad, porque no sólo fué esparcido por la tierra, sino que llegó hasta los infiernos, de tal manera que pudiera verificarse que al nombre de Jesús inclinasen la rodilla los cielos, la tierra y los infiernos».

Eres tan agradable, oh esposo mío, añade la esposa, *que por eso las doncellas te amaron* (2). Por estas doncellas, dijimos, se entendían las almas contritas ó nuevas en el camino de la perfección, las cuales no ignoran que Jesús es amoroso y suave, consolador y dulce; pero que no habiendo entrado todavía en el verdadero camino de la vida espiritual donde Jesucristo se muestra á sus almas con la cruz á cuestas, lleno de trabajos y aflicciones, en cuyas penas desea se ejerciten, por eso se expresan de esta manera. Quizá esas almas novicias, si llegaran á ejercitarse en los mencionados trabajos no dijeran que amaban tanto á Jesús, porque una cosa es estimarle por los consuelos, y otra por las penas que nos envía. Lo primero es de justos nuevos en la perfección; lo segundo es de adultos y prácticos en ella. Aquéllos, como éstos, quieren seguir á nuestro Señor, aunque muchas veces se hallan sin fuerzas suficientes;

(1) Serm. 15.
(2) Ideo adolescentulæ dilexerunt te. Cant. I, v. 2.

por eso se dirigen á Él con la esposa, y le dicen: *Tráeme: en pos de tí correremos al olor de tus ungüentos* (1). ¡Oh Jesús! si vos me lleváis yo iré, ya que solo no puedo, debido al peso de mis enormes culpas. Notemos que la esposa no dice al divino esposo que irá tras sus pisadas, sino que la lleve Él, lo cual denota cuan poco se había ejercitado en la perfección. Mas después, sintiéndose con las fuerzas que Cristo le ha dado, anima á sus compañeras, y le dice: en pos de Tí correremos, al olor de tus virtudes, porque su fragancia nos atrae. El amor y la celestial ambrosía que Cristo patentiza en el Sacramento, son tan fuertes, que las almas, atraídas con tan pingües tesoros, corren tras ellos por conseguirlos.

Al ver Jesucristo en su casta esposa los deseos que tiene de poseerle, llevado de su magnífica largueza, condesciende con ella, por lo cual la esposa no puede menos de contarlo á sus compañeras. (2) *Introdújome el rey en su cámara*, dice; *nos regocijaremos y alegraremos en Tí; acordándonos de tus pechos mejores que el vino: los rectos te aman.* ¿Cuál es la regia y divina cámara, sino el Corazón de Jesús Sacramentado? ¿Dónde está la habitación de Cristo con los hombres sino en la Divina Eucaristía? Aquí, pues, el Esposo celestial introdujo á la esposa terrena, acto que se verificó cuando ésta le recibió Sacramentado. Por eso ella, dándole como gracias, juntamente con sus compañeras, dice: nos regocijaremos y alegraremos en Tí, acordándonos de tus inmensos favores; y esto es como una consecuencia del alma agradecida que, recordando los beneficios recibidos, le mueven á estimar á su Dador. Todos cuantos conocieren los bienes que de Tí proceden, y que con mano liberal concedes á los justos, mayormente aquéllos que por experiencia propia han gustado tus espirituales delicias, te aprecian; pues esto significan las palabras: *los rectos te aman.*

En el camino espiritual, donde parece que la caridad fraterna tiene poco que desear, existen siempre algunas,

(1) Trahe me: post te curremus in odorem unguentorum tuorum. Cant. I. v. 3.

(2) Introduxit me rex in cellaria sua: exsultabimus, et lætabimur in te, memores uberum tuorum super vinum, recti diligunt te. Cant. I, 3.

aunque leves emulaciones entre las personas imperfectas, á causa de que la pasión del amor propio no se ha purificado del todo en el crisol de la caridad. Debido á esto, las compañeras de la esposa, algo como envidiosas del amor que ésta manifestaba tener á su Esposo eterno, le achacan de que es morena; por eso ella, reconociendo su condición, pero obteniendo un gran bien de lo que en concepto de las doncellas era imperfección, humillada, y enardecida en caridad hacia su Esposo, contesta: *Negra soy, pero hermosa, hijas de Jerusalén, así como las tiendas de Cedar;* (1) *como las pieles de Salomón.* Negra soy, es verdad; pero mi particular negrura me tiene más acepta á los ojos de mi Esposo divino. Y por cierto; en una alma perfecta, las tribulaciones, las persecuciones, los trabajos, las enfermedades; en suma: todo género de padecimientos la pondrán deforme, flaca; harapienta, necesitada materialmente; pero en el espíritu le servirá de hermosura purísima con que agradará á Jesucristo. Aun los mismos sufrimientos la devuelven, por la paciencia, hermosa á los ojos del mundo; por lo cual exclama S. Bernardo (2): «Dichosa negrura que da á luz el candor de la inteligencia, la luz de la ciencia y la pureza de conciencia». En verdad que semejante alma podía prorrumpir con el Apóstol: «De buena gana me gloriaré en mis enfermedades, á fin de que permanezca en mí la virtud de Cristo» (3).

Mas, soy hermosa, hijas de Jerusalén, así como las tiendas de Cedar y como las pieles de Salomón. Los descendientes de Agar eran llamados cedarenos ó árabes, quienes, por la costumbre de no tener residencia fija, usaban tiendas en los campos, las que apareciendo negras ó morenas en su parte exterior, efecto de la influencia del sol, conservaban no obstante interiormente rara belleza y gran aparato de riquezas. Lo propio puede decirse de las pieles que empleaba Salomón en la guerra.

(1) Nigra sum, sed formosa, filiæ Jérusalem, sicut tabernacula Cedar, sicut pelles Salomonis. Cant. I, 4.
(2) Serm. 25.
(3) II Cor. XVI, 5.

Pasa adelante la esposa y, declarando la causa de ser morena, dice: *No me consideréis que soy morena, porque el sol me estragó el color* (1). Suele este radiante astro ennegrecer los rostros de los que están mucho tiempo á su presencia, por cuya causa afirma la esposa que es morena. Pero ¿cuál es este sol? ¿será el material? Sabemos que el Cantar de los Cantares es todo espiritual, por lo tanto, su naturaleza, juntamente con la autoridad de los santos Gregorio, Anselmo y Bernardo (2), exige que lo refiramos al Sol de justicia, Cristo Jesús. En efecto; si el sol quema, la caridad abrasa; la vida evangélica es de sí trabajosa, y va minando lentamente las fuerzas materiales del que la emprende; y si se toma por amor á solo Jesucristo, la devora mucho más pronto, pudiendo decir entonces el alma con el salmista: «El celo de tu casa me comió» (3). Jesús, empero, en el Sacramento del Altar cumple perfectamente el oficio á que hace alusión la esposa cristiana en este lugar. Ese sol divino que ilumina á todo aquél que á Él se acerca, según aquello: «Llegáos á él (4) y seréis iluminados» abrasa y consume también á todo el que desee recibir su vivificante calor, según dice la Escritura: «Porque Dios Nuestro Señor es fuego consumidor» (5). Si así es, el Divino Salvador, en ningún misterio suyo hace palpables estas verdades mejor que en la Eucaristía. La Hostia Divina, en efecto, esparce sus rayos de luz y fuego á un mismo tiempo para imprimir en nuestra frente y corazón el sello de su abrasado amor.

Cuenta la esposa á sus compañeras los obstáculos que le sobrevienen con la práctica de las virtudes, y así dice: *Los hijos de mi madre lucharon contra mí; me pusieron por guarda de viñas; sin embargo, yo no guardé mi viña* (6). Efectivamente, no pueden darse enemigos más declarados del

(1) Nolite me considerari quod fusca sim, quia decoloravit me sol. Cant. I, 5.
(2) Serm. 28.
(3) Ps. 68, v. 10.
(4) Ps. 33, 4.
(5) Deut IV, 24.
(6) Filii matris meæ pugnaverunt contra me, posuerunt me custodem in vineis: vineam meam non custodivi. Cant. I, 5.

hombre virtuoso que sus mismos domésticos (1). Por eso el Señor asegura que el que ama á sus padres más que á Él no puede ser su fiel discípulo (2), lo cual afirma cuando, estimulando al cristiano á que siga el Evangelio, añade: «Todo el que abandonare su casa y hacienda y viniere en pos de mí obtendrá en esta vida el ciento por uno y luego la vida eterna» (3). Prácticamente reconoce el católico que camina á la perfección, que apenas puede dar un paso en ella á consecuencia de la guerra continua que le ocasionan sus parientes, si es que de éstos hace un caso indebido.

Mas, por semejantes hijos entienden también los SS. Padres, á los herejes y cismáticos que, saliendo de la Iglesia, pero no habiendo pertenecido á ella con el espíritu, la despedazan con sus blasfemias y quisieran verla reducida á la nada; muy particularmente se sobreentienden asimismo los malos prelados, sacerdotes y religiosos que, no poseyendo el espíritu de su vocación, porque entraron en la Iglesia ó en la religión como ladrones, murmuran de sus compañeros y hermanos en el ministerio, á causa de que éstos no son de sus perversos sentimientos; los ponen en ridículo repetidas veces, y se gozan de su humillación, logrando de este modo haber escandalizado á la Religión y al mundo, y atraído sobre sí la terrible sentencia del Salvador: «¡Ay de aquel hombre que causare escándalos! Más le valdría que le pusiesen al cuello una piedra de molino y le lanzasen en el mar, que escandalizar á uno de estos pequeñitos» (4). Podría decir la Religión á semejantes monstruos, con el Salmista: «Mis amigos y mis prójimos se acercaron hacia mí y lucharon contra mí» (5). ¡Ay de tales, exclama S. Bernardo, que con su proceder convierten en escándalo la Religión que es lugar de paz! (6).

En tercer lugar, *los hijos de mi madre que lucharon contra mí*, puede explicarse de las pasiones y afectos desordenados del alma que camina á la perfección, los cuales la asaltan á cada paso, y cuando menos espera la subyugan,

(1) Math. X, 36. (2) Math. X, 37. (3) Math. 19, 29. (4) Luc. XVII, 1, 2. (5) Ps. 37. (6) Serm. 29 in Cant.

si á la gracia divina no permanece asida. Lo que asegura la esposa de que la pusieron por guarda de viñas, mas no guardó la suya, significa que la constituyeron por directora de almas, y que ella, no sintiéndose con fuerzas suficientes, argüía de la siguiente manera: Con que no puedo guardar con perfección mi alma, figurada por la viña, y queréis que guarde las agenas? Así lo explica S. Bernardo (1). Pero otros, como Orígenes (2), adaptándose más al sentido literal, exponen que los malos ó imperfectos prelados, habiéndose constituído Pastores de sus espirituales rebaños no los han vigilado, ni custodiado cual debieron. Otros, finalmente, con S. Ambrosio (3), enseñan, que siendo el alma viña espiritual y Jesucristo el viñador, y, debiendo arrancar aquélla las malas hierbas de los malos pensamientos y plantar otras de buenas obras, se ha quedado soñolienta y dejádose robar de los salteadores.

El alma fiel, en el versículo sexto de los Cantares, abandona á sus compañeras y, dirigiendo su mirada á su celestial Esposo le suplica con fervor arrebatado: *Indícame* (4), *oh Tú á quien ama mi alma, dónde apacientas, dónde sesteas al mediodía, para que no comience á vaguear tras los rebaños de tus compañeros.* Por estas dulces expresiones, la esposa iba en busca de la presencia de su Esposo, quien, al mostrársele, fué interrogado acerca del lugar donde acostumbraba á tener su residencia al tiempo del *mediodía*. Fijémonos en esta última palabra. El mediodía es cuando el astro solar se halla en medio del horizonte, despidiendo con mayor intensidad sus ardientes rayos; por eso el mediodía es perfecto símbolo de la residencia de Cristo que siempre está en la luz; antes bien, Él es la luz misma, y al propio tiempo es signo bellísimo de la quinta esencia del amor en sus mejores quilates, todo lo cual desea obtener la esposa para amar cual conviene á Jesús. En consecuencia, ¿qué sig-

(1) Hom. 30.
(2) Hom. I.
(3) Exort. ad virg.
(4) Indica mihi, quem diligit anima mea, ubi pascas, ubi cubes in meridie, ne vagari incipiam post greges sodalium tuorum. Cant. I, 6.

nifica el mediodía, pregunta S. Agustín? (1) y él mismo se responde: el gran fervor, el inmenso esplendor. Pero notemos las palabras: *Muéstrame, oh querido de mi alma, dónde apacientas y dónde sesteas...* ¡Admirable oficio de Jesús Sacramentado! Sólo Cristo en la Eucaristía apacienta á los cristianos en el verdadero rigor de la expresión, ya que les da su carne en comida y su sangre en bebida. Esto es verdaderamente apacentar; mas ¿dónde sestea? ¡Otro oficio no menos providencial y prodigioso que el primero! Almas perfectas; almas que os nutrís de Jesús Sacramentado; almas que pasáis horas enteras cerca de este Señor, decidme: ¿dónde sestea el Esposo de los Cantares? En el sagrario, me diréis; ahí sestea continuamente Jesús; ahí está el tan deseado *mediodía* de la esposa, porque donde está Cristo Sacramentado, allí hay un mediodía sin interrupción. Con la unción propia de los santos expone este versículo S. Gregorio Niceno (2), aplicándolo todo al Sacramento del Altar: «Enséñame, dice, (lo pone en boca de la esposa) enséñame dónde apacientas, oh Señor, para que, percibida la comida saludable, me llene de la fortaleza eterna, la cual, quien no la recibe no puede entrar en la vida eterna; y, corriendo á la fuente, apure la divina bebida, que Tú, como de la misma fuente, concedes gustoso á los que la desean; esa agua saludable que mana de tu costado y que á quien la gustare se le convertirá en fuente de agua que brota para la eterna vida». En el propio sentir está Alápide, al expresarse con estas palabras: «La Eucaristía se llama con toda verdad *Mediodía*, ya porque contiene á Cristo que es la luz del mundo, ora porque presta la agradable sombra meridiana contra todas las tentaciones y concupiscencias, ya finalmente, porque confiere la plenitud de la caridad y delicias celestiales» (3).

Y ¿para qué deseará el alma sestear con Jesús Sacramentado? Ella misma se responde: *Á fin de no andar va-*

(1) Serm. 50 de verb. Dom. in Joan.
(2) Hom. II.
(3) Com. in Cant., cap. I.

gueando tras los rebaños de los compañeros del esposo; compañeros que son imperfectos siempre, y con frecuencia, de mala índole, los cuales, reuniendo prosélitos, pretenden arrebatar á los sencillos discípulos del Señor. Esto se descubre principalmente en los católicos de siniestras opiniones y en los arteros herejes. Con motivo, pues, de no ser cogida de semejantes infelices, pregunta al divino Esposo dónde apacienta; todo lo cual explica claramente el Agustino (1), cuando dice: «Anúnciame, oh Señor, dónde apacientas, no sea que me introduzca entre los que dicen otras cosas diferentes de las que Tú dices, y sienten, y creen, y predican lo contrario de lo que Tú sientes, eres y enseñas; los cuales tienen también rebaños y son asimismo tus compañeros, porque viven de tu mesa y administran los sacramentos de tu mesa».

Si lo ignoras, (le responden el Esposo y sus compañeros), *oh la más hermosa entre las mujeres, sal y ve tras las huellas de los rebaños, y apacienta tus cabritos junto á las cabañas de los pastores* (2). Sobre este precioso versículo se han emitido diversas opiniones, aunque la más genuína es la que con Ruperto, S. Anselmo y S. Bernardo se expone de esta manera: Si no sabes, oh esposa santa y perfecta, pues te hermoseé completamente con mi gracia, dónde tengo mis pastos, es decir, donde estoy yo, para que sin errar el camino puedas y sepas llegarte á mí, sigue las huellas de los primitivos cristianos que guardaban mi ley y las de los santos que tuvieron la gran dicha de venir á mí antes que tú, y no tropezaron; y á imitación de ellos, apacienta tu pequeño rebaño, porque puedes estar segura que no le dañará nadie, ni nada. Es indudable que toda alma tiene á su cuidado un pequeño rebaño místico que son sus actos, los cuales debe dirigir á Dios, y conformarlos con su santa voluntad mediante la observancia de la ley y la imitación de aquéllos que gozan del mismo Señor en el cielo. En confir-

(1) Loc. cit.
(2) Si ignoras te, oh pulcherrima inter mulieres, egredere, et abi post vestigia gregum, et pasce hœdos tuos juxta tabernacula pastorum. Cant. I, 7

mación de lo que acabamos de insertar, dice Fr. Luis de León (1): «Para hallar á Dios, aun en las cosas brutas y sin razón tenemos bastante guía. El camino para hallarle no es el que cada uno por los rincones quisiere imaginar y trazar por sí mismo; sino el trillado ya y usado por el bienaventurado ejemplo de infinitas personas santísimas y doctísimas que nos han precedido».

Á continuación, el Esposo comienza á elogiar á su esposa por verla formada según su corazón, y así dice: *Á mi caballería en los carros de Faraón te asemejé, amiga mía* (2). Es de notar que Jesucristo llama á su esposa, amiga, á consecuencia de que era hermosísima, esto es, sin mancha y en todo conforme con la voluntad de su esposo; pero ahora la semeja á su caballería uncida á los carros de Faraón. Los carros de este rey eran apreciadísimos por la rica materia de que estaban formados y por los bellos adornos que los hermoseaban, y á fin de que no hubiera en ellos nada que pudiera ser despreciado, iban los criados de Faraón por Egipto en busca de las mejores y galanas caballerías; mas S. Jerónimo, sobre aquellas palabras del profeta Habacuc: «Tú que subes sobre tus caballos» (3), juzga, no sin razón, que el alma del justo es comparada al caballo, porque, á semejanza de éste que carece de razón y de voluntad, debe dejarse refrenar y regir por el ginete, ó por el que le guía que es Cristo Jesús, á fin de poder decir con el Salmista: «Como jumento (4) soy hecho delante de tí».

Hermosas son tus mejillas, prosigue el divino Esposo, *así como de tórtola: tu cuello como collares de perlas* (5). Son comparadas las mejillas de la esposa á la tórtola, porque así como ésta una vez haya perdido el consorte ya no reconoce otro, y lleva en adelante vida solitaria ocupándola en el dolor,

---

(1) Exposit. in Cant.
(2) Equitatui meo in curribus Pharaonis assimilavi te amica mea. Cant. I, 8.
(3) Qui ascendes super equos tuos, cap. III, 8.
(4) Ps. 72.
(5) Pulchræ sunt genæ tuæ sicut turturis: collum tuum sicut monilia. Cant. I, 9.

así la esposa de Jesucristo no debe conocer á otro esposo que á Él, y llevar vida solitaria, es decir, sin la compañía del tráfago mundano, ocupándola en esperar la venida de su celestial Esposo, mediante la práctica de los mandamientos y consejos evangélicos. «¡Oh esposa de Cristo! añade S. Bernardo (1): aseméjate á la tórtola y excepto Jesucristo, tu esposo, no busques otro. ¡Oh esposa de Cristo! sé semejante á la tórtola y gime día y noche, suspirando por Jesucristo, tu esposo, porque ya subió á los cielos, á fin de que puedas merecer algún día la dicha de ver su rostro en la diestra del Padre. Bellas son tus mejillas así como de tórtola. En las mejillas se muestra el pudor y la vergüenza. ¡Oh hermana venerable! Tus mejillas serán de tórtola, si por amor y reverencia de Cristo pospones aquellas obras que le desagradan; serán de tórtola si á causa de la vergüenza de Jesucristo tu esposo, no practicaras ninguna cosa contra su voluntad; serán finalmente de tórtola, si, excepto á Cristo, no amas á otro amigo».

Tu cuello, prosigue el Señor, *es como collares de perlas;* palabras que interpreta Fr. Luis de León, (2) diciendo que aunque la esposa esté desnuda de los adornos de otras mujeres, porque por ser hermosa más que todas ellas no le hacen falta: empero es comparado su cuello á los collares de perlas, porque sin ellos es hermosa tanto como si los tuviera. Otros exégetas enseñan que es semejante á dichos adornos, porque, denotando éstos sujeción y obediencia, la esposa de Jesucristo debe resplandecer mucho en estas virtudes.

Los compañeros del Esposo, haciéndose perfecto eco de Aquél, continúan diciendo á la esposa: *Cadenillas de oro haremos para ti; nieladas de gusanillos de plata*, (3) ó como otros traducen: «Zarcillos y collares de oro con varios esmaltes menudos de plata haremos para ti». Por estas ricas prendas de adorno, se sobreentienden las obras hechas

(1) De bono vivendi ad sororem. cap. X.
(2) Expossit. in Cant.
(3) Murenulas aureas faciemus tibi, vermiculatas argento. Cant. I, 10.

por virtud de la obediencia que son de oro, ya que son practicadas con caridad, á la cual simboliza el oro.

Aquí guardan silencio los compañeros del Esposo, por ser interrumpidos por la casta esposa que dice: *Cuando el rey estaba en su reclinatorio, mi nardo dió su olor*, (1) lo cual comenta Alápide de este modo: «Mientras (2) mi esposo, que es Cristo rey, estaba en su mesa nupcial, yo, su esposa, entrando donde Él estaba, tomé el ungüento de nardo, lo derramé sobre su cabeza y se recreó con tan suave aroma». Dice, cuando el rey estaba en su reclinatorio, con referencia á los convites antiguos en los cuales los invitados comían recostados; pero este divino reclinatorio que, según ha comentado excelentemente Alápide, «es la mesa nupcial de Jesucristo», no es otro que la Sagrada Eucaristía, donde el Esposo Jesús convida á los fieles al festín de su Cuerpo y Sangre. Así lo entienden varios exégetas con el V. P. Scio (3). La espiga del nardo, de la que se confecciona el rico aroma del propio nombre, y que en algunos lugares de España se llama *azúmbar*, es el que derramó la esposa en la cabeza del celestial Esposo como signo de predilección, á la manera que María Magdalena lo derramó en la de Jesús. Algunos entienden que el precioso nardo es símbolo de la virtud de Cristo Señor Nuestro, manifestada eminentemente en el Santísimo Sacramento del Altar.

Mi amado, continúa la esposa, *es hacecito de mirra para mí, que entre mis pechos morará* (4). Nótese la gran prisa que el alma se toma por llegar á poseer á Jesucristo, ya que, pasando de la reverencia á la familiaridad, pretende que descanse en sus castos pechos. Esto se entenderá mejor si recordamos que la esposa en el verso anterior llama á su Esposo rey; y en éste, amado; en el pasado dice que estaba en su reclinatorio y en éste quiere que repose en su cas-

(1) Dum esset rex in accubitu suo, nardus mea dedit odorem suum. Cant. I, 11.
(2) Comm. in Cant.
(3) Notas al cap. I. de los Cant.
(4) Fasciculus myrrhæ dilectus meus mihi, inter ubera mea commorabitur. Cant. I, 12.

to seno. Todo es efecto del abrasado amor que le profesa. Pero dice: *Mi amado es hacecito de mirra para mí*. La mirra en efecto es un árbol pequeño y espinoso que se cría en la Arabia; practicando incisiones en su corteza, destila gotas muy olorosas, las cuales, vertidas en un pomito que en la antigüedad era llevado sobre el pecho, servían para la recreación del sentido y preservación de algunas enfermedades. Mas todos estos efectos son propios de la sagrada Eucaristía; por lo que dice Santo Tomás (1): «Así como la mirra preserva el cuerpo de la corrupción de los gusanos, así el Cuerpo de Jesucristo preserva los corazones de los fieles, de las heridas de los malos pensamientos; porque cuando recibimos al Señor, que es nuestro bien amado, si nuestro corazón se halla ocupado con el hacecito de mirra, es decir, con la amargura de la pasión en que piadosamente meditamos, rechazarémos lejos de nosotros los gusanos de los malos pensamientos». Dice, finalmente, que *entre sus pechos morará*, para designar la ansiedad grande que tiene de poseer en su corazón al hacecito de mirra, Jesús sacramentado.

Mas prosigue: *Racimo de cipro es mi amado para mí, en las viñas de Engaddi* (2). Acerca de la naturaleza del cipro existen muy encontradas y diversas opiniones. Unos con Plinio (3), Galeno (4), S. Gregorio (5) y Casiodoro, aseguran que es un árbol que en las hojas se parece á la oliva, cuyos medicinales y olorosos frutos cuelgan en grandes racimos semejantes á los de la uva: se cría en Engaddi y cerca del Mar Muerto. Otros con S. Jerónimo (6), afirman que es el bálsamo que se cría en las mismas viñas. Varios otros doctores opinan que son uvas de la isla de Chipre, las cuales eran trasladadas á la Judea. Alguno pretende que sea el ciprés, mas esta opinión es desechada. En suma; otros

(1) Doctrina teolog. sobre la Euc. cap. 24.
(2) Botrus cypri dilectus meus mihi, in vineis Engaddi. Cant. I, 13.
(3) Lib. XII, cap. 24.
(4) Lib. VIII, Simp. medic.
(5) In exposs. Cant.
(6) Cap. 27 in Ezeq.

PP., con mayor probabilidad, enseñan que por los racimos de cipro se entienden los racimos de uva de las viñas de Engaddi que sabían al fruto del árbol cipro. Esto parece más conforme con la letra; ya que, según observa el Lirense (1), el orden de las palabras del presente verso es el siguiente: Racimo de cipro en las viñas de Engaddi es mi amado para mí. Pero que este cipro fuesen uvas, lo afirma Deltrio, al enseñar que esas uvas estaban en Engaddi, y que por hallarse cercanas á los árboles del cipro, recibían su sabor, ya que las raices de las cepas de uvas se mezclaban con las del otro, con lo cual parece deducirse la verdadera opinión de la naturaleza del cipro y rechazarse la de los que entendían ser los racimos de dichos árboles. Además es conforme con la versión caldaica, la cual observa asimismo, que eran uvas de las viñas de Engaddi las que ofrecieron á Dios en libación los israelitas, cuando entraron en la Tierra santa. Por último, es más conforme con el sentido genuíno del verso, porque siendo todo espiritual, y diciendo la esposa que su Amado es racimo de cipro para ella, como el esposo es Jesucristo, y Nuestro Señor haya afirmado parabólicamente de sí propio que es la viña por excelencia; más aún: siendo simbolizada la sangre del Redentor en el vino, indudablemente este versículo se aplica todo á la Sagrada Eucaristía. En efecto; acerca de que Jesucristo sea racimo de cipro, convienen los santos en que el Divino Salvador, en su pasión dolorosa vertió el purísimo vino de su santísima sangre, á fin de que nos sirviese de precio de nuestra redención; mas en cuanto á que el racimo de cipro sea la divina Eucaristía, he aquí lo que inserta Alápide (2): «Cristo es el racimo del alma santa; principalmente en la sunción de la Santa Eucaristía, que es el memorial de su pasión; Ella es semejante al racimo de cipro; primero, porque contiene la Sangre de Jesucristo, como racimo exprimido en el lagar de la cruz; segundo, porque es manjar y bebida suavísimos que hartan y embriagan al alma de gracias, gozos

(1) Postill. in Cant.
(2) Comm. in Cant.

y delicias celestiales; tercero, porque por Ella resucitaremos á la bienaventurada é inmortal vida, según promesa del mismo Señor».

¡Oh qué hermosa eres tú, amiga mía! responde el Esposo, *¡oh qué hermosa eres tú! tus ojos de palomas* (1). No se hace sordo el Señor á los dulces requiebros espirituales que el alma santa le dirige tiernamente; por el contrario, suele hablarle al corazón las palabras que acabamos de mencionar. Pero le dice dos veces hermosa, porque según el M. León, (2) equivale á llamarle hermosísima; según S. Gregorio, (3) es como que le otorga los dos amores, el de Dios y el del prójimo; según S. Anselmo, manifiesta que le concede la hermosura del alma y la del cuerpo, á fin de que en la esposa pueda verificarse lo que dijo S. Pablo de la mujer virgen y consagrada al Señor: «Para (4) que sea santa de cuerpo y de espíritu». Finalmente; la llama dos veces hermosa porque, como comenta S. Bernardo, (5) quiso concederla por el mismo hecho, la doble hermosura de la simplicidad y perspicacia, cuyas virtudes están simbolizadas en los ojos de palomas. Sin duda Salomón, al legarnos este divino Epitalamio, se refería á las palomas de Siria y África, llamadas tripolinas, cuyos ojos tienen las relevantes cualidades de ser grandes, resplandecientes, de color ígneo y de una viveza no común.

Confundida en su humildad la esposa, de que su divino Amado la enalteciera en tanto grado, insiste en referir á Él todos los mencionados elogios. Por lo cual dice. *¡Oh qué hermoso eres tú, amado mío, y gracioso! Nuestro lecho es florido* (6). Toda la hermosura del alma santa es perfecto reflejo de la de Jesucristo, así como la belleza del cuerpo humano es imagen de la del Criador. En este concepto,

(1) Ecce tu pulchra es, amica mea, ecce tu pulchra es, oculi tui columbarum Cant. I, 14
(2) Exposit. in Cant.
(3) Loc, cit.
(4) I. Cor VII, 34.
(5) Serm. 45 in Cant.
(6) Ecce tu pulcher es dilecte mi, et decorus. Lectulus noster floridus. Cant. I, 15.

¿cuál será la hermosura, tanto interior como exterior de Jesucristo? Bellísimo en la divinidad, le proclaman S. Gregorio y S. Anselmo. Adornado en gracia le apellida S. Bernardo. ¡Oh cuán hermosa es la majestad de tu santidad! parafrasea la versión caldaica. ¿Y cómo no? ¿Acaso Jesucristo no es el esplendor y la figura de la substancia del Padre? Y Dios que crió en la naturaleza unos seres tan bellos ¿dejará Él de ser bellísimo por excelencia? Yo, dice el Señor, que doy potencia á las criaturas para engendrar, me quedaré sin ella? Pues así podía decir respecto de la belleza. Por razón de lo cual, si el Eterno engendra en la eternidad á su Hijo, Dios de Dios, luz de luz y consubstancial al Padre, ¿dejaría de otorgarle la esencial hermosura que sólo es propia de Dios? Mas hablemos de la belleza exterior de Cristo. De Él dice David en espíritu (1): «Su hermosura externa es más encantadora y magnífica que la de todos los hijos de los hombres». Y cómo no? Jesús es perfecto, sin mancha; ni la sombra del pecado se atrevió á levantar sus criminales ojos para mirarle; es la Acción divina mejor que pudo, que supo, que quiso y que obró el Eterno Padre; luego, ¿no será bellísimo en su exterior? Aunque tomó la forma de siervo, ¿no nos afirman los evangelistas que atraía á las gentes y que se las llevaba á donde Él caminaba? En breves palabras resume S. Agustín (2) las dotes de la hermosura de Cristo. «Bello era Jesús en el cielo, bello en la tierra, bello en el vientre de la Virgen, bello en las manos de sus padres, bello en los milagros y en los azotes, bello no estimando la vida, bello no precaviéndose de la muerte, bello dejando el alma, bello tomándola; hermoso en la cruz, hermoso en el sepulcro y bello en todas partes».

Nuestro lecho es florido, añade la esposa. ¿Cuál será este lecho común? El lecho florido del alma es Cristo, y el de Cristo el alma santa; pero ¿y el de ambos? No es otro que la Sagrada Eucaristía. Por la sunción de la misma, Cristo descansa en el corazón humano y éste á su vez ani-

(1) Speciosus forma præ filiis hominum. Ps. 44, v. 3.
(2) In Ps. 44.

da en el costado de Cristo. Por otra parte, no puede darse un lecho tan florido como el de la Santa Eucaristía, porque de tal manera nos recreamos en Ella, que llegamos á sentir toda clase de deleites espirituales y celestiales. Á continuación, el alma santa refiere al purísimo Esposo las clases de pavimentos místicos que poseen sus habitaciones espirituales, y así dice: *Los cabríos de nuestras casas, de cedro; los artesonados, de ciprés* (1). Por los cabríos se sobreentienden las cuatro virtudes cardinales; y por los artesonados de ciprés las virtudes externas que embellecen al alma justa, como son la modestia, la vergüenza, la soledad y el silencio; todo lo cual se lo recuerda á Jesucristo para que tenga otros tantos motivos de amarla.

(1) Tigna domorum nostrarum cedrina, laquearia nostra cypressina. Cant. I, 16.

CAPÍTULO II

SUMARIO

Eximias dotes de Jesucristo y del alma perfecta; grado supremo del amor divino.—Unión real con Cristo Sacramentado, y sus efectos. Es exhortada el alma al trabajo espiritual: otros especiales efectos de la Eucaristía.

Yo soy *flor del campo*, dice el Salvador, y *lirio de los valles* (1). En primer lugar, Jesucristo es flor, según profetizó Isaías: «Y saldrá una vara de la raíz de Jesé, y de su raíz brotará una flor, y el espíritu del Señor descansará sobre ella» (2); es flor además, porque es hermosísimo, deseable y amoroso. Mas es flor, no de los jardines que están cercados de setos para impedir la entrada á otras personas que no sean los dueños, sino del campo, que está completamente abierto á cuantos quieran entrar en él. El campo, dice Alano, es la Humanidad de Cristo, y la flor de este bellísimo campo es la Eucaristía, el mejor aroma que exhaló la omnipotencia divina. La sagrada Eucaristía está abierta á to-

(1) Ego flos campi, et lilium convallium. Cant. II, 1.
(2) Isai. XI, 1.

dos los que con devoción desean acercarse á Ella, y por eso la flor del campo es su perfecto símbolo. De igual modo, Cristo Jesús en el Sacramento es el lirio de los valles, pues así como éste se cría en lugares humildes y recrea á los transeuntes, así el Divino Sacramento permanece en los sagrarios, lugares humildes en comparación de lo que merece tan alto Señor, y recrea á la Iglesia Católica.

Dirigiéndose al alma cristiana, la elogia de este modo: *Como el lirio entre las espinas, así mi amiga entre las hijas* (1). Así como el lirio, símbolo de inocencia y humildad, crece lozano y fresco entre las espinas, del propio modo el alma santa adelanta en perfección en medio de tantas pasiones, contradicciones, trabajos, vituperios y persecuciones, causados por las almas imperfectas, que á esto vienen las palabras *así mi amiga entre las hijas;* pero á la manera que un lirio desarrollado entre las espinas es mucho más estimable, por razón de no ser tocado de ellas, así el alma perfecta, en medio de tantas imperfectas, es mucho más merecedora de gloria temporal y eterna.

Esto que oyó el alma santa, movióla á elogiar á Jesucristo, diciéndole: (2) *Como el manzano entre los árboles de las selvas, así mi amado entre los hijos. Á la sombra de Aquél á quien había deseado, me senté; y su fruto dulce á mi garganta.* Según la letra del sagrado Epitalamio, los esposos figuran hallarse en el campo, y por eso el Amado es comparado al manzano entre los demás árboles de las selvas. Hay autores, como Alápide, que toman el fruto del manzano en sentido genérico, pero otros, y son los más, exponen que, aun cuando el manzano no aventaje á otros árboles, como á la palmera por su gallardía, ó al plátano por su deliciosa sombra, empero no puede envidiarlos ni por estas cualidades, ni menos por sus ricos y olorosos frutos, particularmente porque simboliza la humildad y caridad, virtudes en las que descolló eminentemente Cristo Nuestro Señor en

(1) Sicut lilium inter spinas, sic amica mea inter filias. Cant. II. v. 2.

(2) Sicut malus inter ligna silvarum, sic dilectus meus inter filios. Sub umbra illius, quem desideraveram, sedi: et fructus ejus dulcis gutturi meo. id.

todas las obras de su vida, especialmente en la primorosa obra de la Eucaristía. Ésta es el verdadero manzano; el sólido y suavísimo fruto con el cual nos sustentamos; y de este sentir son Filón de Carpacio, Orígenes, S. Gregorio Niceno y S. Anselmo. El manzano, dice el Niceno, deleita nuestros sentidos; los ojos con el color, el olfato con el olor y el gusto con el sabor, y del propio modo lo causa Cristo Sacramentado. Filón de Carpacio añade, que dicho excelente fruto da comida y bebida al mismo tiempo: también Cristo en la Eucaristía da su carne en comida y su sangre en bebida. En suma: S. Gregorio afirma que en verdad el manzano simboliza á Cristo, y los demás árboles silvestres á los puros hombres, porque sólo en Cristo encontramos la Comida de salvación que, bien recibida, nos conduce á la gloria.

¿Cuál será esa grata sombra que había deseado la esposa? El deseado es Cristo, figurado por el manzano; y la sombra de éste representa la virtud de Cristo en la Eucaristía; por lo que afirma S. Bernardo, que la sombra de Cristo es el Santísimo Sacramento del Altar, al cual se acogen los fieles, ávidos del sustento celestial y para ser defendidos de las inclemencias de los enemigos espirituales. Y con razón; Nuestro Divino Salvador reside en la Eucaristía, no sólo para ser sustento del cristiano, sino también para su refugio y consuelo. Debido á esto, la sombra del Señor Sacramentado es tan inmensa que todos los hombres podemos descansar en ella si, movidos del recto deseo, exclamamos con el Real Profeta: «Bajo la sombra de tus alas, ampárame, Señor» (1); y seguros podemos estar que nos cobijará, ya que su deseo es inefable, según lo prueban las palabras que dirigió á la desgraciada Jerusalén (2): «¡Cuántas veces quise allegar tus hijos como la gallina acoge sus polluelos bajo sus alas, y no quisiste!» En esta fresca sombra, pues, se sentó la esposa á descansar para comer con sosiego el fruto del árbol, que fué muy grato á su garganta; por las cuales palabras se nos propone doblemente de nuevo el

(1) Ps. XVI, 8.
(2) Math. 23. 37.

Misterio eucarístico; ya que el fruto del árbol es la Divina Eucaristía, la cual es dulcísima al paladar del espíritu.

Explica la esposa lo que le aconteció al comer el mencionado fruto, y así dice: *Me introdujo en la cámara del vino, ordenó en mí la caridad* (1). El vino de que habla la esposa es en efecto el que engendra vírgenes; por lo cual, la cámara del exquisito vino es la misma Eucaristía cuando derrama á torrentes sus delicias. Y por esto menciona *cámara*, porque es como si figuradamente el alma fuese introducida en delicioso baño lleno de aquel precioso licor, y en él satisfaciese su apetito; pero que realmente, cuando recibe con toda devoción á Cristo Sacramentado, es introducida en un insondable é inmenso océano de deleites espirituales. En comprobación del sentido que damos á este verso están S. Gregorio Niceno (2), Ruperto, Pascasio Radberto (3) y otros, quienes, por la cámara del vino, entienden el altar santo donde reciben los fieles el Santísimo Sacramento. Cornelio Alápide, poniendo en boca de la esposa las siguientes palabras, dice: «El mismo rey, mi Esposo, me introdujo en la cámara del vino, esto es: me mandó llegarme al altar del Señor y que tomase el cáliz de salud que, al propio tiempo que alegra á Dios, vivifica al hombre» (4). S. Cipriano, S. Bernardo y S. Buenaventura, añaden que el Espíritu Santo, por esta cámara del vino, quiso dar á entender la íntima, inefable y real unión del alma con Cristo Sacramentado, verificada, no solamente por la caridad, sino por la positiva y real conjunción de las mentes purísimas con Cristo, en la cual unión el alma siente á Cristo como presente, le ama, le adora y le contempla; unión que sólo es propia de las almas muy perfectas, no de otras cualesquiera aunque estén en gracia de Dios. Esta unión admirable, dice Alápide (5), si es considerada por parte de Dios, no es otra cosa que un descendimien-

(1) Introduxit me in cellam vinariam, ordinavit in me charitatem. Cant. II, 4.
(2) Hom. 4.
(3) De Eucharist. cap. XI.
(4) Comm. in Cant. II.
(5) Comm. in Cant.

to al alma, ó manifestación del mismo Cristo que reside oculto en la Eucaristía y que se ostenta á las almas purgadas, bajo razón de suma luz y de cierto contacto inefable con el alma y con el cuerpo del que le recibe, el cual contacto no es otra cosa que un dulcísimo abrazo y ósculo purísimos dados á Cristo, efecto de los cuales la esposa es embriagada. Mas si es considerada por parte del alma, es un mutuo abrazo al que sigue la percepción experimental de Cristo, por el que la espiritual dulzura es poseída en el mismo Dios».

El afirmar el alma fiel que Cristo *ordenó en ella la caridad*, fué tanto como decir que le comunicó la gracia general y peculiar del Sacramento, que consiste en esta doble caridad para con Dios y para con las criaturas, á fin de que todos los cristianos seamos unos en Cristo.

Estando la esposa saboreándose con la presencia real de Cristo Sacramentado en su corazón, exclama: *Sostenedme con flores, cercadme de manzanas, porque desfallezco de amor* (1). En suavísimo deliquio, imposible de ser comprendido si no es por aquél que lo percibe, se hallaba la regalada esposa de Jesucristo, cuando, toda fuera de sí, busca que la sostengan con flores y que la cerquen de manzanas, únicos confortativos existentes en el campo, para que ayudada de su perfume suavísimo no desmayara; pero aun por esto mismo parece pretender nuevos y doblados éxtasis con objeto de quedar más tiempo arrobada en el Señor. Pero, ¿serán flores y manzanas materiales las que solicitaba la esposa? De ninguna manera. Jesucristo es la flor, según Él mismo lo dijo, y Él mismo es también el fruto del manzano. Por lo tanto, al querer la esposa ser sostenida con flores y cercada de manzanas, no busca otra cosa sino ser recreada entre los brazos del Salvador. «Se han visto muchas almas santas, dice el V. Scio (2), que, no pudiendo sufrir en sí la vehemencia y fuerza de las encendidas llamas de amor divino en que se abrasaban, pedían á Dios que las templase; pero

(1) Fulcite me floribus, stipate me malis: quia amore langueo. Cant. II. 5.
(2) Notas al Cant. de los Cant.

al mismo tiempo suspiraban sin cesar no por otra cosa que por aquella misma que las hacía caer en desfallecimientos y deliquios».

Prueba de que el cristiano perfecto buscaba ser recreado entre los brazos de Jesucristo, son las palabras que siguen: *La izquierda de Él debajo de mi cabeza y su derecha me abrazará* (1). Ya signifiquen respectivamente esta izquierda y esta derecha la Humanidad y la Divinidad del Salvador, ya también la gracia que se otorga en la vida presente y la gloria que se dará en la venidera, ora los bienes terrenos y los celestiales, ora las cosas adversas y las prósperas, bien la ley vieja y la nueva, y otras tantas interpretaciones como dan los santos y demás expositores á estas palabras, lo cierto es que la esposa habla aquí en sentido absolutamente hiperbólico, y que lo que intenta hacer ver es que al modo que los esposos terrenos, así Jesucristo Sacramentado, aunque de un modo inmaterial y admirable, sostiene y abraza dulcemente á las almas justas. En este divino Corazón, particularmente después de haber comulgado, se halla el alma infinitamente bien, ya que no trocaría este estado por nada del mundo, y debido á esto, no quiere que nadie la estorbe, molestándola con ruído, apartándola de tan dulce lugar ó distrayéndola de tan agradable compañía, lo cual asimismo encarga el Esposo á las doncellas mencionadas, diciéndolas: (2) *Conjúroos, hijas de Jerusalén, por las corzas y por los ciervos de los campos que no levantéis ni hagáis despertar á la amada hasta que ella quiera.* Es de advertir que el alma quedó extasiada entre los brazos de su celestial Esposo, y que Éste, al ver que reposaba en dulce sueño, la dejó para dirigirse á otros quehaceres suyos; mas, como si el buen cristiano duerme, no obstante su corazón vela, y piensa, y ama, y se entretiene con los dichos y hechos de Jesucristo, de ahí que le parezca ver en sueños á su amado que viene corriendo en su busca y que la da gran-

(1) Læva ejus sub capite meo, et dextera illius amplexabitur me. Cant. II, 6.

(2) Adjuro vos filiæ Jerusalem, per capreas cervosque camporum, ne suscitetis, neque evigilare faciatis dilectam, quoadusque ipsa velit. Cant. II. 7.

des voces para que vuele á su alcance, por lo cual dice: *La voz de mi amado; vedle que viene saltando por los montes, atravesando collados* (1). Y por cierto; esta es una realidad en Jesucristo Nuestro Señor, cuando, deseoso de la salvación de las almas, atraviesa los montes de los trabajos y de las persecuciones, los collados de las ingratitudes que continuamente le inferimos, y vuela en busca de las extraviadas; y como su deseo por lograr semejante fin es indecible, por eso el alma cristiana le compara á la corza y al cervato, cuya ligereza es bien conocida. *Semejante es nuestro amado* (dice) *á la corza y al cervato* (2); descubriendo particularmente semejante propiedad cuando quiere darse en la Eucaristía; al llamamiento del sacerdote, baja velozmente del cielo: cuando un corazón le busca, le halla siempre presente. Y el alma perfecta que le desea, le contempla y le siente por la fe y, como ansiosa de que more pronto en su corazón, exclama transportada en gozo: (3) *Vedle que Él mismo está tras nuestra pared, mirando por las ventanas, acechando por las celosías.* Vedle, sí; ved su Divinidad y Humanidad presentes en la Santa Hostia, aunque veladas con las especies sacramentales, delgado velo que impide la vista material del Salvador y ejercita al propio tiempo nuestra fe; vedle que está acechando por las ventanas y celosías de esos mismos accidentes eucarísticos, y cómo observa nuestros actos, entiende nuestros pensamientos y accede á nuestros deseos; ved que, cual enamorado Esposo, ladea su sacrosanta cabeza para que el alma predilecta, como ave en la enramada de la Iglesia, cante á su celestial Esposo dulces cantos de amor sagrado; vedle, en suma, mostrarnos tanto cúmulo de gracias que ha prometido al que le reciba Sacramentado, porque todo esto y mucho más practica Cristo en el Sacramento.

Mas no ha concluído de hablar todavía la esposa, porque

(1) Vox dilecti mei, ecce iste venit saliens in montibus, transiliens colles. Cant. II, 8.

(2) Similis est dilectus meus capreæ, hinnuloque cervorum. Cant. II, 9.

(3) En ipse stat post parietem nostrum, respiciens per fenestras, prospiciens per cancellos. Cant. II. 9.

tampoco el celestial Esposo ha cesado aún de obsequiarla. *He aquí, que mi amado me dice: Levántate, apresúrate amiga mía, paloma mía, hermosa mía, y ven* (1). Levántate, amiga mía; tú que un día te convertiste á mí; apresúrate, paloma mía; tú que aprovechaste en mis caminos; ven, hermosa mía; tú que gozas del inmerecido honor de estar sin mancha ni arruga: ven á recibir mis espirituales caricias y á estar un rato conmigo, porque me han desamparado ingratos hijos míos; ven, porque *ya pasó el invierno* (2) de las tentaciones y sequedades que solían afligirte, *se fué la lluvia* (3) de las persecuciones, y *se retiraron* (4) lejos de ti; estamos en la alegre y florida primavera que da paso al fecundo verano; dorada está la alta cumbre, y la deseada aurora llega; el horizonte, bañado por el crepúsculo matutino, semeja á un tranquilo mar de desleída plata; el rubicundo señor de los astros levanta erguida su cabeza y despliega con majestad las doradas hebras de sus finos cabellos; vense colorados el monte y el valle; el suave céfiro besa las ramas bulliciosas de los floridos árboles: *las flores parecieron en nuestra tierra* (5) que se halla alfombrada de pintados claveles y de exquisitas rosas; *el tiempo* (6) *de la poda ha venido; y la voz de la tórtola*, juntamente con los melodiosos trinos de los ruiseñores y de las alondras, *se ha oído en nuestra tierra*; (7) las ricas fuentes dejan brotar su delicioso y nacarado líquido, con el que son regadas las hermosas vegas y extensas campiñas; las soberbias ondas del inmenso océano han calmado, y con blando suspiro envía sus tranquilas olas á la arenosa playa: *la higuera brotó sus brevas, las viñas en cierne dieron su olor* (8). Todo, todo convida; bellas flores, sazonados frutos, deliciosos aromas y fragantes olores;

(1) En dilectus meus loquitur mihi: Surge, propera amica mea, columba mea, formosa mea, et veni. Cant. II, 10.
(2) Jam enim hiems transit. Cant. II, 11.
(3) Imber abiit. Id.
(4) Et recessit. Id.
(5) Flores apparuerunt in terra nostra. Cant. II, 12.
(6) Tempus putationis advenit. Id.
(7) Vox turturis audita est in terra nostra. Id.
(8) Ficus protulit grosos suos: vineæ florentes dederunt odorem suum. Cant. II, 13.

los armoniosos é inspirados cánticos de mis sacerdotes, las sonoras y arpadas lenguas del órgano, las fervientes plegarias de los fieles; todo junto forma un contraste tal, que sólo su hermosura te debe mover á que vengas, ¿cuánto más, puesto que en mi Corazón sacramentado encontrarás la suavidad de todas estas bellezas físicas, y mayor riqueza, en infinito grado que todas ellas juntas? Por tanto: (1) *Levántate, amiga mía, hermosa mía, y ven.* Mas esta voz del Esposo, que con poéticas frases dirige al alma perfecta, no es sino para que comprenda ésta cuál es la belleza espiritual que encierran las mismas, ya que por las flores que parecieron en la tierra de los esposos, se significan los innumerables santos que florecieron en la Iglesia y que dieron olor al mundo con sus relevantes virtudes; por el tiempo llegado de la poda, el cuidado que debemos tener todos en arrancar los inmundos vicios y cortar los malos deseos y perversas compañías que hayamos adquirido; por la voz de la tórtola, los gemidos, penitencias y buenas obras que manifestaron los justos de la ley de gracia; por las brevas, que son los primeros frutos que da la higuera, los apóstoles y demás discípulos del Señor; y por el olor de las viñas los innumerables gentiles que se convirtieron á la fe de Jesucristo.

Paloma mía; prosigue el Esposo, *en los agujeros de la peña, en la concavidad de la albarrada, muéstrame tu rostro, suene tu voz en mis orejas: porque tu voz es dulce y tu rostro hermoso* (2). Paloma mía, le dice el Señor, ya que estás purificada de tus pecados... Aquí se han de tener presentes cuatro cosas: 1.ª. Suene tu voz en mis oídos, y da la razón: porque tu voz es dulce; mas los santos Padres entienden por esta dulzura de voz, la confesión de fe cristiana que hace la esposa. 2.ª: Muéstrame tu rostro, porque es hermoso; y por estas palabras entienden los expositores la fe que tenemos en Dios, acompañada de las buenas obras; y

(1) Surge, amica mea, speciosa mea, et veni. Cant. II, 13.

(2) Columba mea in foraminibus petræ, in caverna maceriæ; ostende mihi faciem tuam, sonet vox tua in auribus meis; vox enim tua dulcis, et facies tua decora. Cant. II, 14.

así dice S. Ambrosio (1) de ambas cosas: Es suave la voz de la esposa porque con su boca confiesa nuestra fe; y su rostro es hermoso porque no se avergüenza de Jesucristo», y la versión caldaica añade: «Muéstrame tu rostro y tus obras buenas; haz que oiga tu voz, porque es suave por la oración que practica en mi santuario y tu rostro es hermoso con las buenas obras». La 3.ª y 4.ª circunstancias que se deben tener presentes, en este verso, son, que la esposa ha de hacer oír su voz y tiene que mostrar su rostro, precisamente en los agujeros de la peña y en la concavidad de la albarrada; en los primeros, porque en ellos se significan las sacratísimas llagas de Cristo, piedra fundamental de la Iglesia y en la segunda, porque esa concavidad representa la abertura practicada en el costado del mismo Señor.

Cuando en dulces coloquios entretenidos se hallan dos fieles amigos, les disgusta mucho que otras personas agenas á su amistad les distraigan de su objeto, en cuyo caso mandan á sus criados despidan á los molestos; y esto mismo, con relación á Jesucristo y á las almas cristianas, se verifica, según este precioso verso de los Cantares: *Cazadnos las raposas pequeñas, que asuelan las viñas; pues nuestra viña está ya en ciernes* (2).

Á continuación el alma santa, viendo el indecible amor que le profesa el Salvador, le dice: *Mi amado para mí y yo para él, que apacienta entre lirios* (3). El amor tiende necesariamente á la estrecha unión; y cuando dos almas se aman con afecto verdadero, no quieren divertir su amor á otra criatura que á la que profesan el afecto mencionado. Esto sucede de un modo más eminente entre Jesucristo y los cristianos perfectos, verdaderos lirios entre los que descansa Nuestro Señor Sacramentado.

Mas el Divino Esposo se apacienta entre los lirios *hasta que sople el día y declinen las sombras* (4), es decir; hasta

(1) In Ps. 118; sem. 6.
(2) Capite nobis vulpes parvulas, quæ demoliuntur vineas: nam vinea nostra floruit. Cant. II, 15.
(3) Dilectus meus mihi, et ego illi, qui pascitur inter lilia. Cant. II, 16
(4) Donec aspiret dies et inclinentur umbræ. Cant. II,17.

que desaparezcan las tinieblas de esta vida y aparezca el claro día de la eternidad; porque es cierto que nuestro buen Jesús Sacramentado sólo puede apacentar en nuestro corazón mientras permanezcamos en este valle de lágrimas, porque cuando resucitemos á la luz de la perdurable vida le hemos de poseer eternamente, mediante la visión clara y gozo completo de su Divinidad y Humanidad santísimas. Se sobreentiende también, que la esposa, deseando no apartarse nunca de su amado, solicita verlo en la Comunión al siguiente día, porque muchas veces parece como que se aparta el Señor de nosotros, á fin de experimentarnos en las tentaciones y trabajos. Por eso continúa diciéndole: *Vuélvete; sé semejante, amado mío, á la corza y al cervatillo sobre los montes de Bether* (1): Como si dijera: Ven pronto, amado mío, porque es imposible que viva sin ti; por lo tanto, sé semejante á la corza y cervatillo, los cuales por su ligereza parecen volar y así podré yo gozar de tu amable presencia.

(1) Similis esto, dilecte mi, capreæ, hinnuloque cervorum super montes Bether. Cant. II, 17.

CAPÍTULO III

SUMARIO

Infatigable afán del alma casta por buscar al Esposo Sacramentado y esfuerzos para hallarlo.—Después de hallado lo conserva en su corazón.—Alabanzas que profiere el alma santa en obsequio de Jesucristo.

En mi lecho, por las noches busqué al que ama mi alma; le busqué y no le hallé (1). Por este lecho entienden los exégetas el de la pereza y propia comodidad, el de la curiosidad y ocio, y el de la propia voluntad. ¿Cómo, pues, el alma cristiana podía hallar al Salvador en estas grandes vanidades? En efecto: á Cristo Nuestro Señor, en expresión de S. Ambrosio, no se le puede hallar sino entre sus perseguidores y deicidas; entre sus trabajos, su pasión y su preciosa muerte; según otros santos, en nuestro corazón ó en nosotros mismos cuando, contritos de verdad, le deseamos; pero positivamente se le halla para el objeto que solicitaba la esposa, que era gozarse con Él, cuando corremos al tabernáculo santo, donde reside Sacramentado. *Me levantaré*, añade la esposa, *y daré vueltas á la ciudad; por las calles y por las plazas buscaré al que ama mi alma: le busqué y no le hallé* (2). Viendo el alma casta que de nigún modo podía hallar á su Amado, se anima á levantarse de su vanidosa postración para ir á buscarle fuera

(1) In lectulo meo per noctes quæsivi quem diligit anima mea: quæsivi illum, et non inveni. Cant. III, 1.

(2) Surgam, et circuibo civitatem; per vicos et plateas quæram quem diligit anima mea, quæsivi illum, et non inveni. Cant. III, 2.

de la Iglesia (1), porque por la ciudad se entiende la Iglesia; sin embargo, Cristo no se halla fuera, sino dentro de ella. Por eso dice que le buscó y no le halló. Al pasar por las puertas de la ciudad, cuenta que la hallaron sus guardas, y así dice: (2) *Me hallaron los centinelas que custodian la ciudad*, y les pregunté *¿Visteis por ventura al que ama mi alma?* El que ama cree que todos conocen al objeto de su amor; por cuyo motivo pregunta, no si han visto á fulano, sino á su amado? Mas los que se hallan entretenidos en sus negocios ó pasatiempos no atienden al provecho de los demás prójimos, por manera que, según se desprende de la narración, los centinelas contestaron á la esposa negativamente; y así añade ella: (3) *Cuando hube pasado de ellos un poquito, hallé al que ama mi alma.* No se halla Dios entre los negocios mundanos, ni entre los que los administran, figurados por los centinelas de la ciudad, antes bien en la soledad del lugar ó del corazón, según aquello: «Llevaré el alma á la soledad y le hablaré al corazón» (4), ó más particularmente se halla en el sagrado Tabernáculo, donde es recibido sacramentalmente por la esposa, quien al haberle hallado, no lo quiere soltar jamás hasta haberlo depositado en su mente y corazón, que, según Alápide (5), son como la madre de todas las virtudes del alma y como engendradores de todos los santos afectos que de ellos se originen; por eso continúa la esposa: (6) *Téngole y no le dejaré hasta que lo introduzca en la casa de mi madre.*

Luego que el alma ha recibido á su Divino Esposo Sacramentado, desea gozarse con Él, y para este fin pretende que nadie la estorbe, según expusimos en el capítulo I, por cuya razón concluye diciendo: *Conjúroos, hijas de Jerusalén,*

---

(1) Hugo de S. Caro. Comm. in Cant.

(2) Invenerunt me vigiles. qui custodiunt civitatem: ¿Num quem diligit anima mea, vidistis? Cant. III, 3.

(3) Paululum cum pertransissem eos, inveni quem diligit anima mea. Cant. III, 4.

(4) Oseæ II, 14.

(5) Comm. in Cant.

(6) Tenui eum; nec dimittam, donec introducam illum in domum matris meæ, et in cubiculum genitricis meæ. Cant. III, 4.

por las corzas y por los ciervos de los campos, que no despertéis, ni hagáis recordar á la amada, hasta que ella quiera (1).

Los santos ángeles que, según quedó dicho, son los compañeros del esposo, admirados de contemplar tanto amor en el alma santa para con su Dios, no pueden menos de exclamar: (2) *¿Quién es ésta que sube por el desierto, como varita de humo de los aromas de incienso y de todo polvo de perfumero?* esto es: ¿Quién es esta alma bellísima que sube de grado en grado al colmo de las virtudes por el desierto del desprecio del mundo, y de la abnegación y de la penitencia, y que semeja á la columna de humo que se desprende del incienso y de otras resinosas substancias? Pero viéndose alabada el alma fiel, y comprendiendo que toda su belleza proviene de la que ha querido derramar en ella Jesucristo, comienza á ensalzar las grandezas de Éste, diciendo: (3) *Ved aquí que el lecho de Salomón lo rodean sesenta valientes de los más fuertes de Israel.* Si Salomón, en el sagrado Cántico es Nuestro Señor Jesucristo ¿cuál será el santo lecho en que descansa en este valle de miserias? No es otro que el Sacramento de la Eucaristía, donde reposa el Hombre-Dios. Tal Eucarístico lecho está rodeado por innumerables valientes predicadores, los más fuertes varones de la Iglesia, porque con su palabra sostienen la fe en los corazones de los fieles; y pone el número determinado por el indeterminado, pero no sin causa, porque, como afirma el citado Hugo (4), el número seis significa perfección de las obras, pues en seis días crió Dios todo el universo. (5) *Todos estos valientes*, añade la esposa, *tienen espadas y son muy diestros para la guerra; la espada de cada uno*

(1) Vid. cap. I.

(2) ¿Quæ est ista, quæ ascendit per desertum, sicut virgula fumi ex aromatibus myrrhæ, et thuris, et universi pulveris pigmentarii. Cant. III, 6.

(3) En lectum Salomonis sexaginta fortes ambiunt ex fortissimis Israel. Cant. III, 7.

(4) Comm. in Cant. III.

(5) Omnes tenentes gladios, et ad bella doctissimi: uniuscujusque ensis super femur suum propter timores nocturnos. Cant. III, 8.

sobre su muslo contra los temores nocturnos; con cuyas palabras se significa la vanguardia que los prelados y sacerdotes ejercen en el templo del Señor, para defender á su rey Sacramentado de los ladrones y profanadores; y asimismo para conservar el depósito de la fe que les ha confiado el Espíritu Santo, y combatir los herejes y apóstatas de la Religión. (1) *El rey Salomón*, dice la esposa de los Cánticos, *hizo para sí una litera de maderas del Líbano; hizo sus columnas de plata, el reclinatorio de oro, la subida de púrpura; lo de en medio lo cubrió de amor por las hijas de Israel.* En el sentido literal supone que Salomón mandó fabricar una litera ó especie de silla gestatoria, parecida á la que usa el Romano Pontífice; y la materia que empleó en su construcción fueron maderas del Líbano (que por su naturaleza no tienden á la corrupción) la plata, el oro y la púrpura aludidas; pero en el sentido propio, esto es, el simbólico, varios doctores con Alápide (2) afirman, que esta litera es la sagrada Eucaristía, la cual es como el lecho donde descansa la Divinidad y Humanidad del Salvador, presentes en ella, siendo fabricado de *maderas incorruptibles del Líbano*, es decir, de la purísima sangre de María, exenta de toda corrupción. *Las columnas de plata* simbolizan la sabiduría, la elocuencia y la predicación de Jesucristo; *El reclinatorio de oro*, los siete dones del Espíritu Santo, en que como en abrazado reclinatorio descansa Cristo; *La subida de púrpura*, los grados de los sufrimientos por los que pasó el Señor, como su sudor de sangre, su pasión y muerte; mas lo *de en medio que cubrió de amor por las hijas de Israel*, es el mismo Divino Esposo Sacramentado que por amor á las almas se ha quedado perpétuamente entre ellas, abrasado en perfecta caridad.

Después que el alma fiel contó á sus compañeras las obras del Redentor y el carro triunfal que para sí mismo había hecho construír, exclama toda transportada en sumo gozo:

(1) Ferculum fecit sibi rex Salomon de lignis Libani: Columnas ejus fecit argenteas, reclinatorium aureum, ascensum purpureum: media charitate constravit propter filias Jerusalem. Cant. III, 9 y 10.

(2) Comm. in Cant.

Salid y ved, hijas de Sión, al rey Salomón con la corona con que le coronó su madre en el día de su desposorio, y en el día de la alegría de su corazón (1). Palabras que son comentadas del siguiente modo: Salid de la ignorancia, de la infidelidad, y ved, oh pueblos de Israel, á Cristo Señor Nuestro con la corona de su Humanidad con que le coronó su Santa Madre, en el día de sus santos desposorios con la Iglesia. Otros exégetas como Teodoreto, Aponio y Alápide dicen que las Especies sacramentales en que está envuelto Jesucristo en la Eucaristía son la corona de que habla la esposa de los Cánticos en este bello versículo.

(1) Egredimini et videte filiæ Sion regem Salomonem in diademate, quo coronavit illum mater sua in die desponsationis illius, et in die lætitiæ cordis ejus. Cant. III, 11.

CAPÍTULO IV

SUMARIO

Hermosura del alma santa, declarada por Jesucristo Sacramentado.

Permíteme, Virgen María, Vos sola la privilegiada entre todas las mujeres, y dignísima Madre de Dios, que refiera el presente capítulo á las almas encendidas en el amor de vuestro divino Hijo; pues es cierto, según el sentir de casi todos los expositores, que su sentido genuíno es aplicable con mayor especialidad á vuestra inmaculada Belleza é inmarcesibles glorias.

Viendo Jesucristo que el alma santificada con la recepción de su Cuerpo y Sangre aparece á sus divinos ojos toda bellísima, la encomia de este modo: *¡Oh* (1) *que hermosa eres, amiga mía, que bella eres!* Como si dijera: Posees dos clases de hermosura: la interior, por la cual cumples mi voluntud, y la exterior con la que te he adornado. Por eso *tus ojos son de palomas, sin lo que está oculto por dentro,* (2) es decir, tus ojos son sencillos como las palomas, pues simbolizan semejante virtud, sin contar lo que en ellos hay de reservado que es la intención sana, reservada á mí. *Tus cabellos* (3), que simbolizan los buenos pensamien-

(1) Quam pulchra es amica mea, quam pulchra es! Cant. IV, 1.
(2) Oculi tui columbarum, absque eo quod intrinsecus latet. Id.
(3) Capilli tui sicut greges caprarum, quæ ascenderunt de monte Galaad. Id.

tos, son *como manadas de cabras que subieron del monte Galaad*, á las que semejan en color y número. *Tus* (1) *dientes*, que representan tus arregladas virtudes, particularmente la prudencia, y tu fecundidad en la vía del espíritu, son *como manadas de ovejas trasquiladas, que subieron del lavadero, todas con crías mellizas, y no hay estéril entre ellas*. Tanta es la caridad que me profesas, y tu oración tan grata á mis oídos, que *tus* (2) *labios aparecen como venda de grana, y tu hablar dulce*. Lo que sufres por mi amor y á imitación mía, lo denotan *tus* (3) *mejillas que semejan á un pedacito de granada, sin lo que está oculto por dentro* que á mí está reservado. *Tu cuello* (4) *como la torre de David, fabricada con baluartes; mil escudos cuelgan de ella, toda armadura de valientes*. Se ha de saber, dice el cardenal Hugo (5) que existen tres clases de torres espirituales, á saber: la virginidad, la paciencia y la humildad. Las personas que profesan una de estas preciosas virtudes, forman como una ciudad en la que sobresale con eminencia la virtud profesada, y los escudos que cuelgan de ella son las inmarcesibles glorias que embellecen al que las profesa. *Tus dos pechos*, prosigue el Señor, *son como dos cervatillos de corza* que representan los dos amores que te adornan, el de Dios y el del prójimo, *los cuales sólo se apacientan entre los lirios* de la justicia que á cada uno de ellos se debe, pero de un modo singular se apacientan de mi carne y sangre; *hasta* (6) *que sople el día y declinen las sombras*, es decir, hasta que la muerte, cerrando la vida terrena, abra al propio tiempo las puertas de la eterna, en la que no habrá noche ni sombra alguna.

En el versículo siguiente hay una brillante profecía de la

(1) Dentes tui sicut greges tonsarum, quæ ascenderunt de lavacro, omnes gemillis fetibus et sterilis non est inter eas. Cant. IV, 2.

(2) Sicut vitta coccinea, labia tua: et eloquium tuum, dulce. Cant. IV, 3.

(3) Sicut fragmen mali punici, ita genæ tuæ, absque eo quod intrinsecus latet. Cant. IV, 3.

(4) Sicut turris David collum tuum, quæ ædificata est cum propugnaculis; mille clypei pendent ex ea, omnis armatura fortium. Cant. IV, 4.

(5) Comm. in Cant.

(6) Duo ubera tua, sicut duo hinnuli capreæ gemelli, qui pascuntur in liliis, donec aspiret dies et inclinentur umbræ. Cant. IV, 5,6.

pasión y muerte del Salvador. Habla el divino Esposo: *Iré al monte de la mirra y al collado del incienso.* (1) Á él quiero que tú, oh esposa mía, me acompañes para que merezcas conmigo, ya que conmigo has de sufrir. De este modo me agradarás; pero desde ahora para entonces te afirmo, que *toda eres hermosa, amiga mía, y mancha no hay* (2) *en ti*, porque comprendo que lo que practicares á mi imitación, eso mismo te purificará de toda mancha. Por lo tanto; en premio de tu pureza en general y de la victoria que alcanzares contra los vicios de la avaricia, de la lujuria y de la discordia, te diré en el día del juicio: *Ven del Líbano* (3); ven de ese mundo contra el que has peleado, y *serás coronada de la cima de Amaná,* que representa á la avaricia; *de la cumbre de Sanir y de Hermón,* que simbolizan á la lujuria y discordia; *de las cuevas de los leones y de los montes de los leopardos* que también figuran á los restantes vicios. Tanto es mi amor hacia ti que *robaste mi corazón, hermana mía, esposa, robaste mi corazón con uno de tus ojos y con una trenza de tu cuello* (4); quiero decir con el ojo de tu sana intención y con tu obediencia, por la que estás dispuesta para lo que yo te mandare y á la que simboliza la trenza de tu cuello. (5) El P. Scio asegura que Salomón hace alusión en este lugar, á la costumbre de las mujeres orientales que, cuando salían de casa, llevaban toda la cabeza cubierta con un velo, dejando solamente descubierto un ojo para no tropezar.

¡Cuán hermosos son tus pechos, hermana mía, esposa! (6), prosigue el Divino Salvador; *más hermosos que el vi-*

---

(1) Vadam ad montem myrrhæ, et ad collem thuris. Cant. IV, 6.

(2) Tota pulchra es amica mea, et macula non est in te. Cant. IV, 7.

(3) Veni de Libano sponsa mea, veni de Libano, veni: coronaberis de capite Amana, de vertice Sanir et Hermon, de cubilibus leonum, de montibus pardorum. Cant. IV, 8.

(4) Vulnerasti cor meum soror mea sponsa, vulnerasti cor meum, in uno oculorum tuorum, et in uno crine colli tui. Cant. IV, 9.

(5) Notas al cap. IV.

(6) Quam pulchræ sunt mammæ tuæ soror mea sponsa! pulchiora sunt ubera tua vino, et odor unguentorum tuorum super omnia aromata. Favus distillans labia tua sponsa, mel et lac sub lingua tua: et odor vestimentorum tuorum sicut odor thuris. Cant. IV, 10, 11.

no, y el olor de tus perfumes sobre todos los aromas. Tus labios, oh esposa, destilan panal; miel y leche hay debajo de tu lengua, y el olor de tus vestidos como olor de incienso. Todas estas raras cualidades que el Salvador atribuye al alma santificada, son sus relevantes y preciosas virtudes. *Eres huerto cerrado, hermana mía, esposa, huerto cerrado; fuente sellada* (1). El alma santa particularmente la virgen, es como un huerto cerrado en el que nadie se atreve á ajar sus olorosas flores y á robar sus ricos frutos de buenas obras; sólo al Esposo divino pertenece regalarse en ellas; es también un jardín ameno donde se cultivan toda clase de flores de virtudes, pero completamente cerrado por la humildad; asimismo es fuente sellada, y lo es por el mismo Jesucristo que se reservó su llave, á fin de que nadie enturbiase la cristalina agua de la pureza.

Tus renuevos, añade el Señor, es decir: los agradables frutos de ese hermoso huerto, y los aromas desprendidos de esos exquisitos frutos, *son vergel de granadas, con frutos de los manzanos. Cipros con nardo. Nardo y azafrán; caña aromática y cinamomo, con todos los árboles del Líbano; mirra y áloe con todos los primeros perfumes* (2). Mas por semejantes palabras, el Espíritu Santo quiso dar á entender al alma cristiana lo grata que le era la perfección de sus virtudes, lo cual explica el cardenal Hugo (3) al comentar estos versículos del siguiente modo: «Por los frutos de granados se sobreentienden las obras de justicia que al modo de las granadas tienen sabor algo áspero; por los de los manzanos las de misericordia que á semejanza de aquéllos son dulces; por el cipro con el cual se confecciona el ungüento regio, la caridad que informa á las demás virtudes; por el nardo, la humildad; por el azafrán la pureza de conciencia; por la caña aromática, la limosna practicada en secre-

(1) Hortus conclusus soror mea sponsa, hortus conclusus, fons signatus. Cant. IV, 12.

(2) Emissiones tuæ paradisus malorum punicorum cum pomorum fructibus. Cypri cum nardo: Nardus et crocus, fistula et cinnamomum cum universis lignis Libani, myrra et aloe cum omnibus primis unguentis. Cant. IV, 13, 14.

(3) Comm. in Cant.

to; por el cinamomo, el ejemplo de las buenas obras; por todos los árboles del Líbano, el candor de la inocencia; por la mirra y áloe, las obras de penitencia; y por los primeros perfumes, dicen S. Anselmo y Teodoreto, los principales carismas y dones del Espíritu Santo.

Además de todas las referidas cualidades, Jesucristo afirma del alma fiel, que es *fuente de huertos y pozo de aguas vivas que corren con ímpetu del Líbano* (1); es fuente de huertos, dice Fr. Luis de León, para dar á entender que posee una agua tan abundante y copiosa, que de ella se saca la suficiente para regar muchos huertos; es pozo de aguas vivas, esto es, no encharcadas, sino que perpetuamente manan sin faltar jamás. S. Ambrosio añade, que por esta fuente y pozo se entienden la doctrina y la gracia que ha recibido la esposa, y que á imitación de Jesucristo las difunde, según puede á las demás almas. En suma, por el monte Líbano, entiende Ricardo de S. Victor, á Cristo Sacramentado, del cual dimana la cristalina agua de la gracia, y que es como un impetuoso arroyo de amor que todo lo inunda.

Las últimas palabras que el Esposo profiere en este capítulo se dirigen á que desaparezca el tiempo de la tribulación y tenga lugar el bonancible de la prosperidad espiritual para que crezcan sus castas esposas más y más en toda clase de virtudes, por lo cual dice: *Levántate Cierzo y ven Austro, sopla por mi huerto y corran los aromas de él* (2). Algunos exponen el presente verso de este modo: «Levántate Cierzo, ven, y sopla juntamente con el Austro»; lo que si así es, significa que es voluntad de Dios que nos ejercitemos en las tentaciones y trabajos, al propio tiempo que Él nos concede sus dulzuras espirituales.

(1) Fons hortorum: puteus aquarum viventium, quæ fluunt impetu de Libano. Cant. IV, 15.

(2) Surge aquilo, et veni auster, perfla hortum meum, et fluant aromata illius. Cant. IV, 16.

CAPÍTULO V

SUMARIO

El alma fiel ruega á Jesucristo que venga á los jardines de Éste.—Se solemniza allí el espiritual banquete.—Caracteres que distinguen al Divino Esposo Sacramentado.

Venga mi amado á su huerto, y coma el fruto de sus manzanos (1). Dos asuntos principales se manifiestan en este bucólico verso. El 1.º consiste en averiguar cual sea ese huerto, y el 2.º, cual el fruto de los manzanos. El huerto empero de Jesucristo es el alma purificada de los pecados mortales, que aspira á complacer al Salvador, y el fruto de los manzanos son las buenas obras, practicadas mediante la gracia del Señor. Ambas cosas explica S. Gregorio cuando dice: «Viene el amado al huerto y come sus frutos cuando Cristo visita las almas y se sacia con deleite de las buenas obras que encuentra en ellas». Mas todo esto no es sino un perfecto emblema de la vida eucarística. «Nosotros comemos, en verdad, dice Alápide, la carne de Jesús Sacramentado escondida en la especie de pan, aunque ella no se convierta materialmente en nuestra substancia al modo que se verifica en los demás manjares del cuerpo, y Cristo al propio tiempo nos come, porque nos une é incorpora á sí

(1) Veniat dilectus meus in hortum suum, et comedat fructum pomorum suorum. Cant. V, 1.

de un modo muy sublime á fin de que seamos concorpóreos con Él. De esta última manera es como el Divino Salvador come en el huerto del alma sus frutos místicos .

No había acabado aún de hablar la santa esposa, cuando condescendiendo el celestial amado á la petición hecha por ella, dice: *He venido á mi huerto hermana mía, esposa, he segado mi mirra con mis aromas; he comido panal con miel; he bebido mi vino con leche; comed, amigos, y bebed, embriagaos los muy amados* (1). Es muy frecuente en las Divinas Letras usar el pretérito por el futuro, por cuya razón dice el Salvador; he venido, he segado, he comido, etc. en lugar de vendré, segaré, comeré etc. Podíamos parafrasear el presente verso del modo siguiente: Iré á mi huerto, hermana mía, esposa, al huerto de tu corazón; segaré mi mirra con mis aromas, esto es, cogeré el fruto de mi Pasión, que son tus buenas obras, particularmente la penitencia que has cumplido por tus pecados; comeré el Manjar eucarístico, figurado por el panal y la miel, y beberé el santo Cáliz de mi sangre, simbolizado por el vino y leche. ¡Qué profecías tan claras de la Eucaristía! S. Gregorio Niceno, Pselo, Philón, Ruperto y Alápide explican el por qué la Eucaristía es verdadero panal y miel dulcísimos. Este último se expresa de este modo: «El Cuerpo de Cristo en la Eucaristía se llama rectamente panal, primero, porque á la manera que el panal contiene la miel, así el Cuerpo de Cristo contiene el alma y Divinidad que son suavísimas como la miel; segundo, porque así como el panal es fabricado por las abejas en el colmenar, mediante la esencia de las flores á él conducidas, así también el Cuerpo de Cristo fué formado en el vientre purísimo de la Virgen María, mediante su purísima sangre y la sobrenatural cooperación del Espíritu Santo; tercero, al modo que la miel es dulce al paladar corporal, del propio modo la Eucaristía es sumamente suave y apacible al paladar del alma.

(1) Veni in hortum meum, soror mea sponsa, messui myrrham meam cum aromatibus meis; comedi favum cum melle meo; bibi vinum meum cum lacte meo: comedite amici, et bibite et inebriamini charissimi. Cant. V, 1.

Cristo Señor Nuestro en la noche de la Cena comió con los apóstoles su divino pan y bebió su purísima Sangre; á los apóstoles por consiguiente, como también á todas las almas que se presentan á comulgar, les dice el Señor: comed, amigos, y bebed; embriagaos, los muy amados; hartaos de esta suave comida y embriagaos de esta delicada bebida, amigos íntimos. ¡He aquí hasta donde llega el amor indefinible de Jesús!

Arrebatada la casta esposa en amoroso deliquio, efecto del opíparo banquete que le preparó el divino Esposo, su corazón se hallaba anegado en un océano de delicias, pensando en su amado y hablando espiritualmente con Él. Por eso dice: *Yo duermo, pero mi corazón vela: la voz de mi amado que me llama: Ábreme hermana mía, amiga mía, paloma mía, mi sin mancilla, porque mi cabeza está llena de rocío y mis guedejas con las gotas de las noches* (1); con lo cual pretende manifestar las repetidas veces que Dios Nuestro Señor llama al corazón del hombre para morar en él. Habiéndole oído la esposa, mas estando entretenida en negocios de su gusto, figurados por la túnica que tenía puesta y por los pies lavados, tuvo alguna morosidad en levantarse y abrirle, por lo cual dice: (2) *Despojéme de mi túnica; cómo me la vestiré? lavé mis pies y ¿me los tengo que ensuciar?* He ahí cómo muchas veces, las personas dadas á la perfección dejan de oír las suaves inspiraciones de Jesucristo, logrando con su pereza, perder lo que la Esposa de los Cantares. *Mi amado,* (3) prosigue, *introdujo su mano por el resquicio de la puerta de la casa y á su toque se extremecieron mis entrañas.* Esto mismo acontece á los perezosos espirituales, á quienes el Señor ha de hacer grandes esfuerzos con su gracia para que le dejen expedito el corazón.

(1) Ego dormio, et cor meum vigilat: vox dilecti mei pulsantis: Aperi mihi soror mea, amica mea, columba mea, immaculata mea: quia caput meum plenum est rore, et cincinni mei guttis noctium. Cant. V, 2.

(2) Exspoliavi me tunica mea, quomodo induar illa? lavi pedes meos quomodo inquinabo illos? Cant. V, 3.

(3) Dilectus meus misit manum suam per foramen, et venter meus intremuit ad tactum ejus. Cant. V, 4.

Por lo cual añadió la esposa: *Levantéme para abrir á mi amado; mis manos destilaron mirra y mis dedos llenos de mirra muy probada* (1). Después que en efecto había probado la paciencia al divino Esposo, es cuando se da prisa en abrirle. Añade que sus manos destilaron la excelente mirra que el Esposo había dejado en la aldaba con sólo tocarla. ¡Tanta es la suavidad que deja el Señor por donde pasa! Mas, ¿qué es lo que sucedió á la necia esposa por haberse tardado? Ella misma lo confiesa: *Abrí á mi amado el pestillo de mi puerta, pero él se había marchado. Mi alma se derritió, luego que habló; lo busqué y no le hallé; lo llamé y no me respondió. Me hallaron los guardias que cuidan de la ciudad, me hirieron y me llagaron; lleváronme mi manto los guardas de los muros* (2). Merecidos castigos en una alma perezosa, que el Esposo permite, no tanto para hacerla sufrir, sino para que le sirva de corrección y escarmiento. Mas por estas faltas no abandona el Señor al alma, antes por el contrario, la concede aliento para que le busque, lo cual verifica muy pronto ella, avisada del suave correctivo, por cuya razón dice á sus compañeras; *Conjúroos* (3), *hijas de Jerusalén, si hallareis á mi amado, que le aviséis que de amor desfallezco.* Aquí la esposa pide perdón á Jesucristo, y, en prueba de su arrepentimiento, declara á sus compañeras le certifiquen que muere por amor de Él. Deseosas, empero, sus amigas de saber quién era su Predilecto, le contestan: *¿Cuál es tu amado* (4) *más que los amados oh la más hermosa de las mujeres? ¿cuál es tu amado más que los amados, porque así nos conjuraste?* Al hablar de esta manera las compañeras de la esposa no es que pretendieran conocer las excelencias

(1) Surrexi, ut aperirem dilecto meo: manus meæ stillaverunt myrrham, et digiti mei pleni myrrha probatissima. Cant. V, 5.

(2) Pessulum ostii mei aperui dilecto meo: at ille declinaverat, atque transierat. Anima mea liquefacta est, ut locutus est: quæsivi, et non inveni illum: vocavi, et non respondit mihi. Invenerunt me custodes qui circumeunt me: tulerunt pallium meum mihi custodes murorum. Cant. V, 6, 7.

(3) Adjuro vox filiæ Jerusalem, si inveneritis dilectum meum, ut nuncietis ei quia amore langueo. Cant. V, 8.

(4) Qualis est dilectus tuos ex dilecto, o pulcherrima mulierum? qualis est dilectus tuus ex dilecto, quia sic adjurasti nos? Cant. V, 9.

del Salvador, porque como amigas lo sabían ya; lo que deseaban era que la esposa alabase á Jesucristo y que se encendiese una llama de amor más en su corazón, al paso que fuera contando los caracteres y prerrogativas de su Dios.

Pero notemos los caracteres con que la esposa distingue á su amado: *Mi amado*, dice, *es blanco y rubio, escogido entre millares* (1). Jesucristo Sacramentado es blanco por su Divinidad, por su pureza de vida é inocencia santísima; es rubio por su Pasión, en la que fué teñido con su propia sangre; y escogido entre millares, porque sólo Él es el Bien por esencia. (2) *Su cabeza*, que simboliza á su Divinidad, *es oro muy bueno;* sus pensamientos, siempre santos y victoriosos, son representados por *sus cabellos, que son como renuevos de palmas, negros como el cuervo* (3). Su sabiduría y providencia, que resplandecen en todos tiempos y en todos lugares por su candor, son figuradas por *sus ojos que son como palomas sobre los arroyuelos, lavadas con leche y sentadas junto á corrientes copiosísimas* (4). Su modestia es tan graciosa como lo declaran sus *mejillas, que son como eras de aromas plantadas por los perfumeros* (5); sus palabras salían tan encendidas de su boca que movían y reducían los hombres á penitencia, como excelentemente lo figuran *sus labios que cual hermosos lirios destilan la mirra más pura* (6); sus prodigiosas obras estaban tan llenas de misericordia para con los pecadores, como bien lo representan *sus manos que son de oro torneadas y llenas de jacintos* (7); su incorruptibilidad corporal, adornada de las demás virtudes, es significada por (8) *su vientre de marfil, guarnecido de zafiros. Sus piernas,*

(1) Dilectus meus candidus et rubicundus, electus ex millibus. Cant. V, 10.
(2) Caput ejus aurum optimum. Cant. V, 11.
(3) Comæ ejus sicut elatæ palmarum, nigræ quasi corvus. Cant. V, 11.
(4) Oculi ejus sicut columbæ super rivulos aquarum, quæ lacte sunt lotæ, et resident juxta fluenta plenissima. Cant. V, 12.
(5) Genæ illius sicut areolæ aromatum consitæ á pigmentariis. Cant. V, 13.
(6) Labia ejus lilia distillantia myrrham primam. Cant. V, 13.
(7) Manus illius tornatiles aureæ, plenæ hyacinthis. Cant. V, 14.
(8) Venter ejus eburneus, distinctus sapphiris. Cant. V, 14.

columnas de mármol fundadas sobre basas de oro (1), son un perfecto emblema de los caminos del Señor, esto es, de su misericordia y verdad, según expresa el salmista. *Su parecer como el Líbano, escogido como cedros* (2); es decir; todo el semblante de Jesús es bellísimo y admirable. *Su garganta suavísima, y todo Él deseable.* (3); como si dijera: es de tal modo amable el Divino Esposo Sacramentado que todo Él es deseable. *Tal es mi amado, y el mismo es mi amigo, hijas de Jerusalén* (4).

Habiendo oído las compañeras la descripción de la belleza de Jesucristo, desearon verle, por lo cual preguntan admiradas á la santa esposa: *¿Á dónde se ha marchado tu amado, oh la más hermosa de las mujeres; á dónde se ha desviado y le buscaremos contigo?* (5) lo cual es un símil acabado de lo que debemos practicar tan pronto como tengamos noticia de quién es Jesús Sacramentado, lo que nos ama, lo que puede á nuestro favor y el bien con que siempre quiere favorecernos, si no queremos hacernos reos de suma ingratitud y condenación eterna.

(1) Crura illius columnæ marmoreæ, quæ fundatæ sunt super bases aureas. Cant. V, 15.
(2) Species ejus ut Libani, electus ut cedri. Cant. V, 15.
(3) Guttur illius suavissimum, et totus desiderabilis. Cant. V, 16.
(4) Talis est dilectus meus, et ipse est amicus meus, filiæ Jerusalem. Cant. V, 16.
(5) Quo abiit dilectus tuus, o pulcherrima mulierum? quo declinavit dilectus tuus? et quæremus eum tecum. Cant. V, 17.

CAPÍTULO VI

SUMARIO

Declara el alma el lugar donde suele estar Jesucristo.—Nuevos elogios que Nuestro Señor hace de la esposa fiel.

Como sencilla respuesta á la pregunta formulada por las compañeras de la esposa, responde ésta: (1) *Mi amado bajó á su jardín, á la era de los aromas, á apacentar en los huertos y á coger lirios.* Los frondosos huertos de Jesucristo son, según advertimos, las almas fieles, y los blancos lirios, los pingües frutos que la Eucaristía concede á estas almas, principalmente la pureza y continencia. En la suposición de que el purísimo Esposo se hallaba en los místicos huertos referidos, exclama la casta esposa: (2) *Yo para mi amado y mi amado para mí, que se apacienta entre lirios;* como si dijera: Por la Comunión sacramental de su Cuerpo y Sangre quedaré yo tan unida á Él, que todo mi amado será mío, el cual sólo se apacienta entre las almas que le aman. La versión Caldea entiende asimismo este versículo de la Eucaristía, y lo expresa diciendo: «Mi amado hizo habitar su Majestad en mi corazón, al cual alimentó con sus delicias».

(1) Dilectus meus descendit ad hortum suum ad areolam aromatum, ut pascatur in hortis, et lilia colligat. Cant. VI, 1.

(2) Ego dilecto meo, et dilectus meus mihi, qui pascitur inter lilia. Cant. VI, 2.

Al oír el Salvador que tales palabras profería el alma fervorosa, empieza otra vez á encomiarla por estas otras: *Hermosa eres, amiga mía, suave y graciosa como Jerusalén, terrible como un ejército de escuadrones ordenado* (1). La denomina hermosa, dice Beda, por la gracia que le ha infundido; suave, por la caridad y benevolencia; y terrible, por el celo que la anima por la gloria de Dios; pero afirma el Esposo que es suave y graciosa como Jerusalén. Esta ciudad, en el sentir de los expositores, era bella y regia por su templo, palacio real, muros, plazas, etc., y debido á esto solían los hebreos comparar los hombres á las hermosas ciudades, según lo puso en práctica S. Juan cuando dice en el Apocalipsis (2): «Vi la santa ciudad, la Jerusalén nueva, que de parte de Dios bajaba del cielo y estaba preparada como una esposa para su varón ; es también terrible como un ejército de escuadrones, porque es fuerte contra sus enemigos espirituales.

(3) *Aparta de mí tus ojos,* prosigue el divino Esposo, *porque ellos me hicieron volar.* Expresiones originadas del entrañable afecto; ya que cuando uno mira hito á hito al objeto de los castos amores, parece que aquellos dulces ojos le sacan como fuera de sí; por estos ojos se significa la incólume fe que la esposa tenía en su amado. *Tus cabellos,* añade, *son como manadas de cabras que aparecieron de Galaad. Tus dientes como hato de ovejas que subieron del lavadero, todas con erías mellizas y entre ellas ninguna estéril. Como corteza de granada, así tus mejillas, sin lo que está oculto* (4); todo lo cual quedó explicado ya en el capítulo IV.

Ahora, para declarar que sólo el alma perfecta es la predilecta entre las demás, continúa los encomios de esta ma-

(1) Pulchra es amica mea, suavis, et decora sicut Jerusalem: terribilis ut castrorum acies ordinata. Cant. VI, 3.

(2) Cap. XXI, v. 2.

(3) Averte oculos tuos á me, quia ipsi me avolare fecerunt. Cant. VI, 4.

(4) Capilli tui sicut grex caprarum quæ apparuerunt de Galaad. Dentes tui sicut grex ovium, quæ ascenderunt de lavacro, omnes gemellis fetibus, et sterilis non est in eis. Sicut cortex mali punici, sic genæ tuæ absque occultis tuis. Cant. VI, 4, 5 y 6.

nera: *Sesenta son las reinas y ochenta las concubinas, y las doncellas no tienen número. Una sola es, empero, mi paloma, mi perfecta, única es de su madre, escogida de la que le engendró. La vieron las hijas y la proclamaron muy bienaventurada; las reinas y concubinas, y la alabaron* (1). Parece que la divina Escritura alude literalmente en este lugar á las mujeres de Salomón, las cuales como atestigua el verso, eran en número de 60 las reinas, de 80 las concubinas y de indeterminado número las demás doncellas. Esto no parecerá inverosímil atendido á que en la antigua Ley era permitida la poligamia, y á que en los palacios de los soberanos de Israel existían las tres clases de mujeres mencionadas, de las cuales, las reinas y las concubinas eran mujeres legítimas; aquéllas de primero y éstas de segundo orden. Del número de las doncellas se escogían las reinas, y mientras tanto esto no se verificaba eran sirvientas de éstas. Pero el Espíritu Santo quiso significar algo más de lo que la corteza de la letra enseña. Por lo tanto expondré con Alápide que las reinas, número pequeño, son las almas perfectas; las concubinas, número mayor, las que aprovechan en la perfección y las restantes cuyo número es indeterminado, las que empiezan á servir á Dios. S. Gregorio Niceno y Ruperto, añaden que las reinas son las almas que aspiran á la patria celestial; las concubinas, las que guardan la ley de Dios por temor del infierno y las doncellas, las que alcanzan poco en los divinos misterios y son además remisas en sus obras espirituales.

Después que el regio Esposo ha celebrado al alma fiel como la más bella entre las mujeres, quiere sublimarla todavía más, comparándola al alba, á la luna y al sol. Es esta una linda figura retórica, llamada gradación ó clímax. Dice así: (2) *¿Quién es ésta que marcha como el alba al levan-*

---

(1) Sexaginta sunt reginæ, et octoginta concubinæ, et adolescentularum non est numerus. Una est columba mea, perfecta mea, una est matris suæ, electa genitrici suæ. Viderunt eam filiæ, et beatissimam prædicaverunt; reginæ et concubinæ, et laudaverunt eam. Cant. VI, 7, y 8.

(2) Quæ est ista quæ progreditur quasi aurora consurgens, pulchra ut luna, electa ut sol, terribilis ut castrorum acies ordinata? Cant. VI, 9.

tarse, hermosa como la luna, escogida como el sol, terrible como un ejército de escuadrones ordenado? ¿Quién esta criatura, dice Hugo, que marcha de virtud en virtud, como la aurora al levantarse por el aumento de la gracia y virtudes, hermosa como la luna en el estado de perfección, de la cual copian los demás, escogida como el sol para ser trasladada á la celestial Jerusalén y terrible á los demonios como un ejército de escuadrones ordenado? ¿Quién es esta alma santa, añade Alápide, que nace como la aurora, al resucitar de las tinieblas del pecado á la luz de la gracia; hermosa como la luna, al dilatar más y más esta luz en el provecho de las virtudes; escogida como el sol, al brillar llena de caridad y santidad y terrible como un ejército de escuadrones ordenado, al combatir á todos los enemigos de su alma? En suma: Justo Orgelitano aplica á la castidad conyugal la aurora; á la vidual la luna y á la virginal el sol que resplandece sobre las demás en grado eminente.

En el versículo siguiente, parece que el Esposo divino da satisfacción á la solicitud de la esposa terrena cuando le buscaba, y así dice: (1) *Descendí al huerto de los nogales, para ver las manzanas de los valles y observar si estaba en cierne la viña y habían brotado los granados.* El huerto de los nogales, dice Alápide, es el alma santa, paciente y perfecta, principalmente la que trabaja en la conversión de los pecadores obstinados; por los demás frutos se significan las diferentes virtudes que germinan en el corazón de los fieles. Á las palabras del celestial Esposo contestó la amada: *No supe* que te habías dirigido á tal parte; *mi alma me conturbó por los carros de Abinadab, pues temía que los que los guiaban te tuviesen por un malhechor y por esto te maltratasen* (2). Éste es el sentido á la letra; pero el figurado, según el Lirense, es que la esposa no supo considerar los beneficios que Dios había derramado en la Iglesia y que tuvo miedo á las legiones de los espíritus inferna-

(1) Descendi in hortum nucum, ut viderem poma convallium, et inspicerem si floruisset vinea, et germinassent mala punica. Cant. VI, 10.

(2) Nescivi: anima mea conturbavit me propter quadrigas Aminadab. Cant. VI, 11.

les ó á los perseguidores de la Iglesia. *Vuélvete, vuélvete, Sulamita*, responde el coro de las vírgenes; *vuélvete, vuélvete para que te miremos* (1). Palabras que indican la imperfección del cristiano; por lo cual dice S. Ambrosio (2), que el alma pecadora, ó santa, pero dejada y caída en pecados veniales, es convidada cuatro veces por Cristo Nuestro Señor á que vuelva á la penitencia prontamente, y sin interrupción en lo sucesivo. S. Bernardo (3) añade que estos cuatro llamamientos son: 1.º: Que salga de una tonta alegría. 2.º: De una inútil tristeza. 3.º: De una gloria vana, y 4.º, de una manifiesta soberbia.

(1) Revertere, revertere Sulamitis: revertere, revertere, ut intueamur te. Cant. VI, 12.
(2) Lib. de Isaac, cap. 8.
(3) Serm. 58.

CAPÍTULO VII

SUMARIO

Nuevos elogios del alma fiel debidos á su espiritual fecundidad.—Solicita de Jesucristo morar en lugares solitarios.

Al verse la esposa alabada por las doncellas, contesta: *¿Qué verás en la Sulamita sino coros de escuadrones?* (1) Como si dijera: Qué cosas admiráis en mí sino baluartes para defenderme de mis enemigos espirituales? Á cuyas palabras contestan sus compañeras: *¡Cuán* (2) *hermosos son tus pasos en los calzados, hija de príncipe! Los juegos de tus muslos como ajorcas que han sido labradas de mano de artífice.* Por los referidos pasos se sobreentienden los que dan las almas que siguen á Cristo, cumpliendo su santa ley y siguiendo las huellas de las personas eminentes en santidad que les precedieron; y por los juegos de los muslos, se significa la mesura, gravedad y armonía de los mismos pasos cuando se revelan en las acciones exteriores. *Tu centro*, añaden las vírgenes, *es taza torneada que nunca está falta de bebida* (3). Aquí hay un significativo emblema de la Eucaristía; y en este sentido, declara Philon de Carpacio, que por esta parte del cuerpo humano

---

(1) Quid videbis in Sulamite, nisi choros castrorum? Cant. VII, 1.

(2) Quam pulchri sunt gressus tui in calceamentis, filia principis! Juncturæ femorum tuorum, sicut monilia quæ fabricata sunt manu artificis. Cant. VII, 1.

(3) Umbilicus tuus crater tornatilis, nunquam indigens poculis. Cant. VII, 2.

se entienden los sacerdotes de Jesucristo, y por la taza torneada que nunca está vacía de precioso licor, el cáliz Eucarístico, que nunca carece del verdadero Cuerpo y Sangre de Cristo el cual se comunica á los fieles, según lo simboliza el agua que el sacerdote mezcla en el vino para su consagración sacramental. Ruperto, Guillermo y otros, entienden, la castidad que engendra la Eucaristía, según aquello del profeta Zacarías: «¿Cuál es, pues, su bien por antonomasia y cuál su belleza por excelencia, sino el trigo de los escogidos y el vino que engendra vírgenes? (1).»

Para denotar la fecundidad de la esposa, añaden; (2) *Tu vientre es como montón de trigo, cercado de lirios. Tus dos pechos, como dos cervatillos mellizos de corza;* lo cual en parte quedó comentado en el capítulo IV. Pero en estos dos símiles existe también un bello geroglífico del Misterio Eucarístico. El vientre purísimo de la Virgen María ó el simbólico de la Iglesia, esposa de Jesucristo, poseen el montón de trigo eucarístico, cercado de lirios, esto es: de pureza y santidad. S. Ambrosio (3) afirma que Nuestra Señora engendró en su purísimo vientre este montón de trigo, Cristo-Jesús, el cual quiso después que, amasado y hecho pan, fuese materia remota de su Santísimo Cuerpo; da el nombre de montón de trigo para significar que el Fruto eucarístico es grande, inmenso é indecible. El cuello de la esposa es nítido y al propio tiempo robusto, según lo simbolizan las palabras del versículo siguiente: *Tu cuello, como torre de marfil* (4). Pero Philón, obispo de Carpacio, entiende por el cuello los sacerdotes de la nueva ley. «Á la manera, dice, que el cuello se halla más próximo á la cabeza que otras partes del cuerpo, así los ministros de Dios se hallan próximamente adheridos al sacratísimo Cuerpo y preciosa Sangre de Nuestro Señor Jesucristo, mejor que ningún otro hombre; y son su mismo cuello de marfil cuan-

(1) Cap. IX, 17.
(2) Venter tuus sicut acervus tritici, vallatus liliis. Duo ubera tua. sicut duo hinnuli gemelli capreæ. Cant. VII, 2, 3.
(3) De instit. virg. cap. 14.
(4) Collum tuum sicut turris eburnea. Cant. VII, 4.

tas veces celebran y administran los divinos é inmaculados Misterios con pura conciencia y sincera caridad del alma». *Tus ojos son como pesqueras en Hesebón, que están en la puerta de la hija de la muchedumbre* (1). Por cuyas frases se simbolizan las lágrimas nacidas del corazón contrito, que no solamente pide perdón para sí mas también para los prójimos. «Estas cristalinas pesqueras, añade el V. Scio, están junto á la puerta, que es Cristo, el cual dice de sí mismo que es puerta de las ovejas y de la muchedumbre ó numeroso pueblo: por la cual han de entrar todos los que han de ser moradores del reino de los cielos».

Tu nariz, emblema de tu discreción, *es como la torre del Líbano que mira hacia Damasco. Tu cabeza,* por la que se significa tu entendimiento, lleno de santos y elevados pensamientos, es *como el Carmelo* (2). *Los cabellos de tu cabeza son como púrpura de rey atada en canales* (3). Son semejantes, dice, los cabellos de tu cabeza, que figuran los buenos y fervorosos deseos, principalmente los de mortificación y martirio, á la púrpura del rey atada en canales. Con objeto de que estas clases de púrpuras tomen un color más vivo cuando se están fabricando, las atan en los canales ó tinas de los tintoreros, y de ahí que las doncellas tomen semejantes expresiones para designar la cualidad de los cabellos de la esposa. Deseosas, empero aquéllas, de dar término á las alabanzas de ésta, usan de unas expresiones que las resumen todas juntas: *¡Cuán hermosa eres*, dicen, *y cuán graciosa, oh carísima en las delicias!* (4) es decir: ¡cuán llena de virtudes te hallas, oh alma regalada de Jesucristo! *Tu estatura*, añaden, por la que se simboliza la altura de perfección en que te hallas, *es semejante á la palma. Dije: subiré á la palma y cogeré los frutos de ella; y serán tus pechos como racimos de viña, y el olor de tu boca co-*

(1) Oculi tui sicut piscinæ in Hesebón, quæ sunt in porta filiæ multitudinis. Cant. VII, 4.

(2) Nasus tuus sicut turris Libani, quæ respicit contra Damascum. Caput tuum ut Carmelus. Cant. VII, 4, 5.

(3) Et comæ capitis tui, sicut purpura regis vincta canalibus. Cant. VII, 5.

(4) Quam pulchra es, et quam decora charissima, in deliciis! Cant. VII, 6.

mo de manzanas (1). Por cuyas bucólicas palabras se significa, afirman muchos autores, la crucifixión de nuestro Divino Salvador, que en tales momentos cogió en la cruz los frutos de su pasión y muerte, y los aplicó para la redención del género humano; desde entonces la fecundidad espiritual de los fieles que supieron aprovecharse de la muerte del Señor, es como racimos de viña, llenos del vino eucarístico que embriaga el espíritu y que no conocen los mundanos; y el olor de la boca de la esposa es como de manzanas; como si dijera; su conversación santa es del todo agradable.

Tu garganta, por la que se simboliza la voz de alabanza y confesión que hace del Esposo, *es como el mejor vino digno de ser bebido de mi amado, y de los labios y dientes de Él para rumiarlo* (2), porque á la verdad: este celestial vino, no hincha embriagando, sino que alegra el corazón recreándolo. Así Beda.

Aquí terminan de hablar las doncellas; mas la esposa, tomando de nuevo la palabra, quiere entregarse toda á su amado, por lo cual dice: *Yo para mi amado, y la vuelta de Él hacia mí* (3): por las cuales frases se sobrentiende que cuando se encarnó el Verbo Divino dió todo cuanto pudo á sus discípulos presentes y futuros, y en consecuencia la venida del Mesías al mundo era para recrear á los fieles. Al pretender un alma entregarse de veras á Dios, el bullicio del mundo le es gran estorbo para alcanzar este fin, por cuyo motivo aspira por retirarse á la soledad, donde el Señor habla al corazón. De conformidad con estas ideas añade la Esposa: *Ven, amado mío, salgamos al campo, moremos en las granjas. Levantémonos de mañana á las viñas;* (4) como si dijera, vayamos juntos á trabajar pronto en el camino

(1) Statura tua assimilatta est palmæ, et ubera tua botris. Dixi: Ascendam in palmam, et apprehendam fructus ejus: et erunt ubera tua sicut botri vineæ: et odor oris tui sicut malorum. Cant. VII, 7, 8.

2) Guttur tuum sicut vinum optimum, dignum dilecto meo ad potandum, labiisque et dentibus illius ad ruminandum. Cant. VII, 9.

(3) Ego dilecto meo, et ad me conversio ejus. Cant. VII, 10.

(4) Veni dilecte mi, egrediamur in agrum, commoremur in villis. Mane surgamus ad vineas. Cant. VII, 11, 12.

espiritual, porque yo sin tí nada puedo; *veamos si floreció la viña, si producen fruto las flores, si están en flor ya los granados; allí te daré mis pechos* (1); en cuyos hermosos vocablos se significan las tres vías del camino de la perfección; por la viña en flor, se sobrentiende la vía purgativa; por las flores en fruto, la iluminativa; y por la flor de los granados, la unitiva. Todas las cristianas virtudes que practiquemos, hemos de efectuarlas por amor á nuestro Dios y de regalárselas como prendas de nuestro amor hacia Él. Sin duda, por esto dice la Esposa: (2) *Las mandrágoras han dado olor. En nuestras puertas todas las frutas, las nuevas y las añejas, amado mío, he guardado para ti.*

(1) Videamus si floruit vinea, si flores fructus parturiunt, si floruerunt mala punica: ibi dabo tibi ubera mea. Cant. VII, 12.

(2) Mandragoræ dederunt odorem. In portis nostris omnia poma: nova et vetera, dilecte mi, servavi tibi. Cant. VII, 13.

CAPÍTULO VIII

SUMARIO

Último grado del amor de Dios.

Quién te me dará á ti, hermano mío, prorrumpe el alma fiel, *tomando los pechos de mi madre, que te halle fuera, y te imprima ósculo de paz y ya nadie me desprecie?* (1) Como si dijera: Pluguiera á Dios que yo pudiera tratarte como á un niño que lacta, y que te hallase en la calle para tomarte en mis brazos, besarte y recrearme contigo. Por cuyas palabras, afirman Aponio y Gislerio, se entiende que el alma piadosa desea recibir á Cristo Sacramentado, el cual se manifiesta en el Venerable Sacramento tan humilde que, como tierno y amable parvulillo, desea entrarse en los corazones de los fieles, á fin de que éstos obtengan el objeto apetecido de la Esposa. No pocas veces, nuestro adorable Jesús Sacramentado se ha mostrado á los santos en forma de gracioso niño, como aconteció á Nuestro Padre S. Francisco y á S. Antonio de Padua; y el mismo abad Ruperto refiere de sí propio que, como fuese obligado á recibir el sacerdocio contra su voluntad, estando en duda de si lo aceptaría, vió cierto día en el altar á Cristo crucificado que deseaba abrazarle y besarle; efectivamente, Ruperto se llegó á Jesús, quien le estrechó contra sí y le dió ósculo de paz,

(1) Quis mihi det te fratrem meum sugentem ubera matris meæ, ut inveniam te foris, et deosculet te, et jam me nemo despiciat? Cant. VIII, 1.

confirmando el verso mencionado, é inspirándole que recibiese el sacerdocio.

Nuestro Divino Salvador en la Eucaristía es, según quedó indicado, Hermano del alma santa que desea espiritualmente entrarse en su corazón. Pues bien; el alma que le aprecia de veras, en el momento de recibirle sacramentado le dirige estas regaladas palabras: (1) *Asiré de ti*, esto es: te cogeré *y te conduciré á mi corazón*, madre de todas mis obras; *allí me enseñarás* los caminos de tu justicia, *y yo te daré á beber del vino* eucarístico *que tú mismo me has proporcionado*. En este sentir se halla Ruperto; que por cierto se halla conforme con lo que expresó anteriormente la Esposa, á saber: Venga mi amado á su huerta, esto es: á mi alma, *y coma el fruto de sus manzanos*, que son las virtudes y que él mismo me ha producido: así el vino eucarístico, regalado por Cristo á la Esposa, es el que pretende ésta retribuírle.

Una vez que ha sido llevada la Eucaristía al corazón de la Esposa, quiere ésta, como antes, unirse íntimamente á su purísimo amado, por cuyo motivo, exclama: *Su izquierda debajo de mi cabeza y la derecha de él me abrazará* (2). En este estado, el alma fiel toma muy á mal que la molesten, pues se halla felizmente con Jesucristo; recibiendo sus dulces inspiraciones, aceptando sus gratos consuelos, deleitándose en su amor, y principalmente, repitiendo actos de fe, esperanza, contrición, adoración y caridad; por ese motivo se dirige á sus compañeras y las increpa de este modo: *Conjúroos, hijas de Jerusalén, que no despertéis* de este dulce sueño, *ni hagáis recordar á la amada*, que se halla con su amoroso Señor, *hasta que ella quiera* (3); con cuyas últimas frases se prueba el óptimo grado de amor á que llegó la Esposa de Jesucristo.

(1) Apprehendam te, et ducam in domum matris meæ: ibi me docebis, et dabo tibi populum ex vino condito, et mustum malorum granatorum meorum. Cant. VIII, 2.

(2) Læva ejus sub capite meo, et dextera illius amplexabitur me. Cant. VIII, 3.

(3) Adjuro vox filiæ Jerusalem, ne suscitetis, neque evigilari faciatis dilectam, donec ipsa velit. Cant. VIII, 4.

Los compañeros del Esposo que, según advertí, son los santos ángeles, al ver á la fiel Esposa tan dulcemente unida á Jesucristo, exclaman poseídos de admiración: (1) *¿Quién es ésta que sube del desierto, llena de delicias, apoyada sobre su amado?* Como si dijeran: ¿Quién es esta criatura que sube de virtud en virtud, del desierto de este mundo corrompido, hasta llegar al cúmulo de la perfección en la que respira suavidad espiritual, y á fin de que no decaiga del fervor, anda apoyada sobre su amado?; ó como expone Alano: Desciende el alma al desierto de este mundo por el nacimiento; sube por el desierto, marchando de virtud en virtud; sube sobre el desierto, despreciando toda sublimidad de los mundanos; y asciende del desierto á la eterna bienaventuranza». El Esposo, empero, que oía semejantes encomios, con objeto de que no se engriera, le dice: *Debajo de un manzano te desperté, allí fué corrompida tu madre, allí fué violada tu engendradora* (2). Por el cual árbol entienden muchos Santos Padres la cruz del Salvador, y algunos con S. Anselmo, llegan á afirmar que ésta fué construída de madera del manzano. En este supuesto; Cristo Nuestro Señor, al ser clavado en este precioso árbol, despertó á la generación universal del inmundo sueño del pecado en que yacía. Bajo de este mismo árbol, y en un tiempo muy anterior, fué corrompida nuestra madre Eva cuando desobedeció el mandato del Criador, comiendo del fruto prohibido; de lo cual deducimos que este verso de los Cantares es propiamente bellísima profecía de la pasión y muerte del Redentor, como, según Philón, lo es también de la Eucaristía.

En confirmación de lo cual declara á la Esposa: *Ponme como sello sobre tu corazón, como sello sobre tu brazo, porque fuerte es el amor como la muerte, duro como el infierno el celo, sus lámparas son lámparas de fuego y de*

---

(1) Quæ est ista, quæ ascendit de deserto, deliciis affluens, innixa super dilectum suum? Cant. VIII, 5.

(2) Sub arbore malo suscitavi te: ibi corrupta est mater tua, ibi violata est genitrix tua. Cant. VIII, 5.

llamas (1). Á la manera que la figura del sello queda impresa en el objeto sellado, particularmente si éste es blando, así quiere Nuestro Señor que sellemos nuestra alma con el Cristo Eucarístico, de suerte que en nuestras potencias quede grabado Jesucristo y con Él su vida, sus trabajos, su pasión y su amor; por manera, que no respiremos otra cosa que á Cristo, no deseemos otra cosa que á Cristo y no amemos á otro con amor privilegiado que á Cristo Sacramentado. Añade que el amor es *fuerte como la muerte;* porque así como la muerte nos separa de la vida corporal, así el amor de Cristo nos separa de la vida mundana, y ninguna cosa de este mundo, como enseña el Apóstol, podrá separarnos de este amor cuando es verdadero. *Duro como el infierno es el celo*; porque al modo que el infierno, dice Casiodoro, á los que una vez ha recibido ya no les abandona para nunca jamás; del propio modo el celo, cuando es verdadero y es celo de Cristo, jamás abandona á los suyos. *Las lámparas de este amor son lámparas de fuego y de llamas;* y á la verdad; el amor de Cristo Sacramentado quema, abrasa y consume al alma para transformarla en otro Cristo, y el amor que espera Nuestro Señor de nosotros ha de quemar, abrasar y consumir las vanidades del siglo y todo cuanto se oponga á la voluntad bendita de Jesucristo. Pero una palabra más quiere pronunciar el Salvador á fin de dar á conocer mejor el amor que profesa á los suyos. *Muchas aguas*, dice, *no pudieron apagar la caridad, ni ríos la anegarán, si diera el hombre toda la substancia de su casa por el amor, como nada la despreciará* (2). Por las cuales aguas se sobrentienden las de la tribulación, persecución, pobreza, tentación y todas cuantas penas puedan sobrevenir al hombre. Pues bien; siendo tantos los padecimientos que sufrió Cristo Nuestro Redentor, tantos los desprecios de parte de las

(1) Pone me ut signaculum super cor tuum, ut signaculum super brachium tuum: quia fortis est ut mors dilectio, dura sicut infernus æmulatio: lampades ejus, lampades ignis atque flammarum. Cant. VIII, 6.

(2) Aquæ multæ non potuerunt exstinguere charitatem, nec flumina obruent illam: si dederit homo omnem substantiam domus suæ pro dilectione, quasi nihil despiciet eam. Cant. VIII, 7.

criaturas, tanta guerra de parte de los espíritus infernales, y, sabiendo además, las contumelias que en lo sucesivo habían de inferir á su Divina Persona en el Santo Sacramento del Altar, no por eso dejó de amar con caridad inmensa á sus hijos, ya que como Él ha dicho, muchas aguas no pudieron apagar su caridad, aun cuando se juntasen á manera de caudalosos ríos.

Luego que la santa esposa hubo oído de boca del Señor amorosísimo las excelencias de su caridad, no solamente cuida de amarle, sino que apetece que los espíritus más flacos se llenen de esta caridad inmensa, y así le dice: *Nuestra hermana es pequeña y no tiene pechos. ¿Qué haremos á nuestra hermana en el día cuando se le ha de hablar?* (1). Como si dijera, nuestras hermanas, las almas incipientes en la virtud no tienen la abundancia divina con que Tú me has regalado. ¿Qué medios, pues, emplearemos para que reciban este celestial alimento, á fin de que en el día del juicio, momento en que Tú, oh divino Esposo mío, les has de pedir cuenta de sus obras, puedan contestar satisfactoriamente? Á lo cual responde el Señor: *Si es un muro, edifiquemos sobre él almenas de plata; si es puerta, guarnezcámosla con tablas de cedro* (2); ó como comenta el Venerable Scio: Si es un muro por el cual ha estado hasta ahora separada de nosotros, edifiquemos sobre él fortalezas de plata, que simbolizan la caridad más ardiente, para que desde ellas pueda combatir contra los adversarios nuestros, que son los que la separan de nuestro amor; y si es puerta por donde deja entrar á sus enemigos, guarnezcámosla con tablas de cedro de una incorruptible fe. *Yo soy muro*, añade la Esposa; y *mis pechos como torre, desde que delante de Él he sido hecha como la que halla la paz* (3). Estas frases vienen á ser como un reconocimiento á los beneficios divinos, pues

(1) Soror nostra parva, et ubera non habet: quid faciemus sorori nostræ in die quando alloquenda est? Cant. VIII, 8.

(2) Si murus est, ædificemus super eum propugnacula argentea: si ostium est, compingamus illud tabulis cedrinis. Cant VIII, 9.

(3) Ego murus: et ubera mea sicut turris, ex quo facta sum coram eo quasi pacem reperiens. Cant. VIII, 10.

cuenta al celestial Esposo que si ella es el muro que posee la caridad, y sus pechos como torre, en los que se halla la abundancia celestial, es desde que halló la paz de Jesucristo que fué debida á los méritos de su Pasión y muerte y al indecible amor que le profesó en el Sacramento del Altar.

Prosigue el alma santa refiriendo que ella guarda con perfección la herencia que le dió el Salvador, y de la que tiene que exigirle estrecha cuenta en el día del juicio, y así se expresa: *Una viña tuvo el pacífico en aquélla que tiene pueblos: la entregó á los guardas, el hombre trae por el fruto de ella mil monedas de plata. Mi viña delante de mí está. Tus mil del pacífico, y doscientas para aquéllos que guardan los frutos de ella* (1); palabras que comenta á la letra el Maestro León, de esta manera: El pacífico, esto es; Salomón poseyó una viña cerca de Jerusalén, la cual entregó á unos labradores para que la guardasen y cultivasen, reservándose ellos lo que ganasen con tal que retribuyesen á Salomón mil siclos de plata; de aquí concluye la esposa, que, guardando y cultivando por su cuenta la suya propia, precisamente le había de rentar á ella más que la de su Esposo. Y así dice; pues si la tuya te produce mil y á los arrendatarios la quinta parte por lo menos, que son doscientos, ¿qué me rentará á mí la mía de la que yo tengo tanto cuidado? Con las cuales palabras se significa con toda propiedad la parábola de los talentos, que consiste en la necesidad que tenemos de lucrar con los dones que Dios nos ha dado, otro tanto del número de gracias que nos ha concedido, á fin de que podamos ser buenos y fieles siervos y entremos un día en el gozo de Nuestro Señor.

En suma; este sagrado Epitalamio queda finalizado mediante la despedida que se dan los dos místicos esposos. *Oh tú, que moras en los huertos*, dice el Señor, *los amigos te escuchan; hazme oír tu voz* (2). Paloma mía, dice

(1) Vinea fuit pacifico in ea, quæ habet populos: tradidit eam custodibus, vir affert pro fructu ejus mille argenteos. Vinea mea coram me est. Mille tui pacifici, et ducenti his, qui custodiunt fructus ejus. Cant. VIII, 11, 12.

(2) Quæ habitas in hortis, amici auscultant: fac me audire vocem tuam. Cant. VIII, 13.

Jesucristo á su querida alma, tú que habitas en los místicos huertos, y que cual diligente jardinera cultivas las flores de las virtudes que te he encomendado; los ángeles mis compañeros te admiran, te contemplan y oyen tus oraciones; haz que oiga tu voz en el cielo á donde me dirijo, ya que tú quedas en la tierra para trabajar á mi gusto en el jardín espiritual. Esta voz que son tus súplicas, tus quejas y tus aspiraciones, suba á mi solio por manos de mis ángeles que esperan ansiosos ejecutar un ministerio semejante.

Huye, amado mío, contesta el alma fiel, y *aseméjate á la corza y á los tiernos cervatillos sobre los montes de los aromas* (1): Vete en paz, Jesús mío, al lugar de tu eterna residencia, y vuela; pero no me abandones en esta miserable y triste mansión en que estoy encarcelada hasta el día de tu postrer llamamiento. ASÍ SEA.

(1) Fuge dilecte mi, et assimilare capræ, himnuloque cervorum super montes aromatum. Cant. VIII, 14.

FIN DE LOS CANTARES EUCARÍSTICOS
Y DEL TOMO II

ÍNDICE DEL TOMO SEGUNDO

PARTE I

Expositivo-exegético-filosófico-teológico-científica de la Eucaristía

TRATADO I

LA EUCARISTÍA DEFENDIDA Y CORROBORADA

SECCIÓN III

Continuación

LA TRADICIÓN CONFIRMANDO EL DOGMA DE LA EUCARISTÍA

CAPÍTULO I.—La Eucaristía y los Doctores de la Iglesia 5

CAP. II.—La Eucaristía y los Sumos Pontífices. 27

CAP. III.—La Eucaristía y los Concilios 35

I.—Profesión de fe de los Concilios sobre la Eucaristía. 37

II.—Condenación de los sacramentarios y de sus herejías por los Concilios. 39

III.—Decretos que dieron los Concilios sobre la materia de la Eucaristía 41

CAP. IV.—La Eucaristía y los Mártires 44

I.—Los siervos de Dios no se atrevían á recibir el martirio sin participar antes del Cuerpo del Señor . 47

II.—Muchos de los siervos de Dios dieron su vida en medio de los tormentos por defender la Eucaristía . 50

CAP. V.—La Eucaristía y los Confesores. 57

I.—Las frases de los Confesores embellecen la Tradición de la Eucaristía. 59

II.—El amor que profesaron los Confesores á Cristo Sacramentado prueba la verdad del dogma del Altar. 60

Páginas.

CAP. VI. La Eucaristía y los Fundadores de las Órdenes Religiosas. 71
I. Testimonios de los Fundadores en favor de la Santísima Eucaristía 74
II. Amor de los Fundadores á Cristo Sacramentado. . 82
CAP. VII. La Eucaristía, los Reyes y sus hazañas, debidas á este Sacramento 87
I. El respeto de los monarcas á Jesús Sacramentado declara la creencia universal en este dogma . . 89
II. Las victorias alcanzadas por los reyes que se encomendaron al Sacramento, demuestran la existencia de este Misterio 93
CAP. VIII. La Eucaristía y los escritores ascéticos. 99
CAP. IX. La Eucaristía y las Vírgenes 110
I. Doctrina de las vírgenes sobre la Eucaristía . . . 113
II.—El amor invencible que profesaron las vírgenes santas al Sacramento, es una prueba de la realidad del dogma Eucarístico. 114

SECCIÓN IV

OTRA CLASE DE SÓLIDAS PRUEBAS QUE CORROBORAN EL MISTERIO DE LA EUCARISTÍA

CAP. X. La Eucaristía y los milagros 120
Artículo único.—Asombrosos milagros obrados á propósito para corroborar el dogma de la Eucaristía.
I.—S. Gregorio Magno y la devota señora romana . . 124
II.—Los dos estilitas 126
III.—La joven de Turingia 127
IV.—El milagro de Bolsena 129
V.—El jumento adorando la Hostia consagrada . . . 129
VI.—La fuentecilla de vino 132
CAP. XI. Continúan los milagros de la Eucaristía 134
Artículo I.—Milagrosas apariciones de las Hostias consagradas, después de estar por tiempo ignoradas.
I.—La Santa Forma de Aniñón. 135
II.—El Sacramento en el pantano 135
III.—El prodigio de Ponferrada 136
IV.—El sueño de los de Chantada. 136
V.—Robo sacrílego en Onil. 137
Art. II.—Las Hostias enteras y frescas que aun subsisten, y la sangre que ha manado de ellas, son testimonio de la veracidad de nuestro dogma.
I.—Los corporales de Daroca 138
II.—El prodigio de Fromista 143

Páginas.

III.—La Hostia de Aviñón 143
IV.—El milagro de Santa María del Cebrero . . . 144
V.—Las Hostias de la Catedral de Gorcomia . . . 144
Art. III.—Los desacatos inferidos á la Eucaristía, la han confirmado, y por esto mismo se han convertido sus profanadores.
I.—La Hostia de la sinagoga de Gustrov. 145
II.—La duda de un sacerdote . . . , ... 145
III.—La consagración ilícita. . . , ... 146
IV.—El Pan consagrado dado al perro 146
V.—La Hostia consagrada dada á los cerdos . . . 146
CAP. XII.—Castigos prodigiosos 148
Artículo I.—Horribles castigos que experimentaron los profanadores de la Eucarista.
I, II, III.—Prodigios que refiere S. Cipriano 149
IV.—Atentados de los donatistas 150
V.—Sacrilegios de los catarellos. . . . . , . 150
VI.—El púgil de Frisia . . . . . , 150
VII.—La Hostia que vertió sangre 151
VIII.—El viclefita blasfemo 152
IX.—El blasfemo ebrio 152
X.—El sacerdote negligente 152
XI.—Atentados del ejército de Polonia 153
XII—La Sagrada Forma de S. Merry 153
XIII.—El dinero ó la Hostia consagrada. 155
XIV, XV, XVI.—Los israelitas sacrílegos condenados . 155
XVII.—El castigo del moro 156
XVIII.—La Hostia en la sinagoga 156
XIX.—El castigo de un ebrioso 157
XX.—El del luterano blasfemo 157
XXI.—El de la impía mujer 157
Art. II.—Castigos formidables contra los que hicieron simplemente irrisión del Santísimo Sacramento.
I.—Castigo de un irrisor de la Eucaristía. . . . . , 158
II.—El rústico que pronunció las palabras de la consagración 158
III.—Los niños que celebraron el simulacro de la Misa . 158
IV.—El alemán blasfemo. 158
CAP. XIII.—Todo lo existente, en particular, ha prestado su asentimiento á la veracidad del dogma eucarístico 160
Artículo I.—Jesucristo ha sido visto en la Eucaristía espiritualmente.
I, II, III, IV.—Santa Coleta, Santa Ludovina, San Luis,

Página.

Sta. María de Oignes, y el Beato Juan de Alverna. 161

Art. II. Los santos y personas devotas han visto corporalmente á Jesucristo en la Eucaristía.

I. —Los santos que vieron á Cristo Sacramentado . . 162
II.—El dominico tentado de herejía 162
III.—El franciscano que se comía los niños 162
IV.—El niño de la vecina. 163
V. El religioso extasiado 166

Art. III.—Los pecadores, herejes é infieles han visto corporalmente á Jesucristo en la Eucaristía.

I.—El hebreo que enterró la santa Hostia 166
II.—La israelita hipócrita 166
III.—El sacerdote burlón, burlado 167
IV.—Los dedos del presbítero 167
V.—La visión del clérigo ministrante 167
VI.—La Hostia convertida en espigas de trigo . . . 168
VII.—Visión de Adalberto de Bausech 168
VIII.—Visión del wiclefita 169

Art. IV. Todas las personas que gustaron han visto corporalmente á Jesucristo en la Eucaristía.

I.—La aparición de Jesucristo Sacramentado en Douai . 169
II.—Visión del padre de una santa 171
III.—Aparición del Salvador en Etén 172

CAP. XIV.—Prosigue la materia del anterior 174

Artículo I.—La asistencia de los ángeles al Sacramento, prueba la veracidad de este Misterio.

I.—Testimonios de los santos 175
II.—El descuido de un diácono. 175
III.—S. Eutimio 175
IV.—La visión de la V. Oda 176

Art. II.—El olfato, el gusto y el tacto son testimonios de la existencia de Cristo en la Eucaristía.

I.—La fragancia de la Eucaristía 176
II.—La comunión de un enfermo 176
III.—Fr. Diego de Venecia 176
IV.—La cristiana mujer 176
V y VI.—S. Elceario y Santa María de Oignes . . . 176
VII.—La petición de un celebrante otorgada . . . 177
VIII.—La comunión del judío 177

Art. III.—El firmamento con sus astros ha dado testimonio de la Eucaristía.

I.—La narración del hebreo 177
II.—S. Coprete apostrofando al sol. 178

Páginas.

III.—La cruz bajada del cielo 179
IV.—El milagro de Santa María de Jesús, extramuros de Valencia. 180
Art. IV.—La tierra y el lodo han dado testimonio del dogma Eucarístico.
I.—La Hostia sobre el ladrillo 180
II.—El Sacramento en el lodo 181
III.—El monje de Filojeme 181
Art. V.—El mar y los peces confirmando el Sacramento del altar.
I, II.—La Hostia que salvó á los tripulantes . . 182
III.—La playa de Amalfi 182
IV.—El barranco de Carraixet 184
Art. VI.—El fuego ha corroborado el dogma de la Eucaristía.
I.—Las llamas respetando á los comulgantes . . . 184
II.—El prodigio de Amsterdam 184
III.—El de Faverney 185
Art. VII.—Los instrumentos músicos apoyando el dogma del Sacramento del Altar
I.—El clarín y las Hostias consagradas 186
CAP. XV.—Continúa el asunto de los dos capítulos anteriores, juntamente con la inclusión de algunos otros diversos prodigios 187
Artículo I.—Los animales irracionales confirmando la Eucaristía.
I.—La ovejita de S. Francisco 188
II.—La custodia de Oliva, encontrada por el labrador . 189
III.—La Hostia sobre el heno 190
IV.—La Eucaristía arrojada al jumento. 190
V.—Los bueyes postrados ante el Sacramento . . . 190
VI.—El pastor indiscreto 190
Art. II.—Las aves y las abejas adorando la Eucaristía.
I.—Las abejas en derredor del Sacramento . . . 191
II.—El Sacramento en la colmena 192
III.—El colmenero extasiado 192
IV.—El Beato Nicolás Factor y los avecillas . . . 193
Art. III.—Las inmóviles efigies publicando el dogma eucarístico
I.—La imagen del Niño Jesús, de Alcoy. . . . 193
Art. IV.—El viento ha reconocido el Misterio de la Eucaristía
I.—El robo sacrílego de Turín 193
II.—El Beato Nicolás Factor en la procesión del Corpus, de Chelva 194

Páginas.

ART. V.—Los muertos han testificado ser positivo el dogma del Sacramento del Altar.
I.—La confesión del monje Pelagio 194
II.—Las señoras enterradas 196
III.—Los difuntos del convento de la Murta. 196
IV.—El aparecido en Alesio. 197
ART. VI.—Los mismos espíritus malos han asentido el dogma de la Eucaristía.
I.—Los raros jóvenes catalanes 197
II.—Los demonios en hábito dominicano 198
III.—La posesa. 199
ART. VII.—La salud lograda mediante el Santísimo Sacramento, es prueba evidente de la veracidad de este Misterio.
I.—El milagro de la Rochela 199
II.—Santa Catalina de Génova 200
III.—Un prodigio durante la procesión del Corpus en Bruselas 200
ART. VIII.—La necesidad que tiene el hombre del alimento corporal, prueba en los que no lo hubieron menester por mucho tiempo la realidad del dogma de la Eucaristia.
I.—Los siervos de Dios 201
ART. IX.—El Espíritu Santo ha declarado visiblemente que Jesucristo se halla realmente en el Sacramento del Altar.
I.—S. Aimón 202
II y III.—S. Malaquías 202
ART. X.—Otros insignes prodigios confirman la existencia de nuestro dogma Eucarístico.
I.—Una carta de Inocencio III 203
II.—El caballero de Provenza 204
III.—La santidad de los que comulgan con buenas disposiciones 204
CAP. XVI.—La Eucaristía y la Inmaculada 206
Vínculo de la Eucaristía y la Inmaculada
I.—En las profundidades del dogma
La Encarnación.—Caro Christi caro Mariæ.—El primer tabernáculo de Cristo fué el seno virginal de María.—Analogías dogmáticas 208
II.—En la extensión de su historia.
Catacumbas.—Liturgias.—S. Albercio.—Literatura religiosa.—Escoto y los escolásticos.—Los santos.—Los controversistas.—Los devotos de ambos misterios.—Los artistas de ídem. 210

Páginas.

III.—Y en las bellezas de su culto.
Los primeros cristianos.—El culto de las flores á la Virgen y la Comunión.—Los solitarios.—Los paisanos.—Los monarcas.—Las órdenes militares.—Apariciones de la Virgen.—Pange lingua y Alabado.—Cofradías.—La Inmaculada glorificando á la Eucaristía.—Funciones eucarístico-mariales.—Resumen y conclusión. 215
CAP. XVII.—La Eucaristía y las Ciencias 225
I.—Preámbulo.—Concepto verdadero de la ciencia.—Toda verdad, y por consiguiente, toda ciencia participan de Dios, Verdad primera.—Con esta Verdad primera podemos unirnos á Dios, mediante la Eucaristía.—El dogma del Altar, fundamento del adelanto científico 225
II.—Ciencias divinas: Teología, confirmando la Eucaristía. 228
III.—Ciencias espirituales: Filosofía, ídem 229
IV.—Ciencias naturales: Física, Medicina, Botánica, Geología, Fisiografía, Geognosia, Geogonía, ídem. . 233
V.—Ciencias exactas: Aritmética, Álgebra, y Geometría; Astronomía, Filología, Legislación, Economía, Historia, ídem 236
VI.—Epílogo: Todas las ciencias se han desarrollado y han adelantado poderosamente con el influjo de la Eucaristía. 240
CAP. XVIII.—La Eucaristía, las Bellas Artes y las Artes mecánicas. 244
Qué son las artes?—Todas las artes se han estimulado por bendecir á la Santa Eucaristía 244
I.—Poesía: Poetas de todos los siglos y lugares, que pulsaron la dorada lira de este arte en obsequio y defensa de la Divina Eucaristía 248
II.—Elocuencia: ídem de ídem. 252
III.—Canto y música instrumental y escrita: ídem de íd 254
IV.—Artes ópticas:—Iconografía: Dibujo, Pintura, Litografía y Fotografía; ídem de ídem. 259
V.—Iconografía: Glíptica, Bajo, Medio y Alto relieve; Escultura, ídem de ídem, ... 263
VI.—Arquitectura, ídem de ídem 265
VII.—Indumentaria, ídem de ídem 267
VIII.—Mueblaje, ídem de ídem. 270
IX.—Joyería, ídem de ídem 271
X.—Mímica, Orquéstrica, ídem de ídem 273
XI.—Floricultura, Diplomática, Numismática, ídem . . 274

Páginas.

XII.—Artes mecánicas.—Cerámica, Vidriería; Carpintería; Broncería, ídem 276
XIII.—Conclusión: Las artes deben todo su desarrollo y perfección al Sacramento del Altar, y sus producciones en favor de Él son prueba evidente de su real existencia 277
CAP. XIX.—La Eucaristía, la Agricultura, la Industria y el Comercio. 279
I.—Influencia de la Eucaristía en la agricultura. . . . 279
II.—Idem en la industria 282
III.—Idem en el comercio 285
CAP. XX.—La Eucaristía y la Economía social. 288
Objeto de este capítulo 288
I.—Definición de la Economía social.—El objeto de la Economía social no son las riquezas.—Ni sus medios la franca libertad para adquirirlas.—Lamentable estado de la sociedad por haberse aplicado los principios precedentes. 289
II.—Si los principios liberales y socialistas no resuelven el conflicto económico-político, debemos buscar la solución del mismo en el Catolicismo, donde estaba antes.—Jesucristo, Maestro, Dueño y Legislador del orden moral, y por lo tanto de la Economía política. resuelve el problema actual económico.—Palabras de León XIII 292
III.—Toda la legislación económica se sintetiza en la Eucaristía.—Cuanto dispuso Jesucristo antes y después de la institución de la Eucaristía, venía á parar al remedio de esta cuestión.—De la Eucaristía parten rayos de luz para el conocimiento de lo que deberá hacerse en favor de este problema. —Las obras caritativo-sociales de todos los tiempos, fundadas por la Iglesia, reconocen por base y estímulo al Santísimo Sacramento del Altar.—Luego la Santa Eucaristía puede remediar el actual conflicto económico 296
CAP. XXI.—La Eucaristía y la Civilización universal 304
Preámbulo 304
I.—Jesucristo Sacramentado causa directa del progreso universal.—Jesucristo Sacramentado impulsando á su Iglesia para conseguir la civilización en todos los sentidos 305
II.—Jesucristo en el Sacramento, luz, camino, verdad y vida de la Iglesia.—El mundo, regenerado

Páginas.

y civilizado por los apóstoles y sus discípulos. 308
III —Idem por los monjes, quienes, como aquéllos, á impulsos de la Hostia santa emprendieron la civilización intelectual, moral y material 310
IV —Idem por los religiosos mendicantes.—Los frailes, empeñándose por obsequiar al Sacramento — Idem por el Clero secular 313
V.—El mundo moderno, de espaldas á la Iglesia Católica.—La acción del Sacramento del Altar en nuestros días. 319
VI.—Los frailes, llevando la civilización á todas partes. —Sabios religiosos de nuestra época. . . . 321
VII —Trabajos del Clero secular y de los seglares católicos —Resultado y consecuencias 324
CAP XXII.—La Eucaristía y el Progreso —Pasmosa ventaja temporal conseguida á causa de la Santa Eucaristía . . . 328
Preliminares.—Paralelo entre el estado degradante de los pueblos paganos y su reformación mediante los bienes que les proporcionó el Cristianismo . . 328
I.—El Sacrificio de la Santa Misa ha hecho cesar los sacrificios de víctimas humanas.
Planes de Lucifer.—Pueblos que sacrificaban á los hombres por honrar á los demonios.—Y por aplacarles.—Y por tenerles propicios.—Inmolación de párvulos á los demonios.- Otras atrocidades cometidas con los niños por el mismo fin.—La ley de los esclavos.—Degradación de la mujer.—Hombres que herían sus carnes con el propio objeto —La castración con idéntico fin.—Doncellas que consagraban perpetuamente su virginidad á la impúdica diosa — Homicidios y suicidios intentados por el diablo para que sus perpetradores le ofreciesen con ellos sacrificios.—Todos estos sacrificios de humanas víctimas se han extinguido merced al influjo del Sacrificio de la Santa Eucaristía 332
II.—El Sacrificio de la Santa Misa ha hecho cesar los sacrificios de víctimas irracionales.
Dios exigía del pueblo hebreo víctimas irracionales. —También el demonio las exigía de los idólatras. —Estos sacrificios desaparecieron con la institución del Santo Sacrificio de la Eucaristía.—Reflexiones.—Á medida que el Sacrificio de la Eucaristía es olvidado y despreciado, aumentan los sa-

Páginas.

crificios de víctimas humanas.—El Sacrificio del Altar es materialmente muy poco costoso con relación á los sacrificios antiguos.—Por el hecho de ser estable el Sacrificio de nuestros altares, se prueba su grande utilidad.—Las espigas de trigo.—Resumen y conclusión. 349
CAP. XXIII.—La Eucaristía y las Iglesias Orientales heterodoxas . 357
CAP. XXIV.—La Eucaristía y las Religiones apócrifas 376
I.—Todas las falsas religiones se basan en la revelada . 377
II.—En consecuencia contienen los principales de los Misterios de la Fe Católica, particularmente el de la Eucaristía 380
III.—Qué siente el Mazdeísmo del Misterio del Altar? . 382
IV.—¿Y el Brahamanismo? 384
V.—¿Y el Confucionismo? 387
VI.—¿Y el Budhismo? 388
VII.—Los misterios de Mithra confirmando la Eucaristía. 388
VIII.—Las prácticas religiosas de los antiguos romanos, de los griegos, celtas, mejicanos, peruanos, etc. acerca del sacrificio, emiten altísima idea del Sacrificio eucarístico 389
IX.—Los muslimes, corroborando el dogma del Altar . 390
X.—Este Misterio resplandece en el culto del judaísmo moderno. . . . . , 397
XI.—Los protestantes, sin quererlo, han apoyado la Eucaristía 398
XII.—Otro tanto practican los francmasones 399
XIII.—Conclusión: Las religiones apócrifas sirven de gloriosos trofeos al Sacramento de la Eucaristía. 400
CAP. XXV.—La Eucaristía y los errores que respecto de ella han germinado en los siglos que cuenta la Iglesia de existencia. —Vindicación del dogma eucarístico. 402
Siglo I.—Simoniacos y Basilidianos; Menandritas, Ebionitas y Cerintianos 404
Siglo II.—I. Cataristas, ó Gnósticos.—II. Tacianos y Severianos.—III. Montanistas.—IV. Arcónticos.—V. Pepucianos.—VI. Ofitas.—VII. Artotiritas 405
Siglo III.—I. Samosatenos.—II. Acuarios.—III. Vinarios. . . 409
Siglo IV.—I. Aerianos.—II. Egipcianos.—III. Donatistas.—IV. Coliridianos. 411
Siglo V.—I. Nestorianos.—II. Eutiquianos.—III. Otro error en España 413
CAP. XXVI.—Se vindica el dogma eucarístico contra los errores

Páginas.

que respecto á él germinaron desde el siglo VI hasta el XV inclusive 416
Siglos VI y VII.—I. Acimitas.—II. Fermentadores 416
Siglo VIII.—I. Albanenses.—II. Iconoclastas 421
Siglo IX.—I. Erigenistas 421
Siglo XI.—I. Berengaristas 421
Siglo XII.—I. Petrobrusianos y Enriquianos.—II. Stadingos.—III. Arnalditas 421
Siglos XII y XIII.—I. Waldenses.—II. Albigenses.—III. Varios errores de los griegos y armenios 423
Siglo XIV.—I. Widefitas.—II. Encapirotados.—III. Lollardos. 426
Siglo XV.—I. Husitas 429
CAP. XXVII.—Vindicación de la Eucaristía contra los errores de estos cuatro últimos siglos. 432
Siglo XVI.—I. Luteranos.—II. Calvinistas.—III. Sacramentarios 432
Siglo XVII.—I. Jansenistas. 446
Siglos XVIII y XIX.—I. Indiferentistas.—II. Racionalistas y liberales.—III. Masones ó francmasones 446

TRATADO II

EL CANTAR DE LOS CANTARES APOYANDO EL DOGMA DE LA EUCARISTÍA

Continuación de la parte expositivo-exegética de la Eucaristía.

Introducción 449
CAPÍTULO I.—El alma justa solicita el amor de Jesucristo Sacramentado; pone algunos medios para hallar al mismo Señor, el cual le contesta que siga las huellas de las almas santas: ambos esposos se excitan con dulces coloquios á la más perfecta caridad 454
CAP. II.—Eximias dotes de Jesucristo y del alma perfecta; grado supremo del amor divino.—Unión real con Cristo Sacramentado, y sus efectos.—Es exhortada el alma al trabajo espiritual: otros especiales efectos de la Eucaristía 474
CAP. III.—Infatigable afán del alma casta por buscar al Esposo Sacramentado y esfuerzos para hallarlo.—Después de hallado lo conserva en su corazón.—Alabanzas que profiere el alma santa en obsequio de Jesucristo 485
CAP. IV.—Hermosura del alma santa, declarada por Jesucristo Sacramentado 490
CAP. V.—El alma fiel ruega á Jesucristo que venga á los jardines de Éste.—Se solemniza allí el espiritual banquete.—Caracteres que distinguen al Divino Esposo Sacramentado 495

Páginas.

CAP. VI.—Declara el alma el lugar donde suele estar Jesucristo.—Nuevos elogios que Nuestro Señor hace de la esposa fiel. . 501

CAP. VII.—Nuevos elogios del alma fiel debidos á su espiritual fecundidad.—Solicita de Jesucristo morar en lugares solitarios. 506

CAP. VIII.—Último grado del amor de Dios 511

Princeton Theological Seminary-Speer Library
1 1012 01030 6613